

LOS
PROBLEMAS DEL SIGLO XIX.

132 976

CONFERENCIAS DEL EMINENTÍSIMO ALMONDA

CARDENAL ARZOBISPO DE TURIN

TRADUCIDAS POR

DON JOSÉ MARÍA CARULLA

Abogado del ilustre colegio de Madrid

Y

Director de LA CIVILIZACION.



MADRID

IMPRESA DE JOSÉ PERALES Y MARTINEZ

4, Travesía de San Mateo, 4

1885.



0-1
259

9
2618

LOS

PROBLEMAS DEL SIGLO XIX

CONFERENCIAS DEL INGENIERO ALFONSO

LAZARUSO DE FUROS

CONFERENCIA DE LA CÁMARA DE

INGENIEROS DE ESPAÑA

MADRID

AL AMADO HIJO CAYETANO ALIMONDA,

CANÓNIGO PREBOSTE DE LA METROPOLITANA IGLESIA GENOVESA.

Génova.

PIO PAPA IX.

Amado hijo, salud y Bendicion Apostólica. Nos fueron entregados, juntamente con tu carta, los dos últimos tomos de la obra, que titulaste El sobrenatural en el hombre, cuyos otros volúmenes, también dados anteriormente por tí á la estampa, Nos habías presentado en testimonio de tu reverencia. Nos congratulamos contigo, hijo muy amado, por haber podido, con el apoyo de Dios, conducir felizmente á término la obra por tí concebida: conociendo Nos bien el pío y constante deseo de tu ánimo de promover en siglo tan corrupto el amor á la verdad y á la religion, firmemente Nos prometemos que la parte última esta de tu trabajo corresponderá de tal modo al fin que te propones, que pueda procurarte mayores alabanzas por parte de los buenos, y, lo que más importa, venir á ser verdaderamente saludable y provechosa para los lectores. Te manifestamos entretanto la gratitud de nuestro ánimo por el don ofrecido, y, benévolamente recibiendo los votos que por Nos diriges al Señor, á nuestra vez le rogamos que te dé abundante gracia para combatir las buenas batallas, concediéndote al mismo tiempo toda verdadera prosperidad. Anuncio de tales favores celestes y prenda de nuestra singular benevolencia, sea entretanto la Bendicion Apostólica que á tí, hijo muy amado, con todo afecto otorgamos en el Señor.

En Roma, cerca de San Pedro, en el día 5 de Febrero del año 1873.

Año XXVII de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA IX.

B.P. de Soria



61120640
D-1 2259



D-1
2259

AL CLERO DE ITALIA.

No parezca extraño, ni presuntuoso, que á vosotros, Sacerdotes de Cristo, dirija yo el presente curso de conferencias.

El mundo, llegado al extremo en que actualmente se halla, duda: los fundamentos de la vida virtuosa están fuertemente quebrantados, y no puede suceder de otra manera. Su duda está en las ideas, en las pasiones, en los hechos; infórmale la duda en las imaginaciones, en las artes, en las esperanzas, hasta en la poesía y en los bienhadados sueños del porvenir. Supongamos que la duda, convertida en objeto de ciencia, lo embellezca y magnifique al parecer; ¡falsa ilusion de la mente! más lo deprime que lo exalta; sus efectos, refuyendo en el interior del espíritu, lo debilitan, de manera que la duda es verdaderamente una especie de furor; es, por decirlo así, el pan angustioso que come en medio de sus dolores.

De aquí que, dudando el mundo, es un furioso fabricante de problemas.

Mas estos, apenas han salido á luz, no dejan á nadie en silencio: en cada problema hay una interrogacion, y esta pide una respuesta.

Como vemos, el propio mundo más ó ménos intensamente se pregunta, á fin de que pueda venir á sus labios con sonido mejor acentuado el si ó el no. Infeliz todavía, por cuanto es un niño que hace sus preguntas; no es el hombre adulto, ni el sabio, que responde al niño, haciendo que cesen sus ansias ó sus tormentos. De las cosas, de los séres, de los fenómenos, y sobre todo del espíritu humano quisiera el mundo sacar los más recónditos secretos de la ciencia; entre tanto, el universo, parlante sobre las explicaciones primeras, es sordo y mudo en las explicaciones últimas. En su virtud, el que pregunta espera siempre, se persuade de que la contestacion arriba, y nunca llega.

¡Y no sabe porque nunca llega! Ignora que si es imposible por una parte al hombre saberlo todo, por otra es igualmente imposible que comprenda bien alguna cosa, una vez rechazado el principio generador de la vida universal, que es Dios. El mundo dirá que Dios subsiste aún demasiado en el siglo XIX, que lo admite. Empero lo admite, no como Dios ordenó ser, sino como place al hombre contemporáneo; lo admite como problema racional, y no como dogma divino. Lo

prueba que las escuelas y los gobiernos hablan frecuentemente de Dios y de su religion; pero Dios para ellos es un *ente de razon*, por lo cual someten la ley política á la ley divina, y la Iglesia al Estado. Así, además de nombrarlo, ensalzan el Evangelio; sin embargo, lo ensalzan despojándolo del carácter de escritura divina, entendiéndolo á su manera y modificándolo, de guisa que, á querer refrescar la célebre lamentación de San Bernardo contra los herejes, se puede asegurar que un nuevo evangelio se ha construido: *Video conditum novum evangelium*.

Arrojados al suelo los principios, y dejado el hombre para que se desvanezca en la duda, sólo con la doctrina del problema, vislumbre al mundo, con las manos gélidas de la muerte, acercarse á recibir el abrazo del alma. Me retiré horrorizado, alejándome.

Cuando Edipo, ciego y envejecido, se presentó en los umbrales del templo, á fin de aplacar los destinos, llevaba en su diestra un vástago de olivo y en la izquierda un ramo fúnebre: era el hombre en los días más solemnes de su vida.

Tambien yo, viejo y dolorido, me dirigí, por decirlo así, con los dos ramitos hácia el cristianismo, entrando en el altar del Dios vivo, queriendo fé para el mundo que la perdió, y procurando que los terribles destinos del mundo se cambiasen; con el vástago del olivo pedí paz para los corazones agitados y para los espíritus delirantes; con el ramo fúnebre supliqué que la ira celeste se detuviera, puesto que habíase dado una grande satisfaccion. ¡Ansié que mirara el buen Dios las tumbas morales de mis hermanos, y que se aplacase al ver el número de víctimas! Sentí que aquel era el momento más augusto y piadoso del ministerio mio.

Hé aquí por qué me dirijo á vosotros, Sacerdotes católicos. Dios, para recobrar el mundo, debe conducir nuevamente adelante la estabilidad de los principios interviniendo la religion: es bueno por consiguiente que mis conferencias, buscando la fé divina, descansen en el pecho de sus ungidos y de sus doctores.

Aun cuando el problema moderno se difunda por todas partes minuciosamente, hay sitios donde se presenta, por decirlo así, con impetu grande inmoderado, y donde se concentra. Contempléle con inmensa tristeza pasando á cuatro maravillosos órdenes, á saber: de Dios, de la creacion, de la razon humana y de la sociedad civil. Hé aquí las cuatro partes, en que se distribuyen mis conferencias:

Parte 1.^a Problemas religiosos.

Parte 2.^a Problemas «paleontológicos.»

Parte 3.^a Problemas filosóficos.

Parte 4.^a Problemas económicos.

Combatiente mínimo y sólo, divisé al enemigo que prorrumpe dentro y causa estragos; lancé por consecuencia el grito del peligro y de la defensa. Mas vosotros, Ministros del santuario, en los que Jesucristo habita; vosotros, unidos en honrosa compañía, sostened al combatiente, fecundad con vuestro saber sus pobres palabras, y conducidlo en la guerra santa del Señor. Cristo, contestando á los hebreos, dijo: soy el principio: *Principium, qui et loquor vobis*. Pues bien; armaos del principio: puestos sobre los cuatro campos, en los cuales el problema incrédulo se derrama, con el principio, que es Cristo, iluminad las afanosas disputas del mundo.

Dad luz á los disputadores de Dios. Mostrad que Dios es la entidad máxima, y que no es inventado de ningun modo por el hombre; el inventado resultaría desmedidamente más noble que su inventor. Mostrad que la divina revelacion y la Iglesia católica no son nombres vanos sino verdaderos é históricos, y que no sin causa sostienen las contradicciones humanas más acérrimas y despiadadas: la lucha que no las vence pone de realce al mismo tiempo su divinidad.

Dad luz á los disputadores de la creacion. Demostrad cuán cierto es y verdaderísimo que, de la nada, nada se obra cuando no interviene Dios; removido Dios, como lo remueven los incrédulos, reíd con risa sabia de la materia eterna, de la naturaleza eficiente, del nacimiento de los mundos, de la organizacion de los seres. Haced salir un soplo de vuestros espíritus, como Jesucristo lo hacia salir con su lengua sobre el barro, y muchos de los ciegos del siglo XIX recobrarán la vista.

Dad luz á los disputadores de la razon humana. Decid que la luz y la fé son dos luces dispuestas para que resplandezcan unidas; que son dos arpas hermanas, y que tocadas debidamente los hombres deben despedir el doble concento de la vida temporal y de la sempiterna; deben cantar la lírica del hombre apasionado y la epopeya de Dios amorosa. Quien una de las dos extingue, hácese autor de la noche más deplorable que nunca existió; quien rompe una de las arpas rompe la divina, para sólo arrancar sonidos de la terrena: es el Tristan ó el misántropo, que se reduce, no á cantar, sino á gemir sobre la ribera desoladísima de la nada.

Dad luz á los disputadores de la sociedad civil. Ordenar y felizmente disponer la sociedad sólo con las fuerzas del mundo no es posible; ha menester redencion la propia economía, para rescatar del vicio y de la temida esclavitud á los pueblos: no se consigue la beatitud con instrumentos corruptos ó inadecuados. Ni la prosperidad temporal es el fin del hombre, sino un medio: es uno de los medios de cumplir la mision, asignados por el Creador á sus criaturas racionales. Cuando, pues, to-

das las fuerzas del mundo se presten prontas y acordes, es decir, cuando Dios empiece y el hombre prosiga el trabajo social, podremos (sólo entonces resultará fácil y bello) conseguir el óptimo de los ordenamientos terrenales.

Para tanto, Sacerdotes católicos, la recta predicacion del *Principio* os infunde valor: *Difficultatum omnium solutio Christus*, exclamaba con voz filosófica san Cipriano. Vuestra fé, vestida por la ciencia, triunfará del problema. En Edipo los antiguos simbolizaban al venturoso descifrador de los enigmas humanos, y ahora de modo más alegre se multiplicará Edipo sobre la tierra: tantos mejores Edipos se tendrán cuantos más respetables miembros de su sacerdocio haya.

Si por las cosas dichas me libro (me lo parece) de ser llamado extravagante, dirigiéndome á vosotros, debo aún descargarme de otra no ménos fácil, ni ménos fea: la de presuntuoso.

Realmente al poner cual los pongo en vuestra mano los *Problemas del siglo XIX*, y al llamaros á que los dilucideis públicamente, os invito á la polémica, lo cual debe parecer ágrío y aún insoportable á los ministros de la palabra evangélica, porque tienden á la paz por su naturaleza: *Quam speciosi pedes evangelizantium pacem*: y los atraigo con la polémica á la guerra.

Os abro mi pecho. Corro á tal meta entre dos extremas opiniones; mas tengo por Cristo una santa confianza de correr bien.

Tengo por cosa cierta, como ninguna, que la palabra del Sacerdote, cuando se anuncia desde la cátedra de la verdad, no debe ser disputadora, sino afirmadora. Esto por ley ordinaria, cuando publique así el dogma como los divinos misterios, y cuando exponga la doctrina del Salvador, que no se dirige á la ciencia humana, pidiendo la docilidad de los entendimientos y de los corazones, como palabra de fé por excelencia: *Verbum fidei quod prædicamus*.

Yerran por lo tanto los predicadores evangélicos, que, sin tener en cuenta de algun modo la diversidad de lugares, de personas ó de tiempos, convierten la disputa en regla de sus sermones absolutos; que teniendo solamente delante de los ojos el error contemporáneo, ven únicamente los defectos consabidos y terribles siempre, á que desde su principio se abrió nuestra naturaleza; en su virtud, al mismo tiempo que huyen de los temas comunes todo lo posible, sólo saben abrir la boca delante del pueblo para combatir las nuevas enseñanzas filosóficas, hacer una expedición helicosa al campo de la política, ó citar á los novelistas incrédulos al tribunal de la razon. Estos gladiadores del pulpito católico echan á perder el ministerio del apostolado, que, por su auteridad y por los preceptos, tiende á la parte moral ante todo. La

elocuencia es como el organismo, en el cual el desarrollo excesivo de un órgano perjudica necesariamente á otro. Hé aquí que los aludidos, en los cuales la predicacion rebosa por exceso en la polémica, no pueden ser morales.

Así en los honrados espíritus católicos engéndrase alguna vez cierta especie de fastidio, ú escándalo. Habiéndose preguntado á Bembo por qué no iba él á los sermones, respondió: *¿Qué tengo que hacer allí? Nunca se oyen sino los reproches del doctor sutil contra el doctor angélico, viniendo despues Aristóteles á ser el tercero que termina la cuestion propuesta.* Los excesos dan ira siempre y desplacen. En su virtud, exclaman los nuevos fastidiados: *¿Qué ventaja obtenemos para la conciencia con tantos argumentos y vocablos nuevos que se oyen en nuestro púlpito: con todas las palabras de nacionalidad, cultura, progreso, artes, ciencias, libertad, tolerancia, constitucion, república y democracia? La Iglesia hoy cuestiona como la plaza, y sobre la plaza, como en el templo, viene siempre por último el derecho de la civilizacion á resolver el litigio entre los elementos viejo y nuevo.*

¡No tanto estruendo, ni tanto ruido de batalla en los lábios de los apóstoles! No está bien que los apóstoles, semejantes á los guerreros del Osian, vivan de continuo entre nubes y tempestades. Recuerden que áun en la *Iliada*, poema de los valientes, como Vicente Monti lo llama, los héroes descansan á veces, ó en los silenciosos lares de los parientes, ó á la sombra de los pabellones. Recuerden sobre todo que en el Evangelio, donde se abre la palestra no solamente para los Caledonios, ni para los Griegos, sino para toda la humana generacion, la lucha sólo se principia mediante la luz, ó el Verbo encarnado, á fin de que acabe igualmente por la luz coronada por el amor, ó sea el Verbo trasfigurado. Verdad que ahora los pueblos están por decirlo así en tumulto, y que atravesamos una edad batalladora; mas los apóstoles primitivos no se hallaban en un siglo mejor seguramente. Sin embargo enseñaban y no disputaban.

Debe de continuo haber y de continuo existirán en la Iglesia las apacibles homilias de los Obispos, las prácticas y sencillas explicaciones del Evangelio hechas por los párrocos, las pacíficas misiones de los sacerdotes en campiñas y ciudades; las cuaresmas de costumbre predicadas por celosos oradores, y las apologias bien hechas de los Santos: debe de continuo haber y de continuo existirán en la Iglesia los Atanasios, que interrumpen la controversia de los libros para recitar al pueblo sermones moralísimos; los Agustines, que con lenguaje de diverso tenor se sientan en concilio y montan en el templo la tribuna de la verdad; los Bernardos de ingenio dialéctico y de labio melífluo, que

aún no trasforman los sermones en arengas; los Fenelon, que, mientras levántanse para censurar aún á los *grandes reyes*, saben descender hasta el punto de distribuir á los niños el pan de la doctrina cristiana.

Alejandro Manzoni, dando ejemplo espléndido entre los italianos de la novela histórica, más tarde con estudiado discurso se desdijo de aquel ejemplo, recomendando un método diferente. Pensarán algunos que soy peor yo que aquel gran Lombardo, declarándome completamente hombre de la prueba que falló, por cuanto en la predicacion recomendé la polémica, levantando su bandera entre los nuestros. Presentemente, aún á vosotros, Sacerdotes católicos, dedico los *Problemas*; mas cuando apenas he llegado á la mitad, vuelvo casaca, reniego de tales problemas y combato á la polémica.

Nada de todo esto. Pues me coloqué yo entre las dos opiniones extremas, alegando contra la una mis razones, tócame ahora hablar de la otra. Digo que admití la polémica en la predicacion, admitiéndola todavía. De modo que, si no puedo librarme de las comparaciones, afirmaré que más bien se hallará en mí el ejemplo de Walter Scott, quien, siendo el primero que halló la novela histórica, continuóla y con grandes alientos.

Hagamos la debida distincion.

La palabra del Sacerdote que desde los púlpitos enseña, considerándola en general, no es disputadora, sino afirmativa. Está bien: lo sostuve igualmente. Sólo que bella es y lícita en la predicacion una cosa, que se debe omitir en ocasiones, dejando el acento de la fé para tomar el de la razon. Esto sucede cuando sermoneas á oyentes particulares, que claudicaron en los principios, y de dudosa fé, creyendo que tú, disputador, tienes hombros capaces de llevar aquella carga. En tal coyuntura, el oratorio conflictivo, pléguese al literario, ó al filosófico, envía truenos y rayos, ó bien sonidos descompasados y armonías, que parecen más propias de las cítaras profanas que de las sacerdotales: de todas maneras es cosa restringida que por sí subsiste, y que halla entretanto la consagracion en el fin que se propone. Por lo demás, la predicacion de costumbre continúa inalterada en la Iglesia universal de Dios. Tal es la polémica por mí comprendida y grandemente amada.

Cónstame que algunos del sacerdocio, y algunos seglares tambien, se avergüenzan de esto. Caen sobre mí con sus espantos; mas no acierto á comprender sus miedos, ni sus circunspecciones.

Los predicadores polemistas hacen una obra que por completo es de su cabeza, y no sostenida por autoridad buena. Es novedad al templo trasplantada, que es el más santo de los lugares, y la Iglesia cristiana se contrista.

Traed al pensamiento á Jesucristo en el santuario de Jerusalem, hablando entre los doctores: interroga él allí, dando sus reproches: niño, principia por disputa la predicacion que, adulto, se trasformará en afirmacion absoluta. Traed al pensamiento á San Pablo en el Areópago: los atenienses ansiosos de novedad (*vocabant., audiri aliquid novi*) y hacen sus preguntas, respondiendo San Pablo. Es una disputa entre filósofos. No faltan pues, autoridades respetables, ni ejemplos. Vigorizados por esto los Padres griegos y latinos admitieron, en su lugar y oportuno tiempo, la dialéctica y la pugna en la oratoria: si nos gustase la costumbre de agrupar las abundantes pruebas, podríamos, sin auxilio del propio autor, tejer desde su principio hasta su fin el *Apologético* de Tertuliano. No es por tanto la polémica del púlpito una novedad de la Iglesia, que, cuando encuentra la cuestion circunscrita á sus propios límites, se lamenta tan poco, que la desea y promueve. Ved surgir en Roma, bendecida por el Papa, la cátedra disputadora de Nicolás Wiseman.

La polémica en la elocuencia sagrada desvía y ofende la naturaleza de la predicacion, que tiende á mover los afectos, procurando iluminar la misma mente por la via del corazon y no por la del raciocinio. ¡Fuera la crítica oratoria de los errores presentes!

No sé aceptar la invitacion fraterna, y la conducta de los que me censuran dice que la deseché. Recorro antes al parangon entre el organismo corpóreo y la elocuencia: aquí lo repito, aunque observándolo por otro lado. En efecto, así como en la conocida teoría de Estéban Geoffroy de Saint Hilaire, cuando un órgano no se desarrolla, ni se ven sus huellas (verbigracia los dientes de ciertos pájaros y las alas de algunos cuadrúpedos), en los sistemas ó en las doctrinas que excluyen hállanse los indicios y los rudimentos incoados de las ideas rechazadas. Esto es visible precisamente en los trabajos de nuestros contradictores; ellos, que rechazan la crítica oratoria de los errores presentes, nos presentan los indicios y los rudimentos de la propia crítica, porque hácenla como buenos refutadores. Ciertamente hácenla en el orden moral y práctico, por cuanto enardécense contra los vicios y la corruptela de los hombres presentes; mas como el orden moral engrana en el intelectivo, y en rigor el uno sin el otro no puede subsistir, por esta razon en aquellas heridas y en aquellos ardores el elemento intelectivo pone de realce sus huellas: *las alas y los dientes*, como si dijéramos, que no se quisieran y que con todo lleva *incoados*. Pues bien: la pequeña raiz de la polémica contemporánea está en ellos; alarguémosla, y hagamos que sea completa, cuando lo aconseje la utilidad. La indole de la predicacion cristiana no quedará pervertida. Nosotros sin disputa

empezaremos por la mente y no por el corazón; mas si la predicación cristiana obtiene sus triunfos últimos moviendo los afectos después de iluminar el pensamiento, encenderemos el amor. No se corrompe así una enseñanza, cuando ninguna de sus condiciones nativas se le quita, sino que por el contrario se fecunda con riqueza maravillosa.

Dan golpes fuera de su vía los predicadores polémicos; se deben cultivar los buenos, y corren en pos de los malos y de los errantes, que no quieren oírlos. El Apóstol juzgaba bien no mezclarse con los de fuera.

Melchor Cesarotti, para quien la polémica en los sermones del Sacerdote tenía un sabor tan amargo é intolerante, se hacía fuerte con esta razón, escribiendo en el *Ensayo sobre las instituciones escolásticas privadas y públicas: Abandónese método tan peligroso, y díjase con el Apóstol: Quid mihi cum iis, qui foris sunt?* A la verdad el Apóstol aquí es traído por los cabellos, sin que baste imaginar que aquel elocuentísimo no se queja. Enseña San Pablo, y sabiamente lo enseña, que no le toca el juicio de los de fuera, es decir, fuera del seno de la Iglesia: *Quid enim mihi de iis, qui foris sunt, iudicare?* No indica de ningún modo, no dice que no le corresponden los que no son cristianos, y que no interese mucho intentar su conversión. En su virtud el célebre literato de Pádua es reo de truncamiento y de haber contrahecho el texto apostólico audazmente. Una cosa no vale absolutamente nada para la otra. ¡Olivarse por completo de los infelices que fuera están! El gentilismo hallábase fuera de la religión de Moisés y de la ley de Cristo; los apóstoles diéronse á la obra de llevarlo dentro y lo consiguieron. ¡Atender á los buenos y no pensar en los que de nosotros se alejan! Para el servicio de los óptimos está la predicación evangélica, que se suele dispensar desde nuestros púlpitos y desde nuestros altares; para su servicio toda la Iglesia. A los que se fastidian y apartan dirijamos á lo ménos alguna palabra que los llame. ¡Cruelles! Se apartan vuestros amigos, vuestros hermanos, vuestras hermanas, hasta los padres y las madres, porque se los lleva el error del siglo que corre: y vosotros, mudos. ¡Cruelles! Arde la casa común y en llamas se consume; el cielo está consternado; la religión vierte lágrimas; los corazones de los verdaderos magnánimos se indignan, pero los desertores no les pertenecen, y dejamos que se vayan... ¡Ah! Mientras una chispa de fé caliente mi alma, y mientras la lengua no se extinga en mi boca, correré detrás de vosotros, carísimos desertores, y pediré vuestro retorno: os llamaré amigos, hermanos y hermanas, diciendo: ¡Volved, espíritus víctimas de una traición, á los brazos de la Madre abandonada!

De todas maneras, la polémica, trasladada á nuestras iglesias, no da

fruto, y hállase condenada á fatal esterilidad. Deléitese con su estruendo el hombre del siglo: en el púlpito es inútil.

Redarguye de un modo sentido á los incrédulos; refrena sus necias acusaciones y sus jactancias; apresta tambien á los indoctos una solemne prueba sobre la credibilidad de la Iglesia; previene á los buenos contra las tentaciones de los ateos; pone de realce la pericia del ministro de Dios en los combates morales; demuestra que el Sacerdote católico, al propio tiempo que le acusan de idiota ó de mudo, hállase á la gran altura de sus tiempos, conoce tambien á los hombres entre los cuales vive, y sabe afrontar el empuje de los adversarios de Jesucristo. Vedlo: yo envío, entre las filas de los incrédulos, encendidas en el fuego santo de la fé, y radiantes de luz racional, algunas conferencias mías: aún cuando sólo fuesen las pequeñas zorras de Sanson lanzadas de dos en dos, con tizonas aplicados en ellas, sobre el campo enemigo, para incendiar y destruir, exaltarían á Dios.

¡Mas la polémica del púlpito no convierte!

No convierte la polémica charlatana y abstrusa, intemperante, indecente, rabiosa y frenética: esto sí. Mas la polémica profundamente cristiana á más alegres destinos se dirige. Concedo que se ocupa en la cuestión: á veces animala y se irrita; pero se irrita la razón humana, soldado en ella de la fé divina. Entretanto sucede que, mientras la razón combate descubierta la frente, detrás está la fé con traje tranquilo; por virtud del conflicto cristiano, la fé, que parece muy escondida y quieta, se inflama; la razón, que parece por el contrario convertida en llamas por el ardor, templada por la fé, se apacigua, derramando ondas amadas y rocíos. Se repite de admirable guisa lo que pasa en los experimentos físicos y químicos, donde vemos que *la onda dar llama y la llama dar onda*, usando el hermoso verso de Mascheroni en su aplaudidísima *Invitación*. Ahora bien: esta onda calma la sed de los espíritus áridos, y esta llama ilumina á los ciegos.

¡No convierte la polémica de nuestros pulpitos, á fatal esterilidad condenada!

Supongamos que no convierte de golpe, como lo haría la moral peroración de un misionero; pero prepara la conversión. Lacordaire decía: *Hoy publico yo las palabras que prediqué. Llegarán al lector frías y descoloridas; mas cuando al morir el otoño caen las hojas y en el suelo yacen, son todavía muchos los ojos que las miran y las manos que las recogen; aún cuando pareciese vil á todos, el viento puede trasportarlas y disponer con ellas un refugio para cualquier pobre, á quien la Providencia recuerde desde lo alto de los cielos*. Lo mismo afirmamos de las palabras no impresas, sino vivas. En el templo suenan dirigidas á los increí-

dulos, la generalidad de los que las reputan frias y sin color; allí se siente como recóndito el acento de la fé, que poco despues retorna y y sale fuera, lo cual les irrita. Tenemos, pues, las hojas del otoño que caen desparramadas y tristes por el campo. ¡Qué importa! Los incrédulos ven todavia las hojas que caen, y sienten aún aquellas palabras en el acto mismo en que las desdeñan: algunos tienen por ventura ojos con los que las hojas exploran, y corazones que recogen las palabras. Cuando, despues del otoño, habrá pasado el invierno, ¡quién sabe si florecerá la primavera de alguna de las almas suplicantes! La divina fé del Salvador nos parece hasta tal punto nuestra benigna consoladora, que frecuentemente se rechaza en vano: el alma es casi naturalmente cristiana. Tú echas á la esposa, y consumas el divorcio: despues te sientes inquieto, abandonado y sin tu mitad: plázcate, pues, que te restituyan á tu mujer por medio de un amigo, y renuévese la grande alegría del himeneo. La fé divina es la esposa del alma, y la razon humana el amigo que á tus brazos la conduce nuevamente. Admitamos la peor de las hipótesis; supongamos que ninguno de los incrédulos se convierta por la polémica religiosa. Empero allí está, oyendo, una pobre madre que la conserva en su pecho: á su casa se dirige, y habla con el hijo que se unió á los que yerran: vale tanto la muy amorosa elocuencia que llueve de la lengua maternal, que vencida queda el alma del infeliz. La mujer ha renovado al orador polémico, y en palestra más humilde ha ceñido sus laureles. Son las hojas del otoño moribundo, que trasportó el viento á distancia, fabricando un albergue para el mísero á quien la Providencia recordó desde las célicas alturas. Nunca he desesperado yo de la palabra de Dios, fuese cual fuere su forma ó el sonido diverso que despidiera: nunca he desesperado de ella, por cuanto en la historia ví á los profanos, por el hálito celestial tocados, competir con los Sacerdotes en el poder de la palabra: ví á los infantes elocuentes como los profetas, y á las mujeres fecundas como los evangelistas; si saludé á los pescadores trasformados en apóstoles, admiré además, en los doctores de la Iglesia, llenos de sabiduría y de arte, á los continuadores de la obra de los predicadores de la Buena Nueva. ¡Tesoro inagotable de las eternas misericordias!

Sin embargo (se dice), es mejor confinar á los libros la polémica, que no fructifica en el pulpito. Déjense los estrépitos para la sociedad civil.

Ya demasiadamente los Sacerdotes nos vemos rechazados por el mundo. Somos repelidos por las universidades, por las academias, por los comicios políticos y por los Parlamentos: poco nos importaria que no viese más nuestro rostro el palacio real; pero hasta nos disputan el

contacto del pueblo humilde, llegándonos esto al alma. Falta poco para que no tengamos lugar ó cátedra entre los seculares, donde nuestra voz pueda mezclarse vivamente con la suya, ocupándose en su estado presente y en sus afanes ó peligros. ¡Prohibámonos á nosotros mismos trasportar alguna vez al púlpito las disputas sociales! Como si de asambleas y de cátedras fuéramos grandemente ricos, cerremos con doble sello la sola santa tribuna que nos queda. ¡Pensaremos en el bien del mundo escribiendo libros! Mas los inerédulos, que no escuchan al Sacerdote orador, no leen al Sacerdote publicista. Además el poder de la palabra hablada no se compensa con la lectura. La primera de las enseñanzas es á viva voz. Sócrates no componia volúmenes, sino que hablaba, y llegó á ser el profesor de todo el pueblo de Grecia; muchos de los nuestros que, consignando á la estampa sus propios sermones, dan fastidio y sueño, al dirigirse á las muchedumbres populares las conmovian: allí están Roberto Caracciolo de Lecce, Pablo Attavanti, Gabriel Barletta, Maillard, Menot, Tauler, Goiler, Valladier, Besse, Benig, Raulin y otros que siguen. Grotescos predicadores son, y grotescos parecen leídos; pero no lo parecían escuchados. ¡Abandonemos el estrépito á los hombres del siglo! Meten tanto ruido ya estos, y tocan con trompetas tan fuertes, que asordan, conviniendo inquirir si no disparatan más precisamente desde que sobre las disputas sociales callan los Sacerdotes más dignos. ¡Qué estrépito! Anuncia la lucha excesiva de los infieles contra los creyentes. Temerosos de llegar á ser polemistas, estamos con las manos en los bolsillos ó callados. Nos ceñiremos á mirar. Imitaremos á la Grecia en tiempo de las Cruzadas, que tambien ceñíase á ver, no habiendo querido manejar la lanza en la lucha de los católicos contra los infieles.

*Y tu quasi a spettacolo sedesti,
Lenta aspettando de grandi atti il fine (1).*

Hé manifestado enteramente mi pensamiento, y con esto, venerables Sacerdotes de Cristo, me considero limpio en vuestra presencia, no solamente de la tacha de raro, sino de la de presuntuoso. Si en verdad, ofreciéndoos libros nuevos, os dirijo la invitacion de la polémica, no me corresponde presumir demasiado; la polémica por mí propuesta y querida, debe ser como una excepcion que se ha hecho entrar en la

(1) Tú como en un teatro te sentaste,
Y el fin de grandes actos esperaste.

predicacion evangélica, y no de otra manera: si entra por otra parte y hace sus pruebas, esto debe hoy juzgarse del todo conveniente, bello, útil y necesario. Oísteislo recientemente.

Mas bien, antes de que ponga fin al escrito, debo llenar una laguna. Vá la dedicatoria presente al Clero de Italia, y á simple vista no se vislumbra por qué se admite la limitacion, como lo hacen los apasionados, descartándose al Clero universal.

A excusarme bastaria el idioma en que las Conferencias se han dictado. Sí; deberia mostrar suficientemente por qué me dirijo á vosotros este idioma materno tan noble y tan caro, que me viene á la boca, que asimismo está en vuestros lábios, y que por nuestro pueblo es comprendido, estrechando en la península italiana al sacerdocio y á la plebe con los vínculos sociales de una familia. Empero cosa diversa se debe considerar.

Las Conferencias que tratan de los *Problemas*, y que por consecuencia exponen las fieras dudas del siglo XIX, piden que sean sus protectores los personajes que más íntima y sensiblemente representan los derechos de la fé de Dios. Ciertamente todo el Clero católico es cual un personaje unico relativamente á la fé divina; mas, si cabe alguna preponderancia en esto, se debè á la porcion de los Sacerdotes que militan junto al centro del cristianismo. Tal es el italiano Clero, inmediato custodio y defensor familiar del Sumo Pontífice. Hé aquí por qué os he buscado sobre todo. He buscado los ojos que ven la faz augusta, los lábios que besan como en casa propia el augusto pié, los oidos que perciben con claridad el acento augusto del Vicario de Jesucristo, inspirándose del todo en este resonante sonido, en esta vision y en este beso, como los primeros discípulos en torno del Nazareno, para los amores sobrehumanos de la creencia.

¡Ojalá que vuestra fé ardiente vigorice de tal modo las oraciones mías, que las pueda enviar victoriosas de la incredulidad y de la corrupcion moderna! ¡Que á lo ménos nuestro país se libre de la ruina de las naciones que amenaza! Entre nosotros, donde precisamente demora la Sede de la religion, los enemigos entran con más fuerza y son más deshonestos. Empero entran y hacen presa en vano. El Papa es el Pescador, y el trono del Pescador es un escollo contra el cual se trasforman en espuma las conmovidas olas del Océano. Paréceme oír, como si aún viviese, las palabras que tienen ya catorce siglos proferidas por San Ambrosio: *Non hic tibi infidelis aliqua regio: Italia, Italia: aliquando tentata, mutata nunquam*. La Italia, aunque no le faltasen tentadores, nunca mudó en la fé de Cristo: no la mudaron los antiguos bárbaros, y no la mudarán los nuevos. Renuevo á mi dulce privilegiada

patria la congratulacion de Ambrosio. Aquí está la más alta columna y el foco del reino inmortal del Salvador, lo que basta. El Clero, que continúa en pié aún, entre tantos caidos, debe salvar á la Italia, y la salvará. Salvada la primogénita de las gentes, salvaránse asimismo la Europa y el mundo.

Génova 10 de Marzo de 1874.

CAYETANO ALIMONDA.

CONFERENCIA ÚNICA.

DETERMINACION DEL ASUNTO.

No puedo decir cuál emoción experimenta mi ánimo. Si pudiérais leer dentro y observar sucesivamente sus latidos, descubriríais en cada uno la concurrencia de distintos afectos, todos vivos y potentes; descubriríais en él las obras pensativas del viejo, la penetración del adulto, el ardimiento del joven, hasta la palpitation y el temor del muchacho. ¡Pobre ánimo mio!

Empero la circunstancia de presentarme ante vosotros en este lugar, os manifiesta, señores, que uno de mis afectos prevaleció sobre los demás. ¿Cuál es este? ¿Cuál es mi afecto triunfador? ¿La palpitation del niño, el aplomo del viejo, ó la osadía del joven?

Una piadosa leyenda refiere que, habiendo visto san Pedro estallar en Roma la maldición imperial contra los bautizados, tuvo miedo á la cruz que le aguardaba, y se alejó. Había llevado intrépidamente la cruz del Oriente al Occidente, como habíala mantenido alta en el Tiber al principiar las Catacumbas; y Pedro la evita así que llega la ocasión de mejor abrazarla. Solo que, cuando vagaba, fuera de una puerta de Roma, conturbado y dolido, se le apareció la sombra de Cristo. La sombra, que tenía la cruz en la espalda, le miró con fijeza y le dijo deteniéndole: *¿Por qué huyes de mí? ¿Por qué te espantas, Pedro?* Bastó la vision: retrocedió el apóstol, tomando con alegría la cruz.

A mí me sucedió una cosa semejante. Tuve mi pavor; tuve como Pedro mi fuga y mi vision. ¡Extraña cosa si se piensa! Durante algunos años me había empleado en predicar el verbo de Dios, por lo cual no era ignota para mí la Cátedra, ni desagradable; pero, no bien me propuse tratar un nuevo tema, de tal modo se desalentaron mi mente, mi

corazon y mis sentidos, que no me sostenia, sintiendo el peso de la humana fragilidad, asi como la grandeza de la prueba, por lo cual huia.

De pronto se me puso delante, al huir, una compañía de hijos de Cristo. El hombre, que suele acudir al templo y deleitarse con los ritos religiosos, el cual me dijo: *¿Por qué cesas de predicar?* El jóven de corazon magnífico y abierto, que ama fervientemente á Dios, á la Iglesia y á la virtud, llevóme á un lado, estrechóme la mano, y exclamó: *¿Es que nos abandonas? ¿Con qué intento y corazon no piensas más en nosotros?* La mujer, que tan bien representa en sus cándidas costumbres á la Santa Virgen, salió á mi encuentro gritándome: *¡Oh! ¿No nos hablarás más de Cristo ni de su Madre? ¿Cómo te puede faltar el celo para combatir á los enemigos del cristianismo con la palabra?* Aun el hombre que vacila entre la incredulidad y el cristianismo; el hombre que conducido es á los errores de la edad presente, conservando, con todo, en su corazon un secreto impulso hácia las verdades sempiternas, sin ser, tampoco extraño á las sagradas reuniones, me obstruyó el camino con su presencia triste, pareciéndome que decia suspirando: *Haces mal. Sube de nuevo al púlpito, y te oiré.*

Entre los últimos, tambien lo decia en el fondo de la comitiva, ó el primero de todos, un personaje que me reflejaba más de cerca la sombra muy augusta del Redentor; me detuvo resueltamente y me amonestó así: *Operario de Cristo, ¿cuál es tu intento? Te niegas al ministerio de la predicacion; ¿acaso ha concluido tu obra? ¿Ha llegado tal vez á su fin la siega en el campo evangélico? ¿No es preciso llamar siempre al ovil de la Iglesia á los culpables y á los convertidos? Hablaste á los que vienen á la hora de terciá; ¿dónde dejas á muchos que vienen á la de nona y á la undécima? ¿No amas la vuelta y el placer de todos nuestros hermanos reunidos en casa del buen Padre de familia?*

Estas palabras sonaron en mi espíritu omnipotentes, y quedé vencido; retrocedí, abrazando mi cruz. Teneis por consiguiente delante un pequeño apóstol, con el mismo pavor de Pedro, con la misma fuga, con la misma vision y además con el mismo ardimiento. La fé, reanimada en mí, me devolvió la juventud del alma.

Por esto, finalmente, señores, gozo. ¿Acaso no es una cosa de que puedo prometerme un bien desmedido el nuevo tema que deberé ventilar, y que llamo los problemas del siglo XIX? Este nuevo tema es mi cruz; sigámosle generosamente. Con la cruz está Cristo. ¿Qué hay, al lado de la cruz, más admirable y más grande?

ronunciemos, por via de proemio, una conferencia de generalísimo estilo; resplandeciente por tres luces distintas, nos anunciará inmedia-

tamente la magnificencia de la mision que me impuse, y lo imperioso de la misma.

Hé aquí las tres luces:

Indago ante todo cuáles son los más graves problemas del siglo XIX: de aquí se verá con cuánta precision me resolví á dilucidar este asunto.

Indago despues de dónde provienen los más graves problemas del siglo XIX, por lo cual se verá con cuánta confianza me determiné á llevar al púlpito dicho tema.

Indago, por último, en cuál escuela se resuelven mejor los problemas más graves del siglo XIX; así veráse con cuánta justicia me determiné á tratar el asunto para la gloria de la Iglesia.

Tiene nuestro siglo especiales títulos que le caracterizan. Llamadlo el siglo de las invenciones y de los descubrimientos. Hareis bien, por cuanto el aire y el agua y el fuego y la tierra, os muestran una nueva y más potente huella que imprimió en los mismos la mano del hombre. Llamadlo el siglo de los suspiros y de los combates tumultuosos de los pueblos, lo cual es justo, por hervir en todas las naciones, digamoslo así, la democracia. Llamadlo el siglo de la palabra, lo cual es exacto asimismo, porque sale de las asambleas legislativas y de la imprenta un ruido tal que á las humanas orejas asorda. Sea lo que sea de todo esto, existe otro título más pomposo que se debe advertir: nuestro siglo es á la vez el siglo de los problemas.

Porque, señores, ¿qué cosa es problema?

Es una proposicion no cierta, que se puede sostener ó impugnar: que no aparece verdadera ni falsa en absoluto, siendo probable por una y otra parte; en su virtud, con motivo igual, casi se resuelve negando ó afirmando. En suma, el problema es una proposicion, no pacífica sino disputada. Ahora bien; entre los modernos abundan ahora controversias, de que salen á miles los sistemas y las hipótesis. No es que antiguamente no hubiera problemas: existian sobre las matemáticas en los tiempos de Arquímedes, para el cual un gran problema, referido por Sinesio, era este: *Déseme un punto de apoyo fuera del orbe, y sabré decir su peso*: los había en los tiempos de Ciceron, para quien equivalia el problema á una cuestion abstrusa y á una solucion difícil, cual era, relativamente á los hechos históricos, decidirse por César ó Pompeyo, ó hacer partido por sí propio. Mas por el trascurso de las edades se multiplicaron las enseñanzas y los hechos: en nuestros dias, de la ciencia dilatada sin confín, surgieron menudísimas divisiones:

vino como un parto de la misma, que produjo más hijos que las arenas del mar y las estrellas del cielo. Pues bien: si con la ciencia está el problema y no puede sin él existir, las ciencias aumentadas de tal modo produjeron el siglo de los problemas.

No es propiamente sin embargo esto lo que me concierne.

Debo hablar, no de los problemas todos, sino de los que más se relacionan con el siglo XIX, y más contribuyen á su nombre. Por consiguiente, para poner muy en claro el siglo de los problemas, es necesario tener en cuenta los indicados.

Aquí distingamos. Está el entendimiento, que dentro de su orden propio se fatiga para descubrir la verdad, y existe en el hombre la voluntad que pasa dentro del orden propio á las obras. Tanto por una parte como por otra se asoma el problema: ahí está el problema especulativo y el problema práctico. Si bien se manifiesta en todas partes su importancia, conviene preguntarse: ¿Cuál de las dos naturalezas de problemas es más imperiosa y más grave? Yo digo que la que se agita en el orden moral.

Iluminémonos con ejemplos. En los siglos medios un problema se levanta en las escuelas católicas: el famoso sobre las ideas universales. Dos compañías de litigantes lo entienden y explican de manera contraria: los reales, que segun las ideas conforman la realidad de las cosas: los nominales, y con ellos en parte los conceptuales, que segun las cosas reales conforman las humanas ideas. Hombres de señalado ingenio disputan aquí ó allá; las escuelas meten ruido, y hasta las ciencias más distintas dejan oír sus clamores; mas, con tanto estrépito de filósofos italianos y extranjeros, la Edad Media que próxima estaba á morir, no vierte sangre por esto, ni prepara en sus agonías la muerte de la sociedad civil. Es lucha especulativa que atruena muchísimo al mundo, sin subvertirlo. Así en tiempos más inmediatos dos solemnes filósofos fundadores de numerosas escuelas, Guillermo Leibnitz é Isaac Newton, pelean relativamente al descubrimiento del cálculo infinitesimal, adjudicándolo á sí cada uno. La cuestión es pertinaz y acerba; la academia de Lóndres concede á Newton la palma de la invención, por lo cual aumenta la grande amargura del pensador alemán; pero aún esta es cuestión metafísica, que se desvanece entre los doctos, y apenas la trasluce la humana sociedad.

Muy diverso del problema estrictamente científico camina el problema moral. Suponed en la Francia bajo Luis XVI la apertura de los *Estados generales*, en que nace y se agita el problema del *derecho de clase* entre los nobles y los que no lo son. ¡Mucho distaba de la controversia antigua entre los reales y los nominales! Mirad á Proudhon, que dis-

puta á otro francés y á un comunista que le precedió la definición de la propiedad, atribuyéndose la gloria de ser el primero en escribir: *la propiedad es un robo*. ¡Mucho distaba de la disputa filosófica entre Newton y Leibnitz! En el pleito especulativo puramente, el entendimiento, alta potencia, queda, por decirlo así, aún lejano del mundo: lo trasforma en pedestal; pero lo desdeña y huye de él. Empero en la cuestión práctica la voluntad humana, poder amoroso de las aplicaciones sensibles, desciende mucho, encárnase en el mundo y allí trabaja. Entonces el litigio no se sigue entre algunos doctos, ni entre algunas academias, sino en el corazón de la humanidad. Esta, una vez propuesto el problema arrójase á él y lo descifra, no con silogismos, sino con hechos.

Una triste noticia, señores, debo daros: los más graves problemas que preocupan al siglo XIX son precisamente de tal naturaleza: repercuten, por decirlo así, en el orden moral.

Enumeraré algunos.

En la cosmología se ha suscitado el problema de si el universo se reduce á simple hechura, ó si tiene por sí propio entidad; si le comunica la vida un ente superior, ó si la goza por virtud propia.

En la «protología» racional ha surgido el problema de si la suprema causa del hombre estriba en una fuerza no dependiente de la naturaleza, á esta superior y soberana, ó si proviene de la simple naturaleza.

En la teología ha surgido el problema de si las almas racionales tienen un destino final más allá de los sepulcros, ó si, desatándose del cuerpo donde albergan, van á terminar en la nada.

En la psicología ha surgido el problema de si el alma nuestra se rige con las leyes de la libertad espiritual y de la espontaneidad, ó con las de la cósmica y ciega fatalidad.

En la antropología ha surgido el problema de si el deber se informa en la inteligencia ó en los sentidos; si altas y divinas regiones, y no el placer y el interés, señalan al hombre las normas mejores.

En la política ha surgido el problema de si la soberanía tiene su origen en un Creador del mundo, ó en el pueblo.

En la economía ha surgido el problema de si el trabajo es una ley de creación, una pena y un deber, ó un derecho únicamente.

En la fraternidad de los pueblos ha surgido el problema de si se refiere á un centro común, existiendo sólo un padre del humano linaje, Adán, ó si existen varios centros distintos entre sí, como también si nuestro modo de vivir se reduce á un pacto social.

En las disputas entre los individuos humanos ha surgido el problema de si es obra de sábio el generoso perdón ó la venganza inexorable.

En las creencias sagradas ha surgido el problema de si la religion es un dogma, un precepto divino, ó una forma variable del sentir universal de los pueblos; si debe observarse por conciencia, ó sólo por ser conveniente y útil.

Estos y otros problemas no se ciñen á las regiones frias de lo abstracto; aunque ventilados por el entendimiento salen fuera y caen en poder de la voluntad: os anuncian el desencadenamiento de la más profunda revolucion que se conoció, no sólo en el orden de las ciencias, sino en el de los acontecimientos, porque ponen en tela de juicio la mente, el corazon y las leyes fundamentales de nuestra especie: ponen en tela de juicio Dios, la creacion de los séres, el alma inmortal y libre, el derecho y el deber, los sacerdotes, los gobiernos y los pueblos, disputando pues aquí el mundo consigo propio. Es como la batalla final encendida entre Dios y el hombre, la Iglesia y el siglo, el cielo y la tierra, el tiempo y la eternidad.

Tales son los más graves problemas de la edad presente.

Es deplorable cosa, señores míos, que, agitados por tales problemas, los hombres del siglo se tornan ébrios, resolviéndoles por el lado más pésimo. Aplicad los oídos en torno, y escuchareis cómo gritan los hijos de Demócrito: *Nosotros queremos los átomos, y no un mundo fabricado por Dios.* Oid gritar á los hijos de Lucrecio: *Nosotros queremos la naturaleza, y no la Divinidad.* Oid gritar á los hijos de Epicuro: *Nosotros queremos la carne, y no las morales austeridades del espíritu.* Oid gritar á los hijos de Aristófanes: *Nosotros queremos nuestros dramas obscenos, y en ellos las bur-las del temor del infierno.* Oid gritar á los hijos de Aspasia y de Mesalina: *Nosotros queremos las mujeres; las sucias é impúdicas.* Oid gritar á los hijos de Protágoras: *Nosotros queremos la impiedad.* Oid gritar á los hijos de Strabon: *Nosotros queremos el mal y la nada.* Mezclados con estos, oid por una parte gritar á los hijos de Casio y de Bruto: *No queremos más dictadores ni reyes.* Por otra parte oid á los hijos de Clodio, que gritan: *Entre las ruinas del templo y del senado queremos plantar el arbol de la libertad.*

Susurros tan téticos y blasfemias tan nefandas llegaron tambien á mis oídos. Hallábame yo allí junto á la puerta del templo meditando y gimiendo; hacia mucho tiempo que veia los delirios de los doctos y las turbas de los ciudadanos; veia temblar completamente todos los principios de las cosas; miraba tambien á mi lado, buscaba á los compañeros en las adoraciones de Dios y faltaba poco para verme solitario. En su virtud decia yo en mi alma: ¿Por qué no entran aquí los dolientes y desventurados del mundo? ¿Por qué se alejan con horror? Aquí recibirían una magnífica revelacion; allí recibirían la rectitud de las doctri-

nas y la firmeza de los hechos que les falta. Loquean al borde del abismo. ¡Oh! ¿Existe por ventura, lejos de Dios, sino el abismo? Alzábame yo al proferir tales lamentaciones; alejábame de la puerta del primer templo para correr á meditar y á llorar junto á la de otro: hacia como los profetas de Sion, los cuales, en tiempo de pecado y de frenesí nacional huían de la ciudad contaminada, gritando á Dios desde todos los más castos sitios del desierto. Dije mal: huía yo, tanto por horror al delito como por la debilidad de mi alma. Me alcanzásteis vosotros en aquellos pasos melancólicos, y me hicisteis hablar. Pues bien: si me impulsieron la pública palabra, ¿qué partido debía tomar?

Se cuenta del físico Lecoq, que debiendo inquirir bien ciertos fenómenos atmosféricos, osó trasportarse al seno de una nube cargada de granizo, y ver formarse allí la tempestad. Aun, señores, yo, constreñido por vuestros impulsos, para mejor explicar los males que nos azotan me lanzo á la tempestad, entrando en el seno de la nube cargada de granizo; mas no me pongo á considerar tanto los témpanos como la salida de las llamas en que me envuelvo. ¡Terrible fuego! Es el fuego de las cuestiones que desgarran el corazón de la humanidad: es el fuego de los más graves problemas del siglo XIX. Este fuego quema entre nuestras manos la imagen de Dios; quema la hermosa del Creador puesta para alegrar la tierra y el alma del hombre; quema nuestra conciencia, nuestras creencias y nuestras esperanzas; quema todo el patrimonio de las cosas sobrenaturales y aún de las civiles riquezas.

¿No es hacer una obra importantísima detenerse en tal asunto, esto es, lanzarse á extinguir, en lo posible, tan vasto incendio moral? ¿Acaso yo, que habia pensado en ello, padecí error? Dejemos á los metafísicos espaciarse por la excelsa region de las ideas; dejemos que los literatos se deleiten con sus tipos de lo sublime y de lo bello; dejemos que los naturalistas asomen con sus instrumentos para aprisionar en su recinto las fuerzas de la naturaleza: que Franklin encadene los rayos del cielo; que Volta y Saussure constriñan al aire á portentos en sus tubos; que Marianini ponga de manifiesto el origen físico mecánico de electricidad; que Mateucci estudie el paso de las corrientes á través de los líquidos; que Arago describa los firmamentos, así como Humboldt los rios, las orillas y los pueblos; que Faraday descubra el éter y la luz; que Zamboni con las pilas en seco procuré acercarse al problema del movimiento perpétuo: para mí, sacerdote católico, otros estudios, otras descripciones y otros problemas.

Os muestro el rayo, que estalla para herir la cima del templo cristiano; os señalo la corrupta atmósfera del presente siglo, con la cual se envenena el hálito de nuestras bocas; os indico el pasaje de las corrien-

tes malélicas del error á través de nuestros cuerpos y de nuestros espíritus; os describo los nuevos sociales firmamentos, descubiertos aunque oscurecidos; los nuevos rios y las nuevas orillas aferradas, pero procelosas. En una palabra, intento á mi vez acercarme al problema del movimiento perpétuo, contándoos la incesante agitacion de los pueblos. ¡Dios mio! El fuego, no fabuloso del genio de Prometeo, sino el real del genio del mal, se aplicó al mundo para destruir el dominio de la verdad y del bien. ¿Qué cosa más apremiante, más noble y más pia que arrojarle á las llamas y gritar, entre tales sombras, para el rescate de los modernos: como veis, la casa del hombre se incendia?

Asumí tal ministerio. Habiéndome dado ante todo á buscar cuáles son los más graves problemas de nuestro siglo, encontré que son los morales, siendo á todos manifiesta hoy la necesidad de que los diluicemos.

No me propongo avergonzar á mi siglo mientras aludo á sus vicios; tengo, por el contrario, el propósito de curarle. Para que suceda esto, es necesario que ahonde mucho en su estudio, y que manifieste de todas partes el mal. Dije que la edad presente se determina por los problemas: dije y demostré que los más graves se refieren al órden moral. Fué ciertamente una revelacion formidable; pero no entera, porque no basta notar el mal sólo por ser un hecho, cuando por añadidura es preciso que se descubra la fuente. Dirigimos, pues, esta segunda interrogacion: ¿Por qué sobreabundan hoy los problemas morales?

Escribióse: *El siglo XVII creía, el siglo XVIII negaba, y el siglo XIX duda.*

Es verdad: despues de las negaciones desvergonzadas de Voltaire y de los filósofos incrédulos, surgieron nuestras dudas. Nosotros, levantándonos un poco de aquel báratro que devoraba el mundo, dirigimos á nuestro alrededor la mirada: incapaces de levantarnos con nuestras fuerzas á la altura del cielo, temerosos al mismo tiempo de caer en el infierno, nos detuvimos en una esfera intermedia. Fuimos como aquellos locos espíritus de Dante, que lanzados eran del paraíso, por ser demasiado feos, sin ser recibidos tampoco en el profundo abismo, por ser demasiado hermosos. ¡Qué desventura! Los hombres antiguos nos habian dicho que hay una Providencia divina, religioso gobierno en el mundo, penas y retribuciones eternas en la otra vida; por el contrario, los hombres más modernos que á Voltaire oyeron, acabaron por decirnos entonces y asegurarnos que Providencia, religion y vida eterna eran fábulas. Pues bien; nosotros, entre las negaciones de los

unos y las afirmaciones de los otros, nos conservamos en equilibrio afanosamente; no supimos afirmar con los primeros, ni negarlo todo cual los segundos, y venimos á ser los hijos de la duda.

Empero en la duda está el nacimiento y la dilatacion del problema, el cual, como ya enseñé, se reduce á una proposicion no cierta, sino controvertida; precisamente por ser controvertida la proposicion permanece dudosa. Dudamos, pues, engendrando los más fabulosos problemas, puestos como á la cola de dos siglos entre sí diversos, y estrangulados por sus péleas nos preguntamos: ¿Existe Dios? ¿Existe una creacion hecha al sonido de su palabra? Lo dudamos. ¿Existe un alma espiritual y libre? ¿Existe un tiempo que concluye, y una eternidad que siempre comienza? Lo dudamos. ¿Existe una prueba humana donde buenos y malos se disputan recíprocamente la palma de la dicha, una prueba que tiene la tierra por espectáculo, la tumba por pasaje, y la vida futura por meta? Lo dudamos. La duda nos asaltó por todas partes, y la recibimos gustosamente, haciendo que todo fuera problemático.

Hé aquí explicada la fuente de los más grandes problemas entre los contemporáneos; es la duda.

Sin embargo, esta fuente tiene detrás otra, mucho más alta y más capital. Manifestemos, pues, señores, la fuente de la fuente. La duda produce el problema; pero ¿de dónde nace la propia duda tan gallarda en las almas de los hombres, que agita y desflora? ¿Por qué nos ponemos á dudar de los mismos ejes sobre que descansa la vida de la sociedad civil? Nos parece claro: así como en las ciencias el problema nace por entrar la duda, nace así la duda en las almas por desaparecer la religion.

Hay algunos ingenios superficiales, nada «complexivos» y armónicos; ingenios que yo quisiera llamar desligados y desavenidos relativamente á lo verdadero, peregrino y santo, los cuales reputan que la filosofía puede y debe subsistir por sí, pudiendo y debiendo subsistir igualmente por sí la religion. Hacen con ellas dos categorías separadas, ó á lo más dos caprichosas paralelas, como existen las paralelas en cierta romántica arquitectura, colocadas á la derecha la una y á la izquierda la otra, sin que miren al medio y se correspondan. Entre estos está Bertini, autor del libro *Idea de una filosofía de la vida*. Ahora bien; separaba él terminantemente, no hace mucho, *el Dios teológico del Dios filosófico*, jactándose de dar así un justo concepto de la divina naturaleza y de la ciencia racional. El descubrimiento era grande, y el profesor lo envió con carta al famoso Padre Passaglia, á fin de lograr sus encomios; por fortuna Passaglia, no faltó en esto de buen sentido.

se indignó reprochando al descubridor con todo derecho (1). ¡Cuán pequeños y sándios son estos separadores de las cosas, ó más bien estos torpes separadores de Dios! Plazca ó no, el Dios teológico es el Dios filosófico: por el supremo Creador tenemos la mente y el corazón; tenemos su palabra y la interior iluminación del espíritu, siendo en nosotros, por consiguiente, el primer autor de la ciencia y de las enseñanzas humanas. No hay medio de que pueda el hombre librarse completamente de la luz de Dios, que todo lo ocupa, y que corre por un círculo infinito, teniendo su centro en su esencia; en su virtud Víctor Cousin, áun cuando disparató en filosofía por muchos conceptos, debió escribir con verdad: *Una ciencia particular no es posible fuera de la ciencia general, y esta recibe sus últimas explicaciones de la ciencia de Dios* (2).

Está bien: ¿lanzamos de la mente y del corazón al eterno Dios? ¿Queremos que nuestra civilización camine al revés de la celeste revelación? ¿Decimos en suma que basta el Dios filosófico? Ved cómo se abren las puertas, por las cuales las olas de la duda invaden las almas; ya no creemos, sino que dudamos. Despojados de la fé divina, estuvimos primeramente algún tiempo dudando entre las negaciones del siglo XVIII y las afirmaciones del siglo XVII, entre el cinismo de Voltaire y la fé de Bossuet; despues, como fruto de nuestra vacilación, impelidos cada vez más por la ola de la duda, dimos la última caída. Renegamos de la fé de Bossuet, de la fé y de las tradiciones de todos los Santos Padres y de todos los siglos cristianos, volviéndonos enteramente *enciclopedistas*, incrédulos y ateos; desde la duda psicológica de la crítica pasamos á la duda ontológica del escepticismo. Todo lo que tenia de consistente, se nos escapa, quedándonos solamente dos cosas; la duda interior que es nuestra muerte, y el problema exterior que alegamos como nuestra vanagloria.

¿Cómo puede suceder de otra manera? Un hombre infeliz, que comprende las cosas lo ha dicho: *El cristianismo habia resuelto todas las grandes cuestiones: hoy que la fé cristiana falta, todo se ha de resolver. ¿Cómo quereis que hombres que ignoran con qué fin viven sobre la tierra, conozcan el uso que se debe hacer de la vida?* Lo cual equivale á decir; *¿Cómo quereis que los ignorantes den pruebas de sabiduría* (3)? Tiene razón. Nuestra inteligencia es un astro, que se ilumina por reflejo, puesto que no tiene claridad por sí; en su virtud, á medida que cesa

(1) Véase la respuesta á Bertini del P. Passaglia en su periódico *Il Mediatore*, en febrero de 1863.

(2) Victor Cousin, *Curso de filosofía* del 1819.

(3) Teodoro Jouffroy.

la luz de Dios, se extienden en ella las tinieblas humanas. Nuestra inteligencia no es una estrella fija, sino móvil, y pasa corriendo; en su virtud, apenas pierde el punto de su consistencia, mortalmente cae. Los dogmas, únicamente los dogmas eternos le daban la debida estabilidad; habiendo cesado estos, y cesada en su virtud la certeza, es sustituida por la duda que causa estragos.

Hé aquí otra vez explicada la fuente, la fuente máxima, de donde se difunden la duda en las almas, y los más graves problemas entre los contemporáneos: sucede porque cesa la fé divina.

Esto sentado, dos daños monstruosos veo que se derraman, no ya en el órden sobrenatural y religioso, sino en el humano y civil, corriendo á contristar el siglo XIX. Somos, señores, los hombres de los problemas, y el problema moderno, en cuanto inexorablemente nos lleva á la admision de la duda, mata la ciencia; y en cuanto nos lleva á rechazar inexorablemente la religion, extingue la virtud en nuestros pechos.

Realmente, ¿á qué se reduce una ciencia que vive sólo de la duda? Seamos reservados y justos. Mientras la ciencia, detrás de un proceso lógico, llega á encontrar exacto lo que antes juzgaba incontrovertible, dudando así de sus inducciones antiguas, es en esto laudable, porque dá prueba de vidente; conoce lo que antes no conocia, y sube allí donde un poco antes no penetraba con su mirada. La ciencia en tal caso es Cristóbal Colon, que dice: *Hay otro mundo en el seno del mar*. Es Copérnico y Galileo, los cuales exclaman: *El mundo se mueve*. Es Torricelli, que afirma: *El aire tiene su peso*. Es Angel Secchi, que escribe: *El sol es un cuerpo gaseoso*. Despues de pasar dudando por las muchas investigaciones, la ciencia ha hecho de la duda una escala, á fin de ascender á otros descubrimientos. Admirémosla, señores; es progresiva. Empero la duda no debe durar eternamente, ó á lo ménos no debe ser universal. La ciencia necesita firmes principios, teoremas y axiomas; cuando llega en sus investigaciones al descubrimiento de alguna verdad y tiene bastantes pruebas, necesario es que se contente; desde la investigacion no se le puede impedir que pase á la afirmacion. Los sofistas, no contentos con la certidumbre, quieren la evidencia de las cosas; generalmente, no poseyéndola íntegra, ni absoluta como la buscan, se paran en la duda perpétua, haciendo así crugir en la ciencia los axiomas y los firmes principios, dándonos en vez de aquella el problema. Pues bien; una vez convertida en fieramente problemática, la ciencia se oscurece entre los hombres, viniendo á ser despreciada.

Hubo en los siglos medios un célebre filósofo, Abelardo, el cual tenia el loco deseo de ponerlo todo en abierta contradiccion. Preguntaba por

ejemplo: *¿Creyeron también los filósofos paganos en la Trinidad, ó el Verbo de Dios y el contrario?* Preguntaba: *¿Los ídolos son nada ó son algo, existiendo la obra del hombre?* Realmente su método extendió la duda por todas las partes del saber: *Dubitando ad inquisitionem veniemus*: en su virtud enseñaba por problema.

¿Qué suerte halló la ciencia en Abelardo? No pudiendo despedir sonido autorizado, ni acento consolador, llena sólo de sombras intelectuales y de gemidos, cayó aborrecida por los verdaderos sábios, y fué comunmente objeto de irrisión y despreciada. Aquella ciencia de la duda, recogida por los racionalistas, resbaló en el escepticismo violento, aumentando el propio desprecio. Ya desde el siglo XII, Juan de Salisbury, que había tenido por maestro á Abelardo, escribía su *Prolicrático*, donde se burla de las argucias de la dialéctica. En las escuelas puramente racionales iban adelante la duda y el escepticismo; entre el siglo XIV y el XV el ilustre Gerson notaba que la filosofía había llegado á tal vituperio: el pueblo se indignaba y los doctos reían. Reía más tarde Miguel Montaigne, el cual, aunque apasionadísimo de la ciencia, en sus *Ensayos* la reduce á esto: *La vida humana es un desórden sin unidad, y la filosofía no puede descubrir tal unidad, no teniéndola en sí*. Con mayor ironía reíase también Ariosto, el cual en la misma octava canta una cosa seriamente y en burla; canta el bautismo de Roger y el Angel que hiere la Discordia con el mango de una cruz (1). El problema, sustituido en todo al teorema, produjo una risa homérica.

Nos encontramos, señores, en igual situación: la presente ciencia, que en la duda se funda y tiene el problema por su programa general, se ha rebajado mucho y es escarnecida por el insulto público. No hablo de los conocimientos físicos, cosas de observacion y de experiencia: mi discurso se refiere á las enseñanzas ideales y á la metafísica, en que consiste la verdadera ciencia humana. Decidme, ¿no es vilipendiada la ciencia ideal y especulativa? Nosotros reservamos todo nuestro amor y todo nuestro respeto para el estudio de la mecánica; una nueva máquina que se invente, un manubrio que se agite, una rueda que dé vueltas, un vapor que resplandezca en los caminos de hierro nos hace arquear las cejas, prorumpir en cánticos, y llamar glorioso el siglo XIX: ¿dónde, usando de nuestra razon, se rinde el obsequio debido al estudio de la ética, de la psicología y de la «protología?» No nos tocan estas cosas que veneramos en tiempos anteriores, habiendo quedado casi en olvido: nos dan fastidio; como si fueran extrañas al hombre, se apartaron de la gente. ¿Por qué? Me consta que la gente, conducida por

(1) Véase Augusto Conti, *Historia de la filosofía*. Parte segunda, lección IV.

el progreso industrial, se ha hecho materialista, por lo cual no ama las cosas morales. ¿Mas por qué las enseñanzas ideales se dejaron vencer por las físicas, hasta un punto que es verdaderamente superlativo? ¿Por qué, cesado el brillo de su luz, no supieron mantener vivo entre los hombres el propio culto? ¿No tienen acaso culpa alguna en el desprecio presente que las circunda?

Si; tienen culpa grande, y está en esto: en que se hicieron todas problemáticas y todas dudosas. Si hoy la gente las olvida y hasta las detesta, tiene su razon. Supongamos al hombre yendo á buscar luz y consuelo en el filósofo de la duda: ¿qué le responde el filósofo? El hombre dice: Deseo entender si el alma vive de la vida del cuerpo, ó tiene una vida más casta y «suprasensible.» El filósofo duda, y dudando nada explica. El hombre dice: Deseo saber si además de la voz de la opinion pública existe otra voz, otra ley superior á mí, con que gobernarme. El filósofo duda, y dudando nada explica. El hombre dice: Deseo conocer si debo amarme más, amar al hombre, ó al Sér supremo creador. El filósofo duda, y dudando nada explica. ¿Qué digo, señores? A tales preguntas, que germinan por instinto del corazon humano, á las que se deberia dar una respuesta franca y serena, el filósofo no sólo duda, sino que se chancea, se confunde y rie estrepitosamente. Así rechaza á su hermano vendido y escandalizado. ¿Y quereis que el hermano, pobre viandante del mundo este, ame y respete al filósofo? ¿Ame y respete la ciencia? Debe iluminar y amontona tinieblas; debe consolar y amarga. Fea ciencia, y villana escuela que distribuye, más que el alimento suave, la duda desoladora y la abnegacion. ¿Qué debo hacer, filósofos, grita el hombre, de vuestras dudas, de vuestros rencores, de vuestro cinismo? No me alivian, sino que me asesinan. La ciencia que duda siempre y que despues de todo se burla de continuo, no es ciencia, sino ignorancia y maldad. Vosotros, pues, concluye diciendo el hombre, que no sabeis responderme acertadamente de nada, sois ignorantes. Lo he declarado: el problema moderno, en cuánto nos lleva de un modo inexorable á detenernos en la duda, reniega de la ciencia y se hace su verdugo.

Peor aún para la virtud. Bellísima cosa es, señores, contemplar al hombre virtuoso: los paganos filósofos que lo idolatraban en sus contemplaciones, lo llamaron la cosa más egregia que jamás se conoció: un espectáculo digno de la tierra y del cielo. Ciertamente el hombre virtuoso estupendo es, porque sale vencedor de una difícil batalla que se dá dentro de nosotros, entre los sentidos bajos y los más altos, entre la carne y el espíritu, entre el mundo corpóreo que no quiere tener orden, y el mundo espiritual que se propone mandar. Ahora bien;



el hombre que posee la virtud, establece en sí mismo la sumision del mundo inferior y la señoría del mundo espiritual. Ceñida la frente con este laurel, es grande.

Solo que, planteado el problema moderno, el reino de la virtud vacila en el hombre y se destruye.

El problema, que admite la duda de un modo inexorable, y que por consiguiente mata á la ciencia, se forma, y nosotros lo vemos, haciendo cesar la religion en el alma humana; ¿pero qué importa que la religion cese? ¿Qué importa la misma duda, la cual aumenta de un modo desmedido, donde no existe fé divina? Hombres inteligentes, agudos indagadores de los orígenes, arquitectos, pintores y poetas, que investigais de continuo las derivaciones del orden y del desorden, de lo hermoso y de lo feo, venid aquí y dedicaos al estudio primitivo del hombre; ¿cómo en él está el origen, la generacion de la duda, cuya fuerza fatal estriba en haber desaparecido la religion?

Esta duda no tiene por autor á Descartes ni á Abelardo; no tiene un hombre, sino un sér de otro temple y de otra naturaleza. Subid al principio de los dias, y entrad en el Eden; allí, entre las frescas aguas y las flores tiernas, en los oidos de Eva murmurando está la serpiente: *¿Creeis que morireis comiendo de la fruta prohibida?* Así la duda se introduce en el alma humana. *¿No creeis, por el contrario, que, comiendo de aquel fruto, sereis como dioses?* Así, negándose la obediencia al Criador, se reniega de la sumision del mundo inferior, el cual se ha hecho camppear sobre el mundo de las ideas y del espíritu.

Ya lo veis, señores; el autor de la verdadera duda metódica, absoluta é incrédula, es Satanás. Santa Teresa, hablando de Satanás, solía decir: *El infeliz no sabe amar.* Y Volfango Goethe, con palabras más terríficas induce á Margarita á llamarle *un amasijo de fuego y de fango.* ¡Obseeno filósofo en verdad este primer horrendo autor de la duda! Y la duda, soplada por Satanás en el mundo; la duda que nace y se refuerza con la incredulidad, cambia en el hombre la ley de la sujecion; sobrepone la carne al espíritu; levanta la tierra rebajando el cielo; hace al hombre señor, y á Dios criado. Esto sentado, la virtud es arrojada de su sólio, porque quiere la sujecion del mundo interior, así como el primado del superior. Aquí el orden queda subvertido: arrojada del sólio, corre la virtud suertes tan deplorables que se ve al destierro precisada. ¡Huye la virtud, haciéndose á los hombres extraña! El problema, en cuanto nos conduce á rechazar la religion de un modo inexorable, conduce á este término.

El presente razonamiento tiene la confirmacion de los hechos. Hagamos, señores, algun exámen.

Extinguese la religion en el trono. El rey, que no tiene dogmas divinos, ni guia infalible á qué atenerse, principia entonces á silogizar segun place á su cabeza. ¿Por qué ocupa tal altura? ¿Qué verdadera representacion ejerce? ¿En qué consiste para él su verdadera utilidad? Anuncia la filosofía enseñanzas opuestas, y en el pecho real las pasiones humanas se manifiestan prepotentes. Duda, y viene á ser el rey del problema; duda entre sus conveniencias, entre sus deberes y sus pasiones. En fin, quedando en poder de sí propio, no contenido por ley superior, fácilmente se sale de la regla. No pudiendo tener costumbres austeras, se trasforma en un príncipe mujeril, y es Luis de Baviera. No sabiendo tener la costumbre del sacrificio moral, se trasforma en un príncipe egoísta ó jactancioso, y es Leopoldo de Bélgica. Supongamos que la delicadeza de la civilizacion que ha progresado le impide inclinarse á la tiranía; en su maldad misma se hace astuto, y es Napoleon III. En el rey descreído ó enteramente incrédulo la virtud del reinar se deshace.

Extinguese la religion en el pueblo. El pueblo, que demora en sitio bajo, tiene afectos vigorosos que siempre lo llevan á lo alto, y contempla la faz de los públicos regidores. Cuando, iluminado por el cristianismo, en estos sublimes personajes veía la imágen de Dios, estaba tranquilo y se dejaba regir por el poder público en nombre de la Divinidad; mas ahora que, habiendo cesado la fé divina, observa sólo en los que mandan al simple hombre con sus indiscreciones y sus miserias, el pueblo pregúntase á sí mismo: ¿Deberé seguir en sitio tan humilde? ¿Deberán estos darme la ley y cumplirla yo fielmente? Duda y se trasforma en el pueblo del problema; duda entre los derechos del mando concedidos á estos y los deberes de la obediencia respecto de sí mismo; duda entre la autoridad y la revolucion. Por último, compelido á las novedades más furentes, no contenido por Dios y mal refrenado por los hombres, se resuelve por la revolucion, y se corrompe. Es el pueblo de Madrid, de Viena ó de Paris. En el pueblo que se aconseja con el ateísmo, muere la virtud de la sumision juiciosa.

Extinguese la virtud en la obra de la industria y del comercio. Los principios de rectitud, de probidad y de justicia, segun los predica la religion católica, resuenan profundamente dentro de las almas, y dejan oír el propio sonido de la humana naturaleza sublimada por la fé divina; aquel sonido imprime una huella indeleble, y la religion, no tanto es armonía como escultura psicológica y moral. Por el contrario, los principios de justicia, de rectitud y de honradez, que se sacan de la conversacion del mundo, pasan á los espíritus casi sin eco y sin huella; dicen que germinan en el seno de la naturaleza; pero por

la influencia del mundo en ellos se apartan de aquella ó la falsifican. Por lo cual no es escultura, sino pintura descolorida y deforme, que borra un soplo pequeñísimo. Los traficantes, los artifices y los obreros no sienten un soplo ténue de ninguna manera, sino más bien gallardo. Compelidos por el ánsia de las ganancias grandes, piensan: ¿Debemos moderar la utilidad propia, de modo que no llegue al perjuicio de los demás? ¿No será bastante guardia la sagacidad del prójimo para que se preserve del daño? Dudan, y se hacen los hombres del problema; dudan entre su interés y su probidad. La pronta conclusión á que llegan es juntar, coger y dominar todo lo posible. No es preciso buscar tales hombres en las oficinas ó en el campo del comercio de Inglaterra, de Francia y de Alemania; los tenemos áun en las plazas y en las oficinas de Italia. En tales obreros artifices y magnos negociantes están extinguidas las virtudes animadoras del tráfico.

Extínguese la religion en el tálamo marital. Los esposos cristianos por obligacion de conciencia prometen observarse fé casta y perpétua, resultando en su virtud morigerados. Haced que calle ó enmudezca en ellos la ley de Dios; haced que se divida el matrimonio en dos cosas independientes; allí el sacramento y aquí el puro contrato civil. El hombre de nuestro siglo, que sólo al contrato se aficiona, fácilmente acepta este pensamiento: ¿Por qué debo conservar inmutable fidelidad á la mujer que tomé un día por compañera? No bien me disguste, ¿no podré poner en su lugar otra más querida? Duda y se hace el marido del problema; duda entre sus promesas y sus apetitos; entre su primer juramento y sus gustos nuevos. En su virtud, no se cura del contrato civil del matrimonio, que fácilmente se rompe; deja plantada pronto á su consorte, dirigiéndose á torpes mujeres. Es un discolo, y la mujer abandonada una vendida y deshonorada, la cual á su vez compelida se ve á oficio vergonzoso. En su virtud, los cónyuges del problema concluyen muy mal: así como el uno se hace fácilmente desertor y amante ruin, la otra viene á ser una ramera. En ellos, sin la religion, se pierden las virtudes maritales y caseras.

Hé hablado de cosas prácticas y áun vulgares. Desgraciadamente, de hacer problemática nuestra vida social, en lo más importante, y de introducir la duda inexorable por la desaparicion de la fé divina, dias de lamento y de pena se disponen en nuestros países. Persuadios de que por tal oscilacion de las almas y de las costumbres, no sólo muere la ciencia, sino tambien la virtud; acaba en los Príncipes, en los pueblos, en el tráfico, en la industria y en las familias. Tiene un imperio establecido exactamente en el órden; no bien queda el órden

roto, las cosas inferiores prevalecen sobre las superiores, las cuales se rebajan, viniendo á ser su imperio una solemne ruina ó una cárcel. Satanás, el gran maestro de la duda universal, se levanta de semejante cárcel y grita, como gritaba en el drama del doctor Fausto: *Hé vencido.*

¡Oh contemporáneos! Estais mirando de cerca estrago tan terrible, ¿y no llora el alma vuestra? Del estrago haceis parte, y áun sois víctimas: ¿os resignais, habiendo venido á parar á sitio tan bajo? El infortunio es desesperado por consiguiente; vuestro espíritu está muerto; ojalá pudiese á lo ménos exclamar ante vuestra yacija: ¡Descansen estos en paz! *Requiescant in pace.* Ni áun esto, porque estais enterrados vivos, y porque yaceis en vuestra cadena frenéticos.

Mas no; el infortunio no es desesperado. Cuando poco antes os anunciaba que resolvía tratar los más graves problemas de nuestro siglo, mi espíritu estaba consternado, pero no del todo abatido. Os decía: inducido por vosotros, y para bien vuestro, paso al mundo y me arrojo en la nube tómpetuosa; arrojándome sin embargo en aquella nube, no abandonaba el conspícuo lugar que servíame de pedestal; desde la nube y en la tempestad salian mis advertencias, mis quereñas, mis gemidos y conjuros, permaneciendo firme con todo en la tribuna de la santa palabra. La tribuna de que hablo es el púlpito católico, en el cual se juntan mis confianzas y mis esperanzas.

¡Fuí por ventura un iluso? ¿Fuí un Mario sentado sobre las ruinas de Cartago, alimentado con rabia y con profunda desolacion? ¡No fuí más bien un Salviano puesto en frente de los corruptos ciudadanos del Bajo Imperio, con las espaldas vueltas á los bárbaros, pero lleno el espíritu y la boca con las revelaciones de Dios, gritando á los hermanos: salid de vuestro fango y levantaos?

¡Oh! Mis esperanzas son bellas. Ahora que no sólo puse ya en claro en qué consisten los problemas más grandes de la edad presente, sino tambien de dónde provienen, siento que se aumenta mucho mi brío para volveros á la verdad. Hablo desde el púlpito católico; y en este, donde está erigida la cátedra del Verbo eterno, mis acentos deben resultar eficaces porque los vigoriza la gracia de Dios. Un ilustre y santo personaje ha escrito: *Existe una natural atraccion entre Jesús y las almas humanas. La sacó María del cielo; nuestra miséria la plegó para que se inclinase á nuestra abyeccion; áun nuestros pecados ejercitaron una especie de atraccion por su abundante misericordia, y la predileccion de su gracia. Nuestro arrepentimiento la atrae á nosotros, y nuestro amor convierte casi para ella la tierra en un paraíso. Tal es la atraccion por nuestra parte. Por la otra Dios nos atrae á sí con la gracia, con el ejemplo, con el poder, con la benignidad, con la belleza, con el perdon, y sobre todo con el*

Sacramento (1). Existe por lo tanto el misterioso magnetismo de las almas; Dios desciende al hombre, y el hombre sube á Dios; este magnetismo demora en la gracia celestial, y la gracia ámpliamente se difunde por los ministerios del apóstol. Hablo desde el púlpito católico; y, respondiendo á la índole de la gracia que atrae, no tomo cual apóstol el acerbo tono de la disputa, sino el manso y suave de la persuasión. Hé aquí por qué, dirigiéndome á vosotros, no exclamo ya con ímpetu: *cuestionemos*; sino más bien afectuosamente: *oid*. A esta forma de discurso, cuando Dios acompaña la con su gracia, está reservada la conquista de los entendimientos y de los corazones. Oídme pues. Os son ya patentes, amigos míos, la gravedad y el origen de vuestros males; á vosotros, que podeis, corresponde combatir y vencer el desastre social. Los modernos problemas, en cuanto emanan de la duda, admitiéndola inexorablemente, matan la ciencia. Ahora bien; ¿os conformaríais con permanecer sin las últimas explicaciones de las cosas, teniendo la mente de todo punto oscura y siendo ignorantes? Los problemas modernos, en cuanto de un modo inexorable hacen cesar con la duda la religion y la echan, matan la virtud. Ahora bien; ¿pensaríais acaso en no apreciar aquello de que los mismos idólatras mostraban estar tan orgullosos? ¿Os dejaríais caer deshonestos, injustos y vituperosos? Amigos; escuchad al amigo que os aconseja y os suplica: estrechémonos contra el adversario comun, ó sea el problema incrédulo, salvando al siglo XIX.

Verdaderamente mis esperanzas son bellas y magníficas, por no consistir en las pobres fuerzas del hombre, sino en las sobrehumanas de Jesucristo.

Consalvo, por cuyas venas corre la sangre francesa, es un jóven conforme del todo con su madre patria: tiene alientos repentinos y extremos; es capaz de ser un ángel, si lo dirigen bien, y mal dirigido, por el contrario, es capaz de salir un demonio. Desgraciadamente los ejemplos de su anciano padre, que ya no existe, los estudios hechos en la universidad, y las amistades contraídas, de hombre lo convirtieron casi en un diablo. Admirador de Julio Simon, profesa apasionadamente aquella conocida sentencia, que tiene tanto de verdad y tanto de monstruoso: *Es propio de la naturaleza humana tender sin descanso á que otros participen de su fé ó de su escepticismo. Esta necesidad, que no puede negarse y que no puede combatirse, por ser uno de los factores más activos de nuestra sociabilidad, produce igualmente los perseguidores y los perseguidos* (2).

(1) F. G. Faber, *El Santo Sacramento*, lib. IV, sec. 6.

(2) Julio Simon, *Liberté de conscience*.

Ahora bien; nuestro Consalvo, hecho impetuoso y escéptico, siente la precisión de comunicar el escepticismo de su alma. A ello se consagra con frecuencia, casi en todos los actos ó quehaceres del día. Combate la fé divina con sus palabras, con sus costumbres, con sus escritos, y con los torpes periódicos que merecen un presidio, á los cuales favorece mucho: la combate entre sus conocidos y amigos, como tambien por último entre los extraños. Procede tambien á fuerza de problemas y de dudas inexorables: *¿Por qué creéis? ¿Cómo sabéis que Dios y la vida futura existen?* En su virtud es perseguidor; perseguidor segun el estilo moderno: no vibra el puñal, ni mata los cuerpos; vibra el sarcasmo, la ironía, la befa y la sátira; mata los corazones y las almas.

Desgarrador espectáculo nos ofrece cuando alguna vez departe con su madre viuda, única parienta que le queda. Aquella pía y noble señora, que tantas lágrimas ha derramado para tener un Consalvo bien nutrido de religion, decente y probo, encontrándolo enteramente distinto, perseguidor, y no apóstol de Dios, experimenta interiormente un dolor que no puede sufrir. Un día en que su hijo está en su presencia con frente ménos altiva, ménos empeñado al parecer en sus negaciones y en sus befas impudentes, la mujer amorosa se levanta de repente, se arroja con los brazos abiertos al cuello del hijo, lo estrecha y le dice: *¡Oh Consalvo! ¡Si te pudiera meter á Dios en el corazon! ¿No ves el dolor de una madre que se consume por tí? ¿No sientes las encendidas lágrimas que descenden de mi faz, más tiernas y más fecundas aún que la leche con la cual te alimenté? ¡Oh Consalvo!... Y Consalvo, que por aquel acto es como la serpiente hollada por el viajero, se levanta, bufa de furor, arroja fuego y grita: ¡Dios, alma, cielo y eternidad! Creencias mujeriles, veneradas necedades, que despiertan las cóleras de mi alma, las imprecaciones de mi boca y la risa de mi vena oratoriá! Necedades, necedades, que me incomodan por sus víctimas, y que me hacen reir por su nulidad. Usted, mujer, me quisiera nécio; pero no me verá más.*

¡Cuán inescrutables son los abismos de la misericordia de Dios! Consalvo evita la cara de su madre y encuentra la del sacerdote. La fama de un insigne predicador habia corrido desde París á toda la Francia, y Consalvo, que se resuelve á vivir junto al Sena, atraído por el concurso de los doctos y de muchos jóvenes, entra tambien en el templo de Nuestra Señora, á fin de oír al Padre Lacordaire. ¡Qué quereis! Aquella palabra del sacerdote, que tiene tanta sublimidad metafísica, tantos lampos de fantasía y tantos recuerdos históricos, se apodera de su mente: parece cosa profana y lo detiene sin embargo en el templo: la luz de Dios llueve de una hoja, de una flor, ó de un metal, como llueve de un astro grande. Fuera de que aquella

palabra, replegándose de repente sobre sí misma, y tomando las vías internas, fluye toda en la conciencia: no sólo ilumina, instruye y agita, sino que conmueve con el acento de amor que asume. El alma de Consalvo queda conmovida. Ya no escucha las lecciones de la universidad, ni está dentro de una academia, donde se dirige un simple llamamiento á la ciencia; está en el templo católico, donde sobre todo se hace un llamamiento al deber: no está delante del filósofo ó del literato, que razona en nombre del mortal, sino bajo la voz del predicador, que arenga en nombre de Dios. La cuestion árida lo habia hecho escéptico; la demostracion religiosa y moral parece que intenta otra vez hacerlo cristiano. El hecho es que, habiendo ido á oír por cierta curiosidad, Consalvo no se rie ni se befa; atiende con respeto, y se coloca entre los que frecuentan las *Conferencias* de Nuestra Señora de París.

El célebre Dominicano abandona aquel púlpito, y entra en su lugar el Padre Ravignan. No temamos; no recuerdo en qué lugar habia dicho Lacordaire: *yo toco la campana y llamo las gentes á la iglesia: las guía Ravignan á los pies de Dios*. Consalvo viene á la Conferencia, y, aunque no encuentra al orador dilecto, permanece allí. El preámbulo está hecho. La luz que le habia caido dentro desde la hoja, la flor ó el astro grande, se transforma en fuego por la palabra del Jesuita elocuente. Veo que su faz se hace pensativa, que medita profundamente, y que casi lloroso se levanta: ¿adónde vá? ¿Es que se dirige á los pies de Dios?

Es un domingo de diciembre, y Consalvo, despues de haber asistido al santo sacrificio de la Misa, que dejó de oír durante unos diez años, parte precipitadamente de París en camino de hierro. Al siguiente dia está en los alrededores de Reims completamente sólo y á pié, corriendo por los senderos silvestres que señalan en medio una vasta campiña. El cielo está bajo, lleno de niebla gris y blanca: el frio es tan intenso que parece romper las piedras: las yerbas y los árboles, con sus monteras de hielo, brillan como cristales. ¡Tantos esplendores y el sol está oculto! Consalvo no se amedrenta por nada, y de nada se cura: prosigue. Llegado á un jardin, dentro de una era donde surge un hermoso pequeño palacio, se detiene, llama, y poco despues se precipita dentro, casi con el ímpetu de un conquistador. La vieja moradora del palacio descubre al jóven; la madre viuda descubre á su hijo, hiriéndola un fulmineo asalto de afectos distintos. ¿Por qué viene Consalvo? ¿Cómo viene? ¿Escéptico siempre y furioso? ¡Oh! ¿Qué pretenderá de su madre?

Detiéndose apenas en tales pensamientos, cuando su hijo, tendiendo los brazos, le devuelve aquel amoroso abrazo que recibió en el dia de su coloquio último, y de su abandono descortés. Lloran tiernamente la mujer querida y el jóven arrepentido. Cuando ella escucha que habia

Consalvo echado de sí las malditas dudas y el escepticismo, recobrando la fé divina, la verdadera ciencia y la verdad; cuando le oye decir: *No mire más en mí ¡oh madre! al perseguidor, sino al Apóstol*, la frente de la consolada embellecese como con una celestial sonrisa. Renace, porque otra vez su hijo es engendrado para Dios; renace de nuevo en su corazón, bendiciendo á los activos siervos del Evangelio, que alegran con tales victorias á las familias y á la sociedad civilizada.

Por tal relato, que os refiere una de las glorias innumerables del púlpito católico, mi espíritu y mis esperanzas se confortan nuevamente. Toco, señores, la campana y llamo la gente á la iglesia. ¿No existe por aquí un nuevo Consalvo? Perdonadme: por el amor que os profeso en Jesucristo, soy al mismo tiempo para vosotros el Lacordaire y el Ravignan: decidme: el nuevo Consalvo que aquí veo y saludo, ¿no se arroja también al cuello de su madre lacrimosa la Iglesia? ¡Oh perseguidores de Dios! ¡Hacedos Apóstoles! Vedlo: indagué yo de dónde provienen los problemas más graves del siglo XIX, lo cual fué bastante á mostrar con cuánta confianza me determiné á traer al púlpito el importante asunto.

Otro trabajo, para conseguir verdadera salvacion, espera de nosotros el siglo presente.

Nos ponemos á indagar cuáles son los más graves problemas de nuestra edad, encontrando que son los morales: nos fatigamos para conocer de dónde derivan los más graves problemas de los referidos en nuestra edad, hallando igualmente que nacen de la duda absoluta y de haber desaparecido la religion. A la verdad, fué así descubierto el mal de los modernos; con la hórrida vista de los daños que aporta el mal, se dió al mismo tiempo estímulo para evitarlo; con todo, la dilucidacion continúa en gran parte ciega.

El problema, por lo que hace á su índole, se diferencia, señores, del teorema, por ser este un principio cierto, y el problema no: mas uno y otro, para proporcionar la debida luz, piden desarrollo científico. El teorema pide la demostracion, y el problema la solucion. Es un oficio que se debe realizar; á fin de que nuestro tratado en sus últimos términos se aclare, y proporcione remedio eficaz á la gran enfermedad de los contemporáneos, preciso es que sea resuelto el problema.

Ahora bien; ¿en cuál escuela serán resueltos los terribles problemas del siglo XIX?

Digo que serán resueltos en aquella, mediante la cual dióse ya una respuesta victoriosa á las más árdnas cuestiones que trabajaron á los

siglos de la era vulgar. El estudio del pasado guíe nuestras presentes indagaciones y las ilumine.

En las oscuras edades en que apareció el cristianismo en el mundo, un problema capital se agitaba entre los doctos. ¿Debian ser adorados los dioses, ó se debía doblar la frente á un solo Dios? Había muerto Sócrates por la unidad de Dios, Ciceron juraba por la unidad de Dios, y así otros muy excelentes; mas la plebe de las escuelas y la plebe de las plazas quemaba incienso á muchísimos dioses. La Iglesia católica, que contenía en sí al cristianismo, alzó su voz propia en aquel litigio universal, gritando: «Sólo existe un Dios y no existen otros.» Condenando el politeísmo, y haciendo prevalecer el monoteísmo en su lugar, resolvió el problema de la verdadera adoracion de Dios.

En la extension de aquellos siglos, la religion santa, á vivir constreñida entre los paganos, encontraba en pié otra cuestion formidable. La sociedad civil estaba dividida en dueños y esclavos. Ahora bien: ¿era la esclavitud buena ó torpe? ¿Debia mantenerse ó abolirse? Algunos grandes filósofos enseñaban que la esclavitud era de derecho natural. Todos los ricos además y todos los potentes temían de continuo que se levantara un Espartaco. Hablando la Iglesia católica, en nombre de Jesucristo, dijo: «Vosotros, siervos, obedeced á vuestros señores; mas vosotros, señores, protegéd á vuestros siervos como hermanos: la esclavitud no es de derecho alguno. Aquella voz sobrehumana fué oída y los esclavos fueron libres, quedando así resuelto el problema entre la soberanía humana y la esclavitud.

Aun en aquellos feísimos tiempos gentílicos, donde yacían hollados los unos, y los otros impunemente se ponían furiosos, debatíase la controversia siguiente: ¿Han sido dados los súbditos para la gloria de los monarcas, ó los monarcas para el bien de los súbditos? La Iglesia, que tenía la balanza de la justicia social, metió en la garganta de los eruditos la demanda deshonesta, y exclamó: «No se hizo el pueblo para el monarca, sino el monarca para el pueblo.» Fué descubrir un principio, que regeneró la naturaleza del mando y del derecho de gentes, resolviéndose así el problema entre el imperio y la sumision.

Siguiendo las cosas adelante, el cristianismo, á medida que disminuían sus enemigos gentiles, tenía herejes que le molestaban. De donde nació este problema entre los creyentes: ¿Pueden ser constreñidos á la religion los enemigos de la fé? La Iglesia, con el Evangelio en el pecho y rica con la discrecion de todos los Santos Padres, respondió: «De ningún modo se puede constreñir á los no bautizados á la religion cristiana; mas pueden ser con la fuerza constreñidos á fin de que no hagan daño los bautizados y los creyentes, cuando se salen de la vía y aco-

meten.» El uso de la coaccion contra ellos es legitimo, porque sometieron á la fé: son miembros de una familia, y no tienen derecho á ofenderla ni á turbarla. Aquella resolucion, mientras estuvo en manos de la Iglesia sola, fué ventajosa y decentemente observada: así antes que todos resolvió la Iglesia el problema de la libertad de conciencia.

Otro problema se agitaba en aquellas épocas espinosas. La monarquía romana caíase á pedazos por todas partes, y los hijos de las selvas danubianas descendian á fin de triturarla. Entonces la gente se preguntaba con afán: ¿Por qué secóse la virtud vital en la estirpe de Rómulo y de Augusto? ¿No vino Cristo con el asta de su cruz á herir y destrozar el Imperio? La Iglesia católica, metiéndose, por decirlo así, entre aquellas preguntas, explicó la condicion de los romanos y de los bárbaros. Dijo: Cristo con su cruz no viene á destruir, sino más bien á salvar los imperios. Caen los Romanos, por ser corruptos; los bárbaros dominan, por tener músculos enjutos y porque son enviados como divinos castigadores. Así comprendieron todos que sin duda en el pecado está la muerte de los pueblos, y así, reconociendo la intervencion social de la Providencia, fué resuelto el problema referente á la verdadera filosofía de la historia.

Finalmente (para nada decir de minuciosos hechos, ó ménos relevantes), surgia la cuestion famosa entre la Iglesia y el Imperio. Los emperadores de Bizancio estaban muertos ya dentro de su podredumbre; los Longobardos habian abandonado la Italia; la raza carlovingia decaía tambien, quedando sin el cetro de Occidente. Empero por los señores de Alemania principiaba una tension áspera, preguntándose: ¿A quién toca el dominio general del mundo? ¿Al Papa ó al César? La Iglesia católica, repitiendo las sublimes palabras del Salvador, respondió. *Dad al César lo del César, y á Dios lo de Dios*; estableció que el dominio general del mundo, en el orden temporal, corresponde á los príncipes, y en el orden espiritual á los Pontífices. El problema entre las dos autoridades, por lo que hace á la doctrina, quedó resuelto.

La valentía de la Iglesia para descifrar los fatigosos problemas de los siglos, nos infunde, pues, luz y valor. Ahora bien; si es preciso trasladar á la escuela el problema, á fin de que sea resuelto, aseguro yo que la mejor de las escuelas, para cumplir tal oficio, es la Iglesia católica.

Mirad si realmente tengo razon.

La hermosa y justa solucion que se quiere dar á los problemas, necesita esto terminantemente; una mente capaz, informada por una verdadera sabiduría. Los problemas no existen por sí, mientras ninguna cosa en su ser es vacilante ó incierta; pero se hace vacilante y dudosa

ante la corta vista del hombre que no la comprende. Si por lo tanto, subsistiendo la duda, sobreviene una grande inteligencia, avivada por luz superior, la cual penetra la cuestion en sus interioridades, sondeándola por una y otra parte, huye la duda, la certeza la reemplaza, y, resuelta la cuestion, el problema concluye repentinamente. Como veis, el entendimiento, por el cual el problema es resuelto dogmáticamente, es una luz invasora, segura, no á fácil engaño sometida, y vencedora del error: es una luz infalible. ¿Dónde existirá esta potencia intelectual y esta gran luz en el mundo?

Malebranche escribió una egregia sentencia, y José De Maistre se complació en repetirla. Dijo *que toda soberanía divinamente fundada supone la infalibilidad* (1). Mas si de un modo general es cierto que donde Dios penetra se introduce tambien algo de su fulgor infalible, imaginad lo que afirmarse debe de la Iglesia católica. Un condenado á la cruz la planta y amaestra con su palabra, difundíendola algunos pescadores entre las gentes. Todo esto fastidia al mundo que lo desprecia; mas por esto mismo precisamente no se sirven de las fuerzas terrenas, y entre tanto vencen á la tierra, haciendo que cambie de faz, llevándola con seguridad á concluir que debajo de aquella débil corteza obra el dedo del Omnipotente. La Iglesia, pues, por su propia institucion es divina, y por ende infalible, dejando nosotros para otra conferencia mostrar desde qué tiempo ó en qué modo brilla más su infalibilidad; siendo infalible, es la autorizada y suspirada reveladora de los problemas del hombre. ¿Cuál escuela puede compararse con la suya? ¿Existe acaso otra divinamente fundada? ¿No fueron abiertas todas por el hombre las numerosas escuelas que en el mundo enseñan? Ahora bien: ¿será el hombre infalible? Ved encontrada la escuela, y la gran academia del género humano, en la cual los problemas se resuelven con mucha confianza. Detengámonos aquí.

Tanto más que, hablando de los problemas modernos, la Iglesia se muestra idónea por excelencia para resolverlos. Nuestros más desgarradores problemas de índole práctica, no tanto son producidos por la enfermedad del hombre metafísico, que á resolverlos no basta, cuanto por la enfermedad del hombre moral, que caprichosamente los crea. Digo que no son tanto hijos de la inteligencia como del corazón. Hé aquí por qué dos cosas se deben distinguir en ellos: la ciencia que no contiene la íntegra razón de su ser, y la pasión nuestra que tiene casi toda la culpa de que se dilaten. Por ejemplo; se ha planteado el problema de si Dios es cosa real y viva. Ahora bien; tal problema no es

(1) José De Maistre, *Del Papa*.

planteado verdaderamente por la ciencia, que habla clarísimamente á favor de la Divinidad, sino que lo plantean las pasiones del hombre corrompido, al cual le pesa que haya un Dios creador del mundo. Igualmente se ha planteado el problema de si el hombre procede de Dios ó tiene su origen de la mona: tal problema no está planteado de ningun modo por la verdadera ciencia, segun la cual de los inferiores no brotan los séres superiores, sino por las pasiones del ateo materialista, al cual no le place tener el código de la Biblia por freno, y grita que mortal es el alma para sumergirla en el fango.

Por consiguiente los más grandes problemas presentes se apoyan en las pasiones no corregidas; si puede ser laborioso desenredarlos y vencerlos, no será seguramente difícil de conocer. Es necesario dominar las mismas pasiones que los producen, y siendo así, ¿no descubriés cómo la Iglesia se os presenta como la mejor y más feliz maestra?

Owerbech, coloreada su fantasía por los suaves símbolos evangélicos, representó una oveja que, saltando ciegameute, tropieza en un zarzal. La pobre criaturilla del campo, allí dentro metida, procura salir, pero inútilmente, porque, cuanto más se agita y forcejea, mayormente tropieza en los troncos, y se clava las puntas ásperas. Aparece de pronto el Salvador del mundo; vé á la desgraciada y oye sus gritos; acércase á ella, inclina su persona venerable y extiende la mano para el auxilio. ¡Ah! ¡Tiene la frente coronada de espinas, y comprende muy bien á la que encuentra enredada en el zarzal! La ovejilla es sacada de allí para que goce de libertad.

En esta imágen del pintor aleman figuraos á la Iglesia católica y á los hombres de los modernos problemas. ¿Qué cosas son despues de todo nuestros más terribles problemas? Son las humanas pasiones levantadas para desórden y tormento. Un problema es el orgullo de la mente que dice: No hay un Dios en el cielo; la emperatriz de las cosas soy yo. Un problema es la deshonestidad que grita: No existe alma espiritual y simple; el señorío corresponde á la carne. Un problema es la voracidad de las ganancias que afirma: Lo útil es lo honrado, y el interés debe redactar el código de la justicia. Otro problema más estrepitoso es la apostasia de la Iglesia y de toda santa ley, por la cual se oye el grito siguiente: La religion ha muerto, no existe lo pasado, y buscamos nuestro Dios en los derechos del porvenir. ¡Cuántas espinas, señores, y cuántos troncos! Gime el alma y el cuerpo mana sangre: es un tormento mortal. Pues bien: la salvadora de la tierra acércase al hombre contemporáneo, que licenciosamente salta de teoría en teoría, y queda clavado en el zarzal; oye sus quejas, ve su tortura, y sin dilacion acude á fin de auxiliarlo. Como Jesús, la Iglesia está coronada de

espinas; ¡vosotros, modernos, la coronásteis así tan atrocemente! Tiene las espinas en la cabeza, y las sufre con paciencia; pero no puede sufrir que en la cabeza y en los miembros las lleven los pobres mortales, penando sobremanera. Hé aquí por qué mete la mano dentro del zarzal, remueve las puntas horribles, abre una salida, y á las almas grita: Salid. Salid, hijos míos, del orgullo incrédulo, y reconoced á Dios: salid de la deshonestidad, reconociendo la espiritualidad y la hermosura de vuestra mente y de vuestro corazón: salid de la codicia voraz y de las crueles ganancias: saludad á la justicia y abandonad la apostasía; retroceded de los feos caminos del error y de la culpa, abrazándome á mí, que soy vuestra Madre.

Habla la Iglesia; muchas almas oyen y exclaman afectuosamente: Aquí estamos. Ya no son ateas estas almas, ni súcias, ni voraces, ni están furiosas dentro del abismo del porvenir, cesando en ellas los tormentosos problemas por los cuales la especie humana engáñase y desesperase. Habla la Iglesia, y ¿hubo acaso escuela de filósofos, de políticos y de terrenos filántropos, que pueda surgir en frente de ella, mostrando asimismo los mónstruos convertidos en hombres, y los diablos en ángeles? Habla la Iglesia, y ¿debería yo acaso callar, señores? ¿No os repito sus mismos acentos? Lo dije en un principio y es cierto: habiéndome dado en tercer lugar á inquirir en cuál escuela se resuelven mejor los más graves problemas de nuestro siglo, hallé que tal escuela es la religion de Jesucristo. Fué eminentemente útil y de absoluta justicia, que me resolviera yo á tratar semejante asunto para gloria de la Iglesia católica.

Un reciente italiano escritor, José La Farina, en la conclusion de su última *Historia de Italia*, escribe sobre nuestra edad: *Si; algo existe que corrompe en el mundo; algo que se descompona y se disuelve, para dar materia á nuevas creaciones iluminadas por un nuevo sol. No carecen de luz las tinieblas de la noche, ni carece de vida el silencio de los sepulcros.*

Señores; las palabras de este publicista son verdaderas, si al revés se toman en mucha parte. A mi vez lo promulgo: hay algo de corrompido en el mundo; pero lo corrompido y lo que corrompe, no son los principios sacrosantos del Evangelio y de la Iglesia, que permanecen inmutables como dogmas eternos; son más bien por el contrario los principios vacilantes de la escuela racionalista, que procede toda con problemas conceptualistas y se apaga en la exageracion de la idea: son los principios de la escuela sensualista, que camina toda y toma cuerpo con problemas empíricos y se apaga en la exageracion de la materia. Lo aseguro: hay algo que se descompona y se disuelve; mas lo que

se descompone y se deshace, no son las costumbres de los verdaderos creyentes y de los verdaderos católicos, los cuales despiden siempre de un mismo modo el olor de los santos, sino más bien las costumbres de nuestros despreciadores, que han sacado á relucir su problema entre el vicio y la virtud. Es así manifiesto para mí lo que se corrompe en el siglo XIX; no son los dogmas y las costumbres en el seno de la Iglesia; son por el contrario los principios y las costumbres en mano del hombre. Hé aquí dónde se realiza la disolución, y dónde se manifiesta el hedor.

Mas el historiador italiano ha dicho que la putrefacción se realiza *para dar materia á nuevas creaciones iluminadas por un nuevo sol*. Estamos en la parte verdadera, señores, de la sentencia. Despues que vosotros, siendo rebeldes por completo á la Iglesia, habreis caído en la última destruccion del alma; despues que lo hayais corrompido todo, los pensamientos, las ideas, los afectos, las costumbres, las leyes, los monumentos y hasta la conciencia de la patria, no morireis, ó morireis para resucitar, porque, sin que la pueda domar el hombre, y casta como el ángel de Dios, vigila la Iglesia católica en torno de vuestras corrupciones. Ella, corriendo en el dia de Josafat, llamará á sí á los difuntos, romperá las piedras, rásgará las vendas, y lavará las manchas. Será un gozo de la sociedad civil. Entonces los resucitados, admirando la nueva creacion social, dirán: *No carecen de luz las tinieblas de la noche, ni de vida la ceniza de los sepulcros*.

PARTE PRIMERA



PROBLEMAS RELIGIOSOS.

CONFERENCIA I.

SI EL HOMBRE PUEDE CREAR Á DIOS.

Principia nuestro discurso referente á los problemas del siglo XIX, allí donde las más importantes cosas existen. Ahora bien; semejante importancia está en la religion. Ni yo, católico y sacerdote, soy el inventor de tal sentencia. Leed á los sabios antiguos y modernos; Pitágoras en los *Versos dorados*, Cebete en el *Cuadro de la vida humana*, Focilides en los *Aforismos morales*, Platon en el *Fedro*, Jenofonte en los *Entretenimientos memorables*, Marco Tulio en su *Adivinacion*, Quintiliano en las *Instituciones*, Bacon en el *Nuevo Organo*, Descartes en su *Método*, Malebranche en sus *Inlagaciones*, Leibnitz en la *Teodicea*, Buffier en el *Tratado de las primeras verdades*, y otros insignes, si bien con palabras distintas, reconocen que constituye la religion el estudio más necesario y más noble para el hombre. Estoy, pues, con los filósofos, y aún con el género humano, si á la exposicion de los demás problemas hago preceder los religiosos.

Mas aquí, donde me propongo abrir el curso de mis nuevas conferencias, encuentro incontinenti un problema tal, que amenaza abatirlo y devorarlo todo; en el mismo principio llegaría, por decirlo así, al fin de una manera espantosa. ¿De dónde procede, señores, la religion? ¿En cuál virtud reside? Queriendo ser religiosos, ¿á qué fuerza y á qué ley soberana debemos atenernos?

Dos escritores franceses, poco amigos míos, nos responden de todas maneras con una veracidad y con una inocencia ejemplar. D'Alembert escribió: *En el puesto primero de los séres espirituales está Dios* (1). Diderot aseveró: *Somos de Dios, por Dios y para Dios* (2). Egrégiamente: si la religion ocupa el órden espiritual, siendo para nosotros únicamente una relacion y un deber, su fundamento está bien encontrado: es la Divinidad. Ahora bien; mientras aseguro que hallado está el funda-

(1) D'Alembert, *Discours préliminaire de l'Encyclopédie*.

(2) Diderot, *Traité sur l'éducation publique*.

mento de nuestras creencias, alegrándome por Dios, viene de fuera el asalto, detrás del que hállase la sombra de la ruina y del estrago universal, porque la vida del Ser supremo, como nosotros la entendemos, es negada.

Observad, señores, cómo se niega y con qué arte no imaginado inténtase anular á Dios en el tiempo presente.

En el mundo existieron siempre dos palabras opuestas; una que afirmaba y otra que negaba. De una parte los doctos, los iliteratos, los príncipes y el pueblo exclamaron concordemente: Nosotros adoramos á Dios. Segun tal creencia erigieron iglesias, obsequiaron á los sacerdotes y se complacieron en los ritos varios de la religion. Por otra parte, algunos pocos, secuestrados por las turbas, y despreciadores de la especie humana, gritaron: Dios no existe. Sin Iglesia y sin culto, se detuvieron en las frias regiones del ateismo, misántropos y solitarios. En estos últimos estuvo la escuela del individuo; en los primeros la escuela de la humanidad.

Hoy los contradictores de Dios emprendieron otro camino. No dicen áspera y rígidamente: No existe Dios. Gritan por el contrario: En tanto existe, en cuanto es hecho por nosotros. Dios es una idea subjetiva: el hombre piensa y cree que hay un Dios en los cielos; crea con su pensamiento un fantasma, con su imaginacion le dá sombra, vida é imperio, y Dios viene á ser de algun modo. Tal idea de Dios no se quiere relegar del siglo absolutamente, por ser futura portadora de bien; el hombre, siguiendo buscando á Dios y no encontrándolo nunca, concluirá por advertir que Dios es obra sólo de su mente. Entonces la plena reivindicacion del entendimiento humano contra el error; entonces absoluta é indefectible libertad.

Todo esto enseñan, y como la fé cristiana en las muchedumbres civilizadas ha disminuido, inúmeros creyentes salen á preguntarnos dudando: ¿Cómo va la cosa? ¿Existe Dios realmente, ó por el contrario lo hicimos nosotros? ¿Qué es Dios por lo tanto? ¿Cómo vino á ser? Hé aquí el problema; como Dios, no bien es puesto en tela de juicio, es maltratado por el hombre, tal es el gran descubrimiento que se quiere promulgar para gloria de nuestro siglo: El hombre es creador de Dios.

Horrorizado, pero no temblando, me dispongo á ventilar el problema: vosotros lo atribuiríais á gloria del siglo XIX; mas yo siento que pesa sobre mi cabeza como una infamia, ó más bien me avergüenzo, como de una necesidad. A mi vez, hago por consiguiente la pregunta esta: ¿Puede crear el hombre á Dios?

No, porque su mente no es bastante para formar su concepto.

No, porque su brazo no es bastante para imitar su reino.

No, porque su corazón no es bastante para suplir su inmenso amor.

Cuando los tres *no* queden provistos de las pruebas que se requieren, me será fácil dirigirme á los que yerran, gritando en su cara: Vosotros, que difundís el descubrimiento nuevo de que Dios ha sido creado por el hombre, ¿haceis una cosa para complacer á la edad presente, ó para despedirla con irritación y desden? Ella se carga de vergüenza y brama.

Principio de toda cosa es la idea.

Para estudiar el problema y ver de resolverlo, es preciso ante todo considerar su parte metafísica; esto es necesario, para que nuestro tratado proceda con pié seguro y luminosamente. Ahora bien; queriendo inquirir si el hombre puede crear á Dios, es necesario establecer el concepto divino; cuando el Todopoderoso nos sea idealmente manifiesto, podremos dar con certidumbre nuestra opinion.

¿Qué cosa es Dios, por consiguiente, señores?

Hablándose del Dios teológico, del Dios de la Iglesia y de los sacerdotes, contra el cual terminantemente dá golpes la negación, preciso es que nos respondan los Santos Padres, los sacerdotes y los Obispos. Tened paciencia: no es completamente inoportuno escuchar en este sitio un poco de instruccion eclesiástica.

¿Quién es Dios?

Dios, segun la teología, es el único ser que no está en el género, *Deus non est in genere*, como el ángel no está en la especie; porque no hay de ningun modo varios dioses que compongan un género, á que pertenezca el verdadero Dios. De donde se sigue, que, si en el género no está de ninguna manera, es, por su naturaleza y por su esencia, no solamente uno, sino único; es el sólo de este género; forma un género aparte; es un género único y completo en la unidad, y no en la unidad de un género. Se sigue además que, si Dios es tal, su concepto no puede ser formado en su integridad por raciocinio del humano entendimiento; es un concepto que la enseñanza de la tradicion nos revela mejor á nosotros todo entero, todo hecho por sí, y esto al propio tiempo por respeto á su individualidad, y á su naturaleza genérica é infinita: lo cual vale tanto como refutar en su raiz la afirmación de los nécios, para los cuales Dios es un concepto que compuso el hombre. En su concepto, Dios no se fabrica por el hombre, sino que se recibe. Existe necesariamente, y esto es bastante para que no sea un ente de razon: *Ego sum qui sum*.

Extendamos la enseñanza católica, y como si nada hubiésemos aún establecido, preguntemos nuevamente: ¿Quién es Dios?

Aun cuando sea imposible definir á Aquel cuya esencia, segun San Atanasio, no cae bajo la definicion humana, no faltan frases y palabras en los escritores religiosos que lo han procurado. Escribe San Agustin: *Dios es la esencia una y suma* (1). En otro lugar: *La suma de todos los bienes, el bien sumo es Dios* (2). San Bernardo escribe que Dios es cuatro cosas: *Longitud por la eternidad, liberalidad por la caridad, alteza por la majestad, y profundidad por la ciencia* (3). Afirma San Buenaventura: *Dios es uno, simple y estable: uno sobre toda la materia, simple sobre todo lo compuesto, y estable sobre todo lo criado* (4). San Gregorio Nacienceno dice: *Dios es simple é indivisible esencia* (5). San Gregorio Magno dice á su vez: *Sólo Dios es verdaderamente eterno, verdaderamente inmortal, porque nada en El es pasajero, nada mudable, nada extraño á su sempiterna divinidad* (6). Cassiodoro escribió estas palabras: *Dios es una sustancia incorpórea, simple é inmutable* (7).

¿Quién es Dios?

El Pontífice Inocencio III responde: *Dios es el increado, el inmenso, el inmutable, el omnipotente, el sumo sabio y el sumo bien. Es increado, porque no empezó á existir en el tiempo; inmenso, porque no está circunscrito por lugar alguno; inmutable, porque no varía de afecto; omnipotente, porque nada sabe imposible para El; sumo sabio, porque nada ignora; sumo bien, porque nada envidia* (8).

¿Quién es Dios?

Siendo más fácil, segun el hermoso dicho de San Cipriano, asegurar lo que no es, que lo que es, os lo mostraré por razon de los contrapuestos. Hugo de San Victor tiene esta doctrina sobre Dios. *No puede vencerse, por ser virtud; no puede errar, por ser sabiduria; no puede corromperse, por ser justicia; no puede ser sostenido, por ser eterno; no puede alejarse, por estar en todas partes* (9). Semejantemente enseña el egregio Doctor en otro lugar: *Dios no puede aumentar, porque es inmenso; ni puede disminuir, por ser uno; ni mudar de sitio, porque hallase donde quiera; ni*

(1) San Agustin, *De vera Relig.* Cap. II.

(2) Idem, *De Moribus Eccles.* Cap. VIII.

(3) San Bernardo, *De Consid. ad Eugen. Pap.* Lib. V.

(4) San Buenaventura, *Super. Psal.* 88.

(5) San Gregorio Nac. *Orat.* 29.

(6) San Gregorio M. *Super septem psal. pven. Sup. ps.* 5.

(7) Cassiodoro, *Super Psalm.* 2.

(8) San Inocencio III, *Myster. Missæ*, Lib. II, cap. 62.

(9) Hugo de San Victor, *Super Ioel*, ant. med.

de tiempo, por ser sempiterno; ni de conocimiento, por ser sapientísimo; ni de afecto, por ser óptimo (1).

Condensemos las muchas palabras en pocas: Dios, en sustancia, es lo que la Iglesia hace todos los días aprender al niño en la doctrina cristiana. El Sér en el cual se reúnen todos los bienes, y en el que ningún mal se concibe: el Sér infinitamente perfecto.

Dejando las otras condiciones de Dios, cuyo número y cuyo comentario me alargarían demasiadamente, me reduzco á la afirmación, según la cual Dios es el ente absoluto é infinito. ¿Qué significa esto? ¿No es ya bastante claro? Vosotros, metidos en el progreso moderno, tenéis en los oídos siempre estas dos palabras: *infinito é indefinido*. Empero, distinguís una cosa de la otra, porque resultan entre sí diversísimas: infinito significa falta de límites, al paso que indefinido significa que los límites se retiran continuamente; ni se atiende á la realidad de los mismos, cuando sólo se dice que no cabe asignarlos. Ciéndonos, pues, al infinito, que no tiene competidores, ni tiene iguales, es lo que no sufre límites. Tal es Dios, precisamente; el Ente infinito por todas partes, porque carece de límite por todas partes. No tiene límite de anterioridad, y es increado; no tiene límite delante ni después, y es sempiterno; no tiene límite de lugar y es inmenso; no tiene límite de poder, y es potentísimo; no tiene límite de sabiduría, y es sapientísimo; no tiene límite de bondad, y es fuente inexhausta de amor: aquí está el infinito.

Que nadie se levante y grite que nuestro Dios, que carece de límites, es una negación. No, no; es un juego de palabras este; una contradicción aparente y nada más. Seguramente la idea del infinito negando el límite niega una negación; es, por consiguiente, señores, una idea afirmativa. Afirma una bondad infinita, una sabiduría infinita y un poder infinito; afirma el increado, el eterno, el inmenso; afirma de terminante modo el Sér, que por ninguna parte es incompleto, ni defectuoso, ó sea Dios. Así, del mismo modo que la idea del finito es negativa, porque pronuncia una negación, afirmativa es la del infinito, porque, negando la negación, afirma el Sér en su complemento, y dice: *Dios existe*. Tenemos con esto, de alguna manera, el concepto de Dios, concluyendo que es el infinito.

Encarémonos aquí con el hombre: ¿Puede crear á Dios?

A fin de que pudiera crear á Dios, sería necesario que á lo menos con su mente igualara su concepto y lo realizase; sería necesidad suprema que tuviera en sí el infinito. Aun suponiéndolo, al crear un sér por sí

(1) Hugo de San Víctor. *De Sacramentis*, Lib. I, pág. 3, cap. XIII.

existente, seguiría de seguro la cuestión no leve de si el infinito poseído por el hombre era comunicable; mas no ocupándonos en esta, limitemonos á la otra que precede: El infinito, ¿es en verdad poseído por el hombre?

Señores míos: el hombre tiene sin duda el sentimiento de lo infinito, pero no tiene de ningún modo su posesión. La prueba está pronta y manifiesta. El infinito es lo que no tiene límite alguno, y el hombre, por el contrario, sea cual sea la parte por donde se contemple, restringido está por algún límite. Límite en el pensamiento, el cual esfuerzase para conocer y mirar cosas á las cuales no llega: límite en la voluntad, no perfecta ni en lo que le corresponde, como es el imperio moral, no llegando al círculo de las cosas que no le competen. El hombre es realmente limitado en su alma. Tiene un límite en el entender un límite en la intuición, un límite cuando trata de adivinar, un límite en la memoria, y un límite en el mando. Ahora bien; si está relegado dentro de límites, ¿cómo se le puede dar poder para concebir lo infinito, esto es, para crear á Dios?

El teólogo y filósofo inglés Chalmers observa que, para proceder directamente, preciso es apartar con nuestro entendimiento el finito del infinito: en lo primero puede sin duda el hombre ejercitarse: mas en el segundo no sale bien. Escribe estas amadas sentencias: *El espectáculo, cada día más grandioso del universo físico, nos persuade mayormente de cuán poco sabemos del espiritual... Preciosa y segura sabiduría es conocer que hay ciertas cosas que debemos ignorar; ni creo que se pueda prestar mayor servicio á la ciencia que establecer justamente sus límites* (1). Con esto queda señalado el sitio para el trabajo del hombre: reducido á sus naturales fuerzas, se emplea en el finito, sin presumir pasar más allá. Tales son, lo quiera ó no, todas sus obras: finitas se nos presentan sus multiformes invenciones, finitas sus proezas, finitas sus instituciones, leyes y gobiernos; finitas sus culturas y sus civilizaciones. Es el artífice de lo finito, y pregunto nuevamente: ¿Cómo podrá intentar la creación de lo infinito?

Sin embargo, el hombre tiene, según me dicen, el concepto del infinito, porque, no sólo lo siente, sino que se ilumina, y corre por decirlo así dentro de él.

Cuánto hay en esto de verdad es que repercute el infinito en él, que instintivamente lo rodea y lo atrae. Es un concepto muy confuso del infinito; un concepto que se le dá como en préstamo, y que no forma por sí. Tiene cierta idea de la cosa, porque fué revelada; pero por lo

(1) Chalmers's Works, *Natural theology*. t. II.

demás establecer no puede la misma cosa. El hombre tiene la idea del fuego, mas no es el creador del fuego; tiene la idea de la flor y del agua; pero no es el creador del agua y de la flor. El infinito existe; pero, ¿dónde se halla, en cuanto es poseído y representado por el ente? Lejos, muy lejos del hombre, y mucho más alto. Si el hombre lo tuviera en sí, no aspiraría seguramente á él, porque no aspira nadie á lo que posee: ni tampoco iría buscándolo fuera. Por el contrario, el hombre, al pensar en el infinito, oye como un eco que resuena en su alma; un eco que á él llega desde una orilla sin límites: alarga las ideas y extiende los brazos avidísimo de cogerlo. Y sin embargo no lo puede aferrar.

Llamemos á Francisco Guizot para que hable: *Yo nací allá en el Mediodía, donde cae á torrentes el sol; pero especialmente viví en los países del Norte, ó cerca, visitados tan frecuentemente por la niebla, que los envuelve como dentro de una sábana. Cuando está bajo aquel cielo pálido, con sus nubes ora diáfanas, ora densas, al ojo disputa la extensión del horizonte; podría lanzarse más allá la mirada, ¿quién la detiene? Un obstáculo exterior; un poco de luz que á la pupila falta. Mirad por el contrario el horizonte bajo el cielo puro y brillante del Mediodía: la luz lo inunda todo, así en las zonas más distantes como en las más inmediatas: la pupila lo recoge todo hasta donde puede compelerse; más allá de aquellos puntos extremos, no se puede ir, no por falta de luz, sino porque su facultad natural extinguese allá bajo: sabéis que existen otros espacios fuera de aquellos que los ojos pueden ver; existen otros espacios á los cuales no llega el ojo. Tal es propiamente la imagen de lo que á nuestra mente pasa en la contemplación y en el estudio del universo: existe un punto en el cual se detiene la mirada ó bien la ciencia. Mas no se debe decir que allí se halla el término de las cosas; allí está por el contrario el límite de la facultad científica del hombre. Allí se le presentan delante otras realidades que entrevé, en las cuales cree espontánea, naturalmente; pero no puede de ningún modo aferrarlas ni medir las (1).*

Nos parece bien descrita en esta imagen del francés la manía que tenemos del infinito, y nuestra impotencia natural de conseguirlo. Es el hombre sensible y á la vez ideal. Cuando se vale de los sentidos y constituye la filosofía en ellos, es habitante del Norte; entonces vive y camina bajo aquellos cielos que aparecen con pálida niebla; no puede discernir, teniendo un obstáculo para ello: falta un poco de luz á sus pupilas. Hecho por otra parte ideal y con muy agudo entendimiento, parece al habitante del Mediodía: los cielos sonríen y la luz derrá-

(1) F. Guizot, *Méditations sur l'essence de la religion chrétienne*; 4.^a Médit.

mase á torrentes. Mira y descubre; advierte que se dilatan ó extienden otros espacios y otros horizontes más vastos que no ha podido penetrar. Es el infinito. El infinito existe: lo gusta y tiene como en la mano la prueba; pero para señorearse de él no es suficiente. No pueden crear á Dios los del Norte ni los del Mediodía: refiérome á los dos célebres métodos, el «sensístico» y el idealista, en que se divide toda la filosofía.

Ya que principiado hemos á decir algo de los métodos científicos, en los cuales más resplandece la valentía de la mente humana, ¿por qué dejamos las matemáticas en una de las partes? Los nuevos creadores de Dios hacen hincapié grandísimo en ellas, porque las matemáticas cuentan con el número infinito. Ahora bien: si el hombre puede abrazar, por virtud propia, el infinito con el número, extraño no permanece al concepto del infinito.

Por lo que hace á si es posible ó no para el hombre el infinito numérico, conviene oír, señores, cosa donosisima. El abate Moigno, tan noble cultor en Francia de las ciencias físicas, refiere de sí propio: *En el tiempo de nuestra juventud científica, cuando teníamos por profesores á los Poisson, á los Legendre, á los Lacroix, como también por discípulos á los Sturm, á los Ostrogradski y á los Jacobi, sometimos al fallo de algunos de tales matemáticos la cuestión de la posibilidad ó de la imposibilidad del número actualmente infinito. Ahora bien; hé aquí lo que ocurrió. Cuando la cuestión planteada permanecía en el estado de proposición abstracta y matemática puramente, si habíamos conseguido no dejar traslucir ninguna de sus consecuencias filosóficas y religiosas, la contestación era siempre clara, neta y decidida: el número actualmente infinito es imposible: cualquier número es necesariamente finito. Mas si por ventura nosotros no llegábamos á distraer su atención del traje sacerdotal que vestíamos, entonces como ahora, si no habíamos disimulado bastante la tendencia moral de nuestra petición, la respuesta era vaga, incierta, versátil; esquivaban atentamente sostener la imposibilidad del número actualmente infinito (1).* Tal es la costumbre de los doctos no muy amigos de Dios: allí donde no interviene la religión, ésles muy fácil reconocer la verdad; mas allí donde intervienen Dios, la fé cristiana y la Iglesia, la luz de la verdad es por ellos colocada debajo del celemin y sustituida con las tinieblas.

Por lo demás, el número actual infinito para las matemáticas es una simple repugnancia notoria. Esto se nota comparando el número con la línea. En la imaginación vuestra, ¿qué es una línea infinita? Es una línea sin límites. ¿Será, pues, de un millon, ó de un billon de varas?

(1) - Ab. Moigno, *Mathématique et Panthéisme*.

Su longitud no se puede llenar con ningún número: será siempre mayor. Mas ¿no es verdad que añadiendo número á número nos acercamos al infinito? Nos acercamos aparentemente, en cuanto nos alejamos de la primera unidad donde principiarnos; por lo que hace á la idea del término, continuamos igualmente distantes. No cabe comparacion entre lo finito y lo infinito, por lo cual á este último ningún número llega.

Ahora tomemos la línea de un pié, lo cual parece más fácil para que nos entendamos; prolonguemos hasta lo infinito esta línea con nuestra mente; hagamos que sea el número de los piés infinito en cierta manera, suponiendo que se repita el pié infinitas veces. Digo que tal número no es infinito, por existir otro mayor. Cada pié consta de doce pulgadas: por consecuencia el número de las pulgadas contenidas en la línea será doce veces mayor que el número propio de los piés: luego éste no es infinito. Ni tampoco será infinito el número de las pulgadas, por cuanto éstas á su vez se pueden subdividir en líneas, como las líneas en puntos, y los puntos, si reales son, en otras cantidades menores, siendo evidente que el número expresado por cada uno de los valores menores será respectivamente tantas veces mayor, cuantas exprese el número que marque la relacion del menor al mayor. Tendrá doce veces más pulgadas que piés, doce veces más líneas que pulgadas, doce veces más puntos que líneas, y así sucesivamente, sin que pueda concluir nunca esta progresion por causa de la infinita divisibilidad del valor lineal. Admitida la divisibilidad de una línea sin límites, nadie piense que tenga un número infinito en los elementos que la constituyen. No, porque cabe tirar líneas infinitas más allá de la supuesta, y como en todas puede llevarse la divisibilidad hasta lo infinito, se sigue que la suma de los elementos que entran en ellas, formará un número mayor que el de uno cualquiera de las mismas.

De cuanto hemos dicho procede que, si se acepta el número infinito, considerado en abstracto, por no contradictorio en nuestra mente, no llega nunca á efectuarse de una manera positiva.

Dejemos aparte las líneas, y dejemos toda comparacion. Ciéndonos al simple número, pregunto: Con añadir la unidad á la unidad, ó grupos de unidad á otros grupos de unidad, ¿se puede tener un número actualmente infinito?

No. En verdad, si cada uno de los números que se obtienen con adiciones sucesivas, aunque sean tan grandes como se quiera, sólo se diferencia del precedente por una unidad ó por un grupo de unidades. como el precedente mismo, es finito; todos estos números sucesivos

son á un tiempo finitos; el segundo por el primero, el tercero por el segundo y así sucesivamente yendo adelante. Además el resultante de las adiciones de unidades propiamente añadidas la una á la otra, manifiéstase claramente al entendimiento por un número que será par ó impar, primero ó no primero. Si tal número es par, no comprenderá los números impares; si es impar no contendrá los pares, que pueden nacer de nuevas adiciones: si es primero, no será el último de los números primeros, habiéndose probado en los tratados de aritmética, como en el de Bertrand, que la série de los números primeros es ilimitada, y que por grande que se marque un número primero, cabe marcar prontamente otro mayor. En todos los casos, sea par ó impar, primero ó no primero, este número nacido de las adiciones referidas, no contendrá ciertamente ni el propio cuadrado, ni el cubo, ni la cuarta potencia de sí mismo, ni las ulteriores. Es imposible, por consiguiente, que á ser llegue infinito.

Por último, si mediante adiciones sucesivas de unidad, llégase á cierto término ó se ha constituido cierto número, sea cual sea, repugna mucho á la mente pensar que no cabe reducir tal número á cero, mediante sucesivas sustracciones de unidad, rehaciendo al contrario el camino de la primera operacion. Por consecuencia es forzoso reconocer que lo que nace de la adición se puede reducir á cero, á un origen, á un punto cierto de principio, y por lo tanto no eterno ni tampoco infinito. Estas dos nociones *número é infinito*, se contradicen y se niegan la una á la otra, por necesidad y esencialmente.

El número infinito queda por consiguiente, digámoslo así, derrotado, porque á ser no llega para el hombre actualmente posible. Así las dos ciencias que más tratan del infinito, á saber, la alta metafísica y las matemáticas, pensando en Dios, se confunden: las ideas se turban en la cabeza del hombre, y los números se le escapan. Hacerle creador del infinito, cuando éste le domina sin que consista en él de ningún modo, es un delirio.

* Verdad que Jorge Hegel, trasfiriendo los atributos de Dios al hombre, no se para en el individuo, pasando *al hombre colectivo*, como lo llama, ó al género humano contemporáneo, ordenador del universo, al que como á éste no cabe destruir. Así, para tener ó para realizar el concepto del infinito, es preciso referirse á toda la especie humana.

Doctrina más loca y más mecánica no pudiera esperarse de un empírico: ¡y surgió en la cabeza de un pensador idealista! No el hombre por consiguiente, sino el género humano realizará el concepto del infinito, siendo el creador de Dios. Empero si ni éste ni aquél particular pueden para tanta creacion, ¿cómo podrá bastar *la masa*? La especie en-

cierra el número completo de los individuos; ahora bien: ¿dice acaso el número entidad ó aumento de valor metafísico? ¿No es más bien lo contrario? ¿No está con la *masa* la ignorancia y la abyección? Nosotros por otra parte, señores, afirmando que no puede con su mente llegar el hombre al infinito, ¿nos limitamos á un individuo únicamente por ventura? Cuando vosotros decís: Confucio no puede crear á Dios, no puede crearlo Pitágoras, no puede crearlo Aristóteles, no puede crearlo Ciceron, ni puede crearlo Descartes, ni Malebranche, ni Gassendo, ni Leibnitz, ¿no declaráis que es insuficiente para crearlo la misma humanidad? Si los más sublimes entendimientos, si los *genios humanos* no bastan para ello, ¿será suficiente la chusma y la plebe?

Mas hé aquí algo caprichoso y atroz escondido bajo la teoría de la *humanidad*. Estos filósofos, que trasfieren los atributos de Dios á toda la especie humana, no sirven tanto para sostener que contiene la especie humana el infinito en sí, cuanto para hacernos desaparecer el propio infinito, y anular el Ente supremo. Para hacer del hombre un Dios, dañan al verdadero Dios. ¿No hablo yo de cosa evidente? Desde Manuel Kant en adelante, cuando empezó á germinar mayormente la *doctrina de la humanidad*, la idea de Dios ha sido entendida de varios modos, hasta el punto de borrar el divino concepto plenamente, ó de mezclarlo con la materia bruta é inorgánica. ¿Cómo nace realmente el dios de Fichte? Fichte lo crea del fondo del yo: este dios es por consecuencia el hijo del hombre atado á la tierra: dios orgulloso y enfermo. ¿Cómo nace el dios de Schelling? Schelling lo presupone como absoluto *inconsciente*, del cual emana un *consciente*: es por lo tanto la inteligencia que se desarrolla de la insipiente. ¿Cómo nace el dios del hegeliano Daub? Daub lo saca, por el ejemplo de su maestro, de la alianza de los contradictorios: es por consecuencia el dios de la luz y de las tinieblas, de la verdad y de la mentira; un mónstruo. ¿Cómo nace el dios de Schleiermacher? Brota del sentimiento y de la sensación del hombre: es por consecuencia el dios del movimiento humano que confina en este siglo; el dios del músculo y de la fibra. ¿Cómo nace el dios de Drobisch? Es un antropomorfismo racional ético y psicológico: cosa escondida ó salvaje. ¿Cómo nace el dios de Bouterweck? Este lo llama un *Simbolismo lógico*; un sistema de signos, por los cuales trae nuestro entendimiento el infinito á los límites del humano conocimiento: es por consecuencia un dios desvanecido, sibilino, que se corta las alas, cayendo en nuestro poder. ¡Miserables! ¿No veis que, fantaseando á Dios segun nuestro modelo, el infinito no subsiste? Sin embargo, *lo más grande de todo*, escribió Anselmo de Cantorbery, *no puede ser un simple pensamiento, sino que debe ser una realidad*. El profesor Hamberger, aunque dañado por

el «criticismo» alemán, afirma más de lo que nosotros pedimos: *El pensamiento de Dios sobrepuja absolutamente al hombre; no puede ser por consecuencia considerado como cosa adquirida por el hombre mediante razonamiento, ó de cualquier otro modo, sino solamente como cosa á él dada. El hombre no adquirió este pensamiento por sí mismo, y no le hubiera acudido ni aun en sueños, si no se lo hubieran proporcionado desde un principio* (1).

El problema de si el hombre puede nunca crear á Dios, está resuelto en su parte ideal.

Habiéndonos puesto á indagar qué cosa es Dios, hallamos que es esencialmente la suma de todo los bienes, y el Ente por todas partes perfecto, absoluto é infinito. Nosotros, restringiéndonos á la infinidad de Dios, preguntamos si el hombre llegó á realizar de algun modo su concepto. Ha sido la respuesta negativa. Infinito vale tanto como no tener límites, y el hombre, por el contrario, es limitado en su inteligencia. La idea, ó mejor el sentimiento del infinito que calienta su pecho, desciende sólo al hombre mediante la noción superior de Dios; no es á la vez trabajo de razón, como de revelación, realizándose, según el dicho del incrédulo Dollfus, que *la tendencia hacia el infinito es en el hombre el sentimiento religioso* (2). Cuando el hombre quiere producir el infinito por sí propio, lo estropea y lo divide, aniquilando á Dios. De tal guisa no existe ya en el mundo ninguna Divinidad. Empero si el infinito no se quiere disimular, y el infinito es Dios, nos parece clara la conclusión. El hombre no es el creador de Dios, porque no es bastante su mente para realizar su concepto.

Sigue á la idea el hecho.

Si bien Dios no se puede comparar con el hombre, por ser el uno el absoluto y el otro el contingente, hay entre los dos, sin embargo, puntos de semejanza. En efecto, el hombre con su alma racional, está en íntimo comercio con el cuerpo, del modo que el cuerpo con su obrar más extenso y más libre está en contacto con el mundo. Ahora bien; cuando el alma está en vivo movimiento de ideas, el cuerpo se agita, dá de su agitación señales sensibles, y obra como instrumento de aquella: la idea pasa por el cuerpo, vestida con la señal, se para en el mundo y suscita los hechos. De un modo más excelente Dios, Dios *acto puro*, como enseña Santo Tomás, y perfecto en sí, no necesita de ningún

(1) P. Hamberger. *Los principales puntos de la filosofía de la religión según los principios de Schelling*, Discurso V.

(2) Dollfus, *Le dix-neuvième Siècle*.

modo salir de la espiritualidad: sin embargo, sucede que Dios, procediendo libremente, mira fuera de sí y hace operaciones externas. Entonces desde su eternidad se coloca en contacto con el tiempo, y logra que se llene el tiempo con los monumentos de su gloria. Hé aquí además para Dios el acontecimiento y el hecho.

Los hechos de Dios constituyen el reino de Dios.

Volviendo ahora á nuestro problema, es claro que para resolverlo bien en su parte segunda, es preciso considerarlo por el sensible lado, el cual nos dará el suplemento, la confirmacion del tratado ideal. Cuando nosotros por consecuencia preguntamos otra vez si el hombre puede crear á Dios, cumplimos esta ley soberana que la lógica nos prescribe, haciendo por deber una investigacion externa; pero ¿qué nos contestaremos á nosotros mismos?

No; el hombre no puede crear á Dios, porque su brazo no basta para imitar su reino.

Los hechos, que componen el reino de Dios, van comprendidos en dos acontecimientos supremos y generalísimos: creacion y regeneracion.

Por lo que hace al primero, imaginad que Dios se asoma sobre la nada, y con un acto de su voluntad, ó con un verbo llama las cosas á la vida. Por tal mandamiento la nada se fecunda, brotando astros, soles, estrellas y mundos: el mundo que nosotros habitamos se llena de toda clase de criaturas, de las cuales el hombre es nobilísimo. ¡Qué reino tan divino!

Los necios, que no creen en Dios ó que se jactan de crearlo, se escandalizan por tales palabras nuestras. ¡Dios que crea las cosas de la nada! ¡La creacion de la nada! De la nada no se hace nada. Y denominan fábula el reino solemne de Dios, que es el creado.

Bacon de Verulamio, que pensaba un poco más que tales entendimientos débiles, no llamaba fábula la creacion de la nada, venerándola como dogma. Escribió: *En las obras de la creacion vemos una doble emanacion de la virtud ó fuerza divina, refiriéndose la una á la potencia y la otra á la sabiduría. La primera se hace peculiarmente considerar en la creacion de la materia; la segunda en la belleza de la forma, con que despues fué revestida la materia* (1). Hé aquí que para Bacon la materia no es eterna, sino que fué creada: la creacion vino, pues, de la nada. ¡Y los necios rién! Hasta Buffon y Lamack, áun cuando al reconocer las intervenciones divinas llevan la manga estrecha, mencionan un Hacedor sumo, el cual «creó la materia y la naturaleza, es decir, creó una materia primi-

(1) El cristianismo de Francisco Bacon, t. I.

tiva y las leyes de la naturaleza humana,» lo que supone la creación de la nada (1). ¡Y los necios ríen! Es verdad que de la nada nada se hace. Mas nosotros no decimos que Dios se sirva de la nada para sacar los seres; decimos que los crea en el seno de la nada. ¡De la nada nada se hace! A los filósofos que, considerando á Dios como ente indeterminado, é identificando el ente con la nada, quieren hacer que brote de esta nada la universalidad de las cosas, á tales filósofos corresponde sin duda el reproche. ¡De la nada nada se hace! Precisamente porque existía el todo en un principio, por existir Dios, el universo se realizó, Dios, no sacando de la nada, ni de sí el universo, con su inteligencia, con su voluntad y con su poder infinito lo realizó; este sólo era el tenor de crear digno de Dios: no servirse de nada ni de materia antecedente, sino de sus facultades sempiternas, de sí mismo y de su vida plenísima, para transmitir á otros la existencia: si os place, sacó el universo de sí en cuanto es causa, y no en cuanto es sustancia: de todas maneras, se le debe la creación, principio de la vida universal.

Solo que no me corresponde probar esto ahora: debo poner de realce la creencia en la creación de los mundos de la nada por el Dios que adoran los sacerdotes y la Iglesia, como también todas las gentes cristianas. Para convenceros de que no yerro en tal afirmación, preguntad, no diré á los salvajes del Asia, del Africa y de la Océania, en cuyas groseras supersticiones hállase casi siempre la materia eterna y un Dios no creador: interrogad sí á los creyentes de Inglaterra, de Alemania, de Francia, de España, de Suiza y de Italia: ¿qué gritan á una voz? El calvinista exclama: «Dios creó las cosas de la nada.» Exclama el anglicano: «Mi fé es que Dios creó el universo de la nada.» Exclama el luterano: «Creo en un Dios, que saca la creación de la nada.» El católico francés por otra parte, el español y el italiano os gritan con tono más antiguo que el protestante: «Dios con un simple *fiat* creó de la nada el sol, las estrellas y la tierra.»

Tal es nuestro Dios; tal es la primera reunión de hechos, que yo he llamado su reino. El reino de Dios es la creación de las cosas que se presenta en el inmenso espacio: todos los vivientes vienen á ser súbditos suyos, y El, colocado en las alturas de los cielos, es el monarca. Es maravilloso, y más bien sumo este reino, que flota sobre la nada, haciendo escabel á su trono sempiterno; en tanto se sostiene en cuanto está sobre todo sostenido por la virtud sobrenatural. De aquí que á toda alma viva corresponde dirigir las santas palabras que la madre de los Macabeos dirigió á su pequeño: «Hijo mio, levanta los ojos al cielo y bá-

(1) Véase á Sorignet, *Cosmogonía*, pág. 194.

jalos despues sobre la tierra, comprendiendo que Dios lo hizo salir todo de la nada: *Quia ex nihilo fecit illa Deus (1).*»

Ahora nosotros. Si fuese verdad que Dios tuviese movimiento, vida y reino únicamente por lo que nuestro pensamiento y nuestras creencias le atribuyen tales bienes; si en su virtud el hombre fuera de veras el creador de Dios, sería cierto que cuanto en Él resplandece debería estar en el hombre primeramente: Dios crea de la nada, y el hombre aún mejor que Dios debería crear las cosas de la nada. En la obra se refleja el artifice.

¡Qué pasa, entretanto, señores? El hombre tiene también su reino, y es el mundo presente. ¿Cómo se conduce en él? ¿Os parece que mejor que Dios saca los seres de la nada?

¡Oh, cuán pequeño es este mortal, que sin embargo grita con jactancia: «El Dios que adoramos está fabricado por nuestras ideas; por si no tiene vida, sino por nosotros!» Este mortal, si quiere acometer ó realizar algo, necesita siempre cosa que le sirva de primer elemento. Sin pedestal no edifica y sin gramática no aprende, siendo para él verdad que de la nada nada se hace. ¿Quiere construir una estatua? Necesita barro y mármol. ¿Quiere adornar el palacio? Necesita las artes y desgarrar las visceras de la tierra para extraer de su seno metales. ¿Quiere llenar el cielo con sus melodías? Necesita un instrumento armónico. Con todo, el hombre fué llamado creador. Mas si quiere crear de la nada, ¿dónde su creación está? Inventa la brújula, pero se le proporciona la materia de la misma; inventa la pólvora de cañon, pero coge de la tierra los elementos inflamatorios; inventa la imprenta, pero las máquinas se componen de madera y de hierro; inventa el vapor, pero recurre al agua y al fuego. De la nada nada se hace para el hombre. Si le quitais la espada y los ejércitos, ¿qué será de las heroicas proezas de Alejandro y de César? Si le quitais los pinceles, ¿qué será de los prodigios artísticos del de Urbino? Si le quitais los telescopios, ¿qué será de las grandes visiones siderales de los Galileo y de Newton? Descartes un día exclamó: Si me dais materia y movimiento, crearé yo al universo. Tenía razón: se necesita la materia para crear y se necesita, señores, el movimiento. Se necesita la aguja del imán á fin de atraer los cuerpos; se necesitan los hilos eléctricos para lanzar como un rayo nuestros pensamientos de uno al otro país; se necesitan las ruedas para poner nuestros carros en ejercicio: se necesita el ímpetu del manubrio para que giren nuestros telares: faltando el movimiento y la materia, está el hombre inerte, quedando mudo é inmóvil con las manos pen-

(1) 2º de los Macabeos, cap. VII, v. 23.

dientes, semejante á los caballeros del Ariosto delante de los encantamientos de la Hada.

Describí los dos reinos; el divino y el humano. ¿Encuéntanse acaso? ¿Se igualan? ¿Qué digo? ¿Sobrepaja el reino del hombre al de Dios? Dios forma su reino propio con la creacion, y la creacion es el aniquilamiento de la nada. Donde campeaba la nada, aparecen los cielos, que predicán la gloria del Altísimo. ¿Y el hombre qué hace? En cuanto al cielo, se fatiga; se fatiga enormemente sólo para inquirir con Leverrier, y con Piazzi alguna estrella, porque la mayor parte se le escapan: por lo que hace á la tierra, no puede dar un paso si no fija su pie dentro de huella estable: toca siempre materia, y áun para los fenómenos metafísicos no es idóneo si al órgano corporal no se acompaña. Sobre la nada pasea Dios triunfante: el hombre, abandonado á la nada, se pierde. Esto sentado; ¿cómo pensar que Dios sea sólo la reverberacion de nuestra idea, el fruto de nuestras operaciones, ó mas bien la sombra que ha germinado de nuestra ferviente fantasia? Sin embargo, gritan los frenéticos entre las turbas crédulas: «Lo que adorais como Dios, es una produccion de vuestra cabeza; porque Dios no posee realidad.» Si así fuese, veríais á las turbas conformar el reino humano al divino. Por el contrario, pobrecitas, ven que se diferencia el uno del otro por contraposicion absoluta. Dios obra en el seno de la nada; pero ¿á quién se le ocurre nunca, ni por sueño, que la criatura racional puede hacer lo mismo? Tú, sumo Dios, que obras de la nada, lo eres todo: yo, miserable gusano de la tierra, que de todo necesito, nada soy. ¿No es así? ¿Podrá el hombre por lo tanto llamarse creador de Dios? Es pregunta que nos conduce á la ira ó á las burlas.

Digamos alguna cosa de la regeneracion.

Por esta el divino reino se realiza en sus relaciones con el hombre, porque cuanto en un principio quedó dañado y perdido por la calamidad del Eden, fué divinamente recobrado por la caridad del Calvario. Mas la redencion, al mismo tiempo que reintegra en sus derechos y ennoblece la creacion, procede al revés. Realmente, Dios, creando, brilla con su potencia sobre la nada: redimiendo, por el contrario, esconde su potencia, y por sí mismo como á la nada se reduce. Desciende del cielo á la tierra; encárnase, toma nuestras enfermedades; nace entre dos animales, muere entre dos ladrones, consigna á toscos pescadores su doctrina, elige por cosa propia y por propia escuela la Iglesia, institucion rodeada de debilidad.

Sin embargo, es completo el rescate. En el órden espiritual Dios se aplaca con el mundo; en el órden exterior y civil renueva los siglos. Durante larguissimas edades, antes de la temporal aparicion del Verbo,

las almas que en él creen y dignamente lo aguardan, están provistas de gracia preservadora; no se doblan para la adoracion de los idolos, ni affigen su consorcio urbano con la pena de la vil servidumbre, sino que, no bien llega la plenitud de los tiempos, y el Verbo se hace hombre, el triunfo del bien se difunde universalmente. Huyen los dioses, caen los tiranós, cesan los siervos, y los bárbaros dan lugar á gente civilizada; surge circundada de santidad la edad moderna. ¿Cómo pasa todo esto? ¿Qué misteriosa fuerza regenera la humana especie? Es manifiesto: el Dios redentor obra la revolucion más profunda que jamás vió el sol, predicando el poder del sufrir, la virtud del retiro, el apostolado de la paz y la gloria de la sumision, cifrando al efecto la gallardía en la enfermedad, el triunfo en la derrota y la beatitud en la desventura. Hé aqui el Dios que á la tierra salva; es el Dios que se coloca debajo de los pies del hombre y se aniquila: *Semetipsum exinanivit* (1). Es tal en su otra parte el reino divino.

Volvamos al hombre. Oigo que los sabios incrédulos continúan avisándome que lo que juzgo Dios, es una mera suposicion mía, ó un ente construido por mi creencia; es como una imágen que de mí se repite, Bien: mirándome yo en esta imágen deberé hallar por consiguiente mi semejanza: si Dios para regenerar las cosas se rebaja y se aniquila, esto me irá revelando que yo el primero, para redimir al mundo, me aniquilo y deshago. ¿No es discurso lógico? Ciertamente; mas los hechos de todas clases lo desmienten. ¿Como, enteramente distinto de Dios, el hombre mundano se pone á regenerar!

Estad, señores, atentos. Si acto existe ó momento en qué haga el mortal ostentacion de sí, es aquel en que se dispone á hacer felices á los hermanos: reúne todas sus fuerzas, todos sus conocimientos, todas sus experiencias, busca auxiliares del propio siglo, y ultima confederaciones. Cuando aumenta mucho y parece capaz de la empresa, levanta la bandera del rescate y se mueve. ¡Qué héroe tan estrepitoso! No le preguntéis si á morir va sobre la cruz; ¿qué haría moribundo ó muerto? Para redimir las mentes de la ignorancia, todo ménos dirigirse á doce toscos pescadores! Abre colegios, llama á doctos, hace gran lujo de pública y de privada instruccion; para redimir á los que yerran del desórden social y para constituir un gobierno, todo ménos entregarse á una institucion tan débil como la Iglesia. Alza tronos potentes, reúne varas de hierro, circunda los magistrados y las asambleas de armas y de armados, de manera que todo el gobierno es como una hueste dispuesta en el campo. El hombre que se llama regenerador es á la verdad

(1) San Fábulo á los *Philippenses*, cap. II. v. 7.

pretendiente y ampuloso. ¿Se trata de redimir á los pueblos de la barbárie? Oye aullidos de guerra y gritos de muerte: no tiene lugar el pacífico movimiento católico contra el paganismo, sino un choque desesperado de dos mundos. El mundo alemán se precipita sobre el latino, y el latino, rehecho con nuevas fuerzas, se derrama sobre el mundo alemán. Están á caballo los campeones de las grandes batallas; Belisario, Carlos Martel, Pipino. ¿Se trata de redimir á los colonos de la opresión de la gleba? Mueven ruido los parlamentos políticos, se crean ó se deshacen leyes diversas, los campesinos se levantan en rebelión contra sus pertinaces señores. Cosas bien distintas de las suaves y persuasivas palabras de la Iglesia. Aquí media la obstinación de la tiranía y el ansia de la venganza, por la cual vituperan el magnánimo entendimiento las almas libertadoras. ¿Trátase de que acaben los restos brutales de la esclavitud? A los Papas bástanles algunos decretos para anular la servidumbre, y algunas expediciones de misioneros; al hombre mundano, para concluir la obra de la humana libertad, no le basta el derramamiento de sangre. Mirad América en tumulto por lo mismo, y cómo ensangriéntase de horrible modo el siglo XIX. Así se hizo gran matanza con el fin de dar la vida. ¿Trátase de redimir á los débiles del predominio de la hipocresía y de la calumnia? La Iglesia para desvanecer las ruines tramas, tenía la apelación al tribunal de Dios, que las almas y los corazones examina; tenía el recuerdo de la justicia eterna: el hombre, por el contrario, hace indagaciones y escrutinios legales; funda el «tribunal de los sospechosos;» y se disfraza tan alegremente, que renueva con frecuencia sus carnavales á fin de aparecer lo que no es. ¿Trátase de redimir á los obreros del trabajo mal dirigido? Hoy veis cómo se las compone el mundo en este particular: las escuelas económicas defienden fogosas teorías, disputando unas con otras: las plebes envalentonadas, pero nunca satisfechas, rompen, y se dan al licencioso baile de la revolución. ¿Qué tempestad! Interin la tempestad dura y aumenta, el pensador dice secretamente. En esta irrupción de hombres y de sucesos, ¿se salva el alma del hombre? Cristo restituía sin estruendo al alma los premios inmortales, haciendo prosperar los cuerpos y las almas en la sociedad civil: aquí, donde sólo el hombre lígase á las razones del tiempo, caen los cuerpos y las almas.

He bosquejado nuevamente los dos reinos: el humano y el divino. ¿Qué os parece? ¿Se corresponden? El reino del hombre, que segun los incrédulos debería ser el productor del reino de Dios, ¿contiene ó no en sí el vigor generativo y el modelo? Empero Cristo, como antes Dios relativamente á Job, se pone delante del hombre contemporáneo y le grita: Tú hombre, que te jactas de ser mi predecesor y mi ejemplar

solemne, ¿puedes obrar lo mismo que yo? Tú, para regenerar á los hermanos, ¿ocultas tu fuerza, reprimas el ímpetu de tu poder, y escondes el lampo de tu gloria? ¿Te haces pequeño? ¿Te dejas dominar por los robustos hijos del siglo? ¿Te das como cordero á los dientes feroces de los lobos? ¿Metes la gallardía en la enfermedad, la victoria en la derrota y la beatitud en el infortunio? ¿Dónde está tu Gólgota? ¿Dónde tu cruz? Sube á ella, hombre, si quieres compararte conmigo; sube y muere. Descúbreme el sol, que por tus agonías se descolora; házme sentir la tierra, que tiembla bajo el peso de tu patíbulo. Muere, si quieres dar tu vida al que la perdió. Veremos si las tumbas se abrirán á tu paso, si las almas de los santos se lanzarán en pie, si la cortina del templo se rasgara, si el mar retrocederá con las olas. Muere... ¿Dónde te hallas, soberbio? ¿No te basta para redimir lo florido de la vida, y presumes compararte conmigo que, perdiéndolo todo, lo recobro y lo salvo?

Señores; si despues de la idea viene el hecho, es demasiado elocuente para instruirnos. Nos hemos colocado dentro de las señales y de los fenómenos, dejando los conceptos puramente metafísicos: nos ceñimos á cosas para las que aún los ciegos pueden ser en gran parte testigos de valer: resolvamos por lo tanto nuestra cuestion. Dios, rico con su doble reino, la creacion y el rescate, ¿depende del hombre? ¿Es una evaporacion de su cerebro? Levante su propio brazo el hombre y mire si iguala las obras de Dios. Para crear, ¿siembra tal vez el gran vacío, como hace Dios, de brillantes luces y de globos que ruedan? ¿Fecunda el seno de la nada? No. ¿Esconde para redimir su poder? ¿Se rebaja y aniquila, considerando propio triunfo la enfermedad? No. Aquí pues, entre Dios y el hombre, hay un procedimiento del todo contrario; esto en su valor constitutivo y con daño nuestro: no servimos de tipo para las divinas operaciones; quedamos debajo de Dios; somos los inferiores y aún venimos á ser ínfimos á sus ojos. Ahora bien; de los inferiores no procede nunca el superior, ni de los ínfimos el sumo. Puesto en el camino del experimento, el problema es bello y deliberado: el hombre no puede ser el creador de Dios, porque su brazo no es bastante para imitar su reino.

Entre la idea y el hecho, media el afecto.

No es que, hablando de Dios, quiera yo afirmar que se necesita el acontecimiento para que surja el amor, porque, siendo el cúmulo de toda perfeccion, Él sin obra externa posee, aún por esta parte, todo lo que le satisface. Sin embargo, ora se tome como Creador, ora se mire puesto en relacion con el hombre, tres cosas vemos relucir en El eminentemente: la idea que infinita es, y de la cual brota el concepto del

universo; el hecho, ó sea el orbe mismo, y el amor, alma de Dios y de la creacion. Estas tres cosas se juntan en sus manos y envian un dulce sonido fraternal. ¿Quién realmente podría separar la una de la otra? ¿Quién de la idea y del hecho podría separar el amor? Sería para nosotros los mortales extinguir el alba y el mediodía; apagar la criatura racional y deshacer los mundos.

Si por consiguiente á nuestro razonamiento importa que del amor en tercer lugar se hable, volvamos al agitado problema. Dios ama y el hombre ama; el amor, restringido á nosotros, viadores del tiempo, está en nuestro corazon donde brota, y donde se alimenta cual en el horno la llama. Yo digo: el hombre, considerado como amante, ¿puede ser el creador de Dios? Y me añado pronto que no puede serlo, porque su corazon no es bastante á suplir la inmensa delectación.

Determinemos netamente los efectos del amor divino.

Los romanos alzaron un templo á una diosa, que llamaron *Verticordia* (1). Era Venus; no la Venus carnal, como despues de todo parece, sino la del cielo; diosa purísima y símbolo de la generacion universal. Ahora bien; el epíteto de *verticorde*, aplicado á Dios, lo representa como autor de una revolucion del corazon y de una conversion moral.

Tanto Dios hizo generalmente con los hombres cuando los iluminó con el Evangelio. Fué *verticorde*, es decir, puso la mano en el corazon y lo volvió. Antes de saberse algo de Cristo, el corazon humano amaba la tierra, se apacentaba con ella y adorábala: despues de venir Jesucristo con el Evangelio y con la Iglesia, difundió en el mundo el hábito sobrehumano de la caridad, y el corazon fué trasportado desde lo bajo á las alturas. Antes que el cieno y el pecado, amó las purezas celestiales, el espíritu y la virtud.

¡Qué alegrías, que saltos, que inefabables caricias debió saborear el corazon, donde Cristo entraba con su gracia! Hace San Agustin el elogio del amante Dios, observando que tesoro es en la pobreza, solaz en la soledad, y gloria en el vituperio del siglo: *Thesaurus in paupertate, solatium in solitudine, gloria in abiectioe* (2).

Es verdad: en torno de Jesucristo caminan los pobres; es un ejército, una turba, de la cual se llena el arrabal y se puebla la ciudad. Empero no aguardéis presiones, ni fastidiosas violencias de tales hombres. No arman asechanzas á vuestros bienes como los comunistas, ni devastan vuestros campos como las hordas de un ejército, ni destruyen vuestras fortunas, como los rebeldes. No tienen nada y están contentos. Si les

(1) Rollin, *Hist. rom.* v. 11.—Val. Max. VIII, 13.

(2) S. Agustin. *Ser. XXI ad fratres in Eremo.*

preguntáis, ¿es que nada os pesa la pobreza? contestan: No nos pesa la pobreza, porque la llevó Jesús gustosamente. Nos place su pesebre, que fué un establo, y nos place su lecho de muerte, que fué una cruz. Si repetís: ¿Qué compensacion teneis por consiguiente de vuestro sufrir? responden nuevamente con estas hermosas palabras de San Francisco de Asís:

Por el Bien grande que espero
Toda pena es gozo vero (1).

Y os dejan plantados allí con vuestras preguntas ignorantes, se van por otro sitio y brillan de alegría. Alabanzas á Dios, que á los pobres enriquece con la desnudez de Cristo: *Thesaurus in paupertate*.

Es verdad; inspirados por Jesucristo y por Él sostenidos, hay muchísimos solitarios en el mundo: cuenta más la moderna sociedad civil que la vieja Tebaida. Son almas, señores, que miran con desdén vuestras diversiones, vuestros bailes, vuestros teatros, vuestros espectáculos, por sentir en ellos un hábito de contaminacion que los afrenta. Se mantienen alejados de todo esto, y sin embargo son felices. Si tratamos de inquirir cómo suplen la falta de los espectáculos obscenos, de los teatros y de los bailes, nos muestran con el dedo los espectáculos inocentes de la naturaleza, las castas delicias de la familia, los frutos del hábito moral, los consuelos de la religion, y basta. Se rigen así por amor á Dios, y Dios los alegra con usura. Alabanzas á Él, que recrea á los solitarios. *Solatium in solitudine*.

Es verdad que detrás de Jesús corren tambien los vergonzantes. La mala costumbre de la edad incrédula los echó de su puesto, quitóles su cargo, los pisoteó y quiso quitarles hasta el honor; ¡pero en vano! Hollados por los hombres, se pusieron los vergonzantes á los pies de Jesucristo, que fué para ellos un trono de gloria. Aman á Dios, y saben sufrir la desventura: aman á Dios y se adornan con virtudes. Son más grandes que vosotros, mundanos. Florecen por su castidad, y vosotros sois lujuriosos; no conturban al prójimo, y vosotros le oprimis; perdonan, y vosotros no poseeis la virtud del perdon. Aman á Dios, y son grandes en la vergüenza de la tierra. Alabanzas al Dios redentor, que produce semejantes milagros. *Gloria in abiectioe*.

A tales efectos, que son de los más usuales, lleva el amor divino: es tesoro, solaz y gloria. Si lo considerais, tales efectos que se sienten en el corazon humano, se gustan, por cuanto el corazon realizó felizmente una revolucion, y quedó trastornado: dejó la carne para seguir el es-

(1) Tanto grande é il ben che aspetto, che ogni pena mi é diletto.

píritu, y dejó el fango para seguir la luz. La historia de todos los amantes de Dios afirma lo mismo: es el profeta Elías que sube á las estrellas sobre un carro de fuego: es el apóstol Pablo arrebatado al tercer cielo.

Está bien. Demos por sentado que sea el hombre creador de Dios: aquí como en los precedentes parangones resulta claro que, si Dios es una germinación tal de vuestra idea y de vuestro afecto, vosotros, más anticipadamente y de un modo más selecto que Él, deberíais experimentar otro tanto: Dios ama, y amando beatifica el corazón: lo aparta de los objetos bajos y despreciables, afirmándolo en la perfección: de tal suerte, y mejor vosotros, mientras amais, debéis beatificar el corazón, y beatificarlo por vosotros mismos. Debéis apartarlo de los objetos torpes, y fijarlo en los excelentes. Ahora bien: ¿Haceis vosotros esto? ¿Producís con vuestro amor efectos estupendos en el corazón humano? ¿Sois, á semejanza de Dios, el tesoro de los pobres, el solaz de los solitarios y la gloria de los vergonzantes? Habladme claramente: ¿Haceis esto vosotros en la sociedad civil?

¡Ay, señores! El amor, cosa tan venerable y gentil, caído en poder del hombre sólo, tropieza y se pervierte! El hombre, que se jacta de no necesitar á Dios, y de no necesitar religión, es un terrible *verticorde*; la revolución que realiza en sí y en el alma de sus hermanos, no levanta el corazón desde lo bajo á lo alto, sino que desde lo alto, donde estaba con Jesucristo, arrójalo á lo bajo. Este corazón deja de seguir la luz, y dá en el fango; deja de seguir el espíritu y se ahoga en la carne. ¡Alteración feral!

Aquel joven era de oro. Alimentado en la creencia católica por su buena madre, amaba mucho á Dios, como también á la familia, tiernamente amando á la humanidad en la familia y en Dios. Cortés además, activo, ardiente cultor de las letras humanas, gozaba de una vida alegre, por sentir que amado era. Empero un ruin viviente que se puso á su lado, murmuró en sus oídos: *Estás bajo sayas femeniles, y eres más mujer que hombre; sal fuera*. El incauto joven salió. Al amor se dió, como ama el hombre que no tiene fé divina, y rigió el corazón según la norma de sus pasiones: ¿qué le sucedió? Las flores del mundo no supieron enviarle perfumes, y no le sonrieron las estrellas de su cielo flamante; se quemó, ardió y helóse después: probó todas las cosas y fué miserable. Por huir de las faldas maternas y caseras, se hizo públicamente mujer de veras, y cuando la joven ansiada huyó de sus manos, exclamó él, porque se había extinguido en su corazón el amor casto: *¡Para ella y su marido olio eterno!*

Aquella esposa fué tan decente, virtuosa y magnánima como bella.

El jóven, advertido de que se habia casado con un ángel, andaba como en sueños de paraiso. Esto sucedió, por haber crecido en el amor de Dios, y porque irradiaba en su compañera este amor de Dios. Todo se desvaneció. Una degenerada matrona, que se acercó á la casa, introdujo en ella el pisaverde: el marido fué ciego, la consorte débil, y la santa antorcha del himeneo se apagó. ¿Dónde está el garzon? ¿Dónde su compañera? Aquel rabia y blasfema; esta, metida en cuarto solitario con el pelo en desórden, lamenta los lazos en que cayera. ¡Maldito amor del mundo!

Segun esto, señores, en cuanto pertenece al amor, ¿sereis vosotros los creadores de Dios? Dios para sus escogidos tiene reservadas delicias inmaculadas é indescribibles: tiene flores amadas que no se marchitan, estrellas que no se desvanecen, abrazos que no manchan y pastos que no envenenan: ¿qué teneis vosotros? Para vuestros amantes y para vuestros amados, teneis grillos, suciedad y muerte. ¿Cómo sucede así? ¿Cómo Dios, que deberia ser una copia vuestra, es desmesuradamente más feliz que vosotros en el amar? ¿Embriagaráme pues la copia por la dulzura y la perfeccion, asesinándome el modelo, que es el hombre? Sin embargo, siento que debe existir el amor, y que con el amor debo gozar de la vida. ¡Ah! No, extraviados mortales; no sois los creadores de Dios, porque vuestro corazon no es bastante á igualar la inmensa delectacion que de Dios emana.

Dicen los sofistas: Dios, amor y amante, es una gran alucinacion, ó un deslumbramiento de nuestro espíritu. El amor, que circula en el universo, por nuestro instinto supersticioso, y por nuestra educacion loca, está como ceñido á un centro. Se grita: *Es Dios*; y el corazon late allí. Mas en la edad presente la supersticion ha quedado arruinada y las alucinaciones devotas se desvanecen. El hombre ha creado el amor, y su corazon es su templo; consagrémonos á ennoblecer el amor terreno, y riámonos del divino.

¡Oh mortales de tardo entendimiento para ver! ¿No quedásteis instruidos de que tiene un centro el amor verdaderamente, no fabricado por nuestra educacion loca y crédula, sino real por sí mismo? ¿No quedásteis instruidos de que tal centro es Dios? Por Él, que benignamente nos mira y se abre á la caridad, inflámase nuestro amor, viniendo á ser como un sitial amante; mas el amor es una primera entidad, que se halla esencialmente en quien todo lo posee. ¿Por qué, al amar, buscamos en otro sitio, y no dentro, al Hermoso y al Bueno? ¿Por qué, amando, no sabemos con nuestro amor hacer amar al universo? Somos, por lo tanto, únicamente un arroyuelo del amor: por consecuencia los arroyuelos amorosos que se difunden por el universo y por el

hombre, se han de recoger en una fuente. Esta fuente suprema es Dios: Él es el centro del amor, su altar y su templo.

Me dicen: el amor divino es un deslumbramiento de nuestro espíritu, que merece sólo vituperio y risa. ¡Feliz deslumbramiento! Me dá una vision intelectual tan vasta como pura; me dá una ascension del corazon tan sublime, que los filósofos y los filántropos no son suficientes á soñarla siquiera. En este deslumbramiento descubro á Dios y le amo; con él me uno como á padre; con él, siendo el infinito, voy amando y aprendiendo por toda la gran alteza, profundidad y amplitud de las cosas. ¡Caro y suave deslumbramiento el mio! Dejad que lo siga y lo acaricie.

De todas maneras, en la edad presente, que á la supersticion hace guerra, los devotos deslumbramientos se desvanecen.

¿Se desvanecen? Lo concedo; mas ¿en quiénes? Desvanécense sólo en las almas oscuras é indecentes, que se negaron á las contemplaciones celestiales; que hace mucho tiempo no presencian las maravillas de Dios, y que tan procaces como torpemente golosas se dieron á comer las bellotas de la tierra. Habiéndose quedado en las faldas del monte, no ascendieron con Moisés para contemplar la gloria del Sinaí; suscitaron áspera conjuracion y se fueron á la llanura, donde adoraron el becerro de oro. ¿Se desvanecen? Sin duda; vosotros, incrédulos, no teneis los deslumbramientos del amor divino, porque revolveis en el lodo el alma, y decís: *Nuestro pensamiento es un movimiento de la materia*. Trocásteis el paraiso por el mundo, y la eternidad por el tiempo: ¿podriais divinamente amar? Si de tal modo no amais; si os volvisteis terrenos y carnales enteramente, ¿con qué cara, conciencia y justicia podriais aún sostener que los divinos amantes se desvanecen muy aprisa, y que la espuela del amor de Dios se ha cerrado en el siglo actual? ¿Estamos reducidos á esto? ¿Conteneis, vosotros, toda entera la sociedad civil?

Caprichosa y original como ninguna, con el sello de diferentes bellezas, es la tierra del Vivarés. Aquí y allá su suelo está sembrado de jazmines que verdean en su fondo enteramente volcánico: como hace siglos se apagó la llama, no humean ya los cráteres que aparecen quemados y entreabiertos; en algunas partes, á la sombra de los árboles pacíficos, adviértense derramamientos de lavas aún rojas y negras, ó ríos de cenizas; masas basálticas inerustan los torrentes y coronan las montañas; los diques *de los Gigantes* se levantan allí con agudísima punta, semejantes á los de Irlanda.

Maravillosa sobre todas las otras y muy agradable á la vista es la pequeña ciudad de Aubenas, delante de la cual tres órdenes de montes se alzan en anfiteatro, yendo como escalones inmensos hasta las Ceve-

nas, en cuya longitud mueren. Aquí, peor que en ninguna otra parte, todo el país ha sido quemado: escollos desprendidos de la cumbre estorban las tierras negruzcas, como aerolitos llovidos del cielo; en sus senos se abren de par en par profundas cavernas, hasta el punto de que diríanse las masas drúidicas de Carnac. Si los volcanes de nuevo ardieran, Aubenas vería en torno sesenta montes de fuego. ¡Espectáculo monstruoso y sublime!

A region tan extraña llegó apresuradamente un hombre, geólogo de profesion, que algunos dias antes partiera de París. Había visitado ya los rubicundos guijarros de la Gravena; había dado vueltas por los precipicios de la *Gola del Infierno*, entre cuyas selvas está Thuyé atrincherado. Ahora bien: á vista de Aubenas, se llenó como nunca de gran estupefaccion, mirando el suelo, llenísimo de torrentes de lava. no sin cultura, ni sin hermosa vegetacion; pero sobre todo al ver los habitantes altivos y robustos, las mujeres laboriosas y los niños de semblante riente, que divertíanse á guisa de rebaños entre la ceniza y la verdura.

Despues de dar algunos pasos donde mas hórrido aparecia con frecuencia el país, con ánsia de principiar luego el exámen de los estratos telúricos, dicho señor, al pasar por delante de una casucha, oyó que prorumpia el hombre que la ocupaba en un gran suspiro de alegría y no de pena, como quien se libra de subitáneo infortunio. Se detiene, oyendo la voz neta y distinta del mortal que así exclama *¡Oh cuán feliz soy!*

Buscan la felicidad todos los mortales, y todos corren á ella con los brazos extendidos; algunos se disponen á encontrarla; pero ninguno dice nunca: *¡Cuán feliz soy!* Aquella exclamacion, no usada en el mundo ciertamente, conmovió al geólogo de París. Viendo abierta la entrada de la casucha, subió. Quiso satisfacer su curiosidad, y buscó con empeño al hombre feliz. Al poner su pié inseguro en el cuarto primero que mira delante, ve un hombre de todo punto encanecido, con la frente arrugada y tendido en un lecho; ve un hombre que no le ve. Aquel anciano es ciego. Adelante va, y dice: «Os saludo, excelente hombre. ¿sois el feliz á quien oi hace poco?»

«Lo soy, respondió el viejo, advirtiéndole entonces apenas la inesperada visita. Hoy cumplo yo mi año octogésimo; hoy mismo, por la mañana, despues de orar al buen Dios, hice con la mente un exámen de toda mi larga vida, y me hallé tal, segun oísteis. Pues bien; persuadidos de ello, señor y forastero; soy un hombre feliz.»

«En vuestra vida pasada, ¿qué hallásteis? ¿Alegrías y grandezas, que os pueden aún hacer dulce la memoria de haberlas gozado?»

«Sí; alegrías y grandezas, dijo el hombre. ¿Teneis algun deseo de
»oirme? Acomodaos; aquí á mano derecha hay una silla.»

Apoyándose con sus dos manos en la colcha, el viejo se levanta de un salto, extiende un poco el pecho, y principia: «Logré alegrías, no
»siempre íntegras ó inalteradas, porque condenados somos en la tierra
»presente de destierro; sin embargo, fueron alegrías que rebosaron
»para mí. También tuve grandezas: no como las de los conspicuos se-
»ñores, sino como las de los pequeños; y yo, pequeño, me satisfice con
»ellas. Oid el secreto de todo lo dicho. Cuando yo era niño, mi buena
»madre (que Dios tenga en la gloria), me decía siempre: Ama, hijo
»mío, á Dios; ámalo sobre todas las cosas: en el amor de Dios amarás
»bien á los hombres. Añadíame: Antes morir que pecar. Así lo hice;
»amé á Dios, y amé á los hombres; hallé virtud para evitar el pecado,
»y la felicidad, como la flor en el campo, brotó en mi corazón. Nací en
»Montreuil, por lo cual la gente de la región esta, desde que vicisitudes
»de familia me condujeron á ella, empezaron á llamarme Anselmo de
»Montreuil; (ahora me llaman el ciego). Vi á una mujer ¡y me gustó
»tanto! Me casé con ella y en el día de las bodas le dije. Amame, Cor-
»nelia; yo te amo: está bien; pero entendámonos: yo amo á Dios más
»que á tí, y tú debes amar á Dios más que á mí. ¿Te place? Me place,
»exclamó; el uno y la otra fuimos fieles al juramento. Cornelia en los
»primeros años dió á luz dos niños, Estéban y Tomás: pasados dos lus-
»tros y medio, me alumbró dos gemelas. ¡Caso cruel! Murió ella en los
»dolores del parto, y las dos niñas siguieron en el día siguiente á la
»madre. Al morir aquellas amadas criaturas, levanté los ojos al cielo y
»dije: Dios me las ha dado y Dios me las ha quitado; ¡bendito sea su
»santo nombre! Volviendo á mis niños, en los diez años que vivieron
»sometidos á Cornelia, ¡hubiérais visto qué varoniles y hermosas cos-
»tumbres! Siendo ya mayor, Estéban el primogénito quiso ser sacerdo-
»te, y en Lion fué á la Propaganda de la Fé. Ahora es misionero entre
»los salvajes. Tengo ya no pocas cartas suyas: ¡y qué cartas, señor mío!
»Siempre que recibo alguna, nuestro cura me la lee, y es cosa de morir
»de placer. Ciertamente de Tomás no puedo recordar cosas tan alegres.
»Ya su cabeza humeaba, como nuestros volcanes antiguos; era un peque-
»ño volcan viviente: atrevido é inquieto, para buscar trabajo, salió de
»Aubenas y á los diez y ocho años entró en el Velés. ¡Consideradlo!
»En el Vivarés está Dios, y el diablo en el Velés: Aquí gente buena,
»madres honradas é inocentes niño; un paraíso. Allá hombres traidores
»y ladrones; un infierno. Sin embargo, sólo separa un país del otro algo
»de agua. Allí Tomás echóse á perder: se casó y tuvo una niña; pero,
»fastidiado de sus parientes, marchó con jóvenes malos á meter ruido

»en París. Se llamaban comunistas y combatían por la libertad y el
 »trabajo. Los soldados del general Cavaignac lo cogieron, y Tomás
 »concluyó de un fusilazo en el pecho. Cayó gritando: ¡Viva la libertad!
 »¡Oh! si hubiese gritado: ¡Viva el amor de Dios! Aún viviría, consolán-
 »dome como Estéban. No me hallaría huérfano, sin mujer y sin hijos.»

Refiriendo estas cosas, el anciano Anselmo, con la punta de la sábana
 en el puño, enjugábase los ojos.

El forastero, que hasta entonces había seguido mudo escuchando,
 aprovechó el silencio y dijo: «¿Luego llorais? No sois feliz por consi-
 »guiente.»

«Lloro, repuso el viejo; mas señor, el cielo, áun cuando es hermoso
 »y divino, ¿no tiene tambien sus nubes y sus tempestades? ¿No llora el
 »cielo con su lluvia, por estar en contacto con la tierra? Lloro, porque
 »amar es sufrir, y sufrir es amar; pero en mi llanto consigo un pro-
 »fundo refrigerio, que no me deja desesperar. Es Dios que me dice:
 »Tú no hiciste traicion á tu hijo. ¡Pobre Tomás! Se perdió por su fan-
 »tastía; pero su corazon era bueno. Antes de recibir su alma, Dios
 »habrá tenido tambien misericordia de él.»

«Entretanto, exclamó el señor, estais aquí abandonado, y por aña-
 »didura sois ciego.»

«Ciego de los ojos míos estos, es verdad, contestó Anselmo; ¿pero
 »se necesitan ojos acaso para conocer á Dios? Cuando sobre la colina
 »de Thomery el sol de la canfcula de julio me cegó, dije: Dios me
 »dió la vista, y Dios me la quita. ¡Bendito sea su santo nombre! Si
 »hien ciego, continué conociéndole y amándole como antes. Y no me
 »llameis abandonado. ¡Por ventura queda uno abandonado y sólo, quan-
 »do tiene á Dios consigo? Por lo demás, aún hay criaturas humanas
 »que cuidan de mí, viejo y ciego.»

Entonces Anselmo extendió desde la orilla izquierda la mano, ten-
 tando y buscando.

«¿Qué buscais?» preguntó el extranjero.

«Busco una cabeza pequeñita; generalmente aquí está, y me figuraba
 »que seguía.»

«¿Una cabeza! añadió aquél; aquí no hay nadie.»

Entonces Anselmo, con una voz bastante llena, gritó: «¡Celestina!
 »¡Celestina! Ven aquí. Hace mucho que me faltas.»

En seguida se oyó en medio de la pobre habitacion el crujido de una
 puerta, viéndose pronto en el ingreso de la estancia una jóven que
 tendría de doce á quince años. Iba envuelta en un vestido semiverde,
 y sin calzado; pero tenía un semblante bello como el de un ángel.
 «Aquí estoy, dijo la jóven; ¿qué quiere usted?»

«Es mi nieta única, prosiguió diciendo Anselmo, muy contento de »haber probado su razonamiento: es la hijita de mi pobre Tomás, á »la cual su madre ha enviado aquí para que me asista. Esta muchacha »es mi vivandera, mi despensera, mi hermana de la caridad y mi dulce »consoladora. Cuando tiene un poco tiempo libre, va por el campo, »donde riega los jazminez, quita hojas de las ramas, coodyuva al tra- »bajo de las abejas, recoge despues la miel, y me la trae á fin de que »la coma. ¡Cuánto me quiere! ¡La muchacha, las abejas, la miel, los »jazminez! ¡Todo esto en el amor de Dios! Despues del jazmin, despues »de la miel, despues de las abejas y despues de la muchacha, cosas »mucho más bellas; la Virgen y los ángeles: despues de la paz de mi »conciencia y las lágrimas del mundo, los goces del Paraiso. ¡Oh si! El »paraiso con nuestro redentor Jesucristo, en mis ochenta años tan »cerca está, que hace poco imaginaba que me movia en él. ¿No estoy, »pues, suficientemente atendido por Dios y por los hombres? ¿No soy »feliz?»

El geólogo parisiense, conmovido por tales palabras, se levanta, da un beso al venerable anciano en la frente y se despide. En la noche de aquel dia, tras hacer algunos experimentos en los estratos del suelo de Aubenas, se sienta, y antes de acostarse escribe así en su diario de viaje: «Hoy, 20 marzo de 1856, he hallado en el Vivarés la más alta »de todas las mavavillas; no sólo la he hallado debajo de los estratos »del suelo, sino tambien encima. En el ciego de Aubenas hallé á un »hombre feliz por saber amar á Dios.»

Ah, señores míos, en saber amar á Dios consiste toda la alegría; está el todo. Amando á Dios de tal modo, no se quiere un fantasma ni una simple idea, sino la propia divina caridad. No se ha extinguido el fuego de la caridad esta en el presente siglo, porque siguen aún los amantes celestes. Yerran, por tanto, los incrédulos que reducir quieren el amor de Dios á un deslumbramiento de nuestro espíritu: blasfeman fieramente cuando afirman que la suma Sabiduría y el primer Amor son producidos por el hombre. La alegría verdadera, vencedora de las humanas desventuras, no es una invencion nuestra, sino una cosa real, hija del cielo. No, no, miserables; el hombre no creó á Dios, porque su corazon no es bastante á suplir la inmensa delectacion.

Dios no es obra del hombre. Lo dice la idea, en virtud de la cual es evidente que el concepto de Dios es tan excelso, que no lo puede realizar el hombre con su mente. Lo dice además el hecho, en virtud del cual está probado que Dios tiene un reino tan singular y estupendo, que no lo puede imitar el brazo del hombre de ninguna manera. Y lo dice el afecto, en virtud del cual sentimos que produce Dios en nos-

otros una delectacion tan potente y suave, que no puede suplirla el corazon del hombre. Dándonos, pues, á inquirir si el hombre puede ó debe llamarse creador de Dios, viene la conclusion de todo punto contraria; el problema está resuelto.

Mas, resuelto el problema, nos vemos obligados á responder y amonestar á los que del hombre creador de Dios hicieron una teoría para explicar el mundo moral, y la colocaron entre los más grandes descubrimientos del siglo XIX.

¡Qué descubrimiento, señores míos! ¡Qué nuevo brillo de gloria hallado por nuestros filósofos para coronar al hombre contemporáneo! Es un amor pestilente, una maldad y un delito. ¿Nos quieren magnificar con semejante luz y con semejante grandeza? Si no es cosa tan criminal, es una simpleza y una niñería; ¿nos quieren por consiguiente necios y pueriles?

Sigamos adelante, manifestando toda la torpeza del ruidoso descubrimiento.

La circunstancia de anunciarnos que se ha descubierto en el siglo presente que ha creado el hombre á Dios, nos compele á inquirir en qué tiempo y por qué hombres, la ilustre operacion fué verdaderamente realizada. ¿Cuáles hombres verdaderamente crearon á Dios? ¿Cuándo lo crearon? Es decir, ¿cuándo empezaron á concebir con su mente un Sér inmenso é infinito, hácedor de las cosas, y padre supremo de la sociedad civil? Tales creadores no fueron los hombres del precedente siglo XVIII, porque ya en el siglo XVII creian en Dios y le adoraban: no fueron los hombres del siglo XVI, ni del XV, ni de los cuatro siglos anteriores á estos, porque en el mil universalmente adoraban á Dios y asentian á sus enseñanzas. Los hombres creadores de Dios no pertenecieron tampoco á las otras edades más antiguas, porque Dios del modo que se adoraba en el primer año de la era vulgar, se adoraba en los cuatro mil años precedentes. Encuéntrase Dios adorado en cada milenario, y adorado siempre por toda la especie humana. En su virtud, ¿lo veis, señores? Para encontrar á los hombres que concibieron á Dios por la vez primera, tributándole adoracion y creándolo con fé, necesario es subir á los prístinos habitantes del mundo. Propiamente allí es preciso subir, donde los modernos incrédulos colocan á los hombres crueles y salvajes, hermanos de la bestia del campo ó hijos suyos. ¡Cosa indescribible! Nosotros, hombres del siglo XIX, despues de tantas épocas sociales y de tantos milenarios, llegamos apenas á conocer ahora, que creó el hombre á Dios; pero este creador de Dios es antiguo con toda la vejez del mundo habitado; es el salvaje. ¡Y nos gloriamos de progresar y de ser civilizados, por lo cual despreciamos á los sal-

vajes! ¡Cosa mucho más incomprendible! El salvaje pues, sin nuestras *lucos*, sin nuestras ciencias, sin nuestras artes, concibió al infinito, concibió al Padre del universo, concibió la suma Sabiduría y el primer Amor: creó á Dios. A tal informe me avergüenzo de mi cultura, que tardó tanto á conocer lo que hizo el salvaje; me avergüenzo de mi ciencia y de mis invenciones, inhábiles para hacer de nuevo lo mismo. ¿Qué son estas artes que tengo yo alrededor, estos progresos y estas civilizaciones al lado de aquella omnipotente rusticidad? El salvaje es el héroe, y yo no soy más que un cualquiera: él gigante y yo pigmeo. Cuando Fidias expuso en la Elida la imágen de Júpiter olímpico atrajo á la Grecia para que la contemplase con amor, saludando en ella realmente una maravilla artística; y cuando Miguel Angel Buonarroti levantó el velo que escondía el trabajo de su Moisés, Roma miró atónita y estupefacta, porque la terrible cara del legislador hebreo le causaba espanto. ¿Qué significa esto? Son dos estátuas formadas con tosca materia. ¡Oh! ¡Cuánto más terrible y más solemne sin duda es la estatua, que me levanta el salvaje en sus selvas! Ne está plasmada con materias rudas; sino que es un trabajo metafísico. Es la estatua del infinito. En mí despierta á Cornelio Tácito, y á Juan Jacobo, cantando yo las glorias de la barbárie. Cantadlas vosotros á una conmigo; vosotros, soberbios ciudadanos de la edad presente, dejad vuestras escuelas, vuestras academias y vuestras universidades, en las cuales vanamente se charla y se gasta el tiempo en palabrerías; corred á la boca de las selvas asiáticas y á los bosques de la Groelandia, adorando al salvaje creador de Dios.

¿Os parece, señores, que hablar de tales cosas, que descenden por natural consecuencia de la teoría de los incrédulos, es cosa que honra hermosamente, y que hace brillar de manera exquisita este decantado siglo XIX? ¿Nos sublima ó nos infama el descubrimiento hecho por nosotros de que ha creado el hombre á Dios? Ya os lo dije; yo siento la infamia.

La adoracion que yo quiero dar á los primeros bárbaros, no haga que me olvide de mis nietos.

Ahora casi me corrijo, diciendo. Si; hubo un tiempo en que creó á Dios el hombre mortal. Corrupta la divina revelacion que todas las gentes habían recibido en herencia, oscurecido el dogma patriarcal y profético del monoteísmo, el hombre quiso hacer en su lugar y se arruinó en el politeísmo. Entonces, excepcion solamente de un pueblo predilecto de Dios, ocurrieron en la tierra las creaciones de los númenes y de los semidioses: el hombre hizo salir de su cerebro la divina genealogía. ¡Qué divinidades! Creó á Júpiter, nacido en aquel antro

furtivamente, incestuoso y bribon: creó á Vulcano, el dios cojo é impertinente; creó á Mercurio, el dios del hurto y de la cábala; creó á Venus, la diosa de la deshonestidad; creó á Medusa, con las otras dos furias; creó á Juno, orgullosa y vengativa; creó á Diana, la lúbrica cazadora; á Momo, el sátiro y el bufon de la mesa celestial. Sí; el hombre creó á Dios.

Procurando descubrir lo que nos recuerdan en elogio de la edad presente, viene, señores, á mí el pensamiento este. ¿Aquí está por ventura la vanagloria de los nuestros, cuando predicán en los libros, en los púlpitos y en las cátedras, que al fin resulta claro que Dios es creado por el hombre? ¿Quieren decir por lo tanto; quieren celebrar los fastos de un politeísmo resucitado? ¿Es tal el descubrimiento feliz de los actuales tiempos? Parece que sí.

A la verdad, si miramos á todos estos gritadores que trasforman al hombre en creador de Dios, hallamos sin más que mientras anulan y borran á nuestro Dios real y ontológico, se dan á edificar sus dioses en competencia. José Ferrari, que ser quiere caudillo de la deshonesta grey, dice con claridad en redondo: *Adore cada uno en su casa á sus penates* (1). ¿Cuáles son, señores, los penates estos ó los nuevos dioses? Son los ídolos compuestos por las humanas pasiones; los ídolos resucitados del paganismo. Dirigios en Alemania á Wolfango Goethe, literato y dramático eximio, que compendia en sí las pasiones turbulentas de la propia estirpe y de su propio siglo; entrad en su casa y acercaos á su lecho; en aquella estancia descubris adherido á la pared un simulacro de Júpiter, á quien Goethe ha principiado á dirigir su oracion matinal. Dejando al maestro, escuchad á sus discípulos, y les oís deplorar con grandes lágrimas que la cruz haya derribado á Venus; los veis levantar de nuevo altares á la diosa de la voluptuosidad. Entre ellos es tan fanático Fewerbach, tan loco y demente, que para Europa quiere la restauracion del paganismo de Grecia y de Roma, con todos sus ritos, con todas sus suciedades, con todas sus abominaciones y con todos sus terrores. ¡Pavoroso pensamiento! Amadeo Fichte anunció á sus discípulos un día: *En la próxima leccion procuraré crear á Dios.* Aquella palabra célebre fué justamente sofocada y escarnecida por el desprecio. Ahora nuestros filósofos de tres al cuarto, estos furiosos y estos descamisados que niegan al Dios bíblico y católico, se dan á gritar con toda la fuerza de sus pulmones: *Nosotros creamos á Dios.* Hacen lo que hacian los idólatras cuarenta ó cincuenta siglos atrás. ¡Desdichados! Vosotros, con la creacion de vuestro dios, tejeis de nuevo la tela

(1) José Ferrari, *Federacion republicana.*

mitológica: creais á Júpiter, á Saturno, á Vénus, á Mercurio y á Pluton; es decir, vosotros, desdichados, en la creacion de Júpiter adorais el engaño y la prepotencia; en la creacion de Vénus adorais la lujuria; en la creacion de Mercurio el robo; en la creacion de Juno la soberbia; en la creacion de Saturno la matanza; y en la creacion de Pluton el infierno. ¡Hé aquí deificadas las pasiones humanas! ¡Hé aquí el dios creado por el hombre!

¿Tal descubrimiento hicimos? ¿Descubrimos que puede deificar el hombre la soberbia y el pecado? ¿Necesitábase tanto tiempo para verlo? ¿Desdichadísimos! ¿Y esta creacion nefanda y horrible descubrimiento es á vuestro entender motivo de gloria para el siglo vuestro? Vosotros lo ensuciais, y lo haceis retroceder: lo volveis pagano é idolatra: ¿y con esto lo llamais fastuoso y grande? ¿Dónde estais? ¿Qué aprecio formais de las cosas? El cristianismo luchó durante tres siglos; luchó prodigiosamente contra los depravados Augustos del Tiber; echó de su seno á la arena trece millones de mártires para barrer de la tierra la suciedad pagana y sostener el honor de la Cruz; ¿y vosotros abatis la Cruz, angustiais á la Iglesia y maldecís á Cristo para ensuciaros nuevamente? ¿Deberá sentir júbilo por esta creacion, y deberá daros gracias la edad presente por este novísimo descubrimiento? Agitase y llora, porque de malos hijos se ve circundada; por advertir que hánla deshonrado, con sus dos manos se cubre la cara con el fin de no ver. ¡Oh Canaam! ¡Oh Canaam! Has revelado las vergüenzas de tu madre, y serás maldito en medio de tus hermanos.

No, no sois malditos, infelices: ¿quereis perderos eternamente? Conoceis lo que supone para el hombre fabricarse á Dios de un modo arbitrario: supone renegar de la idea metafísica, del hecho histórico y del amor. Supone, por lo tanto, el suplicio de la criatura racional. El hombre sin Dios no puede subsistir; rechazando al Dios del Evangelio y de la Iglesia, que es el Dios de la verdad, se elige por dios la violencia y el vituperio de las propias pasiones. No os perdais en tal vituperio, infelices. Conoceis á dónde viene á parar la negacion del único, amoroso y santo Dios; humillaos á El. Ya San Pablo enseñaba que Dios es la raíz de todo, y decía: *Non tu radice[m] portas, sed radix te* (1). No sustentas á la raíz, sino la raíz á tí. Sois simples ramas y hojas: ¿presumiríais hacer el oficio de la cepa? Separados de ésta, privados de esta raíz, resultais áridos; sois cortados del tronco y puestos para arder. El fuego que os quema se levanta del báratro eternal. No os perdais, infelices, no os perdais.

(1) San Pablo á los Romanos, Cap. XI, v. 18.

¿Deseais procuraros gloria, procuraros dias mejores á vosotros, á vuestros hijos y á toda la edad presente?

Borrad el problema que el incrédulo de los presentes dias ha escrito: *El hombre es el creador de Dios*. Escribid por el contrario este gran dogma en frente del siglo XIX: *Dios es el creador del hombre*.

CONFERENCIA II.

SI HAY UNA HISTORIA DE LA REVELACION

DISTINTA DE LA HISTORIA DE LA SUPERSTICION.

Resuelto un problema, de pronto asoma otro.

El hombre, puesta una vez su planta en el error, y abierta escuela de él, es pertinaz en sus opiniones, y no las abandona fácilmente; herido en una parte, opone otra; abatido, intenta levantarse; si queda muerto por las manos de la lógica, brama; es el cadáver de Memnon que, echado sobre la hoguera, se agita, pululando de sus cenizas una bandada de pájaros, que gritan y se maltratan furiosamente á fin de atestiguar que un personaje lleno de valor es el difunto.

Nos encontramos, señores, con una cosa parecida. Destruida la enseñanza que hace de Dios una creacion humana, y desvanecida en su virtud esta presuncion máxima de la edad presente, el hombre al parecer debería estarse quieto. Si realmente no es el creador de Dios, si por el contrario Dios es el Supremo Hacedor del mundo y de los hombres, procede que nosotros, pobres criaturas, inclinemos con reverencia la frente, creamos en Dios y le amemos como la ley religiosa nos dicta, y la misma razon nos lo persuade. Empero no es así. El hombre, que imaginó en mal dia haber dado la existencia é imperio universal á Dios, se nos pone delante nuevamente y propone la presente cuestion:—Está bien; reconozcamos á Dios como creador de las cosas y creador nuestro; otra vez entra todo en el órden antiguo. En este órden, donde comparece de nuevo el Dios de la Biblia, de la Iglesia y de los sacerdotes, la divina revelacion, esto es, la misma palabra y la ley de Dios ha de ser puesta para que ilumine confluadamente y rija la estirpe antigua de Adan. Ahora bien; ¿cómo es que cuando la divina revelacion debería estar limpia de todo error, se

mezela, por el contrario, con las tinieblas y se hace operaria de la mentira? Basta dar una mirada á la tierra para encontrar en ella la revelacion y la supersticion enlazadas. ¿Es que Dios habló al mismo tiempo la verdad y la mentira? ¿Así guía él al hombre?

Hé aquí el cadáver del héroe, que se agita sobre la pira; hé aquí el estrépito y la pugna de los pájaros para poner de realce su valor.

En estos dias publicó un escritor italiano un libro, que se titula: *Historia crítica de la supersticion*. Poniendo en él los ojos, sentís repugnancia grande al descubrir tachados igualmente de supersticiosos todos los cultos de los pueblos; el hebráico como el índico y el egipcio; el cristiano como el gentil; el católico como el herético y el protestante; sentís repugnancia y un santo deseo de arrojar el libro, viendo así atribuidas á los ídolos, como al verdadero Dios, todas las locuras, todas las maldades, todas las infamias salidas del espíritu de los extraviados adoradores, difundidas para contaminar los altares y la sociedad civil. Es un hijo bastardo de la Iglesia y de nuestra patria el hombre cuya pluma hizo tan nefandas afirmaciones; para él, religion es sinónimo de supersticion; Dios es abyecto y vituperable; el hombre sólo es noble (1).

Vemos otra vez el cadáver del héroe, que se agita sobre la hoguera; presenciarnos nuevamente la pelea de los pájaros que celebran el valor del muerto.

¿Qué sucede entretanto en el mundo?

Cuando los incrédulos así á las claras é impunemente afirman que la divina revelacion se confunde con la supersticion humana, hay semidoctos, débiles de cabeza y pequeños, en los cuales surge una maldita duda: ¿Es verdad cuanto escucho, ó es falso? ¿Se mezela la palabra de Dios con el error? ¿Engáñame su ley? Si el engañador es Dios, ¿qué partido será necesario que yo tome? Y pasando de una interrogacion á otra, suscitan su turbulento problema.

Tal es el segundo problema religioso que se nos presenta; ¡pero en vano! No nos da miedo. Aquiles dió á Memnon un golpe derecho é inexorable, y los pájaros que surgieron de su cadáver no sirvieron de nada. ¡Paraos, fúnebres pájaros de los incrédulos! La mirada de Dios os dispersa; el problema que hicisteis surgir por la derrota sufrida, no hará que los hermanos caigan en el abismo.

Considero yo la divina revelacion en su pleno significado; considero tambien de semejante manera la humana supersticion, y digo con el inmortal Lactancio: «La una es el culto de la verdad, y la otra el culto

(1) *Storia critica della superstizione*, por Luis Stefanoni.

del error. *Religio, veri cultus est; superstio falsi* (1).» Esto sentado, me pongo delante de tres vastos momentos históricos en los cuales se acoge la supersticion; miro el primer periodo, que es el de la supersticion oriental; el segundo, ó el de la supersticion griega y latina; el tercero, que es el de la presente supersticion de Europa, preguntando: ¿Tiene la revelacion divina una historia distinta de la supersticion humana?

Si; esto precisamente ventila el problema.

En los tiempos antiguos la revelacion se mantiene separada de la caprichosa supersticion de Oriente: su gran señal de separacion es el dogma de la unidad de Dios.

En la Edad media se mantiene separada de la potente supersticion de Grecia y de Roma: su gran señal de separacion es el dogma de la divinidad de Cristo.

En los tiempos presentes se mantiene separada de la filosófica supersticion de Europa: su gran señal de separacion es el dogma de la infalibilidad del Papa.

El curso de las vicisitudes humanas sigue turbio y con obstáculos, como tambien con rapidez: solamente mirándolo en el principio de los tiempos, en que sin embargo no hay tanta multitud de seres, muéstranos á guisa de fosco torrente; corre y anega en su mayor elevacion monumentos, costumbres, usos, leyes, gobiernos y religiones, pareciendo á los que ven poco que arrastra tambien á Dios.

Detenéos, señores; no dejéis que os trasporte á vosotros mismos el engaño. Mirais los hechos humanos con mirada superficial, de ningun modo profunda, encontrando por ello la confusion; hallais en aquella superficie reunidos el cielo y la tierra: mas quien emplea la investigacion y lleva su ojo analítico á las edades antiguas distinguiendo radicalmente entre lugar y lugar, entre tiempo y tiempo, entre pueblo y pueblo, no tropieza en el caos social, sino en la determinada razon de las cosas. De tal manera me fijo en los tiempos antiguos, indago allí lo que ménos existe de humano, y logro mi propósito en la indagacion: así como al contemplar el mundo físico se me presentan en la sucesion de las edades siempre distintos á las pupilas la noche y el día, al observar el mundo moral se ofrecen distintas entre sí tambien la revelacion divina y la supersticion humana.

¿Cuál es, sobre todo en el comienzo de las edades sociales, el oficio de la divina revelacion? ¿Qué hace, por otra parte, en aquellos primeros toscos la supersticion humana?

(1) Lactancio, *Instit.*, lib. IV, cap. 23.

La revelacion, destinada á llevar la luz donde no existe aún luz superior, preciso es que tenga principio en Dios. Y el Dios predicado por ella debe ser único, para que, contemplando el hombre los astros, el sol y las estrellas, no yerre, cambiando el Creador con las cosas creadas. Por consecuencia el Dios verdadero, y sólo, hacedor del mundo y de todos los séres, estará como principio fundamental de la santa doctrina. Y puesto que Dios, único en su naturaleza, es sin embargo distinto en tres personas, como en el alma del hombre, que una es, son tres las potencias distintas, la revelacion, á fin de disponer las mentes á tan alta creencia, no dejará de difundir relativamente al misterio de la Trinidad algunos recónditos y maravillosos esplendores. Más aún; desde que, por el demonio engañado, el hombre corrómpese inmediatamente con el orgullo, y Dios decide redimirlo, misterio incesante de la revelacion será recordar al hombre caído su miseria para confundirlo, y la suprema promesa del rescate á fin de alentarlo, haciéndole pío y devoto ante la futura misericordia. Le hablará por lo tanto de mil maneras del Mesías, que vendrá subyugando al demonio y rompiendo nuestras cadenas; será el Verbo, por quien fueron creadas las cosas; la segunda de las tres personas divinas, esto es, el mismo Dios. La redencion completará la creacion. Por consecuencia, en el primer giro de sus magníficas irradiaciones, la revelacion tiene un oficio que cumplir; anunciar al Dios uno: uno en el misterio de la Trinidad, y uno como Redentor.

Por su parte la supersticion humana, sobre todo si se considera en su prístina edad, obra de muy diverso modo, mucho más grosero. Ella, que nace del quebrantamiento de la verdad, no siendo por consiguiente anterior á la verdadera fé, ni original nunca, toma de esta los elementos constitutivos del culto religioso; dejando de estar sujeta á los verdaderos decretos de Dios, pervierte los elementos que le ha quitado, prescinde de alguno, añade otros caprichosamente, y hace de la divina revelacion una falsificacion grosera. Los pueblos que aún son niños tienen fantasía robustísima, y agrandan los objetos desmesuradamente: cuando no los pueden ampliar en sí mismos, los doblan y hacen múltiples hasta lo infinito. Ahora bien: la supersticion humana, sintiendo el interior instinto de la adoracion, se arrodilla: como el verdadero Dios ha huido para ella, adora como si fuese Dios el fuego, el agua, el sol, el metal y la tierra; adora hasta los espíritus de las tinieblas; en tal adoracion, donde no existe siquiera una sombra del Dios uno, conserva sin embargo los destrozados vestigios de la Trinidad, dobla tal creencia y tiene sus trinidades diversas y monstruosas: del mismo modo, conservando un recuerdo lejano del Dios redentor, advertida tam-

bien de sus afanes extremos y de sus pecados, que piden un gran rescate, anuncia y simboliza en los propios ritos los hombres magnos ó los dioses regeneradores del mundo. Así cae donde quiera en la exageracion del número: mientras la divina revelacion marcha llevando en su frente la señal de la divina unidad, la supersticion humana se apoya en la muchedumbre.

Os tracé, señores, una y otra, planteando, por decirlo así, la teoría; estudiemos ahora los hechos. ¿Está en la historia de un modo íntimo enteramente marcada la revelacion que predica la unidad de Dios? ¿Existe distinta la supersticion, que se sumerge en las divinas pluralidades? Tal es nuestro problema.

En cuanto á esta última, es decir, á la supersticion humana, la bosquejo fácilmente. Hé aquí el Asia y el Africa. ¡Qué falange de dioses! Aquí está Ormuz, el dios del bien, y Ariman, el dios del mal. Allá Osiris é Isis; aquí Brama y Fó; allá Kiei Manitu, y Kivasa, y Nefti, y Valhalla; aquí está Teutate. A ser llega tan fácil y tan delicioso construir los dioses, que los egipcios, fecundísimos sobre todos los demás, los admiten de tres órdenes; en el órden supremo ponen ocho, y doce en el segundo; en el tercero colocan un hormiguero completo, hasta el punto de que ni áun las plantas y los animales quedan excluidos. En esta hilera existe el Dios trino, ó como dicen la *trimurti*. Por ejemplo; Brama, Siva y Visnú forman una sola divina familia; Brama crea. Siva conserva y Visnú destruye. Existe el Dios redentor; por ejemplo, Atalanta es el creador, y Messu el reparador de los hombres. Mitra es tambien un mediador, un regenerador, y así muchos otros. En frente del Dios sumo y excelso, existe el demonio: tal es, por ejemplo, el Tifon en los egipcios, y la serpiente de Ariman en los persas. De modo que, celestiales, terrestres ó infernales, los dioses brotan de todas partes; de lo alto, de través, y hasta de lo profundo. Todo es Dios menos Dios. Nos vemos ahogados en la muchedumbre.

¿Dónde por el contrario está la unidad de Dios? ¿Dónde, separada de la supersticion humana, se nos presenta delante la revelacion divina?

Ciñámonos al Asia, cuna del género humano. Aquí Dios habló al primer hombre, que trasmitió á sus primeros hijos la divina palabra, y estos á sus descendientes. Despues del diluvio, despues de la dispersion de las gentes, aquí, en el suelo asiático, entre los descendientes de Sem, se nos presenta Eber, del cual brota el pueblo de los Hebreos. Este pueblo, el primero de todos que se reúne, que mantiene intactas las tradiciones de sus antepasados, pero débil y errante, necesita un legislador para su gobierno, y divinamente se lo dan en la persona de

Moisés. Pues bien; entre los Hebreos que forman el linaje privilegiado del Señor, la divina revelacion se manifiesta con su luz directa. ¡Oh, cómo procede distinta de la supersticion humana! Si Dios en todas las demás partes es número y muchedumbre, aquí es solamente unidad.

No me engaño. Observad la teología hebráica, que se mezcla en la legislacion misma; ¿cuáles el primer artículo de la ley, al que se refieren todos los demás? Es este: *Yo soy el Señor tu Dios; no tendrás otros dioses delante de mí*. Observad cómo hablan los profetas, los maestros del pueblo y los expositores de la ley; siempre hablan en nombre de un Dios sólo y no de otra manera. Los filósofos y los maestros de los paganos gritan entre las turbas: *Temed á los dioses*; es la voz de Platon, de Ciceron y de Séneca. El profeta grita por el contrario: *temed á Dios*; es la voz de Isafas, de Jeremias, de Ezequiel y de todos los videntes de Israel. Mirad con qué ardores se avivan las almas en el culto sagrado; son los ardores para la única Divinidad, en que se inspira la Biblia y se fecunda la boca viviente del sacerdocio. Es verdad que el padre Abraham, permaneciendo bajo las plácidas sombras de Mambré, habia descubierto tres rutilantes caras descendidas del cielo, y como tres divinas hipóstasis, anticipado fulgor de la Trinidad: pero al doblar la frente hácia el suelo, adoró á uno sólo, porque hay un Dios únicamente: *Tres vidit, et unum adoravit* (1). Es verdad que los Hebreos, hijos como son de las supernas promesas y de las dulces esperanzas, llaman de mil maneras á su futuro Libertador; pero el Verbo que vendrá rescatándonos de la muerte y del peccado, es Dios; no es sino Dios: es *Adonai, Jehová, Emmanuel, el Dios de Sabaath*.

El estupor crece cuando consideramos la naturaleza misma de los Hebreos.

La estirpe de Sem, por razones fisiológicas no distintas de las demás prosapias de Oriente, se presenta igualmente con la costumbre de idolatrar: á sí misma dejada, quisiera sus dioses de barro y de oro. No importa. Una fuerza superior la persigue á fin de que camine limpia de la lepra gentílica; arráncala de los ídolos y hácela discreta: el barro y el oro no dados en obsequio del verdadero Dios, caen á pedazos por las manos de los grandes purificadores. Todos los célebres legisladores de las gentes paganas, consagrándose á la reforma social, procuran sencillamente publicar las leyes civiles y darles vigor; no tocan los ídolos, ni los proscriben, sino que más bien aumentan: así Cecrope, Confucio, Dracon, Licurgo y Caronda. Entre los Hebreos, por el contrario, los reformadores principian por barrer á los ídolos de la nacion. Moisés

(1) Glosa al cap. XVIII del Génesis.

hace comprender así al pueblo la voz del Señor: *Yo soy tu Dios: no seguiréis la usanza del Egipto, donde habeis vivido, ni de Canaán, donde debo introducirlos* (1). Llega un tiempo en el cual, á fin de impedir la idolatría en las turbas, hasta se prohíbe dar forma sensible á Dios. Convoca Josué, antes de morir, á los ancianos y á todos los magistrados de Israel, diciéndoles: *No os junteis con los extranjeros, ni jureis por sus dioses, permaneciendo unidos con el Dios verdadero* (2). Débora en su cántico sublime, exclama: *Mi corazón os quiere, principes de Israel: vosotros que con buena voluntad os expusisteis al peligro, bendecid al Señor... Perezcan, Señor, todos tus enemigos* (3). Los enemigos de Dios son los ídólatras y los númenes extranjeros. ¡Qué personajes! ¡Qué poder de instauración! Se van los ídolos deshonestos y permanece Dios. Más tarde, venida la contaminación de la patria, Josafat restaura el culto de Jehová, dispersando á los Moabitas, á los Amonitas y á los Edomitas, con sus falanjes y sus simulacros: lo restaura Joyada, que renueva la constitucion religiosa y paterna; lo restaura Ezequias, que abre el templo nuevamente, al Dios único exaltando: lo restaura Josías, el cual derriba los altares, los pequeños bosques y las alturas dedicadas á los dioses, celebrando la Páscoa con tal esplendor, que no se habia visto cosa semejante desde Samuel. En su virtud, no hay medio: no obstante la pasion idolátrica que se agita en el pecho de los Hebreos, no pueden á su capricho desatinar: ora los mireis libres, ora los mireis en la esclavitud, acaban concentrándose en estos dos amores solemnes: Dios y la nacion. Si les pedís que lejos de Jerusalem, es decir, en medio de los ídolos y de los dioses prorrumpán en un cántico sublime, mostrando con el dedo sus cítaras pendientes de los sáuces, contestan: *¿Cómo cantar en extranjera tierra?*

Nos parece por consecuencia estupendo este pueblo si lo comparais con las razas del gentilismo: la revelacion divina que se alberga, por decirlo así, en él, fortalecida é íntegra, se nos presenta separada por completo de la supersticion.

¿Acaso los ángeles no reciben culto entre los Palestinos? Además, aprobados por la ley, y enaltecidos por los sacerdotes, ¿no se deslizan con ellos como pueden los ídolos? ¿Qué cosa son la serpiente de bronce, el cordero, la vara, el arca y el tabernáculo?

Los ángeles aparecen, y tienen lugar bellísimo en Israel, por estar allí como ministros del Señor. Dejemos mezclar á los paganos bajo el

(1) Levítico, cap. XVIII, v. 2 y 3.

(2) Josué, cap. XXIV, v. 14 y sigs.

(3) Jueces, cap. V, v. 9, 31.

nombre de *eones*, los ángeles y los demonios: dejemos que quemen sus inciensos á la multiforme raza de los espíritus ruines. Hable Sócrates seriamente de su genio familiar é invisible; Platon en los dos corredores, blanco y negro, figure asimismo el genio bueno y el malo de cada hombre, lo cual hace precisamente en su *Fedro*. ¡Chanzas, ilusiones fantásticas é idolatrías! Entre los Palestinos no sucede así: no bien ha huido el demonio, por ellos detestado, debidamente por ellos es enaltecido el buen ángel. Empero este ángel no es un ídolo, ni por sí recibe culto, ni queda nunca solitario ó libre del servicio del Omnipotente. El ángel forma uno de los más caros episodios en la epopeya de Israel. ¿Arroja Dios del Eden á los dos primeros culpables del mundo? Junto á la puerta del abandonado jardin envía un ángel con una espada de fuego para que lo custodie. ¿Quiere Dios probar la obediencia de Abraham para contraponerla bien al desobediente Adan, ordenándole que sacrifique á su hijo? Cuando el patriarca levanta el brazo armado con el cuchillo, un ángel le detiene. Angeles enviados por el Señor sirven á Jacob de guía, cuando vuelve al país de Laban; un ángel aparece á Gedeon, á la madre de Sanson, á Tobías y á Zacarías; un ángel derriba las tiendas nocturnas de Senaquerib; un ángel se dirige solteito y reverente á la virgencita de Nazaret, anunciando el misterio de la Encarnacion. El ángel es luz, el ángel es llama, el ángel es espada, el ángel es amor, el ángel es entendimiento, brazo, palabra, suspiro y turbonada; acompaña en el sepulcro, ó se hace testigo del matrimonio: es todo esto, por cuanto en él está la directa manifestacion de Dios. Preparaos, ¡oh nobles poetas del cristianismo! Dante, Milton, Klopstock, para repetir en vuestros versos las visiones proféticas referentes al ángel de Israel; tomad de Gedeon la trompeta y de David el arpa; delante de los modernos incrédulos cantad al ángel, en el cual la divina revelacion resplandece con exquisita pureza, salvándonos de la supersticion.

En cuanto á la serpiente de bronce, al cordero, al arca y otros objetos semejantes, fácil cosa es discernir cómo aqui de ningun modo la idolatría se arraiga. De tales objetos, que al culto hebraico pertenecen, unos son emblemas religiosos y otros sacrificios. En su virtud los primeros y los segundos no se refieren al hombre ni á los ídolos, sino al verdadero Dios. Basta observar aun históricamente sólo el hecho, para quedar persuadidos de ello. Los escritores profanos, lo mismo que los eclesiásticos, deben afirmar lo propio, y sabiamente Cantú, refiriéndose á los sacrificios de Israel, escribe: *Estos no eran fin, como entre los gentiles, sino medio* (1). El medio que en ellos estaba servía para glorificar á

(1) C. Cantú, *Storia univ.* lib. II. cap. 5.

Dios, bendecirlo y tenerlo propicio en la tierra ¡Y de qué manera completamente espiritual y casta debíase hacer esto! En nombre de Dios exclama Samuel: *¿Por ventura el Señor no estima más que los holocaustos y las víctimas que se obedezca á su voz?* (1). Por medio de Isaías grita Dios de la manera siguiente: *¿De qué me sirven á mi la muchedumbre de vuestras víctimas?... Purificad los corazones; apartad de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos; cesad de obrar el mal; aprended á hacer bien; buscad lo justo; socorred al oprimido y haced justicia al huérfano, amparando á la viuda* (2). La adoracion por lo tanto, supuestos los emblemas religiosos y los sacrificios, no se ha desviado de ninguna manera; no se realiza la intervencion de los ídolos, ni la torpeza pagana. La serpiente de bronce es un venerando emblema del Dios salvador; simboliza el cordero á Cristo, el arca es la casa del Señor y el receptáculo de los electos: mezclada por los vencedores extranjeros con su dios, no sufre la mala compañía. ¡Un dios sólo! ¡El Dios único de Israel y del mundo! Esto predicán los sacrificios, y esto los emblemas religiosos. Cornelio Tácito, que miró de lejos á la Judea, la vió refulgente toda con tal esplendor, y dijo: *Iudaei mente sola, unumque numen intelligunt*. Cuando Pompeyo, abusando del derecho de conquista, escarneció el horror de Jerusalem, y entró en el Santo de los Santos, no encontró allí ninguna efigie material, ni simulacro alguno, como en los templos de los gentiles se acostumbra: *Nulla intus, deorum effigie* (3). ¿Quisiérais pues, acusar á los Hebreos de idólatras? ¿Quisiérais maldecirles por sus sacrificios, por sus emblemas y por sus templos? Señores: un hombre antiguo, fiero y cruel, fué mandado por un rey para que maldijese á la santa nacion. El adivino de las orillas del Eufrates, Balaam, tomó su burra y fué; pero, llegado á la presencia de Israel, vióse constreñido á gritar, deteniéndose: *No hay ídolos en la stirpe de Jacob, ni se ven simulacros supersticiosos; no hay adivinaciones ni sortilegios; no hay en él agüeros ni adivinos: es un pueblo que confía en el Señor su Dios, cuyo poder es invencible* (4). Y la maldicion se convirtió en bendicion.

Bendigan á su vez los que, al fijarse un poco en los principios de la historia, ansían descubrir en ella la revelacion divina separada de la supersticion. La verdad eterna no se mezcla con los errores del hombre. Un pueblo, el más antiguo de todos los del mundo, es de aquella poseedor y guardian. Los paganos se arrodillaban ante los ídolos; mas él se arrodilla delante del Dios único, y fielmente lo adora: lo adora

(1) 1.º de los Reyes. cap. XV, v. 22.

(2) Isaías, cap. I.

(3) C. Tácito. *Historia*, lib. V. pár. 5 y 9.

(4) *Numeros*, cap. XXIII, v. 21 y sig.

entre las vicisitudes políticas y sociales, bajo la ley de la familia, bajo la teocracia, bajo la república, bajo la monarquía, bajo la dictadura, en la paz y en la guerra, en la victoria y en la derrota: lo adora completamente unido y con majestad de nación hasta que el cristianismo, que salió de ella, comparece para transformar la tierra. Ahora bien; este pueblo que, levantado en la cumbre de la verdad primitiva, permanece en ella de continuo y resiste á la inclinación propia, al ímpetu de la naturaleza corrupta y al naufragio universal de la reforma humana; este pueblo que, como nota en sus pensamientos Pascal, es envuelto por el cielo en una ley «mil años antes de que la misma palabra ley fuera usada por los Griegos;» en una ley tomada como fundamento de sus instituciones por los más grandes legisladores, *según aparece de la de las Doce Tablas plantada en Atenas y después en Roma*, este pueblo, lo digo, es un portento. Y los portentos declaran la gloria del Señor. Esto meditaba el docto Ewald, profesor de la Universidad de Goettingen, diciendo: *La historia del antiguo pueblo hebreo es en sustancia la historia de la verdadera religion, que camina, paso á paso, á su completo desarrollo, elevase á la victoria suprema en medio de todo género de luchas, y se manifiesta por último con toda su majestad y poder para extenderse irresistiblemente por su fuerza propia, de modo que viene á ser la posesión y la bendición eterna de todos los pueblos* (1).

Nosotros lo anunciamos bajo la forma del problema; y hoy no es ya cuestión la nuestra, sino verdadera demostración histórica. En los antiguos tiempos la divina revelación se mantiene separada de la caprichosa superstición oriental: su gran señal de separación es un dogma, hasta el punto de que el mundo pagano, que no lo tiene, marcha frenético por los propios caminos y todo lleno de confusión; ella, perfecta en sí, se recoge dentro de un pueblo. ¿Cuál es este dogma? Es el dogma de la unidad de Dios.

Á medida que pasan más y más siglos, el mundo civilizado viene á ser mucho más ruidoso é intrincado, porque á una con nuestra especie crecen sus obras; crecen las ciencias, las artes, los comercios, las empresas y las nobles conquistas; todo esto se cruza entre sí, viniendo á ser á guisa de un ejército de confederados. Además, pues el mundo hállese á discreción del hombre, á medida que se progresa, extiende su propio dominio en él, por lo cual todo lo ocupa, quedando Dios, por decirlo así, debajo. No es sólo el tiempo un oscuro torrente; es un mar que tiene sus rugidos y sus tempestades; y quien gradualmente se ahoga, es el celebrado artífice de los *Seis días*.

(1) H. Ewald. *Historia del pueblo de Israel hasta Cristo*, v. I.

Tales pensamientos dan vueltas con inmenso gusto por la cabeza de los incrédulos, por lo cual, mostrándonos el curso multiforme y el vórtice de las humanas edades, nos preguntan: «¿No veis en las épocas más próximas á nosotros marchar envueltas las eternas verdades, como las llamaís, y los errores pasajeros? ¿La divina revelacion y la superstion humana?»

Ménos ruido en estos jactanciosos; arrojen sus humos y sus confusiones, á fin de que la madeja, que presentan tan hórrida, no llegue á enredarse mucho más.

Se habla de siglos que pasan, y se considera el mundo civilizado compelido muy allá en su carrera. Pues bien; yo me pongo á examinar el segundo momento histórico, cuya importancia no tiene igual. Observo aquella edad, que se llama en los libros santos *la plenitud de los tiempos*, y que nosotros modernos saludamos con el glorioso título de la *era vulgar*. Poniéndome á contemplar este nuevo período de años, pregunto: ¿va la revelacion de Dios acaso confundida con la supersticion de los hombres? ¿No nos traiza una historia aparte la verdad eterna? Volvamos al análisis, y áun por esta parte resolveremos el problema.

Cuando los medidos dias están llenos, y las mentes de los electos preparadas á recibir la luz en toda su integridad, se necesita que el cielo se abra y que la revelacion apetecida se realice en los propios giros de la eternidad hácia el tiempo. Despues de la aurora el sol. Entonces la fé y la esperanza tienen la corona del amor; entonces, segun la frase profética, comparece *la Flor de los collados eternos*, *el Prometido de las gentes*, ó viene, como presentían Sócrates y Platon, *el Enviado de Dios*. Quiere aparecer como hombre á fin de tratar familiarmente con nosotros, llevando nuestras culpas; pero en su persona divina es el principio y fin de todas las cosas; es el Verbo, es Dios, y es el regenerador de los hijos de Adan. Este Hombre Dios, que lleva en sí la perfeccion de la revelacion, realizará por todas partes y confirmará las santas doctrinas; la doctrina del Dios único, de la Trinidad, de la creacion del hombre, de su caída y del universal rescate; abatirá el reino del pecado, llamará para que le sigan á todos los que yacen en las sombras y angustias de la muerte. Esto hará; pero observadlo bien, señores: todo esto lo hará por ser Dios. La revelacion, pues, se desarrolla; la revelacion se perfecciona en esplendor y se realiza por la divinidad del Venido. El Dios único empezó iluminando, y el Dios redentor continuó inflamando á los hombres.

Los fastos del Venido deben ser magníficos y excelsos si consideramos los impedimentos que debe destruir. Así como en la plenitud de los tiempos la divina revelacion sube al colmo de la luz, llega la humana

supersticion al colmo de sus fuerzas, es decir, á la profundidad de las tinieblas. Domina durante miles de años la tierra: la que primeramente invadió el Oriente, se dirige al Occidente, arrastrándolo tambien detrás del carro de sus conquistas. Ve á sus piés la familia innumerable de los vivientes. No es tan caprichosa como en el principio esta supersticion, porque las caprichosas y disimuladas invenciones pertenecen á la cuna y á la infancia; va por el contrario con paso grave como de persona principal y robusta. El mundo, que á sus piés oscila, queda envuelto en la podredumbre de los vicios y da pruebas de que se deshace; mas ella dice y promete siempre curarlo y ennoblecerlo: anuncia nuevos y felicísimos reinos. Es preciso desmentirla, arrebatarla el cetro y dispersarla.

Aquí están, por lo que hace á la era vulgar, las condiciones de la revelacion y de la supersticion terrena. Como se vé, lejos de haber mezcla y confusion, se rechazan; es cuestion de primado. Dios se preparó para él con mucha anticipacion, y se dispuso asimismo el hombre. Esto nos dicta el razonamiento deducido de los hechos antiguos; ahora miremos si corresponde la historia moderna.

Señores, me arrojó en el suelo sobre el polvo, y adoro, porque observo que Jesucristo descendió entre los hombres. De Él, que comprendía en sí las reiteradas revelaciones hechas á los hebreos, hebreo de nacion Él mismo, es toda la revelacion de la *Buena Nueva*. «Estoy aquí, dice á las turbas, á fin de cumplir la voluntad de mi Padre; yo y mi Padre somos una misma cosa. Estoy aquí, á fin de que todas las mentes convengan en el culto de un Dios. Mi Padre me ha enviado y he venido; mandaré yo al Espíritu Santo para santificaros. Yo soy el camino, la verdad y la vida; quien me siga, será alegrado con la vida eterna; quien no me siga, ni tome sobre su cuello mi cruz, camina entre tinieblas.» Tales acentos no expresan grande amistad, ni el acuerdo con la doctrina y el culto de los idolos; ¿no sentís que, por el contrario, entónase un santo y resuelto grito de guerra á los errores dominantes y á la supersticion humana?

La supersticion la entiende del modo que le corresponde; enardécese con ferocidades horrendas y se lanza. Ella, como dije ya, es potente; tiene el ingenio de los Griegos para disimular su propia enseñanza, y en el puño tiene las armas de los Romanos para sostenerla. No se trata solamente de Brama, ni de Mitra, ni de Visnú, ni de Siva, ni de Teutate, númenes asiáticos y egipcios dejados para que charlen con sus niñerías; se trata del Júpiter occidental y del Júpiter capitolino altamente airado contra el cristianismo. Vosotros que, apelando á la historia, afirmásteis que iban juntas y confundidas la verdad y el error,



la divina revelacion y la supersticion humana, venid delante de nosotros, y juzgad de lo que pasa en los primeros de la difusion evangélica.

Por una parte está Júpiter y por otra Cristo.

Los jueces y los pretores de las gentes, llaman á su tribunal á los cristianos, gritando: «¿Qué insania os agita? Seguis al Galileo, hijo de un carpintero; un condenado á la cruz y sepulto entre los malhechores. ¿Es esto grandeza? ¿Es decencia y gloria? Avergonzáos y prescindid del culto judáico.» Asi hablan, y tal lenguaje manifiesta la gran astucia de los Griegos. «Adorad á Júpiter, prosiguen; rendfos dócilmente á la religion paterna, con la cual os librareis del castigo del cielo y del Emperador.»

Mas los cristianos, conducidos á la presencia de la silla del potente, no se amedrentan. Habia predicho Dios que harialos elocuentes delante de sus juzgadores, y son elocuentísimos. «¿Adorar á Júpiter? responden. »¿Adorar vuestros ídolos y vuestros dioses? ¡Miserables dioses! Son un amasijo de suciedad y de fango. Y nosotros no los adoramos, sino que los pisoteamos, porque para cosas más sublimes somos hechos. »¿Qué nos habeis dicho? ¿Qué dejemos nosotros de adorar á Cristo? »Cristo es Dios con el Padre y con el Espíritu Santo; es el creador del cielo y de la tierra; es el Cordero que quita los pecados del mundo. »A él nos consagramos en vida y en muerte. Haced lo que os plazca, no tememos. Abajo Júpiter; viva Jesús.»

Los pretores y los jueces del Imperio, desmentidos en la peroracion, se disponen á condenar. «Ea, lictores; ea, verdugos; apoderáos de los rebeldes y castigadlos.» Es el lenguaje que pone de manifiesto en su crudeza la dominacion romana. Y los verdugos se apoderan de falanges de bautizados; los conducen debajo de las ruedas para ser molidos; los ahogan en los rios, los echan á las llamas, y los dan á las bestias para que se los coman.

¿Y qué hacen los cristianos? En la malvada lucha, en el palenque y en el desórden, la madre, antes de ceder al verdugo su hijo, exclama: «Hijo mio: perderás el cuerpo destinado á la tierra; pero volarás con el alma sobre las estrellas para gozar de nuestro Señor Jesucristo. »Mantente firme: hoy el tormento; pero mañana una eternidad de alegrías.» Y los niños se mantienen firmes; como ellos las mujeres, los jóvenes y los viejos; es una generacion que muere, y que, muriendo, se alegra y bendice.

Si, es verdad: por una parte se levanta Júpiter, y por otra Cristo; pero entre Cristo y Júpiter corre un lago de sangre.

Durante tres siglos se repite la batalla del paganismo y del cristia-

nismo. El uno asalta con el fin de atropellar, y el otro se deja ofender para no adherirse al error; aquel es verdugo y este víctima. ¡Qué amistad, por lo tanto, y qué suave abrazo entre la verdad eterna y el error del hombre! Mas la víctima, sufriendo y ensangrentando el mundo, triunfa por fin. Desaparecen los esbirros; desaparecen los pretores y los jueces; desaparece la astucia de los Griegos y la prepotencia de los Romanos; cruje ya el dominio de la misma idolatría universal; sube al imperio aquel Dios de los cristianos. ¿Cómo, señores, venció el cristianismo? Venció, no asociándose á la supersticion, sino repeliéndola y lanzando saetas contra ella; asaetearla y repelerla pudo, porque apoyado está en la columna sempiterna de la verdad. Una historia completamente llena está trazada. En la plenitud de los tiempos la divina revelacion se mantiene aparte de la poderosa supersticion griega y latina; el dogma de la divinidad de Cristo es la señal de su terminante separacion.

Á mí, que cuento las purezas de mi fé, me acusan nuevamente de supersticion. Hé aquí, gritan, á Cristo; pero con Jesucristo están los apóstoles, los evangelistas, la Madre Nazarena, los mártires y las vírgenes; una turba de privilegiados, que la Iglesia coloca sobre los altares y propone para el culto de las gentes. ¿Qué es esto? Los santos del cristianismo renuevan los ídolos y los númenes de la gentilidad: San Pablo equivale á Apolo, la Virgen á Venus, San Juan evangelista en la isla de Patmos es Prometeo sobre la roca, y así sucesivamente. Reaparece la idolatría bajo los esplendores de la divinidad de Cristo; no está, pues, derrotada.

Los incrédulos mienten. No hay duda. El cristianismo presta un culto grande y honorífico á los santos; pero no lo modela sobre el culto de los ídolos. Obra por sí; se aconseja con la luz del cielo que lo visita é ilustra; no mira, no, á Júpiter, sino á Cristo; donde á Cristo encuentra de un modo conspicuo reverberado, se inclina y rinde honores. Tales son los santos; y el cristianismo, que tiene á Cristo por Dios, juzga bien á los santos hombres queridos por Dios y fieles á Él; venera y no adora. Decid á lo ménos que aquí nada tiene que ver la idolatría de Grecia y Roma; decid que la supersticion del mundo no se acerca para oscurecer á la Iglesia. El cristianismo es immaculado y original.

La raiz del culto de los santos nace del respeto que se quiere tributar á la humana grandeza cuando pasa del nivel comun, pareciendo que á nuestros ojos se transforma en celestial. Vosotros mismos, señores, aún en los órdenes de la presente civilizacion, ¿no juzgais obligatorio y bello exaltar la humana grandeza que participa de lo extraordinario?

Id á París, y penetrad en el Panteon: allí está como congregado un concilio de personajes que fueron famosos. ¡Y ójala que todos aquellos personajes hubieran sido dignamente famosos! ¿Por qué aquellas efigies? ¿A qué fin aquellas estátuas? Están expuestas á la pública veneracion. Pasad á Lóndres, llamad al templo de San Pablo é introducíos dentro. En majestuoso nicho, debajo de la selva de las columnas, allí donde el catolicismo coloca á los verdaderamente santos, Inglaterra nos presenta sus héroes; allí hay insignes pilotos, capitanes, filósofos y legisladores. ¿Por qué aquellos héroes en San Pablo de Lóndres? El pasajero, observándolos, es inducido al respeto y admiracion: son expuestos á la pública veneracion.

¡Y qué! Cuando la sociedad moderna profesa un culto peculiar suyo á los héroes, jactándose de una religion civil, ¿no podrá existir en el cristianismo el culto de los santos? Cuando la sociedad, venerando á los héroes profanos, no es acusada de volver á las antiguas supersticiones y á las vergonzosas idolatrías, ¿será inculpada por esto la Iglesia? París tiene su Panteon, Lóndres San Pablo, é Italia Santa Cruz de Florencia; y nosotros, bautizados, ¿no podremos abrir nuestro Panteon religioso en todos los templos cristianos?

Conozco la diferencia entre un culto y el otro: conozco en su virtud, señores, la objecion vuestra. Vosotros admirais á los héroes profanos y venerais; pero no añadís vuestras oraciones: nosotros los católicos, por el contrario, rogamos á los santos.

¿Qué significa y qué os dice esta disparidad advertida por mí el primero? Os dice que nosotros, más grandiosos y más elevados que vosotros, tenemos una relacion sobrenatural con el cielo. Vosotros, con vuestra religion civil, quedais relegados á la tierra: nosotros, con nuestra religion revelada, nos levantamos directamente á Dios. Somos los habitantes de dos mundos. Esto nos predica: no nos predica ya que, invocando y enalteciendo á los santos, volvemos á las necias supersticiones de Grecia y Roma. ¡Oh, qué paralelo fecundo de luz! El pagano, recurriendo á los dioses, los adoraba: honrando á Diana, le atribuía como propia la divinidad; honrando á Mercurio, saludaba á otro dios, que poseía la divinidad por su propia virtud. Sobre esté pié, regíase de muy diverso modo la grey divina. El cristiano es en esto desmesuradamente distinto del pagano: pide á los santos y los invoca; mas el santo para él no es Dios, ni una parte de Dios; es una criatura humana, que ha subido á la gloria por la gracia de Cristo y por sus eminentes virtudes, pudiendo así oír nuestras oraciones y presentarlas en el trono del Eterno. En su virtud, ¡cuán gozoso es el cántico del cristiano que dirige al coro de los santos! Se quiere ver á la supersticion contaminando á Cris-

to y su reino temporal en el mundo; mas es un cántico que nos revela en todo su esplendor la divinidad de Cristo.

«¡Oh! Cecilia, dice un noble jóven cristiano postrado ante sus sagrados »cañeles: Cecilia, cara y magnánima doncella, que venciste las luchas »del tirano; socórremé á mí, á quien persigue la tentacion de la carne. »¡Ah! tú, que tan dulcemente pulsabas tu arpa siciliana, que tenias tan »armoniosa el alma y la palabra, dí ahora por mí una voz de armonia, »trasfigurada como estás en la gloria. Habla por mí á Cristo: haz que »sobre la carne domada el espíritu se alegre.» Este que ruega de tal manera, ¿es acaso un jóven gentil é idólatra? ¿Es un supersticioso?

«¡Cuántas veces, exclama una pobre mujer, cuántas veces, Mónica »bendita, te lo he suplicado ya! ¿No recuerdas mis lamentaciones? ¿No »te conmueven mis lágrimas? Empero mi extraviado hijo, si pronta- »mente no lo libra el cielo, está perdido: corre furente y va de abismo »en abismo. ¡Oh! tú, Mónica, que rogaste por tu Agustin y conseguiste »su salvacion; pide ahora por mi Gabriel. Me encuentro angustiada »como lo estuviste tú, y soy viuda tambien: si no me atiendes, pere- »cerán juntos el hijo díscolo y la madre desesperada.» Esta pia mujer que recomiéndase á la santa, ¿es acaso innoble y supersticiosa, como la vieja mujer en los templos de Juno y de Febo?

«¡Oh! Gualberto, grita un hombre frenético, que tiene los pelos eriza- »dos y los párpados inyectados en sangre. Hé aquí mi enemigo que se »acerca y me insulta. Tú supiste perdonar generosamente, y al oír el »nombre de Cristo domaste tu cólera. ¡Oh! dime tú el nombre de Cris- »to, y pronúncialo en mi alma, porque no lo tiene mi enemigo en los la- »bios. Si Dios no me ayuda, y si no me detienes, cedo á la tempestad »de las pasiones, lanzándome á la venganza. Mas no; tú me refrenas, »Cristo descende, y de jo yo pasar, sin ofenderle, á mi enemigo.» El hombre que combate así entre las pasiones y la gracia, el devoto de san Gualberto, ¿es supersticioso é idólatra? ¿Es una de aquellas humanas y ensangrentadas furias del paganismo, consagradas al dios Marte?

Tambien yo dirijo mi oracion. Era muchacho, y la madre amorosa, meciéndome sobre sus rodillas, empezaba á enseñarme las primeras palabras: crecía con los años, y la piedad religiosa de otros inefables sonidos llenaba mi alabanza. Un santo y dulce afecto se habia instalado en el corazon, queriendo germinar y desfogarse; le daba yo expansion por la mañana y por la tarde. Todavía era débil cosa, atenuada y casi destruida por excesivas disipaciones. A ser yo más casto, y á ser yo inocente de continuo, hubiera desfogado aquel afecto no sólo con el alba matutina, y con la tarde oscura, sino con la luz meridiana del sol; lo hubiera desfogado en las contemplaciones del cielo, entre las pocas

flores de mi vida y más en la desventura y en el llanto. Con todo, aquel tierno y pío afecto me sirvió de ala, contribuyendo en gran parte á conducirme á la puerta del Santuario. Entré; ahora, dentro del recinto este, siendo ya un provento sacerdote, cada vez más contento de haber orado y amado, digo á María: «¡Oh, María; haz que me haga mé- nos indigno de tí! Tú eres hermosa, sábia y sin mancilla; yo, como ves, soy pequeño y miserable. Con mucha frecuencia te hice la promesa siguiente: *Quiero ser santo*, y despues, de pronto, las vicisitudes del siguiente dia desmintieron mi juramento. Vence tú con tu poder mi debilidad. Soy Levita, y debo estrecharme á Jesucristo; mas, ¿cómo llegará á Jesucristo si no me llevan tus brazos? Extiéndelos á mí ¡oh piadosa! extiéndelos. Han soportado el peso de un Dios; ¿no soportarán el peso de un pecador? Soy Levita, y debo dirigirme á Cristo; pero no puedo ir solo á Jesús. Si voy solo á Él, me rechaza. Me confió hermanos para que los iluminase, y almas para que las convirtiese. Jesús mira mis manos, y al encontrarlas vacías, exclama: ¿Dónde dejaste á tus hermanos? Debo pues, ganar á los hermanos para su amor; pero, para ganarlos, me faltan las fuerzas. ¡Oh María! ayúdame mis hermanos son tus hijos. Dame luz y dame virtud. Aquí están escuchándome entendimientos y corazones necesitados de la verdadera paz que el siglo les promete, sin que se la proporcione: haz que estos corazones y estos entendimientos puedan ser conducidos por mí al pie de la cruz. Dame á lo ménos la victoria de una sola alma; pero que sea la más encadenada por los vicios, y la más apartada de Dios: permíteme que yo la ilumine y la convierta, llegando á ser, bella como un ángel, mi ángel de compañía; iré con ella confiado á mi Redentor, diciéndole: Tómala. He sudado y he vertido lágrimas: hé aqui la prueba de mi llanto. ¡Madre de los santos! hoy el mundo es malo y empeora; no dejes de auxiliarnos: yo soy un hombre encanecido y tengo prisa, porque Cristo me aguarda. Saca tú los santos de los culpables y de los ingratos.»

He orado, señores: ¿vísteis en mí al idólatra? ¿Os parezco supersticioso? Cual todos los católicos compañeros míos, oro así. ¿Es superstición la nuestra? Mas ¿qué dije? ¿Supo nunca inventar invocaciones semejantes la sabiduría de Grecia y de Roma? El cristianismo pobló los altares, y pobló el cielo de santos: ¿por ventura nuestro paraiso se parece al olimpo de los paganos? ¿Es Venus la santa Virgen? ¿Es Apolo san Pablo? ¿Es Prometeo san Juan Evangelista? ¡Afuera los embustes! ¡Afuera la mentira y el vituperio! Somos inmaculados y somos puros, con derecho por consiguiente á la más alta estimacion del mundo: la Iglesia no es griega ni romana, sino divina: al invitarnos para que obsequie-

mos á los santos como fieles copias de Jesucristo y potentes intercesores cerca de Dios, no multiplica la Dívinidad, ni crea una familia de númenes: es divina; y, rechazando de sí á la idolatría, rinde homenaje con el culto de los santos á la misma excelencia de su Fundador. El dogma del hombre Dios es su eje y su corona.

En este lugar, donde yo debía volver á la divina revelacion, presentándosla enteramente distinta y separada de las supersticiones humanas, una nueva disputa me interrumpe. El incrédulo las echa de hombre de doctrina y de historiador, diciendo: Puede pasar lo referente al culto de los santos; pero ¿cómo disculpar á la Iglesia del reproche de idólatra, mirando á los gitanos y á las hechiceras? Está probado que los arúspices griegos y latinos se dieron á las magias más desvergonzadas; las ciencias ocultas imperaron en el paganismo. Ahora bien, cuando el Evangelio y la Iglesia hubieran debido limpiar nuestra especie de aquella porquería, dejaron que se corrompiese casi más por ella. Los arúspices y los adivinos descendieron en abundancia de la Grecia y del Lacio; los siglos cristianos se nos presentan atestados de adivinos y de magos, lo cual prueba que el cristianismo está identificado con la supersticion.

Magos y hechiceros hubo: obscenos grupos de brujas deshonraron, no lo niego, á los siglos cristianos; pero ¿cómo inculpar por ello á la revelacion divina? Seria preciso probar, hablando de tales mónstruos, que los engendró ella: ¿no me decís que, por el contrario, descendieron del Lacio y de la Grecia? ¡A lo ménos no los pudo quitar de en medio! Respondo: No pudo la divina revelacion quitarlos tan pronto, por estar el hombre muy corrompido: la obra regeneradora de Cristo referente al órden social debia proceder paulatinamente, interponiéndose largos y fatigosos intervalos. Por lo demás, mientras la Iglesia no pudo limpiar de la tierra los adivinos y los magos, ¿los acarició acaso? ¿Les hizo buena cara? Observad un poco si las brujas suben á los presbiterios y ocupan los palacios de los Obispos: observad si los Papas tienen sus horóscopos, ó si, al publicar actos supremos, consultan á los adivinos. Esta raza, multiforme y embustera, no gusta de llevar cogulla, ni la cabeza raída como la llevan los sacerdotes. Sobre todo, especialmente desde que en 1484 una bula de Inocencio VIII tocó á rebato contra ciertos maleficios, se vió á las pobres brujas temblar como las hojas en los árboles, gemir, arrancarse los cabellos, proceder á hurtadillas, y alejarse cada vez más de la curia levítica y del altar. ¿Quereis contemplar á las magas? ¿Quereis ver dónde se instalan bien los brujos? Id al castillo feudal: allí dentro están, como los valientes se agolpan á la boca del puente levadizo, y en los límites del

salon. Id á las córtés de los príncipes; á la córte de Ruggiero en Sicilia, á la de Visconti en Milan y á otras por el estilo: así como en la córte no falta el bufon para que alegre la mesa, no faltan los hechiceros para que dirijan las acciones del rey.

Odocaro es marqués de Brünn: en el hervor de la edad, fiero, de mano pronta y acostumbrado á montar, un dia, pasando por sus tierras, vió la faz de una jóven bellisima. Era Yolanda de Croninga. Contemplarla, quedar perdido de amor por ella, y pedirla por esposa, fué cosa tan rápida como lo suelen ser las saetas del amor.

Mas entre Odocaro y Yolanda no corren las queridas semejanzas engendradoras del himeneo. Estamos en los dias turbulentos en que un impío, Guiberto de Ravena, intenta invadir la silla de San Pedro y promulgarse Pontífice, guerreando contra Gregorio VII. Ahora bien: Odocaro pertenece con gran ardor al partido de Guiberto, y por el contrario Yolanda, en la fé paterna firme, presta homenaje á Gregorio, considerando al antipapa Antecristo. En su virtud el uno es incrédulo y cismático, al paso que la doncella es generosa cristiana. Pandolfo, padre de la jóven, recibida la demanda de matrimonio, se niega y, con el fin de salvar á su amada, la oculta en sitio apartado. Por ello el marqués de Brünn rabia y se pone furioso, haciendo un horrible juramento: á todo trance quiere á la vírgen de Croninga.

Los tiempos peores para la Iglesia de Jesucristo son los tiempos más cargados de desgracias y errores; en la edad á que nos referimos caminan precisamente muchedumbres de gitanos, encantadores y nigromantes. A estos se dirige Odocaro, diciéndoles: «¿Qué debo hacer para lograr que Yolanda sea mi esposa?—Es preciso inquirir el lugar de su mansion, y es preciso hechizarla,» responden.

Pocos dias despues del coloquio, en una límpida noche, cuando en el cielo brilla la luna hácia el Occidente, allí donde no muy lejos de Brünn surge un gran monasterio, se oye entre los árboles del parque el sonido muy suave de un laud acompañado por el arpa. Ya es muy de noche; los árboles entrelazados con las densas hojas no dejan entrar en el parque un rayo de luz, ni corre nada de aire; un riachuelo que deslízase por los muros del monasterio conduce sosegada y quedamente sus claras aguas: la luna directamente dá en las ventanas del dormitorio, y todo al rededor está en silencio profundo. Despues de los primeros arpegios, principia una triste y dulce sinfonía que se difunde por el aire sereno; detrás de aquella, se oye la voz de un canto ternísimo que se destaca y dice: «¡Ay, buena y gentil jovencita, dignate descubrir tu benigna frente, y escuchar los lamentos de tu señor! Tú le has herido en su corazon; tú se lo robaste. Ten piedad de tan noble

»jóven que por tí se consume, que te llama continuamente, y que cifra en tí todos sus deseos.»

Mientras el piadoso canto corre en medio de las plantas, y el sonido del arpa se enlaza con él con acentos tardos y suaves, se vé al rayo de la luna cómo se abren muchas ventanas, y cómo las jóvenes colegialas del monasterio se asoman ocultamente para gozar de la melodía nocturna: mas una ventana, aquella que debería abrirse primero, continúa obstinadamente cerrada. Es la ventana de Yolanda. ¡Paciencia! Se reanima el canto, y exclama la nueva estrofa: «¿Por qué, jovencita, eres tan cruel? ¿Por qué tienes un corazón tan rígido, que ni el canto triste lo calma, ni el sonido del laud y de las arpas consigue amansarle? Tu señor te llama, ¿y permaneces aquí? Es el más delicioso y ardido jóven de los castillos oscuros de la Moravia; ninguno monta los fogosos corceles con tanto donaire; ninguno viste una coraza mejor bruñida; ninguno maneja más finamente la espada: es la flor y nata de los caballeros, la alegría de la corte y el deseo de las doncellas; sin embargo, sólo á tí ofrece la mano, y á tí sólo alarga la corona de piedras preciosas. Yolanda ¿dónde estás?

El balcon continúa cerrado, sin que la jóven comparezca.

Al día siguiente Odocaro reúne con prontitud á los encantadores y á los nigromantes. «Villanos, dice rugiendo, villanos que os gloriáis de pesar las influencias de las estrellas, espolear á los ascendientes de los planetas, y detener las bridas del sol y de la luna: ¡Imbéciles! No habeis podido aún hechizar á la jóven encontrada por vosotros, y ni siquiera habeis podido verla. ¿Qué decis vosotros?»—«Haremos las últimas pruebas, responden, y juzgarás, señor, por el próximo experimento de los hechos.»

En la hora en que las virgencitas de Dios están dentro del monasterio de Brünn descansando sobre su cama mullida, suspirando por el alba para cantar maitines al Esposo, una turba de Vándalos protegidos por las tinieblas acércase á la santa casa. Sobre una almadía apoyada en garfios, los hombres brutales pasan el riachuelo: al llegar al gran flanco del edificio, cerca de la hospedería, fijan sus escalas, que distan aún muchos palmos del balcon de Yolanda: con cuerdas y lazos procuran alcanzarlo; suben y empiezan el asalto. Es un martilleo, y una repetición de golpes á fin de hacer mella en el declive del frontal: en su virtud se difunde mucho el rumor. ¡Qué ruido en la cámara de Yolanda! ¡Cuál eco en los corredores vastísimos! Las jóvenes y las monjas se levantan: Yolanda es la primera que más se asorda por aquel estrépito, y que arde más en aquel horno. Las vírgenes escuchan oyendo entonces los golpes que dan de manera de-

esperada sobre las paredes con las pequeñas máquinas de que disponen los agresores. *¡Desdicha las de nosotras! Han atravesado el canal, y han conseguido escalar los balcones. Son los enemigos de Dios.* Los chillidos y los ayes llegan á las estrellas. Teotberga, abadesa, reúne á las religiosas y á las educandas, tomando de la mano á Yolanda: *Seguidme, dice, y venid precipitadamente.* Ordenado esto, descende con la familia espantada á la iglesia del monasterio. Allí se postran delante del Santísimo Sacramento, invocando misericordia y piedad.

¡Oh Dios! ¿Vamos á ser encadenadas? ¿Pegarán fuego al Monasterio? Libra, Señor, del fuego y de las cadenas á tus esclavas. Es el llanto de todas ellas. La abadesa, despues de haber orado fervorosamente, se levanta, y dirigiéndose á Yolanda, que tiene cerca, le dice: *Por tí, porti, querida jóven, es la presente tempestad. Ahora bien; sígueme y no temas.*

Cuando todo parece perdido, todo está ganado. Mientras allí bajo, en el templo de Dios, se levantan trépidas y conmovedoras oraciones, los Vándalos agresores por la parte de fuera lo pasan muy mal. A sus golpes que mucho estallan, y á sus saetas que silban contra los muros, un tal Rataldo, hijo de un inmediato quintero, se adelanta con un grupo de campesinos. Estos campesinos se dirigen contra los bandidos. Rompen las escalas puntiagudas, hacen rodar así por el suelo los cuerpos, hiriéndoles y pisoteándoles. Yolanda se ha salvado.

Esta crónica extensamente descrita por el más sábio y elegante de nuestros novelistas, el Padre Antonio Bresciani, y que de seguro no es la única que se halla entre los hórridos hechos de la Edad Media, vale para mí, señores, tanto como muchos raciocinios. ¿Conoceis dónde se albergan libremente los prestidigitadores y los magos? ¿Veis de quién se hacen amigos? Están con el marqués de Brünn, herético y eismático: Yolanda y las almas católicas, que ven con asco los torpes sacrilegios, se recogen bajolas alas de la Iglesia, en los tabernáculos del verdadero Dios. A esta parte está el Santísimo Sacramento; en aquella los nigromantes con sus tétricas maquinaciones y sus pérfidos asaltos. Hechiceros pues, y horóscopos en todas partes; en los palacios reales y en las cabañas de la plebe, ménos en la Iglesia, fuerza repulsiva que de sí los aleja. ¿Pero qué maravilla es que lo haga? Pensamiento de la Iglesia es que en las adivinaciones astrológicas y en las hechicerías el diablo interviene, y la Iglesia trata sólo con el adorable Crucifijo. Así, entre la más sutil é invasora mágia, que se hizo difundir de una manera gentilica, el cristianismo tiene las manos limpias y el espíritu immaculado. Nuevamente queda resuelto el problema. Dudásteis de poder contemplar la divina revelacion separada de la supersticion humana, y ella, corrigiendo los juicios vuestros, acredita que en la Edad Media se

aparta de la potente superstición de Grecia y de Roma; su gran signo de separación es el dogma de la divinidad de Cristo.

Quien medir quiera el poder y la impetuosidad de un torrente, no se detenga para mirarlo en su fuente, ni en medio de su curso; á contemplarlo vaya en la desembocadura. Allí, donde se precipita en el Océano, aparece tan formidable como es: lleva y derrama en las aguas inmensas, árboles, animales, cabañas de pastores, todo entre sí mezclado y unido.

Por tal comparación los incrédulos se presentan arrogantes. Nosotros, según ellos, llegamos á la desembocadura ya: el siglo XIX llegó al punto en que hombres y elementos sociales, saliendo de las vías pequeñas y tortuosas, se precipitan en el mar. ¡Qué amplitud de vistas las nuestras! ¡Qué potencia y que gloria tan vastas! En el principio de los tiempos, Dios dominaba en el orbe como rey absoluto: en la Edad Media encontraba por rival suyo al hombre, comenzando así á declinar y decaer: en los tiempos novísimos, que son los presentes, Dios nada es, cuando á todo manda el hombre razonable, que rechaza la fé. Un enredo terrible se realizó en la sociedad civil: leyes divinas y leyes humanas, teología y filosofía, altares y tronos caen juntos, hechos por decirlo así un ovillo, confundidos y triturados á fin de que den lugar á la era del porvenir. En ella, despojada de sus mismas preocupaciones, se inspira la humanidad. Somos impelidos por el mar, y envueltos en las olas del poder del hombre: ¿dónde ya la revelación divina, según el juicio de los católicos, puede tener una historia distinta de la humana superstición?

Tratamos, señores, el último aspecto de la cuestión. Levantémonos por tanto, bien á la cumbre de la edad presente; puesto que se habla de Océano y de olas, inquiramos la que con voz poco graciosa llaman *época de transacción*: obsérvese lo que ha conquistado de nuevo, y lo que pretende el hombre; obsérvese además hasta qué punto conserva Dios aún incólumes y respetados sus derechos. Es nuestro tercer momento histórico. Su fruto será conocer si la celestial revelación conserva una historia separada todavía de la historia de los señores mundanos.

El hombre—bien han hablado en el particular los incrédulos—llena el siglo presente con sus magnitudes y sus fastos: dominó el mundo físico con el hierro y el fuego; ahora con las ideas y las falsas filosofías se declara príncipe único del mundo moral. ¡Cuán soberbio es el hombre! No quiere que haya Dios, ni tampoco Iglesia; en la mano llevando el cetro que arrebató al Empireo, debe mandar para sí. Mientras el pasado muere, se adelanta el porvenir, y realizase la espantosa doctrina de

llegar á ser inventada por Jorge Hegel. ¿A qué tiende por ello el hombre? Poco es decir finalmente que su tendencia es llegar á ser creador de Dios: tal cosa habíasela atribuido ya. Va más allí, y personalmente tiende por sí á llegar á ser Dios.

Mas esta es pura supersticion. ¿A qué conducia el paganismo sino al hombre deificado? Hércules fué un hombre de Tebas, y lo convirtieron en un semidios: Adonides era un hombre de Chipre, y lo trasformaron en un dios. Los mismos dioses supremos no se apartaban absolutamente del carácter humano, y nacian. Por esta razon el hombre moderno, que no admite á nadie superior á él, y tiende á *convertirse* en Dios, es supersticioso é idólatra.

Hasta parece que realiza un paganismo casi peor que el viejo. Entre los gentiles ninguno atribuyó á sus númenes y á sus dioses las dotes de no errar; era falible y erraba el gran Saturno, padre de los ídolos, que, para no tener herederos en el trono, comíase á sus varones, sin ver á Júpiter nacido en la gruta ocultamente y cortejado por las ninfas; erraba de un modo brutal el mismo Júpiter y todos los dioses: en su virtud contínuos reproches se les lanzaban en Homero y en la mitología. Hoy el hombre presumé batir las alas con vuelo superior al de Júpiter y Saturno. En el momento en que no quiere más á Dios ni á la Iglesia, de su razon sólo saca las normas seguras de su modo de pensar y de hacer, colocando la infalibilidad en la especie. Decia el Conde de Mirabeau: *El pueblo es infalible.* Exclama el hombre moderno: *La especie humana es inerrable.*

Asi á la civilizacion presente se mezcla la supersticion. No me acuséis de mentira, señores: aqui está el hecho: todo culto desviado del orden, desde Dios trasferido ambiciosamente á la criatura, es súa idolatría, en cualquier tiempo en que se haga. Nada os irrite contra mí; áun sin mis gritos, y á despecho de las iras vuestras, el hombre incrédulo se hace pagano; desde que obra en esto con lujo de razon y bajo el astro refulgente del siglo XIX, justo es ver en su mala costumbre la filosófica supersticion de la Europa.

¿Qué obrará Dios en frente?

Segun el orden de la Providencia, que acompaña á los siglos en su movimiento, parécenos que realizará el sencillo y á la vez hecho supremo de oponerse de la manera más á propósito á los excesos del hombre. Encontramos que la manera más propia es la siguiente. Las edades de las personales y directas intervenciones divinas han pasado: se requerían en la infancia de los pueblos; pero no entre los adultos, que no se deben dirigir en todo por fé, sino tambien por la razon. Jesucristo, en quien aconteció la última de las antiguas personales manifestaciones

de Dios, siendo la más sublime de todas, se presentó bajo el velo de nuestra carne. Pues bien; éf, que instituyó la jerarquía católica, queriendo que conserve las mismas verdades, dispondrá que cuanto más el mundo, al ir adelante con sus años, arrójase á las locuras de una divinidad contrahecha y de una usurpada infalibilidad, la jerarquía sacerdotal, más y más estrechándose á su centro, impida las falsificaciones del mundo, y sus usurpaciones, desmintiéndolas con su propia luz original. ¿Declara, pues, el hombre llegado al siglo décimo nono á la especie humana divina? La jerarquía católica le mostrará que, mientras Dios ocupe los cielos, consiste la verdadera representación de Dios sobre la tierra en un personaje, que no sale de las escuelas profanas, colocado en la cima del monte santo. ¿Declara el hombre la especie humana infalible? Le mostrará la católica jerarquía que tal personaje sagrado, el Pontífice romano, eminentemente reúne la dote de la infalibilidad.

¿Planteé una hipótesis, ó bosquejé mejor nuestra edad? ¿No descubri entre los contemporáneos los partidos del hombre y los partidos de Dios? Desgraciadamente, sí. Ahora bien, ¿cómo se tratan los dos partidos estos? ¿Pensaríais tal vez llamarles amigos y hermanos confundidos entre sí? ¿Qué paso, señores, y qué abismo tan profundo entre los dos! ¡Oh! tú, pobre mortal, que deseas aprender dónde fulgura la luz de Dios, y quieres ver la divina revelación separada de la humana superstición; cobra bríos: hoy, como en el tiempo antiguo, y como siempre, los dos campos están separados. En una parte se halla el hombre y en la otra el Eterno. En nuestra edad, la divina revelación se aparta de la superstición de la Europa: su gran signo de separación es el dogma de la infalibilidad del Papa.

¡Cosa maravillosamente deplorable y hace mucho no vista en los siglos! Hoy se dividen en dos clases los pensamientos de la humanidad. Muchos se postran ante Dios con reverencia y amor, pronunciando su santo nombre: muchos creen sin duda en la divinidad y en el celeste mandato del Nazareno; muchos se someten al Evangelio con amor y entereza; respetan las leyes de la Iglesia, gloriándose de su título y de su carácter de bautizados. Reputan al hombre creado á imagen y semejanza de Dios, puesto á prueba en el mundo; es este un destierro y el cielo nuestra patria inmortal. Juzgan esto un dogma, y antes entregarían el alma entre tormentos, que ser perjuros contra su misma fé. ¿Quiénes son estos? Los secuaces del Papa infalible. Delante de los mismos están igualmente no pocos, que rechazan y cubren de voces vergonzosas á Dios, á Cristo, al Evangelio, á la Iglesia y á la vida eterna. ¿Quiénes son estos? Son los secuaces de la humana especie decla-

rada divina, é inerrable. Son los racionalistas, que de la propia sustancia intelectual y moral sacan la vida de aquel ente supremo, que se llama Dios. Son los nuevos espiritualistas, que, al admitir el mundo de los espíritus, quieren marchar por hipótesis y no por dogmas; que de todo el concilio de los espíritus hacen un dios general, excluyendo al verdadero y teológico: son los positivistas, que se hallan en medio de los idealistas y de los empíricos, que como eje de las ideas colocan el hado, llamando además á Dios un acto limitado y mudable: son los materialistas que, al nombre de Dios, hacen guiños y adoran la pura materia: son los francmasones, que ahora finalmente descartan á Dios de sus estatutos, como descartaron ya la tiara á fin de tomar el triángulo: son los discípulos de la *Commune*, que al mirar la sotana sacerdotal estornudan; si supiesen alguna cosa de la cruz se santiguarían. Hé aquí por una parte los incrédulos, y los creyentes por otra. A los incrédulos les fastidia el hombre que cree y adora, porque vislumbran que han llegado á la plenitud de sus fuerzas, porque dicen que se bastan á sí propios, porque son la flor de la humana especie, que no debe ser fiscalizada, que no yerra en sus juicios y divina. A tal extremo llegó en el siglo XIX la disgregacion interna,

Es una sociedad mecánicamente unida, pero quebrantada moralmente y desunida: es más bien un inmenso campo, donde dos sociedades adversas pelean bajo un mismo estandarte. Chocan entre sí los hombres con las ideas, con los principios, con las palabras, con las costumbres, con los hechos. ¡Y el apologista de la edad presente, me alaba la fraternidad! ¡Oh! ¡No veo, como antiguamente, batallando entre si cristianos y gentiles, latinos conquistados y septentrionales conquistadores? Procurad unir los unos á los otros hombres moralmente: imposible. ¿Qué os detiene? Os detiene de una parte la divina revelacion que con su luz escuda á los hijos sinceros de la Iglesia y los salva; de otra os detiene la filosófica supersticion de la Europa, que quiere postrados á los ciudadanos delante del nuevo ídolo de la humanidad, por lo cual los perverte. ¿Y decíais que la revelacion en nuestros tiempos no tiene una historia trazada tambien aparte? Tal historia subsiste siempre; ahora, para que mejor se distinga, sin confundirse nunca con la historia terrena, mi siglo lee grabado en ella con caracteres rutilantes: *Infalibilidad del Papa*.

Oigo decir que los católicos, unidos estrechamente á su divina revelacion, se conservan separados del mundo: esto no puede durar mucho. Los secuaces del Papa infalible repugnan; y la *época de transaccion*, que es la madre, los engullirá. Los católicos pasaremos.

¿Repugnan los secuaces del Papa infalible? Si el buen sentido no

abandona del todo esta progenie humana muy agitada; si continúan siempre apreciados en el mundo los principios de lo verdadero, de lo bueno y de lo hermoso, así como aborrecidos por el contrario los principios obscenos y maléficos, no veo la razón de tal repugnancia que mencionan, ni sé por qué razón deba temer socialmente mi fé. Realmente ¿quién aún conserva, en tanta ruina de dogmas y costumbres, más inquebrantable y bien defendido el principio del alma nuestra espiritual y libre? Los secuaces del Papa infalible. ¿Quién mejor que otros no piensa que nació como los brutos, ni cree que debe morir cual los animales, agrandándose con la mente puesta en las suaves intuiciones de la inmortalidad? Los secuaces del Papa infalible. ¿Quiénes á las torpezas de la carne juran la más obstinada guerra, conservan delicado y vigoroso el sentimiento de la dignidad personal, no pudiendo por ninguna cosa entregarse á la servidumbre del pecado? Los secuaces del Papa infalible. ¿Quiénes, mientras adoran á Dios y obedecen á la Iglesia, saben respetar por conciencia á los poderes humanos, evitando á los gobiernos fatales rebeldías y traiciones? Los secuaces del Papa infalible. ¿Quiénes, guardándose de ser soberbios y rebeldes, no se ponen por ningún pacto á maltratar á los pueblos? Los secuaces del Papa infalible. A tal norma se atienen, y así obran los católicos: conservan ile-sos los supremos principios de las cosas; aman, sufren, respetan, se abrazan en todas partes y bien, donde quiera que la luz exista y la verdad. ¿Deben producir náuseas y repugnancia?

¿Cómo se conducen, por otra parte, nuestros acusadores? ¿Qué gran estimación alcanzan por sus hechos? No hay ninguno que no lo vea. ¿Quién subvierte todos los principios, no ya religiosos, sino racionales y terrenos, sin contentarse nunca con nada? Los secuaces de la humanidad divina é inerrable. ¿Quiénes quieren regirse arbitraria y caprichosamente, poniendo su pasión sobre la ley, y el sentimiento sobre el dogma? Los secuaces de la humanidad divina é inerrable. ¿Quién el alma somete á las leyes fatales, diciéndola hija de la materia y quitándole la libertad? Los secuaces de la humanidad divina é inerrable. ¿Quién promueve rebeliones continuas en el Estado, y turba los sueños de los políticos? ¿Quién, con la promesa de cosa mejor, impele de continuo á las turbas á infringir los pactos internacionales, y, molestando entretanto á las turbas, hace que peligre la patria? Los secuaces de la humanidad divina é inerrable. ¿Quién grita siempre *adelante*, galopando, por decirlo así, furioso y ciego? ¿Quién ofende los sacrosantos derechos de la propiedad? ¿Quién, bajo la máscara de la libertad, persigue y dispersa? ¿Quién abate al príncipe para hacerse tirano de los ciudadanos? ¿Quién ni tolera la república, y en nombre del municipio aplica

los monumentos á las llamas? ¡Quién hace todo esto? ¿Quién no deja tranquilamente á los vivos, y hasta molesta la paz de los sepulcros? ¿Quién? Los secuaces de la humanidad promulgada divina é inerrable. ¡Os parecen rosas, alegrías y caricias todo esto? Fastidio por fastidio, repugnancia por repugnancia, ¿quién lo suscitó más asqueroso? ¿Los creyentes del Papa infalible, ó los sectarios de la humanidad que se deifica y no yerra?

Sin embargo, los secuaces del Papa dejarán pronto por sí de formar partido. La época presente, que al mundo remuda, todo lo sumergirá; entonces dejará de haber una historia de la revelacion distinta de la supersticion.

Si es así, contémonos, amigos, y midamos nuestras fuerzas. Si todo debe quedar subvertido, en las ondas del porvenir pereceremos; mas vosotros, incrédulos, perecereis igualmente con nosotros, porque al lado de cualquiera volveis á ser supersticiosos. Nosotros juzgamos divina la Iglesia y la revelacion; vosotros juzgais divina la razon vuestra y la humanidad. Ahora bien; debiendo sumergirse todos los creyentes en lo divino, démonos la mano, y dispongámonos juntos para descender al sepulcro. Vosotros, que os llenais de gozo á la idea de nuestro aniquilamiento, y que nos predicais siempre la muerte, ¿por qué no pensais tambien un poco en los *Novísimos*? Descendiendo al sepulcro, conservaremos la esperanza de la resurreccion: nuestra divina revelacion nos dá prendas de sus promesas: mientras vosotros oscilais en hipótesis, y, desde un desvanecido racionalismo, caeis en el materialismo brutal fácilmente: ¿qué confianza firme teneis y qué certidumbre de resucitar? ¿No os parece que, áun juzgando como simple hombre, debe permanecer más en la vida quien cree y se aficiona á las inspiraciones de la inmortalidad que quien la rechaza?

Recojamos los hilos del razonamiento.

Hemos ventilado un imperioso problema. Los enemigos de Dios, para lograr vituperio contra nuestra fé, dijeron: No hay en el mundo via confiada que se deba seguir por consideracion á la eterna vida, porque la revelacion divina y la supersticion humana van siempre mezcladas, no viéndose qué debe hacer el hombre para corresponder á la invitacion celeste. Si Dios permitió que la verdad se mezclara con el error, permitió al propio tiempo el engaño del hombre y su perdicion. Débese, pues, rechazar la revelacion divina como un embuste. Procuremos mejorarnos por nosotros mismos, lo cual será bastante para la grandeza nuestra.

Oimos la palabra horrible, aceptamos el problema y empezamos á dilucidarlo. ¡Gracias á Dios Optimo y Máximo! La divina revelacion,

mirada en tres supremos momentos sociales, corre por una historia netamente clara y determinada.

En los tiempos antiguos se mantiene distinta de la caprichosa superstición de Oriente; su gran signo de separación es el dogma de la unidad de Dios.

En la Edad Media se mantiene separada de la poderosa superstición de Grecia y de Roma; su gran signo de separación es el dogma de la divinidad de Cristo.

En nuestros tiempos se mantiene separada de la filosófica superstición de la Europa; su gran signo de separación es el dogma de la infalibilidad del Papa.

No existe, por consiguiente, problema, señores; hay en su lugar un dogma, tan inmovible como luminoso, comprobado además por la historia universal. «La revelación divina, en cuanto se recoge dentro de la Iglesia verdadera, no se mezcla con el error del hombre.» Los principios de la verdadera ley de Dios subsisten entre los errores del hombre; mas vienen á ser semejantes á los fragmentos de una materia insoluble, que siempre sobrenada en un líquido, sin poderse mezclar nunca. El líquido es el error del hombre; y los dogmas eternos, conservados *insolubles* por la verdadera ley de Dios, pasan adelante, sin echarse de ningún modo á perder. Pasan sin echarse á perder entre los Hebreos; el dogma de la divinidad de Dios los conserva: pasan sin echarse á perder entre los cristianos; el dogma de la divinidad de Cristo los custodia: pasan sin echarse á perder entre los actuales católicos; el dogma de la infalibilidad del Pontífice Sumo los salva.

Señores; la religión inmaculada y santa manifiéstase así, sin ocultarse á ninguno: *Ecclesia vera nemini latet*: es la gran frase de San Agustín (1). Vosotros conoceis dónde se alberga la verdad y dónde anida el error: cumplid vuestra obligación. Os abro la puerta de la casa donde vive Jesucristo. Entrad.

(1) San Agustín. Contra Epist., lib. II. Cap. 32.

CONFERENCIA III.

SI EL CULTO RELIGIOSO DEBE SER UNO.

Fácil y además gratisima era la invitacion última, que dirigimos á los hermanos que yerran: *Entrad; hé aqui la casa de Jesucristo.*

Estos hermanos nuestros, que sirven al siglo presente, tienen tan mala costumbre, é ingenio tan raro que, lejos de aguardar las pruebas de las verdades católicas á ellos descubiertas, se lanzan en el orden religioso á este otro pensamiento. En el mundo existen innumerables cultos; áun suponiéndolos no conformes ó mutuamente contrarios, en todos se impone la obligacion de adorar á Dios. Ahora bien; ¿no será lícito al hombre, que admite la divina adoracion, decidirse por el culto que más le plazca?

No, no es lícito; porque no es bastante adorar á Dios, siendo preciso adorarle con discrecion. Ciertamente tales cultos, áun cuando se reflejen á Dios en cierto sentido, pareciendo por consecuencia dignos de respeto, envilécense de un modo abierto y singular relativamente á los actos de adoracion. La famosa religion de los Literatos ó de Confucio se resuelve en un panteismo metafísico; la de Zoroastro ó de los Persas inclínase al maniqueismo; el Alcorán con el *harem* y el torpe paraíso de la carne termina en la liviandad; hasta los símbolos más recientes, dejando á la razon humana libre y dueña de sí en las cosas de la fé, crean el desórden y conducen ordinariamente á la degradacion humana. Por consecuencia en semejantes cultos Dios no queda bien adorado, y el hombre no tiene derecho á tomar en ellos parte.

Siendo así, impidiéndose optar por una religion, ¿no somos esclavos, gritan nuestros hermanos extraviados? ¿Es necesario atenerse más al principio de la libertad religiosa, ó á vuestra palabra, que reniega de la pluralidad de los cultos? ¿Qué nos proponeis? Plantean este angustioso problema, y nos llaman tiranos de las almas; nos llaman malditos por los no cristianos y tambien por los cristianos del siglo XIX.

Tres expedientes, señores, vemos usados en el mundo, por lo que hace á los cultos y á los símbolos religiosos.

El primero es aniquilarlos violentamente todos en beneficio de

uno. Un ejemplo entre los modernos principalísimo es Mahoma, el cual, salido de la caverna de Hara, donde compuso su ley de infamia, recurrió á la horrible cimitarra; despues, haciendo correrías desde las arenas del mar Rojo hasta las montañas árabes, hizo desaparecer judaismo, idolatría y cristianismo bajo la sombra de su Egira. Táctica tan odiosa á Dios y á los hombres no place al siglo en que vivimos, por lo cual alabo al Señor. Nosotros, educados de una manera dulce, nos negamos á herir los cultos, por lo cual nos espanta sólo al pensarlo el espectro sangriento de Cromwell, que quiso someter la Irlanda á los treinta artículos de Isabel; ni nos place tampoco Carlos IX, que matando purificó á Francia de los disidentes. Apenas con su absorcion eclesiástica son posibles ahora los Césares de San Petersburgo y los Césares de Alemania. La destruccion de los cultos no es por consiguiente de nuestra edad.

El expediente segundo es el de la conciliacion. Unir estos cultos, mezclarlos, sacando, por decirlo así, sólo un espíritu y una forma, hé aquí la obra de que hablamos. Mas esta obra es nécia; si antes causó fastidio, es hoy despreciada. El mal está generalmente apegado á los cultos, como el dolor va con los cuerpos no sanos. Ahora bien: para echar el mal, preciso es corregir las pasiones que lo producen; ¿Y quién está dispuesto á tal cosa? Los presentes, como veis, son hombres de fuertes pasiones. Fuera de que arrojar el mal, es dejar de vivir para estos cultos; ¿y quién, señores, quiere morir?

Nosotros pues, no imitaremos á los Romanos, los cuales, conquistadas las gentes, conducian sus númenes al Capitolio, extendiendo por toda la tierra el ala de Júpiter Capitolino, formando así un maridaje de dioses, que fué la peor de las monstruosidades. El gran Leibnitz, que trabajó por ignoro cuál alianza religiosa en la Europa, sobre la cual tuvo con Bossuet ardentísimos debates, advirtió en qué fiero escollo habia ido á romper; cuando ahora oimos á Francisco Guizot, que recomienda el enlace de los símbolos favorables á lo sobrenatural; cuando descubrimos un nuevo consorcio de creyentes democráticos, que intentan desposar todos los cultos en Jesucristo (1), nos sentimos dominados por la compasion, y gritamos: ¡Vosotros formais una secta, y de ningun modo podreis hacer las bodas de la fé! Predicais en desierto.

El expediente tercero es el de la indiferencia, que se reduce á dejar que los cultos cristianos y no cristianos se desarrollen y adquieran vigor segun sus propias fuerzas; ninguno debe ser privilegiado por la ley; todos son igualmente buenos ante el Estado; bello es entretanto

(1) Hablamos de la *Asociacion para la propaganda del «Unitarismo.»*

ver á los hombres arrojarse los unos al sabeísmo de la Arabia; los otros en la orilla del lago Salso, darse al espiritismo y halagar á los Mormones; no pocos ir á los antros de Lutero, ó colocarse bajo las insignias evangélicas de Berlin. Este modo de conciliar los cultos, no mucho mejor, ni ménos funesto por ciertas consideraciones que los indicados, es seguido actualmente por muchos. Con profundo dolor lo veo. Los hombres de hoy, embriagados por los sublimes principios de libertad y de condescendencia civil, derraman, por decirlo así, estos dones profusamente, siendo así que sería más honroso ir despacio; los conceden lo mismo á la verdad que al error. Por esto se contaminan ellos mismos: la indiferencia para los cultos es la indiferencia para el bien; no tener en esto predileccion es indicio de espíritu que no siente, ni juzga ni aprecia; Dios es ultrajado, y se rompen relativamente al hombre hasta las últimas pequeñas fibras del temple moral. Si á esta parte se inclina el siglo actual, y esto es supremo infortunio, ¿qué remedio se puede presentar?

Señores, yo siento la fuerza del problema que han planteado los hermanos que yerran, y cuál veis me dispongo á resolverlo.

Por lo que hace al culto religioso, condenando la indiferencia y haciendo lo posible para que concluya, no nos proponemos hacer algo que desplazca justamente al siglo XIX. Rechazamos el modo violento de aniquilar los cultos; rechazamos asimismo el sistema de la conciliación, que tiene mucho de ridículo y de imposible. Valiéndonos de la que hoy se llama la *reina del mundo*, queremos con buenas razones ocupar la opinión pública, y convencer á cada hombre de que no debe ni puede haber sobre la tierra más de un culto y una religion, en la cual se ame y se sirva á Dios, óptimo padre. Que lo sepan nuestros hermanos que yerran; no les hemos impuesto nosotros la obligacion de la unidad religiosa; tienen por sí mismos y por sí esta obligacion. Levántense los adormecidos y los ingratos; escúchennos cuantos tienen en muy poco el deber de la verdadera adoracion y la salvacion de las almas: sólo ha de existir una fé: *Una fides*.

¿Y de qué razones se deduce?

Digo que la unidad de cultos es absolutamentes requerida por tres leyes; por ley divina, por ley filosófica y por ley social.

¡Feliz nuestro razonamiento si puede sacudir saludablemente á los que dormitan tratándose de la verdad, y á los indiferentes para la virtud! No bien se hayan desvelado y persuadido de que los demás cultos son falsos, les marcaremos otra vez y más luminosamente la via maestra que conduce á Dios, repitiéndoles: *entrad*.

Más antigua que los hombres, eterna como Dios, existe una ley, fuente, guía y explicación de toda ley humana; ley no sólo arraigada en Dios y eterna, sino también manifiesta en el tiempo, porque fué anunciada, impresa sensiblemente, escrita y difundida por el mundo: tal es la ley divina. Esta ley impone la unidad del culto religioso.

La demostración que debemos dar, ante todo, dice lo siguiente: La ley divina quiere que sea uno el culto religioso, porque uno es Dios. ¿Y qué nos enseña la revelación aquí? Un Dios, y no varios dioses, crea el cielo y la tierra: un Dios, y no varios dioses, redime la especie humana. Por esto en los libros santos se consigna lo siguiente: *Dominus unus est* (1). Por esto repetido está en San Marcos: *Deus unus est*. (2). Hé aquí la doctrina del monoteísmo, salvación y gloria de los hombres. Si Dios es uno, y tal se declara por ley, el culto que á Dios se presta debe ser uno también. Multiplicando los cultos, estableciendo varias creencias y varias religiones contrarias entre sí, se lastima el dogma de la divina unidad. Con fundamento el alma excelsa de David cantó á Dios, á guisa de un enamorado: Tú sólo eres Dios: *Tu es Deus solus*. Rogaba, después del saludo al Señor, que lo apartase de los inicuos, colocándolo en el verdadero camino: *Deduc me in via tua* (3). Por consiguiente la ley divina que nos revela la unidad de Dios, revélanos asimismo el deber que á todos estrecha relativamente á la unidad de la fé y del culto.

Prosigo más adelante. Según la ley divina, no deduzco solamente la unidad de culto de la unidad de Dios, sino también de mandamientos expresos. Abrid el Antiguo Testamento y el Nuevo: allí Dios impone la obligación de un sólo culto, prohibiendo los demás; porque prescriba que le sirvamos únicamente á El. No tendrás otros dioses delante de mí, en el Exodo dice: *Non habebis Deos alienos coram me* (4). En otro sitio añade: Temerás al Señor tu Dios sirviéndole á él sólo: *Deum tuum timebis et illi soli servies* (5). En su virtud Moisés, descendiendo del monte Sinaí, presenta á Israel las tablas de la ley, que al frente llevan este precepto. Por otra parte así exclama Elías, gritando contra los prevaricadores: «¿Hasta cuándo habeis de ser como los que cojean hácia dos lados?» Si el Señor es Dios, seguidle: *Usquequo claudicatis in duas partes? Si Dominus est Deus, sequimini eum* (6). Esto por lo que hace á la Biblia; en el

(1) Deuteronomio, cap. VI, v. 4.

(2) San Marcos, cap. XII, 29.

(3) Salmo LXXXV, v. 10, 11.

(4) Exodo cap. XX, v. 3.

(5) Deuteronomio, cap. VI, v. 13.

(6) 3.º de los Reyes, cap. XVIII, v. 21.

Evangelio no faltan mandamientos clarísimos. Encontramos en san Mateo: «Adorarás al Señor tu Dios, sirviéndole á el sólo:» (1). Poco despues, en san Mateo tambien, somos amonestados así: «Tampoco debeis »llamar á nadie sobre la tierra padre vuestro; pues uno sólo es vuestro »Padre, el cual está en los cielos. Ni debeis ser llamados maestros, por- »que Cristo es vuestro único maestro» (2). Tambien en san Juan ruega Jesús al Padre «que todos sean una misma cosa, y que cómo tú ¡oh pa- »dre! estás en mí, y yo en tí, así sean ellos una misma cosa en nos- »otros por union de amor, para que crea el mundo que tú me has en- »viado» (3). De donde se saca que la unidad de la familia redimida entra en los fines supremos de su venida. Por esto escrito está de los creyentes: «No querais unciros en yugo con los infieles. Porque ¿qué »tiene que ver la justicia con la iniquidad? ¡Y qué compañía puede »haber entre la luz y las tinieblas?» (4). Todas estas cosas dice san Pablo dirigiéndose á los Efesios: «Uno es el Señor, una la fé, uno el »bautismo: uno el Dios, Padre de todos, el cual es sobre todos:» *Unus Dominus, una fides, unum baptisma. Unus Deus et Pater omnium, qui est super omnes* (5). ¿Os persuaden estos textos bíblicos y evangélicos de que se compone la ley divina? Ciertamente no hay cosa más absoluta fuera de nuestras deducciones sacadas de la unidad de Dios; órdenes expresas suenan en nuestros oidos por las cuales se nos intima la unidad de la creencia y del símbolo.

Todavía quiero yo añadir á esto otro argumento. Os invito á mirar cómo Dios, primer guardador y vengador de su ley, pone sumo cuidado, y hasta obra milagros á fin de que los mandamientos referidos se cumplan. ¿No los recordais? Dios, que no quiere otro culto sino el suyo, y es celoso en materia de adoracion: *Ego sum, Dominus Deus tuus fortis, zelotes* (6), ha suscitado siempre hombres grandes y guerreros ilustres; ha siempre tronado desde su cielo, y sacado clamores de debajo de la tierra, á fin de que su pueblo se apartase del amor á los dioses extranjeros ó que, hallándose dominado por ellos, se sustrajese á su tiranía. ¡Hé aquí Moisés, Sanson, Judit, David, Nehemias y los Macabeos! ¡Hé aquí Israel, libertado de la servidumbre de Egipto, de la tiranía de los Madianitas, de la opresion de los Babilonios y de los que siguieron! En tales épocas de hierro, el Dios celoso, pelea por sí

(1) San Mateo, cap. IV, v. 10.

(2) Ivi, cap. XXIII, v. 9, 10.

(3) San Juan, cap. XVII, 21.

(4) San Pablo á los Corintios, cap. VI, v. 14.

(5) Ivi. á los Efesios, cap. IV, v. 5, 6.

(6) Exodo, cap. XX, v. 5.

mismo al frente de su estirpe á fin de á los falsos cultos sustraerla; siempre que ve aparecer algun vestigio de estos entre los suyos otra vez, se irrita, dice la Escritura, y es como príncipe que no tiene paz. Entonces habla, y truena nuevamente; ved cómo, rechazados por Él, aterra Moisés el becerro de oro, castigando con matanza terrible á los trasgresores de la ley. Armase Finees con un cuchillo hiriendo á los indignos, que aceptaron en Setim los ídolos de las jóvenes incircuncisas: Derriba Gedeon el altar de Baal, y hace pedazos Asa el dios de Priapo. No; el verdadero Dios no tolera rivales en la religion. En su virtud, son rechazados por Él en todo tiempo el Astarte de los Fenicios, el Beelfegor de los Moabitas, el Moloch de los Amonitas, y el Dagon de los Filisteos. En su virtud, colocada el Arca un instante al lado de Dagon, no permanece allí sin que Dios se irrite; el Arca no tiene el émulo cerca, por cuanto el infame ídolo es derribado y roto en el mismo templo.

Cuanto Dios antiguamente obró entre los Hebreos, otro tanto ha repetido en la plenitud de los tiempos. Decidme: ¿cómo se difundió el cristianismo? Jesús, que Dios es, fué tambien celoso, escribe San Jerónimo: *Zelotypus est Jesus*; sólo envió á los apóstoles á predicar el Evangelio á los hombres sobre la ruina del gentilismo. ¿Cuál espectáculo, señores míos! Anunciar Jesucristo al mundo, fué lo mismo que proferir una maldición omnipotente á Júpiter, á Marte, á Neptuno y á Saturno, que, con sus rayos y armas, cayeron de los altares. Anunciar á María fué lo mismo que romper el trono y lacerar las coronas impúdicas de flores á Diana, á Venus y á Juno. Oír sobre la tierra la voz autorizada, la voz del sacerdote cristiano, fué bastante para que eternamente callaran ó enmudecieran los famosos oráculos de Chipre, de Menfis, de Dodona y de Delo. Jesucristo manda la unidad de la fé, y ¿quién podría colocarse á su lado? En su virtud, una de dos: ó admitir cualquier otro culto, y aún innumerables cultos á un tiempo, ménos el de Cristo, ó profesar el culto de Jesús y ningun otro. Cuando Tiberio César apremió al Senado, con el fin de que uniese á los otros dioses Jesucristo, ¿sabeis qué respondió con el consentimiento de los Quirites? «Nosotros no lo admitimos, por ser un Dios soberbio, y porque quiere ser sólo, haciéndose adorar sin compañeros (1).» Bien de Cristo, en su necedad, sintieron aquellos paganos. Si; santamente soberbio, adorado sin compañeros, quiere ser Dios; el cual, segun escribe San Ambrosio, juzga más benignamente al en absoluto infiel que á los fieles no resueltos. *Tollerabilius iudicat in fidelem integrum, quam fidelem di-*

1) S. Agustin, *De Cons. Evang.* tr. 4, cap. 17.

visum. Hé aquí cómo Dios vigila para el cumplimiento de su ley referente á la unidad de la fé y del culto.

Me opondreis: La ley divina prohíbe sí la pluralidad de las religiones, porque no hay varios dioses, sino un Dios sólo; no parece, sin embargo, que condena la union y la variedad de los cultos firmes en la creencia del verdadero Dios. Así, á juicio de muchos, hasta resulta bello contemplar la gran riqueza de los símbolos modernos, los cuales, mientras se diferencian entre sí, se refieren todos á Jesucristo, procurando adorarle bajo esta ó aquella forma.

Respondo, señores. La ley divina, si hablamos de culto, es cosa terminante y solemne, que aleja toda duda; no sólo prohíbe la idolatría, sino también la multiplicidad de los cultos cristianos, porque condena las divisiones y las obras heréticas. ¿Os parece que Dios permite creer á todos del mismo modo en la Divinidad, separándose los unos y los otros entretanto en el culto? No.

Tenemos otra prueba entre los Hebreos. Gedeon ideaba un Efod, perfectamente imitando el del Sumo Pontífice, y lo ponía en la ciudad de Efra. Muchos del pueblo con gran fiesta concurrían; ni él ni los otros pensaban abandonar al Dios de Israel. De todas maneras, pecaban, y Dios en su cólera recurrió al castigo. ¡Y quién no sabe con qué vigilancia Dios mismo tuvo á bien determinar los votos, las ceremonias y las fiestas, queriendo sólo las establecidas por Él, y rechazando todas las demás?

Viniendo al Redentor, vemos en qué nos amaestra la ley de Dios. Al establecer Cristo sobre la tierra su culto de gracia, ordenó que los fieles lo siguiesen tan unánimes, que no se apartasen entre sí respecto de las cosas que debían creer y obrar. Os conjuro yo en nombre de Jesucristo, advierte San Pablo, para que digáis todos lo mismo y no surjan cismas entre vosotros: *Obsecro... ut idipsum dicatis omnes* (1). Ahora bien: presupuestos varios cultos, aún siendo cristianos de nombre, ¿son creídas en ellos las mismas cosas? Dicen los que los profesan lo mismo y obran de la propia manera? Sucede lo contrario. El uno enseña que, una vez justificado, el hombre no pierde nunca más la gracia, y debe salvarse, como el calvinista dice; otros lo enseñan diversamente, como los luteranos. Algunos de tales cultos, como el luterano, afirman de algun modo la presencia real de Cristo en la Eucaristía; y otros, cual el calvinista, la niegan. No dicen, por consiguiente, ni enseñan lo propio, existiendo por lo tanto cismas. Hay más. Organizó Jesucristo su culto de tal modo, que á ser viniera un perfec-

(1) San Pablo. 1.^a á los Corintios, cap. I, v. 10.

tísimo cuerpo moral, del que fueran los fieles miembros vivos, ayudándose reciprocamente y tendiendo á un fin, es decir, al amor de Dios y de los hermanos. Por esto San Pablo nos apremia diciendo: Sed solícitos en conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz: *Solliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis* (1). ¿Conservan la unidad del espíritu los cultos de que hablamos? ¿Se conservan en los vínculos de la paz? Es poco asegurar que no creen las mismas cosas; preciso es añadir que se persiguen reciprocamente con encarnizamiento y que se ridiculizan con ira frenética. El mismo Mosemio en su *Historia*, describiendo el siglo XVI, lo confiesa y dice: «No declararon sólo contra la Iglesia de Roma, sino que se trataban entre sí »gentilmente de excomulgados, calumniadores, viles, cismáticos y »verdaderos idólatras.» Por consiguiente no hubo concordia ni paz, sino ira malvada. Más aún; Cristo únicamente ordenó su culto según la jerarquía, reduciéndolo á un rebaño bajo un sólo Pastor; de aquí aquellas palabras de san Juan: *Fiet unum ovile et unus Pastor* (2). Ahora bien; ¿dónde se halla en tales cultos el cumplimiento de la profecía? Caminan entre sí divididos, y por consiguiente no hay rebaño; se rigen según su propio capricho, gloriándose de haber roto la vara del que á la cabeza figura del Cristianismo: no hay por consiguiente pastor. Además son muchos, debiendo ser uno sólo el rebaño y uno sólo el Pastor. ¿Qué debemos inferir de lo dicho? Lo siguiente: la divina ley, consultada por nosotros, ordena que los creyentes en Jesucristo se, uniformen en los principios, convengan en el propio espíritu, y vivan bajo la autoridad espiritual de un padre. Los varios cultos intitulados indignamente cristianos, no tienen ninguno de los caracteres dominantes; en su virtud son proscritos y rechazados por Dios. ¿Qué importa decir *son secuaces de Cristo*? ¡Ah! son hijos bastardos, que deshonran á su padre; ¿qué tiene que ver con ellos? Cesan de nombrarlo, porque á él no le importan, ó los mira con indignación. Si por ley divina estos cultos aparecen á nuestra vista falsos y condenados, ¿qué se sigue de ahí? El hecho es claro. Precisamente Jesucristo rechaza el culto de los hombres, por querer sólo uno, es decir, el culto plantado en la tierra por su mano, en lo cual teneis la plena demostración referente á la unidad necesaria de la creencia y del símbolo.

Tal es la gran ley divina; ¿y quién no descubre aquí el mayor de los deberes que impone? Ciertamente; si queremos ser de Jesucristo,

(1) San Pablo á los Efesios, cap. IV, v. 3.

(2) San Juan, cap. X, v. 16.

cultores celosos é integérrimos de su religion, solamente podemos profesar una fé.

Predico esta divina ley á los hombres de mi edad, diciéndoles: ¿Qué haceis? Vosotros, en gran número, os gloriais de Dios; no quereis ser ateos, porque sabido es que ataca el ateismo los nervios más vitales del espíritu y embrutece. ¡Qué, por consiguiente? Si os gloriais de Dios, obedeced su ley y sus mandamientos. ¡Horror! ¡Horror! Teneis en la boca el nombre del Ser Supremo; referís de Dios cosas bellisimas, y al mismo tiempo mirais de la misma manera los cultos diversos, contrarios entre sí, que se difunden sobre la tierra: donde os conviene los cubris con vuestra sombra: para vosotros es igual contemplar á las hijas extraviadas de los hombres que bailan en las plazas de Babilonia, que á las pudorosas vírgenes del Señor, que se recogen en el templo de Jerusalem; lo mismo os importa el evangelio luterano que el Evangelio católico; tan estimable mujer es Aspasia ó Frine, como la celeste Maria. ¡Ah! ¿Qué es esto? Delante de los cultos continuais con espíritu indiferente. Si creéis en Dios y en su ley, ¿cómo cabe sostener esto? Si Dios es uno, y quiere que sea uno el culto; si os manda la unidad absoluta en las creencias, ¿seréis de Dios y de Cristo, juzgando bueno igualmente servirlo en cualquiera de tales cultos, segun os acomode? Más aún: ¿pensais que Dios se complacerá, viéndose servido y adorado de semejante manera? ¡Ah! Yo exterminaré á los que adoran y juran por el Señor y por Melcom: *Disperdam eos, qui adorant et iurant in Domino, et iurant in Melchom* (1). No tolera Dios que tanto escarnezcan los hombres sus preceptos; no sufre que se pongan al mismo nivel la luz y las tinieblas, la verdad y el error, la virtud y el delito. Quien caiga en tan pésima estimacion de las cosas, será exterminado: *Disperdam*.

Entendamos, señores, este solemne principio de la unidad de culto, que por encima está de toda la ley; promulguémoslo entre nuestros hermanos, procurando arrancarlos de Melcom y sacarlos de Tiro y de Sidon, á fin de conducirlos á Sion á la única adoracion de Dios. Dejemos la mala costumbre de la indiferencia para los brutos, que no llegando á conocer la significacion de nada, se muestran indiferentes á cuanto en el mundo existe noble y preclaro; imitemos más bien á las inteligencias superiores, como las angélicas, las cuales, conociéndolo todo perfectamente, no pueden nunca permanecer irresolutas en algun objeto. Nosotros, señores míos, somos ángeles, iluminados por la luz del Evangelio, metidos dentro de la verdadera Iglesia, no permitiéndonos mantener dudas, ni tropezar en varias partes, ni ser vacilantes en las

(1) Sofonias, cap. I, v. 4 y 5.

creencias. ¡Fuera, pues, la indiferencia de la fé, que nos atrae sobre la cabeza las cóleras divinas y nos envilece! ¡Por qué me arrojan al rostro el problema de si se debe obedecer el principio de la libertad de conciencia, ó la voz imperiosa de la revelacion? El problema está resuelto; ante la divina ley no existe ya problema. Persuádase de ello el presente siglo, y convénzanse los hombres, que dicen quieren adorar á Dios; sólo serán de Dios verdaderamente los que profesen la unidad religiosa: *Una fides*.

Procedente de la ley divina, distinta completamente, pero dirigiéndose á ella de continuo con el impulso que impele la hija hácia su madre, y el fuego hácia la esfera de que procede, existe, señores, otra ley en el mundo. Provista en parte de las dotes hermosas que brillan en la ley eterna, guia también al hombre en sus caminos, adoctrinándolo y ennobleciéndolo. Le deja inquirir asimismo las cosas del espíritu, así como conocer y observar sus deberes, por lo cual escribió bien un antiguo filósofo que es casi nuestra profesora doméstica; mejor cantó David, llamándola una luz llovida sobre nuestra frente del rostro de Dios. Hé aquí la ley racional y filosófica, como mejor os parezca llamarla, la cual, como la eterna, requiere unidad de creencias y de culto.

A la verdad, poniéndonos á inquirir con la ley filosófica qué culto es preciso prestar al Señor Dios, inmediatamente hallamos estas tres cosas. Dios es el sumo Ser, que preside la creacion, y Rey absoluto de todo; por consiguiente debemos inclinarnos á El y adorarlo; el culto es para nosotros únicamente un vínculo de sumision. Dios es la suma verdad, fuente de luz y padre de la divina revelacion; por lo tanto debemos conocerle y estudiar en El; el culto por esta parte es para nosotros solamente una escuela y una ciencia. Dios es además el sumo bien, que nos proporciona todo lo necesario, nos salva y nos dispone á los premios eternos de la virtud; por consiguiente, debemos agradecersele y unirnos á El íntimamente; el culto es sólo amor. Ahora bien; para cada uno de los tres aspectos bajo que se considere el culto, como vínculo de sumision, como ciencia, ó como amor, debe fundarse sin duda en la unidad.

Ante todo el culto, en cuanto nos une á Dios, sumo ser, y llévanos á la noble adoracion, es sólo uno por su naturaleza. Confesadme por gracia: prestándoos á Dios, á fin de adorarle dignamente, ¿qué os requiere vuestra razon? Os requiere que, como Dios es dueño absoluto de todo, inmenso é infinito, sin tener rival ni émulo en la creacion, nuestro culto

sea absoluto é ilimitado á su vez; no dividido, ni estorbado por elementos siniestros, ni roto; entre el adorado y el adorador, entre Dios y el hombre debe enlazarse la ley de la correspondencia. En suma, es preciso que el supremo principio del culto aténgase al dedo de Dios, á quien se refiere; y que los actos diversos de que se compone estén tan firmes é íntegros en mano del hombre, es decir, en mano de la religion, que por sí los desarrolla y gobierna; sin lo cual resultaria defectuosa, incompleta ó versátil nuestra adoracion. Mas supuesta la pluralidad de cultos, nuestra adoracion anda, por decirlo así, coja; el vínculo de nuestra sumision á Dios se quebranta ó se rompe. Supongamos que los diversos cultos se refieren todos á Dios, y áun al único Dios (entonces el culto permanecería recto en su principio); sin embargo, ¿qué actos de adoracion profesan? ¿Qué modos de sumision? Considerados subjetivamente, ¿son, señores, los cultos igualmente rectos y justos? No: en ellos hay un vínculo que ata desigualmente; un vínculo que aquí estrecha y allí afloja; que aquí coge directamente y allá de través. En su virtud resulta una madeja enorme que no es posible desenredar, por lo cual, malamente atando, monstruoso por las contradicciones y las repugnancias, forzoso es concluir diciendo que tal vínculo no liga verdaderamente por ninguna parte.

Algunos de los indicados cultos me dicen: «A Dios adora en espíritu y en verdad, huyendo cuanto puedas de las cosas materiales del ara.» Otros, por el contrario, me intiman: «Acércate respetuoso al altar y arrodíllate ante Dios,» queriendo así que se una el culto externo al interior. Algunos exclaman: «Adora y calla;» otros dicen: «Adora y ruega.» Oigo quien me manda: «Adora á Dios y guárdate de pecar;» escucho tambien alguno que me alienta de un modo terrible, diciendo: «Te basta la fé; firmemente cree; y, si quieres, peca mucho:» *Crede firmiter, et pecca fortiter*, como dejó dicho Martin Lutero. ¡Oh, qué modos tan extraños de adoracion estos! ¡Qué vínculos tan rotos! Unos me imponen una cosa y otros otra: yo me pierdo y me dispongo al partido más oportuno para mí de no cuidarme de ninguno. Hé aquí á dónde vá la noble adoracion que debemos á Dios, si admitimos la pluralidad de cultos sobre la tierra, elevándola á la dignidad de principio. Al hombre que razona bien, los diversos cultos deben resultar fastidiosos y dignos de gran desprecio.

Tanto más cuanto que adhiriéndose á uno de ellos no cabe continuar muy alegre ni considerarse seguro. Vosotros podeis invitar muy bien á los presentes para que miren con indiferencia los cultos diversos; pero, ¿se nota acaso tal indiferencia recíproca entre los cultos? Quiérase ó no se quiera, cada uno de ellos incluye la condenacion ó la exclusion de los otros; si esto no fuese así, se abrazarían como hermanos, y hasta cesa-

rían, dando lugar al que fuese reputado único verdadero. Ahora bien; de aquí resulta que, considerada buena la pluralidad de cultos, el hombre no puede nunca en sustancia tener norma de que fiarse, ni regla firme para en la adoración á Dios debida conducirse; porque sea cual sea la norma ó ley á que recurra en alguno de los varios cultos, conoce que allí existe una ley rechazada por todos los demás cultos, escarnecida, en su virtud, y vituperada por grandísima multitud de creyentes, que no forman parte, por decirlo así, de aquella. ¿Podría, por consiguiente, quedar contento? Yo, si quiero ser razonable, preciso es que salga de tales cultos hasta del pensamiento apartándolos. ¡Qué desórden, señores, qué ludibrio y qué insipiencia! Ciceron escribía maravillándose mucho de que al encontrarse dos arúspices no se rieran; yo, por el contrario, grandemente me maravillo de que los secuaces de tales cultos, encontrándose en alguna ceremonia, no se avergüencen ni lloren. ¿Qué haceis, realmente, perdidos? Vosotros, aceptando las doctrinas religiosas del presente siglo, os veis forzados á confesar que las sectas y las comuniones creyentes son todas buenas, sin diferencia alguna. Empero las sectas entre sí se diferencian enormemente, y se chocan de modo fiero, segun hemos demostrado. ¿Es igualmente bueno hacer oración ó abstenerse de ella? ¿Es igualmente bueno servirle con pureza de corazón, ó con la carne contaminada? Aquí no hay ni sombra de lógica. ¡En hecho tan relevante, donde se trata de la noble adoración que debeis á Dios, os dirigís de esta manera! ¡Engañados y nécios! Aplicando al culto la ley filosófica, veo bien que Dios, sumo Ser, quiere que lo sirvamos con un culto entero, absoluto, no versátil ni arbitrario; reputo muy cierto que debe haber plantado este culto en el mundo, no pudiendo faltarle. Sólo que, del concepto mismo del verdadero y legitimo culto, soy llevado á repeler todos los restantes, gritando que absurda es la multiplicidad de las creencias y de los símbolos; que una cosa es la negación de la otra, y que sin duda el singular excluye al plural. Por consecuencia, racionalmente considerado, el culto religioso es uno.

Uno tambien debe ser, si consideramos el segundo concepto que con Dios lo enlaza. El Señor no es sólo el ser sumo, sino tambien la suma verdad, la fuente de la luz, y el padre de la divina revelación; ¿qué viene á ser el culto entonces? Ya lo he dicho; una escuela y una ciencia. Ahora bien; advertid que si nosotros por el culto subimos á Dios, nos encontramos incontinenti en la verdad suma y eterna, siendo positivo que la verdad esta quiere dar al mismo culto, en el cual se espeja, el sello de los caracteres luminosos que posee. Empero la verdad es una esencialmente, señores; no puede dividirse, ni

disminuir, ni aumentar; como el punto matemático, es sencilla y sin partes, por lo cual nunca se realiza el más y el menos; el supremo carácter que debe por consecuencia irradiar en el culto, es el de la unidad.

Sin duda, siendo la verdad una, no puedo deducir dos luces contrarias, ni dos ciencias diversas; si saco fuera é instituyo dos ciencias, dos teorías y dos doctrinas, señal es que no la he contemplado bien, ni entendido derechamente, por lo cual caigo en el dualismo, es decir, en el principio del bien y en el principio del mal, cosa que pervierte la naturaleza de Dios y deifica la iniquidad, siendo la vergüenza de las generaciones humanas. Peor es si, en cambio de dos ciencias, ó de dos doctrinas, formo tres, cuatro ó más; si tengo la pluralidad de las ciencias absolutas, referentes á Dios, suma verdad: entonces en vez de hacer dos pedazos de Dios, lo convierto en piezas minuciosas, feamente dando en el politeísmo, viniendo á ser gentil. En breves palabras: Dios, suma verdad, es uno, y siendo una la verdad, sólo puede tener una doctrina y una ciencia religiosa que lo declare. Por este gran principio no quedan menos condenados los diversos símbolos sagrados, que los diversos dioses; aquí habla tan claramente la voz de la revelacion, como la de la razon, por lo cual se advirtió sábiamente que la unidad del culto es tan estrechamente un precepto divino y un natural fundamento, que parecen una misma ley las tablas de Moisés: *Non habebis Deos alienos*, y las tablas romanas: *Nemo separatim habessit Deos*. Presupuesto esto, pregunto: ¿Pueden por ventura existir varios cultos? Lo cual equivale á decir: ¿Puede haber varias teologías, varias ciencias y teorías sobre Dios, repugnantes y contrarias entre sí, que sean igualmente verdaderas al propio tiempo? Gustosamente me pongo en vuestras manos, hombres razonables:

Conservando fijo el concepto de Dios suma verdad, ciñámonos más de propósito al culto, juzgándolo con aquellas leyes por punto general más conformes con toda ciencia.

¿Cuál es, señores, la necesidad máxima de toda escuela, de toda ciencia y de todo arte? La de poseer la unidad. El geómetra señala el punto ó escribe el uno, apoyando en el punto ó el uno la mole de sus demostraciones; la aritmética principia con la unidad, y á ella de continuo se atiende; ninguna combinacion de cifras es posible si la unidad no interviene. Aun el geógrafo sigue con afán el curso de los ríos y las cadenas de las montañas; mas su principio, y el hilo que lo lleva, es la unidad. Así de la unidad toma la mecánica la indivisible virtud del movimiento; el *momento* y el *esfuerzo*; la física toma de ella los puntos metafísicos, es decir, la indivisible virtud de la extension

y del movimiento; de los puntos y de los momentos, por medio de máquinas, procede á tratar de su propio sujeto; el cuerpo móvil y la materia bruta. No sólo las artes y las ciencias tienen la unidad por principio y por guía, sino que tienden á ella como á fin. No hay mente de filósofo, el cual, considerando el supremo término de las cosas, no sea arrebatado por este concepto, en cuya armonía se recogen y descansan: que no vea, como Platon y Parménides, levantarse la gran familia de los seres á guisa de una escala hácia la unidad (1). Nosotros creemos que, á darnos precisamente la explicación del fin, tendían los audaces esfuerzos y las locuras de los antiguos y modernos sabios, por los que cada cosa referíase al uno: en su virtud surgió *el alma del mundo* soñada por los estóicos, y la hipótesis de Averroes *de un sólo entendimiento* comun á todos los mortales. ¿Qué vislumbres, por decirlo así, realmente, sino la unidad final, cuando lees que todo por Tales se reduce al agua, por Anasimenes al aire, por Heráclito al fuego y por Pitágoras á los números? ¿Cuándo conoces y ves que Espinosa crea *el Dios todo*, Fichte *el Dios hombre*, y Schelling el absoluto? Terrible necesidad, que se impone á las mentes humanas, las cuales prefieren espaciarse por el vacío y coger larvas imaginarias que renunciar al concepto de la unidad. Por consiguiente la unidad es el principio, la compañera y el término de todas las ciencias. Ahora bien; ¿podría pasar sin ella la ciencia príncipe, que es la teológica y la religiosa? Ciertamente no. Mas vosotros, aceptando como buenos varios cultos entre sí diversos, la constreñís á esto, y la poneis á merced de un absurdo, de un delirio y de una agonía, que no sólo indigna mucho á los honrados, sino también á los filósofos. Quereis que la ciencia religiosa promulgue ciertos atributos de Dios con los católicos, y otros con los luteranos y con calvinistas; quereis que con Arrio enseñe que el Verbo es hombre y no Dios; que enseñe con Lelio Socino que Cristo es un ente ideal; que enseñe también con Pelagio que nuestra naturaleza no lleva la culpa de Adán; quereis además que enseñe todo lo contrario por boca de otros maestros en el cristianismo. Así, haciendo que se contradiga en sus principios constitutivos, la matais. ¡Bárbaros! ¿Como lo que concedéis á toda ciencia terrena, es decir, á la geometría, á las matemáticas, á la astronomía, y hasta á la mecánica, ó sea, el derecho y la posesión de la unidad, ¿no quereis concederlo á la religión, veneranda madre de las ciencias? Sois injustos, señores, risibles y reprobables; álzase para condenaros la ley filosófica, á la cual hemos

(1) *Omnia naturae actio terminatur ad aliquod unum.* Santo Tomás, 1 p. qu. 96, art. 1, in. c.

recurrido. Yo concluyo aquí, diciendo: Dios, suma verdad, fuente de las luces y del saber, es uno; una ciencia religiosa, en su virtud, debemos tener de El. Empero la pluralidad de los cultos descompone y reniega de la unidad de la enseñanza teológica; es, por consecuencia, falsa; por consecuencia, el culto verídico es solo uno.

La tercera relacion que tiene con Dios el culto supone tambien lo mismo. Dios es el sumo bien; así como, siendo el sumo ser, nos impele á los actos de la adoracion, y siendo la suma verdad, produce la ciencia, El, sumo é infinito bien, inspira en el culto el divino amor. Se nos revela con sus abundantes gracias: siendo creador y redentor generosísimo, premiador eterno de la virtud, ¿podría suscitar si no el amor? Ahora bien; la caridad ó el divino amor enviado para que se trasfunda en el culto, encendiéndolo todo con llamas bellas é inmortales, tiene un suspiro y una intensa palpitation que lo fatiga; vosotros entendeis que me refiero al suspiro de la unidad.

Saco la demostracion de las dos partes, en que el amor se desenvuelve: de la de Dios y de la del hombre.

Ante todo, dirigiéndonos á la parte de Dios, vemos que propiedad y ley del amor es que atraiga el amante á sí al amado y se una con él. A la conjuncion va el amor esencialmente. Segun la opinion de todos los filósofos, es su vida, como viceversa la division es su gusano roedor y su tumba. Mas otra ley tambien indeclinable para el amor existe, y es que atraiga uniendo uno sólo, y no dos. Verdaderamente no se aman con fogoso y entero amor tres ó cuatro, sino dos. El alma para el amor sólo necesita otra alma hermana suya, como el corazon de Adan solamente necesitó el corazon de Eva. Es sólo cosa correspondiente á Dios, que el amor exista entre tres, si no queremos más bien decir que, siendo el Espíritu Santo el amor determinadamente y no otro fuera de El, somos impelidos á considerar en Dios que él amante es el amado. Lo cual tambien ocurre de algun modo en este mundo entre los creyentes, donde entre los que se aman en Jesucristo vislúmbrase casi el misterio de la Trinidad, es decir, el amante, el amado, y su centro, Dios, que es el amor. Por lo tanto, naturaleza y ley de este amor es que se encienda entre dos, y que se estreche aquí el nudo de la unidad. *Natura est amoris*, escribe santo Tomás, *ex ambobus fieri unum*.

Ahora bien; fundado este principio, ¿qué hará Dios? Vedlo; atraerá Él á sí uno y no muchos. Él, beatísimo amante, lo declaró ya, diciendo: Una sola es mi amiga: *Una est columba mea, perfecta mea* (1). Si; Dios

(1) Cantar de los Cantares, cap. VIII, v. 5.

atraerá á su propio seno á los que admiten las mismas creencias, á los que profesan de una misma manera la ley, á los que comprenden el Evangelio del mismo modo, y á los que arden por iguales afectos. De modo que por identidad del espíritu que los informa no son muchos, sino uno; es el hombre moral ó inmenso que abrazar quisiera todo el género humano, por el cual es representado, y que, como Pitágoras vió anticipadamente, camina hácia la unidad; *Oportet hominem fieri unum*: al mismo tiempo Dios lanzará lejos de sí todos los demás, que leen de varias maneras en el Evangelio; que se dividen sobre las adoraciones; que queman inciensos en altares diversos, faltándoles poco para hacer pedazos la cruz, puesto que tienen confusa la lengua y dividida el alma, no siendo su compañía unidad, sino número y separación. ¡Oh miserables cultores de las sectas! ¿Dónde estais! ¿Teneis derecho vosotros para recibir los abrazos del Divino amante? ¿Entendeis vosotros concordemente la santa Escritura, y profesais unánimes la ley evangélica? ¡Ah! Faltais á la principal ley del amor, que es la unidad. Pluralidad de culto equivale á la muerte de la unidad religiosa, y por lo tanto, á la muerte del amor. Juzgad por vosotros mismos, reconoced el abismo que os devora, y temblad.

Por parte del hombre, el amor, tendiendo á la unidad asimismo, no puede brotar á la sombra de los varios símbolos y de las creencias contrarias. Ciertamente, sea cual sea el culto á que pertenezca, el hombre sabe que objeto del amor de Dios únicamente son las almas que se conforman con ciertos principios, y que corresponden con ciertas obras; el amor tiene privilegios, que dispensa sólo á los dignos de ellos, y á quien quiere. Ahora bien; en la infinita turba de los creyentes y de los adoradores que pueblan la tierra, el hombre descubre variedad de principios que chocan entre sí, modos en pugna, y hasta guerras personales; ¿podía estar persuadido de que se alimenta en cada uno de tales cultos la llama del celeste amor? ¿De que tales creyentes y adoradores aman todos de manera igual á Dios Optimo Máximo? Cuyas cosas considerando, la duda desesperada pone una mano de hielo en el corazón, detiene los fervidos y generosos movimientos, y corta las alas del espíritu para que á Dios no vuele. Así, por precisión, entre la pluralidad de cultos, el hombre viene á ser en la caridad vacilante y nulo.

Hay que observar cosas mayores. Como Dios, que es el amante, atrae y une á sí el hombre, el hombre, por bella correspondencia del alma, atrae á Dios á sí mismo, y dá lugar para que se una con él, desposándose con su naturaleza. Es exactísimo que en esta unión amorosa Dios no se hace humano, sino que por el contrario, trasciende la cria-

tura en el mismo Dios; de todas maneras, tiene á Dios consigo, lo lleva sobre las vías de la humanidad, y hace que viva en ella; habla, por decirlo así, con su palabra eterna, y obra con sus manos. ¡Acontecimiento maravilloso! Platon, tratando del amor, afirmaba que contenía tres divinos furores, *la virtud heróica, el secreto y la poesía*, faltando poco para que hiciera del amor un númen. ¡Ah! ¡Cuánto más grande y casto es en el alma del hombre el verdadero amor de Dios! No se levanta entre los dioses bastardos del gentilismo, sino que trasporta Dios al mundo: *Qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo* (1). No sólo posee la virtud heróica, que fuerza es mundana, sino que posee la virtud de los milagros, que fuerza es divina; no conoce sólo el secreto, sino los misterios y los arcanos; no tiene sólo el don de la poesía, hija corrupta de Pindo y Helicon, sino que, para expresar sus propios pensamientos, tiene los versos de los profetas y el sonido del Evangelio, que es la poesía inspirada por Dios. Tales son los frutos del nuevo y santo amor de Jesucristo.

¿Quereis, señores, gozar de tales frutòs? ¿Quereis que os preste sus milagros el amor, la llave de sus secretos, el éxtasis sobrehumano de su poesía? ¿Qué digo? ¿Quereis que tal amor os deifique? ¡Ah! No lo busqueis, no, entre la multiplicidad de los cultos y de las creencias, porque allí está el amor extinguido. ¿Cómo y dónde está en ellos la virtud de los milagros? Milagro es testimonio extraordinario y prueba de verdad; jamás á los creyentes con doctrinas y leyes opuestas entre sí, se les permite gloriarse del mismo modo, si es verdad que Dios no puede hacerse sosten tanto del error, como de su contrario. ¿Dónde se halla la llave del secreto y de los confidentes arcanos? Es secreto una cosa que pasa entre pocos y no entre las muchedumbres desenfundadas y litigiosas; si á tales muchedumbres se propala, deja de ser secreto: fuera de que la inteligencia de los misterios cristianos dáse á los humildes y á los pequeños; pero no á los orgullosos que componen la inmensa multitud del mundo. ¿Dónde, por último, se halla el éxtasis sobrehumano de la poesía en los cultos terrenos? En tales cultos, el hombre somete al propio juicio y al propio gusto los versos proféticos y la letra evangélica: hé aquí por qué sólo saca un canto disforme, caprichoso, enteramente vulgar y prosáico; además la poesía es la expresión de la belleza, que huye de las divisiones y del hablar desgarrado que la mata, encaminándose á la unidad: *Omnis pulchritudinis forma unitas est*, escribía San Agustín, que fué un águila en cada vuelo. No milagros, por tanto, ni llave de secretos, ni feliz poesía para los hom-

(1) San Juan, cap. IV, v. 16.

bres en la pluralidad de cultos; no los admirables efectos del amor. Aquí todo está separado y deshecho. ¿Por ventura, está desgarrado de tal modo por su naturaleza el divino amante? ¿Acaso Cristo se ha dividido? *Divisus est Christus?* (1). Fuera de nosotros la blasfemia; Dios es caridad, y caridad no es más que unidad. Ahora bien: porque nunca el amor se despoja de tal dote, y el culto, por otra parte, inspira sólo amor donde Dios lo suscita, cual en su foco, la consecuencia que se deduce es la siguiente: los cultos y los símbolos multiformes son falsos; solamente ha de haber un culto verdadero sobre la tierra.

Hemos usado de la ley filosófica por respeto al culto; y es para vosotros manifiesto hasta qué punto ajústase á la ley divina. Ya os alceis para considerar á Dios, sumo ser, que nos impone los actos de la noble adoracion, ya lo considereis como la suma verdad, donde se halla la ciencia religiosa, ya finalmente, como el sumo bien, que produce el amor, por cada uno de estos tres aspectos divinos nuestra razon vé absolutamente impuesta á ella la unidad de creencias: *Una fides*. En su virtud, si sois razonables, señores míos, y de la razon debeis serviros, ¿dónde sehalla el más importante de los humanos deberes que necesario es cumplir? Debeis rechazar el principio tan divulgado en estos días de que todas las religiones son buenas por sí mismas, y de que á todas con igual estimacion conviene dar derechos de ciudadanía. ¡Esta es una monstruosidad! Vosotros surgís y protestais contra el grosero y malvado error. No existen con derecho varias cualidades ó formas de adoraciones, por cuanto el vínculo de la sumision que á Dios nos estrecha debe ser íntegro; no truncado, ni versátil, ni arbitrario, resulta uno forzosamente. No hay ciencias que discurran contrariamente de Dios, de sus atributos y de sus obras; porque la verdad no pugna consigo propia, afirmándose aquí y negándose allá. Así no hay varias especies de amores entre Dios y el hombre, por cuanto el amor es uno, como es uno el corazon, donde reina, sin sufrir separaciones. Dado este grito, el de la inteligencia, y el de la filosofía, dirigios todos á disponer la fiesta religiosa en los vínculos de la unidad: *Una fides*.

¿Qué pensais? ¿Os sentís persuadidos y bastante fuertes para obrar así? ¿No os impele á ello la propia razon? Observo que abundais en agudos y sutiles ingenios, empleando la razon en todas las partes de la sociedad humana: es sostenido el estudio racional desde que los niños están en pañales aún, para la pedagogía y las artes mecánicas; la presente generacion es un pueblo de razonadores, no diré si rectos ó torcidos; pero de razonadores. Esto sentado, ¿no extendereis á la religion

(1) San Pablo, 1.^a á los Corintios, cap. I, v. 13.

la racional accion y la filosofia? ¿No querreis que, como prescribe san Pablo, sea racional vuestro obsequio á Dios? *Rationabile obsequium vestrum* (1).

Bien que, ¿qué preguntas hago yo? ¿No venis aquí á fin de hacer ostentacion de filosofia, en cuanto á la fé y al culto? ¡Oh! ¿No sois vosotros los discipulos de Locke, que daba una demostracion del *Cristianismo razonable*? ¿No decís que sois alumnos y secuaces de los nuevos filósofos franceses, ingleses ó alemanes, que con racionios quisieron descifrar los arcanos y misterios más impenetrables? Nos parecen tales cosas soberbias impotentes del racionalismo. Ahora, dejando aparte la torpísima soberbia y los excesos, ¿os desplacerá hacer el uso debido de la razon, por lo que corresponde al culto y á vuestro carácter de bautizados? Obrad, pues, sábiamente: el primer uso recto, santo, honroso, que debeis hacer del entendimiento, es admitir y considerar necesaria la unidad de la fé. Con esto vereis nuevamente destruido el problema de si conviene más atenerse al principio de la libertad de conciencia, ó á la palabra de la Iglesia, que la unidad de creencias impone. La filosofia dá la razon á la Iglesia, y promulga la gloria de la divina revelacion, por lo cual está resuelto el problema, no solamente por la escuela católica, sino tambien por la más noble de las escuelas profanas, que se dá el título de racional. Empezad á dar este paso en los altos caminos de Dios, y recibireis todas las luces restantes: *Una fides*.

Así como de la ley divina descende la filosófica, de la filosófica y al mismo tiempo de la divina depende una tercera, la cual, por hallarse dirigida comunmente al gobierno de los hombres, llamo ley social. No se debe, por consecuencia, contemplar en Dios, áun cuando en Él tenga la fuente primera, ni en el individuo, áun cuando la informe con su mente: su sitio natural, donde se desarrolla, es público, universal y manifiesto á todos, por ser la humana sociedad. Precisamente por cuanto, en su desarrollo, la ley social lo abraza todo, familia, gobierno, instituciones y costumbres, no puede de ningun modo olvidar la religion; por el contrario, debe quererla y estimarla más que ninguna otra cosa, por dar á sus obras norma asignándolas estable fundamento. De aquí, señores, que tomada la ley social en sus relaciones con la religion, pide tambien la unidad en la creencia de Dios y en su adoracion.

Verdaderamente; ¿qué cosa es la sociedad humana? Doy la definicion

(1) San Pablo á los Romanos, cap. XII, v. 1.

más conocida; es el complejo de los seres inteligentes gobernados por la misma autoridad, unidos entre sí por vínculos fraternales, y preservados de los enemigos exteriores. Esta sociedad, pues, para poder marchar y florecer, debe ir supremamente concorde y armoniosa, porque su vida está en la concordia: concordia de la autoridad gubernativa con los súbditos; concordia de los ciudadanos entre sí; concordia de los ciudadanos y de la autoridad contra los enemigos de fuera. Si realmente tal orden existe, tenemos por la ley social que la unidad religiosa se requiere para juntar sólidamente las tres partes de la vida pública, al paso que la mezcla de los cultos contribuye mucho á su ruina.

Primero se requiere para conseguir la óptima armonía entre la autoridad gubernativa y los súbditos.

No es menester que yo hable mucho para poner de manifiesto cómo y cuánto por la unidad religiosa esta armonía es mayor. Pronto se comprende, señores, que allí donde príncipe y pueblo profesan el mismo culto, sacando de la religion igual conocimiento de los deberes, é igual santidad de promesas y de juramentos, sólo debe surgir entre sí amistad, inteligencia, orden, union; casi una ternura y un amor de familia. Empero quiero poner en evidencia que la unidad de culto no sólo viene á ser para esto provechosa, sino precisa; al efecto, lo mejor es advertir los graves inconvenientes que surgen donde falta. Suponed un Estado en el cual todas las sectas y todas las sociedades religiosas se han introducido, levantándose al mismo nivel; ¿qué hará entonces la autoridad política? Si no quiere aparecer atea, atendráse á uno de los diversos cultos que tiene á su alrededor; profesará una creencia. ¿Y cuál? La que ha echado raíces en el país; pero que está separada de las otras sectas, las cuales procuran suplantarla; que acaso no es la religion de los comerciantes, ni de los artistas, ni de los hombres del pueblo, reduciéndose á determinadas clases de la alta aristocracia, sólo por consiguiente abrazando con sus ritos una parte de la nacion. ¡Cuánto incontinenti, bajo este punto de vista, el poder público se aleja de la multitud! Si el primero de los vínculos sociales es el de la religion; si la diversidad de cultos supone diversidad de puntos de vista, de sentimientos, de pareceres y de obras, ¿dónde existirá nunca la armonía entre la autoridad gubernativa y los súbditos? En su virtud, para de algun modo impedir el desarreglo grande, preciso es que ocurra una de las dos cosas estas: ó que el gobierno, y los súbditos con él, se permitan mucho y se consuelen con facilidad en materia de fé, prescindiendo de propósito de todo fervor, resultando así lánguidos y completamente descuidados en punto á religion, ó que, avigorándose mucho el ardor religioso, intervenga la fuerza brutal para contener

los ánimos que se salgan de su esfera: Estados de las dos clases con diversos cultos son fecundos en ejemplos lamentables.

Por añadidura, en esta promiscuidad y variedad de creencias el contraste malo entre gobiernos y súbditos brota de la misma naturaleza de las cosas. Realmente la autoridad política, sea cual sea su temple y forma de gobierno, *personal ó colectiva*, según la frase de hoy, es siempre una; uno el mando público por consiguiente, y no dos ó más. Aun la Roma imperial, que tuvo en ocasiones encima diversos tiranos que la dominaban, vió que uno era con todo el mando. Sufría el ultraje de dos azotes; mas no el espectáculo absurdo de dos autoridades: igualmente dice lo mismo, aún cuando no lo podamos recordar sin reír, lo que de los Griegos de los bajos tiempos escribe Montesquieu, los cuales tenían fija en el cerebro la idea de hacer subir de una vez al trono tres emperadores para tener sobre la tierra una imágen de la Trinidad (1). Por consiguiente, la autoridad que preside la multitud, es una: *Necesse est ante omnem multitudinem ponere unitatem*, afirma con toda la escuela platónica Santo Tomás. Mas ¿qué sucede á su vez con la multitud? Lo veis; si ha de concurrir á la social armonía, debe aparecer una misma delante del gobierno. Ahora bien; dividida y desparramada en los cultos, ¿cómo será una en los modos y en las leyes de la correspondencia? El gobierno, informado por determinada creencia que profesa, tendrá unidad de mando; pero ¿con qué hermosa unidad se prestarán los súbditos que se informan moralmente en opuestos é infinitos cultos? Y sabed que cuanto sería ridículo y nulo un gobierno, que no fuera uno en el mando, tanto sería cosa extravagante, triste y misera llamar á la turba aquella, que se divide entre sí, no sabiendo ponerse de acuerdo relativamente á los deberes de la obediencia civil.

Pienso direis aquí que sin embargo existirá la unidad en los actos de la obediencia, porque los diversos cultos, á los cuales se impondrá, convienen todos en sus principios fundamentales, cuales son, por ejemplo, Dios, alma inmortal, y fé en la eternidad.

Sostengo que no es así, porque no basta tener todos algunos principios fundamentales; es necesario tener también común y uniforme la manera de creer relativamente á ellos, así como común y uniforme la ciencia para entender é interpretar la ley divina; faltando esta uniformidad, viniendo el choque y el litigio, ¿á qué se abre el paso sino á las enseñanzas más diferentes? ¿A los errores más deshonestos y homicidas?

(1) Montesquieu: «Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los Romanos y de su decadencia,» cap. XXII.

Del semillero este de errores, ¿no brotan por ventura los malvados sacudimientos que deben sufrir los gobiernos? ¿De qué sirve por lo tanto tener algunos principios comunes, si estos, diversamente entendidos, engendran en los unos la luz, y en los otros las tinieblas?

Debo decir, señores, una cosa importantísima. Hoy está probado que cada junta ó comunión de creyentes, y hasta cada creyente particular, se va forjando según su propio gusto un sistema político, por cuya norma juzga de la suprema autoridad. Los gobiernos, que admiten la pluralidad de cultos, no pueden tener la certidumbre de que no producirán en los ciudadanos juristas y doctores como los que Federico I hizo surgir en las llanuras de Roncaglia; aduladores y adoradores ciegos del poder civil; ni pueden evitar que, así como crearon antes los defensores del papado cesáreo, Hobbes, Gassendi, Tommasio y Stefani continúen de invariable modo su marcha vituperable. Más aún; la mudanza perpétua y la contradicción van unidas, por decirlo así, á tales cultos, como ley inexorable que los hiere; vemos que al lado de los referidos doctores surgen otros, los cuales enseñan realmente lo contrario: unos dicen que de Dios no emana el origen del poder, sino del hombre; otros neta y francamente promulgan la soberanía popular, y hasta los hay que anuncian casi con certeza evangélica el aniquilamiento de todas las autoridades. ¿Qué más? Así como hubo un Lutero que, después de la reunión de los Estados de Norimberga, dió su *Manifiesto* contra los príncipes, encendiendo el furor de la rebeldía en los campesinos; así como hubo un Calvino, que ponía de realce su veneno contra Enrique II, provocando á la Francia para que prescindiera de él; así como hubo un Oliverio Cromwell, que con sus ministros anglicanos entregaba á los verdugos á Carlos I, sorbiendo la leche envenenada de los pechos de su madre impía, la herejía, surgen aquí y allá salidos de las sectas no pocos hombres, que amenazan con la visera calada los tronos, promueven la sedición y aguzan el puñal para el regicidio sobre la piedra sepulcral de Bruto. Suponed ahora estas atroces enseñanzas y estos horribles ejemplos, que todos los días contemplamos con tristeza indecible; suponedlos difundidos en el pueblo por los diversos cultos: ¿qué es y qué será de la suprema autoridad gubernativa? ¿Dónde se halla la armonía entre los súbditos y el gobierno que se requiere? ¡Ah! ¡La autoridad política, participando del nuevo error de la pluralidad de los cultos, pensó que se fortificaría con este puntal! Creyó sacar de aquí trofeos y subir al Capitolio; pero ascendió por el contrario á la roca Tarpeya.

La unidad de culto se requiere también para robustecer la armonía de los ciudadanos entre sí.

Mirada en sí misma, la ciudadanía es sólo una grande y magnífica fraternidad; no hallaríais hoy alguno, áun con alma de pagano, que no dirigiese á los ciudadanos aquella frase sagrada, que ha dado al mundo la vuelta: *Omnes vos fratres estis*. Mas si los ciudadanos son hermanos, deben vivir de afecto, de confianza, de identidad en los modos y en los usos, así como de recíprocos auxilios: ¿de dónde mejor emanan tales bienes que de la unidad religiosa? Por el contrario, ¿qué los echa más á perder y los impide que la discrepancia del culto? Varios son los vínculos prácticos y reales, por los que la humana sociedad se estrecha consigo propia, formando precisamente de los muchos hermanos una sola fraternidad. Ahora bien: estos vínculos verdaderamente estrechan ó relajan, según los ciudadanos profesan una creencia ó varias.

Examinad el primero de tales vínculos reales, que es la instruccion.

Sin duda cuando la presida la propia religion y la propia fé, resultando la enseñanza concorde y unida en sus preceptos, imprimirá el principio de armonía en el espíritu de los que aprendan. Diversamente ocurrirá no bien varias creencias se pongan á tratar de la instruccion á fin de al pueblo administrarla. Cada secta colorea la enseñanza de un modo especial y terrible, haciéndola participante de los humores que lleva en su propio seno: áun suponiendo que no anule los principios, ni mude radicalmente los hechos, los daña mucho; además el arte, que tiene lugar principalísimo en la ciencia, es cosa muy dúctil y de fascinacion estupenda para quien sabe manejarlo. De aquí que la instruccion, sonando de distintas maneras en los oídos de los alumnos, engendra tambien movimientos distintos y contrarios; así el gimnasio, como la sociedad civil, viene á ser un hervidero de voces, sentencias y opiniones, que batallan entre sí. Ni de tal afan está libre la historia, *maestra de la vida humana*, si bien escribió Marco Tulio. Nuestros antepasados decian: *Esta es la verdad; lo afirma la historia*; ¿quién emplearía hoy con seguridad el mismo lenguaje? Lo declaro yo para nuestra vergüenza. Gracias á la mescolanza de todo que hacen las sectas, torciéndolo caprichosamente, no tenemos historia. Tenemos sólo varias historias, varios testimonios y demostraciones. ¡Y cuáles, gran Dios! Historias que se destruyen unas á otras, testimonios que se desmienten y demostraciones que se oscurecen. ¡Unid, pues, los ánimos en este estruendo y en esta pugna de la instruccion! ¡Unidlos si podeis! Gracias nuevamente á la pluralidad de los cultos, sólo veo que se origina de aquí la discordia entre los ciudadanos.

Fijaos en otro gran vínculo social, que es la pública moralidad.

Con una misma creencia los ciudadanos sólo tendrán una moralidad; esto es indudable. Empero, dándose á varios cultos entre sí contrarios,

¿qué deducirán? ¿Cabe pensar que el hábito moral no se diferenciará en ellos, siendo así que se diferencian sus creencias y sus ritos? Aun aquí, como en otras partes, una secta se diferencia de la otra, y tiene su código peculiar. Podeis ver que si el Fraile Sajon dictó su catequismo en Wittemberg, Calvino redactó otro opuesto en Helvezia. Mientras tanto se vé á los moralistas de los diversos símbolos, que predicán la santidad de los deberes, sin saber convenir en qué consiste. Los que tienden apasionadamente á lo sólido y á lo conveniente, enseñan que todo lo útil es honesto, é introducen en su culto el sistema de Maquiavelo. Otros, tendiendo más bien á los honores y á las mayorías, quieren que cuanto prevalece por la fuerza es bueno y aceptable, dando así en el férreo sistema de Tomás Hobbes. Los que se enamoran de lo afeminado y de lo melindroso, dicen tranquilamente que honesto es cuanto deleita, lo cual equivale á refrescar en los modernos la escuela abyectísima de Epicuro. Segun esto, señores, dejad que tales hombres de moralidad y de costumbres tan repugnantes, vivan juntos, como es necesario, debiendo levantar la estimacion de las cosas, poner de realce la honradez y firmar contratos: ¿resultará la hermosura de la armonía?

Aún no es bastante. Vínculo vitalísimo, que reune á los ciudadanos en un cuerpo, son los matrimonios.

Inútil es decir que este asunto marcha prósperamente á la sombra de la religion de Dios. Por ella se logra la integridad, la salvaguardia y la indisolubilidad de las nupcias, resultando á su vez por ella íntegra, salva é indisoluble la humana sociedad. Por el contrario, dada la multiplicidad de los cultos, inmediatamente cesa este medio soberano de unificación. El diverso hábito religioso, que á los hombres comunica, impide ante todo la simpatía, prohibiendo hasta en los jóvenes el ardor de la sangre; el diverso rito que se observa en los cultos, suscita dificultades á los casamientos; además las leyes diversas que moderan el pacto matrimonial, lo desordenan de una manera terrible y lo dificultan, dándole cada una un color y una vida discorde: vosotros llamais sacramento al matrimonio; pero para otros es solamente un pacto civil, casi una compra y una venta: permite por último los repudios, y consiente los divorcios una de las partes, al paso que, segun la otra, el hombre no puede separar lo que Dios ha unido. Ahora bien; allí donde, á despecho de Dios, se separa, se corta y se anula, ¿puede haber un resto de unidad, y espíritu de concordia? Contesté vuestra fé: ¡La ciudadanía se hace pedazos!

¿Acaso se concentra aquí, señores, todo el mal: El pésimo genio y la costumbre mala de la sociedad humana por los cultos revuelta, se extiende hasta los sepulcros.

Dirigios allí donde entre los antiguos y los modernos pueblos está el vínculo de la quietud comun y perpétua; donde despues de las iras de los partidos, y de darse un beso de paz, los ciudadanos duermen juntos como verdaderos hermanos; allí, áun en el seno de los cementerios, se levanta la señal de la división. Por una parte los creyentes de un símbolo, y por otra los creyentes de otro. Sus cuerpos están separados áun despues de la muerte, como estuvieron separadas sus almas en vida. ¡Reflejo horrible de lo que fué una generacion, cuando el emblema de la discordia no se abate, sino que subsiste todavía despues que se ha extinguido, eternizándose sobre su tumba! Juan Bautista Vico, examinando las viejas sepulturas, tenia en la mano un hilo para poder subir á la edad de los héroes, á las genealogías de los nobles y de los gigantes (1). ¡Qué podemos recoger nosotros, que tanto nos vanagloriamos de indagaciones y de unidad, si examinamos nuestras tumbas y sepulcros? El hilo que viene á nuestra mano, ¿no nos conduce acaso á hombres que, viviendo, enemistáronse por su creencia rival, destruyéndose y aplicando el fuego á la tierra? Los indicios y los emblemas esculpidos sobre las tumbas inglesas nos hacen contemplar el infortunio inmenso de un pueblo, que en el período más bello de su gloria, quebrantada su unidad religiosa, se ahoga en un lago de sangre: aquí brota del sepulcro de Tomás Moro la virtud del martirio; allá, bajo las piedras de los mausoleos, braman con rabia infernal los huesos de un Enrique, de un Wolsey y de un Cranmer. Las tumbas de Francia nos muestran las señales de las cinco guerras civiles de los Hugonotes, de las conjuraciones de Córdé proscritas por Sixto V, y de la *liga santa* de los Guisa. Las tumbas germánicas nos hacen pensar en las grandes agitaciones que atormentaron á los que murieron en la guerra de los *Treinta años*, y en los deshonestos políticos sentados para el tratado de Westfalia. Así pasa con los sepulcros de toda la Europa restante.

A tal extremo han quedado reducidos los modernos ciudadanos por la libre propagacion y el choque de las sectas: ni vivos, ni muertos tienen paz. Antes se oía el grito: *Paz á los difuntos*: ahora en nuestro camposanto arden eternamente las antorchas divididas de los hermanos de Tebas. Sí: somos hermanos; á lo ménos se dice que lo somos. Permitidme que lo diga tambien con profundo dolor: habiéndose difundido la mala yerba de los cultos, resultando enemigos los unos de los otros, no somos ya hermanos procedentes del mismo vientre único. Somos hijos de madre muy diversa, prontos á surgir armados contra nos-

(1) J. B. Vico: «Principios de una Ciencia Nueva,» lib. 11, cap. XXVIII.

otros mismos, á desgarrar nuestros miembros y á disponer tiempos infelices para nuestros nietos.

Finalmente se requiere la unidad de culto para que exista entre los ciudadanos y la autoridad política la debida armonía contra los enemigos exteriores.

Para triunfar de los enemigos es necesaria la fuerza, lo cual es evidente: evidente cosa es asimismo que la primera fuerza de un Estado está en la union de los ánimos, y en su grande unidad propiamente. Ahora bien; esta unidad ó armonía universal, relativamente á la guerra, no la conseguireis de ningun modo mejor que mediante la unidad religiosa. No basta que la nación haga votos al Dios de los ejércitos á fin de que la deleite con la victoria: es preciso que, por medio de sus jefes y de su pueblo, pida concordemente á Dios: es preciso que ante todo arroje las semillas de la guerra civil de sus entrañas, si quiere conseguir éxitos gozosos en las guerras exteriores: no haciéndolo, veo perfectamente, señores, temblando que se cumplirá en ella el vaticinio del Redentor: *Omne regnum in seipsum divisum, desolabitur* (1). El mundo, áun no queriéndolo, vése compelido á confesar lo propio; si cuando llegan dias angustiosos, oscuros y llenos de peligros, le preguntais en qué se halla el nervio de sus fuerzas y de sus esperanzas, contestará que en el sagrado vínculo de una comun ara: os responderá que nada existe más dulce, ni más saludable, ni más gallardo al propio tiempo que combatir por el altar y por los hogares domésticos: *Pugnare pro aris et focis*: conviene aquí advertir que el ara precede á los hogares en el lenguaje de la humanidad, En su virtud, los antiguos filósofos, segun advierte San Agustín, á pesar de su contrario modo de sentir y de fallar sobre la religion, se guardaban como tales de manifestarse al pueblo delante del ara, donde con él asistian en paz á las creencias universales; tenian escuelas disidentes y templos comunes: *Scholas dissentientes et templa communia* (2). ¿Y por qué? Ciertamente por lo que sigue. Sabiendo cómo el ara, el templo y la oracion comun formaban el principal vínculo del Estado, no se atrevian á llevar allí sus disputas, que hubieran secado en su propia fuente la vena del afecto, y extinguido la llama de la patria, dando esta á los enemigos, dividida y despedazada. Por consiguiente, la unidad de las creencias es la salvacion y la gloria de la república, la cual, resultando una, semejante á la sabiduría de la Biblia, todo lo puede, sin tener enemigo que la resista: *Et cum sit una, omnia potest* (3). Entonces de la sociedad huma-

(1) San Lucas, eap. XI, v. 17.

(2) San Agustín. *De vera religione*.

(3) *Sabiduría*, cap. VII, v. 27.

na, llegado el momento de la prueba, brota el grito inmenso y unánime de la Edad Media; el grito de los Cruzados: *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!* Entónces se coloca el yelmo, maneja un puñal y sale á combatir robusta como un leon. Miradla con Uniade y con Sobiescki, que debajo de una cruz se enciende por el noble orgullo de librarse á si misma y á sus hermanos de la sufrida servidumbre de la Media Luna: pronto se dirige al campo, corriendo en Belgrado y en Viena sobre las alas de la victoria. Miradla en la pradería de Grütli, donde levanta un altar, estrecha una santa alianza y jura la independendia del país; despues que se levanta, rompe las falanges tudescas y planta sobre los cantones suizos el estandarte de la libertad. Dios está con ella y la guía, pareciendo en su virtud omnipotente: *Et cum sit una, omnia potest.*

¡Derribais, señores, la piedra de la comun ara, sobre la cual la sociedad con un corazon y con una voz, promete al Eterno vencer ó morir? ¡Haceis que por el contrario se arrodille separadamente por varios cultos, hable várias lenguas discordes, y eleve sus gemidos al cielo con diversa fórmula de oracion? Pues bien: Vosotros le haceis traicion y parais el vuelo de su entusiasmo; poneis el hielo de la muerte en su corazon, y cortais los nervios de su fuerza: en su virtud destruíis el camino que conduce al triunfo. Vosotros, dividiendo así, haceis imposibles las esplendorosas empresas de las estirpes religiosas: imposible haceis la reunion universal de los Caballeros en la Tierra Santa, la fundacion del reino de Jerusalem, la liberacion de Viena y la Liga magnánima de Pontida; es imposible un nuevo Lepanto. ¡Exagero por ventura? Haceis una cosa peor, señores, mucho peor, porque, no sólo impedís á la patria que salga fuera de su territorio afrontando al enemigo, sino que hacéisla inhábil para la defensa. ¡Oh desventura indecible! Los de Bizancio comprometidos en el cisma griego no cesaban de cuestionar entre si de dia y de noche: más trataban de las cuestiones teológicas que de manejar la espada, acercándose Mahomet II entretanto á las puertas de Constantinopla. Atendian á la guerra de los espíritus: como estaban llenos de sofismas y eran de ingenio muy acre tenian divididos la cátedra y el templo: se habian creado la luz del Tabor, queriéndola unos de una manera y otros de otra; Mahoma, abatidas las puertas, desbandados los lenguaraces de las escuelas, ponía la gran ciudad á hierro y á fuego, enterrando en sus ruinas la primera monarquía católica del Oriente. A tal extremo llevan al Estado las discordias públicas sobre las creencias. Los pueblos civilizados pierden su honor, y vienen á ser ¡afeminados: todo aliento desaparece y no bien llega un bárbaro, los subyuga. ¡Habrá todavía entre nosotros quien, procurando la dicha de la sociedad hu-

mana, quiera la pluralidad de los cultos y de los simbolos, en vez de la unidad religiosa?

Aun cuando estas razones son muy apremiantes, hombres tenaces y difíciles de convencer me añaden: Está bien que se grite contra las hojarascas y las minuciosidades en materia de culto; sin embargo, el culto, atendida la constitucion social, no podrá ser uno para todos. Enlázase la sociedad de los hombres mediante razas diferentes; así como en cada una se imprime un genio singular, teniendo caracteres, costumbres y gobiernos diferentes, varia y distinta debe resultar tambien la religion.

Tal doctrina defendieron en los dias del Bajo Imperio los neoplatónicos, Proclo, Geroele, Simplicio, Calcedio y el historiador Amiano Marcelino, intentando con ella mantener con vida el gentilismo moribundo. Empero á la verdad, semejante doctrina, haciendo hincapié mucho en las conveniencias y en las necesidades sociales, hoy como entonces, tiene un pésimo partido entre las manos.

¿Cómo podriais sostener con sólidos argumentos que las razas humanas, por tener un carácter y un gobierno diferentes, desdeñan una creencia universal? Ciertamente tendriais razon si quisiera yo hacer universal un culto que tuviese una marca terrena, debiendo salir, en su virtud, limitado, parcial y no á propósito para que lo aceptasen todas las gentes. Pondría entonces en medio un culto, aceptable para un pueblo solamente ó para poquísimos; los restantes se pasarían sin él, no sólo por conveniencia, sino por verdadera necesidad. Empero señores, llamándoos á la unidad del culto, no os doy el Zend Avesta acomodado al gusto de los Persas, ni el Edda tan admirable para los de la Escandinavia, ni el Vedam y el Sasta de los Indios, ni la liturgia de Confucio, buena para los Chinos, ni el rito de Vesta que amaban los Romanos, ni el Alcoran venerado por los Arabes; no os doy este, ni otro culto limitado á una raza. El símbolo y la creencia recomendados por mí se conforman á todos, gracias á su naturaleza, puesto que os impelo á que sigais el culto divino. Dios, padre universal de los hombres, no puede haber revelado una religion ni establecido un culto en cuya índole, carácter, tendencias y ánsias dejaran de hallar su contento todos los hombres; no puede haber dejado de ingerir en este culto elementos tales y tan exquisitos, que, haciéndolos saborear de varios modos á sus adoradores, no resultaran idóneos para satisfacer sus necesidades, así comunes como particulares.

Más aún; ya que vuestra objecion nos ha puesto en el tema presente, procurad poner de realce la armonía profunda que se nota entre las razas humanas y el culto de Dios. Todas estas razas, aún cuando sea

notable su disparidad fisiológica, siendo distinto el color de su piel, el sonido de su lengua, sus costumbres, sus hábitos y el temperamento de sus leyes, bien estudiadas en las raíces de su vida, resultan hermanas naturalmente; lejos de ser centros distintos de razas, constituyen sin duda el de una sola. En su virtud, ocupándonos en ellas, decimos muy exactamente la *humana generacion*; y tambien decimos el *hombre*. Tenemos evidentes señales de su radical unidad en la estructura del cuerpo que es la misma en todos, en la igualdad de los sentimientos morales que nunca falta en alguno, en la cognacion gramatical de todos los idiomas hablados, en el hilo uniforme de la tradicion, en los jeroglíficos siempre afines entre sí, y en los sellos casi en todas partes hermanos de los monumentos; todas estas cosas persuaden de que los hombres brotan de un tronco único, llevando la variedad á las formas ó á la corteza, permaneciendo siempre con todo idéntica su especie.

Otro tanto debe afirmarse del culto divino. Es uno en la sustancia; pero sus formas varían y cambian. No podeis tocar un dogma, ni destruir un principio ó un mandamiento fundamental, sin que todo el culto se altere y se arruine. Empero podeis dar ilustracion varia de aquel dogma y de aquel principio; podeis darla teológica, filosófica, histórica y moral; podeis tambien variar relativamente á las formas externas del rito, así como en el esplendor de las ceremonias; todo lo podeis, en suma, con tal que lo vario no resulte contradictorio. Así entendido y practicado, el culto de Dios acomódase á los actos de todas las gentes; para los Indios aún conserva el peso de las antiguas tradiciones, para los Griegos tiene la poesía del corazon, para los Romanos la fuerza de la razon, y para los Egipcios los sublimes conceptos de la ciencia. Es bastante adaptado á la meditacion para que agrade á las frias razas septentrionales, y es bastante elocuente para impeler á los pueblos del mediodia. Tiene por añadidura el don de todas las lenguas, y pone de realce todos los colores de la hermosura; quien quiera los cándidos lirios entrará en los huertos y en los jardines de sus vírgenes; quien ama las violetas y los tristes amarantos, dirigiráse á sus sepulcros. El desierto y la soledad se hallarán en las celdas de sus anacoretas; si alguno ansía el movimiento, caminar podrá junto á sus misioneros, viajando con los apóstoles. Así la religion, semejante á la raza de los hombres, enlazada está por la unidad bajo el manto de la variedad: *Circumdata varietate* (1).

El hecho va, señores, muy adelante.

Así como la humana estirpe, brotando del mismo tronco, nos pre-

(1) Salmo XLIV, v. 10.

senta en todas partes las huellas de la unidad, así ella, siguiendo el gallardo impulso de su origen único, trabaja de continuo para la realización de dicha unidad, y en ella establecerse; por esto veis cómo procura modificar las notas características que la diferencian, siendo sin embargo la misma; y cómo intenta conseguir que desaparezcan las dificultades que la dividen, abreviar las distancias y darse así el abrazo de un afectuoso universal himeneo. Pues bien; el culto de Dios sólo se hace todo para todos, á fin de celebrar con la fiesta del ara la union final y el himeneo de la humana familia. San Pedro, habiendo entrado en Joppe, tuvo una vision. Se le abrió el cielo, del cual fué bajando una cosa semejante á un lienzo ámplio, dentro del que habia animales de todas clases completamente diversos. Miraba el apóstol de Dios atentamente aunque tembloroso, notando cómo se agitaban los animales en la gran tela; cuadrúpedos terrestres, fieras, reptiles y volátiles del cielo. No comprendia la cosa. Entonces una gran voz gritó desde lo alto: *Pedro, levántate, mata y come. No llares impuro tú lo que Dios ha purificado* (1). Hé aquí, señores, el símbolo augusto de cuanto enseño. Los diversos animales contemplados por Pedro son las diversas razas del mundo, y el gran lienzo es el culto de Dios. A este culto vienen pueblos de todas clases; unos veloces como las águilas, otros que se arrastran por el fango, y otros más salvajes que las fieras. Solo que la religion los toma imitando al Apóstol; nada queda en ellos de inmundo, donde sopla el hálito de Dios poderosamente; los toma y los trasforma en sí propio. Entretanto los pueblos, purificados entre los abrazos de la religion, enlázanse recíprocamente y se beatifican. Sin que sus cualidades específicas se anulen, con tales pueblos sólo se forma una personalidad moral; ya no hay, dijo san Pablo, Judío, ni Griego, ni bárbaro, ni Seita: en toda la tierra existe sólo el creyente. Piense ahora quien guste que la unidad del culto repugna al diverso carácter de las razas; culto divino y humana raza despiden dos sonidos de la propia armonía.

La necesidad, pues, el progreso y la conservacion de la sociedad humana (lo que nosotros llamamos ley social), demandan terminantemente lo que Dios con sus atributos y con sus preceptos, como tambien lo que nuestra razon, con sus indagaciones y conclusiones nos habian pedido ya: la unidad de culto que resulta en su virtud ratificada por todas las tres sumas leyes que gobiernan el mundo: la ley divina, la filosófica y la social: *Una fides*. A vosotros, cristianos y filósofos, dirigi hace poco ardiente peroracion, rogándoos que nunca desmintiérais los

(1) Hechos de los Apóstoles, cap. XI, v. 5 y sig.

principios que profesais; ¡qué no deberé añadir, mirando vuestro traje de ciudadanos? ¡Ah! Si vosotros, ciudadanos, amais á la humana sociedad; si la quereis ver descansando en la perfecta concordia de que vive, no fomenteis la separacion por lo que corresponde á la fé. No bien sobre la ruina del ara comun construís varios altares ó implantais varios cultos, cesa la trina armonía civil, que desde lo alto hasta lo bajo es la misma para sí, manteniéndose y reforzándose contra los enemigos exteriores. Vivir para la sociedad humana vale lo mismo que no disolverse, y nunca se disuelve de un modo radical, cuando consigue la unidad religiosa. ¿Qué afirmo? Vivir y reinar para la sociedad humana es entenderse, agruparse, corresponderse y concertarse; ¡cómo se consigue mejor que mediante la unidad de las creencias? Esclarecido fué ya esto por nosotros. Vosotros, por consiguiente, que cifrais la suprema de las ansias en el progreso social; que os desvivís, sudais y hasta verteis la sangre para unir los pueblos y limpiarlos de toda mala semilla del extranjerismo, veis lo que hacer os corresponde; ¡juntad el pueblo primeramente por la religion! Los extranjeros peores son los cultos extraños al verdadero culto de Dios; nuestros enemigos pésimos son igualmente los enemigos de Dios. ¿Continuareis indiferentes á estos? ¿Los considerareis á todos honrados de la misma manera? Circundados así por amigos y por enemigos, por virtuosos y por falsos creyentes, ¿os afanareis por unir y labrar la ventura de la patria? ¡Oh señores engañados y desventuradísimos! No unireis civilmente la patria, dividiéndola en su bautismo y en su fé. Un punto vigoroso de legislacion, una máxima de política entre los antiguos mejores era el grito siguiente: Afuera los extraños dioses: *Deos peregrinos ne colunto*. Sabed que áun Platon en su *Republica* no dejaba escoger á los ciudadanos, ni admitia la promiscuidad de los cultos, dando á todos uno solamente por ley social.

Repetid el famoso grito, amigos míos, contra la profunda insania de vuestra edad, que se despepita para que los pueblos fraternicen, desligándolos y desvaneciéndolos donde más fibra vital tienen, á saber, la religion, diciendo: *¡fuera de la patria los cultos extraños!* Nosotros queremos ser grandes; queremos florecer en la concordia, en la gallardía, en estudios y en empresas: para esto se necesita la unidad de la fé. En tal promulgacion y en tal juramento resolvereis vosotros mismos el árduo problema planteado entre el principio de la libertad de conciencia y el mandamiento de la unidad religiosa: á los creyentes y á los filósofos os unireis como ciudadanos, resultando igual en los tres la sentencia: *Una fides*.

Si Dios, la razón y la sociedad humana quieren que sea uno el culto, ¿en dónde lo tomaremos? Si el culto necesariamente único es el divino, ¿cómo lo haremos para lograr su conocimiento?

Cárlos Dupuis, á fines del siglo pasado, hizo un laborioso exámen de frenético para descubrir el origen de todos los cultos, y muy locamente se declaró contra todos, acusándolos de mentidos. Nosotros, indignados por la blasfemia que al filósofo y al cristiano degrada, decimos que todos los cultos son falsos menos uno, ó sea el divino. Realmente porque innumerables cultos mentidos y ruines llenen el mundo, no se puede dejar de creer, ni prueba esto nada contra el culto verdadero y legítimo; porque demostrado está en metafísica que la falsedad sólo tiene sitio, porque tiene sitio la falsificación de la verdad; en su virtud del imperfecto se sube á inferir lo perfecto; infiriéndose de los infinitos cultos falsos el único verdadero y divino: *In quantum falsum est corruptio veri, in tantum praecedat necesse est veritas falsum*, como escribió elocuentemente Tertuliano. Mas si los cultos falsos nos conducen necesariamente al culto divino, como el hombre imperfecto elevase á Dios perfectísimo, ¿cuál es este culto? El que tiene por dicha en sí el principio de la unidad. Ya desde los primeros tiempos del cristianismo una solemne frase, también proferida por Tertuliano, iba en la boca de todos: *Unam omnes rempublicam agnoscimus mundo* (1). Una sociedad de creyentes, un enlace sagrado de ideas y hechos, en suma, una religión apoyada en la unidad, tal es el culto divino ordenado para dominar en el mundo. Dios, que por sí mismo es la unidad divina en una trinidad de personas, ó la trinidad de las divinas personas en la unidad de una indivisible esencia eterna, no puede darnos la fé, ni la religión, que no esté informada por la unidad. De todos los cultos pues, será considerado verdadero y divino aquel para el cual el principio de la unidad sea propiedad necesaria y ornamento: tal culto, con el privilegio de la unidad, oscurecerá todos los demás, siendo este el honor y la salud de los hombres: *Unam omnes rempublicam agnoscimus mundo*.

Solo que al conocimiento de la verdad ascendemos aquí de grado en grado, y aún no hemos subido al último: sabemos ya que los falsos cultos elevan á la idea del culto divino, así como que debe ser informado el culto divino por la unidad; pero, ¿cuál es por fin este culto, tan uno por su naturaleza? Es preciso levantar el último velo. Y yo, señores, lo levanto con alegría.

Pongámonos á considerar un hombre; recojamos de sus actos y de su

(1) Tertuliano, *Apolog.* cap. XXVIII.

boca la debida enseñanza, puesto que puede fortalecer cuanto nosotros afirmamos y realizarlo con plena luz.

Es un viajero, á quien encontramos cerca: viaja por estos mares y por estas regiones. Por los ojos azules que bajo su frente brillan en él; por el sublime aire difundido en toda su persona, y sobre todo por hablar nuestro idioma con un tono pronunciado, pausadamente, casi diciendo siempre monosílabos, lo creereis un inglés, sin engañaros. Empero inquirid su porte y su vestido negro; ¿no descubris en él otra cosa? Es un ministro anglicano.

Estudió mucho: sin embargo, su larga conversacion con los libros y sus profundas meditaciones, no agotaron en él la vena estética de que se halla dotado exquisitamente. Ahora bien; salido de las nieblas paternas, al contemplar el límpido sol de Italia, considerad qué torrentes de poesia invadirán su alma, y qué cantos tan armoniosos vendrán á sus labios. Hermosa para él Venecia que surge como la Cibele antigua de los mares; hermosa la suntuosa y opulenta Milan; hermosa Génova, la hija de Jano, que con su doble mirada domina el Apenino y las ondas del Mediterráneo. Mas, ¿qué dirá ó cantará de Roma? De Roma que ha pasado al poder de los Papas, ¿qué dirá él, ministro anglicano?

Las armonías de la naturaleza se mezclan con las del cielo, repercutiendo estas y revelándose en las armonías religiosas. Federico Guillermo Faber, el ministro anglicano á que nos referimos, va en la Eterna Metrópoli á la *Iglesia Nueva* en el dia de San Felipe: la majestad de aquellas ceremonias sagradas, por estar acostumbrado á la mudez de las capillas protestantes, conmueve su corazon de una manera suave y gallarda. Nunca lo hubiera creído. ¿Es posible que al oír en las vísperas el dulce y caro ritornelo, que dice: Alabad, niños, al Señor: *Laudate pueri Dominum*, sienta ganas de llorar? Sin duda tiene las pupilas bañadas, y necesita enjugar sus lágrimas. Está cerca el día de San Pedro: en la solemnidad de Roma entera Faber, como si fuese uno del pueblo, se dirige al templo mayor; al ver la figura sublime del Papa Gregorio XVI, inclinándose humildemente como un parvulito, y recibir con las lágrimas en los ojos la santa Comunión, se renueva en su pecho la ternura; si el Papa llora, él, anglicano, no se conmueve ménos. ¡Prodigios de la caridad celestial!

Vuelve Federico Faber á su patria: reanuda los estudios, entregándose á nuevas indagaciones: áun acepta de los protestantes una prebenda eclesiástica, donde con sus parroquianos manifiesta un celo inmenso. Mas ¿qué ocurre? De pronto, en el domingo correspondiente al 16 de noviembre de 1845, subiendo al púlpito, dice á su pueblo: «Es la última vez que os hablo, hermanos; me veo compelido á dejaros, porque Dios

»me ha hecho conocer que nosotros no permanecemos en la verdad. Me »voy á la verdadera Iglesia.» Sigue un llanto abundante de todos los oyentes, muchos de los cuales se levantan á suplicarle que no les abandone; pero inútilmente: Faber, que ha descendido del púlpito, desaparece.

¿Dónde ha ido? ¿Cuál es la verdadera Iglesia buscada y descubierta por él?

Dejemos que trascurra un mes. Allí está en una casita, distante de Lóndres una milla, colocada en el dorso de un montecillo, apartada y solitaria: allí está con algunos admiradores y devotos suyos, que lo siguieron en la conversion. Están leyendo y orando. Al recitar el Símbolo apostólico, Faber, al frente de los demás congregados, lo entona, como los antiguos ingleses lo recitaban, y como los primeros santos del cristianismo lo componian. Habiendo dicho que creen en el Dios creador, en Jesucristo, y en el Espíritu Santo, el hombre venerable dice: *Creo en la Santa Iglesia católica*, repitiendo cada uno de los congregados exactamente: *Creo en la Santa Iglesia católica*. Ya no tiene Faber las pingües prebendas de su curato protestante, ni toma parte tampoco en la espléndida conversacion de los lores y de los ministros de Estado: tiene sólo un pequeño techo y contados amigos alrededor, la sombra de las plantas amena, las florecitas del prado y los murmullos del riachuelo que pasa por debajo: vive, con todo, contento. Ha encontrado finalmente la verdad; la Babilonia del Támesis le pesa en los alrededores: su mente y su corazon se deleitan pensando en la metrópoli del Tiber.

Hé aquí la verdadera Iglesia; la verdadera religion encontrada por Federico Faber. Es la Iglesia católica.

Si preguntais por qué indicios y por qué razon reconoció á la Iglesia católica como verdadera Iglesia de Dios, sólo hasta que pongais grande atencion en sus mismas palabras. Volvamos, pues, á él, que desde su casita solitaria se ha dirigido á uno de los Oratorios fundados por el célebre Newman en Inglaterra, donde tomó el hábito de Filipense.

Un dia en que dictando está en el silencio de la celda algunos pensamientos, llama un jóven inglés á la puerta.

Sea usted bienvenido, exclama el Padre; *sírvase contestarme: ¿qué quiere de mí?*

Necesito su consejo, responde; *ó mejor, necesito, si le place dármele, de una explicacion.*

Pues bien; siéntese, mi excelente jóven, aquí.

El jóven está conturbado, vacilante, y casi balbucea, por ser de ánimo tímido; pero principalmente por ser amoroso. Tras muchos circunlo-

quios, le pregunta en resúmen cómo, habiendo sido protestante, se declaró católico. Habian entrado dudas en su espíritu relativamente á la veracidad del protestantismo; pero estaba resuelto á no dejarlo, hasta que viese limpia y clara la verdadera Iglesia de Dios.—¿Por qué carácter pudo usted descubrirla?

«Amigo mio, exclama el Padre: hay varios caracteres, todos igualmente divinos, que hacen discernir de las iglesias falsas la verdadera. »Empero si quiere incontinenti uno, que la declare tal, aténgase al carácter de la unidad. Dios es uno, una es la fé, y la verdad una. Tambien una debe ser la Iglesia salvadora de nuestras almas. Usted, amigo mio, entenderá esto fácilmente; lo admitirá, porque lo dicta la gran sabiduría; sólo que, distraído como se halla tal vez en las disipaciones del mundo británico, y aún conturbado por los errores de todo el mundo profano, inquiriendo la unidad religiosa, quedará conturbado; ella huirá de usted. La unidad es la verdad. El alma humana, cuando está en la disipacion, aunque busque la verdad, es imposible que la encuentre. Su estado moral la tiene fuera del punto, mirando desde el cual puede comprenderla y encontrarla en la revelacion divina apreciarla y correr á ella. El hombre entonces está como uno que vislumbra sólo por una parte la parábola geométrica, pero sin ver el foco ó sea el centro. Ve los rayos; pero no de donde salen. La luz y las sombras se alternan, se cruzan, y se representan á su fantasía con mil formas caprichosas que la disfrazan; siente deleite, pensando aferrar algo grande y nuevo, siendo con todo, víctima de un engaño que produce compasion al que mira bien. Erá yo una de tales víctimas dolorosas: veia los rayos externos, y por el mundo la parábola de la unidad; pero me tenian oculto su centro. Estudié, amigo, pedí y hasta lloré al buen Dios, diciéndole: Si ordenaste que la verdad se encuentre en la unidad, ¿dónde pusiste sobre la tierra el centro y el foco de tal unidad? No en la iglesia anglicana, dividida en mil partidos; no en el protestantismo en general, reducido á migajas del racionalismo y de los errores más locos; ¿dónde colocaste por lo tanto el centro de la unidad? En el silencio, en la meditacion y en la plegaria, el dedo de Dios escribió una cifra luminosa en mi mente; abrí los ojos del espíritu, encontrando delante hermosa y de pié la Iglesia católica, apostólica y romana. Entré yo en ella.»

El jóven, de buena educacion y de agudo entendimiento, oye con alegría inefable; ha vencido ya en parte su carácter tímido, cobra nuevo valor, y dice: «¡Oh Padre! Si halló usted la unidad en la Iglesia católica, ¿de qué modo se manifiesta?

»Se manifiesta precisamente por ser una, replica el filipense. Prime-

»ramente, no existe unidad sin cabeza, y la Iglesia católica es la única
 »que tiene cabeza, es decir, el Papa. Ciertamente el protestantismo dice
 »que Jesucristo es la cabeza de todo el cristianismo; mas, fuera de que
 »es forzoso ver la cabeza cuando se trata de un cuerpo visible y ope-
 »rante, encontramos que la cabeza no debe nunca ser contradicha por
 »los propios miembros, ni por ellos vituperada ó repelida. Ahora bien;
 »los individuos de las iglesias protestantes están separados entre sí,
 »y entre sí se combaten; ¿podría usted inferir, en su virtud, que obe-
 »decen á su cabeza suprema? No; combaten entre sí, porque no son re-
 »gidos, ni disciplinados por su cabeza.

»Además, hé aquí cómo en la Iglesia católica se manifiesta la unidad
 »de varias maneras, Sometida interiormente á la cabeza divina é invi-
 »sible, que es Jesucristo, regida exteriormente por el representante
 »visible de Cristo, que es el Papa, posee de un modo eminente la uni-
 »dad jerárquica, la unidad doctrinal y la unidad litúrgica. Tiene la
 »unidad de jerarquía. Principia usted por san Pedro, el primer Pontí-
 »fice, y viene sin interrupción hasta el Papa vivo: es una cadena de
 »diez y ocho siglos, á la cual no falta ningun anillo. Tiene la unidad de
 »doctrina. Mire cuánta palabra divina está sembrada en el mundo. Toda
 »en él se recoge; nunca renegó de dogma alguno; su anatema fué siem-
 »pre lanzado contra el error, lo cual hizo para salvaguardia de la ver-
 »dad. Sobre cada una de las sectas escribiría usted, como Bossuet, una
 »*Historia de las variaciones*; sobre la Iglesia escribiría la historia del
 »continuo y del uno. Tiene la unidad de liturgia. Lo mismo que hacen
 »los sacerdotes católicos con sus ritos, en el Occidente, lo hacen en el
 »Oriente; lo que hacen en el trópico, lo hacen en el norte; hacen esto,
 »porque tienen ellos sólo el sacrificio vivo. ¡Cosa estupenda! Mientras
 »los altares de todas las sectas son fríos y nada dicen al corazón, sólo en
 »la Iglesia humea del altar la sangre de la reconciliación; sólo por ella
 »podemos unirnos los pecadores á la Divinidad. Es la Eucaristía: *Unus*
 »*panis et unum corpus multi sumus.*»

Enternecido queda el jóven oyente y se conmueve; pensando con todo,
 en su amada patria que es protestante, no sabe concebirla bien cam-
 biada en otra, pareciéndole que, aceptando una religion contraria á la
 suya, tendría extraño aspecto, descolorida y triste. En su virtud dice:
 «¡Oh Padre! Si la liturgia católica se dilatase, y la envolviese, ¿qué se-
 ría de nuestra Inglaterra? Acaso pagaría caramente su adquisicion de
 »la unidad religiosa.»

«Hijo, añadió Faber; no tema usted por la Inglaterra: ganaría mucho
 »con la unidad religiosa, sin perder nada. ¡Es tan materialista esta
 »nuestra dulce patria! Si envuelta fuese por la liturgia católica, resul-



»taría mucho más bella y mucho más poética: sería lo que ya en gran parte fué, y lo que debía ser en los designios cristianos: la Tierra de los ángeles.»

Deteniéndose un momento, tomando aire de contemplador y de vate, continuó diciendo el hombre venerando: «Multitud de santos duermen bajo sus suelos tan famosos por su verdura. Ningun país está tan abundantemente plantado de agujas y de torres, como la pobre muda Inglaterra. En ningun otro reino hay tantas graciosas iglesias difundidas con mano tan pródiga por colinas y valles. ¡Y todas calladas! ¡Amada tierra! Por tu hermosura grande parece que vales un martirio, y el martirio no te faltará. ¡Oh si la Inglaterra fuese católica!... En otro tiempo, en la edad de la fé, el país no hubiera estado silencioso, como ahora lo está, en esta víspera del 25 de marzo. Las dulces ondulaciones sonoras de innumerables campanas anunciarían las primeras vísperas de la gloriosa fiesta de la Encarnacion. Del Oriente, desde la central Roma, declinando el día, llegaría la nueva de las grandes solemnidades, pasando por ciudades ó aldeas, por las enhiestas cimas de los Alpes, por los azules senos marinos, por las selvas aún desnudas de hojas, y por las nieves de las altas llanuras de Francia que nunca se disuelven. Las frias ondas se encresparían con la espuma luciente al pasar por el estrecho de la Mancha con las sonoras ondulaciones aéreas excitadas por los sagrados bronce; si fuera tiempo pascual, el gozo de la Resurreccion sería doble, y á ser la Cuaresma traería una anticipacion del inmediato *aleluya* pascual. Un instante antes, la primera campana inglesa seguiría muda; pero Calais envía luego un aviso á Dover, transmitiendo pronto las iglesias y las capellanías la nota y el sonido á la antigua madre iglesia Sajona de Canterbury, donde, semejante á una tempestad ruidosa, la nueva de aquel antiguo decreto eternal de Dios, del que salió toda la creacion, extiéndese sobre toda la isla cristiana. Los Santos se alegrarían en su lecho. Agustin, Vilfredo y Tomás que descansan en Canterbury; Eduardo en Westminster; nuestro caballeresco proto-mártir que está como en acecho entre los floridos prados de su grande abadía de San Albano; Osmondo en Salisbury; Tomás en Herefort; Ricardo el Portentoso en Chichester; Juan en Beverley, un coro entero de santos con San Guillermo en York, y así sucesivamente hasta el glorioso Cudberto, que duerme sin ser molestado en su pompa pontifical bajo su abadía máxima, sobre las siete colinas de Durham. El viento vespertino llevaría sobre sus alas el alegre concierto de las torres, difundiéndolo sobre las selvas de Kent, agitando las encinas añosas vestidas de musgo y los ondulantes álamos. Las bajas y humildes iglesias de Sussex lo transmitirían

»al caer el día á Salisbury, á Exeter, y al feudo de San Miguel en el
»Cornwal. Correría como un relámpago por la parte opuesta del Tá-
»mesis, hasta que en Lóndres, erizada de campanarios, con su mul-
»titud de iglesias urbanas, cuyos picos están apretados como los ár-
»boles de los navíos en los astilleros, se despertaría al clamor de las
»campanas aéreas, secundadas, digámoslo así, por el retumbo profun-
»dísimo de la torre del antiguo San Pablo. Muchos poderosos santua-
»rios de Suffolk y de Norfolk prolongarían el sonido, trasmitiéndolo
»desde la playa al interior de los condados embellecidos con monaste-
»rios y otras iglesias parroquiales, á propósito para ser otras tantas
»catedrales episcopales, subiendo entretanto por el Támesis á Wind-
»sor, á la abadía de Reading y á los pardos campanarios de Abingdon;
»Oxford, con sus cien campanas, difundiría su voz sobre las llanuras
»y sobre los pantanos de Gloucester y Worcester hasta Warwick y
»Shrewsbury; sus sonidos meridionales se mezclarían con el concento
»que allí llegaría de Canterbury entre las iglesias de los Tudor, en-
»hiestas entre los árboles frutales de Somerset, á los piés de los templos
»de Glastonbury oscurecidos por la leyenda, y hasta la playa de Bristol,
»cuyos príncipes mercaderes renunciaron al comercio de los esclavos,
»por la persuasiva predicación de San Volstano. En el corazón del
»gran pantano, donde la luna, iluminando á través de las nieblas, hace
»más encantador el sitio sombreado por sauces y plantas pantanosas,
»atravesado por fosos, por diques y por lechos de turba, como tam-
»bien por calles rectas y blancas, las campanas de la basílica de Ely
»tocarían á fiesta, engañando los oídos del viajero con sonidos unas
»veces lejanos y otras próximos, según la densidad ó rarefacción de la
»niebla nocturna. En aquellas bajas y húmedas regiones, cien aba-
»días, cubiertas de líquen, secundarían el concento, mientras la
»gran campana de santa María, semejante á quien su canto entona,
»repetiría el sonido argentino de la venerable Cambridge, acomodada
»entre sus hermosos jardines, y lamida por las aguas de los riachuelos
»de sus prados. Lincoln desde el castillo escarpado haría gemir el
»aura en muchas millas sobre el móvil musgo y sobre los tétricos
»pantanos con el sonido de sus campanas. Aquel hermoso reino de los
»Cistercienses, el monástico Yorkshire, difundiría por sus ondas soni-
»dos melodiosos sobre el Tee en el Durham y en Northumberland
»hacia el norte, á lo largo de las orillas conventuales del gris mar
»nórdico, á occidente sobre el dorso poblado de arbustos, y á lo largo
»de los oscuros torrentes en el Lancashire, en el Westmoreland y
»Cumberland, cuyos ecos montañosos responderían desde los azules
»lagos, desde los tétricos pantanos, desde los riscos donde habitaban

»las cornejas, y desde los fundos hermo­seados con helechos donde se
 »acuestan los ciervos hasta las campiñas de Carlisle, en san Bees y Fur-
 »ness. Antes de que la cándida y fria luna de marzo hubiese vencido á los
 »últimos crepúsculos, la isla que parece oscilar sobre las áncoras grani-
 »ticas arraigadas en el océano, como si resonara por pulsaciones de pro-
 »fundos sueños, habria oido los últimos resposos moribundos sofocados
 »en el triste Cheviot, ó en los retiros del gigantesco Snowdon, ó en los
 »lagos solitarios de las tierras de san David, ó tremolando sobre las
 »ondas marinas á fin de alegrar al marinero, que acércease á las orillas
 »de la Isla de los Santos. Donde quiera que las pulsaciones de las cam-
 »panas resuenan en el corazon del hombre, los corazones huma-
 »nos vienen á ser más felices. Donde quiera por colinas y por va-
 »lles, por las calles de las ciudades y sobre el borde de los pantanos,
 »en las capillas rurales y en los confines de los parques de caza, la
 »Preciosa Sangre es derramada sobre las almas penitentes; los focos de
 »la fé arden más vivos y se levantan oraciones más piadosas; mientras
 »los Angeles de los embocaderos meridionales desde el Arum y el Adur
 »hasta las orillas del ruidoso Tweed y las arenas del espumoso Solway
 »oyen sólo un prolongado *Magnificat* de los corazones de toda una nacion,
 »de los coros de innumerables iglesias, y de millares de vacilantes
 »campanarios.»

Con tales acentos concluyó el Padre; recitó el augurio poético y cató-
 lico sobre las condiciones naturales de su region; el jóven inglés que
 vió delante como trasfigurado santamente su país, se alza, estrecha la
 mano del interlocutor elocuente, y le dice con ardor: *Nada debo temer
 para mi querida Inglaterra: falta sólo que piense yo en mí. Entro en la
 unidad religiosa donde penetrásteis. Consolaos: soy católico.*

El jóven y Federico Faber ternísimamente se abrazan.

Tal es el resultado, á que importa que vengan los disidentes despues
 de oír la solucion del moderno problema. Si el culto religioso debe ser
 uno; si existe un lugar sobre la tierra donde se halla esta unidad tan
 bella y precisa, depongan las malas dudas y las vacilaciones, una vez
 se les descubre nuevamente la verdadera casa de Jesucristo. Entren re-
 sueltos,

Entrad, señores, con ánimo alegre y con gran corazon en la Iglesia
 católica: habiendo descubierto que por ley divina, por ley filosófica y
 social queda condenada la pluralidad de los símbolos sagrados y de las
 creencias, decid: Estas tres leyes, que para todos los demás cultos suenan
 como reprobacion, surgen, pues, como propugnáculo y arra de la reli-
 gion de nuestros padres. Dios, pues, nos manda que seamos católicos: nos
 lo persuade la filosofía y lo quiere la sociedad humana. Es una aureola

de tres rayos que al hijo de la Iglesia circunda, y nosotros católicos, romanos, nos sentimos orgullosos de recibirla. Entrad; de pié y firmes sobre la piedra de Pedro que no vacila, en la posesion de la verdad, dirigios á los muchos hermanos vuestros que delirando están en el mundo; desengañadlos de sus errores; demostradles que llevar un espíritu frio y no determinado en materia de culto; conformarse en el seno de toda creencia tranquilamente es lo mismo que renegar de Dios, de la razon y de la humanidad: es lo propio que dar al enemigo el alma. Dirigidles una invitacion amorosa para que os sigan, y para que saquen su pie de la tierra de los pecadores, á fin de recogerse á la sombra de los santos pabellones de Cristo y de su Iglesia.

Si vosotros no sois escuchados, ni entendidos, viendo á vuestro alrededor engrosar la mentira, crecer en los contemporáneos la fiebre de vagar fuera de la fé antigua, y á los nietos peores que sus abuelos, no os dejéis vencer por el desaliento. Cuanto más abundan el vicio y la tentacion, es más preciso que arda en el pecho de los creyentes la llama de la caridad.

Hugo Grozio ha recogido una cara tradicion antigua, y es la siguiente: Los Atenienses, á fin de fortalecerse más en sus propias creencias, hacian un juramento público y solemne por obsequio á la religion. Cada uno entraba en el templo de Agraulo y decia: *Juro combatir hasta el último suspiro por la causa de la religion y de la patria, permaneciendo constantemente devoto á la fé de mis mayores* (1).

¡Oh generosos! Subid al templo tambien, pero no al de Atenas, sino al de Roma; acercaos al ara del Vaticano y jurad.

Jurad que combatir quereis hasta el último suspiro por la causa de la religion y de la patria; que no quereis alterada ni desmentida la fé de vuestros mayores, la fé romana católica, que fué la creencia de todos los grandes hombres italianos; jurad esto, y obtendreis la sonrisa y el aplauso de aquellas sublimes almas, que con sus escritos, con sus obras maestras y con prodigios de valor sabiamente atemperados á la religion, hicieron de Italia la primera nacion de la Europa cristiana.

Si ni aún por la sonrisa de aquellas almas y por el juramento de vuestros corazones se conmueven los contemporáneos; si, contradiciéndose á sí propio, el siglo XIX pone á un lado la tolerancia, asaltándoos con la segur y el fuego, incrédulo rabioso, lejos de desesperar, queridos, adquirid la osadía de los héroes. Habrá venido entonces el mo-

(1) Hugo Grozio: *Disputa teológica contra los que sostienen el indiferentismo en religion*; artículo XXIV.

mento de la prueba; entonces aparecerá la eficacia del juramento: lejos de ser paganos, debereis emular á los Santos.

El último de los hermanos de los Macabeos, envuelto en la persecucion religiosa, dirigíase al tirano y arrojábale á la faz una frase tremendísima, que hacia temblar sus venas y su pulso: *Un sólo Dios: Ipse est Deus solus* (1).

Hé aquí la palabra que en el torbellino de la persecucion, debemos repetir en los oidos de nuestros tiranos: un sólo Dios. Aquel, á quien prestamos nuestros servicios, amamos y adoramos, es uno sólo. Uno sólo es el Dios de la Iglesia, el Dios del Evangelio y de Roma; una por consiguiente su religion: *Ipse est Deus solus*. Acontecimiento memorable: para el párvulo de los Macabeos, que moría con esta exclamacion en la boca, despuntaba en su semblante desde las montañas de Israel el alba divina de Jesucristo: los tiempos se apresuraban y de su sangre salian nuevos justos, floreciendo el árbol del Testamento nuevamente. Aun por los hermanos míos, que cayeran jurando la unidad de Dios, la unidad de la fé, brillaría más bello en su frente el sempiterno sol de Jesús; se agitarían en torno con religioso ardor los tiempos y los siglos, porque la sangre del mártir no corre infecunda jamás sobre la tierra, siendo el agua de la virtud que hace medrar los cedros del Líbano en el jardin de la Santa Iglesia. ¡Oh! Haga la edad presente como más desee y quiera: en cuanto á mí ruego que no falten á su deber los gallardos católicos, trabajadores del Hortelano eterno, estando seguro de que tendremos contra el mal larga y feliz compensacion. De ellos dependerá que se cubra de hojas nuevamente, que se adorne como esposa y que se renueve la trabajada Iglesia de Dios: á llegar no tardará el tiempo en que, superado el delito por la abundancia del bien, disipados los altares mentidos y en fuga los hombres incircuncisos, toda la tierra, hecha ya católica, saludará una sola grey, un sólo rebaño, y un sólo Pastor.

(1) 2.º de los Macabeos, cap. VII, v. 37.

CONFERENCIA IV.

SI LA PREDICACION EVANGELICA

CORRESPONDE SOLAMENTE Á LOS SACERDOTES CATÓLICOS.

Los argumentos dirigidos por la lógica proceden rectos y unidos á la vez, como contra el enemigo proceden las falanges de un ejército en guerra.

Nosotros que tenemos al error por enemigo, fuimos gobernados así, por la lógica contra los incrédulos. Nos levantamos ante todo en nombre de Dios, y pusimos de realce que no es un sér subjetivo, sino por excelencia objetivo. Admitido Dios, probamos que hubo en el mundo siempre y existe una vía neta y determinada que á El conduce; la divina revelacion. Establecida ésta, vimos que, tal como es, no puede sufrir cultos rivales ó extraños, debiendo en su virtud, quien ame la salvacion eterna, permanecer en la unidad religiosa.

Realmente, así como la humana especie se propaga, vive y hace sus guerras exteriores por una sucesiva generacion de hijos, el discurso de la mente se alarga, consigue fuerza y vence por una sucesiva filiacion de racionios.

Conforme con los temas por nosotros ventilados, hé aquí, señores, otro que se nos ofrece; nace de los precedentes, y muestra de varios modos repetida la filiacion ideal de que hablo.

La creencia que profesamos en el Ente real y ontológico, la misma revelacion celesté, y la propia unidad de culto sacan su virtud de la palabra de Dios, en que consisten esencialmente. Solo que, ¿dónde esta palabra de Dios está? ¿Dónde la luz, la felicidad y la gloria de las criaturas? ¿Cuál es su sitio natural?

Esta es una primera verdad: el mayor tesoro de tal palabra en el Evangelio se reúne. El Evangelio es pura y verdadera doctrina de Jesucristo: es una reunion de sus frases, así como una historia divinamente inspirada por los actos y prodigios de su poder. Así como el Redentor es el anillo que une la edad antigua con la nueva, y el centro en

que descansa el mundo, el Evangelio, en el cual selló su testamento, contiene la flor de toda la sabiduría divinal y la salud de todas las humanas generaciones. Los profetas y legisladores, que precedieron á la encarnacion del Verbo, sólo pudieron servir á la humanidad, hablando anticipadamente de lo que debia ser escrito y afirmado en el Evangelio; de la propia manera los doctores y los sábios engendrados por el Verbo encarnado, sólo consiguieron producir algun fruto, repitiendo las doctrinas evangélicas: por esto el Apóstol que más inteligencias ganó para el obsequio de la cruz, confesó lo siguiente á los hombres de Corinto: Os he yo engendrado en Jesucristo por el Evangelio: *In Christo Iesu per Evangelium ego vos genui* (1).

A esta verdad sigue otra. Porque si en la palabra de Dios está la salvacion del mundo, y esta palabra se encierra en el Evangelio, ¿qué camino se debe seguir para que verdaderamente la palabra evangélica lleve al hombre la vida? Preciso es que sea el Evangelio predicado á las gentes. El Consumador eterno de nuestra fé apremia en el particular á los Apóstoles, de un modo que no parece consejo, sino mandato y orden. Lo primero que importa (dice así en San Márcos), es predicar el Evangelio: *Primum oportet praedicari Evangelium* (2). En otro lugar exclama: «Lo que os digo al oido, predicadlo desde los terrados: *Quod in aure auditis, praedicate super tecta* (3). Y San Pablo, ateniéndose á tal admonicion, del modo siguiente la repite á Timoteo: Predica la palabra de Dios; insiste con ocasion ó sin ella: *Praedica Verbum, insta opportune, importune* (4). ¿Quereis, por consiguiente, conocer con hechos que se contiene la salud y la vida de los hombres en la palabra evangélica? Sea el Evangelio predicado al mundo, y el mundo vivirá por esta palabra.

Aquí me recojo en mí mismo, pienso en cosa diversa, y pregunto: ¿A quién corresponde predicar el Evangelio? Como veis, la promulgacion de sus doctrinas no es sólo conveniente, sino de todo punto necesaria y obligatoria: necesita un ministro público y un predicador evangélico. ¿Cómo deberá ser, y cuál, el predicador evangélico?

Sin dilacion advertid, señores, el grandioso espectáculo, que puede ver nuestra edad. Hoy la mayoría de los hombres habla con grande honor del Evangelio: hace mucho tiempo, que Voltaire que se burlaba del Evangelio, está bajo tierra, habiendo enmudecido su tumba.

(1) San Pablo 1.^a á los Corintios, cap. IV, v. 15.

(2) San Márcos, cap. XIII, v. 3.

(3) San Mateo, cap. X, v. 27.

(4) San Pablo 2.^a á Timoteo, cap. IV, v. 2.

Juan Jacobo Rousseau, el misántropo y el apasionado admirador de la selva, no une á sus más altos elogios los reproches y las necias risas; de la Enciclopedia, que salió para sustituir á la Buena Nueva, sólo subsisten pedazos. Por el contrario, nuestros doctos, los maestros, los personajes políticos, lo mismo que los iliteratos y los idiotas, llevan el Evangelio en la palma de la mano, difundiendo sus enseñanzas del uno al otro confin. Siento en mi espíritu grande gozo al vislumbrarlo y placerlame gritar: Bien haceis los contemporáneos que á los pueblos evangelizais: infligís un castigo muy justo al siglo XVIII, que negó el Evangelio, glorificando á éste. Como en ningun otro tiempo, se cumple ahora la orden de Cristo: *Quod in aure auditis, praedicate super tecta.*

¿Predicais, sin embargo, el Evangelio, como lo debe ser lo que tanta parte constituye de la viviente generacion? ¿Teneis derecho á explicarlo y á difundirlo? ¿Se ha dado indistintamente á todos este derecho, que deberes sumos encierra? ¿A quién corresponde la salvacion comun?

En tal sitio, donde hoy quisiera fortalecer yo una tercera verdad, me siento embarazado: se me niega la verdad y tengo el problema delante.

Dejemos estar á las turbas, que siempre y en todas partes obligan á poco. Mas veo dos especies de hombres, los cuales, en materia de predicacion evangélica, se jactan de derechos y de privilegios: el ministro protestante y el filósofo racionalista. Sin falta el protestante predica el Evangelio en nombre de la Reforma, y el filósofo en nombre de la ciencia. Ambos me miran de reojo y con soberbia, juzgándose maestros del pueblo, y diciéndome: La predicacion evangélica nos corresponde.

¿Les corresponde? No lo creo, y seguramente no es así. El ministro protestante, que predica el Evangelio en nombre de la Reforma, ¿cómo nos prueba que la Reforma, fea herejía, puede investirlo con tal ministerio? El filósofo racionalista, que lo predica en nombre de la ciencia, ¿cómo á su vez acredita que la ciencia, que á la fé insulta, baste para concederle tal oficio? Busco, por tanto, al predicador evangélico y hasta el presente no doy con él. ¿Dónde se halla?

Por buena ventura el mundo no se ciñe á la turba indisciplinada de los sabiondos, ni se ciñe tampoco al ministro protestante y al filósofo racionalista: yo, que soy cristiano antiguo, perteneciendo á la más vasta y noble familia de los creyentes que habita la tierra, gozo y bendigo á la Providencia por surgir en medio de mi religion el verdadero predicador del Evangelio. Tal es el sacerdote católico. ¿Por qué vacilé yo en establecer en esta parte la verdad? No existe aquí verdad legítimamente combatida, ni problema, sino demostracion cierta. Divi-

namente goza el sacerdote católico de tales dotes y de tales derechos, no pudiéndosele disputar de ningún modo tal oficio: como San Pablo delante de los torvos doctores del paganismo, delante del ministro protestante y del filósofo racionalista puede declararse á sí propio: «En el Evangelio fui constituido predicador y apóstol, y doctor de las naciones: *In quo positus sum ego praedicator, et apostolus, et magister gentium* (1).»

Tal es, señores, el tema que yo dilucidaré. Hecha la pregunta de á quién corresponde la predicación del Evangelio, me ceñiré á dar mi respuesta: es la siguiente: La predicación evangélica no corresponde al ministro protestante, ni al filósofo racionalista; sino sólo á la porción aquella de hombres que para ello están consagrados en el espíritu de Jesucristo; refiérome al sacerdocio católico.

Hay dos argumentos que determinan á quién corresponde la predicación del Evangelio: los argumentos de la revelación y los argumentos de la razón. Según las dos luces, la primera de las cuales se refiere al hombre de la fé, y al hombre de la ciencia la segunda, resulta manifiesto que quien asume los oficios de la predicación evangélica debe reunir tales condiciones y tan válidas que libren de toda cuestión su derecho de apostolado, como se vé, por otra parte, que quien no reúne las condiciones requeridas, no es predicador del Evangelio, sino un intruso y un usurpador. Apresúrome pues, á consultar estos dos argumentos. Solo que, al poner manos á la obra, se me colocan inmediatamente delante y parece que me obstruyen el paso los enemigos ya nombrados: el protestante y el filósofo. A la verdad el protestante, que á nombre de la Reforma predica el Evangelio, me dice que tiene á su favor los argumentos de la revelación. El filósofo, que lo predica en nombre de la ciencia, me dice por su parte que á su favor están los argumentos de la razón. Ahora bien ¿qué hay? Antes de retroceder, recibo desde luego á mis adversarios en el campo de la demostración: opongo al protestante los argumentos de la fé, y al filósofo los de la ciencia. Miradlo, señores: sus propias armas les hieren, porque por ley divina y religiosa la predicación evangélica no corresponde al protestante, como por ley racional y científica no corresponde al filósofo. ¿A quién pertenece pues? ¿Cuál es el vencedor? Contemplareis al vencedor en el sacerdote católico, quien, fuerte con la revelación y la ra-

(1) San Pablo, 2.^a á Timoteo, cap. I, v. 11.

zon, exclamar debe de sí: Soy el verdadero predicador del Evangelio: *In quo positus sum ego praedicator, et apostolus, et magister gentium.*

Empezando por los argumentos de la revelacion, no dan al ministro protestante autoridad, ni derecho para predicar el Evangelio de Jesucristo. ¿Qué nos enseña realmente la revelacion? ¿Qué nos enseña el Evangelio? Abro tembloroso el divinal libro, y leo.

Condicion esencialísima para poder predicar el Evangelio á los hombres es que les confiera el Redentor la mision correspondiente, puesto que hallamos en la Escritura, que anunciar la santa palabra haciéndose maestro y doctor de otro, es ministerio tan alto que, sufrirán desdicha grande los que por su propio capricho dedicanse á él: preciso es que intervenga el Espíritu Santo aquí, para iluminar las mentes y fortalecer los lomos de los Apóstoles con su virtud, hasta el punto de que viva en cada uno de los predicadores el enviado del cielo. Por esto declara Jesucristo que, así como fué mandado por el Padre, son enviados los Apóstoles por Él, y que no ha sido designado por ellos, sino que ha elegido Él á los Apóstoles. Declara que volverá El al Padre, á fin de que el bienaventurado Paráclito descienda á santificarlos y á dictarles la verdad: ciertamente que sólo cumpliéndose tales cosas en los Apóstoles, consiguen la facultad de predicar el Evangelio. Hé aquí la gracia de la mision: *Doceto omnes gentes* (1).

Ahora bien: ¿designa Jesucristo al ministro de la Reforma? ¿Recibió de su boca la orden de la embajada y de la mision evangélica? No; no la recibió, por una razon muy sencilla: él, señores, no estaba en torno de Cristo. Hace ya cerca de dos mil años que Jesucristo descendió al mundo, y ¿cuándo nacieron los protestantes á que nos referimos? Nacieron en muchas edades difícilmente: unos distan de Cristo doce siglos, como los hombres de la comunion de Pedro Valdo; otros distan quince, como los creyentes de Martín Lutero y de Calvino. ¿Quién, pues, fué á recibir para ellos de los lábios de Cristo la mision de anunciar la Buena Nueva? ¿Quién se dirigió por ellos al Cenáculo, para en el celeste fuego de la caridad retemplarse? No lo vemos: aquí la escena está desierta, y la antigüedad no es cosa de la cual se glorien los protestantes. Aparecieron ayer: aparecieron sin genealogía y sin padre; sin vocacion pues, de apóstoles. Por consiguiente siendo ilícito anunciar el Evangelio sin mision pública y autorizada, el ministro protestante, no adornado con ella, no puede desempeñar el oficio de la predicacion evangélica.

Dicen que si no recibieron personalmente de Cristo el Evangelio, lo

(1) San Mateo, cap. XXVIII, v. 19.

tienen de todas maneras segun salió de su boca; fuera de que la divina Escritura les otorga el derecho de predicar libremente, atendida la obligacion que á cada uno impone de anunciar al mundo las verdades. Vedme aquí por estas razones de los protestantes llevado al punto más conspícuo del problema.

¿Han recibido en efecto el Evangelio puro é inmaculado, como salió de la boca de Jesús? ¿Por qué camino, señores, y por quién? Os lo diré. Lo recibieron de la Iglesia católica. El propio Lutero no vaciló en asegurarlo, donde cuestionando con Zuinglio escribió que todas las verdades de salud, los sacramentos, el poder de las Llaves, el verdadero catequismo y las santas Escrituras fueron por la Reforma tomadas al Romano Pontificado: *Hoc enim totum a Papa habemus* (1). ¡Confesion solemne! Al paso que reconoce en la Iglesia el depósito del verdadero Evangelio, señala la condenacion de la Reforma. ¿De qué sirve tomar el Evangelio de la Iglesia, si se rechaza su espíritu, si se destrozan las leyes que unen al hombre con Jesucristo, y si no se conserva el Evangelio en su integridad? Hé aquí precisamente lo que hicieron los protestantes dando un Evangelio estropeado é incompleto; por lo cual reanudaron la mala costumbre de las variaciones bíblicas. ¿Acaso es bastante tomar así, para poder jactarse de poseer los mismos derechos y los mismos privilegios que pertenecen al gran cuerpo moral de donde se han quitado? ¡Gran Dios! ¿Cuál enemigo del Señor no tomó siempre de la Iglesia católica? Las sectas heréticas, que desde tiempo antiquísimo afligieron al mundo, tomaron de la Iglesia muchas y magníficas verdades. Sólo por la importancia de las verdades á las que mezclaron groseros errores, pudieron meter ruido entre los hombres, procurarse algun nombre y vivir muchos años. El mismo Mahoma tomó de la Iglesia católica la unidad de Dios, el culto de los ángeles y el origen inmaculado de María, ingiriéndolos en el Alcorán. ¿Y qué no arrebatan á la Iglesia aquellas atroces escuelas económicas y socialistas, que hoy espantan á los inteligentes? Toman el concepto sublime de la organizacion, el principio de la fraternidad y hasta la idea de la comunión de bienes. Todo el mundo corrompido dedícase á despojar á la Iglesia de Jesucristo: ¿formarán por lo tanto el cristianismo todos los hombres de la corrupcion y de la impiedad? ¿Gozan delante del cielo y de la tierra de la misma autoridad que la Iglesia? ¿Conservan sus derechos, sus títulos y sus razones? Nadie que tenga un poco de sentido lo afirmará. Ahora bien, para concluir, ¿Qué importa que la Refor-

(1) Véase: *Op. german. Lutheri*. Ienae fol. 403, 409: en Audin, *Histoire de la vie de Luther*, tom. II, cap. 23, ed. 2, pág. 373 y sig.

ma tomara el Evangelio de la Iglesia? ¿Ha recibido por esto el derecho de predicarlo y de instruir á las gentes? ¡Ah! no. No debia cogerlo, sino dejarlo al catolicismo: apenas nació, consumando el horrendo divorcio, quedó sin autoridad para anunciar al hombre la palabra de Dios. El oficio del apostolado evangélico no corresponde por consiguiente al ministro protestante, que separado está de la Iglesia.

No vale añadir que la divina Escritura concede á los protestantes este derecho, considerando la obligacion en cada uno de promulgar la verdad. ¿Cómo? Si el divino Evangelio, segun afirmó el Fraile sajón, estaba en la Iglesia Romana: ¿por qué no cumplir esta obligacion de publicar la verdad en el mundo dentro de la religion de nuestros padres? ¿A qué fin querer el cisma que rasga la vestidura de Cristo? ¿Por qué ir fuera del rebaño para llevar las gentes á la apostasia? Si es verdad que la Escritura os otorga el derecho de predicar libremente, exactísimo es, por otra parte, que os prohíbe inducir al cisma y á la apostasia: ¿por qué no os fijais en ello? Viene aquí con oportunidad un hermoso párrafo de Bacon de Verulamio: «Es cierto que los cismas y las herejias causan en la Iglesia gravísimos escándalos, peores aún que la misma corrupcion de las costumbres. Porque, así como en el cuerpo natural las heridas y la descomposicion son mucho más feroces que los humores pútridos, en el cuerpo moral ocurre lo mismo. Por esto no hay cosa que asuste tanto á los hombres impidiéndoles entrar en la Iglesia, y que habiendo entrado los haga abjurar más fácilmente, como la violacion de la unidad. En su virtud en los tiempos en que tal desórden está en boga, algunos dicen: *Ecce in deserto*; otros: *Ecce in penetralibus*. Es decir: mientras algunos buscan á Cristo en los conciliábulos de los herejes, y otros en la faz externa de la Iglesia, preciso es oír aquella voz suave: *Nolite exire* (1).» Acordaos de tal aviso vosotros los que quisisteis salir furiosamente rompiendo la unidad: sabed que para predicar la herejía y el cisma no fuisteis, ni sois actualmente libres. Por otra parte, con un Evangelio acomodado al propio gusto, con una doctrina personal y adúltera, ¿cómo podeis forjaros la ilusion de defender la causa de la verdad?

Hé aquí que mi argumento toma mayores proporciones.

Suponemos, señores, que anuncian el Evangelio por amor á la verdad, y suponemos que se persuaden de ello: ¿Qué caracteres presentan y qué garantías, para que los hombres ajusten á ellos sus creencias? Bueno que los convierta el amor prepotente á la verdad en apóstoles; ¡pero, dónde están las señales creíbles de su apostolado? Faltándoles mision declara-

(1) Francisco Bacon, *Sermones Fideles*, etc... N. III. *De unitate Ecclesiae*.

da y divina, es preciso que nos revelen á lo ménos un sello moral, un título que los manifieste hombres extraordinarios, porque, si hablan en nombre de Dios, necesario es que Dios no permanezca oculto, sino que los invista áun exteriormente con su gloria.

Segun esto, el milagro es la señal más bella y el sello más evidente (1). De los antiguos Apóstoles descubrimos que además de haber recibido la mision divina, eran trasformados por Jesucristo en hombres estupendos y milagrosos, á fin de que lograran fundar la fé. Cristo realmente amonesta en San Márcos del modo siguiente: «Con los que creyeren irán estos milagros: en mi nombre lanzarán los demonios, manosearán las serpientes, pondrán las manos sobre los enfermos, y quedarán curados: *Signa autem eos qui crediderint, haec sequentur: In nomine meo daemonia eicient, serpentes tollent, super aegros manus imponent et bene habebunt* (2).»

¿Poseen la virtud de tales milagros los protestantes? ¿Lanzan en nombre de Dios á los demonios, manosean las serpientes y curan á los enfermos? ¡Oh cielos! ¡Oh cielos! Vivía la Europa en el siglo décimo sexto madura para terribles acontecimientos: atrevida por muchas ciencias que habian agrandado sus filósofos y sus naturalistas, respiraba el hálito de la novedad que serpenteaba en todas partes: en los palacios reales, en los claustros y en las academias: ébria en su virtud y con espíritu delirante, al mismo tiempo que de costumbres corrompidas, llegó al punto extremo aquel en el cual se dirige á Dios el soberbio exclamando: *No te serviré*. ¿Qué le urgía remediar á la orgullosa? Teniendo la unidad de la fé que aún no estaba rota, se debian purificar las costumbres, reconciliar á las inteligencias con la religion, y fortalecer el principio de la autoridad. Tal es la sábia reforma, que hombres píos é ilustres, como el Cardenal Cesarini, Tiene y Borromeo, en el seno de la Iglesia católica pedian, y se hubiera conseguido sin gran tardanza, á creer aquel siglo más en la promesa que Dios ha hecho de no abandonar su Iglesia. ¿Qué ocurrió entre tanto? Surgieron otros hombres, no píos é ilustres, sino concupiscentes, audaces, violentos, sacrilegos. Surgieron como la tempestad, pidiendo la reforma con altas voces, realizando la revolucion más oscura y salvaje, que nunca conmovió los ejes de nuestro suelo. Rompieron la unidad de la fé, rechazaron los dogmas, conculcaron la disciplina, asaltaron y pusieron en dispersion

(1) *In nultum quippe nomen religionis, seu verum, seu falsum coagulari homines possunt, nisi aliquando signacolorum vel sacramentorum visibilibus consortiis colligantur.* San Agustin, Lib. XIX. *Contra Faustum*, cap. II.

(2) San Márcos, cap. XVI, 17, 18.

á guisa de lobos la grey devota. Cuando era tiempo de obrar varonilmente, estos génius insanos, oh Señor, disiparon vuestra ley: *Tempus faciendi, Domine, dissipaverunt legem tuam* (1). En esto se señalaron los autores del protestantismo, y tales fueron sus milagros.

Lejos de arrojar á los demonios, los invocaron, y los admitieron para que dominasen. A lo ménos Lutero entreteníase con Satanás; así, desobedeciendo á la Iglesia de Dios, siendo lascivos y de pésimas costumbres, pusieron bien de realce que estaban poseidos por los demonios: *Daemonia eiicient.*

Lejos de alejar á las serpientes, las arrojaron al pecho de sus hermanos, encendiendo la tea de la discordia en el mundo. Por su grito de batalla, ciudades se levantaron contra ciudades, y pueblos contra pueblos. La Germania quedó dividida en facciones y sus miembros virginales quedaron desgarrados por el hierro; la Inglaterra quedó cubierta por la tiranía; la Francia se vió agitada, y la Suiza iluminada por la luz turbia de las hogueras homicidas; despues la guerra de seis lustros y la sangre de varias razas alemanas, que se vió brotar hasta de las piedras: *Serpentes tollent.*

Lejos de curar á los enfermos, envenenaron las conciencias con la duda y con la incredulidad. Arrastraron á millones de almas en pos de cultos bastardos, las pusieron para que se desvanecieran en los brazos de la herejía, abandonándolas á aquellos tormentos morales, que tan fecundísimos son en todas las sectas: *Super aegros manus imponent.*

Parece, señores, que hablo irónicamente, y no es así. Con prodigios mejores ó diversos de estos no supo resplandecer la Reforma. ¡Callemos! ¡Oh Apóstoles primitivos! ¡Oh gloriosos predicadores de la Buena Nueva, levantad la cabeza desde la vieja tumba y mirad! Ved á los que se jactan de hacer vuestras veces al promulgar la doctrina de Jesucristo. ¡Tales prendas nos ofrecen de la credibilidad que se les debe! ¡Esta garantía nos ofrecen de su apostolado! Malvado tumulto en la tierra, sangre y agonía de la fé. ¡Osará, sin embargo, alguno sostener que tiene obligacion el ministro protestante de anunciar el Evangelio para rendir tributo á la verdad? A fin de que la verdad divina sea predicada por alguno á los hombres, en calidad de maestro, preciso es que se presente con señales creíbles y autorizadas; de todas está terriblemente despojado el ministro de la Reforma: no corresponde por consiguiente al ministro de la Reforma el oficio de la predicacion evangélica.

Hemos consultado los argumentos de la fé, á los cuales apela el apóstol-

(1) Salmo CXVIII, v. 126.

¿ol protestante, y contienen su condena. ¿Qué sucederá consultando los de la razon? Aquí pierdo de vista yo al ministro de la Reforma, ó, si en él me ocupo aún, lo encuentro cambiado en filósofo naturalista. Hablemos, pues, del filósofo. Este, que no hace caso de la voz de la revelacion, y que la desmiente como el protestante, enorgulleciéndose con la razon, ¿cómo nos prueba que puede predicar el Evangelio? Hé aquí la ley divina y religiosa que sigue á la nacional y científica; semejante ley cierra la boca del filósofo que á ella recurre.

Interrogo á la razon humana, busco su luz en la materia que ventilamos, y deduzco sin más que mayormente por tres principios no corresponde al filósofo naturalista la predicacion evangélica.

Oid el primero. Es un principio, que se debe admitir, que poniéndose á divulgar y á encarecer las doctrinas encerradas en algun libro, necesario es que tales doctrinas sean expresadas de un modo conforme á la índole de aquél y á su peculiar naturaleza. Por ejemplo; quien enseñar quiera lo bello de la literatura, materia de gusto que tiende al tacto más exquisito del alma, no hará de ninguna manera cálculos matemáticos; quien enseña matemáticas, en las cuales sólo se fatiga el entendimiento, no se entretendrá sacando á relucir delicias y veneros literarios. Toda ciencia y todo estudio, real ó metafísico, quiere un método peculiar.

¿Qué cosa es el Evangelio? ¿Cuáles doctrinas encierra? Os lo he dicho: el Evangelio es el libro de la gran revelacion de Jesucristo; las doctrinas que contiene son sobrehumanas y celestes: por esto toda la enseñanza, y toda la enunciacion que puede hacer de ellas al hombre, han de tender á suscitar en los corazones la fé: *Verbum fidei, quod praedicamus* (1). Esto sentado, el método que emplea el filósofo racionalista ¿tiende á suscitar en las almas esta fé? Sus discursos relativos al Evangelio, las demostraciones que ofrece de su hermosura y de su excelencia, ¿sirven para conseguir que crea el hombre cristianamente, esto es, segun ordenó Jesucristo? Todo lo contrario: Jesucristo nos impele á creer, y el filósofo nos impele á razonar. El razonamiento, contenido dentro de sus límites, auxilia ciertamente á la fé, desembarazándola el paso, ó desvaneciendo las objeciones que se presentan contra ella, ó afirmando preventivamente las verdades naturales; de semejante modo la filosofia pagana, como escribió Clemente de Alejandría, fué la introduccion del cristianismo. Mas el razonamiento, si á la fé sirve, no la suple: no se puede poner en su lugar, dejando de ser su auxiliador y compañero, viniendo á ser principal ó único actor; en su virtud, quien

(1) San Pablo á los Romanos, cap. X, v. 8.

sostuviese así la causa del Evangelio, haríale muy feo servicio: excluiría la fé, con esta excluyendo el propio Evangelio y la religion de Jesucristo. A concluir aquí va el razonamiento del filósofo. Realmente, mientras nosotros por la fé nos elevamos á esperar las cosas lejanas, consideramos ciertas las que no se ven, de tal modo que aún á los arcanos y á los misterios asentimos de modo tan perfecto, que hasta supera la evidencia terrena; admitidos por el contrario en la escuela del filósofo racionalista, no tenemos nada de esto. No tenemos ya cosas lejanas, porque las hacemos enteramente propincuas, sometiéndolas á la operacion de nuestro espíritu: no más cosas que no se ven, por cuanto en la agudeza de la mente queremos vislumbrarlo y comprenderlo todo; no más misterios y arcanos, porque deja de ser misterioso lo que se explica, porque los dogmas vienen á ser simples manifestaciones del raciocinio, y promueven la cuestion, no siendo el raciocinio por su naturaleza infalible: ultimamente, por todas estas razones, no tenemos más creencia religiosa, por cuanto lo que se vé y se toca naturalmente con la luz de la inteligencia no puede ser objeto de fé, sino de prueba. ¡Oh! ¿Dónde se halla la fé que recomienda el Evangelio, raiz de mérito, y sin la cual no cabe complacer á Dios? Se ha ido, devorada por el razonamiento, y muere: *Evananita est fides, abolita est promissio* (1). Como veis, no entro á poner de realce la falsedad, ni los errores homicidas en que dá el filósofo fácilmente, explicando de arbitrario modo la palabra de Dios: me refiero al método solamente de reducir el Evangelio á un discurso racional, y digo que tal método anula la fé. Empero anulando la fé, ¿deberá estimarse buen predicador evangélico el filósofo racionalista, y buen nuncio de Jesucristo? Concluyamos: todo el Evangelio está fundado sobre la fé, que divinamente brota en los corazones humanos. Ahora bien; destruye el filósofo esta fé con su método explicativo: no puede, por lo tanto, ejercer su oficio de apóstol evangelista.

Voy al segundo principio. Nadie querrá negarme que predicar las enseñanzas de algun gran libro y de alguna obra de sumo precio, trae consigo exaltar la persona y el nombre del propio autor. A lo ménos vemos que así pasa en el mundo. Vosotros, al ensalzar la Iliada, ensalzais á Homero; y aumentando mi asombro por este poema, heroico verdaderamente, me poneis á elevacion tal el viejo cantor de los griegos, que parece lo unís al número de los dioses. Cuan me hablais de la *Divina Comedia*, y traeis á la memoria el dicho aquel, segun el cual casi es la biblia de la civilization, saludais sin reparo á Alighieri como ingenio creador, padre ó mesas de las modernas literaturas. Lo mismo es: no

(1) San Pablo á los Romanos, cap IV, v. 14.

está permitido celebrar alguna obra, sin celebrar al propio tiempo al artifice que la hizo.

Parece que los filósofos racionalistas deberían seguir tal sistema. Decantándonos el libro del Evangelio, ¿no convendría que decantaran al propio tiempo y magnificaran la persona de Jesucristo, que es su autor? Mas: debería hacerlo preferentemente á otros por esta razon. Los demás libros no se relacionan por punto general con la vida de sus actores. La Iliada nada tiene que ver con Homero: cuenta cosas que no le corresponden y enteramente subsiste por sí: lo mismo pasa con la República de Platon, con la Política de Aristóteles y con innumerables otros: la obra está separada del artista. Mas ¿qué sucede con el Evangelio? El Evangelio, que viene á ser la celeste biografía de Jesús y el manual de su doctrina, se atiene de un modo sustancial á su persona. Jesús es la luz, el hábito y la vida que informa las páginas sacrosantas: es el testimonio que las confirma: en su virtud familiarizarse con el Evangelio es familiarizarse propiamente con Él, tocar los cabellos de su cabeza y recibir de su boca el pan de la celeste doctrina. Aquí el artifice no es extraño á la obra; no tanto llena de gloria el libro á su autor, cuanto lo fecunda y glorifica por sí propio.

Colocado así el hecho, parece imposible que los filósofos racionalistas enaltezcan el Evangelio, sin que á la vez exalten á su autor venerable, que es Jesucristo. Sin embargo, ¿quién no lo sabe hoy, señores? Los referidos filósofos, al propio tiempo que consignan estupendas cosas de la sabiduría evangélica, se ponen todos á rebajar y empequeñecer el carácter personal del Hijo de la Virgen. El Evangelio enseña que Cristo es Dios: Él mismo lo sostuvo delante de Caifás: *Tu dixisti* (1); en la divinidad de Jesús precisamente se realiza y se promulga la ley nueva. Ahora bien; ¿qué hacen y qué dicen por el contrario los filósofos materialistas? ¡Ah! ¡Los filósofos tienen miedo á la divinidad! Les hace sombra y procuran aniquilarla: por esto, así como reducen los misterios, los arcanos y los otros dogmas del cristianismo á simples manifestaciones del raciocinio humano, rebajan tanto la persona de Jesucristo que lo equiparan á los hombres comunes, despojándole de todo sello sobrenatural y eterno. Preguntad al sofista de Ginebra: en varios lugares de sus escritos, Jesús campea como un hombre grande que maravilla; pero no como Dios. Hay más. De tal manera nuestros filósofos se alejan de la divinidad de Jesucristo que, quitándole hasta la vida real, lo trasforman en un mito, ó en un sueño, como Federico Strauss, ó lo reducen más abiertamente aún á una creacion metaffi-

(1) San Mateo, cap. XXVI, v. 64.

sica salida del cerebro del hombre, como parece lo intenta en nuestros días Renan (1). Ahora pregunto yo: el modo de que sea el Evangelio enaltecido y celebrado ¿es denigrar así al autor, falsificándolo y disipándolo? Quien esto hace, destruyendo á Jesucristo, ¿podrá en los fieles tener derecho á la predicacion evangélica? El cristianismo se indigna por este sacrilegio y por esta confusion horrible: el Evangelio promulga la necesidad absoluta de Cristo Dios, en el cual se arraiga esencialmente: por consecuencia (damos la conclusion otra vez), no corresponde al filósofo racionalista anunciarlo á los pueblos.

Establezco aquí el tercer principio. Deber y caro estudio de quien anuncia alguna doctrina benéfica á los hombres, es que tal doctrina no se limite á pocas personas, sino que se difunda todo lo posible transmitiéndose al universo. Hallamos en la historia que los más ilustres sabios procuraron siempre todo lo que sirviese para fundar escuelas y reunir alumnos; de los filósofos griegos es sabido que, abandonando diariamente su celda privada, leian debajo de los pórticos del Liceo y de la Academia, en las palestras, en los sitios frecuentados por el pueblo, en las plazas, en las oficinas, y hasta en las casas de los más célebres cortesanos, compelidos por aquel grandioso intento, que dejamos notado, de hacer gustar al mundo largamente los frutos de su ciencia.

Creemos que á semejante fin tienden tambien nuestros filósofos que predicán el Evangelio; mas ¡ay! confiésenlo: ¿Lo consiguen por ventura, con esta predicacion suya, recogida dentro de fórmulas especulativas? ¿Logran que la doctrina evangélica sea conocida en general y apreciada por los hombres? La filosofia está llena de oscuridades profundas y se sustrae á la inteligencia de la generalidad. Aun los principios fundamentales de las cosas que parecen evidentes por sí, vestidos de una manera filosófica, se oscurecen, viniendo á ser abstractos y nebulosos á la vista de la multitud, porque la verdad fácilmente se aprende, ménos se entiende, y es difícilísimo que se comprenda; en su virtud los que al humano entendimiento quieren someter todas las ciencias, levantan cátedra en la soledad. Los principios matemáticos de la natural filosofia de Isaac Newton sólo fueron entendidos por muy contados: por lo que hace á los mismos doctos fueron en sus demostraciones combatidos por Leibnitz, y por Juan Bernoulli, así como puestos en duda por Fontanelle. A la *Ciencia Nueva* de Vico le tocó suerte peor, porque casi nadie se ocupó en ella, callando hasta el holandés Juan Le Clerc. En su *Biblioteca antigua y moderna*, donde se celebraban los demás li-

(1) En sus *Études d'histoire religieuse*.

bros del Napolitano, no pudo meter este, lo cual causó en el autor inquietud acerbísima.

Añadireis que la cosa es muy distinta relativamente á las verdades y á los principios de la religion, contestán-los yo que es realmente distinta en el sentido de aumentar las dificultades, porque la religion, dominando á la naturaleza, se envuelve por decirlo así en arcanos mayores y más impenetrables; al querer filosofar sobre tales misterios haciéndolos racionales, se mete, por decirlo así, la imaginación en tales alambiques, y de tal manera el raciocinio se desnaturaliza, que pierden su significacion. A la verdad, ¿qué pudo comprender el alma creyente cuando Roland publicaba *El Cristianismo sin misterio*? ¿Cuándo Dupuis, á fin de anular la revelacion cristiana, dió á luz el *Origen de todos los cultos*? Ya que más arriba he nombrado á Strauss, decid: ¿Qué ideas netas y claras, qué tesoros de conocimientos pueden sacar los pueblos de sus libros, donde, separando á Cristo de Jesús, y desenvolviendo la teoría panteista de Jorge Hegel, quiere borrar de la tierra el Cristo histórico, sustituyéndolo con el Cristo ideal? ¿Qué hombres traslucen un átomo de ciencia en tal abominacion? ¡Pobres filósofos! Por querer explicar el Evangelio, haciéndole brillantísimo en sus doctrinas, nos lanzan á las tinieblas. ¡Dios mio! El Evangelio no quiere ser enseñado ni predicado así. El Hombre Dios no vino á darnos los elementos de Euclides, ni los tratados de Eulero: vino á fin de hacer lo que ansiaron los filósofos y no pudieron: vino á darnos un libro que uniera en el obsequio de sus leyes todas las inteligencias del mundo. En su virtud, nos entregó un libro de concepto altísimo; pero sencillo en sus formas y sin adornos de literarios: un libro que hablase más al corazón que á nuestra mente: que sirviese más para la curacion de nuestros dolores, que para el alimento del orgullo nuestro con vanas enseñanzas: no dió, en suma, la palabra del hombre, sino la de Dios: esto es todo. De aquí que fuera el Evangelio el libro de todos. Al docto habla lo mismo que al ignaro: al individuo lo propio que á las naciones. Si existe una clase de hombres á los cuales se dirija más distintamente y se conforme más con sus necesidades, es la de los míseros y de los infelices. Buscó Cristo á los pequeños: amó sobre todo á los débiles, á las mujeres y á los niños: enseñó su Evangelio en favor de los pobres: *Evangelizare pauperibus misit me* (1). Hé aquí, lo repito, por qué razon fué sin duda el Evangelio el libro de la humanidad. Los filósofos fueron por camino contrario: sobre todo los racionalistas sólo pensaron en complacer á los grandes y á los sábios: no se propusieron tanto ser útiles.

(1) San Lúcas, cap. II, v. 18.

á otros, como lograr honor y fama para sí mismos: se colocaron en las nubes para ser excelsos, logrando así el repudio comun y la esterilidad. ¡Podrán ahora estos filósofos y estos doctores, abandonados por sus hermanos, arrogarse el derecho de predicar el Evangelio, ó el libro que contiene la salud del mundo? ¡Ellos que para sí ofuscan y esconden esta salud, mezclándola con errores inconcebibles, sin dejar siquiera que los necesitados vean dónde se alberga? Señores, yo uno esta última conclusion: deber es de quien al hombre anuncia cualquiera ciencia útil al hombre, que se difunda generalmente; pero los filósofos naturalistas restringen por el contrario á pocos las enseñanzas del Evangelio, que son difusivas y populares por excelencia. No compete por lo tanto á los filósofos el ministerio de la predicacion evangélica.

He consultado ya los dos argumentos, por los cuales se determina á quién toca el derecho de predicar el Evangelio; los de la revelacion y los de la razon, con lo cual la parte primera del problema está clara, como tambien conducida á su término y resuelta. La revelacion, en la cual se apoya el ministro protestante, demuestra que no recibió de Jesucristo el poder de anunciar su palabra, ni de ser apóstol; así la razon convence al filósofo racionalista de que carece de toda autoridad para tocar el Evangelio y promulgarle. Lo habeis oido de mí. Es preciso que se anuncie á los pueblos el Evangelio y que se explique, viniendo aquí oportunamente la primera pregunta: ¿Quién pues, deberá predicarlo? Alzad, señores, los ojos al verdadero predicador de la Buena Nueva, que se aproxima; es el sacerdote católico. Así como Jesucristo, eterno autor del Evangelio, se ha presentado á los hombres luminoso por la divinidad, y luminoso por su humanidad, este, con el Evangelio en la mano, preséntase á la tierra, fuerte con los argumentos de la revelacion y fuerte con los de la razon. ¡Cosa que maravilla! Dirigiéndose al protestante, alega contra él la ley divina y religiosa; dirigiéndose al filósofo naturalista, le pone delante la ley racional y científica, diciendo á los dos: En el Evangelio soy colocado yo predicador, apóstol y maestro de las gentes: *In quo positus sum ego praedicator, et apostolus, et magister gentium.*

¡No me creereis, señores? Pues bien. Hagamos el camino nuevamente, discurriendo segun los argumentos de la revelacion y de la razon. Vereis al sacerdote católico que, bien socorrido por tales argumentos, vence con los primeros delante del ministro de la Reforma, y vence con los segundos delante del filósofo racionalista.

Examinando la divina revelacion, encontramos primeramente que condicion indispensable para poder predicar el Evangelio, es haber recibido de Jesucristo abierto y solemne mandato. Ahora bien; ¿no se

alegra precisamente de tal cosa el sacerdote católico? Ciertamente que, confinado en el tiempo presente, es imposible que se juzgue transportado personalmente á los pies de Jesucristo para ser investido con el ministerio evangélico; mas en el mismo tiempo presente en que vive, si bien observais, os dá la prueba de que Jesucristo le habló, eligiéndole divinamente. A la verdad, Jesucristo escogió á los Apóstoles diciéndoles: *Id y enseñad á todas las gentes: Ite, docete omnes gentes*. Estos Apóstoles, con el derecho de la predicacion, formaron inmediatamente un cuerpo moral, una jerarquía, la cual así arraigada sobre el divino fundamento de Jesucristo, recibió el poder de difundirse y perpetuarse; en su virtud leemos que los Apóstoles, llamando á sí á los diáconos primeros, é imponiéndoles las manos, los avaloraban para que cumplieran las funciones del ministerio sagrado (1). Así, aun oímos á san Pablo que, dirigiéndose á Tito, le recuerda que establezca sacerdotes para las ciudades, segun sus amonestaciones (2). Demuestra esto que los Apóstoles eligen y envían á los sacerdotes, á nombre de Cristo, como Cristo en nombre del Padre los ha elegido y enviado á predicar el Evangelio: *Sicut misit me pater, et ego mitto vos* (3). Hay por consecuencia en el Cristianismo hombres electos autorizadamente para continuar de siglo en siglo la evangélica predicacion; sobre esto no cabe duda. Mas, ¿quiénes son estos? Os declararé hace poco que son los sacerdotes católicos. Ellos, enlazándose intimamente con la jerarquía apostólica primera, nunca interrumpida en la Iglesia de Dios, sacan en la santa ordenacion, juntamente con los demás poderes espirituales, hasta el de predicar el Evangelio; por esto tienen los labios ungidos, son corroborados en la gracia del Sacramento, reciben una educacion científica, y trabajan de continuo en la viña del Padre de familia, bajo la vigilancia del episcopado; por esto, señores, si preguntais á un sacerdote católico de dónde viene, y cómo prueba el derecho de su mision evangélica, él, no encontrándose de ningun modo aislado, ni en poder de sí mismo, os mostrará en seguida el venerando pastor que lo admitió para el sacerdocio, y pronto el sagrado pastor que le ordenó; subiendo de pastor en pastor, llegará derechamente á los Apóstoles, y con los Apóstoles á Jesucristo; así hasta al último de los sacerdotes católicos que vea, llegará, pasando de anillo en anillo, á la cima de la inmensa cadena sacerdotal, dándoos bella y clara demostracion de su origen, convenciendo al mundo de que llamado es por Jesucristo y electo en su gracia.

(1) Hechos de los Apóstoles, cap. IV, v. 6.

(2) San Pablo á Tito, cap. I, v. 5.

(3) San Juan, cap. XX, v. 21.

¡Mirad el derecho de la predicacion evangélica! La luz que se difunde de tal cadena, que tiene por Jefe á Jesucristo, es la sucesion de los vínculos que en la Iglesia católica llenaba de admiracion el genio del sublime Bossuet, compeliéndole á considerar el sacerdocio como eje imperecedero del cristianismo. Brillaba esta verdad evidente á los ojos de todos los ilustres protestantes, desde Leibnitz hasta Guizot, por lo cual se veian constreñidos á reverenciar profundamente á la Iglesia. A la verdad, ¿quién iguala por este lado al sacerdote católico? El ministro de la reforma, que no tiene padre verdadero en la fé, ni principio apostólico, ignora de dónde viene; el sacerdote, por el contrario, lo sabe. Aquellos infieren el derecho del apostolado sólo de razones vanas é insipientes; este lo encuentra en el sacrosanto deber que lo liga en la conciencia, y delante de los hombres, á fin de que obedezca á Cristo y á la Iglesia. Dice: Amaestro á los pueblos, porque Jesucristo, viviente en su Iglesia, me manda que hable, habiéndole jurado amor y servidumbre. Esto vale mucho más que recurrir á la voz innata, que cada uno lleva consigo, de difundir la verdad al mundo, como lo hace el protestante. Aun admitiendo esta voz, no es más que una simple mision de naturaleza; pero no una mision divina: entretanto, sustituyendo una mision con otra, cesa el sacerdocio instituido por Jesucristo, puesto que todos los hombres vienen á ser naturalmente sacerdotes. Además de que de cosas abstractas y nada determinadas no nace el derecho, sino de razones reales; y el primer documento jurídico es el hecho. Solamente al sacerdote católico sonríe este hecho, que divino es: la mision que recibe originariamente de Dios á fin de anunciar el Evangelio. Predíquelo, pues, el único que puede: *In quo positus sum ego praedicator, et apostolus, et magister gentium.*

En segundo lugar, es manifiesto por la divina revelacion que quiere anunciar como maestro el Evangelio á los hombres, debe resplandecer con señales externas, es decir, con milagros, para expeler los demonios, sacar las serpientes y curar á los enfermos, á fin de que conmovido el mundo por tales milagros se persuada de que está en el predicador el enviado de Dios: *Daemonia eiicient, serpentes tollent, super aegros manus imponent et bene habebunt.* Estas señales ó portentos enaltecen al sacerdote católico, habiendo yo mostrado que es legítima y continua descendencia apostólica. Ahora bien; empezando por los Apóstoles y descendiendo de edad en edad, ¿qué más vemos, señores?

El sacerdote católico es el hombre del prodigio. Hé aquí á Pedro, Andrés, Santiago, Juan y á los demás hermanos del apostolado, que, como buenos agricultores, siembran el grano evangélico en los campos del Oriente y del Occidente, y en todas las partes del mundo. Empero

observad que difunden la divina semilla del Evangelio, enderezando á los cojos, dando á los ciegos vista, oído á los sordos, habla á los mudos, y haciendo que los extintos respiren el hálito de la doble vida: la del espíritu y la del cuerpo.

El sacerdote católico es el hombre del prodigio. Mirad las catacumbas y los horrores de la persecucion. En aquellas los cristianos, cubiertos con el manto de sus Pontífices y de sus sacerdotes, se juntan en las entrañas de la tierra, donde viven juntos por la vez primera con caridad fraternal: viven en la paciencia, en la mansedumbre y en la justicia; desde aquel mundo subterráneo, en el santo enlace del dolor y de la virtud, maduran la regeneracion del mundo público y universal; entre los horrores de la persecucion, los cristianos gozosos van al suplicio; suben á la hoguera, presentan en el circo el pecho desnudo á los leones bramadores; viejos, mujeres, niños y pudorosísimas doncellas corren alegres á la muerte, como si fuera el día de sus bodas; caen y bendicen, muriendo y dejando á los vivos el impulso de un heroísmo, que la vida es de las almas. ¿Quién los guía y los informa? ¿Quién es el primero que les ofrece los ejemplos del héroe divino? El sacerdote.

Sí; el sacerdote católico es el hombre del prodigio. ¿Cómo el mundo se convirtió realmente á Jesucristo? Se convirtió en la luz de los milagros sacerdotales. A entrar volvía en la vaina el acero del tirano, y la paloma de la paz llevaba el olivo para engalanar con él las tiendas de la Iglesia: pronto en el espíritu de Dios la muchedumbre de los sacerdotes católicos empezaba nuevamente la vuelta apostólica, anunciando el Evangelio y alegrando con milagros el mundo. San Frumanzio ganaba de tal modo para la cruz la Etiopía, Patricio la Irlanda, Remigio las Galias, el monje Agustin la Inglaterra, Wilibrando la Zelanda, la Holanda y la Frisia, Bonifacio la Germania, Ascario la Dinamarca y la Suecia. Ahora bien; estos dominadores de las naciones, todos de raza levítica, monjes los unos, y Obispos los otros, obtienen los triunfos del Evangelio con sólo maravillas estrepitosas. Como Pedro, Andrés, Santiago y Pablo, curan las fiebres obscenas, resucitan á los muertos, encadenan á los mónstruos, y dicen al ángel de Satanás: *Vete*, yéndose realmente. Tales son los milagros del sacerdote católico.

Hablamos de tiempos, en los cuales la Reforma protestante no habia nacido aún, y veis cómo ya la gran aureola de las maravillas más hermosas ciñe la frente del sacerdocio de Jesucristo, avalorando en sus labios las verdades del Evangelio. Mas en la edad en que los protestantes comparecen, aún despues que se consuma la horrenda escision en la fé, ¿se muestra por ventura el sacerdote ménos ilustre, é inferior á sí mismo y á la Iglesia? No. En calidad de misionero, llamado por

Cristóbal Colon viaja por América, y en el esplendor sobrehumano de la virtud predica el Evangelio á la proscrita raza de Cam. Va detrás de Vasco de Gama, llegando al Cabo de Buena Esperanza y á Melinda; hé aquí que, nuevo hijo del trueno, el grandísimo Javier supera el vuelo de los audaces navíos del Tajo, recorre las Indias del uno al otro extremo, penetra en el Japon, y mandando á los vientos, á los mares y á las tempestades, como también á la vida y á la muerte, tan bien canta el himno evangélico en aquellas llanuras desiertas, que atrae millones de almas á la creencia del Nazareno. El sacerdote católico, si bien no precedido por ningun armado conquistador, intenta pasar á la China, y ya el padre Mateo Ricci rompe la barrera eternal, que cierra el imperio celeste á nuestros pasos, haciendo sonar respetada la palabra de Cristo en los oídos del inmenso pueblo y de su rey. Conformes con estos, que contemplamos distantes, se desarrollan los milagros del sacerdocio católico en el centro de la Europa. ¡Qué multitud de magnánimos y de gloriosos! Cayetano, Ignacio, Felipe, Calasanz, Miani, Camilo de Lelis, con sus numerosas falanges. ¡Qué novedad de portentos! Predican el Evangelio á la sociedad humana conturbada; en la irrupcion de los soldados de Carlos V, ó cuando las sectas aparecen más furiosas, puestos como ángeles de misericordia, extinguen los odios, curan las heridas de los corazones, desvanecen la calumnia, y oponen un freno moral á la muchedumbre, á fin de que, conturbada por la herejía, no caiga en el abismo; salvan á la Iglesia y al mundo. A estos apóstoles del siglo XVI y á estos sublimes nuncios del Evangelio siguen otros nunca discontinuos; siguen Sales y Vicente de Paul: mas, ¿podría yo contarlos todos? El sacerdote católico es por consecuencia el hombre del prodigio.

Aun actualmente, señores, el sacerdote que os anuncia el Evangelio brilla con caracteres maravillosos: Mártir, derrama en el Tonkin y en el reino de Siam la sangre; catequista, desbasta como por encanto al negro y á los niños del feroz isleño; enfermero y hospitalario, distribuye á los moribundos el beso de Dios, coronando su féretro con immaculados jacintos; maestro, dicta desde la cátedra los principios incorruptos de la justicia, donde todo es depravacion; despreciado y escarnecido, responde sólo con el perdon, recobrando los ánimos incrédulos de la muy agitada y frenética Europa. ¿No son estos milagros? ¿Pedireis aún milagros al sacerdote? ¡Dios inmortal! ¿No os basta la sucesion de los tiempos, desde los Apóstoles hasta nosotros, toda luminosa por sus milagros?

Hé aquí que se añaden maravillas á maravillas. Los protestantes, surgidos en el estruendo social de su edad, no consiguieron borrar de

su frente propia el sello del mal, donde tuvieron origen; nacieron de la maldad, y la maldad los dominó. ¿Qué sucedió, por el contrario, en el sacerdote católico? En ruines corruptelas se halló siempre; pero, como no había nacido de corruptela, las venció. Encontró la maldad de los Emperadores latinos; pero supo combatir tan resuelta y gallardamente que hizo caer á pedazos el trono de los Césares, plantando sobre aquellas ruinas la Silla del Sumo Pontificado. Encontró la maldad del politeísmo y de la universal idolatría, inculcando tan bien la doctrina católica, que combatiendo á Júpiter capitolino, desvaneció los temidos rayos, incendió el ara de Venus, y abrió las cortinas del Panteon á la divina Virgen de los cristianos. Encontró la maldad de los bárbaros, los cuales desde el Vístula, desde el Danubio y desde el Rhin vinieron como el diluvio á nuestra casa, siendo tanta su gentileza y tanta la eficacia de sus actos y de sus palabras, que amansó aquellas bestias de la selva oriental, haciéndolas retroceder bautizadas y creyentes. Encontró la maldad de la propia herejía, siendo por ella herido; encontró la de la política, la de la ciencia y la de las artes, apareciendo espíritu inmortal que no se contamina ó genio libertador. ¿Y aún pedís milagros al sacerdote católico? Pasarán años, señores, y pasarán siglos, sumergiéndose la edad presente en el vórtice de las cosas humanas. Empero mientras haya un sacerdote católico en el mundo y declare el Evangelio, lo ilustrarán los portentos; lanzará él á Satanás, hará desaparecer la serpiente de la discordia y curará en la fé á los hermanos enfermos: *Daemonia eiicient, serpentes tollent, super aegros manus imponent et bene habebunt.*

¡Glorias del sacerdocio de Jesucristo! ¿Quién os admira en la historia, y puede no sentir una grande alegría? Aquí todo es luz, ó huellas é intervencion de Dios, desapareciendo el simple hombre. Está bien; condicion necesaria para predicar el Evangelio es que ofrezca el predicador en su persona las señales creibles del apostolado, y sobre todo el esplendor de los prodigios. Más en el sacerdote católico que en los otros, abundan estas señales; él sólo, por consiguiente, puede anunciar el Evangelio al mundo en forma de maestro y de Apóstol: *In quo positus sum ego praedicator, et apostalus, et magister gentium.*

Aclarado en frente del protestante su derecho evangélico por los argumentos de la revelacion, el sacerdote católico demuestra igualmente delante del filósofo este derecho suyo, ateniéndose á los argumentos de la razon. Tres principios, como se ha notado, quiere la razon humana, observados al predicar el Evangelio: que se use un método conforme á la índole del libro, encaminado á engendrar en las almas la fé; que sea exaltado el carácter personal de Jesucristo, en quien tiene su raiz

el Evangelio; que finalmente se hable, no á pocos hombres, sino á la multitud. El filósofo racionalista no tiene derecho al Evangelio, ni al apostolado, porque, áun cuando no fuese otra cosa, falta de seguro á estos tres solemnes principios, dejándose llevar de las exageraciones del raciocinio, viniendo á ser absurdo y condenable. Mas seguid atentos, señores. El sacerdote corrige, al anunciar el Evangelio, el indicado método filosófico; por lo cual, áun por respeto á las leyes de la ciencia humana, pone de realce que tiene derecho al evangélico ministerio, y lo anuncia engendrando la fé en armonía con la razon, enalteciendo el carácter personal de Cristo con el apoyo del dogma, hablando á las muchedumbres populares por medio de locuciones adaptadas á sus costumbres.

El sacerdote católico, anunciando el Evangelio, engendra la fé en armonía con la razon.

Inútil es decir que, si en la predicacion evangélica existe una gloria á que aspiren altamente los sacerdotes, es suscitar en los corazones la fé. Todos sus cuidados y esfuerzos tienden á esto, y lo prueba la historia del cristianismo. Mas él, queriendo encender la luz de la fé como el Evangelio prescribe, llevado es como por irresistible instinto á una cosa que se armoniza perfectamente con la razon humana, enlazándose con ella. El Evangelio requiere con efecto que sea el obsequio del hombre razonable: *Rationabile obsequium vestrum* (1). ¿Y qué más demanda el sacerdote? Pide sólo que creamos como cristianos. Ahora bien; ¿qué es esto? Creer, escribe Santo Tomás, es pensar con propio consentimiento; es un acto de la mente, en cuanto por la voluntad determinase á una cosa: *Credere est cum assensu cogitare* (2). Por lo que hace á tomar la defensa de la razon, como veis, el sacerdote, mientras procura inspirar en vosotros la fé cristiana, coloca en el alma vuestra una conmocion activa: en ella mete al intelecto, haciéndole pensar, así como á la voluntad, haciéndola consentir. Observadlo, señores: hace todo esto en amante conecordia con vosotros, sin forzaros ni constreñiros: hace lo dicho cual vosotros lo veis. No; el sacerdote no es el musulman, que con la cimitarra en el puño aferre al árabe del desierto, gritándole: *Cree en mí*, no revelándole su propósito. ¡Ah! El sacerdote católico, que no predica el Corán, sino el Evangelio, nada os propone indigno de acatamiento; ama vuestra libertad y ansioso espera la contestacion; cuando vosotros os rendís á su palabra y creéis, atestiguais con este acto que buen amigo es de vuestra inteligencia y de vuestra libertad. ¿Podría

(1) San Pablo á los Romanos, cap. XII, v. 1.

(2) Santo Tomás, 2, 2 q. 2. A 1 ad. 3.

engendrar la fé pura en las almas de otra suerte, más en armonía bella con la razon?

Verdad que anunciando el Evangelio, el sacerdote procede por vía de autoridad: os induce á creer sobre la palabra revelada y porque Dios lo prescribe.

Mas, señores, la autoridad no es la fuerza ni la violencia: además ella, como advirtió San Agustin, nunca va enteramente separada de la razon, por cuanto esta puede discurrir á qué autoridad es preciso creer: *Neque auctoritatem ratio penitus deserit, cum consideratur cui sit credendum* (1). Diré más bien que si la razon hasta cierto punto ejercitase, viene aquí á quedar, sin embargo, irritada y triste por las muchas oscuridades de la fé. Vosotros mismos presentais la grave objecion. La fé del Evangelio no puede irritar á la razon por ser oscura, siendo como es, por el contrario, medio luminoso de conocimiento. Creo, escribia San Anselmo, y ansío entender; y por segundo título á su *Proslogium*, puso aquella palabra memorable: *Fides quaerens intellectum*. Ciertamente; ¿no se descubren por el Evangelio muchas verdades á que no llega el hombre por sí? Otras, á que llegamos con fatiga y no bien, ¿no las tenemos enseñadas y robustecidas en el Evangelio? Tales son la existencia de Dios, el dogma de la creación y la inmortalidad del alma del hombre. ¿Sabeis de quién debería quejarse la razon? Si debiese quejarse por causa de conocimiento escaso, sólo debería lamentarse de sí, porque la oscuridad no está en las cosas esencialmente, no existiendo delante de Dios enigma, misterio, ni arcano: ni en la fé, don divino, porque creer es camino para entender: está en donde pensais poseer la fuente de la luz; está en la razon del hombre. La razon, señores míos, es pequeña, estrecha y flaca, delante de Dios: explicar no puede la divina naturaleza, ni abrazar el infinito, por lo cual, necesario es que se resigne á sufrir el peso de muchas tinieblas. ¿No quereis llevar este peso? ¿Quereis por el contrario la inteligencia de las cosas absoluta? Pues venís á ser racionalistas; llevareis la madeja de tinieblas mucho más espantosas. Se os escaparán de los ojos aún las verdades primeras, y mejor afirmadas; no tendreis más delante la luz de Dios eterno, del alma inmortal y de la perpétua felicidad. No me engaño ni os engaño, filósofos: el reino de la filosofía orgullosa, en el pasado siglo precisamente, como sabeis, se fundó en la negacion de todo lo referente á Dios, al alma inmortal y á la eterna vida. Así debia ser, por cuanto el abuso de la razon es castigado con el embrutecimiento de la razon. Hé aquí á dónde, con el prurito de la ciencia, vais á parar: os reunís con los brutos privados de intelecto.

(1) San Agustin, *De vera religione*, cap. 24.

¡Ah! ¡Cuánto más sublime honor es atenerse á la fé católica, recomendada por el Evangelio! ¡Cuánto mejor obra el sacerdote que un racionalista! El filósofo, sin dar realce á la razon, echa mucho á perder la predicacion del Evangelio, anulando la fé; pero el sacerdote, mediante la predicacion evangélica, logra estupendamente su propósito conciliando la fé y la razon. Hace una justísima estimacion de todas las fuerzas vivas en el universo: respeta las fuerzas de Dios y las del hombre; coloca la fé y habilita la inteligencia. Atempera tales fuerzas, sacando la hermosura de un himeneo, que os presenta el original sello del Creador. No turbeis, señores, tal armonía, en la cual demora vuestra vida; apreciad la fé y sábiamente amad el beneficio del intelecto: inclináos por tal razon al sacerdote católico, y en él, que os ayuda tanto á conseguir tales dones, reconoced al verdadero ministro de la predicacion evangélica.

El sacerdote, declarando el Evangelio, exalta el carácter personal de Jesucristo con el apoyo del dogma.

Sabiendo que las doctrinas evangélicas tienen su fundamento en la persona del propio autor, como tambien que para defender y magnificar á este, necesario es defender y magnificar á Jesucristo, ¿qué hace? Promulga resueltamente la divinidad del Maestro. Con este acento principia y con este concluye; así Cristo Dios es verdaderamente el *alfa* y el *omega* en la predicacion del sacerdote. No veo signo más alto á que alzarse pueda el carácter personal del Redentor: ¡es Dios! Dignáos considerar esto: el sacerdote no dice que Cristo es Dios, porque lo deduzca de teorías inseguras, ó porque se lo dicte un juicio privado. No; él os anuncia esta verdad como un dogma, y como un dogma cardinal de la Religion. ¿Conoceis vosotros, señores, la importancia de esto? Los Romanos, para significar una verdad necesaria, eterna, constante, que no podía negarse, tenían una palabra especial, y escribían *decreto*. Los griegos, en la expresion más felices, tenían otra y escribían *dogma* (1). Enseñoreóse la Iglesia del vocablo, y dijo lo que dogma es precisamente en el cristianismo, así como verdad necesaria, eterna y constante, que no se puede contradecir. Esto se propone inculcaros el sacerdote cuando afirma que la divinidad de Jesucristo es un dogma. Os predica cosa no inventada por ingenio de hombre, ó al error sujeta; cosa que la duda excluye, siendo necesaria, eterna y constante, trasformando en precepto la firme creencia en esto.

Mas (¡tan celoso es de tal verdad y creencia!) no bien se levanta entre los hombres algun error que ataque la divinidad del Maestro, el sacerdote católico se conmueve, yendo allí donde ha percibido la voz del

(1) Ciceron, *Quaest. academ.*

combate, y pelea. A la Mesopotamia corre á refutar á Sabelio, que, entremezcladas las tres divinas personas, hace desaparecer el Verbo, bajo la preponderancia del Padre. Dirígese á la ciudad de Alejandria, donde contradice al hereje Arrio, para quien no es el Hijo consustancial al Padre. Dirígese á Capadocia, impugnando á Eunomio, segun el cual el Verbo no es más que una criatura. A Laodicea pasa y reprende al osado Apolinar, de cuya herejía se deduce que la divinidad de Jesucristo padeció y murió. Al Bósforo vuela, condenando á Nestorio, que, dando á Jesucristo la personalidad humana, ofusca y borra en El la persona divina. Vuelve á Bizancio, desmintiendo á Eutiques que á perder echa la divinidad de Cristo, confundiendo en El las dos naturalezas. Dirígese al Africa y á Jerusalem, desmintiendo allí á Celestio y á Pelagio acá; los cuales, negados los efectos ruines del pecado de origen y la necesidad de la gracia, hacen inútil á Cristo, é inútil por consecuencia y falsa su divinidad.

¡Caros y santos combates los del sacerdote católico! Por él, si puedo decirlo, Jesucristo está en el mundo á salvo, y se fortalece su divinidad, á medida que fatiganse más, á fin de apagarla, las pestilentes herejías. Establecida la divinidad del Maestro, subsiste defendido y magnificado su carácter personal, no cabiendo más.

Hecho lo cual, señores, queda defendido é inmensamente magnificado el Evangelio. Explicando el sacerdote la palabra de Dios, dice: *Anuncio la palabra de Dios*; ¿quién se puede mantener firme á tal sonido? ¿Quién puede no humillar la cabeza y abstenerse de adorar? Cristo es Dios: es divino por consecuencia el volúmen que dictó. ¿Hay medio más apremiante, ni modo más persuasivo, para conseguir que un libro sea muy estimado por otros, y para que se acepten sus enseñanzas? Demostrad que divino es el volúmen donde se inspira la mente vuestra y se fecundan vuestros lábios: pronto el hombre os sigue. Tanto hace sin duda el sacerdote.

¿Dónde se halla en este lugar el filósofo racionalista? Este se dedica del todo á encarecer el Evangelio y á exaltar sus excelencias: entretanto empuqueñece mucho el carácter personal del autor. Para quien atentamente le dá oídos, Cristo, autor del Evangelio, es solamente un hombre maravilloso, y por consecuencia el Evangelio es tambien una cosa humana. Cristo se trasforma en un mito y en una fábula; resulta igualmente fabuloso el Evangelio. A esto tienden los estudios y fatigas del filósofo racionalista; á esto sus generosos sudores: anular procura él á Jesús, al mismo tiempo que pondera su doctrina. ¡Oh sábios del presente siglo, que amais á Jesucristo, adorando su divinidad! Arrancaid el Evangelio de las manos del filósofo y rompedle, porque viene á ser nécio en su escuela

y risible: el Evangelio debe ser del sacerdote católico. El sólo puede presentarse al mundo como su muy honorable promulgador: él, que juzga la divinidad del Maestro dogma fundamental del Cristianismo; que combate por este dogma; que sufre y da la vida por él, justísimo es que desempeñe su oficio de la predicación evangélica. El Evangelio es, señores, de quien verdaderamente lo exalta: corresponde al sacerdote católico, por consecuencia, que, predicando á Jesucristo Dios, os predica la divinidad del Evangelio al mismo tiempo.

Explicando el Evangelio, habla el sacerdote á las multitudes, usando locuciones adaptadas á sus costumbres.

Como acabamiento de las ventajas del sacerdote en su predicación está la de ser entendido: ¡cómo en esto nos parece admirable! El, en este particular, es lo mismo que el Evangelio; el Evangelio es el libro de todos, y el hombre de todos es el sacerdote. El, como el Evangelio, no tiende á despertar admiración en los ánimos, ni á complacer á otros, ni á sonar en los oídos dulcemente, sino que procura ser útil. Tiene para todos entrañas de caridad; tiene un semblante antiguo que todos conocen; por consecuencia todos entienden su lenguaje, por ser el de un hermano.

¡Miradle! ¡Oid al sacerdote, de todos hermano y orador del pueblo! A tres órdenes se reducen las muchedumbres humanas: están las muchedumbres groseras, las muchedumbres civilizadas y las muchedumbres pacientes. El sacerdote, con el Evangelio en el corazón y en los labios, habla muy adecuadamente á las tres.

Me lo figuro entre los toscos y los idiotas. Allí está en la cima de un rápido precipicio, ó en el fondo de un valle, donde se destaca una iglesia ceñida por chozas. El sacerdote junta en torno del ara de Dios y de nuestra Virgen á los pobres colonos, hablándoles. ¡Cómo llega su voz querida y penetrante á los corazones! La entienden así el viejo como la mujercilla; mueve á los jóvenes gallardos; sus sentencias evangélicas, iluminadas con frases francas, sencillas, afectuosas, entran en todos, y en los inocentes de una manera singular. Aun los niños, en la querida infancia de las aldeas, no se ven privados de alimento celestial: el buen sacerdote balbucea con ellos y se hace con ellos el párvulo, imitando con los unos á Jesús infante, y con los otros á Jesús adulto y maestro. ¿Lo creereis? Los montañeses, en poco tiempo, educados por el amoroso apóstol, poseen la sabiduría del Evangelio; nada quedando que desear; conocen los misterios cristianos, como también al dedillo las divinas enseñanzas; gustan las bellezas de la doctrina moral, y observan concienzudamente los preceptos: aquellos bosques desiertos se trasforman en escuela de santa ética para enseñar á los doctos del siglo profano:

bien se advirtió que en la ciencia de Dios vale más una mujerzuela instruida por nuestros sacerdotes que un discípulo de Sócrates y de Platon. Así el sacerdote logra ser comprendido por la multitud tosca.

Observémosle delante de la muchedumbre civilizada. No penseis que aquí cumple ménos su cometido. Si al acento sacerdotal resultan más esquivos los hijos de la civilizaci6n, ó lo recusan, es por estar orgullosos de su cultura, ó porque, aún atronado el oido interior del alma, el Evangelio anunciado por el sacerdote, apégase á ellos hasta el punto de ganarles. Como ya os he dicho, la sencillez evangélica es sublimidad, que, no adulterada por terrenas y oscuras fórmulas, es omnipotente. Ahora bien: sin viciarla el sacerdote nada en su meollo, la sabe vestir con el traje y con los adornos que placen más á los inteligentes, por lo cual triunfa de la civilizaci6n. Es el sacerdote Benigno Bossuet, que á los ciudadanos franceses predica, y que vuela como águila al púlpito católico, gritando á los trasgresores de la plebe, ó diciendo sus deberes á Luis XIV; es Bossuet que, desde las alturas hasta lo más humilde, arrastra consigo al pueblo más industrioso de la tierra. El sacerdote es Juan Crisóstomo, que perora en Antioquia y en Constantinopla á oyentes innumerables; que hace temblar en el trono á la Emperatriz Eudisia, y que atrae de lejos á judíos, paganos y herejes, convirtiéndolos, logrando en su virtud los aplausos del pueblo más fastuoso que nunca existió. El sacerdote es San Pablo, que predica en el Areópago. La flor del juicio griego está reunida debajo de aquellas bóvedas soberbias, y entra el Apóstol anunciando al Dios ignoto y los arcanos del cristianismo. No saben lo que les pasa los filósofos por aquella elocuencia superior, quedando mudos, queriendo despues tiempo para resolver. Entretanto Dionisio se despoja del palio académico para tomar la cruz; así Pablo enseñoreáse del pueblo más ilustrado de todos. De tal manera el sacerdote es comprendido por las muchedumbres civilizadas.

¿Qué diremos de la multitud paciente? Abundan los dolores y las miserias entre los civilizados y los toscos: todo el mundo, señores, llora. Pues á todo el mundo proporciona inefable alegría el sacerdote católico con el Evangelio. ¡Oh almas carísimas estrechadas por la desventura, y bautizadas con lágrimas! ¡Abrid el corazon al sacerdote que viene! Conoce tan profundamente las heridas y los pliegues oscuros de la conciencia, derramandó tan bien encima el bálsamo evangélico, que debeis quedar vivificados. Decid vosotros los pecadores: ¿no respirais y no os rejuveneceis en la penitencia y en el amor como la Magdalena? Decid vosotros los muertos: ¿no resucitais como Lázaro de la tumba? Hasta hoy os faltaron las consolaciones terrenas: grandes cosas os prometió la ciencia, como también la civil legislacion; pero sólo fué jactancia va-

na y mentira. Sólo el sacerdote puede recrearos, porque tiene valor para desvanecer vuestras tinieblas y para calmar vuestras tempestades. Hablando, cada Calvario de la vida humana se transforma en Tabor luminoso. El sacerdote por consecuencia es comprendido por las muchedumbres que padecen.

¡Espectáculo digno de la tierra y del cielo! Un hombre, aún oscuro por su nacimiento, no educado en las universidades ruidosas de la Europa, que no tenía condiciones muchas, embébesse pronto en las doctrinas de un libro, y predica: dá la vuelta su voz al universo, penetrando las inteligencias, y proveyendo á todas las necesidades. Delante tiene á los filósofos y á los hombres de la sublime metafísica, que se arrojan sobre su propio libro: lo estudian, hacen disertaciones y fabrican con él sistemas: alrededor de los filósofos el mundo nada comprende, viéndose la soledad y el desierto. ¡Quién despues de tal parangon, es el natural y legítimo expositor del volúmen? ¡Quién tiene derecho al Evangelio? ¡Aún lo preguntais, señores? Cristo no vino para pocos, sino para el gentío; su Evangelio no es el volúmen del individuo, sino del género humano; por consecuencia no los filósofos racionalistas, sino el sacerdote que habla, siendo por todos entendido, ejercer debe su oficio de predicar el Evangelio.

Tal decreta la ley científica, para quien la consulta, Los tres supremos principios, por los cuales determinase á quién corresponde predicar la Buena Nueva, se desarrollan bellamente, y se realizan aquí, en el sacerdocio de la Iglesia católica. Tiene sin duda el método querido por el Evangelio, ó sea, en armonía con la razón, engendrar la fé; exalta el Evangelio, exaltando el carácter personal de Cristo con el apoyo del dogma; es por último predicador del pueblo, y emplea locuciones adaptadas á las costumbres de todos. Fuerte con tales principios, aprobado por la misma razón, puede sin duda exclamar el sacerdote: cosa mía es el Evangelio, y me corresponde la predicación evangélica: *In quo positus sum ego praedicator, et apostolus, et magister gentium.*

Vuelvo allí de donde marché. Preguntar: á quién corresponde el oficio de la predicación evangélica, no conduce verdaderamente á promover un problema, sino á concurrir á una demostración cierta. Por consiguiente, aún en esta parte, hemos aclarado una gran verdad: solamente al sacerdote católico toca el apostolado evangélico.

Hé aquí la primera conclusión que sale de las cosas dichas. Si la predicación del Evangelio no corresponde al ministro de la Reforma, y

mal se las aviene con el filósofo racionalista, debeis negaros á concurrir á su escuela, no dando al uno ni al otro oídos.

Cuando veis, señores, al protestante que, afectando no sé qué ardor nuevo por la causa de Dios, se lanza entre vuestros hermanos, dáles á inquirir el Evangelio y se calienta con discursos ó peroraciones, formad incontinenti este juicio de su persona: es un ladrón espiritual, que se adjudica las Escrituras Divinas, haciendo con ellas un horrible sacrilegio. Si teneis coyuntura para dirigiros á él, decidle: Renunciad, amigo, renunciad, al papel de apóstol que os trasporta, y poned abajo las Escrituras. El Evangelio sólo puede ser predicado al mundo con autoridad por hombres electos divinamente para el ministerio apostólico; no fuísteis elegido para ello, ni lograsteis la divina misión de predicar el Evangelio, porque nacisteis en el siglo algo tarde, no yendo á recibir la investidura de Cristo. ¿Por qué os abrogais la misión de doctor en el cristianismo? Sólo puede predicar el Evangelio con autoridad á los hombres el que muestra en su persona las señales evidentes del apóstolado y la caución de los milagros. No teneis tales milagros, ni gloriosos testimonios históricos que os recomienden para el acatamiento de otros; si no quereis gloriaros de las recíprocas luchas que suscitais en los pueblos, de la unidad religiosa quebrantada, de la guerra civil promovida, y del amor evangélico proscrito del mundo por culpa vuestra. ¡Y vosotros, con el Evangelio en la mano, mientras con los hechos lo desgarrais, os suponeis maestro y doctor de vuestros hermanos! ¡Atrás! Esto por lo que hace al hereje y al ministro de la Reforma.

En cuanto á vosotros, señores, observad á los filósofos racionalistas que se preocupan del Evangelio, queriendo entenderle y explicarle á su gusto, como si les perteneciera: observad digo á los tales, que sin haber mudado el pelo, ni la pasión, ni los amores, sino solamente un poco el lenguaje, os decantan hoy lo que maldecían en la edad de vuestros padres; lejos de poner atención en su palabra, retraeros con horror de lo que dicen. A una conmigo confirmáos en este convencimiento: Oh filósofos, que, por querernos explicar los misterios evangélicos, nos arrancais la fé; que, por sublimar el Evangelio á vuestro modo, rebajais y despojais la divinidad de Jesucristo; que, por adquirir fama de genios ilustres, dejais al pueblo con hambre de doctrina; ¿es posible que la Divina providencia os haya enviado al mundo como defensores del Evangelio y apóstoles del Cristianismo, cuando abris de par en par á vuestros pies la vorágine de la incredulidad, sepultando en ella el Evangelio, Cristo y nuestras almas? Bella y santa cosa es la filosofía: ¿quién sólo al oír su nombre no queda enamorado? Empero nos place la filosofía que saluda reverente la Religión; la filosofía de Agustín,

que coloca como centro de su magnífica *Ciudad de Dios* á Jesucristo; la filosofía de Tomás de Aquino, que, al apoyar en la *Suma* en el cielo sus alas de la razón iluminada por la fé, nos arrebató y exalta. Queremos esta filosofía cristiana. La vuestra, hermanos, no es filosofía, ni ciencia honrosa: la ciencia que somete á su dictámen el Evangelio, cambiándolo con otro y pervirtiéndolo, es necedad. ¿Y vosotros con tal traje os eleváis á comunes maestros? ¿Nos predicáis los falsificadores del Evangelio? ¿Nos enseñáis á Cristo los destructores de Cristo? ¡Atrás! ¡Atrás! Esto por lo que hace al filósofo racionalista.

Hechas estas dos cosas, y libres de los enemigos, recogeos, señores, en otra más importante moral conclusión que brota directamente del argumento.

El Evangelio no se debe oír predicado por el ministro de la Reforma, ni por el filósofo racionalista, sino por el sacerdote católico. Él reúne del todo las cualidades divinas y humanas, que son precisas para ejercer el oficio de Apóstol, que faltan al protestante, y de las cuales desposeído está el filósofo. Esclarecido por los argumentos de la revelación, el sacerdote convence de su derecho al ministro herético, y esclarecido por los de la razón, convence igualmente al sofista. Aquí está todo. Amaestraba Jesucristo á los hombres por tener misión para enseñar, y como no lo hacían los Escribas, ni los Fariseos, que tal poder no conocían. Lo mismo pasa con el sacerdote. Enseña, porque tiene poder legítimo para enseñar; no hace como los protestantes y los filósofos, que son los Escribas y los Fariseos de nuestros días, los cuales no tienen tal poder. *Docens... sicut potestatem habens; et non sicut Scribae et Pharisei* (1).

Reconoced, señores, la potestad docente del sacerdote y sometéos dóciles á su disciplina. Prestáos á oír su palabra, que como río de vida brota de sus labios: recibid el hermoso Evangelio explicado por él. Venid dispuestos á la fé, porque mucha fé se necesita para lograr el conocimiento de las verdades sobrenaturales y eternas. Venid prontos al amor, para ser inflamados del todo, por cuanto quien no ama no entiende el lenguaje divino, ni sabe responder cosa que plazca; por él está muda la cítara evangélica, ó mejor, como dice San Pablo, él mismo es casi un bronce que suena mal, ó un címbalo que retumba. Vosotros mis queridos, oyendo así al sacerdote, no escuchareis al hombre, sino á Dios, que habla con su lengua, porque, si bien el sacerdote, considerado aisladamente, puede sin duda errar, si se considera enlazado en la jerarquía católica, conducido por el magisterio infalible de la Iglesia,

(1) San Mateo, cap. VII. v. 29.

no cae nunca en error: en cuanto expresa el sacerdocio, es voz de Dios: *Qui vos audit, me audit*: (1). Oireis pues, á Dios, oídos dando al sacerdote que os anuncia el Evangelio: ¿y quién podra medir el fruto conseguido por el alma vuestra?

De la palabra de Dios es la vida. ¡Oh gozo! Hablaba Dios en el principio de los tiempos, y fecundado el seno de la nada, brotaban astros, soles, estrellas y familias inúmeras de vivientes: el prodigio del universo. Hablaba Dios en la plenitud de los dias, y al acento del Verbo encarnado huía la maldicion de la tierra; la proscrita inocencia batía festivamente las alas, volviendo á estar con los hombres; brillaban las inmaculadas virtudes y el reino de la gracia estableciase. Os hablará Dios, señores, por medio del sacerdocio. ¿Y qué conseguireis? Nuevas creaciones sucederán, surgiendo una segunda regeneracion; ¡otras auroras y otros soles!... El alma vuestra, depuesta la pesadumbre de la culpa, estrecharáse con gozo al costado de Jesucristo y vivirá.

(1) San Lucas, cap. X. v. 16.

CONFERENCIA V.

SI LA IGLESIA CATÓLICA ES HOY POSIBLE.

Las glorias de la divina revelacion son bellas para encarecerlas desde la cátedra ó en la academia; bellas especialmente y admirables para discurrir de ellas entre cristianos: esto no basta sin embargo á llamarlas infalibles, tratándose de ponerlas en práctica.

Una grave distincion se ha establecido entre el derecho y el hecho.

En derecho, señores, muchas cosas hay á las cuales preciso es otorgar la victoria de la razon: sin embargo encuentran impedimentos para ser ejercitadas, y sucumben. La filosofia de Sócrates debia, en cuanto al derecho, sobreponerse á la prepotencia de los treinta tiranos de Atenas. Debia; pero los tiranos dieron muerte al filósofo. Los preceptos de Séneca debian prevalecer sobre la brutalidad de Neron. Debian; mas el brutal emperador devoró al moralista.

Para no salir de la propia revelacion de Dios, cuando enriqueciöse con el Evangelio é hizo lo que manda la Biblia, desengañar debió al pueblo de Israel, ganándole á Cristo. Aunque tratábase de una empresa suya jurídica, Israel continuó con la mente ciega y el corazón endurecido, permaneciendo así. Más tarde, cuando de las llanuras de la aurora salieron los Mahometanos, debió convertirlos á la cruz, como convirtió á los demás bárbaros. Era tambien una empresa suya jurídica: empero los sectarios del árabe profeta continuaron entonces, como siguen ahora, sin bautizar. Aun en siglos ménos apartados de nosotros, cuando Lutero prorumpió en el grito de su apostasia, dividiendo en dos el campo católico, debió con su luz y su paz hacer que aquellas bataholas enmudeciesen, y que cesasen aquellas discordias religiosas. Era otra empresa jurídica propia y noble cual ninguna: con todo, se dejó vivo el combate entre los protestantes y los católicos.

Parece que ocurre ahora otro tanto.

La divina revelacion, por lo que visto hemos, se muestra coronada por varias victorias jurídicas. Enumerémoslas. Si el hombre no es creador de Dios, sino Dios creador del hombre, necesario es que se incline al

Sér supremo y lo adore, por lo cual la revelacion es la primera victoria de derecho. Si existe una historia de la revelacion distinta de la de la supersticion, se sigue que no puede errar en la eleccion el hombre, y que, huyendo de la una, adherirse debe á la otra: segunda victoria de derecho. Si solamente un culto ha de haber y es el católico, todos los creyentes se han de reunir en la Iglesia de Cristo: tercera victoria de derecho. Si á los sacerdotes igualmente y no á los demás corresponde la predicacion evangélica, preciso es que se remita el hombre al sacerdocio y que le obedezca: cuarta victoria de positivo y real derecho.

¿Mas qué observo y escucho? El mundo se burla, señores, del derecho, y apoyándose mucho en el hecho que halla conforme con sus voluntades, recurre á la prepotencia, y obra como un conquistador de manera terminante. Nosotros, obrando segun razon, afirmamos las glorias de Dios y de su ley: el mundo, ateniéndose á los hechos, declara que la divina revelacion ha concluido.

¿Y por qué apagado se habrá en nuestro siglo?

La revelacion de Dios, en cuanto en la Iglesia se resume, vive de tres principios: debe tener el obsequio de las mentes para infundir en ellas la fé, el concurso del pueblo para dar sitio al culto sagrado, y el apoyo de los gobiernos para que tutelen la marcha de la religion. Ahora bien: rebélase contra las tres cosas el siglo XIX y con su hálito las destruye. En las mentes introduce pronto el principio de la personal independencia de todos, con lo cual es rechazada la fé: en el pueblo introduce el principio de la libertad de conciencia, con lo cual queda el culto disipado: en los gobiernos introduce el principio de la separacion del Estado y la Iglesia, con lo cual aterrado queda el apoyo de la religion. Piensan los enemigos de Dios en la marcha de los tiempos presentes, se la ponen delante como un hecho inexorable, y dicen: ¿A qué fin, católicos y creyentes, promulgais vuestras victorias? Ha terminado su curso la divina revelacion: el catolicismo en la sociedad moderna no es posible ya.

Verdaderamente se presentan terribles las apreturas entre las cuales la Iglesia es colocada, surgiendo para muchos el problema de si puede proseguir en medio de los hombres actuales. A esta disputa, que se cambia en verdadero problema, volvi tambien mi pensamiento y el estudio. Consideré la fuerza vital que la Iglesia guarda; miré asimismo el furor de muerte con que la Iglesia es acometida por sus enemigos: bramé de ira santa quedando frio, preguntándome á mí propio: ¿Rasgará realmente el Evangelio el siglo XIX? ¿No tendré más yo, hijo del siglo XIX, á la Iglesia por maestra y por madre? ¿Fallarán las promesas de Jesucristo? ¿Será dominado el derecho por el hecho indomable? ¿Lo

abatirá la razón, siendome tirano? ¿Descenderé yo á la sepultura, y descenderé, si quereis, *con el honor de las armas*, como un hombre justo y filósofo, aunque conservando en torno á personajes brutales y gladiadores, que se burlarán de mí sobre mis cenizas?

Después de las iras, de las muchas penas y de los terrores, he gritado en mi alma: No; esto firmemente no es posible. El hecho debe ser contrapuesto al derecho: no existe luz de filosofía práctica en nuestro siglo, ó si existe, dará sitio para que viva con él la Iglesia católica. En tal respuesta mia está la solución del nuevo problema.

A la verdad:

El principio de que los espíritus deben vivir independientes de todos, es tan falso y vano, que no se podrá convertir en un hecho absoluto: deberá ser determinado mejor, sin rechazar el obsequio de la fé.

El otro principio moderno de que los pueblos deban seguir la ilimitada libertad de conciencia, es tan versátil y ruinoso, que trasformarse no podrá en un hecho universal: deberá ser determinado mejor sin repeler el ejercicio del culto sagrado.

El tercer principio segun el cual los gobiernos se deben ceñir á la rígida separación de los dos poderes, es tan cruel para ellos y amenazador, que no se podrá convertir en hecho durable: deberá ser mejor determinado sin repeler la tutela de la religion.

La primera sacudida que á la Iglesia se ha dado á fin de despedirla, refiérese al alma del hombre.

Nuestro siglo, en cuanto el error moderno lo mueve, dice al hombre: Puesto que sin duda eres la obra más sublime del universo, domina tú á los seres: pues lo mejor de tu grandeza está en el alma, procura que de nadie dependa, y consévala libre de cuanto imponerte quisieran. Procura ser el monarca de la creación. La Iglesia, por el contrario, porque la mueve la verdad superna, dice al hombre: Estás como rey de la tierra; mas por Dios: manda por consiguiente á los seres irracionales y á la materia, dominando el mundo. Empero, mientras así lo hagas, debes recordar que hijo del Eterno eres: abre con docilidad la mente á sus voluntades, y préstale homenaje. Aconseja en suma el presente siglo al hombre que no obedezca y que sólo á sí rinda honores; la Iglesia católica mándale honrar y obedecer ante todo á Dios. El uno quiere que se gobierne con el puro intelecto; la otra quiere que se conduzca con el intelecto iluminado por la fé.

Son dos vientos que soplan de regiones opuestas y que producen gran impresion en la mente del hombre: son dos fuerzas que disputan entre sí, excluyéndose; prevaleciendo la una ó la otra, el hombre será escéptico, aceptando el error de nuestro siglo, ó seguirá siendo católico, siguiendo la verdad de la Iglesia. Ahora bien: aceptado este conflicto inmenso recrudescido así ó nuevo, ¿cuál de las dos fuerzas triunfará? ¿Se abandonará el hombre á la independendencia total de su mente, ó reputará bueno aun depender segun los dogmas eternos de Jesucristo y de su Iglesia?

Pues se trata de un principio que ha pasado al órden de las acciones, desciendo a mi vez al campo de los experimentos y aplicome al hecho: Yo digo: La Iglesia seguirá siendo en la edad presente cada vez más posible, demostrando que se conforma con el hecho real, yendo de conformidad con lo que universalmente se acepta. Realmente si el hecho demuestra que los hombres son independientes de todos, y que tales deben ser, deberá levantar sus tiendas, despedirse de la progénie humana y marcharse; más si el hecho demuestra por el contrario que los hombres dependen, y que para depender de continuo están colocados, no tendrá precision alguna la Iglesia de retirarse del mundo y desaparecer. Sobre todo la filosofia positiva y práctica me dicta tal razonamiento.

Esto sentado, ¿qué vemos, señores? ¿Está el hombre constituido para depender? ¿Depende con efecto?

Llamo á un hermano mio, señor no educado en la escuela de los sacerdotes, habitante del campo, provisto de la buena luz natural y verídico en su virtud, preguntándole: Amigo: estudiando yo las cosas del siglo XIX, admirador de muchos fastos suyos, he oido decir que hoy una luz maravillosa se ha difundido sobre la tierra, conociéndose por fin que los hombres, príncipes de las criaturas, deben ser independientes de todo: quien los constriñe á plegarse á otro, los deprime y los desnaturaliza: ¿Qué te parece á tí? ¿Crees que dependen ó que deben depender los hombres?

Mi amigo sonríe un poquito, y responde: ¡Si el hombre depende! Acude al corazon: ¿qué fogosos latidos! ¿Qué objeto tiene su movimiento interior que aun dando golpes dá la vida? Sube á la boca desde el pecho: introduce ella el aire en los pulmones y lo rechaza, siendo la puerta de la respiracion; al respirar, la sangre se refresca y se mueve. ¡Ay si este hálito nos faltara! Seríamos incontinenti cadáveres. El hombre por consecuencia depende del aire: su prosperidad deriva en gran parte del estado meteorológico de la atmósfera. Sube más y corre á los ojos; el acto de abrirse y la contraccion de las pupilas manifes-

tan que un elemento extraño viene á dar allí; es, con todo, un elemento extraño más caro que cualquier amigo. Es la luz: ¿qué podríamos hacer nosotros si la luz no iluminara y no nos hiciera comparecer el mundo? Ni podríamos dar un paso adelante, impedidos por las tinieblas nos perderíamos en alguno de los vastos países que constituyen con todo nuestro reino presente. El hombre, por lo tanto, depende de la luz. A los pies baja tú ahora y alrededor mira: hé aquí el suelo, las yerbas, las flores, las plantas y la familia variada de los animales. Las abejas me dan la miel, las cabras la leche, y los corderos la lana, por lo cual dependo de los brutos. El suelo con sus plantas me dá sombra; con sus aguas bebo, con sus frutos como, y hasta con sus piedras... Mira precisamente allí arriba: ¿ves bajo los castaños un techo humilde simpio? Es mi casita. Héme la construido con guijarros cerca de aquel hueco. Dependo por consiguiente de la tierra misma que hueco. Así está hecho el hombre, que depende de todo: es príncipe sobre la tierra; pero á condición de que se incline á los súbditos suyos, haciéndose inferior, por no pocos conceptos, á sus propios inferiores.

Hablado ha mi amigo, y ha expuesto sus razones; este hombre y este señor, no educado en la escuela de los clérigos, á quein ha instruido por el contrario el sentido comun, razona entre tanto como un sacerdote, y nada quiere saber de la teoría moderna de la independencia. Acudamos á otras indagaciones.

Desciendo á la sociedad civil, llamo al hombre social, y le digo: Hermano; lo celebro contigo. Veo que formas parte del progreso del siglo presente, siendo ya feliz. Hasta el presente gemías y te avergonzabas, por sentir que tú eras el hombre de las necesidades y de las innumeradas dependencias: hé aquí predicado ahora en las llanuras y sobre los tejados que no dependen los hombres. Alégrate y ensancha tu pecho, dando gracias á la civilizacion invasora que tanto te sublima. Ha pasado el tiempo de la servidumbre, y tú, hombre activo, que no dependes ya del hombre, por fin eres libre del todo.

Hablo; mas el hombre social frunce pronto el ceño, contestando á mi alegría con amargura. Con su dedo indica aquí y allá, saliendo á encontrarme dos figuras de vivos diversas. De una parte sale fuera el obrero y exclama: ¿Qué has venido á decir tú? ¿Qué no depende ya el hombre del hombre? ¡Loco! ¿No ves cómo está mi frente arrugada y cómo mis dedos han encallecido? Esto me pasa por estar sometido á los señores, y porque dependo de su voluntad. ¡Ay si me negase á la dependencia! Me dejarían morir hambriento y miserable como un perro. De la otra parte sale luego el traficante, ó el rico, y grita: ¿Afirmaste que no dependo? ¿Qué podría yo hacer de mí, sin el enjambre

que tengo á mi alrededor de criados y de braceros? ¡Que no dependo! ¡En estos dias de clara luna que rompen y embellecen las noches del siglo XIX, con las huelgas de obreros y con las instigaciones que sopla en su alma la *Internacional* de Lóndres, ha sonado precisamente la hora de anunciarme á mí, rico y traficante, que no dependo! Vamos, vamos, buen hombre: ¡la verdad de los hechos, segun se comprende por tí, pone de realce la más eximia dote de tu cabeza superlativa!

Despues de salir el obrero y el traficante, el hombre social, que se detuvo á oír, cae sobre mí, estrechándome con ásperas palabras: ¿Estás aquí contento? De periódicos, de maestros, y de progresistas lenguaraces recogiste los nuevos descubrimientos realizados por la civilizacion: ¿te parecen tales descubrimientos exactos todos si con los hechos los parangonas? Uno es la independencia del hombre. Amado mio: la sociedad humana, lo quieran ó no los democráticos, hállase fundada como una jerarquía, donde cada vinculo y cada grado supone un acto de real dependencia y sumision. Si bien observas, la dependencia es recíproca, no dependiendo sólo los bajos de los altos, sino tambien estos de aquellos: el pobre necesita del rico y el rico del pobre; el labrador necesita del propietario y éste de aquel; el criado del señor y el señor del criado.

En suma, señores: debo representar hoy una fea farsa, buscádo la independencia del hombre. ¡Miente la teoría que la promulga! Si hay doctrina nécia y satírica, evidentemente absurda, es la de que no dependen los hombres, ni deben depender. Busqué la independencia humana en el seno de la naturaleza, como tambien busquéla en el seno de la sociedad civil, y me dieron lo contrario. Ateniéndome á esto, me dirijo á los adversarios de la religion y les pregunto: Sosteneis que ha pasado el tiempo de la Iglesia católica, y que no es posible hoy, porque los hechos reniegan de ella; como primero de los hechos en contra suya alegais la independencia del hombre. Pues bien: el hecho de que os vanagloriais es falso y no existe: calificais de bárbaro el principio de la dependencia, cuando rige al hombre, así en el mundo físico como en el social. Si vuestra enseñanza es por consiguiente una hipocresía; si el hombre por la creacion es informado para la dependencia, ¿no quereis depender ante la divina revelacion? ¿No quereis depender, porque rechazais en vosotros el principio de la dependencia? ¡Es curioso esto y no se puede comprender! Independientes del sacerdote vosotros que dependeis del obrero y del labrador; independientes de la Iglesia vosotros que dependeis de la nodriza y de la maestra; independientes de Dios vosotros que dependeis del aire, de la luz, de las piedras, de los insectos y de los animales del campo.

¿Qué os enseña vuestra razón? El verdadero y noble progreso que á la progénie humana trasporta, ¿no enseña por ventura que, si en lo relativo á las cosas de la tierra dependeis abiertamente, debéis depender asimismo en lo referente á las del cielo? ¡Ah! Si no se oponen otros hechos contra la vida de la Iglesia, estoy seguro de sus destinos entre los modernos. El hombre depende, y no cabe anular el acto de su dependencia filosóficamente, tratándose de rendir obsequio á la Iglesia de Jesucristo. Ella vive con mucha confianza, por descansar sobre una gran ley natural; una ley que invade todo nuestro sér, no sirviendo que otros se indignen ó se rebelen. El principio de la independencia humana se disuelve no bien á ventilarse principia, presentándose á la vista tan vano y falso, que no se puede convertir en hecho absoluto.

Parece de todas maneras que no damos en el blanco. Los disputadores incrédulos no niegan que deba el hombre depender por lo que hace al cuerpo y á los sentidos, como notamos que depende con efecto en las cosas físicas y sociales; mas niegan resueltamente que deba depender por lo que hace á la mente. Su argumento es que la mente humana marca el ápice de la excelencia y de la sublimidad, siendo en la tierra lo más alto que hay. En su virtud, lo domina todo; como está llamada realmente á dominarlo todo, se sobrepone á las ideas religiosas haciéndose juez y señora. Si la mente del hombre domina las ideas religiosas, haciéndolas depender de su juicio, no existefé divina, y sin fé divina disípase la Iglesia católica.

Cónstame que los incrédulos se vanaglorian de no depender de nada con la mente: sé por otra parte y veo que si la mente no está dispuesta para depender, si todo lo domina, sin excluir las ideas religiosas, la Iglesia no tiene que hacer alguno en el universo, quedando engullida por el hombre. Mas ¿es verdadera la formal independencia de la mente que nombran? ¿Es á la vez un principio y un hecho? No; porque aun con la propia inteligencia el hombre depende.

Insistamos en las observaciones aducidas. El hombre, segun dijimos, en el seno de la naturaleza depende del aire, del sol, de las plantas, de las piedras y de los animales: en el seno de la sociedad civil depende sin cesar de su hermano: el rico depende del pobre, el mercader del artífice y viceversa. Esta dependencia del hombre, señores, ¿es por ventura un acto físico únicamente? ¿Una sola dependencia del cuerpo? No por cierto. Siente tener necesidad de las piedras, de los brutos y de los árboles, sirviéndose de ellos; mas á esto se determina con su pensamiento: es una dependencia del intelecto. Siente si es rico, que necesita del pobre, y siendo pobre necesita del rico: extienden recíprocamente la mano y se ayudan, mas se resuelven á esto con un acto

de su alma y dependencia de la misma mente. ¡Lo veis? Si en la creacion y en la sociedad civil todo es dependencia para nosotros, tal dependencia decretase ante todo por la mente del hombre. Vosotros tambien, incrédulos, dependeis con la mente.

Mas yo quiero echarla de generoso, dejando este argumento. A fin de aclarar el hecho bien, me pongo á considerar el hombre, que se distingue por las especulaciones de su mente: no miro ya pues al simple campesino, ni al que trafica, en que tanto existe de mecánico y de sensible: mi personaje ahora es el docto, el literato y el discreto. En esta inteligencia humana llegó á la cima del esplendor. Ahora bien, ¡qué nos dice y qué nos demuestra? ¡Depende ó no? Hé aqui á cuál exámen me decido.

Acompañadme, incrédulos: hago un viaje, genial en mi, á Bolonia: Allá en el siglo XVII hállase un hombre circundado por el respeto y la estimacion de los ciudadanos, á quien la fama pública denomina sumo astrónomo. Pongámonos á su lado resueltamente y observemos. Tiene su casa llena de lentes, triángulos, esferas y mapa mundis: el estudio es su placer soberano, por lo cual lee y dicta de dia, meditando por la noche. Por la noche, cuando el tiempo está sereno, sube á su alto telescopio, contempla el cielo, y tiene los ojos tan fijos en él, que no haría más el enamorado mirándose en su prometida. ¡Qué bello rostro el de la estrella! ¡Qué cabellera tan hermosa la del cometa! ¡Qué linda frente la de la luna! De cuándo en cuándo este hombre sale de su habitacion y á enseñar se pone desde la cátedra: ora diserta en las academias; ora entra en el templo de San Petronio, donde describe la célebre línea meridiana; ora publica las efemérides de los satélites de Júpiter, lo-cual es un trabajo inmenso. Habeis advertido ya que nos hallamos en la compañía estupenda de Domingo Cassini. Si nosotros le preguntamos: ¿Por qué rumias tanto con tu mente y te fatigas tanto en indagaciones?—Buena pregunta! responde: ¿No veis que me consumo por aprender? Quiero penetrar en la ley astronómica, de la cual aún me hallo en la superficie. Mis investigaciones me han producido algunas tablas solares ya, que conservo con verdadero deleite; una medida que me parece muy aproximativa de la paralaxis del grande astro, y una tabla de refracciones que se declaró excelente. Saturno no tiene ya el satélite único que vió Huygens, sino cinco; y el descubrimiento de los cuatro satélites de Saturno es mio.—¡Oh! Cassini, hombre venerable, ¿tienes por lo tanto la inteligencia sometida á una ley? ¡Sí la tengo! De ocnocer bien tal ley y de conformarme con ella se deriva mi grandeza. Por lo demás, mi ley es alegre y noble, por ser la ley de la armonía de los cielos.

¿No quereis depender con la mente, incrédulos? Renunciad, pues, a contento de las estrellas y de los soles: renunciad á ser astrónomos.

Hagamos otro viaje. Mientras Cassini envejece, un jóven sábio se levanta en Nápoles lleno de vida, de ingénio y de maravillosas esperanzas. Hijo de un librero y escaso de bienes, ignora cómo ayudarse; mas tanta es su pasion por el estudio que, pleiteando con la pobreza, no abandona el oficio. Es retórico, jurista, historiador y filósofo. Vinien-do á ser para él ingratos los hombres y la patria, retirase al castillo de Cilento para educar á los sobrinos del Prelado de Ischia, donde durante nueve años estudia trabajosamente: salido de allí, halla su delicia en un apartado convento de frailes, donde concluye de hacer sus elucubraciones sutiles. ¡Los frailes, los sacerdotes y Juan Bautista Vico! Sin embargo los hombres del bello siglo tocan continuamente la trompeta contra los palacios episcopales y los conventos. Ahora bien: ¿no escuchais qué respuesta dá Vico si le preguntamos por qué fatiga su mente sin cesar con indagaciones? Examino para conocer lo que ignoro, y busco para conseguir lo que no poseo. De la retórica busco la ley de la palabra; de la justicia busco la ley del derecho; de la historia busco la ley de los acontecimientos humanos; y de la metafísica busco la ley de las ideas. ¡Ah Vico! portento de saber; ¿tambien tu plegas la mente á un complejo de leyes que fuera están de tí? ¡Si plego la mente á las leyes universales de la ciencia! Solamente observándolas, dejo de ser ignorante. Vico, hecho por añadidura pintor, modela una estatua con la faz dirigida bien al cielo, de donde recibe la luz que la magnífica y esclarece. ¡Excelsa corona la luz perenne! El emblema es de la recta filosofía.

¿No quereis, incrédulos, depender con la mente? Renunciad, pues, á la retórica, á la jurisprudencia, á la filosofía de la historia y á la metafísica.

Subamos un siglo más, dirigiéndonos á otra orilla del bello país. Nacido en Vicenza, querido habitante, ora de Venecia, ora de Roma, miro yo á un ilustre poeta. Ardientemente ama la Italia, dedicando su musa al canto de las glorias italianas. Ama empero á la Italia como la quieren Leon X y Adriano VI, pontífices contemporáneos suyos, queriéndola, no bárbara, sino pia, honrada, creyente y poderosa. Canta pues la *Italia libre de los Godos*. ¡Cuánto sutiliza su entendimiento y calienta su fantasía para componer su poema! Ahonda en el estudio de la clásica antigüedad: desenvuelve y desflora los modelos más egregios de las poesías: desde la isleta de Murano, que tan á maravilla espeja el Adriático, donde tanta hermosura existe de auras, de verduras, de aguas y de sol, procura trasladar, por decirlo así, á su alma tambien lo bello de

la naturaleza. Preguntémosle: ¿Por qué, oh Juan Jorje Trissino, tantas vigiliass, tantas indagaciones, tantas comparaciones y tantas contemplaciones? ¿No tienes el arte poética en tu mente, como en su palacio real? ¿No es tu Parnaso la islita de Murano? ¡Nécios! grita Trissino. ¿Creéis vosotros que se forma el Parnaso por la estancia de un hombre, y no por la manifestacion de la poesía? ¿No es la poesía una ley? Es la ley de la estética. Sigo esta ley yo; mas no la hice. No la hizo Ariosto, que sin embargo la siguió con tantísima elegancia; no la hizo Dante, que sin embargo la siguió con tanta sublimidad; no la hizo Virgilio, que sin embargo la siguió con tanto candor; no la hizo en fin Homero, que para mí es el progenitor de la rima. Tal ley, que busca el hombre y que lo absorbe, es por el hombre más alta y por su origen eterna. A ella inclino mi mente; de ella, cuando encárnase á maravilla en nuestra mente, surgen los Parnasos de la tierra.

¿No quereis, incrédulos, depender con la mente? A vosotros, que ligados estáis á un sistema tan prosáico, pequeño y sórdido, no estaría mal un poco de poesía; pero en fin, renunciad á los versos y á las musas.

Puesto que nos hallamos en Italia, no vayamos á otro sitio. Descendamos á sus caras orillas, observemos los dos mares que la bañan, y sigamos esperando. Hé aquí, en los siglos en que hierve mucho en las cabezas el genio de las navegaciones y de los descubrimientos, un grupo de audaces marinos que se adelanta, inquiriendo las vias de los rios, é ideando nuevos cursos. Allí en las lagunas venecianas existe un nauta de tez bronceada que investiga el girar de las estrellas, y dice: ¿No será posible mi trayecto ignoto? Es Márcos Polo. Aquí en la Liguria existe otro nauta, y otro marino que medita; más allá, en Toscana, se ve un tercer piloto, ardiente asimismo en empresas marítimas: son Cristobal Colon y Américo Vespuccio. Acérquémonos: preguntemos á tales hombres, animosos y pensativos al propio tiempo: ¿Qué cosa estudiais vosotros? ¿Por qué tanto frenesí por echaros á las ondas y tanta vacilacion al desafiarlas? ¿Qué fuerza os detiene?— Responden: El corazon tiene prontos ardimientos; mas la mente todavía es inexperta y se asusta. Estudiamos nosotros la ley de la náutica.

¿No quereis, incrédulos, depender con la mente? Seguid entre nosotros dándonos fastidio: os convendria mucho buscar al otro lado de los mares otras personas, que se os parecen; mas vamos, tenemos un poco de paciencia para todos; y renunciáis á la náutica.

Detengámonos. Hemos oido gritar que la mente humana no está sometida á ninguna dependencia, siendo despues de todo libre y dueña de sí; nosotros, examinando los personajes en que más relevante y

más gallardo es sin duda el uso de la mente, vemos lo contrario; la mente no goza de plenísima señoría, porque una ley cósmica la vincula. Refrena una ley al piloto; una ley al astrónomo; una ley para dominar á cualquier razonador. Esta ley observada no fué de ningún modo establecida por el hombre, siendo la norma, la seguridad de la vida, y, por decirlo así, el espíritu de nuestro intelecto. Es falso, por consecuencia, que no dependa el hombre de nada con su mente.

Pasemos desde aquí á manifestar nuestro parecer relativamente á la Iglesia.

Para constreñida no verse á salir del mundo, tiene precision absoluta la Iglesia de que con su intelecto se doblegue á ella el hombre: introducir ella quiere una luz en la inteligencia que falta sin ella, ó que no se conseguiría de otra guisa tan cierta y tan fulgente: la luz de lo sobrenatural. Finjamos que nuestra mente es la *tabla rasa* que menciona Condillac; la Iglesia en la *tabla* escribe algunas palabras suyas queridas. Escribe: Dios, alma, gobierno divino sobre la tierra, virtud, premios, penas, tiempo y eternidad. En suma, la Iglesia somete la inteligencia del hombre á la ley de la fé religiosa. Seguramente si la mente humana estuviera constituida de modo que no debiese recibir ley alguna, siendo ley para sí, al presentarse la Iglesia como legisladora no tendria razon, resultando presuntuosa y soberbia, por lo cual deberia ser arrojada. Empero, ¿no descubris, señores, que la cosa va enteramente de distinta manera? ¿Cómo podeis decir á la Iglesia: injusta, nos mandas someter la mente á la ley de la fé, y somos hechos de tal manera que nos sentimos independientes de toda ley? No podeis proferir estas frases. Si las proferis os responde la Iglesia: Bien; dispensaos primero de observar todas las leyes á las cuales os veo sometidos con la mente vuestra. Los filósofos dispensaos de la ley metafísica; los contempladores de los cielos dispensaos de la ley astronómica; los cantores y vates de la ley estética; los pilotos, en fin, de la ley náutica. Hecha la cosa, vendreis á decirme que no debeis acomodar el espíritu á la ley religiosa. Entonces consideraré yo excelentes vuestras razones. Empero ¡qué delirio! Errais, hijos; teneis una mente que reconoce y admite todas las leyes de la naturaleza: ¿por qué no deberá reconocer igualmente y observar las leyes sobrenaturales y divinas? ¿Os inclináis á la creacion, desdénándoos de inclinaros ante su Hacedor?

¡Si á lo ménos la religion fuese al hombre tan necesaria, como necesaria es para él la astronomía, la náutica, la geografía, las matemáticas, y sobre todo la metafísica! Entonces, exclaman los incrédulos, no deberíamos desesperarnos.

Tal conclusion á que los incrédulos vienen por fuerza, si ser quie-

ren razonables, me dá la solución del problema en toda su plenitud.

Ante todo deponen mucho su vanagloria y suavizan el principio de la independencia absoluta del hombre, cuando á lo preciso lo restringen; nosotros no pedimos más. Admitase que incline la inteligencia el hombre donde la debe doblar y está bien entretanto la inclina y la plega, homenaje prestando á cosa que le domina. Siendo verdad, ¿con qué audacia y con qué conciencia levanta el hombre ruido contra la Iglesia, como si le ofendiese y deshonrase invitándole á depender con el intelecto? ¿Por ventura el entendimiento humano goza naturalmente de pura independencia y autonomía? Es una acusación, un reproche, una risa que deben omitir.

Además, modificado el principio de la natural independencia del hombre, queda modificado el hecho igualmente. Observad de qué manera. Los críticos de la sobrenatural conceden que si la Iglesia ó la ley religiosa llegase á ser tan indispensable para el hombre como necesarias son las leyes cósmicas y científicas, creer y adorar á Dios no sería una desesperación. Ahora bien, ¡alabado sea el cielo! Lo que suponen ellos es pura realidad.

Si; la Iglesia, en la cual la ley religiosa se resume por excelencia, es para nosotros tan indispensable como lo pueden ser naturalmente las leyes de la vida y de la ciencia. Apelo á la misma mente humana y á nuestro propio espíritu. Sentimos dentro de nosotros mismos un ímpetu ó aspiración que no se contiene sin duda entre las cosas que nos circundan: el ímpetu del espíritu apunta mucho más arriba. ¿Qué significa esto, señores? Es el ímpetu hácia lo infinito. Empero el infinito es Dios, como hemos demostrado en otro lugar suficientemente. Corremos, pues, á Dios, mentalmente, y corremos con incesante anhelo, uniéndonos á la idea el afecto. Corremos con intrepidez mayor que la del niño que se arroja en brazos de su madre; corremos á él con necesidad mayor que la de la luz separada del centro, cuando tiende á colocarse de nuevo en su propia esfera. Perfectamente: vamos á Dios con el alma; pero ¿con qué auxilio? ¿De qué ala potentísima nos serviremos? El ala que á Dios seguramente nos lleva es la ley religiosa y católica.

En su virtud la Iglesia, si lo quereis, es como unas sublimes matemáticas, siendo la única que integra posee la ciencia de la cantidad; porque hallando defectuosa la cantidad humana y universal, siendo á manera de río que brota de lo alto, se pone á buscar la fuente hallándola en Aquél que lo es todo, á saber, la entidad universal. La Iglesia es una geografía: ¡cuán espaciosa y bella! Al conducirnos para que demos vueltas con el pensamiento por nuestros montes, por nuestros lagos y por nuestros jardines, nos hace de todo la descripción más com-

pleta cuando exclama: Estos huertos, estos lagos y estos jardines solo son la maleza ó como el vestibulo del jardin celeste. El mundo es un valle dominado por el monte de Dios. Subid, mortales á este monte. La Iglesia es una maravillosa náutica; nos conduce sobre la nave de Cristo; su palo mayor es la cruz: el mar que surca es el presente siglo; mas desde la mar hace que pasemos alegremente á la orilla eterna. Es la Iglesia una astronomía del todo excelsa. A la verdad: al enviarnos, como lo hace á nuestro fin, no se ciñe á los movimientos de las estrellas y á los fenómenos de los cielos, sino que con estos enlaza los fenómenos y los movimientos del cielo invisible, ó sea el paraíso. Finalmente, la Iglesia es el perfeccionamiento de la metafísica, la cual adquirió tal nombre, por querer más allá de la naturaleza encontrar la propia meta, habiéndose perdido en sus indagaciones, llegando al propio término mediante la religión: desde los hombres se asciende á Dios.

Parecen hiperbólicas las cosas razonadas por mi: ciertamente tienen poética forma; mas en si encierran la verdad, convenciendo á los incrédulos. Admitirían estos la religión, si, como las leyes cósmicas y científicas, fuese á los hombres necesaria. Pues bien: consideradas en el orden del infinito, la religión es las matemáticas, la náutica, la astronomía, la geografía y la metafísica: todas estas ciencias y todas estas leyes alzadas á la suprema cima ideal. Más aún. La religión es cuanto decimos, y así está hecha para todo el género humano. Muchos y aún muchísimos en la sociedad civil pueden vivir y viven con honor sin ser astrónomos, ni matemáticos, ni geógrafos, ni artistas, ni filósofos, al paso que ninguno puede amorosamente vivir y prosperar no creyendo. El ateo es siempre el desecho de la humana generación; como escribe Bossuet, *es un monstruo aislado. ¿Qué por consiguiente?*

Comenzando, decía, señores, que al hecho se debe contraponer el hecho, para dar sitio al derecho. Hemos llegado á poner de realce tal precisión con este discurso, pudiendo en su virtud predecir y conjeturar lo que sucederá.

Los contradictores de Dios y del Evangelio afirman que la Iglesia, y con ella la revelación eterna, encuéntrase á punto de morir. Llama ella al hombre para que dependa con su mente á fin de inspirar en ella la fé; mas el hombre, con toda la ciencia contemporánea espléndida, responde á Dios. No dependo: soy autónomo naturalmente y no te obedezco. Hállase de una parte aquí el hecho, espantoso cual ninguno, que tiende á cerrar el cielo sobre la tierra.

Mas este hecho, que se realiza sólo en los incrédulos, consiste sin duda en el embuste y es una hipocresía, por cuanto el hombre no es autó-

nomo naturalmente y depende con el intelecto. Aquel hecho, aunque intenta fortalecerse, falla en la prueba produciendo la repulsa de los inteligentes. Nosotros, destinados á florecer en el progreso, y alumnos de la filosofía, no nos podemos conformar con la ficción y el engaño: sentimos que no siendo independientes ante la ley de la naturaleza, independientes no podemos ser, ni dueños absolutos ante la ley de Dios: conocemos que nos toca doblar la mente á lo necesario, y necesaria resulta la religión. Surgimos por lo tanto delante de los mentirosos y los rechazamos. Así el hecho se opone al hecho, dejando lugar al derecho.

No; santa Iglesia de Dios, no morirás en las presentes vicisitudes. Es verdad que furibunda es la lucha en que te envuelves. Es furibunda y terrible por desencadenarse la mente del hombre; mas la humana mente, al mismo tiempo que te asalta, se dá muerte á sí propia. ¡Oh Iglesia! Con el fin de que la mente humana pueda con razón abatir tus leyes, necesario es que abata las leyes de la ciencia y de la vida al propio tiempo. Te hallas sobre roca demasiado estable, teniendo nuestra naturaleza como guardiana y defensora: por ti no me amedrento. Cuando el hombre, despues de muchas manías é infortunios, descubra que con ofenderte y anularte, á sí mismo se ofende y se anula, se retirará de su batalla aterrizado, y retrocederá gritando: Obedezco. Prestaráse con mente dócil, y destilarás en él la fé con pródigo cuidado.

Prestaos, señores, á la Iglesia con mente dócil; vosotros católicos que constituís la porción electa, disponed á vigorizar sus filas con ánimo varonil, con la profesión abierta del Evangelio, con la impetuosidad de vuestra creencia y de vuestro amor. San Luis de Francia gozaba tanto y enardeciase, que, debiendo escribir su propio nombre, dejaba todo título señorial perteneciente á su familia, así como el título de monarca, firmando puramente *Luis de Poissy*, por haber recibido el bautismo en aquella ciudad donde nació, á Cristo y á la Iglesia. Haced lo mismo vosotros, que no sois reyes: intrépidamente manifestad el carácter de la fé religiosa. El mundo creyente arrostrará de modo debido al mundo pecador é incrédulo: la luz de Dios brillará en los intelectos nuevamente. Los venideros, más discretos que los contemporáneos, harán justicia á los católicos que decimos: El principio de que los ánimos deben ser independientes de todos, es tan falso y vano, que no se podrá convertir en hecho absoluto: deberá ser mejor determinado sin rechazar el obsequio de la fé.

Se ha dado á la Iglesia otra sacudida para quitarla el dominio social, é imposible hacerla entre los presentes: tal sacudida se refiere al pueblo.

Compelido por el error moderno, nuestro siglo, tras haber instigado

al hombre á no depender con la mente, se dirige á la sociedad civil, habla con apasionado lenguaje al pueblo, y le grita: Tu conciencia es libre. Es lógico en el error este siglo mapiático: si en efecto nuestra mente depender no debe de nada, ¿por qué deberemos tener la conciencia sometida á leyes y esclava? Por lo tanto moralmente somos libres.

Empero si nuestro siglo es lógico en el error, otro tanto rigurosa é inmensamente más bella es la Iglesia en sus deducciones. En su virtud ella, que quiere plegada nuestra mente á las leyes de Dios, quiere de la propia manera sometida nuestra conciencia á las leyes divinas: en la mente del hombre cuando es obsequiosa, destila la fé; con la conciencia de los pueblos, si continúan creyentes, logra el ejercicio del culto sagrado y suscita la piedad religiosa. Necesita una de las dos cosas para dar principio á su obra: consigue la otra forzosamente como inmediata consecuencia para realizar el principio de la fé, y componer el reino del cristianismo. Por consiguiente, hallándonos en la Iglesia católica, con el intelecto nos inclinamos á Dios creyendo y adorando; con la conciencia nos inclinamos á Él amando y haciendo entre las gentes profesion de fé pública.

Tal es la antítesis; tal nuevamente la pugna encendida entre la divina verdad y el error moderno, entre la Iglesia católica y el siglo XIX. Allí donde la Iglesia en tal lucha prevalezca, tendremos intelectos luminosos con la doble luz sobrenatural y filosófica; tendremos conciencias enardecidas al propio tiempo por el amor á Dios y por el amor á la humanidad. Allí donde por el contrario, prevalezca el siglo, no sólo veremos á las mentes humanas ir sin norma contra los sumos principios, falsificadas por así decirlo y oscuras, sino que nos hallaremos en torno de conciencias, dueñas de pensarlo y emprenderlo todo, ardiendo en terrestre amor únicamente.

Ahora bien; ¿qué deberá suceder, poniéndonos á indagar el porvenir? Se quiere que la conciencia de los pueblos llegue á ser libre: mas ¿quién conseguirá este árduo triunfo? ¿La Iglesia con la conciencia creyente, ó el siglo con la popular conciencia incrédula y libre? ¿Se convertirá en un hecho realmente aquel principio por él patrocinado? ¿Deberá desaparecer la Iglesia, rechazada por las libres conciencias incrédulas, y desconocida por los pueblos?

Respondo negativamente, señores míos: el principio de que los pueblos deben seguir la ilimitada libertad de conciencia es tan versátil y ruinoso, que no se podrá convertir en un hecho universal: deberá ser determinado mejor sin rechazar el ejercicio del culto sagrado y católico.

Para ver si tenemos derecho á ser creídos sobre tal anuncio, es pre-

ciso considerar qué cosa es y cuáles efectos produce la invocada libertad moral en los pueblos. Aun aquí la filosofía práctica, ó mejor la estimacion de los sucesos, llevarános á juzgar sobre la posibilidad del hecho y sobre su resultado.

Un ingenio festivo del siglo precedente, observando el triste fin de los Jansenistas caidos en las pasiones políticas y hasta condenados por Luis XVI, dijo que *los doctores jansenistas eran como el Danubio, que nace católico, se hace protestante en el camino, y concluye por ser turco.*

Igual marcha se nota en la libertad de conciencia.

Bien comprendida, es del Evangelio, y nace católica. Las turbas del paganismo permanecian en las conciencias esclavas, porque faltábales á cada momento la debida luz para discernir el bien del mal, mezclándose vicio y virtud en su seno: se sentaban en las sombras del pecado y de la muerte. Mas, venido Cristo, difundida la celeste verdad, cayeron las vendas de los ojos, como se quebrantaron los hierros en las conciencias: la verdad sustrajo á la especie humana de la esclavitud, y verdad fué lo mismo que libertad. Habíase predicho, y el mundo gozó por la inmensa conquista: *Veritas liberabit vos* (1). Hé aquí, establecida por el Dios redentor, la Iglesia católica. Posee la verdadera libertad de conciencia y hácela gustar á los creyentes. Dice: Hijos; no entro yo en vuestras conciencias: sois libres para seguir el bien ó el mal, porque os ha dejado Dios intacta esta tremenda facultad. Sin embargo, si no entro en vuestra conciencia; si podeis obrar el bien y el mal, procurad atentamente que nunca os seduzca el mal, porque, obrando el mal, os haríais vosotros mismos esclavos. Hé aquí por qué, como veis, os corresponde resolver: teneis dentro la facultad del libre albedrío; mas teneis acá, por mí solemnemente promulgada, la ley de Dios, que se os presenta como un deber, la cual ha de ser por vosotros espontáneamente aceptada y puesta en práctica. No entro yo en la conciencia vuestra; mas entra Dios. Con esto todo, señores, queda dicho: en la Iglesia existe la libertad de conciencia, porque no hay en ella exterior constreñimiento: por consiguiente católica es en su primera flor.

De un órden tan magnífico y seguro en que hallábase arraigada la libertad de conciencia, cayó y echóse á perder hace ahora más de tres siglos. Vino la herejía del Norte, que compendiaba en sí todas las herejías precedentes: vino Martin Lutero, el cual susurró en los pueblos estas dos turbulentas palabras: *Juicio privado y libertad de exámen.* No es que Lutero quisiera desgarrar por completo el código de la ley di-

(1) San Juan, cap. VII, v. 32.

vina y cristiana; pero no quiso más el hombre sujeto á recibir de una Iglesia docente la promulgacion de la ley. Destruyó, pues, el dogma de la autoridad eclesiástica, y dijo al hombre: Haz lo que te parezca. Y el hombre, dejado sobre la tierra presente á merced de sí mismo, se dió á su antojo cual un libertino: creyó ó no creyó: hizo su gusto. Así la libertad de conciencia, marchando adelante con los siglos, hizose protestante.

El error engendra el error, y llama el abismo al abismo; la libertad de conciencia, malamente arrastrada por el camino de los hombres, desde la capa de Lutero resbaló á los pies de los filósofos incrédulos. El incrédulo no tuvo ya la escasa vergüenza luterana para decir á los pueblos: Hay en lo alto la divina revelacion y la ley religiosa, siendo libres para someteros á ella del modo que mejor os parezca: no dijo esto, sino que dijo en su lugar: No existe la revelacion evangélica, ni existe Dios, y vuestra conciencia es libre para obrar segun os dicta vuestro placer. Sois ley viviente para vosotros mismos: consultadla y obrad. Por consiguiente, á una con la Iglesia cayeron Dios, Cristo y el Evangelio en la escuela racionalista é incrédula: ¡espantable progreso! Realmente la pobre libertad de conciencia, despues de haber cesado de ser católica, y de hacerse protestante, hizose turca. Ahora el curso del Danubio está en su embocadero y desemboca en el mar.

Señores, ¿no percibís soplos de vientos horribles en este océano donde la libertad moral se derrama? ¿No divisais tempestades? Yo las vislumbro y con dolor muy grande. ¡Oh conciencia! ¡Conciencia! exclamais con Juan Jacobo Rosseau; noble instinto, voz inmortal. ¿Sí? A la entonacion sublime el hombre de la conciencia libre opone otra: él, dejando de ser hombre especulativo, ideal y ético, para ser del todo empírico, así os responde: *El análisis no halla en este noble instinto y en esta voz inmortal sino un mecanismo muy simple, que desmonta como un muelle* (1). ¡Dios mio! ¡La conciencia es un mecanismo, y el análisis lo desmonta como un muelle? ¿Desaparecerán por lo tanto rapidísimas las virtudes morales que se ponen en equilibrio en la conciencia, dando ella vueltas en torno y desmontándolas una por una? Desapareciendo las virtudes, dándose á extinguir la voz inmortal que en la conciencia estalla, ¿qué potencias ocuparánla? Los vicios. ¿Hará esto por análisis la humana conciencia? ¿Harálo por ser libre?

A los incrédulos, que se ponen á mi lado, gritándome con risa sardónica: Sacerdote mio, ha terminado tu mision, no te desgañites más. ni enronquezcas en adelante por tu Iglesia: ¿no adviertes que deshecha

(1) Taine. *Philosophes français, au XIX siècle*, p. 276.

está por la libertad de conciencia? les digo que oigan aún al sacerdote un poco. Reís, extraviados, por las angustias de la Iglesia, que ha sido echada por la libertad de conciencia; mas, ¿cómo no trocaís la risa en lágrimas, contemplando lo que se lleva, en un haz con la Iglesia, vuestra libertad de conciencia en el siglo XIX?

El mecanismo de la conciencia, bajo los dedos de los moralistas libres, desmonta como un muelle las virtudes. Ahora bien: caen además en semejante descomposición la honradez, la probidad privada y la buena fé: yo interrogo á mis hermanos: ¿Cómo podreis vivir en las varias vicisitudes de la sociedad, sin la buena fé, sin la probidad y sin la justicia? ¿No caereis víctimas de los más bribones? La burla y la traición daban antes asco; mas entonces no se juzgaba libre la conciencia: se creía en el principio de la natural honradez, en el dogma de la justicia de Dios y en los preceptos de la Iglesia. Estas cosas rancias de la Edad Media próximas están á desaparecer, queriéndose á la Iglesia echada en absoluto por la conveniencia pública. Pues bien: los engaños, las maldades y los fraudes creciendo á miles, serán los adminículos que saltarán por la rueda de la libertad de conciencia. Pensadlo.

El mecanismo de la conciencia, tratado por nuestros libres moralistas, desmonta como un muelle las virtudes. Ahora bien; saltando el muelle caen la paciencia y la templanza, subiendo la impaciencia; quedan puestos de realce los hervores y delirios de una desenfrenada concupiscencia. Cuando vuestros súbditos no tengan un átomo de paciencia, llamada por Guerrazzi *la virtud del asno*, ¿cómo podreis regir vuestra casa? Lo pregunto á los ricos y á los propietarios. Cuando los braceros, que teneis á jornal en vuestras villas y monumentos, queden invadidos por una desenfrenadísima concupiscencia, cercándoos con sus tramas, ¿dónde hallareis el modo de salir airoso del peligro? ¿Cómo podreis no ser devorados? Saldreis gritando que sin cesar el mundo fué regido con ciertas leyes y medidas, á que todos se deben someter; mas os replicarán gritando que aquél era el mundo de la conciencia esclava, debiéndose hoy hacer lo contrario, por correr el mundo de la conciencia libre. Os agitareis con los piés y las manos para tener siempre como en el puño el mando y la bolsa; pero el mando y la bolsa quedarán engullidos en aquel hórrido é inmenso sepulcro, que llaman la libertad de conciencia. ¿Os place? Acaso nunca os preocupan las amenazas actuales de destruir la Iglesia; mas tampoco meditásteis cuáles deberían ser los sucesores de la Iglesia católica. Pues bien; los sucesores suyos en esta parte son dos; la desobediencia y el hurto. Pensadlo.

El mecanismo de la conciencia, en mano de los libres moralistas,

desmonta como un muelle las virtudes. Entre las demás virtudes que se desvanecen, hállase la pureza.

Vióse un señor que pasaba delante de la vía cual un loco. Quien conociale algo, sabia que contaba unos cincuenta años, y que tenia la costumbre de contonearse con la ligereza del jóven, festivo, atildado y lleno de perfumes, más de lo que parecía conveniente á su edad. ¡Empero cuán cambiado lo vislumbro á la hora presente! Secas sus espaldas y delgaducho, hórrido, con la barba luciente y como surcada por lagrimones que de los ojos le caian, daba compasion mirarle. Corría y corría. Un buen trecho fué seguido por la mirada de los circunstantes; mas iba él al vapor y partió.

Habiéndose pedido noticias de aquel conturbado, uno que le conocía íntimamente refirió poco despues la historia que sigue:

«Imaginad un señor provisto de rentas crecidas, con dos hijas en »casa, único fruto de su matrimonio. Es cristiano, ó dice cuando ménos »que lo es: más que cristiano, es del mundo. Como camina hoy en el »mundo á grandes pasos la libertad de conciencia, no se cura muy »sutilmente de sus cosas y tiene ancha la conciencia. Dejó que las dos »jóvenes crecieran á su gusto; como Adela, la primogénita, pareciase »del todo á su madre, mujer intrépida y óptima, no se sintió contenta »en la casa y quiso ser monja, siéndolo realmente. Está con las Her- »manas de la Caridad. Luisa, la hermana menor, de la pasta del padre, »debió aquellas auras de la libertad; cuando Adela se hubo ido, las »debió con tal frenesí, que para ella la libertad fué desenfreno. Ahora »bien: ¿sabeis por qué se marchó el padre de la ciudad? ¡Oh miserable »hombre! Su Luisa cayó en el fango...»

Aquí el narrador tomó aliento, como dudando de seguir su crónica; con todo, corriendo por la pendiente, prosiguió así: «Luisa cayó »en el fango, dando el baile último en el vituperio. ¡Y no penseis que »se conservase soltera! No; habiase casado dos años atrás. ¡Qué bodas »emperó! ¡Qué marido el suyo! Un jóven sin conciencia, ó de concien- »cia libre, que es lo mismo. Antes de que le llevara el anillo, llenó »su falda de los libros más desvergonzados. Así aún no era esposa »Luisa y leía en Guillermo Marr ya que—los dogmas de la existencia »de Dios y de la inmortalidad del alma sólo son fábulas, que nuestra »razon ha echado entre las cosas que se barren.—Aún no habia dejado »la casa paterna, cuando leía con deleite ya en Alejandro Dumas la »blasfemia siguiente de Antony:—¡Deberes y virtudes! vanas frases.— »¿Y bien? Con estas vanas frases y con las fábulas en la cabeza, se fué con »otro, escribiendo al marido que nunca le amaría. ¡Ya se sabe! El amor »marital, para quien sigue la conciencia libre, también resulta una

»frase vana y una fábula. Entretanto el marido, vista la desercion, »leida la carta, loco, convulso, frenético de rabia...»

Parábase de nuevo el narrador sin poner punto al período: no le impedía tanto la vergüenza como el afan y el terror. Hacia muchos años que amaba á la familia, al padre y á las jóvenes aquellas. En su virtud exclamaba suspirando: «Oh Adela, Adela! Tú partiste »á tiempo. ¡Cuán verdad es que más felices viven los justos en la »tierra que los depravados!» Pronto recogiendo, añadió con vibrado acento: «En aquel mismo dia, hora, é instante mismo en que la exco- »lente Adela, tras haber enjugado la herida de un soldado en el hos- »pital, retirábase al coro, donde leía este pasaje de Gerson, pensando »en Cristo y en el cielo:—Ve, alma; hé aquí tus amores; hé aquí las »flores de tu guirnalda; hé aquí los frutos de tu corona; no gimas »pues, ni digas más que languideces de amor;—en aquella misma hora »y en aquel punto, el furioso marido, habiendo hallado las huellas de »la traidora, abalanzábase á su pecho con un puñal, abandonándola »muerta. ¿Descubristeis al padre cuando huía? ¿Lo descubristeis soli- »tario, amarillo y loco? ¡Miserable! Huía de su hija en el fango: huía »de la sangre y de la infamia.»

Perdonadme, señores, el recuerdo del hecho indecente; mas cuando el mundo me arroja, por decirlo así, á los piés exterminios tales, imposible cosa es omitirlos; cuando impunemente los realiza y los repite como efectos indefectibles de su encarecida libertad de conciencia, forzoso es que añada yo á los modernos incrédulos: ¿Lo veis! Me dais la seguridad de que, presupuesta la conciencia libre, la Iglesia es imposible ya en el mundo, y lo admito; mas hallo que, por la conciencia libre, tampoco son ya posibles otras cosas preclarísimas y necesarias. Huye por lo tanto del siglo XIX la Iglesia católica, huyendo con ella la probidad, la justicia, la templanza, el casto amor y la pureza. ¿Os gloriais vosotros de que así suceda, infelices! Cesó realmente de ser católica la libertad de conciencia, y concluyó tambien de ser protes- tante, acabando por hacerse turca: sin Dios, sin naturales y religiosos dogmas, regida únicamente por el albedrío de las pasiones, se reduce á un mecanismo, que desmonta como muelle las virtudes. ¿Os gloriais, infeliceísimos, de que así suceda?

Mas hé aquí que, si la Iglesia huye, huyendo las virtudes con ella, la vida de los pueblos se corrompe, porque, ¿podemos nosotros habitar la tierra despues que ha desaparecido la virtud? ¿Estamos ahora reducidos efectivamente á esto? El mar, en que va cayendo la conciencia libre, ¿se alzaré con sus olas y tempestades más allá de las orillas que le marcara el dedo de Dios, sumergiendo el mundo?

No desespero yo, señores, de la humana estirpe, ni creo estar en el siglo del fin. Digo más bien: el principio de la libertad absoluta de conciencia que ahora pregonan los locos á los cuatro vientos, quedará templado y corregido nuevamente: la buena luz de la filosofía práctica, que no se apaga nunca del todo en el hombre, las nuevas experiencias, y aún las heridas que más se abrirán en nosotros convencerán á los pueblos de que la conciencia llamada libre es un profundo abismo, en que no cae la Iglesia, sin que caigan detrás las costumbres y las instituciones; sin que la sociedad toda no sea en él enterrada. Se pondrá en claro que la conciencia libre de veras es la creyente; deberán confesar los aleccionados convertidos que la ley de Dios, ayudando la natural, guía y no destroza en nosotros el libre albedrío, al paso que, repelida toda ley humana y divina, el libre albedrío se hace siervo del error quedando ahogados nosotros en la moral esclavitud. Renacerá en nuestros pechos despues un suspiro muy caro hácia el cielo.

¡Oh! No, muros sagrados, agujas del templo, y vosotras, aras benditas, á cuya sombra pasé dulcemente la infancia mia y la juventud; no, no quedareis destruidas por el turbion de las gentes, ni convertidas en polvo. Vosotras, fuentes bautismales, donde abrí á Cristo y á la Iglesia los ojos del alma, recibireis aún á los niños de los que vendrán, á los infantes últimos de mis hermanos y de mis descendientes: vosotros, tabernáculos santos, donde de continuo me dieron para que las comiese las carnes del Cordero inmaculado, por las que vivía yo sácio una vida celeste, vereis en larga hilera venir á su vez las almas amorosas y bellas, las tórtolas y las palomas, que habitan en la cumbre del Calvario. Tú, cruz, dominarás de continuo en esta convulsa, y sin embargo siempre por tí dominada tierra. Tú, camposanto, seguirás siendo un monumento permanente que predique á los vivos que bien se medita en tu playa melancólica y pensativa el gran paso abierto por el tiempo á la eternidad: arrodillaránse los pueblos exclamando: *Bienaventurados los que mueren en el beso de Jesús Salvador.*

Ni más ni ménos afirmaba comenzando, señores: «El principio moderno de que los pueblos deban seguir la ilimitada libertad de conciencia, es tan versátil y ruinoso, que trasformarse no podrá en un hecho universal: debiera ser determinado mejor sin repeler el ejercicio del culto sagrado.»

Veo dar á la Iglesia una sacudida última para proscribirla de la sociedad civil; la veo asaltada desde lugar eminente, porque parte la gran acometida de los gobiernos.

Ahora bien; la vuelta del error moderno viene á ser completa; y

nuestro siglo, encargado al parecer de darla á fin de deshacerse de la Iglesia, marcha por estas tres vías. Primeramente íntima esto al hombre: Tú con tu mente no debes depender de nada, con lo cual hace imposible ya en la Iglesia el primero de sus actos, ó sea destilar en sus almas la fé. Despues se pone á gritar á los pueblos: Teneis la conciencia libre; así hace que la Iglesia no pueda realizar el segundo de sus actos, por impedir el ejercicio del culto sagrado. Finalmente, dirigiéndose á los gobiernos, exclama el siglo: Separacion total entre el Estado y la Iglesia; intentando así arrebatár á esta todo vigor, impide el tercero de sus actos públicos, es decir, promover con la fuerza pública la tutela de la religion.

El hombre oyó el grito de la independendencia intelectual, y los pueblos escucharon el de la libertad de conciencia: ¿qué han hecho, señores, y qué hacen los gobiernos?

Peor que los particulares, y peor universalmente que los pueblos, escucharon los gobiernos el grito de la total separacion entre la Iglesia y el Estado. A la verdad, donde el principio de la independendencia intelectual se vé desconocido por los doctos; donde por consideracion al principio de la libertad de conciencia los pueblos siguen aún divididos porque los unos lo siguen y los otros no, los gobiernos por el contrario (si hablamos de los católicos) se dieron con vivo celo á poner en práctica el principio de la separacion. Dividámonos, dijeron. Tú, sacerdote, vuelve á entrar en el presbiterio, tu habitacion natural: enciértrate tú, Papa, en tu círculo espiritual y celeste: afuera vosotros, frailes, y vosotras también, religiosas, que nos impedís el paso. Yo Gobierno, yo Estado, proveeré á todo el órden temporal.

Escuchándolo y viéndolo, los incrédulos se nos ponen delante, se frotan las manos y nos dicen: ¿No lo habíamos denunciado? La Iglesia está derrotada y es preciso que se marche. ¡Cuántas cosas formidables, apoyada en el brazo secular, realizó en las pasadas edades libremente! Con los reyes movió á los reyes guerra, refrenó á los herejes, arrancando las alas y clavando la boca de los genios audaces que se levantaban contra su principado civil. Fué potentísima, porque la obedecieron los potentes. Ahora por el contrario desde su Tabor ha vuelto á caer en el pesebre. Está en los últimos momentos.

No niego, señores, que protegida por el poder secular, la Iglesia católica desplegó en el mundo fuerza grandísima. ¿Pero qué, sin embargo? No creo que, aún despojada de toda concurrencia política, y dejada ir por los gobiernos solitaria, deba concluir desfalleciendo. ¿Acaso tuvo por amigos en los tres primeros siglos á los Tiberios, á los Nerones, á los Domicianos y á los Heliogábalos? ¿Fueron sus protectores? ¡Consi-

derad qué clase de tutela! La segur del verdugo que se aña y que arranca el alma de las carnes. Sin embargo, subsistió entre tales gobiernos deliciosos, y venció. Ahora bien; ¿decís que de nuevo está desnuda y rechazada? ¿Me la mostrais al pesebre vuelta? Hará nuevamente su camino. ¡No está en sus momentos últimos! Sobre el pesebre hállase la estrella de la novísima manifestacion.

Por lo demás, dejando este asunto, no me amedrento por la suerte actual de la Iglesia, porque semejante suerte no será eterna. Dijimos: «El principio segun el cual los gobiernos se deben ceñir á la rígida separacion de los dos poderes, es tan cruel para ellos y amezador que no se podrá convertir en hecho durable: deberá ser mejor determinado sin repeler la tutela de la religion.» ¿Nos engañamos? Volvemos al discurso de la filosofía práctica.

La Iglesia, en los países católicos, deberá de algun modo ser nuevamente protegida por la autoridad pública; porque, no haciéndolo así, la pública autoridad debería inexorablemente perecer.

¿Cuál es realmente la fuerza principal, de que viven las monarquías, las repúblicas, y en suma todos los gobiernos? La fuerza moral. Un grupo de virtudes que campeen mucho en los ciudadanos, sirve más al Gobierno y al Estado que un ejército de bayonetas que prorumpen sobre las arenas polvorosas de la batalla: la virtud es el espíritu, la sangre, la flor y el cetro de la nacion. Empero, señores, con los principios que hoy están en voga por los incrédulos, con nuevos cerebros independientes, y con las nuevas conciencias libres, naufraga la virtud. ¿No descubristeis cómo el hombre intelectual sacudia todas las leyes de la naturaleza, del saber y de la vida? ¿No descubristeis cómo el hombre moral abatía todas las eximias dotes de la voluntad y del corazón, á saber, la pureza, la probidad, la templanza, la justicia y el honor? El suelo, pues, sobre que camina el siglo XIX, oscila por terremoto; ¿quién, aumentando el empuje, se podría conservar en pié? Teneis ya un ensayo en los mismos gobiernos separadores; se divorciaron de la Iglesia, así renunciando al orden público y á la paz. Vacilan ellos: mudan de continuo y, mudando, se debilitan. ¿Qué metamorfosis de Gabinetes! ¿Cómo desapareciendo van los reinantes y los imperadores! Hoy el trono y mañana el castillo del cautiverio: hoy la patria y al siguiente día el destierro. Dejad que crezca el mal juego: dejad que los cerebros independientes dependan cada vez ménos, y que las conciencias libres lo sean cada vez más: dejad que los gobiernos separadores se aparten con furia cada dia mayor: ¿á dónde iremos á parar? ¿Quién hará más expeditamente sus cargas para sustraerse al tempestuoso siglo actual? ¿La Iglesia católica, ó sus enemigos?

El vizconde de Chateaubriand se dió á una conjetura elocuente de importancia suma; inquirió cuál sería hoy el estado de la sociedad civil si el cristianismo no se hubiese presentado en el mundo. Tras inquirir la corrupcion profunda del imperio romano, incapaz de regenerarse por sí; ponderados los golpes repetidos de los bárbaros; los vanos esfuerzos que les hubieran en frente opuesto las escuelas de Grecia y de Alejandría entre sí disgregadas y corruptas, llegó á la sentencia siguiente: si los bárbaros hubieran sorprendido al mundo cuando aún estaba bajo el politeísmo, seríamos todavía esclavos turcos: la raza humana se hubiera compendiado en algunos hombres errantes bajo ruinas (1).

Con la misma razon pienso yo lo que á ser vendria el estado de la sociedad europea, y áun del mundo entero, si la Iglesia se marchase con todo su patrimonio de las leyes divinas y evangélicas.

Apenas anuncio tal conjetura cuando ya los políticos de los gobiernos separadores me cortan la palabra en la boca, diciéndome: Mas esto es una fanfarronada retórica. La Iglesia, segun su estado actual, es únicamente un soplo, un pequeño soplo de lo sobrenatural, que infunde con sus labios entre los bautizados. ¿Cómo quieres tú que, faltando tal soplo tenuísimo, la tierra quede del todo subvertida?

Calmaos, señores políticos. Os concedo que mirando á la Iglesia católica extenuada y atada en los cepos que pusisteis vosotros en sus pulsos, se ciñe á infundir el soplo únicamente de lo sobrenatural en los pueblos; mas ¿teneis este soplo por una monada? ¿Por una vanidad? El mundo moral tiene una atmósfera, como el fisico; si del mundo moral quitais el soplo de la Iglesia, único soplo de Dios y de la vida eterna, ¡qué revolucion tan terrible se realiza dentro de nosotros y á nuestro alrededor!

Mirad la atmósfera del mundo fisico. Si el aire dejase huir un sólo gas, el ácido carbónico por ejemplo, ¿qué sería de nuestra vida corpórea y de la vegetacion? Este gas circula por el aire en cantidad tan tenue que apenas cabe discernirlo. Sin embargo, si fuese todo echado con un soplo, ó lo absorbiera el mar por completo, ó no restituyera la cantidad que absorbe, en poquísimas horas todas las flores se doblarían, yacendo en tierra marchitas y sin colores: las amplias selvas contraerían sus millones y millones de hojas, mostrando las muertas páginas del libro de la creacion, dejándolas caer y secar. No quedaría un hilo de yerba en los prados. Los animales desfallecerían entre lamentaciones; los hombres famélicos surgirían unos contra otros, asemejándose á

(1) Chateaubriand. *Genio del cristianismo*, parte III, lib. 6.

las dolorosas víctimas de un naufragio en las manías furiosas de una irresistible hambre. En el trascurso de una semana nuestro planeta seguiría su rotacion espléndida por su gloriosa luz solar; pero reducido en sus desnudos llanos á tintas puramente minerales sombreadas por nubes pasajeras, sepultado en el triste silencio de la muerte general.

Pues bien: haced que desaparezca de la atmósfera moral ya enferma en extremo este celestial gas, ó el soplo de lo sobrenatural que infunde la Iglesia en ella: ¿cómo podrán seguir viviendo seguramente nuestras almas? ¡Oh tardos de corazon para creer! Despreciáis á la Iglesia y á los fieles, juzgándolos un estorbo y un resto inútil de lo pasado; mas, ¿no considerais el contrapeso saludable que los católicos y la Iglesia con sus dogmas y sus virtudes hacen á los contaminados hijos de la tierra? Es el contrapeso de Dios contra el hombre culpable, que impide la muerte moral de la progénie humana. ¡Oh tardos de corazon para creer! ¿Arrojais aún este último soplo, ó esta luz del cielo? Las yerbas y las flores se marchitan en el jardin de la sociedad civil: todo se transforma en bosque, y todo en llanura selvática: los intelectos, los corazones, las costumbres y las obras de los mortales se desnaturalizan, embruteciéndose. La conjetura de Chateaubriand se realiza de otra manera; los bárbaros vienen y no hallan fuerte oposicion: llegan, pues, á dominarnos para siempre. Los gobiernos separáronse de la Iglesia, y la Iglesia quedó separada del mundo: el mundo separado del cielo, queda perdido.

Aquí está la conclusion: quiérase ó no, nos debatimos entre tales dos términos horribles. Ponia este dilema Proudhon en su inexorable desnudez: *O revolucion ó Papado*. Repito yo la voz del demagogo francés y exclamo: destruccion social, ó Iglesia catolica: el hombre degenerado, ó Dios creído y amado.

No; no revolucion que engulla, ni destruccion social que anule, ni el hombre degenerado que deshonne, amigos míos, sino Papa, Iglesia y Dios. Recibiremos sacudidas, porque inflamada está la sangre de nuestras venas: sufriremos tambien caidas, porque vacilamos entre vorágines; mas no caeremos. Los males producirán nuevas indagaciones y acuerdos más sábios: comprenderemos que sin Dios y sin fé mantenida libre del error, no nos es dado vivir socialmente; los gobiernos que separáronse de la Iglesia son los que primeramente indagarán los modos mejores, acomodados á los tiempos distintos, para restablecer el connubio con la revelacion divina. Es la tercera de mis afirmaciones: «El principio segun el cual los gobiernos se deben ceñir á la rígida »separacion de los dos poderes, es tan cruel para ellos y amenazador,

»que no se podrá convertir en hecho durable: deberá ser mejor determinado sin repeler la tutela de la religion.»

Respiro: estrecháronnos en estos días los incrédulos con un afanoso problema: apelaron al error moderno que domina en el siglo XIX, por lo cual nos pusieron á la vista el siglo que á la Iglesia disputa la destilacion de la fé, el ejercicio del culto sagrado y la defensa de la religion. En su virtud exclamaron: Dejad los cantos de la victoria: el hecho se decide por nosotros y abate vuestro derecho: suspended las discordantes cítaras de los sauces, imitando á los Hebreos en la orilla de los rios de Babilonia, y llorad. La Iglesia no es posible ya.

Lloré, señores: ciertamente me oísteis quejumbroso al describir los males contemporáneos; mas, dado un desfogue al llanto, lo celebro. Observo que despues de algun tiempo, se serena el cielo: tomo de los sauces mi cítara, y canto. Estoy á la vista de Jerusalem: aún domina y subsiste.

La Fayette, muy poco amigo de los reyes, interrogado así despues de la caída de Napoleon: *¿Qué hicisteis durante el imperio?* respondió con calma: *Permanecí en pié.*

Hé aquí el cántico mio, dulces hermanos; es además el cántico de la Iglesia, porque os dice: Los hombres de la razon independiente de todos se debilitaron en su fiebre y se corrigieron: los pueblos de conciencia libre se trituraron por el choque de sus excesos y no insistieron: los gobiernos de la separacion esterilizáronse en su necedad y se desengañaron. El hecho se ha opuesto al hecho y triunfa el derecho. La tormenta del siglo XIX vino á batir los piés míos; mas yo permanecí firme.

CONFERENCIA VI.

SI LA IGLESIA, SIGUIENDO SIN EL DOMINIO CIVIL DE LOS PAPAS,
TOMARÁ NUEVA FORMA.

Que viva en el mundo aún la Iglesia católica: que las estrechuras en las cuales se halla se atenúen y no la extingan. Esto, sacerdote, quisisteis en la última conferencia, y está bien.

Empero, continuando en el siglo, la Iglesia deberá someterse á las consecuencias de un acontecimiento que monstruoso es é insólito. No se trata solamente de los ánimos, que ser quieren del todo independientes; no se trata sólo de los pueblos, que tener quieren la conciencia libre; no se trata sólo de los gobiernos, que la separacion piden de los dos poderes, se trata de la misma Iglesia; separada de su gran cuerpo terrestre, ó lo que vale lo mismo, en sí propia dividida.

Este contradictor mio exclama y sigue con gravedad solemne: Lo que durante diez siglos no se pudo realizar, se ha realizado. Hacia Crescenzo inútilmente su tempestuoso ruido sobre el Tiber contra el Papa rey; vanamente Arnaldo de Brescia bajo su túnica escondía el puñal; en vano Nicolás de Rienzi tronaba en el Capitolio con su elocuencia de tribuno; en vano los duques de Benevento llamaban á la pelea. El dominio temporal de los Papas, asaltado por enemigos potentes, venció á todos: venció en el mediodía á Ladislao de Nápoles, que ocupaba Roma, escribiendo en sus banderas: *Aut Caesar, aut nihil!* Venció en el Norte los ejércitos de los emperadores de Alemania: venció en el Oeste de la Europa las furias recientes aún de Napoleón I.

Pues bien; despues de los laureles seculares, la derrota final: no existe ya la soberanía civil de los Pontífices. ¡Y admírese! Por la brecha de la puerta Pia, donde llevada fué la última invasion triunfante, no sólo entraron las armas italianas, sino que con ellas penetró el espíritu moderno: por allí entraron los ánimos independientes de

todo; los pueblos con la libertad de conciencia, los gobiernos con la total separación de los dos poderes: entró por allí, en suma, todo el siglo XIX, al frente de aquellas falanges.

El dominio temporal de los Papas está por tanto irremisiblemente destruido, y aunque suponemos que la Iglesia seguirá viviendo, desposeída de su imperio terrestre, deberá mostrar el sello de la mutación ocurrida, no pudiendo vivir en el mundo como acostumbró durante demasiado tiempo.

Aquí, donde mi contradictor calla, y subsisto yo para desmentirle, surge á la verdad para ciertas personas un gran problema. Es el siguiente: ¿Tomará nueva forma la Iglesia despojada del dominio civil de los Papas?

Mi contradictor, que algun tiempo enmudeció, multiplica sus pensamientos y sus discursos, poniéndome delante tres clases de hombres que prorumpen en fuerte murmullo, y anuncian desmesuradas cosas sobre la forma nueva, que asumirá en adelante la Iglesia católica.

Los puritanos dicen: La Iglesia, privada y libre de su vestidura temporal, irá recogiendo toda en la castidad de la idea, llegando á ser por último espiritual. Hermoso será entonces contemplar á esta antigua reina de los siglos.

Los conciliadores, que sustituyen á los puritanos, dicen: La Iglesia, depuesto á una con la soberanía temporal el orgullo de la resistencia, se volverá más humilde y más tratable, haciendo amistades con los poderes de la tierra. Bello y delicioso será entonces mirar á la obstinada buscar halagos y acuerdos.

Los rabiosos, que vienen despues de los primeros y de los segundos, dicen: La Iglesia, perdido el poder temporal, é intentando siempre recobrarle, no descansará, meditando castigos y venganzas, tomando la actitud de la insidia. Entonces será para todos un deber lanzarnos sobre la gran enemiga.

Del fabuloso Briareo se cuenta que, provisto de cincuenta cerebros y de cien brazos, empleaba los unos y los otros en sus empresas con uniforme movimiento. Peor cosa ocurre, señores, á mi contradictor. Los tres nuevos agresores que contemplamos salir de él, huesos siendo de sus huesos y carne de su carne, no se ponen de acuerdo entre sí, teniendo pareceres contrarios: reducen los unos la Iglesia sin el poder temporal á la idea, los otros á la paz con el mundo, y los otros por el contrario á la insidiosa guerra. ¡Es un choque de lenguaraces y una confusión horrible!

De todas maneras se planteó el problema, y preciso es resolverle de guisa que todos queden iluminados. ¡Tomará la Iglesia forma di-

ferente, mientras subsista despojada del civil dominio de los Papas?
No.

A los puritanos, que ponen alas á la Iglesia para conducirla fuera del siglo, respondo: Paraos en vuestros vuelos metafísicos. Soñais.

A los conciliadores, que presentan á la Iglesia deshaciéndose ahora en dulzuras terrenas, respondo igualmente: Prescindid de vuestras caras uniones y de los aguardados connubios. De ningun modo acertais.

A los rabiosos, que ven á la Iglesia enfurecer el pecho y soplar el fuego contra los que la persiguen, con acento imperioso contesto: Aquietaos, evitándoos el afan de la insidia que temeis. Calumniais.

Listos, avispados y con lineamentos briosos, semejantes á los soldados que caminan delante del ejército con armas ligeras, se me presentan los puritanos.

Sienten gozo al ver echado al suelo el dominio temporal de los Papas: con el ojo lúcido que tienen sobre la frente, y que penetra en las interioridades, entre las ruinas civiles de la Iglesia descubrieron dando vueltas, por decirlo así, un soplo de renovacion santa. En su virtud se dirigen á nosotros y nos instruyen diciendo: No paseis penas, católicos. La Iglesia sacudió de sus espaldas el pesadísimo fardo de las cosas seculares, cesando de ser mundana. En lo sucesivo irá casta, hermosa y libre, tomando la forma ideal.

Ante todo, señores, para resolver con los puritanos el problema de si tomará la Iglesia ó no forma ideal, es necesario considerar á la propia Iglesia en su naturaleza íntima.

Segun lo que hizo el divinal Autor del cristianismo, la Iglesia es una sociedad dirigida á un fin sobrenatural. Es toda verdad, por conseguida, y toda luz; pero además tiene un cuerpo donde se alberga su espíritu: un cuerpo formado con partes exteriores visibles. Realmente Jesucristo, al establecer su Iglesia, dijo á Simon: *Tú eres piedra, oh Pedro, y sobre esta piedra edificaré la Iglesia mia* (1). ¿Qué cosa más clara existe? No dice de ningun modo: Tú, Pedro, eres idea pura, espíritu, ó concepcion de la mente; sino que lo declara piedra, eligiéndole, por ser tal, para fundamento de la religion. Ahora bien: la piedra nos induce á pensar en cosa no aérea, sino sólida, que preciso es ver y tocar con las manos. Despues manda Cristo á los Apóstoles que anuncien el Evangelio; ¿y dónde? Si debiéramos atender á los puritanos, que á los bautizados encierran en el reino de la idea, los

(1) San Mateo, cap. XVI, v. 18.

Apóstoles, para difundir el Evangelio, debieron aletear por el aire, sobre las grupas del hipógrifo, como algunos caballeros del poema del *Orlando Furioso*, á fin de hacer sus pruebas en los espacios celestes. Mas no; los Apóstoles son enviados á predicar á los pueblos: por añadidura son enviados al encuentro de los cepos y de las segures. ¡Qué pureza de conceptos! Se trata de hierro, sangre y muerte. Es orden igualmente de Cristo que se confieran los sacramentos, y, ¿cómo se administran, aún suponiéndolos en provecho de las almas? ¿Dánse acaso á las ideas, á los pensamientos, á los afectos? El sacramento, que se forma con una señal sensible, toca ante todo el cuerpo.

No es preciso ampliar el discurso. Quien ver quiere á la Iglesia como fué por Cristo edificada, y no como desearían otros que fuese, necesario es que la mantenga segun aparece. Es el reino de las virtudes divinas y humanas; la virtud no se debe ocultar debajo del celemin, sino que debe resplandecer en sitio excelso, de forma que todos la contemplen y queden prendados. La Iglesia es la *ciudad colocada sobre un monte que ocultarse no puede* (1).

Díganme los puritanos, si siendo el hecho de tal modo, se puede reducir la Iglesia católica á simple cosa ideal: aún privados del todo sus jefes de poder político, y aún sin un trozo de terreno que le pertenezca, no quiere quedar convertida en abstraccion mera. A tal cosa obligarla, ¿no sería querer que renegase de su naturaleza? ¿No sería destruirla?

Esto pasa porque la Iglesia está en el mundo, para viva y perenne bendicion del mundo, de modo que preciso es se acomode algo á las condiciones del mundo. Aun fuera de la Iglesia católica, no existe sociedad parcial, ni escuela, por aplicada que á trabajos metafísicos se suponga que, queriendo ser útil, pueda descartar el elemento de lo sensible y confinarse sólo en la idealidad. Entre los protestantes primeros algunos iban detrás *de tal Iglesia invisible y sin cuerpo*; mas vieron prontamente que hablaban á sordos, cambiando de sistema. Más tarde los jansenistas parecieron querer intentar lo mismo, sometiendo sus dogmas y su símbolo *á una invisible autoridad soberana*; y á las refutaciones de los católicos uniéronse las befas de los filósofos para disipar aquella testaruda raza de creyentes. Estais en el mundo; os declarais apóstoles, médicos y salvadores de vuestros hermanos, que dolientes se hallan, llenos de angustias sensibles y de sociales delirios: ¿y os encerrarais en el templo de la idea?

Los mismos puritanos que tenemos junto á nosotros, dan muestras

(1) San Mateo, cap. V, v. 14.

de que piensan de igual modo. Baten palmas, viendo cómo despojan á la Iglesia; hacen votos para que á ser venga un pájaro sin nido, ó semejante á la zorra que no tiene guarida. Está bien; mas estos señores, que tan amantes son del génio castísimo de lo ideal, ¿qué hacen entretanto por cuenta propia? ¿Aman ellos la guarida para sí? ¿Aman el nido? ¡Oh, qué pájaros y qué zorras, señores míos!

Hubo casi en todos los tiempos hombres dominados por un gusto superlativo; espíritus secuestrados de la multitud y originalísimos. Con todo, á lo ménos aparentemente, principiaban á realizar en sí las novedades que llevar querían á los mortales. Antístenes era un predicador de austera pobreza, y se ponía una clámide hecha pedazos. Diógenes exaltaba el carácter misántropo, y escondíase dentro de un tonel. Montano condenaba que se comiesen carnes, y al parecer no las probaba él. Pedro Valdo recomendaba el ayuno á todos, y hasta muy tarde no comía bocado. Recordaré cosa más alegre. Cuando en la mescolanza de increíbles errores y desenfrenos, en Milan y por la Lombardia, á Guillermina y á Mainfreda les entró la locura de ser como los sacerdotes ó los papas, aquellas dos mujeres con otras partidarias suyas (¿lo sabéis, señores?) de Milan pusiéronse tonsura en medio de las trenzas y se adornaron con el manto pontificio.

Deteneos aquí, señores puritanos, y aplicaos la lección. Vosotros que á la Iglesia quereis ideal y espiritual hasta los huesos, mandando que se instale á grande altura, con el fin de que nuestro fango no la manche, ¿os halláis limpios y castos? ¡Espiritualísima es vuestra persona? ¡Fuera el cetro temporal de la mano del Papa! ¡Fuera el fardo de la soberanía civil! Pregunto: vosotros, para tener las manos limpias, ¿arrojais el baston del poder y del mando? A fin de tener limpia la cabeza, ¿os contentais con la tonsura, lejos echando las guirnaldas y las diademas? Es verdad que sois seglares, y que la Iglesia no lo es; mas si el dominio temporal ensucia, manchando á los cultores de la idea, al ensuciar á la Iglesia, no ciertamente os deja limpios y brillantes. Os resignais vosotros á tomar de buen grado las manchas y los lodos. ¡Oh, carísimos! Hace mucho tiempo que nos conocemos. Perdonadme; pero procedeis peor que Mainfreda y que Guillermina. ¡Todo ménos un poco de tonsura en medio del copete bien peinado! ¡Todo ménos un poco de seda comprada con vuestro dinero! Os place que la Iglesia se despoje, porque os gusta endosar aquella púrpura: os place que no tenga tampoco almohada sobre que reclinar su cabeza, porque quereis descansar en ella blandamente: os place que sea por todos dejada, quedando sola, porque ansiais hacer leyes y mandar.

Aleardo Aleardi, poeta italiano vivo aún, despues de vaciar el saco

de las impertinencias contra el Pontífice Rey, termina exclamando: *Retirate, Levita, que con tu figura livida me ocultas el Señor* (1).

¡Loco! El Levita, bien que circundado de soberanía temporal, no esconde al Señor, por cuanto el poder y el decoro civil, entendidos filosóficamente, no pueden ocultar la idea. Reverberábase Dios en la materia como en el espíritu. ¿Acaso los cielos, el sol y las estrellas, intenso estudio de los físicos, no cuentan la gloria del Eterno? ¿No estampó el Creador en la frente del hombre un rayo de su luz? ¡Ay de la generación moderna si enteramente se retirase del monte sacro el gran Levita! Nosotros, que tan imperfectamente vemos á Dios, viéndole contrahecho á través de la nube del racionalismo y del panteísmo, ¿qué conocimiento tendríamos de su sér faltándonos la grande autoridad del Levita y el sentido evangélico? El grito del poeta que oímos dice así, siendo indudable su furor: *Retirate, Levita, porque con la sombra de tu figura me ocultas á mí*. Los puritanos quieren ascender, y quieren dominar: hallando el obstáculo en una Iglesia potente, decretan la separación temporal. ¡Ah! Esperan engullirla toda.

¡No estas ambiciones disimuladas, que para los honrados son intolerables! ¡No estas imprecaciones contra el dominio temporal! ¡No estos entusiasmos de total espiritualidad en la Iglesia! Ponderada la Iglesia católica en su naturaleza, manifiéstanos cuál debe ser su forma. Hagan los hombres lo que les plazca: despojen y quiten cuanto sepan y puedan: no conseguirán que mude un pelo la intimidad y la índole de las cosas. Contra los puritanos damos á la vez la pregunta y la respuesta. ¿Asumirá forma ideal la Iglesia, privada del dominio civil de los Papas? No

Se duelen los puritanos de ser por nosotros mal comprendidos. No se proponen aseverar que la Iglesia católica, perdido el principado civil, se deba verdaderamente trasfundir en la idealidad pura y absoluta: anuncian sólo y sostienen que, dejado el peso temporal, será casta y pura, pareciendo mejor una sociedad espiritual.

Tomemos el problema otra vez, señores, bajo el aspecto distinto en que lo presenta, y tratémoslo.

Se nos predica que, hallándose libre del temporal dominio, la Iglesia será casta y pura. Empero, para ir á semejante conclusion, preciso es afirmar antes que la Iglesia por tanto con el dominio temporal se mancha inevitablemente. Ahora bien; ¿es el hecho positivo y muy cierto? ¿Dónde las pruebas están de la contaminación á la Iglesia venida por el poder temporal de los Pontífices? ¿Dejó acaso de predicar en su pureza la palabra de Dios? ¿Dejó de seguir á la sombra de la cruz? ¿De

(1) Aleardo Aleardi. *Canto político, Al Pontífice futuro*.

administrar los sacramentos de Cristo á las almas? ¿De atender á la formacion de los santos? ¿De procurar con ahinco la conversion de los infieles? ¿De poner sobre todos sus pensamientos la gloria de Dios, y sobre todas sus afecciones el culto cristiano de la virtud?

Observad que hombres sumos llenaron con sus nombres la historia en el curso de diez ó doce siglos; observad en cuáles y cuántas obras heróicas ejercitáronse tales hombres: encontrais en el tiempo designado apóstoles que recorren la tierra; cenobitas que pueblan el desierto; doctores que desde las cátedras enseñan; príncipes que dan sus estatutos á los pueblos; soldados que se arrojan á empresas extraordinarias: como fruto social, hallais en la edad designada el mundo rescatado al sonido del Evangelio; los intelectos esclarecidos á la luz de la ciencia; la corteza del salvaje rota por los guerreros con su espada, ó mejor venida al suelo por la palabra del sacerdote; socorridos á los pobres, educada la infancia, regeneradas las leyes, santificadas las costumbres y casi rejuvenecida la especie humana. Pues bien; la mayor parte de las grandes obras estas, y la generalidad de tales piadosos ó clásicos varones que contemplamos en el trascurso de diez ó doce siglos, salieron de la Iglesia católica: ¡llénense de asombro los puritanos! Salieron de una Iglesia cuyos Pontífices, con el cetro temporal enaltecidos, tenían soberanía civil. ¿Es acaso fealdad lo que yo refiero? ¿Es torpeza? ¿Cómo podia estar corrompida la Iglesia ó sucia, euando lavó el mundo de sus manchas seculares?

Haced otra meditacion. Mirad en qué parte, donde se difunde la sociedad civil vastísima, brilló más la Iglesia en los siglos pasados, es decir, en los de su poder temporal, y vereis claramente que el sitio principal de su gloria moral y de su pureza fué precisamente aquel donde los Pontífices fueron monarcas: refiérome á Roma y á nuestra Italia. De Roma, con el mandato de los Papas, partieron los nuevos evangelistas para conducir á Jesús las naciones bárbaras: en Roma, sobre la tumba de los Apóstoles, se formaron los nuevos mártires y los confesores magnánimos de la cruz: en Roma, en el centro del magisterio católico, encendióse la mente de los doctores con estro más vívido: al pié de Roma los famosos culpables, que habian ido ansiosos de matanza, cayeron de rodillas: de Roma y para Roma fueron los monjes y los sacerdotes redentores en los pueblos de la servidumbre, de la ignorancia, de la anarquía pública y del pecado. ¿Es esta la deplorada suciedad? ¿Es esta la torpeza? ¿Contaminaron así á los mortales los Pontífices reyes? ¡Cosa que maravilla! Cuando el grito de la contaminacion se alza en Europa, queriéndose acusar á la Iglesia de

adulterada, su luz brilla más bella por razón de los contrastes. Quien acusa de hallarse adulterada Roma, es el octavo Enrique; mas él, desde Inglaterra, que trasforma en burdel, al mundo demuestra que puras y santas corren las aguas del Tiber en torno del Pontífice, llevando el Támesis apóstata ondas de suciedad y de sangre. Quien acusa de hallarse adulterada Roma es Martín Lutero, el cual demuestra lo mismo: demuestra que inmaculadas deben reputarse Roma é Italia, desde que la Germania herética se corrompe atrocemente, viéndose compelido á gritar y á decir, refiriéndose á sus compatriotas: «El mundo se vuelve cada vez peor: hoy los hombres están poseídos por siete demonios, al paso que antes lo estaban sólo por uno. El diablo entra en las gentes ahora por compañías (1).» Por consiguiente, si Wittemberg y Alemania protestantes son legiones de demonios, Roma é Italia son ángeles. ¿Es esta, repito, la contaminación de la Iglesia bajo el poder temporal?

Esto sentado, hé aquí lo que decir debo á los puritanos. La Iglesia católica, con el poder temporal de los Pontífices, no se manchó; y erran, por consiguiente, ó sueñan cuando, viéndola despojada de aquél, reputan que ha llegado la hora de que, deponiendo el polvo humano, juiciosamente se convierta en sociedad espiritual.

Sin embargo, la cuestión queda dilucidada sólo en la superficie, y la médula subsiste de continuo en las tinieblas. Los puritanos corren á mi encuentro con impetu grande. Dicen. ¿No es acaso la Iglesia la esposa de Jesucristo? ¿No enseñó Cristo que su reino no es del mundo presente? Entretanto la Iglesia católica, para sostener el derecho temporal, ¿no se ha ensuciado hasta el punto de mancharse las manos con la sangre de los pueblos?

Ciertamente la Iglesia es la esposa de Jesús, y ciertamente Jesús dijo que su reino no es del mundo este. Mas permaneced tranquilas, almas inocentes y puras; el poder temporal no borró de la Iglesia la santidad del matrimonio divino, ni manchó la belleza del reino cristiano.

Distingamos, señores, entre lo que *fin* es en las cosas y lo que sólo es *medio*. Lo admito también: si la Iglesia hubiera recibido el poder civil para su propio fin en este mundo; si hubiese pensado que reunir señorío y ostentar poder político era la misión que le confirió el cielo, hubiera dolorosamente prevaricado; hubiera hecho traición á los eternos propósitos del Dios redentor; hubiera roto el anillo de sus bodas místicas con Él; hubiera renegado y desvanecido la virtud del reino evangélico. En suma, hubiera cambiado el fin de su mandato: desti-

(1) Lutero, *Sermon del primer domingo del Adviento*.

nada á guiar los hombres á las cosas celestiales, se hubiera dado á dominarles para las sensibles y las caducas.

Ahora bien. Vive Dios que no se propuso admitir con tal pacto é intento el poder temporal al ofrecérselo el mundo reconocido, y al conducirla la Providencia á que lo recibiese. Por el contrario, vaciló la Iglesia y observando estuvo. Escribe así el español Donoso Cortés: «Hubo un tiempo en que, abandonada la Italia por sus emperadores y >duques, é inundada por la invasion extranjera, puso el cetro, la corona y la púrpura á los piés de los Pontífices, aclamándoles como >antes habia saludado á sus Césares, píos, felices, triunfadores. Mas la >historia nos dice que la Iglesia recibió el saludo popular, como habia >la Virgen antes recibido la salutacion angélica:» *Quae cum audisset, turbata est in sermone eius* (1). ¿Qué se propuso, pues, la Iglesia católica al aceptar el cetro real? Se propuso valerse de la soberanía civil como medio, como simple medio y no más. Pensó en su interior y dijo: Con estos bienes temporales que me dan espontáneamente; con este brillo de corona civil que colocan sobre mis sienes, me alzaré más gallarda ante las gentes, y difundiré una voz en torno que aún los profanos respetarán; realizo en la tierra las misericordias de Dios, y á la misericordia de Dios veré que sirve así la materia como el espíritu.

Dijo y lo hizo. Ciertamente los Papas, ¿qué cosa estupenda no realizaron, añadiendo al poder espiritual el temporal?

Hallaron más fácil detener á los bárbaros. Cuando San Gregorio II se presenta en el campo del rey longobardo, el indómito Luitprando, que, habiéndose confederado con los Griegos hostiliza á los Venecianos, devasta nuestra casa y lleva el asedio á Roma; él, San Gregorio II, parlamenta con el victorioso y lo aplaca, haciendo que devuelva la paz á Italia, ¿con qué traje se presenta? No con el de Pontífice sólo, sino con el de Pontífice rey.

Hallaron más fácil, auxiliar las artes y las cosas útiles. Bramante, que dibuja el templo de San Pedro; Buonarroti, que pinta la *Capilla Sixtina* y trabaja su *Moisés*; Sanzio que pinta las *Logias Vaticanas*; y otros grandes artistas innumeros, ¿á quién prestan sus servicios? ¿A quién sirven poetas, prosistas, filósofos, historiadores, arqueólogos y matemáticos de primer grado dentro de la Ciudad Santa y fuera? ¿A quién sirven? No simplemente al Vicario de Jesucristo, sino al Pontífice rey.

Hallaron más fácil con el enlace de la soberanía temporal, expedir misioneros entre los infieles, pacificar á los poderosos del siglo, ins-

(1). Donoso Cortés, *al Director de la Revista de Ambos Mundos*. París 15 noviembre 1852.

tituir hospicios de caridad, desarraigar entre los cristianos los gérmenes que pululaban del paganismo y de la salvajería, constituirse centro de reunion para todos los pequeños Estados entre sí desunidos, alzarse como mediadores entre el tirano y la víctima, juntar de nuevo los vínculos de la fraternidad universal, promover en todas partes el progreso moderno. En su virtud, no al Papa simplemente, sino al Papa soberano se deben entender dirigidas las alabanzas que Bianchi Giovini, su acerbo enemigo, se vió constreñido á escribir, diciendo: «El Papado fué una gloria de la Italia, y grandemente útil á la Europa. En la Edad Media, cuando todo era subversion y anarquía, su influencia religiosa impidió la disolucion de la sociedad: unidos mantuvo á los pueblos con el vínculo de una religion uniforme; propagó las leyes romanas que habian pasado al derecho canónico; y difundió los gérmenes de una futura civilizacion. Mantuvo vivas en Italia las tradiciones romanas, causa de que se librase primero que las demás del caos de la Edad Media, de que fuese la primera en dar leyes, y de que se fuera encaminando al progreso precoz, que fué antorcha civilizadora de la Europa entera (1).»

Digan aquí los puritanos. ¿Perjudicó acaso la Iglesia católica la causa de la religion uniendo al báculo pastoral el cetro? ¿Rompió por ventura el anillo de sus bodas con Jesucristo? ¿Cómo podia ser esto? ¿No consiguió más bien que la religion pasase á los órdenes externos? ¿Que Cristo reinase á un tiempo entre los creyentes y los civilizados? Si vosotros, hijos de la civilizacion, pusisteis en vuestro dedo igualmente el anillo de las bodas con Jesús, ¿no debeis por ello gratitud á los Pontífices soberanos? El medio coadyuvó á la consecucion del fin, y la soberanía temporal aumentó en la Iglesia las glorias de la soberanía espiritual.

¡Entiendo lo de la difusion de sangre humana! La Iglesia, con el fin de sostener el dominio temporal, degolló alguna vez á los pueblos.

Me arrojan á la cara recuerdos, hechos ó sombras de sucesos, que parecen indicar abuso. Mas, áun supuesto este, señores, no es bastante al sério razonador para juzgar una institucion. Ella debe ser juzgada segun su naturaleza intrínseca. ¿Qué significa el abuso? Es declaracion de cosa buena, óptima en sí, pero mal empleada en las aplicaciones. Esto sentado, si por el abuso, en que tal vez ha caido una institucion, se debiera resolver todo siniestramente y decretar su fin, ¿qué subsistiría salvo y vivo en el mundo?

Abusan los pueblos de la libertad; háganse por consecuencia esclavos. Abusan los reyes del poder: sean lanzados los reyes.

(1) Bianchi Giovini en el periódico *L'Union*, octubre 1839.

Un escritor del otro lado de los montes, para escarnecernos y cantar su palinodia sobre los inminentes funerales del catolicismo, parangonó á la Iglesia católica revestida de poder civil con el alma del hombre revestida del cuerpo, escribiendo despues: «Así como el alma, en descomponiéndose y en cesando el cuerpo, se vá, la Iglesia forzada vése á irse, ahora que le quitan la soberanía política. Muere.» (1).

No acepto la conclusion; pero sí el parangon. ¿Aseméjase la Iglesia, con el dominio civil, al alma metida en el envoltorio del cuerpo? Pues bien: si de los abusos de la union se debe pasar á la sentencia del aniquilamiento absoluto, digo: Permaneciendo el cuerpo al alma unido, realiza sus desenfrenos, predominando frecuentemente contra ella y manchándola. Matad el cuerpo por consecuencia. ¿Matarlo? me gritan. ¿Acaso no ayuda el cuerpo al alma de maravillosa manera? ¿No le dá con los ojos vista, y habla con la lengua, y oido con las orejas, y con los piés modo de andar? Añado yo. Exactísimo, mis amigos, es esto. Sin embargo, ¿no veis cómo en esto hay mejor pérdida que ganancia? Unida el alma á los sentidos, se ofuscan sus pensamientos y se manchan sus afectos: cierto que vé con los ojos, que habla con la lengua y que camina con los pies; mas ¡cuántas cosas feas y horribles vé por estol! ¡Cuántas frases asquerosas vienen á sus lábios! ¡En cuántos pasos homicidas se mete! Córtese así en buen hora ojos, lengua, piés y manos. Dejará el alma de mancharse, viniendo á ser exquisitamente ideal.

Por lo demás, los puritanos que me citan á las gentes degolladas por las armas de la Iglesia, ¿por qué no hablan de las verdaderas gentes libres por la soberana intervencion de la Iglesia y aun puestas en salvo por sus armas? Lamentan las ferocidades de los Pontífices reyes: ¿por qué no exaltan á los Pontífices reyes promovedores de las difíciles liberaciones de los pueblos? Leon IV, que desde los bastiones de Roma hace frente á los Musulmanes, arrojándoles y coronándose con la victoria espléndida de Ostia, ¿no es un público y solemne bienhechor? Alejandro III, que humilla el orgullo de Federico I; obligándole á pasar de nuevo los Alpes con sus Teutones, ¿no es altamente benemérito de nuestra patria? ¿No pide las humanas bendiciones San Pio V, con la magnánima Liga de los Genoveses, de los Venecianos y de los Españoles, así como con el triunfo de Lepanto que á la Iglesia trae inmensos beneficios? ¿No emplea antes la fuerza para un santo y generoso fin Urbano II, que instituye la milicia de los Cruzados, haciendo que se convierta el Occidente armado en el Oriente opresor? Dignísimos de que la musa cristiana cante sus proezas son Juan VIII en Terracina, Juan X en

(1) Perdí el nombre de tan peregrino autor. Sospecho que se trata de About.

el Garignan, y Benedicto VIII en Luni: también algo digno de la epopeya por algunos conceptos, es Julio II, que vá sobre su mula blanca y proscribió á los extranjeros de la Italia: ¡No ven nada de esto los puritanos? ¡Ven sólo matanzas, pozos de sangre y ruinas de los Pontífices reyes! Un historiador italiano, contemplando en Pio IX al Pontífice rey así exclamaba: *La voz de Dios no truena ya en el Sinai, sino en el Vaticano, y escuchan los hombres con reverencia igual* (1). Ahora bien: ¿no se inclinan los referidos al Sinai ni al Vaticano, por descubrir tétricas manchas en el aparato de la majestad? ¿No quieren el trueno para confinarse en la idea?

Nuestro litigio queda igualmente aclarado en su meollo y en su corteza, conduciéndonos á esta conclusion final: si colocada en la frente de los Pontífices la diadema temporal, y supuesto además el uso de las armas, la Iglesia no se mancha ni se desflora, vano es gritar que, libre de la carga terrena ó política, se levanta mejor á Dios, viniendo á ser la encarecida soberana de los siglos.

Aquí, establecido esto, busco, señores, el problema que plantearon delante de mí los puritanos, y no lo encuentro. ¿Se hará casta y limpia la Iglesia despojando á los Papas de su dote temporal? ¿Adquirirá cierta forma ideal? No.

Más graves, y provistos de armadura más sólida que los puritanos no tienen, otros hombres, semejantes á una milicia que forma el centro del ejército, se presentan delante de nosotros. Reconózcoles: son los conciliadores.

Su propósito parece justo y benigno; no desnudar de ningún modo á la Iglesia católica; no convertirla, por ejemplo, en la república ideal de los creyentes fantaseada por Manuel Kant; dejarla, por el contrario, con sus altares, con sus sacerdotes y con sus pompas litúrgicas. Sostienen sólo con firmeza que no debe vivir con principado civil en los sumos Pontífices, no debiendo, ni pudiendo recobrarlo; de pronto la ven crecer á su alrededor diferente de lo que fuera en lo pasado; toda condescendencia y toda paz, sin mostrarse airada con las potencias del mundo, ni ofender con sus anatemas lo que modernamente se ama. En su virtud, dirigiéndose también á los católicos, les aconsejan que no sufran tormento, ni vistan de luto, si la Iglesia vá, hoy despojada de sus coronas políticas. ¿Acaso no compensa toda pérdida suya la dulce amistad que con nuestro siglo contrae?

Escuchando á estos, renuévase ya el problema, ó más bien nace otro y es: ¿asumirá nueva forma la Iglesia, despojada del temporal dominio? ¿Se pondrá en disposición de conciliarse con el mundo?

(1) L. C. Farini; *El Estado romano*, tom. 1.º cap. 1.º

Señores, si sueñan los puritanos al querer plegar á nueva forma la Iglesia, no aciertan tampoco los hombres de la paz y de la amistad.

De seguro que los conciliadores yerran súbitamente confundiendo las especiales condiciones de la Santa Sede con las de toda la Iglesia. Afirmaré más exactamente que yerran los conciliadores porque miran á la Iglesia como si estuviese toda encerrada en el escaso terreno donde los Papas alzáronse soberanos, y como si tuviera solamente derechos políticos, perdiendo de vista los derechos divinos del catolicismo universal.

Vengamos á las pruebas. Su apasionada cantinela es que la Iglesia, perdido en los Papas el principado civil, será en adelante más dulce y más dócil con los poderosos del siglo, debiendo prescindir de su *Non possumus*. Mas yo digo: No miremos al Pontífice ahora, ni á Roma, ni á nuestra Italia; miremos fuera. ¿No hay cuestiones en el catolicismo por encima del principado civil? ¿No existen cuestiones acerbas y seculares entre la Iglesia y el Estado, que ni poco ni mucho se refieren al Pontífice rey? Tomás Becket, arzobispo de Cantorbery, cuestiona con Enrique II, sin que abatan su ánimo las incomodidades, ni las penas, ni las amenazas: se conserva indomable. ¿Es por ventura para la Iglesia cuestion de principado civil? No. En tiempos á nosotros inmediatos los arzobispos de Colonia y de Posen pleitean con Federico Guillermo III; no se rinden por las injurias experimentadas, ni por la cárcel sufrida: á su vez son indomables. ¿Es acaso una cuestion de poder temporal? No. Por consiguiente, sin tener en cuenta el poder temporal en todo país y bajo todo cielo, hay en el catolicismo choques muy fáciles con los gobiernos, porque la Iglesia, potencia divina y no humana, está en contacto con las pasiones de los gobiernos y de los Estados. ¿Creeis ahora vosotros que, despojados los Pontífices del cetro político, no deberá sostener la Iglesia los choques aquéllos y aquellas ásperas luchas? ¿Creeis que cediendo á los presiones de los contendientes ha de grifarles: *Vedme aquí; me remito á lo que deseais*?

Nos advierten los conciliadores que, si bien fuera del poder temporal en la Iglesia surgen cuestiones, estas por su parte gracias al despojo completo, deberán hacerse más ténues y más suaves, no prolongándose con tanta insistencia como antiguamente. Disminuid el vigor en el centro, exclaman; quitad de aquí el orgullo y altivez, el soplo de la humildad y la condescendencia deberá correr por todo el cuerpo hasta sus extremidades últimas.

Quiere decir que si el Pontífice Alejandro III, que vivía en los tiempos de Tomás Becket, no hubiera sido principe temporal, Tomás Becket, arzobispo de Cantorbery, no se hubiese mantenido firme contra las violencias del segundo Enrique, ni hubiera sido desterrado, y

cruelmente muerto. Quiere decir que si los Papas no hubieran sido príncipes temporales, tantos sacerdotes y tantos obispos, que militaban á sus órdenes, cuestionando con los gobiernos, se hubieran doblegado incontinenti desapareciendo el conflicto. ¡Gracias, mil gracias á nuestros benévolos por la honrosa estimacion en que tienen los derechos de la Iglesia! ¿Piensan realmente que tales derechos sean caprichos, puntillos, humos de mente terca, que ceden y se dispersan cuando un airecillo poco grato se levanta de la parte adversa? ¿Piensan con formal juicio que los derechos de la Iglesia son de semejante laya, en lugar de ser derechos, y derechos sacrosantos que debe sostener y patrocinar por conciencia? Mas señores; los primeros Papas, que no poseían poder temporal, estando desprovistos y enfermos, luchaban sin embargo generosamente con los emperadores y con los verdugos, cayendo mártires. ¡Oh! ¿Es que caían mártires por puntillo? Bello puntillo; capricho inefable y solemne cuando ejerce semejante gallardía en tí que te transforma en héroe. ¿No temen tales puntillos heróicos los modernos conciliadores? ¿No los aguardan en la Iglesia de Dios herida y despojada, cuando escribe en su bandera con sangre la cifra del martirio, anunciando y predicando en las naciones que *se debz obedecer á Dios antes que á los hombres?* ¡Oh! Ansían alegrar su propio espíritu, imaginando que Su Beatitud, privado del poder temporal y desposeido, suprimirá con los gobiernos su implacable *Non possumus*. Pues bien. Olvidan á San Pedro, que, inerme y despojado, gritaba el *Non possumus* delante de Claudio y de Neron; olvidad á San Lino, que, inerme y despojado, lo gritaba delante de Vespasiano; olvidan á San Cleto, que, inerme y despojado, lo gritaba delante de Vespasiano; olvidan á San Clemente, que, inerme y despojado, mandábalo de lejos entre las simas del Océano, para que resonase desde allí en los oidos de Trajano. Olvídanse tambien así de los Pontífices sucesores. ¿Son desmemoriados! El despojo, por lo tanto, y la matanza no suprimen en los lábios pontificios el *Non possumus*. ¿Dónde ven los conciliadores en la Iglesia despojada florecer la paz, la sumision y el afecto á los injustos potentes de la tierra? ¿Dónde la paz? ¿No es, por el contrario, la contradiccion impelida hasta el honor y la santidad de la muerte?

Tales cosas, bien que observadas generalmente, nos dan una primera solucion del problema; en su virtud á quien nos pregunta buenamente si la Iglesia, perdido el poder temporal, tomará forma diversa, ó la costumbre de reconciliarse con el mundo, respondemos intrépidamente. No, esto no deberá ser; la Iglesia no tomará tal costumbre.

Persuádome más, y me confirmo en la decision tomada, si de lo general, paso á puntos parciales y distintos. Señálenos los conciliado-

res, y vengan á ponernos delante las cosas en que la Iglesia, tomando diferente actitud, debería dar un apretón de manos, besando arrepen-tida la frente del siglo XIX.

Melchor Gioia, entre mil ineptias, notó un hecho sério, y dijo: «Los »Espartanos escribían cartas muy lacónicas, esto es, impertinentes; »mas desde que fueron de todo punto batidos en Leutri, alargaron sus »frases. Soy yo, decía Epaminondas, quien les ha enseñado esta civili- »zacion (1).»

Hé aquí, añaden los conciliadores, lo que hará la Iglesia con el si- glo XIX. Hasta el presente, hablando con nosotros pobres mundanos, usó palabras demasiado lacónicas, demasiado breves y demasiado so- berbias: esto no y aquello no. Ahora batida en Leutri también y despo- jada de su vieja soberanía, hará como hicieron los Espartanos; alarga- rá las frases, otorgando esto y aquello. Quien despojó á la Iglesia, re- petirá la frase que pronunció Epaminondas. *Héle yo enseñado esta civili- zacion.*

Me han enseñado erudición bastante: los conciliadores descubren á la Iglesia despojada y batida, reconciliándose por fin con la civilización de la sociedad humana; descubren y sienten que pronuncia el Sí á los progresistas de Francia, de Inglaterra, de Alemania, de España y de Italia; como los deseos y las ansias de los progresistas son claros, cla- rísimos, es manifiesto igualmente lo que obrará la Iglesia católica entre ellos. ¡Tienen pupilas muy agudas los doctores de la conciliación! ¡Ar- gumentan valientemente sobre las actuales desventuras de la Iglesia! ¡Oh, cómo indagan á maravilla! Sometámoslos á examen.

El progreso moderno, según lo quieren los más inmoderados, pide que apruebe la Iglesia con su autoridad y promulgue los principios franceses del ochenta y nueve. Trajeron la entrada de la última civili- zación. Si estás con ellos, vienes á ser hombre muy civilizado; si los rechazas y te segregas de ellos, te cierran en la faz la puerta de la ci- vilización contemporánea.

¿Aprobará la Iglesia? ¿Afirmará con autorizado acento los principios del ochenta y nueve? ¿Actualmente hará lo que no hizo primero, por que ahora se vé despojada y batida? Empero la Iglesia principia en Dios, y se arraiga en Jesucristo; en esto consiste su ser y esta es para ella condición de vida: apartándose de aquí apóstata sería. Ahora bien: los principios del ochenta y nueve, que nos dan, no solamente como principios políticos, sino también sociales, empiezan en la humana ra- zón, arraigándose en la humana libertad. Apenas tienen un signo tran-

(1) Melchor Gioia. *Nuovo Galateo*, lib. 3, cap. VII, pár. 7.

sitorio de Dios, llamándole á lo más en testimonio de lo que hacen, y le confieren el oficio (os lo dije otra vez) *de simple y taciturno notario*: por lo que hace á Jesucristo, ni una sílaba para él, porque se avergüenzan de nombrarle. Supongamos que la Iglesia católica debe con pleno vigor aprobar los principios del ochenta y nueve: es preciso que reniegue del Evangelio; es preciso que afirme que no es Dios el legislador del mundo, sino el hombre. Es preciso que diga y confiese: *No conozco á Jesucristo*. Es preciso, por lo tanto, que concluya de ser lo que ahora es, dejando de ser la creyente Iglesia católica, para ser la nacional Asamblea de Francia. Puesto que aceptados los principios forzoso es admitir las consecuencias, preciso es que reniegue la Iglesia de sus Papas, de sus apóstoles, de sus mártires, de sus vírgenes y de sus doctores, para convertirlos en personajes políticos muy furentes, á fin de hacer brotar de su seno los Mirabeau, los Danton, los Marat y los Robespierre. ¿Es honesta y de poca importancia la ley que los conciliadores imponen á la Iglesia, á fin de que se reconcilie con el progreso y la civilización moderna? Le imponen el aniquilamiento. Bien está: muerte por muerte, mejor es morir vírgen y mártir que morir en los brazos de los corruptos. Así reflexiona la Iglesia, no pensando en las cosas temporales; desde las menores y desde la {suprema cátedra exclama que no puede reconciliarse con el mundo: *Non possumus*.

Mirado el árbol del nuevo progreso en su tronco, preciso es considerarlo en sus alturas, es decir, en sus ramas, en sus hojas y en sus frutos.

El progreso pide que apruebe la Iglesia la libertad absoluta de investigación sin escrúpulos monjiles, sin límite y sin consideración alguna. De lo cual se alaba Salvador Morelli, diputado del Parlamento de Italia, diciendo: «Es un derecho nuestro ineconuso poder discutir desde Dios hasta el gusano. Es la gran conquista del siglo (1).»

La Iglesia, señores, no ha negado, ni descarta las bellas investigaciones del humano espíritu, prestándose también á los debates: de aquí sacó la ciencia moderna, viniendo á ser la verdadera *Bula de oro* de las gentes como la llama Joaquin Ventura. Empero en sus investigaciones la Iglesia quiso establecer un orden: quiso que no investigara el hombre como un escéptico, abandonado á sí, despues de crujir todos los principios divinales y filosóficos, antes de someterse á la prueba del exámen. Horribles son los dias en que tan licenciosamente se disento sobre las cosas esenciales de la vida y sobre las cosas palmarias: horri-

(1) Salvador Morelli, el 1.º de abril del 1870 en el Parlamento de Florencia: véanse las *Actas Oficiales* de la Cámara, número 130, pág. 535, 536.

bles y llenos de angustia los dias en que, despreciado Dios, se discute si tiene derecho de propiedad el hombre; si debe respetar la paterna autoridad, si debe ser casto, caritativo, y si debe reputar el matrimonio un bien ó una esclavitud. Vedó la Iglesia tales inquisiciones, porque veía injuriadas á un tiempo la fé religiosa y la lógica. ¿Lo quiere de otra manera el progreso segun lo entendeis vosotros? ¿Es preciso que erujan primero Dios, fé religiosa, é Iglesia, para darse despues libremente á las investigaciones? ¿Pone para ello en idéntico nivel á Dios y al gusano? Es un pecado de lógica: es un pecado contra la suprema justicia y una impiedad. La Iglesia católica, soberana ó no temporalmente nunca lo declarará bueno, no lo puede sufrir y lo prohíbe. *Non possumus.*

El progreso pide que la Iglesia despues apruebe, no sólo el libre exámen sino la autoridad del juicio privado, en materia de religion.

No puede. Si lo aprobase se convertiría en terminante protestantismo: cesaría de ser con tal acto. ¿Qué ganancia lograría el mundo, por otra parte? Privado para siempre de la Iglesia católica, tendría una secta más; ¡como si escaseasen! Puesto que propio es de las sectas dividirse y diseminarse además en comunidades pequeñísimas, el mundo poseería multitud de sectas sobre las que posee. Otras sacudidas dá á la Iglesia alegando el bien religioso y el de vuestros hermanos. Buscadle además en la pérdida del reino temporal. Ella os grita: *Non possumus.*

El progreso pide que apruebe la Iglesia la soberanía del pueblo.

No puede. Ante todo convertirse debería en abierta escuela y en abierta legislacion política no siéndolo. ¿A qué fin obligar á la Iglesia de Dios á salir del templo, de sus concilios y de sus sínodos, para congregarse toda en las reuniones de los Owen y en los «falansterios» de los Cabet? Además hallándose fundada en jerarquía por Jesucristo, como estableció Dios en jerarquía la misma humana sociedad, la Iglesia sabe y conoce que no puede decir á los montes: *Descended*; ni á los valles: *Llenaos*, á fin de trasformar toda la tierra en un llano. Dejando aparte la figura: sabe y conoce la Iglesia que no puede decir al pueblo: *Rebelate*; ni á los soberanos y á los públicos regidores: *Dejaos engullir por las revoluciones.* *Non possumus.*

El progreso pide que apruebe la Iglesia los hechos consumados.

¡Los hechos consumados! No puede. Ante todo cerrad, señores, todos los juzgados y los tribunales de apelacion. ¿Acaso los juzgados y los tribunales de apelacion se abren y subsisten á fin de aprobar los hechos consumados? ¿No procuran por el contrario conocerlos y condenarlos con frecuencia? Haced esto, y dirigios despues á la Iglesia demandando

que apruebe los hechos consumados. ¡Los hechos consumados! ¿Puede darse doctrina más nécia y más hórrida? Aun el viejo paganismo era un hecho consumado; hacía siglos que por todas las partes del mundo se extendía: ¿hizo mal la Iglesia no aceptándolo? El budismo y el mahometismo en muchas partes del Asia son hechos consumados: ¿debería la Iglesia inclinarse á Buda y á Mahoma en aquellas playas tan poco limpias é inocentes? El rito del sacrificio humano, la inmolacion de la criatura racional, realizase aún en ignoro cuántas partes del Africa, siendo un hecho consumado entre los salvajes: ¿debería la Iglesia tambien aprobarlo? Oís cómo los jefes de la religion levantan su voz indignada contra vuestra teoria: *Non possumus*.

Este imperioso *Non possumus*; este grito, que reniega perpétuamente de la paz y de la confederacion del mundo, hácelo salir la Iglesia tambien de su boca, de su corazon y de su alma, sin referirse de modo alguno al poder temporal, porque trátase de cuestiones que corresponden puramente al órden espiritual y moral; en su virtud, para juzgar relativamente á ellas, aconsejase con el cielo y no con la tierra, importando poco que sea poderosa ó débil humanamente. *Est, est: Non, non*. Así amaestróla Jesucristo.

En la cabeza se les habia metido á los conciliadores que la Iglesia, batida en Leutri, teniendo delante un Epaminondas para enseñarle la civilizacion, alargar debería las frases y presentarse contrita de su célebre obstinacion. ¡Engañados! Cárlos Botta nos habla de Pio VII, que despojado por Bonaparte, y hecho ir proscrito por la Europa, está delante del omnipotente soberano no en actitud de vencido, sino de vencedor (1). Luis Cárlos Farini, refrescando augustas memorias, escribe: «Singular naturaleza la de la Córte romana, que alguna vez se resigna, »pero que nunca doblega su ánimo á la fuerza, ni á la fortuna, y que »nunca olvida con el trascurso del tiempo. Despojada por Napoleon, »dió de sí tal ejemplo de dignidad y fortaleza, que más pareció vencedora que vencida; restaurada despues por los vencedores de Napoleon, reclamó enojada lo no restituido, como señora se dirige á sus esclavas (2).» Aquí están las frases alargadas de la Iglesia deprimida. ¿Es así como el batido y el derrotado préstase á los deseos del que intenta darle lecciones de civilizacion? Si vosotros en los despojadores descubris un Epaminondas nuevo, ¿veis acaso en la Iglesia la nueva Esparta humillada?

Cuanto hicieron los últimos Pontífices lo realiza el Papa vivo. El

(1) C. Botta, *Historia de Italia desde el año 1789 hasta el 1814*.

(2) L. C. Farini, *El Estado Romano*, tom. III, lib. IV, cap. X.

progreso, con las mil voces de los novadores italianos, franceses, ingleses, españoles y alemanes, viene á llamar á las puertas del Vaticano: Dame aprobados, dice y repite al Vicario de Jesucristo, los principios del ochenta y nueve; dame la investigacion libre de la mente; dame la libertad de conciencia y el juicio privado en materia de religion; dame la soberanía del pueblo; dame la sancion de los hechos consumados: ¿qué respuesta obtiene? El Vicario de Jesucristo, el inmortal Pio IX, aunque ya despojado en parte, y con la invasion en las murallas de su ciudad, responde al progreso: *Retirate*. Y publica su vigorosa Encíclica *Quanta cura*, como tambien el *Syllabus*. Así es nuevamente confirmado el sonido de todas las edades cristianas: *Non possumus*.

El progreso empeñado en el éxito, prescinde de las súplicas, hace ver las armas y amenaza. Vuelve á llamar á las puertas del Vaticano, gritando al Papa: ¡Oh! Secunda el siglo tú, ó te ahogará. ¿Cuál actitud es la del Pontífice, y qué aire toma por tal desafío? ¿Se amansa, viniendo á los pactos? Crecen los despojos alrededor de la Iglesia, y avanza la lucha suprema; pero el Pontífice renueva tambien su contestacion. El ilustre Tenerani, escultor de venustidad incomparable, preséntase á Pio IX en los últimos años de su vida, pidiéndole licencia para poder bosquejar sus facciones é imprimirlas en la greda. Accedió Pio IX. Mientras el artista, fijo en el Papa, contempla las ricas y bellas proporciones de la frente, modelando el semblante majestuoso, Pio IX, tomando un escalpelo, grába detrás del busto las siguientes palabras del profeta Ezequiel: *Ecce dedi frontem tuam duriorem frontibus eorum*: héte dado una frente más dura que la frente de tus enemigos. Está puesto el sello. Pio IX unió en sí con tal rasgo el Pontífice angélico con el Papa mártir. Los despojadores invaden por fin Roma; si no pueden contaminar al Pontífice angélico, nada logran del Papa mártir. Niégaseles hasta la sombra luminosa de la faz de Pio IX, cual á Herodes negado era el sonido de la voz de Cristo. Vosotros lo veis y lo escuchais: es el eterno *Non possumus*.

Tal resulta la Iglesia, señores. Por su corazon magnánimo y por su caridad os estrecha contra su propio seno, y os abraza, y os besa y os cede, necesitándolas, hasta la túnica y la capa; mas, si se trata de arrancar de su mano derechos, ó más bien deberes que Jesucristo le impuso, no cede, sino que resiste indómita, y lucha para todos los siglos. Aterrada y en la tumba compeledla: combate áun allí, por cuanto en la tumba está con Jesucristo y no muere: nació en ella. Hacedla mendiga y pobre; pobre y mendiga, no deja de luchar. Así luchando, vence. A los enemigos de los sacerdotes decia el diputado elocuente Montlosier, en la Constituyente Asamblea de París: «Quereis

arrebatarles la cruz de oro: pues bien; llevarán una cruz de madera. De madera fué la cruz que salvó al mundo.»

Tal, rapito, viene á ser la Iglesia. Los conciliadores, observándola destituida del civil principado, dicen que á los acuerdos está pronta y dispuesta tambien á su alianza con el mundo. Señores: no tiene la Iglesia en la mano el cetro temporal; pero siempre conserva la espada de Jesucristo. ¿No lo recordais? Jesucristo lo afirmó: *Non veni pacem mittere, sed gladium*: no vine á traer la paz, sino la guerra (1). Es la espada de la verdad contra el error y de la justicia contra el pecado. Esta espada cedida por Cristo á la Iglesia fué manejada por ella para la salvacion y la gloria del mundo moderno. Con tal espada la Iglesia cortó la cabeza de Júpiter capitolino, y de toda la hilera de los dioses falsos; con ella decapitó las herejías de los gnósticos, de los iconoclastas y de todos los colores orientales; con ella decapitó igualmente la barbarie del Norte y los sucios horrores de la Edad Media; con ella decapitó los tiranuelos y los feudatarios; con ella decapitó el gran cisma de Occidente; con ella decapitó la incrédula filosofía de Voltaire; de la propia manera, con la espada de Jesucristo, la Iglesia cortará la cabeza de los horrores presentes y de los venideros. ¿Y la paz? No existe paz en el mundo, señores: *Non veni pacem mittere, sed gladium*. Insultada, compelida de soslayo, empobrecida y desnuda, la Iglesia en el orden religioso y moral se presenta delante condenando el mal, sosteniendo el bien y la virtud: en la Iglesia y en los Papas se realizará en todo tiempo el sublime dicho segun el cual los vencidos dieron la ley á los vencedores: *Victi victoribus legem dederunt*.

Ante los conciliadores queda resuelto el problema. ¿Tomará la Iglesia nueva forma, perdido el poder temporal? ¿Decidiráse á la conciliacion? No.

Pareciéndose á una cola de combatientes que se pone detrás de un ejército; más foscos y lívidos, cual si hubieran visto ya todo el ejército derrotado, se nos presentan otros hombres á fin de acometernos: son los rabiosos.

¿No lo hemos dicho? gritan, dirigiéndose por una parte á los puritanos, y á los conciliadores por otra? ¿No dijimos que la Iglesia, si bien despojada y al extremo reducida, no se resuelve á la penitencia, ni á purificarse, ni á pasar siquiera por las reformas y novedades del siglo XIX? Pugna, y obstinadamente pugna con todos la Iglesia católica. Ahora bien; nos corresponde por fin nuestra parte: nosotros nos deci-

(1) S. Mateo cap. X. v. 34.

dimos á oprimir con nuestro peso á la gran enemiga, porque tiende á reconquistar con insidias el pasado, así como á conjurar en la sombra contra nuestro poder y contra nuestra libertad.

El ahullido de los rabiosos hace aún más cruel la presente cuestion, señores: produce para varios otro problema, es decir: ¿temará la Iglesia nueva forma por la pérdida del dominio temporal? ¿Tomará la de la guerra insidiosa?

No temais, rabiosos: no se vestirá con tal forma nueva, ni con semejante guerrero espíritu.

Aunque así no fuese, no deberíais temer de ningun modo. ¿No decís que la Iglesia enuéntrase hoy á un extremo reducida? ¿No decís que sois muy poderosos? ¿No dirigís á vuestro gusto las artes, las ciencias, la cultura y la libertad? Estais armados con todo el espíritu moderno; teneis con vosotros el génio y el corazon de las humanas generaciones; teneis además el grito de los siglos, el triunfo del presente y la fuerza iniciadora del porvenir. ¡Oh! ¿Es que los potentísimos deberán temer delante del flojo?

Empero no; el espanto no cabe por más noble y casta razon; nunca jamás tomará la Iglesia de Jesucristo la nueva forma indicada, es decir, las armas de la insidia, de la sombra, y de la traicion disimulada y violenta.

Quien tiene algun conocimiento de la religion católica, preciso es que se conforme con lo que aseguro. ¿Acaso los Papas se ganaron los pueblos y el trono de los Césares por la vía de las rebeliones y de las conjuras? ¿Vencieron tal vez al mundo gentil con la insidia y la traicion los valerosos cristianos, padres nuestros en la fé? De ningún modo. Los satélites de la tiranía difundian en torno la ruin acusacion de las traiciones cristianas en la plebe y en el ejército; mas los hechos demostraron pronto que los pobres secuaces de la cruz tenian limpias las manos, como inmaculada llevaban el alma y la conciencia. Cuando la Iglesia encontrábase más oprimida probó al universo que sabia parir hijos mártires, pero no súbditos infieles ó rebeldes. Omitamos las solemnes protestas de Tertuliano y de otros intrépidos encaminadas á redargüir á los procónsules; mejor es que se alegue, y se repita mil veces en su límpido sonido la confesion de los filósofos enciclopedistas: «Una justicia que se debe hacer al cristianismo, es que en todas las sediciones que turbaron el imperio de Roma, ninguno de los cristianos resultó cómplice de las conjuraciones formadas contra la vida de los emperadores (1).»

(1) Enciclopedia en el artículo *Cristianismo*.

Nunca varió la Iglesia tal costumbre, por estribar en una ley que le impuso su Fundador. Si, cuando el derecho público lo consentía, los Pontífices procuraron recobrar lo suyo con las armas; si depusieron monarcas, y absolvieron alguna vez á los vasallos del juramento de fidelidad, hiciéronlo abiertamente y no á escondidas, pudiendo decir sin cesar el catolicismo á los Enriques, á los Felipes, á los Otones y á sus consortes, como decia Cristo á los hebreos: «hé aquí que os he hablado en público: *Ego palam locutus sum mundo* (1).» No se debe pensar ahora, y hasta es cosa fuera de toda creencia, que hallándose privada del dominio civil, prescindiera la Iglesia de tal método; la inmutabilidad de los modos y de las leyes tanta es en ella, que hasta los enemigos se la reprochan. No conjuró en la oscuridad de las catacumbas, y no conjuró contra los poderes constituidos entre las tinieblas universales de la Edad Media; no conjura en la luz del Vaticano.

Sin embargo, en la cabeza de los rabiosos está lo siguiente: Precisamente porque á las armas y á los desquites recurrió en lo pasado, la Iglesia los intentará de nuevo actualmente. Se afanará por mover guerras en Europa.

Vosotros lo dijísteis. Guerra sería abierta; mas no insidia ni rebelion. No vendria bien á la Iglesia la forma de la conjura, el espíritu de la sombra y del pérfido lazo á que nos referimos. De todas maneras no temais: ¿qué se hace ahora y qué nubes corren por la Europa? Me respondeis. Los Estados y los pueblos tienen y tendrán durante mucho tiempo en las manos cuestiones de otra índole: tienen las cuestiones internas económicas; fuera las cuestiones de los imperios germánicos, del contrapeso alemán que oponer á los slavs y á los rusos; las cuestiones de las repúblicas y de las monarquías francesas; de las democracias dominantes en la España, en la Inglaterra y en el mundo. ¿Qué Gobierno se ocupa en el Pontífice-Rey? Me respondeis nuevamente. No existe indicio ó preparacion por esto de gritería guerrera. Un acerbo denigrador de la Santa Sede, y alto militar italiano, Nicolás Marselli, observa que «las Potencias, que no han impedido ni con leve protesta la caída del poder temporal, no instarán para un *casus belli*.» Escribe: «¿Deberá temer la Italia por esta trasformacion del Papado? ¿Temer? ¿Y de quién? Tranquíllicense las pavorosas conciencias (2).» ¿Me lo asegurais? ¿Así el mundo protestante cual el católico, no os hace creer en la guerra por el Pontífice-Rey? ¿A qué fin, por consiguiente, alimentar el desaliento?

(1) San Juan, cap. XVIII, v. 20.

(2) Nicolás Marselli.—Los acontecimientos del 1870-1871. Parte segunda, párr. V:II.

Llegado á tal punto, el ataque final de los rabiosos es superlativo. Si la Iglesia, privada del dominio civil, no toma la forma de la insidiosa guerra, ni las otras de los credulones políticos y de los ideales, ¿qué actitud irá desplegando en su vida externa y pública? Lo queremos saber para norma nuestra. ¿No hablará del sufrido despojo? ¿Afirmaremos, por tanto, que nada importante y sério se realizará en ella?

Véome constreñido á decir algo.

Hasta el presente, al agitar el pleito del presente día, debí proceder negativamente. Al problema, suscitado por los puritanos, de si la Iglesia, privada del reino temporal, se detendrá en la idea ó en el espíritu, respondí negativamente: los puritanos sueñan. Al problema, suscitado por los conciliadores, de si, privada del reino temporal, la Iglesia se inclinará en adelante á una alianza con el mundo, respondí que no semejantemente: los conciliadores no aciertan. Al problema último, que los rabiosos nos han movido, de si la Iglesia, careciendo del reino temporal, abandonarás á la contienda y á la insidia, respondí con el no resuelto que ósteis hace poco: los rabiosos calumnian.

Mas no conviene que á la negacion simple me atenga: la negacion mia me hace arrojar muchas y dolorosas tinieblas; no aporta, sin embargo, la luz deseada: tanto más cuanto el apremio recibido es poderoso.

Del magnánimo Pío son estas palabras: *Aguardamos los acontecimientos.*

Aquí está todo, señores. Sin rechazar el concurso de los hechos externos y públicos, vive la Iglesia en medio pronta siempre á lo que con venga: más bien los aguarda y procura servirse de ellos; mas no mueve máquinas subterráneas; no se dá con el alma enteramente á los sucesos, ni se quita la paz para violentamente hacerlos marchar en su favor. Sabe que la Providencia preside como caudillo supremo los acontecimientos del mundo; sabe que por fin se inclinan á la gloria de Cristo y á la salvacion de los mortales; se somete á los planes divinos y aguarda. Considera firme, como un dogma, que debe tolerar sobre la tierra lo que Dios permite desde su cielo.

Por esto espera resignada y confiada la Iglesia; en tal expectacion hácese digna de la visita de Su Señor y de las misericordias infinitas; aún temporalmente se aprovecha y elévase. Los famosos esperadores religiosos y profanos Daniel, Platon, Fabio Máximo, fueron siempre personajes sublimes. En su virtud, mirando la cosa por el opuesto lado, decia Talleyrand: *Quien aguardar no sabe, incapaz es de grandes cosas.*

Aguarda la Iglesia. Admirablemente ella, y ella sola entre todos,

puede aguardar en el verdadero sentido de la palabra, por saber que no le puede faltar el tiempo, constándole que su vida extenderse debe tanto como el mundo.

Así espera en un principio tres siglos: pasan entre tanto los Augustos, los pretorianos, las legiones, las águilas terribles: pasa el carro de toda la majestad latina, con su cortejo de señores y esclavos, vencedores y vencidos, conquistadores y conquistados; hasta que se aleja el carro, el cual á romperse va con sus ruedas de hierro entre las picas y lanzas de los campesinos del Rhin y del Danubio.

Así espera más tarde desde el 1309 años setenta con la silla del Papa en la soledad de Aviñon. Allí espera, sentado junto á la Francia, porque no le disputan con derecho su mando sumo en Roma, sino por un hecho: espera entretanto sobre el Tiber, en la ciudad de San Pedro; pasan las facciones de los Blancos y de los Negros: pasan los Colonna, los Savelli, los Orsini, los Baroncelli; pasa Colás de Rienzi: cuando las angustias italianas á ser vinieron extremas, la de Siena y Petrarca se dirigen á la ciudad de Aviñon, suplicando que la sede pontificia torne á Roma.

La he descubierto ya. La forma que, faltándole su principado civil, asume la Iglesia, es la expectante; es, si quereis, la de paciente cristiana. Diferente forma, diferente traje y diferente espíritu no cabe reconocer en ella.

Una voz me pregunta: ¿Aguarda por consiguiente la Iglesia, para recobrar lo perdido? ¿Tú, sacerdote, reputas necesario á la religion el poder temporal?

No miro si viene la sacudida de los honrados ó de los rabiosos, y contesto: Aguarda la Iglesia lo que Dios vendrá disponiendo sobre sus suertes, y nada más. Por lo que hace á mí, creo que, para terminar las presentes vicisitudes de la Iglesia, necesitase un Constantino ó un mundo mejor. Es la primera proposicion evidente, y no reclama explicacion. La segunda, si no es del mismo modo evidente resulta incontinenti probada y clarísima. Suponed un mundo hecho amigo de Dios, sumiso al Evangelio y tan respetuoso para la autoridad de las sumas llaves, que cumpla y haga cumplir toda frase dogmática y todo mando á que se crea el Papa compelido por su deber: suponed en suma una sociedad civil que á la Iglesia reconozca como verdadera madre: ¿que necesidad en tal hipótesis existe del poder temporal en los jefes de la religion? No deben con medios exteriores procurar que aumente la veneracion á la ley de Dios, cuando la veneracion brota espontánea de los corazones.

¡Eh! lo vemos: Tú, sacerdote, que confias poco en un mundo mejor,

regocijas el alma con tu Constantino futuro. Mas el nuevo Constantino no surgirá del Lacio ni de Bizancio.

¿No vendrá Constantino? ¿No lo veis surgir en parte alguna de la tierra? ¿Qué importa! ¿No fué Constantino un hombre abiertamente mandado? ¿No tiene acaso quien mandó á Constantino un puesto tan firme que nada puede allí *la brecha de la puerta Pia*? ¿Ha perdido por ventura su poder y su virtud quien mandó á Constantino, porque alguno se hizo invasor? ¿Le faltan acaso medios de consolar á la Iglesia y restablecer el mundo? Creedlo, señores, no me apoyo en argumentos terrenales: mi discurso apóyase ahora en razones más altas y serenas.

Habia recientemente caído en el Tiber la soberanía papal, y un jóven católico, de fibra sensible y ardiente, salía de Roma por nutrir en su pecho vigorosa fé. Aturdida llevaba su mente por la novedad ocurrida, viendo que habia Roma dejado de ser lo que fuera: abandonándola, parecíale que se alejaba de la catástrofe, dejando á sus espaldas, por decirlo así, el fin del mundo. Corría y viajaba todo un día: llegado al anochecer á una garganta de los Apeninos toscanos, donde levantábase un pobre convento de frailes, llamaba él á la puerta, pedía un alojamiento y entraba.

Hallábase allí un fraile viejo conocido suyo, á cuya lana tosca había adherido muchas veces siendo muchado. Fué dado en custodia el jóven á la compañía y á la conversacion de aquél venerable anciano.

Consideremos sus actos y reframos en parte sus coloquios.

Exclama el jóven: «¿Qué alteracion de cosas y qué hundimiento! ¿No se puede por consecuencia decir verdaderamente que todo se ha perdido? Triunfan los francmasones é instálanse las sectas en la ciudad del Papa; el protestantismo, fuerte con la espada de la Prusia, invade la tumba de los Apóstoles. ¿Dónde los aliados estan de la Iglesia? ¿Dónde nuestros amigos? Todo está perdido.»

«No desesperar, respondió el fraile pensativo, visiblemente triste, pero no aterrado. ¡No desesperar, jóven mio! ¡Juicios de Dios! Tú no descubres á Dios ya; pero Dios existe. Cuando Él parece lejano está cerca.»

«¿Qué hallais aún de alegre y de consolador en la inmensa desventura? dijo el jóven romano, animándose sus pupilas. ¿Acaso hallais protectores armados para socorrer á la Iglesia? ¿Confederacion de príncipes? ¿Por ventura pueblos contra pueblos?»

«¡Joven mio! añadió entonces el fraile. ¿Quieres que te diga de qué parte se debe aguardar el verdadero socorro de la Iglesia? Preciso es que pasemos la noche presente orando juntos: disminuirá nuestro afan, consiguiendo tú la revelacion apetecida.»

Después de un breve reposo, pónense ambos á orar. De repente se agita el religioso, preguntando al jóven: «¿Qué brilla en el cielo?»

Abre la ventana el jóven, mira y dice: «En él arden estrellas á millones.»

Trascurrida una hora, el fraile pregunta nuevamente: «¿Qué ves en el cielo.»

Mira el jóven y exclama: «Brillan en él pocas estrellas, que son las mayores; desaparecieron las más pequeñas.»

«Pues bien, añadió el fraile: reanudemos la oracion.»

Otra ora trascurrida, el fraile repite la pregunta por tercera vez: «¿Qué señal descubres tú en el cielo?»

Observa el jóven y contesta: «Aun las estrellas grandes desaparecieron, porque asoma ya el alba en el horizonte.»

Después de lo cual, el fraile y el jóven vuelven á la oracion con mente devota. Por fin se levanta el fraile alegremente y dice: «Cantemos el himno de la gloria, porque, ¿no ves qué ha comparecido en el cielo?» Abre por última vez la ventana el jóven, y los rayos del sol naciente le deslumbran.

El fraile, atrayéndole así, dándole la explicacion del misterio, que al parecer habia querido fingir sin necesidad, dice: «Sabe, jóven mio, que cuanto viste tú en la noche presente y en mi celda experimentaste, te dispone la leccion de la experiencia que te faltaba. Mirabas sólo la tierra, y los auxilios que de la misma podian venir á la religion; no era esto justo, porque nuestros ojos deben elevarse más. De las alturas emana la elocuente revelacion. Hemos orado y descubrimos, sintiéndonos tranquilizados por un progreso y más bien por un cambio de luz. Fijate tú en esto. Desaparecieron primeramente las estrellas menores: digo que los pequeños é insignificantes amigos de la Iglesia fueron los que primeramente se marcharon: los duques, los condes, los nobles, los aristócratas, que la cortejaron y embellecieron en torno con la luz. La democracia los engulló quedando la Iglesia desguarnecida. Desaparecieron tambien las estrellas grandes, yéndose junto á sus potentes amigas, porque la democracia las sacudió en los estallidos de la revolucion: fuéronse la España, el Austria y la Francia quedando la Iglesia sola. ¿No lo ves sin embargo? Después de las luces de la noche, después de la fuga de las estrellas grandes y pequeñas, hé aquí que se levanta el sol... Jesucristo.»

CONFERENCIA VII.

SI LA IGLESIA ES PROGRESIVA.

Hemos dejado la Iglesia (si lo recordais) en las manos de Dios. En torno de la misma, que recibe el choque de los más terribles principios modernos, siendo despojada en tanto de toda soberanía civil, vienen los escépticos, los racionalistas, los filósofos de la materia, los políticos incrédulos y se preguntan mutuamente: ¿Con qué derecho vive la Iglesia en el siglo XIX?

Responden á sus propias interrogaciones: La Iglesia católica se ha instalado, por decirlo así, en sus dogmas eternos, y espera, vibrando desde allí sus anatemas, y dando á los hijos de la tierra la batalla. ¿No veis que anatematiza el progreso? ¿No escuchais al sacerdote que desconoce y reniega de la conciliación con el mundo en nombre de Dios y del Evangelio? Como no quiere ser progresiva, la borramos del número de las cosas vivas.

Las frases que pronuncian estos son tan terminantes y abiertas como los dogmas del catolicismo. Siguese, pues, señores, que si la Iglesia fuese progresiva de veras, sería tolerada y aún querida por nuestro siglo; mas porque rechaza el progreso, no tiene derecho al carísimo nombre de progresiva ni á la longánima tolerancia de los vivos.

Hé aquí un nuevo problema que ventilar. ¿Es ó no progresiva la Iglesia católica? ¿Es ó no, en su virtud, tolerable?

El progreso, sobre que descansa toda y de que parte nuestra disputa presente, viene á ser una frase demasiado vaga y compleja, por lo cual, dilatándose demasadamente, no se circunscribe, viniendo á ser una palabra oscura. Es progreso para no pocos, cuanto rompe los antiguos vínculos y los viejos límites, yendo prepotente adelante: para otros, por el contrario, es progreso cuanto se mueve dentro de los vínculos propios y no sale de los viejos límites. Por ejemplo: la libertad ilimi-

tada del pensamiento, la libertad ilimitada de la conciencia, la libertad ilimitada de la palabra, vienen á ser como la flor del progreso para los demócratas y los republicanos: para los conservadores, por el contrario, la libertad del pensamiento, de la conciencia y de la palabra, si algun límite no guarda, no es progreso, sino decadencia.

Ahora bien; con palabras tan universales y violentas puedo responder francamente á mi gusto: mejor que Muciano de Cornelio Tácito, el cual solía decir en sus desgracias *si á la vez y no* (1) puedo responder de la Iglesia que por una parte progresiva es y por otra no. Más aún: si me consentís una comparacion humilde, digo así. Comparo nuestro progreso con los epigramas de Marcial, en los cuales, como ya escribió alguno, *sunt bona, sunt quaedam mediocria, sunt mala plura*: en el progreso partes hay buenas, hay cosas medianas, y muchas torpes y ruines. Pues bien. Acepta la Iglesia católica las partes buenas, cierra los ojos sobre las medianas, y repele las muchas torpes. Así obra: en tal trabajo de análisis y eleccion es admirablemente progresiva. Esto, sin embargo, no es lo que á mis denigrantes satisface, ni brota para ellos de las entrañas del asunto.

Se trata de querer inquirir y encontrar el progreso en la Iglesia: se trata de resolver el árduo punto, es decir, si siendo en sí progresiva, puede y debe ser puesta dignamente delante de las grandes obras del progreso, arrancando así de los espíritus la universal aprobacion. Preciso es por consiguiente considerar la Iglesia como institucion.

Me coloco, señores, en mi puesto. Tiene una institucion derecho al nombre de progresiva, y por lo tanto al respeto público, cuando, sin descomponerse, adelante va por virtud propia embelleciéndose y ampliándose: para ella el progreso es un movimiento dinámico ó fisiológico, por decirlo así, distinguiéndose tal movimiento por un nuevo adorno. Relativamente á tal institucion bien está definir el progreso segun dos furiosos incrédulos lo definieron llamándole con Edmundo About un *aumento de bien*, y con Eugenio Pelletan un *movimiento perenne de vida*.

Consolémonos: observada como institucion, resuelve la Iglesia el problema que se le pone delante: progresiva es en todo elemento que la constituye: dogma, liturgia y costumbres: progresiva es por excelencia, tanto que para ella bástale sólo vivir, aunque ofendida y atacada por el hombre, para reverdecer y dilatar sus primaveras en las estaciones más ásperas del mundo.

Miradla, incrédulos, y respetadla.

(1) Tácito, *Historia*, III, 52, 78.

Es progresiva en la parte dogmática, sin que la intervencion de lo nuevo dañe á la verdad.

Es progresiva en la parte litúrgica, sin que los avances de lo bello dañen su santidad.

Es progresiva en la parte personal ó de las costumbres, sin que la tendencia perenne á lo mejor dañen su soberanía universal.

Alcémonos de golpe, para ver resuelto el problema, donde al parecer más árduo es: la Iglesia tiene su movimiento y florece aún en la parte de los dogmas.

¿Qué comprendéis por dogma, señores?

Dogma quiere decir doctrina, decreto, afirmacion de la verdad, y cosas semejantes. Para los católicos, dogma de fé vale tanto como proposicion ó principio en materia de religion recibido, de que nosotros estamos y debemos estar absolutamente ciertos. Escribe Nicolás Silvestre Bergier: *Dogmas de fé llamamos á las verdades reveladas por Dios, que tenemos obligacion de creer* (1). Conocéis por tanto, lo que significa el dogma: son las verdades de Dios á la Iglesia consignadas, y que vosotros, hijos de la Iglesia, seguís con obsequio del alma, con certidumbre.

En la manifestacion de tales verdades, dentro del seno de la Iglesia católica, existe movimiento, desarrollo, dilatacion, con todo lo demás que sigue á modo de síntesis y de sello. El dogma, superior objeto de creencia, viene á ser asunto tambien de ciencia. Dice: *Esta es la verdad; esto lo ha Dios enseñado*; mas, mientras la verdad dogmática es firmemente creida y logra el homenaje de los hombres, nuestro ingenio se aguza, inquiere la naturaleza y la forma de la verdad, indaga su origen, sigue su proceso, y profiere por último su sentencia. Así al lado de la fé viénese á colocar la erudicion y acompaña al dogma el teorema, resultando un progreso maravilloso. Segun esto, los primeros fieles creen sobre la palabra de los Apóstoles: más tarde los fieles creen con el auxilio de una bella cosa que se añade, siendo iluminados por los doctores. Es progreso.

San Vicente de Lerin, el cual escribía cuando la palabra *progreso* casi no era conocida y ciertamente no suscitaba cuestiones, admite el progreso en los dogmas cristianos resueltamente, y exclama: «¿Se dirá que no existe ningun progreso en la Iglesia de Cristo? Existe sin duda y es grandísimo, porque ¿quién es tan envidioso respecto de los hombres, y tan odiable para Dios que procure impedirlo ahin-

(1) N. S. Bergier, *Diccionario de teología*, art. *Dogma*.

»cadamente? Añade: Es digno que observe tal ley de progreso el »dogma de la religion cristiana, es decir, que se consolide con los »años, se dilate con el tiempo y se sublime con la edad (1).» Como veis, ampárome bajo escudo tan autorizado: es glorioso para mí estar á la sombra de Lerin, y con sus acentos, que resuenan desde antiquísima edad, redargüir á los que nos insultan. En su virtud, digo á los que disputan á la Iglesia el carácter de progresiva. Errais. En la Iglesia católica el progreso existe, y existe en su parte dogmática; el dogma, examinado y desenvuelto bien, lleva consigo el nuevo elemento y su dilatacion.

Los muchos doctos, que tienen la manía del progreso, se nos ponen delante con un litigio suyo. Exclaman: Oimos que nos anunciáis, conociendo nosotros en parte que se desarrolla el dogma y adelanta; no advertimos con todo aquí el verdadero progreso, como en las ciencias humanas lo contemplamos. Avanza la ciencia añadiendo fallo á fallo y descubrimiento á descubrimiento: aquí, por el contrario, en el dogma cristiano, los puntos á la inteligencia propuestos no caminan, permaneciendo inmóviles.

Los amigos de la ciencia—quisiera poderlos llamar mis amigos y hermanos,—oportunamente se remiten á la ciencia, dándome facilidad para más y más ponerlos de realce los avances del dogma en la Iglesia.

Entramos en un parangon entre la ciencia humana y el dogma divino; para contentaros mejor, hablemos de astronomía, ciencia que tiene la índole y la fuerza de progresiva exquisitamente. ¿No se ilustra con los descubrimientos? Os demostraré que cuanto es propio de ella, debe ser propio del dogma cristiano.

La astronomía, considerada precisamente como ciencia, tiene un objeto determinado y fijo: el estudio de los cielos y de sus fenómenos. Empero se mueve y progresa, descartando las suposiciones falsas y haciendo que un fallo á otro siga en virtud de indagaciones siempre nuevas. En sus primeros instantes históricos, cuando está en la infancia, aparece llena de tinieblas, de fantasmas, de discursos inútiles; en los cielos ve de manera hermosa extendido el cinturón de Venus, viéndolo hasta las gotas de la leche de Juno; ignora de qué temple son los astros, y los dice animales vivos, ó espíritus; no sabe qué pensar del sol: con Heráclito le dá un pié de diámetro, ó lo reputa con Filolao un globo de vidrio: con Alcmeon lo juzga una losa, ó con Epicuro una piedra pomez ó una esponja inflamada; además lo hace correr alrededor de la tierra con baile furioso; cuando al ocaso llega el sol se sumerje

(1) San Vicente de Lerin, *Commonitorium*, n. 23.

fatigado en el mar, que dispone su lecho para que repare sus fuerzas.

Son errores groseros; más que conquistas, son asaltos á la astronomía, que resulta contrahecha. Sólo que, fabricados mejores instrumentos, despues de inquirir con agudez más sutil, advierte poco á poco las opiniones falsas, de que se libra.

Entra en su historia entonces la época del progreso; cada progreso que dá señala un error que se desvanece.

En efecto, yerra sobre la rotacion del sol en torno de la tierra. Vienen Nicolás de Cusa y Copérnico. El error recibe un gallardo golpe. Viene Galileo Galilei, que para siempre detiene el gran luminar del mundo.

Yerra y existe una madeja de viejos errores por lo que hace á las leyes de los movimientos celestiales: viene Juan Kepler, *el legislador de los cielos*, cesando en gran parte los errores por aparecer la verdad.

Existen y duran los errores relativamente al modo y á las definiciones de las fuerzas siderales: viene Isaac Newton con su teoría de atraccion y de la repulsion; establécense nuevas verdades, que abren vastos horizontes á los intelectos.

Siguen aún los errores relativos al vacío y al espacio; mas los grandes astrónomos vienen á dar un mentis con sus descubrimientos, á los que lo juzgan enjuta y profunda voráGINE, viéndolo habitado no más por cuerpos solitarios que únicamente ven con los ojos naturales.

Enumeremos algunos de tales descubrimientos. Adivina Tycho Brahe astros y los aferra: Simon Marius halla los satélites de Júpiter: Galilei, que nada sabe del descubrimiento de Marius, encuentra igualmente los satélites de Júpiter, y observa la triplicidad del anillo de Saturno. Snell mide el arco del meridiano. Huygens descubre la nebulosa de la espada de Orion, y halla el sexto satélite de Saturno. Cassini, que ha encontrado ya cuatro satélites á Saturno, divisa el séptimo, y prueba la rotacion de Júpiter. Bradley halla en los Gemelos una estrella doble, y otra estrella doble en el Cisne. Herschell descubre á Urano, y penetra en las Nebulosas. Olbers descubre á Palas; Harding á Juno; Oriani determina los elementos de Urano; Brewster bosqueja el espectro solar; Lassel descubre el primer satélite de Neptuno; Piazzi descubre á Ceres; De Gasparis descubre Ausonia. Así el vaeLO, que á los antiguos engendraba horror, pierde lo que tenía de ingrato y espantable: dejan de ser una profunda voráGINE los firmamentos, poblándose diariamente de luminosa familia el espacio.

Aún restaban y restan mil conjeturas caprichosas sobre la materia solar; sin embargo, por más que se presente á la ciencia cual árduo problema, se manifiesta y se aclara; descubre los muchos secretos de una

composicion química: desgarradas ya sus camisas, consintiendo en parte las indagaciones de los telescopios, dejan conocer el sol que se reduce á una masa de gas.

¡Qué novedades! ¡Cuáles y cuántas revelaciones! Sobre su objeto propio, es decir, el cielo natural, trabajó la astronomía con éxito feliz: puso en fuga las tinieblas más densas y las locuras, enriqueciéndose con inmensas indagaciones, siendo así progresiva en el verdadero sentido de la palabra.

Del cielo astronómico pasamos al cielo de los dogmas divinos y cristianos. También aquí hallamos el objeto determinado y fijo, en que descansa el estudio religioso; hallamos la materia, donde se distingue la Iglesia con incesante progreso. Es el mismo dogma, señores. Además el mayor de los dogmas, que á la Iglesia imprime mayor movimiento, haciéndola progresiva, es el artículo ó la creencia que le sirve de piedra angular. Hablo de Cristo, porque á Cristo se refieren los demás dogmas; el dogma de la creacion de Dios, el dogma de la Trinidad, el dogma de la redencion, el dogma de la Virgen Madre, el dogma del Sacerdocio divinamente docente, el dogma del Papa, el dogma de las penas ó de los premios eternos: en su virtud, si puedo usar un vocablo, tomado en préstamo precisamente á la astronomía, es Cristo como una estrella fija, es el sol, *centro de nuestro sistema planetario*, en el cual todos somos satélites, ó sea el alma y la vida del mundo moral.

Ahora bien; advertido. El movimiento se realiza ó se acelera, y el progreso se gusta más en los dogmas católicos, porque contra Cristo estallan desde todos los lados las tinieblas: *Tenebræ eam non comprehendunt* (1). Aduzcamos la razon de todo esto.

Apenas fundada la Iglesia y predicado el Evangelio, hirvieron en el mundo muchísimos herejes: «docetas,» ebionitas, nicolaitas, «basilidianos,» marcionitas, montanistas, novacianos, maniqueos; gnósticos de varias clases y de diversos colores se ponen á sembrar la cizaña en el campo cristiano y á subvertir los dogmas; como es demasiado sabido, el impetu principal de sus iras es atacar la persona de Jesucristo. Si los unos niegan con Ebion la divinidad de Cristo, niegan otros la humanidad con Menandro, ó la juzgan fantástica, segun la consideró Basilides de Alejandría. Es una selva salvaje la herejía primitiva. Ahora bien; tal situacion que sufre la Iglesia, ¿no os parece indicada de algun modo por la astronomía, cuando yace aún en brazos de los mitólogos, de los gentiles, de los astrólogos, dándose á lo frenético? No lo dudeis: los herejes, para oprimir á Cristo y hacer estrago en los dogmas evangélicos, se las han con-

(1) San Juan, cap. I, v. 5.

la Iglesia, que, más venturosa que la astronomía, no puede quedar lastimada en sí propia, porque íntimamente unida al sol eterno, Jesucristo, extiende la mano y arroja las tinieblas; á su alrededor quedan maltruchos sus hijos más débiles, así como atormentadas una ó dos generaciones de bautizados; mas nunca todas. Con los evangelistas, con los Santos Padres, con los más antiguos apologistas de la era vulgar, desmintiendo á las sectas, haciendo progresar el dogma católico.

Enteramente triunfal es la marcha de la Iglesia considerando la obra de los concilios: las tinieblas aparecen de nuevo y las tinieblas se declaran en la más ignominiosa fuga, derrotadas por creciente luz universal.

Muévese la Iglesia. El error viene de Arrio, que difunde negaciones contra el Verbo divino, no queriéndolo igual á su Eterno Padre. El concilio de Nicea reprueba y proscribiera al pertinaz: el dogma del Verbo divino, consustancial al Padre, queda fijo.

Muévese la Iglesia. El error viene de Macedonia, el cual, desde el Verbo divino lleva sus negaciones al divino Espíritu. El primer concilio constantinopolitano pronuncia su anatema contra Macedonio, quedando establecido el dogma sobre la divinidad del Espíritu Santo.

Muévese la Iglesia. El error viene de Apolinar, según el cual el Verbo, humanándose, tomó la carne sólo y no el alma humana. Los concilios de Antioquía y de Roma, no ecuménicos, y sin embargo altamente respetables, rechazan la calumnia del hereje, quedando aclarado el dogma sobre la integridad de la Encarnación.

Muévese la Iglesia. El error viene de Pelagio, que admite la omnipotencia de nuestra naturaleza, diciendo que no se requiere la gracia para la eterna salvación. Otro concilio no ecuménico, mas de suma importancia, reunido en Cartago, condena á Pelagio, á su amigo Celestio y á su secta. El dogma sobre la necesidad de la redención queda promulgado en el África y en todo el mundo.

Muévese la Iglesia. El error viene de Nestorio, que predica en Jesús dos personas, haciéndolo un monstruo ideal. El concilio Efesino condena también á Nestorio: el dogma sobre la persona única divina de Cristo sale fuera, siendo por los creyentes confesado.

Muévese la Iglesia. El error viene de Eutiques y de Dioscoro, los cuales, al revés de Nestorio, atribuyen solamente á Cristo una naturaleza. El concilio de Calcedonia pronuncia contra los disputadores formal sentencia: es el dogma de la doble naturaleza en Cristo: la divina y la humana.

Nosotros, señores, con tanto allegar errores y doctrinas, nos hallamos aún á mucha elevación en las edades cristianas, ó en el siglo V:

descubris sin embargo cómo en su carrera progresan los dogmas, y con qué actividad muévase la Iglesia. ¿Qué será si examinamos los tiempos posteriores, y nos hacemos siglo por siglo espectadores de lo que pasa en la religión? Siguen brotando herejías: los monotelitas, los iconoclastas, los «focianos,» los «enricianos,» los cátaros, los Pobres de Lion, los albigenses, los «dolcinistas,» los begardos, los «wieleftas,» los husitas; á la cola de todos los protestantes asaltan á Cristo bajo diversa forma; mas enfrente de tales herejías ¡qué valor, y qué número de prontas refutaciones! La Iglesia, conservando su costumbre se mueve; toda ojos, toda piés, toda manos, es para oponerse á los que laceran la vestidura y el cuerpo de Cristo, como tambien para salir de las tinieblas y pregonar las verdades. Renuévanse los concilios; confirmados por el decreto dogmático, aparecen brillando en el catolicismo con luz más viva los sacramentos, la comunión y de los santos, la plegaria, la autoridad religiosa, todo lo que contienen los Sagrados Libros ó la más venerable tradicion. La Iglesia se mueve y los dogmas progresan. Se ha dado la prueba. Porque consideraba yo á la Iglesia una institucion, que ensalzaba, llamándola progresiva en la parte de los dogmas, me gritaron que no lo era; se buscó el parangon con la ciencia; así como en esta se reconoció el progreso por añadir decision á decision y descubrimiento á descubrimiento, lánzase á la faz de la Iglesia la vergüenza y el repudio, por cuanto en ella no caminan los puntos propuestos á la inteligencia, estando inmóviles. Pues bien; ¿no fué una mentira? ¿Qué visteis ya en la astronomía? ¿Qué visteis, señores, en la Iglesia? Progresó la astronomía desterrando los errores, que son sus tinieblas, y afirmando los puntos de la verdad, que son sus descubrimientos. De semejante modo adelanta la Iglesia católica: lanza las tinieblas, que son las herejías: afirma los puntos de la verdad, que se reduce á la promulgacion de los dogmas: aun ella une decision á decision y se corona con bellísimos descubrimientos. ¿Qué descubrimiento más útil y más solemne que anunciar al mundo, libre de los errores, la verdad ideal?

Aún pleiteo con los hombres que nombré; otros, que presumen de muy eruditos, pero que son presuntuosos, me cogen la palabra y me aprietan con descortesía. Ea, dicen; lo afirmé tu boca. Si la Iglesia se gloria de sus descubrimientos, moviéndose y caminando los puntos que propone á la inteligencia, en ella existe una perenne fabricacion de dogmas. ¿Dónde, pues, se halla el Evangelio? ¿Dónde la misma verdad? La verdad religiosa y moral eternamente subsiste: la Iglesia, por lo tanto, no progresa renegando de aquella misma con sus dogmas nuevos y novísimos.

Vedme aquí en el segundo miembro de mi proposicion: la Iglesia es progresiva en la parte dogmática, sin que la intervencion de lo nuevo dañe á la verdad.

¡Cuán insipido y pueril es el reproche dirigido á la Iglesia de que fabrica nuevos dogmas, puesto que, al herir el error, promulga dogmas nuevos! ¿Os parece acaso lo mismo promulgar que crear? ¡Consideradlo! Leonardo de Vinci, por el centelleo de las estrellas, dá una explicacion que no existía: ¿crea el centelleo de los astros? Juan Pontano presagia la física constitucion de la vía láctea: ¿hay acaso un rudimento de creacion en aquel presagio y en aquella demostracion incipiente? Descubre Galilei los satélites de Júpiter: ¿acaso crea con esto aquellos satélites? Pogson descubre Arianna, y Schiapparelli Esperia: ¿es acaso creada Esperia por Schiapparelli, y Arianna por Pogson? Amigos: ¿por ventura todas las estrellas descubiertas por el hombre, no permanecian antiguamente y no brillaban en la bóveda celeste? ¿Qué hace la astronomía entretanto? Busca y encuentra: dice hallando: Hé aquí á Esperia; hé aquí Arianna, y hé aquí tambien las estrellas variables.

De semejante modo procede la Iglesia. Los dogmas subsisten y brillan en el cielo de Dios; mas como la sombra de las pasiones humanas levántase á ofuscarlos, la Iglesia con el verbo de sus lábios sopla en aquellas sombras y las disipa: vuelve la luz en medio y se difunde por la sociedad creyente, la Iglesia exclamando entonces: Hé aquí Dios y hé aquí la verdad. Esto al hacer, ¿acaso crea ó fabrica los dogmas? ¿Acaso crea el dogma de la Trinidad cuando proscribiera á Sabelio que niega la distincion de las tres Personas? ¿Acaso crea el dogma de la divinidad de Cristo, cuando proscribiera al hereje Arrio que lo rechaza? ¿Crea el dogma del Espíritu-Santo, cuando á Macedonio condena que desconoce la divinidad? ¿Crea el dogma de la gracia, proscribiendo á Pelagio que niega la necesidad de la redencion?

Sin embargo, dogmas hay que nunca se ven brillar en el cielo de Dios: pero la Iglesia, de novedades ansiosa, los crea y los fabrica de golpe. Así, entre los modernos, cuenta la Inmaculada y al infalible Papa Pio IX.

Vale tanto como decir que en el firmamento no se ven tampoco á primera vista ciertos astros, por estar más recónditos, ó colocados detrás de otros que caminan delante. Sin embargo, la astronomía, observando é investigando, los alcanza por fin, consiguiéndolo por demorar en el cielo verdaderamente y constituir una parte de la universal armonía. ¡Quién hubiese afirmado nunca que la vía láctea era una infinidad de soles y estrellas! Ahora, sin embargo, aquellos soles y aquellas

estrellas se dejan ver por nuestros lentes. Herschell afirmado pudo en breve tiempo el número de veinte y tres mil.

Sábiamente Melchor Cano redujo á dos órdenes los dogmas: los unos son abiertamente revelados por Dios, y los otros se derivan de los anteriores por consecuencia evidente inmediata, no pudiéndose por tanto negar sin destruir los principios de los cuales emanan (1).

En todas las épocas y actualmente ha obrado así la Iglesia católica. Tras establecer y enunciar con nuevo decreto los dogmas de revelacion divina expresa, se ocupa en los otros incluidos en aquéllos: así nosotros los contemporáneos le vimos anunciar: «La Virgen quedó intacta» en su propia concepcion; el Vicario de Cristo, como supremo doctor «de la religion, es infalible.» Son reverberaciones que salen fuera de la íntima perfeccion del Verbo.

No nos fatiguemos, señores, para mayor demostracion; no más conflicto en este particular con los doctos, ni con los sabiondos. Tal es el hecho y vosotros quedais de él suficientemente instruidos. En materia de dogmas, hay progreso en la Iglesia: progresiva es hasta el punto de que la critican diciendo que crea y fabrica nuevos dogmas.

Digamos más bien: ¡Cuán iluminado é ingénuo es el mundo, que contra la Iglesia de Dios se desencadena! ¡Con cuán ejemplares sinceridad, honradez é incorrupta fé los racionalistas, los escépticos, los filósofos de la materia y los políticos incrédulos escriben: la Iglesia no es digna de nosotros, por ser el anacronismo del siglo XIX! ¡Nosotros nos movemos, y está ella inmóvil; queremos el progreso, del cual ella no es capaz! A la vista tienen la institucion: ¿no la contemplan en movimiento donde más se sublima el hombre y se engrandece, es decir, en la idea y en la serena region de los dogmas? Miren bien á la Iglesia los nacidos de ayer y los nacidos de hoy, que piensan ser los únicos que se mueven por moverse con ruido. Hace diez y nueve siglos que se mueve. Se movió cantando á Dios; en todos los antiguos centros del saber, en las escuelas de Atenas, de Roma y de Alejandría, hizo dejar las locas definiciones teológicas, sustituyéndolas con la católica teodicea. Movióse adorando á Jesucristo; desde los templos hasta las escuelas nuevas, desde los sacerdotes hasta los filósofos, fuéronle comunicando ardor, estudio y piedad á fin de penetrar en la ciencia de Dios, y componer la verdadera «cristologia.» Se movió celebrando el misterio de la Trinidad; en todas las bocas de la generacion bautizada oyó prurumpir el sonido de una magnífica trilogia.

(1) Melchor Cano, *De locis theologicis*, I, XLI, v. 6.

La Iglesia católica no es digna del siglo XIX: ¡el siglo se mueve y está ella inmóvil!

Tan inmóvil está y tan enemiga del progreso es la Iglesia, que si aparecen entre los eruditos nuevas teorías, nuevos institutos racionales y nuevos descubrimientos científicos, reciben primero el impulso de los dogmas católicos. Parece una manifestación social, que principió también á cumplirse antiguamente. Los Griegos, á cuyo ingenio place *tratar la sustancia de las cosas*, como nota Enrique Klee (1), reconocen como palestra propia, como propia academia y como su estudio predilecto los concilios orientales, que por orden de tiempo dominan en la antigüedad: por el contrario, el occidente, más cauto y conservador, que procura dar á las cosas la medida y la forma debida de los doctores nacionales y de sus concilios occidentales, se sirve para regir el movimiento que parte del oriente, y evitar los fáciles excesos. Así la ciencia, por lo que hace á los principios y al método, saluda á su maestra y á su gran promotora, la Iglesia. Hasta los errores metafísicos, que despuntan allá ó aquí por Europa, confiesan el poder del movimiento católico, porque son sólo una desviación ó un trastorno de los dogmas divinos, como es fácil inferir desde los sistemas de Roscellino hasta los de Kant y de Cousin. Los labios, pues, de los incrédulos que niegan á la Iglesia el progreso y el movimiento, dicen á quien comprende: *Tú progresas y caminas*, de aquella guisa que el ateo blasfemante, cuando á Dios insulta, pone de realce su realidad, puesto que se vale de la palabra que Dios le ha dado.

¡Está inmóvil la Iglesia y no es digna del siglo XIX!

Es verdad: no es digno el progreso moderno ni la Iglesia de Cristo que se pongan al propio nivel, procediendo juntos cual esposos. Corre mi siglo y progresa; mas lo hace consistir en muchas partes en cambiar absolutamente: para él, movimiento es cambio. Nada tolera de lo viejo: cambia las ideas, el lenguaje, las costumbres y las instituciones. muda siempre, y muda cuanto viene á su poder. Llámase progresivo, y hé aquí por qué razón en la parte ideal no progresa, ó poquísimos. Mudar no es sino comenzar: quien siempre aguarda en el comienzo, es perpétuamente novicio; no es progresista, sino un niño. ¡Con más juicio aparece la Iglesia católica! Adelante va, conservando todo lo bueno antiguo ó viejo. San Vicente Lerin, de quien os expuse la doctrina referente al progreso católico, lo quiere de modo que *verdaderamente sea progreso, y no cambio de fé*. Recuerda con severos acentos: «La Iglesia de Cristo, diligente conservadora de los dogmas á ella recomendados.

(1) Enrique Klee, *Historia de los dogmas; prolegómenos*.

«nunca cambia en ellos algo, ni los disminuye, ni los adiciona, ni separa lo necesario, ni añade á ellos lo supérfluo: no pierde sus cosas, ni usurpa las otras, sino que con toda industria procura que, tratándolo todo fiel y sábiamente, perfeccione y abrillante las cosas que haya antiguamente bosquejadas y comenzadas, consolide y confirme las otras ya expresas y desarrolladas; y guarde las ya consolidadas y definidas (1).» Esto hace la Iglesia; conserva lo antiguo y añade lo nuevo, por lo cual es rica de bienes inefables y progreso.

Tú, por el contrario, siglo, que te consumes por el progreso, lo interrumpes y lo ofendes: arrojas lo antiguo y lo viejo; destruyes lo pasado; llenas de ruinas y de pedazos tu camino; te estorbas; podrías fácilmente llegar al ápice y te hallas aún en el alfabeto del progreso intelectual; eres un estudiante; si la Iglesia y el Evangelio te abandonasen, nada sabrías en adelante de metafísica ni de ontología de lo que ya sabían en la edad de Zoroastro y de Confucio. Es verdad, es verdad: no está bien que la Iglesia y el progreso se pongan á un nivel: Diré mejor: el siglo XIX no es digno de la Iglesia católica.

Si afirmé mal, juzgadlo vosotros, señores. Consideré como institución á la Iglesia; la sometí á exámen por lo que hace á los dogmas, y el problema propuesto quedó resuelto: la Iglesia católica es progresiva; tiene movimiento y florecencia, sin que la intervencion de lo nuevo dañe á la verdad.

Colocado á menor altura que los dogmas, pero de los mismos procedente, noble y grande aún es el segundo lado problemático, que se refiere al progreso, declarándolo yo incontinenti resuelto para gloria de la Iglesia: tiene también movimiento y florece aún en la parte litúrgica.

Prosigamos considerando la Iglesia como institución y fijémonos en ella. Mientras se ocupa en el estudio de las verdades supremas, lo cual constituye la materia de los dogmas, levanta un altar, junta las manos y adora, lugar dando á la liturgia. Ahora bien; ¿no nos muestra el progreso en el particular?

Distinguid en la liturgia católica la sustancia, de lo que dilatación es de la misma sustancia, su adorno y su forma.

Ciertamente la sustancia en la liturgia desde su principio es íntegra y perfecta: es Cristo con sus oraciones al celeste Padre, con los divinos misterios de la cena del Jueves Santo, con el sacrificio del Calvario y la cruz: eterno Pontífice, rey de los vivos y de los muertos, no admite intrínsecamente la posibilidad del avance y del progreso. Tiene la

(1) San Vicente de Lerin. *Comm.*

perfeccion desde su principio. ¡Mirad sin embargo cómo, mediante la dilatacion y la forma, son introducidos en la liturgia el avance y el progreso!

San Juan Evangelista, que tiene celestial fantasia para dar color á las ideas religiosas, hace una descripcion solemne. Es domingo, dia en que los fieles vándose congregando para la celebracion de las cosas santas. Advierte que se forma una reunion cuya cabeza es un Pontifice venerando el cual ocupa un trono, ceñido por una corona de veinte y cuatro senadores ó sacerdotes: allí trages levíticos, cándidas vestiduras, cíngulos, guirnaldas, instrumentos del culto divino: un altar, luces, incensarios, un libro cerrado con sellos apretadísimos: de allí se alzan himnos, cánticos y una fuente de agua que dá la vida. Delante del trono, y en medio de los sacerdotes, hállase un cordero inmolado, al que se tributan los honores propios de la Divinidad. Es por consecuencia un sacrificio, que presencia Jesucristo; puesto que allí permanece como víctima, fuerza es tambien que sea el principal Pontifice. Debajo del altar yacen los mártires, pidiendo venganza de su sangre vertida, gritando: *¿Hasta cuándo, Señor, desoirás nuestros gemidos?* Entretanto un ángel ofrece á Dios el incienso, emblema de las oraciones de los fieles y de los santos.

La forma y el esplendor de la liturgia católica es trazada por el Arrebatado de Patmos: aumenta la maravilla que tal liturgia prontamente se realiza en la Iglesia; pero á condicion de que principie aumentándose y difundiéndose desde lugares humildes y con proporciones restringidas. Los Apóstoles que, despues de los funerales del Gólgota, y la desaparicion del Maestro, permanecen catorce años unidos en Jerusalem, decretan entre sí los modos del culto, y hacen lo que despues contemplará en la luz de Dios el evangelista Juan. Salidos para la predicacion del Evangelio enseñan unánimes á las gentes: San Pedro, que á Jesús anuncia y festeja en Antioquia los ritos de la fé nueva, parece á San Pablo, que celebra en Troade la misa, cumple los celestiales misterios en Corinto, é invita á los Colosenses á entonar los salmos, los himnos y los cantos espirituales. Hay en la liturgia progreso.

Impedida en todo el mundo por la persecucion armada, prosigue adelante y se atavía en las catacumbas. Allí la reunión de los fieles, el altar, el Cordero, la víctima, el eterno Pontifice con la corona de los ancianos y de los sacerdotes; allí el incienso, las salmodias y los lamentos de los mártires; por añadidura las primeras tentativas y las representaciones del arte. A las albas, á las guirnaldas y á los ornamentos sacros se une la pintura con sus ardidos bosquejos. Ves en los

nichos subterráneos, en el fondo de alguna pared, figuradas muchas bellas cosas procedentes del Antiguo Testamento y del Nuevo; ves bosquejados Jonás y Lázaro; la paloma que al arca lleva el olivo; el agua convertida en vino en las bodas de Canaan; el ave fénix resucitada de sus cenizas; Elías arrebatado sobre su carroza de fuego; Job resignado en sus padecimientos; los tres niños hebreos en el horno; Daniel en el lago de los leones; la catástrofe de Faraon sumergido en el Eritreo: ves sobre todo el Buen Pastor, que busca la oveja perdida conduciéndola nuevamente al ovil; ves la Celestial Pastora. En la liturgia está el progreso.

Apareciéndose Constantino, dada la paz á la Iglesia, sale la liturgia de las cavernas de Roma; acomódase mejor, y se adorna. Entonces cesan los lamentos del mártir, y los cánticos espirituales se templan todos en alegría pura; entonces los ancianos y los levitas, que rodean el altar del Cordero, dan gracias con el aleluya y el *hosana*. El culto católico se difunde por el universo, sirviéndose de todas las riquezas, de todas las variedades y de todas las hermosuras, desde las flores del campo que perfuman sus altares, hasta las estrellas del cielo que coronan sus imágenes. Hay en la liturgia progreso.

Vienen los siglos de las trasmigraciones bárbaras. Son incendiadas las villas, vienen abajo los techos y son asesinados los vivos. Sin embargo, si los edificios gentílicos se derrumban, surgen los cristianos entre la misma barbárie. Ya entre Roma y Constantinopla, desde la basílica de Letran hasta Santa Sofía, se alzan en Europa casas de oracion. ¡Qué lujo de ceremonias sacerdotales! ¡Qué pueblos tan fervorosos! ¡Qué fiestas encaminadas á la gloria de Dios! En toda region dos mansiones se alzan sobre todas, resultando las más conspicuas: el palacio real y el templo. En el palacio real está sólo la pompa de la tierra: en el templo hállase además la del paraíso. En la liturgia florece á no dudar el progreso.

Pasó la edad de las trasmigraciones y de las invasiones armadas, siguiendo adelante la época del renacimiento en el mundo moderno. ¿Qué pasa con la liturgia católica?

Vosotros, que calificais á la Iglesia de innoble, que la descubris más bien retrocediendo, mientras la sociedad sigue adelante y camina, dejad que pasen algunos siglos, comparando despues tiempos con tiempos y edades con edades: ¿os parece que la Iglesia subsiste siempre del mismo modo, por lo que hace al culto divino y á su forma externa? ¿Os parece, verbigracia, que, llegado el renacimiento es la Iglesia de la Edad Media? ¿Que la de la Edad Media es la de las Catacumbas? ¿Encontrais sus altares festivos, sus ornamentos áureos, sus reuniones de

Letran y sus Santas Sofias en Roma en los cementerios de San Calixto, y en la pequeña junta de los Apóstoles en Jerusalem? Haced otro trabajo: examinad cuantas son las partes del moderno progreso, cuanto hay de precioso y de peregrino en ellas, preguntando despues á la Iglesia católica si se halla ó no al nivel de tales magnificencias y hermosuras.

¡Linda demostracion, señores, de que hay en la Iglesia progreso litúrgico! Ella, lejos de hallarse al mismo nivel con el progreso de los siglos, lo precede y se coloca delante.

Tiene el progreso de la poesía. Las voces de Horacio y de Virgilio habíanse apagado en la hediondez de las comedias y de las pantomimas: la mñsa vieja de Lacio, demasiadamente deshonorada, disponíase á callar. Ahora bien: á escucharse principian algunos nuevos ritmos, ó algunos nuevos cantos sóbrios á lo ménos y de concepto purísimo. Son las fantasías inspiradas en la solemnidad de la liturgia católica. El sencillo y piadoso Hermas, compone su vision religiosa: el *Pastor* Giovenco, San Dámaso, San Paulino, San Próspero de Aquitania, Claudio Victor, Prudencio, Celio Sedulio, y Sidonio Apolinar, dictan entre los latinos poemas sagrados, ó difunden su alma en afectuosas composiciones líricas, cual, entre los Griegos, Sinesio, convertido al cristianismo, dicta sus himnos: Nonno, Jorje Písida, Psello, Cosmo y José, representan en poéticos variadísimos cuadros los dogmas y los ritos de la religion. Oís suspiros así como epopeyas aún infantiles, enlazadas á los cantares de los sacerdotes, y cuyo Parnaso es el Calvario: son los precursores de los grandes magnánimos poetas, cuya trompeta religiosa enviará sus concientos á todas las humanas generaciones.

Existe además el progreso de la elocuencia. Habíase perdido en Atenas el eco de la palabra de Isócrates, Yseo y Demóstenes; en la misma Roma enmudecian para siempre las lenguas de Ciceron, de Ortensio, de Asinio, de Messala y de Labieno: el génio de los oradores, airado por las feas costumbres de los mortales y deshecho por estas, se iba de la tierra. Empero descendía el génio de otra elocuencia más saludable. Escribió Federico Ozanam: «Los antiguos habian dado á la palabra el pedestal más magnífico: habianle alzado la tribuna en medio de la Agora y del Foro, por lo cual dominaba las ciudades aquéllas inteligentes y apasionadas, cuya conquista era el premio de la palabra victoriosa. Era difícil hallar honor más alto para cosa de humana condicion. El cristianismo, sin embargo, hizo más: colocó la sede de la palabra, no en la tribuna, sino en el templo, al lado del altar (1).» Así nació el púlpito, creacion nueva y la más magnífica que hubo para los triunfos

(1) F. Ozanam. *La Civilisation au V siècle*. 17 leçon.

de la palabra; viniendo á ser un segundo altar casi puesto en el recinto del santuario. ¡Cómo desde aquí brotaron de la palabra verdaderos ríos de elocuencia! Los Ciprianos, los Atanasios, los Gregorios, los Basilio, los Crisóstomos, los Ambrosios, los Agustinos, los Leones, los Salvianos, los Benitos en la primera edad cristiana; los Bernardos, los Domingos, los Antonios, los Ferrer, los Javier en la segunda edad cristiana y en la tercera; en la nueva edad cristiana los Massillon, los Fenelon, los Bossuet, los Bourdaloue, los Flechier y los Segneri; cuantas queridas voces de padres, hermanos y amigos, que desde la Iglesia repercuten en las cloacas del mundo, llevando á los piés de Dios extraviados séres de todas clases. ¿Cinó nunca la palabra laureles más ilustres y más virginales?

Existe además el progreso de la música. Dicen los filósofos que los pueblos salvajes tomaron gobierno y cultura amansados por la armonía: la verdad es que la sociedad cristiana quedó educada en la escuela de la blandura, de la sabiduría y del decoro á fin de influir con las notas sagradas sobre los órganos de los sentidos conmovidos y sobre los sentimientos del corazón. Dieron principio los Levitas con sus *hosanas* y con sus salmos, siguiendo los músicos: la música en el templo creada y en él perfeccionada, antes de buscar los palacios reales y los coliseos, produjo aquella familia de filarmónicos y de cantantes que á los siglos enamoran con sus dulzuras. La sinfonía eclesiástica es la reina de la sinfonía universal. Cuando se pervertía en los palacios y en los escenarios, donde súciamente la tratan, vuelve al templo la música profanada saliendo del concillio de Trento la voz para que aquella se proscriba del templo: Palestrina, atemperándose á la pureza de la liturgia, la regenera, rehace, por decirlo así, su pensamiento y su expresion, devolviéndola inmaculada á la religion, á fin de que cante los sufrimientos y las glorias del Salvador. Los Palestrina no faltan ya, renovándose sucesivamente: los Haydn, los Mozard, los Lessueur, los Gratry, los Mehul, los Choron y los Cherubini, ocupan el coro de nuestros oratorios y de nuestras basílicas, siendo redentores de la música que subliman. Su renacimiento en cuanto es cosa espiritual y sagrada, se realiza no ménos en la edad presente, que la edad es de los sonidos, de los cantos y de las sinfonías. ¿Cenoceis vosotros pieza musical, ejecutada en vuestros teatros, que deje atrás el *Moisés* y el *Stabat* de Rossini, ó que venza los *Cruzados* de Bellini, ó el *Ave Maria* de Donizetti? Yo profano, lo ignoro.

Existe progreso en arquitectura. Dificil es determinar la forma de los primitivos templos cristianos erigidos por hombres no expertos ó sin preparacion: generalmente toman el sello latino. Empero más tarde,

despues que la sede del Imperio, sale del Tiber, dividiéndose ya en los dos grandes trozos de Occidente y de Oriente, el propio Imperio, dos formas tambien de arquitectura manifiesta y majestuosa surgen, siendo rivales: la romana y la bizantina. La religion de Cristo, cosmopolita por su naturaleza, se adorna entonces con una y otra forma, demostrando que verdaderamente la circunda la variedad. Más aún; desde que las dos formas arquitectónicas por su aproximacion se con-ciertan y la cúpula bizantina se dirige á Occidente, acepta la liturgia católica la cúpula para la celebracion de los santos misterios, engran-deciéndose con ella: en la Italia septentrional y sobre las orillas del Rhin despuntan aquellas solemnes catedrales de romaneseo estilo, lombardo, ó bizantino, donde veis siempre la basilica romana con su vaso partido en tres naves, y la cúpula tambien, que corona el centro de la cruz así como el ábside con frecuencia. Es un progreso. Supuesta tal preparacion, llega la arquitectura gótica: enamorada del oriental estilo lo amplifica, lo impele hasta la poesia, y á fuerza de levantar el agudo bizantino, lo rompe por en medio, hallando el arco diagonal. Esto es suficiente: como otras tantas creaciones ó resurrecciones, veis despuntar en lo alto innúmeros campanarios y agujas que parecen desafiar cuanto los antiguos refirieron sobre los gigantes. El arte griego y el romano tienen sus razones que aducir contra la arquitectura gótica: esta, sin embargo, por lo que hace á los tiempos toscos en que nació, saca respuestas hermosas de las surtidas compensaciones de la Fé. Sus monumentos se subliman con la ligereza y el ardimiento, con su fuga en direccion á los cielos donde les place penetrar: diriais que los construyeron las ideas más bien que las manos, que los corazones fueron su cimiento, y que sus piedras animadas están por el soplo de la religion de un pueblo, así como por sí mismas ordenadas para el sonido de los cantares sagrados que les place repetir. Es un progreso. Progreso que se última cuando, llegadas nueva cultura y nueva civili-zacion, entra por fin dominando en la liturgia el estilo romano com-pletamente purificado por el cristianismo. Básteos mirar en Roma la basilica de San Pedro. Allí elegancia, sencillez, riqueza y entonacion al mismo tiempo. Es el templo que más domina: allí está bajo un sepulcro engendrador uno de los sepulcros, digámoslo así, á todas horas vivientes; uno de los gérmenes que brotan siempre; cosa estupenda es como tal germen, hallándose á los pies del primer oscuro templo que lo encubria, se dedicase pronto sin descanso en agitar aquellas paredes demasiado angostas y superarlas. Las superó, subiendo hasta la cúpula más excelsa que ha existido, casi tan alta como la mayor pirámide del Egipto, que sólo es una obra maestra de materia, ó una mole de pie-

dras amontonadas, mientras debajo de las bóvedas de San Pedro circula la vida y la luz á torrentes. Aquellas piedras «espiritualizadas» impelidas al aire por la fé, dominan las montañas inmediatas. Ascendeis al vértice aquél, y sentís que cerca está el cielo, así como que lejos y debajo está el mundo: mirais alrededor y descubris la inmensidad del mar: el mar que los Romanos triunfadores no habian visto nunca desde la cumbre del Capitolio.

Hay progreso en la pintura y escultura. Pasa desde los primeros rasgos de sus capillas ó de sus frontispicios, desde las pálidas imágenes que el *fossore* señalaba sobre la boca de los cementerios á las figuras de Cimabue y de Giotto, así como desde estas á las de Rafael. En órden á la estatuaria semejantemente hace progresos admirables el arte pagano por excelencia. Sus cruces representan pendiente la persona de Jesús: sus nichos se llenan de inmortales y de santos. Abierta está la escuela: el ímpetu del estudio y del avance, desde Buonarroti hasta Canova, y desde Canova hasta los artistas venideros, será irresistible.

No más, porque se dijo ya demasiado. Los buenos hombres que veían la inmovilidad de la Iglesia, insultándonos por ella, fijen aquí la mirada: la poesía, la elocuencia, la música, la arquitectura y el arte del dibujo, llamadas al servicio del culto divino y ennoblecidas por sus inspiraciones, ¿no los convencen de lo contrario? ¿No les fuerzan á confesar que la Iglesia católica está en movimiento siempre, progresando en la liturgia como en los dogmas progresa?

Olvidábame de los aristarcos y de los desdenosos. A la Iglesia ensalzo por el progreso litúrgico; mas á ellos el progreso por mi contado les dá ira y cáusales repugnancia, porque la liturgia se mueve ó se embellece con los versos, con los tropos, con las sinfonías, con la escuadra y con el pincel; mas ¿qué clase de progreso es el suyo? La religion debería progresar santamente cuando por el contrario se hace mundana.

Respondamos: es la Iglesia progresiva en su parte litúrgica, y esto sin que lo bello que se le agrega dañe su santidad.

¡Caprichosos son los críticos que la hieren! Piden á la Iglesia un progreso santo: como no les parezca tal, lo rechazan y no le dan valor de progreso alguno. ¿Aman la santidad con todo su espíritu y corazón? ¡Almas pudorosas y castas! Por ella temen nuestros cánticos, nuestras músicas y nuestras pinturas; ven la sombra de lo mundano salida del arte para extinguir la religion. ¿Pero qué quisieran? En la poesía, en la música, en la elocuencia y en la pintura existe lo bello á los ojos de la Iglesia: este bello llevado á los usos litúrgicos se limpia y se consagra.

Ahora bien: ¿consideran lo bello amigo fatal de la piedad que le hace traicion y reniega de ella? Dejando lo hermoso, ¿asumen acaso lo feo? ¿Hacen como los griegos antiguos, ó como los monjes basilianos, que manchaban la imágen del Salvador, mostrando á la Virgen con ceño y deforme, á fin de que aumentara en los corazones la veneracion á los ritos religiosos y al Evangelio? ¡Oh! Si con lo feo y lo deforme aumenta la veneracion, procuren ellos mismos ensuciarse; cubran de manchas su faz, sus vestidos y sus casas, viniendo á ser augustos sumamente y venerables.

No; ellos no hacen como los monjes basilianos, é imitan más bien á ciertos hermanos suyos que han nacido más recientemente: tu gusto es protestante. Realmente los protestantes no admifen en el servicio de Dios poesía ni música, ni arte de diseño, porque, á su modo de ver, esto huele á mundano y esteriliza la vena de la santidad.

Ahora bien; no querer esto es no querer lo bello, donde tanto conviene su existencia. ¿Qué cosa es, señores, lo bello? Es la reverberacion y la faz exterior de lo verdadero. Mas esta faz exterior, esta irradiacion de la verdad, ¿cómo puede ser vista y gozada por el hombre, si no sale de los órdenes ideales, sirviéndose de sensibles elementos, y tomando su sello? ¿No quereis vosotros sellos, ni quereis sensibles representaciones? Entonces encarcelais la verdad dentro de la idea é impedís la manifestacion de lo bello. Sois sus enemigos.

¡Y qué enemigos! Impidiendo la manifestacion de lo bello, impedís que la verdad y la santidad se desenvuelvan y se realicen: es como quien al hombre quitase la lengua para hablar y la vista para ver: ¿cómo podría ponerse aquel tronco de mortal en contacto con el mundo? Hé aquí por qué los griegos, una vez iconoclastas, y rechazado el culto católico, perdieron la religion verdadera: hé aquí por qué los protestantes, en el puro espíritu confinándose, no tienen culto, ó si lo tienen, lo tienen sin alma y sin vida. ¡Lo bello! ¡Lo encarnado de las formas, de las tintas y de la luz! Dejad que lo bello se realice, difundiéndose y reinando: os comunica la irradiacion de la verdad y de la virtud. Agudamente dijo por ello José de Maistre: *Lo bello es lo que place á la virtud iluminada.*

Así lo entendió la Iglesia católica, implantando lo bello en la liturgia: así lo entendieron los primeros cultores del arte en el cristianismo: propósito fué de la madre y de los hijos servirse de lo bello para facilitar la llama de la santidad, y enaltecer mejor á Dios. Los pintores de Siena declaraban en su Estatuto del 1355: «Somos por la gracia de Dios manifestadores á los hombres que no saben letras de las cosas milagrosas obradas por virtud de la santa fé; nuestra fé principalmente se fun-

da en adorar y creer en un Dios trino, infinita potencia, infinita sabiduría, é infinito amor y clemencia.» Decía Bufalmacco semejantemente: «Sólo nos proponemos hacer santos y santas mediante los lienzos y las tablas, logrando así con ira de los demonios, que sean más devotos y mejores los hombres.» Filarete bosquejaba una ciudad sobre aquel concepto bíblico del *Nisi Dominus aedificaverit*; y Brunellesco afirmaba de Santa María del Fiore: «Recordando que consagrado está el tiempo este á Dios y á la Virgen, confío que, haciéndose en memoria suya, no dejará de infundir el saber donde no exista, ni de añadir la fuerza, la sabiduría y el ingenio, á quien autor sea de tal cosa.» El entendimiento católico y artístico es ingénuo á la vez y fecundo; confiesa lo que siente, siendo lo que siente á la vez verdad y virtud. Es una opinion de Portalis: «Los ritos y la práctica, por lo que hace á la moral y á la verdad religiosas, son lo mismo que las señales relativamente á las ideas (1).» Espléndida comparacion: así como, mediante la señal, la idea viene á ser arte, legislacion, elocuencia y civilizacion, mediante los actos externos y los ritos, la moral y la verdad religiosa vienen á ser glorificacion de Dios, reforma de las almas, apostolado, martirio, aura y perfume de la eternidad. *Lo bello es lo que place á la virtud iluminada.*

¡Y qué! Entre los profanos mismos de nuestros días, entre los hombres que sacerdotes no son, ¿no existe un testimonio constante de que la liturgia católica se aprovecha de lo bello, dando en su virtud frutos de santidad y de progreso? Fijémonos en los escritores que más fama logran por su ingenio: para bosquejar escenas gentiles y conmovedoras ¿no hallan acaso útil el recuerdo y la pintura de nuestros ritos? Por el contrario, las almas agitadas por profundas pasiones y á su vez conmovedoras, ¿no se conmueven y exaltan ante la hermosura de nuestros ritos?

Considero primeramente las fantasías y las representaciones de los escritores.

Schiller en su *Wallenstein*, para enternecer, ¿no introduce al joven Piccolomini hablando del gozo experimentado en una iglesia solitaria cerca de Pilsena? ¿No se complace asimismo en *María Stuard* en traer á la memoria los consuelos de la reina sacados de los ritos católicos entre las últimas angustias de su vida?

¿No os llena de delicia el corazón Chateaubriand en sus *Mártires*, cuando describe las bodas de Eudoro y Cimodocea, catecúmena, delante del prelado Cirilo? ¿No eleva mucho hasta la grandeza en *Atala* cuando

(1) Portalis, *De l'usage et de l'abus de l'esprit philosophique*. Tomo III.

asistir os hace al sacrificio celestial que ofrece allá en medio del desierto el padre Aubry? ¿No entornece vuestras fibras en el *Renato*, cuando refiere las sagradas ceremonias entre las cuales viste Amelia los hábitos monjiles? ¿No os infunde un excelso terror en su *Itinerario de París á Jerusalem*, cuando pinta la excena ocurrida sobre el toldo de la nave, sobrevenida la tormenta, haciéndoos sentir las exclamaciones, bañándoos, por decirlo así, con las lágrimas de los marineros y del capitán arrodillado junto á una imagen de la Virgen?

¿No presenta un estilo exquisito Lamartine, y no expresa inefables caricias poniendo de realce la jóven que, sabiendo que sus padres se han librado del naufragio, sube á su azotea, corta ramitas de romero y de naranjo que prende con horquillas sacadas de sus trenzas á los piés de la Virgen, ante la cual hace arder una lámpara?

Tomas Grossi en la *Ildegonda*, ¿dónde aparece más vivaz y dónde hace temblar tanto como allí donde á la mujer señala que ha recibido el Viático? ¿Dónde en el *Ulrico y Lida*, mejor arranca el afectuoso gemido sino en la confesion y el matrimonio de la última en el lecho de muerte? ¿Qué rasgo de mayor suavidad en *Marco Visconti* que aquel discurso de Beatriz con la vieja Marta de Limonta, cuando ésta desde Milan ha de volver á su lago, y Beatriz le recomienda ó le pide que allá en su país natal, en que tantas veces oraron juntas, recuerde á la pobrecita teniéndola presente en el canto vespertino alzado en elogio de María?

Máximo de Azeglio en el *Ettore Fieramosca*, ¿no nos arrebató por ventura en el cuadro de los trece héroes de Barletta, los cuales, antes de penetrar en la liza para sostener el honor de las armas italianas, se recogen en el templo, donde oran postrados, mientras el fraile ofrece en el altar el sacrificio de paz? ¿No nos conmueve en aquel propio libro el relato de Ginebra, que, en el secreto de la iglesia de las monjas, al pié de una imagen de la Bendita, ora y resuelve abandonar á Fieramosca? ¿No nos arranca gemidos describiendo en *Nicolo de Lapi* los funerales hechos en San Márcos de Florencia á Baccio, hijo de Nicolás, al amanecer, sin luz aún, y mostrándonos de noche á Lamberto que lee á la débil luz encendida ante una imagen de Nuestra Señora la carta donde háblanle de su difunta madre, arrojándose por tierra él, gimiendo y sollozando?

César Cantú en su *Margarita Pusterla*, ¿no se abre la via del corazón y no triunfa, poniéndonos delante las morales sacudidas de Buonvicino, como tambien la melancólica voluptuosidad que despiertan en su alma las sombras del templo, los salmos de los frailes en viernes santo, y los ritos que se celebran en la iglesia de los Humillados de Brera?

Alejandro Manzoni en los *Prometidos Esposos*, ¿á lo sublime no llega

con los santos reproches de Fray Cristóbal, con las intrépidas peroraciones del Cardenal Federico al cura y al Innominado? ¿No hace llorar con el llanto de Lucía en la iglesia de Monza, y con los suspiros de la Robada en las estancias del castillo, donde tiene sin cesar á Maria Santísima en la boca?

Pellico en las *Prisiones*, ¿no entra en el espíritu como hermano, y no domina como sacerdote refiriéndote sus amorosas lecturas de la Biblia y sus plegarias con que las soledades de Spielberg se dulcificaban?

Miami tiene solemnes momentos en los *Himnos sacros*; si se aparta alguna vez de su religion civil demasiado enjuta, ¿no es acaso donde bosqueja el coro de las Vírgenes cristianas, envía el canto de los sacerdotes y saluda al presbítero de Montalceto, que bendice las humanas desventuras?

Tales son los escritores contemporáneos. Teneis malas sospechas sobre lo bello trasferido á la liturgia; os parece un progreso torcido y feo ir adelante con sonidos, con cantos, con flores, con hachas, y con artes amenas: mas los hombres de ingénio viril y pronto no saben mejor enseñorearse del corazon, y atraer mejor á los sentimientos de la piedad religiosa, que representándonos nuestro culto con las hachas, con las flores, con los cánticos y con las melodías. Ahora vengamos á las almas agitadas por pasiones terribles y agitadoras á la vez.

¿No existe una larga hilera ó una nube, por decirlo así, de tales almas que sienten de modo muy gallardo, las cuales, acudiendo á las fiestas católicas, arden, se conmueven y van arrastradas á la piedad como de manera irresistible? ¿Qué podré hacer por lo tanto? ¿Deberé yo, escogiendo varias entre innumerables, mostraros á Bolingbroke en la capilla privada de Luis XIV, á Misson y á Gustavo de Suecia en Roma, á Bridone en Palermo, á los cuales conmovió de una manera no sentida la celebracion de los ritos católicos? ¿Deberé recordaros á Diderot, que se enfervoriza por las ceremonias del *Sacramento*, ó delinearos á Rousseau, que llora de ternura en la iglesia y entre los claustros de los cenobitas? ¿Deberé haceros oír las palabras de Topffer, el cual, despues de asistir á una sagrada funcion en el templo de los monjes encima del Grande San Bernardo, vistos desde allí los valles de Aosta, del Vallés y de Friburgo, poblados por muchos fieles, así exclama: «Ciertamente no soy católico; pero soy más ó ménos de todas las religiones sinceras. Ahora bien: yo, en medio de los católicos, y en ninguna otra parte tan bien, ¿experimenté aquel sentimiento de la simpatía cristiana, que nace de la contemplacion de una humildad sincera?» (1). ¿Deberé hacer esto? Oid.

(1) Topffer. *Voyage en zigzag autour du Mont Blanc*.

Es el 1867; y Roma, la primera ciudad de los creyentes, está de gozo por caer el centenario del Apóstol Pedro.

Nos dirigimos en tal año, señores, á Roma en el día 29 de junio, y tomamos parte en la gran solemnidad; á fin de gozarla con toda su vida entramos en la basílica inmensa del Apóstol en la hora de los sagrados ritos.

El templo hállase atestado de admiradores y devotos; están allí reunidos unos cincuenta mil italianos, franceses, españoles, ingleses y alemanes, de manera que allí está en compendio la Europa y el mundo: es que la muerte de San Pedro simboliza la existencia de todo el género humano. Es máxima la atención de los circunstantes, por ocupa un objeto en extremo digno: brillan las luces, la música de las voces difunde sus notas melodiosas, y los misterios divinos se realizan. Es una de aquellas fiestas, despues de la cual dice de manera espontánea el creyente: *Otra fiesta más hermosa la veré yo en el paraiso.*

Cuando más de la mitad de la fiesta habia trascurrido, en un ángulo del templo, hácia el sepulcro de Clemente XIII, se oyó un rumor: muchos se dirigieron al sitio aquél para inquirir, y los más vecinos se dispusieron á socorrer. ¿Qué habia sucedido? Una jóven de aspecto señoril, pálida y blanca como la nieve cerró los ojos desmayándose. En los brazos está de sus padres. *¡Pobrecita! Hála sofocado el gran calor. Dejadla pasar, dejadla pasar, gritan.* Y la desmayada es conducida fuera con mucha dificultad.

Terminadas las alegrías del centenario, venida la hora de la marcha, está bien, señores, que, antes de abandonar Roma, tomemos noticias de la desvanecida en el templo.

En la capital de la Suecia demoraba una familia muy acomodada y rica compuesta sólo de tres personas, dejando aparte la servidumbre, que numerosa era y elegante: padre, madre é hija. El padre y la madre, luteranos, no practicaban con gran celo las cosas de su secta; á lo más vivían como embriagados en la poesía de un obsequio natural prestado al ente supremo: su doncella sentia tambien lo bello de la poesía, por ser de ingenio grande y de fogosísimo estro; acompañábale además el estudio de la Biblia, de la cual le daba lecciones un ministro del culto, conversando con el que placíale recitar, ora en alemán, ora en latín, los pasajes más bellos de los profetas y de los evangelistas. Esto hasta los diez y seis años.

De pronto se cansaba de la Biblia. A ser venia discípula de la moda, figurando entre las jóvenes más bellas de Stockolmo. Entónces perdía la cabeza en el estudio de las diversiones: toda oro, toda seda, toda dijes, y trenzas y bailes y teatros, sin que nunca se cansase. En el año

décimo octavo, y peor en el décimo nono, habia perdido el buen sentido y la ingenuidad del décimo: la herian como flechas pasiones prepotentes de altivez y de maldito desprecio. Placiale mucho envilecer á los pobres y á los pequeños con sus risitas: cuando en la estacion del verano iba con sus padres al gran canal de Goeth, haciendo el papel de cazadora en aquellas amenas orillas con el fusil al hombro, ó de pescadora sobre un esquife, fastidiaba mucho verla y oirla cómo vergonzosamente trataba á los pobrecitos sirvientes ó lacayos que seguian sus huellas. Hubiéraisla llamado el señor femenino de las orillas y del lago. Hermosa frente y hermosa faz; pero palabras y costumbres detestables.

Ansia de novedad y de nuevo espectáculo indujeron, en 1867, á la familia á ir á Roma: la jóven pálida y desvanecida en San Pedro, es, señores, la caprichosa de Stockolmo; es la cazadora y la pescadora de las innobles risitas. Mas ¿cómo y por qué se desmayó en el templo? ¿La sofocó propiamente el calor del aire intenso y su aspereza?

En la tarde de aquel mismo dia, la madre, hallándose alrededor de su querida en la fonda y arreglándola el cabello muy amorosamente, le pregunta y le ruega: «Dime, bella mía; ¿por qué delante de mí estás pensativa, como llena de duelo y suspirando? El peligro cesó, y te has puesto en breve bien; mas libre y sano tu cuerpo, veo abatida tu alma. ¿Qué tienes?»

«Déjame, madre mía, responde la jóven, déjame.»

«¿No estoy equivocada por consiguiente? Enferma estás del espíritu y me lo encubres. ¿A quién irán tus secretos si me los escondes á mí? ¡Oh desventura mía!» Estas palabras diciendo, retira la madre su mano de los cabellos de su hija; á sus ojos lleva el pañuelo blanco y se le pone delante inmóvil.

«¿Quieres á todo trance oirme?» pregunta la jóven resuelta. «¿Te debo abrir los presentes misterios de mi alma?»

«Habla.»

«Pues bien, no temas, mi querida mamá; no hay en mí pasiones viles ni profanos enamoramientos. Es, sí, un nuevo amor vehemente el que aquí dentro anida, poniendo fin á mis burlas é inadvertencias. Antes de que hoy en San Pedro el calor del aire y del cuerpo viniese á extenuarme, que de veras extenuóme, se habai despertado en mí ya el calor de que hablo. Sufrí el deliquio de la carne despues del deliquio del alma.»

Esto dicho tomó á la madre de la mano, y estrechándola contra su pecho añadió: *Enamorada estoy de la religion del Papa y quiero ser católica.*

«¿Cómo? exclamó la madre separándose de su hija. ¿Cómo y por qué quieres ser católica?»

«El lenguaje del corazon y la inspiracion de la fé me realiza todas

las más suaves visiones de la poesía. Gracias á ti y á mi padre, que me llevásteis á San Pedro; gracias sobre todo al cielo, que allí me quiso, trasformarse sentí el alma en aquella gran fiesta; fué un enamoramiento que me reveló cosas nuevas y que dióme nueva vida. ¡Qué quierese! Al considerar á Jesús crucificado en tanta gloria; al imaginar con alegría tanta al apóstol San Pedro, conocí que la simple contemplacion del intelecto ó el estudio simple de la Biblia no debe bastar al creyente. Además, los sonidos, las armonías y los cantos de los sacerdotes, enteramente diversos de los que oigo en los coliseos, me trasportaron. Cuando las tres orquestas, colocadas á distancia artística, se respondian y se armonizaban en el santuario, vislumbré la relacion que hay en mí entre las ideas, los pensamientos y los afectos, y la relacion, que asimismo está en mí, con las ideas, los pensamientos y los afectos de la religion: cuando, sobretudo, la orquesta colocada sobre la cúpula, con aquellas voces tiernas de niños y de muchachos, repetia con canto agudo y sublime tres veces la frase TU ES PETRUS, parecióme oír cantar á los ánoeles; los ángeles me decían desde la gloria que Pedro estaba en el centro del cristianismo, y que yo, apasionada criaturilla del mundo, no me debia apartar de él. Acabo de revelarte un secreto, mamá: déjame reposar en esta creencia nueva para mí; pero en el universo antigua: ¡me satisface tanto! Déjame. Tengo en los oidos aún la voz del Papa; siento aún aquel canto suyo, majestuoso, solemne: SURSUM CORDA. Siempre seré para tí amable, amorosa y cada vez mejor; me propongo abandonar las locuras de la tierra para conversar con el cielo.»

Tal coloquio se oyó en el dia 29 de junio de 1867 en la fonda de Roma que nosotros visitamos. ¿Evaporóse acaso aquel coloquio amante y trépido, cual ola de perfume arrebatada por los vientos? ¿Hablaba tal vez alucinada aquella jóven de Suecia y sin propósito firme? Lo creian sus padres, que la llevaron en la tarde de aquel dia á la *Plaza del Pueblo*, á fin de que viera la *Girandola* ella, cambiada del todo ya, veía el mundo que pasa en aquellos fuegos fugaces; veía en su brillantez las irradiaciones del mundo de la vida eterna. Lo creian sus padres, y deseaban la certidumbre, partiendo apresuradamente con su hija de Roma; ella se iba con el cuerpo, dejando el corazon pendiente, por decirlo así, de la tumba de los Apóstoles. A su patria vuelta, los gustos y las costumbres de la sueca no eran las de antes: sus padres, poniendo en ella los ojos, no veían á la jóven ambiciosa y arrogante, ni una sombra de la cazadora de Goeth, ó de la pescadora. En su virtud, solian preguntarse mutuamente: «¿Cómo aquella aura de San Pedro la convirtió en una santita?» Era el aura de Dios y de su religion, que subyuga los indómitos espiri-

tus. La hija venció. Quien quiera saber nuevas de la jóven, diríjase á Stockolmo y busque á Gustavo Bergmann; encontrará un rico señor católico, que tiene por consorte á una jóven católica, honrada y discreta. Es la misma jóven que se desmayó en la fiesta de San Pedro.

A mí nada me cumple añadir. En la Iglesia el progreso florece, como en el cuerpo sano circula con impetu el soplo vital: mírese pacíficamente en sí, ó en las objeciones que se aducen contra ella, posee sin duda un culto fecundo, dotado de perenne movimiento. No maldigan los enemigos de Dios nuestros ritos, nuestras pompas, nuestras solemnidades religiosas, ni llamen á nuestras iglesias *las regiones de los muertos*, porque allí está la luz más inmaculada; allí está el éter y la celeste llama de las inteligencias y de los corazones. No alcen los enemigos de Dios el pico y la segur para destruir nuestros tabernáculos y nuestros altares: enciéñense allí las fantasías de los poetas y de los literatos; allí las almas bajamente apasionadas se divinizan ó endiosan. ¿A qué fin llevaríais la matanza donde circula el torrente de la vida?

No existe aquí problema; es, señores, realidad y evidencia; es la Iglesia progresiva en la parte litúrgica, sin que por añadirse á ella lo bello se perjudique á su santidad.

Abierta para el progreso en la parte de los dogmas, fértil de progresos en la parte de la liturgia, también avanza en la Iglesia, señores, el progreso relativamente á las públicas costumbres. Es el aspecto tercero que presenta el problema del presente día.

No vacilo en contestar. Sí; aún en esta parte progresa: el progreso religioso, que tiene su cabeza en los dogmas divinos y en su corazón el sacro culto, procede además y prácticamente se manifiesta en las costumbres; siendo dogmático y litúrgico, viene á ser asimismo moral.

Es la prueba que me propongo daros expedita; pero apremiante y firme.

Ved á la Iglesia en los primeros siglos de la era vulgar: está bellamente provista de apóstoles, de mártires, de vírgenes y de doctores: en sus propios secuaces tiene bienhechores insignes y hombres que son espejo de virtudes inusitadas.

Ahora bien; ¿por quién está formada la generación de santos, de que consta el primitivo cristianismo? ¿Quién produjo para Cristo aquellos insignes bienhechores, aquellos mártires, aquellos apóstoles, aquellas vírgenes y aquellos sábios? La Iglesia y únicamente la Iglesia católica. ¿Qué eran aquellos vivientes antes de ser doctores, apóstoles, vírgenes, mártires?

tires y bienhechores conspicuos? Eran pobres idólatras, adoradores de los ídolos y de costumbres groseras: eran amos soberbios que oprimian a sus dependientes; eran personas del pueblo, que no conocian su dignidad; eran maestros que la voluptuosidad de la carne enseñaban; eran políticos, que hacian traicion al país con sus artes disimuladas; eran tiranos que devastaban, y verdugos que al mundo ensuciaban con la sangre de las víctimas. ¡Deteneos, almas vituperosas! ¡Paraos, crueles, cruelesísimos! En medio se lanza la Iglesia y anuncia el reino de Dios: ora y gime; muestra la cruz y el gentilismo se convierte.

Estupendo progreso, señores, este que yo narro: es el progreso moral, del que vemos proscritas las culpas y las infamias, quedando renovada la faz de la tierra. Escribe así el economista Dupont White: «Es virtud del progreso introducir nuevos séres en la humanidad, nuevos individuos de la sociedad y nuevos soberanos en la ciudad (1).» Esto, que vanamente se aguarda y se intenta del hombre, realizado es por la Iglesia desde un principio: nuevos séres llegan á la humanidad, siendo los esclavos que ofrece despues de su bella liberacion: nuevos individuos llegan á la sociedad y son los obreros publicos no cansados por el vicio: nuevos soberanos llegan á la ciudad, y son los propios ciudadanos ennoblecidos por la virtud. Así la Iglesia funda esta nueva monarquía, ó esta nueva república de vivientes: la engendra y enaltece, porque á todos sus hijos manda tender á la excelencia moral, así como que sean perfectos y santos, cual nuestro Padre de los cielos: *Estote perfecti sicut Pater vester, qui in coelis est.*

Mas una vez santificadas las costumbres de las gentes, ¿no se corrompieron acaso? ¿No surgieron en breve los desequilibrios de las disoluciones públicas en el mundo, bien que hubiera venido á ser cristiano? ¿Dónde se halla el progreso moral, por tanto, en la Iglesia?

Hablando de progreso moral, preciso es atemperarse á las leyes que rigen por punto general el progreso: no debe pedirse más á la Iglesia. Ahora bien: ¿cuál es la marcha del progreso sobre la tierra? Sin admitir en ella un progreso nunca interrumpido, ó una continuidad entera y absoluta, advierten los filósofos que vá el progreso con pausas ó intervalos, avivándose en ciertos períodos y floreciendo, lo cual es verdaderamente progreso, puesto que se libra del mal experimentado, reverdecido otra vez.

Muy bien: así pasa con el progreso moral en el catolicismo. Verdad que las costumbres públicas, en ciertas estaciones degeneran y se disipan. Parece que la edad del paganismo vuelve con sus ídolos y satur-

(1) Dupont White, *L'Individuo e lo Stato.*

nales; empero no es así, por cuanto en el mundo moderno hállase la Iglesia de Jesucristo guardiana y renovadora de las costumbres públicas: allí está con su doctrina evangélica, con sus sacrificios, con sus sacramentos, con sus llamamientos divinos, con perennes y extraordinarios medios, de los cuales ella sólo puede disponer, siendo inextinguibles.

Ved la obra de los frailes. Ha venido á ser tan súaia la tierra que se corrompe todo espíritu en su seno y toda carne. Entonces se alza una voz en la Iglesia: *¡Al desierto, al desierto!* Las almas aún bellas y sin mancilla huyen, dejando lo habitado para vivir en el oriental desierto. Nuestros incrédulos y nuestros progresistas se rien de los monjes de la Tebaida; mas, señores, aquellos refugiados y aquellas vírgenes salvan en sus eremitorios el progreso moral de la tierra. La Tebaida es como el arca de Noé, que recoge á los preservados durante el diluvio: todos los hombres que se agitaban en las aguas cenagosas perecieron; pero no los habitantes del arca. En la sociedad civil perecieron los ciudadanos más altaneros del Bajo Imperio, hundiéndose, por decirlo así, en la putrefaccion y en la sangre civilizados y bárbaros: pasado el diluvio de la Europa, el arca del desierto se abre, viniendo de allí los ciudadanos santos para innovar y fortalecer la sociedad humana.

Ved la obra de los Jubileos. Se realizan por punto general en medio de las contaminaciones y de las desventuras de los pueblos, dándoles una gallarda sacudida á fin de que se purifiquen, y celestial auxilio para que á lo ménos sean felices sus conciencias. Entre otros, en 1349, cuando el jubileo en Roma principia, y las calamidades públicas son horrendas, la gente concurre á él como á una salvacion universal. Matteo Villani cuenta que el número desde Navidad hasta la Pascua fué constantemente de un millon y doscientos mil; en la Ascension y en Pentecostés de ochocientos mil; otros doscientos mil en cada dia del estio caliente; el número intermedio de los que diariamente penetraban ó salian, cinco mil. Roma y sus alrededores se hallaban convertidos en fonda: asombrábase Petrarca de que hubiera quedado tanta gente despues de la pestilencia y del hambre.

Es una sombra de lo que hace la Iglesia para mejorar las costumbres: entre modos tan abundantes y tantas reformas morales, solamente puedo hacer yo algunas indicaciones. El hecho es que cuando las costumbres de los cristianos se corrompen, lo cual ocurre no raras veces, la Iglesia nunca deja de procurar con solicitud su restauracion completa: si la sociedad moral, por decirlo así, no se rinde; si el vicio hace secta; si viene á ser sociedad de eunucos, ó falange de Begardos y de Dolcinistas, ó enjambre de hechiceros, ó alguna otra comunidad

obscena y testaruda, la Iglesia, levantando la mano imperiosa, grita: «Fuera, fuera de aquí; no sois ya de los míos: os borro de mi corazón y de mi alma.» Y separados los discolos, se limpian las costumbres de la generación de los bautizados.

Oigo una objeción que termina en una risita. Separe, pues, la Iglesia y arroje de sí á los depravados; purifique con el monaquismo y los jubileos la tierra; condene las sectas del *Amor Libre* y los demás creyentes necios ó ruines. Bien; será débil y enana la inmensa Iglesia de Cristo, restringiéndose á pocos palmos de tierra: ¿qué se deberá decir entonces del progreso moral del mundo católico? Será tan casto y etéreo, que la vista faltará de seguro para vislumbrarle.

Recordad, señores, cuanto decía yo anteriormente. La Iglesia es progresiva en la parte personal ó de las costumbres, sin que la perenne tendencia á lo mejor perjudique su soberanía universal.

Ante todo, ¿qué provecho resultaría si la Iglesia retuviese la porción dañada y corrompida de la estirpe humana? No niego que tiende á dominar moralmente en la sociedad civil; mas, ¿por ventura con el cielo y la podredumbre hallaría modo de alargar sus tiendas, haciéndolas resplandecer á la luz del sol? ¿Quién puede fundar reinos y erigir nuevos Estados sobre la corrupción? ¿Quién puede, fiado en la corrupción de las costumbres, aumentar las glorias de las conquistas hechas, fortalecer los cimientos del gobierno y de la patria y difundir sus confines? Ninguno de los antiguos pudo: ¿podrán los contemporáneos? ¿No es por el contrario, la corrupción evidente señal, infalible de un gobierno moribundo y de un Estado en decadencia?

En segundo lugar, señores, precisamente porque la Iglesia rechaza de su seno á los degenerados y á los discolos; porque quiere secuaces propios de costumbres integérrimas, concentra en su cuerpo y multiplica el vigor de la vida pública y de la social dilatación. Observais que, tendiendo á lo mejor, pierde á las muchedumbres, restringiéndose á los individuos sólo, con los que permanece. Aun cuando fuese así ¿perdería por ventura el camino de su grandeza? ¿Dejaría de cumplir su misión de sociedad universal? ¿Dónde se halla el verdadero conquistador y el feliz reformador del hombre? ¿En la plebe ó en el individuo?

¿No es por ventura el individuo casto, discreto y gallardo el que á los pueblos conduce y crea las naciones? ¿No fueron siempre obra de los individuos las célebres eras que á los hombres han alegrado? Ernesto Renan, hablando de la civilización, afirma: «La elevación de una civilización existe por regla general en razón inversa del número de los que participan de ella. La multitud, introduciéndose en la sociedad

culta, rebaja su nivel casi siempre (1).» Supongamos ahora que la Iglesia, por tender á lo mejor, pierde la multitud quedando con los individuos probos y magnánimos: queda un momento para conquistar de nuevo el mundo espiritualmente. En el siglo XVI pierde los apóstatas de Alemania, y de Inglaterra: los pierde porque son engañados los unos por un súcio fraile y tiranizados los otros por un súcio rey; mas infunde el vigor de la pureza y el dominio social en Loyola, que la compensa con sus hijos de las pérdidas sufridas, añadiéndole millones de bautizados en otros países. En el siglo XVIII pierde muchos espíritus enloquecidos con la Enciclopedia francesa y con Voltaire; mas una pobre mujer en Lion, hija de la Iglesia, inventa el óbolo para la obra de la *Propagacion de la Fé*; nuevos bautizados y nuevos creyentes vienen al catolicismo desde los confines más bárbaros y desde todos los hemisferios. El individuo gana de nuevo la multitud: es un progreso moral que, con tender á lo mejor, no perjudica la soberanía universal.

Siendo así, ninguno de los hombres honrados se horrorice, ni se deje dominar por engaño fatal considerando los hechos presentes.

Hoy el incrédulo tiene gozo desenfrenado: es cual un cántico de triunfo, porque á sus ojos se realiza la despoblacion de la Iglesia. Y señores, la verdad es que la Iglesia de Jesucristo sufre contumelias en nuestros días, lamentándose como abandonada y huérfana. Somos católicos más de doscientos millones, y, por lo que hace al número, el progreso existe; mas ¡en tal número cuántos descartes! ¡Qué defeciones y qué apostasias! Católicos hay que por lucro torpe, venden su bautismo por algunas monedas; católicos hay que por lujuria dejan á los sacerdotes, dándose á las mujeres; católicos hay que, por orgullo de la mente, rechazan la autoridad de las Sumas Llaves; católicos hay que, por figurar entre los novadores políticos, se arrancan de la frente su carácter de creyentes; católicos hay, que para conseguir un nombre entre los sabiondos, califican el alma racional de soplo de la materia; católicos hay que, para lograr el poder, entran en las sectas, urdiendo tétricas conjuraciones. ¡Qué caídas! ¡Qué degeneraciones! La Iglesia en su abundancia famosa viene á quedar como viuda.

¿Y qué? ¿Padece acaso penuria de progreso moral la Iglesia de Jesucristo, dejada por muchos y escarnecida aún, alimentándose con vergüenzas ó desprecios? Si bien viuda, ¿se halla estéril igualmente?

Señores; un aventador terrible puso Dios en la mano del siglo XIX; el vértigo del naturalismo que las mentes invade. Nuestro siglo maneja fogosamente y agita el aventador, haciendo llegar sus constantes

(1) E. Renan. *Revue des Deux Mondes*; 1854, tomo 9.

sacudidas á la era de la Iglesia. Por el aventador poderoso se conmueve toda la miés; mas el grano subsiste, saltando el polvo y la paja. Saltan los católicos, que vienen á ser muherzuelas; saltan los católicos, que vienen á ser racionalistas ó materialistas; saltan los católicos, que vienen á ser franemasones; saltan los católicos, que vienen á ser adoradores del oro; saltan los católicos, que vienen á ser incrédulos ó enemigos del Papa. ¿Es pérdida? ¿Es derrota?

Es desgracia, señores, suprema desgracia para los desertores que vituperan á su madre, haciendo traicion á su alma propia; se reputan ébrios de la vida, cayendo extinguidos entre los hijos de Dios. Por lo que hace á la Iglesia no existe pérdida, ni derrota, porque no pierde sus miembros vivos, sino los corruptos, y porque, librándose de los pecadores, temer no puede que los vicios consigan ahogarla. ¿Quién vencer á la Iglesia podría? El genio de la virtud, si pudiese gritar en su cara. *El demonio de la iniquidad te posee.* Mas si se purga de los ruines, y abomina el mal, ¿no la veis con esto volar en brazos del genio de la virtud? Llamad, pues, cuanto queráis abandonada á la Iglesia de Dios, y decid que se queda sola: será inmenso su dolor, porque se afana por los que dan en el precipicio; mas no quedará perdida ni derrotada. En los generosos que le quedan hay movimiento, y florece otra vez en el mundo el progreso moral. Venceremos al mundo los católicos, creyentes en el verdadero Dios y discípulos de la Iglesia. Cúbrannos de oprobio los incrédulos: aun los gentiles regalaban feas acusaciones y contumelias á los primitivos cristianos. Los pocos cristianos opresos triunfaron de todas maneras. Venceremos al mundo con nuestra fé, con nuestros sufrimientos y con nuestras virtudes; lo venceremos con la ciencia de nuestros doctos, con la pureza de nuestras vírgenes, con la fortaleza de nuestros mártires, con las lágrimas de nuestros Papas. ¿Sueño acaso? Cuando vosotros, acumulando negaciones á negaciones, y fealdades á fealdades, os revolvais en el fango hasta la cerviz; cuando, despreciadores de la civilizacion evangélica, hayais caido en las llamas y en las ruinas de la civilizacion comunista, ¿quién os salvará, hijos del siglo? ¿Quién afrontará la nueva Edad Media de los pueblos? ¿Quién á los nuevos salvajes dominará? ¿Quién os sacará del hierro y del fuego? ¿Quién logrará daros el progreso nuevamente? Hé aquí el polvo y la paja que, llevados fuera de la era de la Iglesia, caen en las llamas y se queman. Yo te saludo, Madre de los santos, con la lengua de los presentes y de los venideros. ¡Oh! Mientras agita Dios su aventador, haciendo que los protervos se aparten de los elegidos, acudes tú, consolando á los electos, y llamando los ruines á tu seno. Vive y reina en el mundo, porque dignísima eres del imperio: ¡cumple

tu mandato, porque sólo en tí, oh Iglesia de Jesucristo, está la salvación del mundo! Los mortales tienen la manía del progreso; mas el progreso legítimo sólo está en tí. Eres progresiva en la parte del dogma, y la intervencion de lo nuevo no hace daño á la verdad: eres progresiva en la parte litúrgica, y la agregacion de lo bello no daña tu santidad: eres progresiva en la parte de las costumbres, y la tendencia á lo mejor no es un obstáculo para tu soberanía universal.

CONFERENCIA VIII.

SI LOS SACERDOTES DEMOCRÁTICOS

PUEDEN REALIZAR Á LA IGLESIA.

¿Cómo negar que la Iglesia está dotada de progreso? Su progreso es maravilloso por realizarse con el concurso y amistad de los opuestos. Progresa en los dogmas, en los que admite lo nuevo en servicio de la verdad; progresa en la liturgia, en la que pone lo bello confederado con la santidad; progresa en las públicas costumbres, en las que sigue la tendencia de lo mejor, como promotora de universal soberanía. Demostradas fueron estas cosas, que subsisten.

Sin embargo, el hombre de la contradicción no se persuade: si bien no puede negar á la Iglesia su carácter de progresiva, no halla el progreso eclesiástico ó católico de temple tal que se deba considerar bueno. Para él la religión progresa de un modo, y el siglo presente progresa de otro, de suerte que la Iglesia corre apartada del movimiento público y social, hallándose solitaria y en el suelo. Este hombre dice: No sirve llevar el nombre de progresivo y entretanto seguir cierta vía, negándose á ciertas comunicaciones. ¿Quereis que á la Iglesia se aplauda por ser progresiva? ¿Quereis que por esto camine, no separada, sino en compañía del presente siglo? Quien desea poner fin á la soledad y abrazarse con su adversario, envía delante los heraldos con el estandarte blanco de la paz. Así la Iglesia católica, para no quedar batida en el suelo y abandonada, rompa su barrera, enviándonos delante á los sacerdotes.

Mande á los sacerdotes en medio del siglo, no á fomentar pleitos, ni á poner insidias, sino á fundar amistades. No podrá ella temer como Federico II de Lamagna, quien atar hacía con cadenas de plata en Pisa y meter en prision á los Cardenales franceses, lombardos é ingleses,

llamados por el Pontífice su enemigo; nosotros con las afecciones del corazón, que son muy distintas cadenas de plata, tendremos sujetos á los sacerdotes católicos.

Mande los sacerdotes, no á confirmar las censuras dadas por ella contra el progreso humano, sino á bendecir las fatigas de los progresistas y de los liberales. No debe aguardar ella un Visconti Bernabó, el cual, excomulgado por el Papa Urbano, constreñía á los nuncios pontificios á engullir los pergaminos donde se hallaba escrita la condenación que le traían: aprestaremos á los nuncios apostólicos muy diferente comida, dándoles el alimento de la fraternidad, del connubio social y de la libertad.

En suma, ya lo veis, señores: á fin de que la Iglesia sea considerada progresiva y se alce del lamentado abatimiento, nuestro contradictor pide que ante todo los sacerdotes se hagan democráticos.

A juicio de varios, aquí no se trata de que la Iglesia reniegue formalmente de los principios evangélicos y de las eternas doctrinas de Dios: es requerida sólo para que saque al clero del aislamiento, mezclándolo con la multitud, y haciendo que con ella fraternice. Se jacta de ser progresiva en el dogma, en la liturgia y en las costumbres. Ahora bien; á fin de que se convenza el mundo de que así es y dé gracias á la Iglesia, es preciso que lo enseñe el clero entrado en la moderna democracia. Salga el clero de sus cancelas escolásticas, promulgando democráticamente las verdades divinas, y tendrá el respeto de los doctos. Salga de sus cancelas morales ó místicos, enseñando democráticamente la libertad y tendrá la benevolencia del pueblo. Salga también de sus cancelas políticas, siguiendo democráticamente la libertad en cambio de la teocracia civil y del absolutismo, segura de conseguir la protección de los gobiernos. La Iglesia cesará de hallarse segregada entonces á modo de una casta del Egipto, quedando establecida la hermandad entre la Iglesia y la sociedad. El ángel padrino del matrimonio ha de ser la democracia, y la religión católica será saludada entonces como madre del progreso.

¿Es apreciable tal modo de hacer progresar á la Iglesia á una con el mundo? Haciendo la Iglesia democráticos á los sacerdotes, ¿se atraerá el respeto realmente y el obsequio que le niegan? ¿Se levantará de las caídas en que la ven los incrédulos?

Para mí, señores, tal demanda que os anuncio bajo la forma de problema, no tiene valor para que vacile un instante. Digo: acepte mi siglo la Iglesia como es, progresiva en sí como en sus aplicaciones sociales, en cuyo caso, mientras logre desenvolverse y florecer libremente, quedará el siglo adornado con sus flores, aprovechándose de

sus frutos; ó no admita la Iglesia segun Dios y las edades cristianas la formaron, y el presente siglo, más aún que la misma religion, sufrirá daño y afrenta. El partido de los sacerdotes democráticos que nos proponen, á nada nos conduciría sino á lo peor, rechazando el problema yo con tres negaciones.

En primer lugar, el sacerdote, dándose á la democracia moderna, pierde su cerebro: es un predicador de doctrina, no respetado por los doctos, sino envilecido.

En segundo lugar, el sacerdote, dándose á la democracia moderna, mancha su corazon: es un obrador de virtud no amado por el pueblo, que lo evita.

En tercer lugar, el pueblo, dándose á la moderna democracia maneja furiosamente las manos: es un héroe de libertad no protegido por los gobiernos, sino anatematizado.

Escarnecido el sacerdote democrático, no amado por las gentes y reprimido, ¿dónde se halla verdaderamente la elevacion de la Iglesia? ¿De dónde sacais la razon ó el hecho para celebrarla con el nombre de progresiva? La democracia, segun es hoy comprendida, no le dá el anillo nupcial, sino que se dispone á cantar sus exequias. Y, á la Iglesia sepultando, sepultaría el mundo igualmente.

Alegra oír, cómo principian su invitacion los hombres que quieren al clero democrático, y auguran por tal medio bienes abundantes á la Iglesia. Salga fuera el sacerdote de sus cancelas escolásticas, continúe adelante, penetre ya en las escuelas del siglo, aprenda en ellas los modos del progreso, y hágase doméstico entre los profanos. Tomando así un poco de aire democrático, y haciendo florecer con él sus lábios, añadirá un honor bello á las supremas verdades del cristianismo: cuando hable de Dios, de la religion y de la Iglesia, lo hará con sonidos comunmente bien escuchados y agradecidos, é, inclinándose los ánimos, saludarán los doctos en el sacerdote á un hermano.

Tened paciencia, amigos: vosotros, alrededor del sacerdote democrático veis el mundo de color de rosa; veis cómo le sonrien desde los públicos colegios y desde las academias; mas estais engañados. Creo lo contrario; creo que donde se deja conducir y enseñorear por los democráticos, baja muchísimo. ¿Y por qué? Por cuanto el sacerdote pierde la sindéresis en tal escuela, si se hace alumno ó maestro de la misma. Tratemos esto y los doctos nos darán su parecer.

¿Qué cosa es el sacerdote considerado doctor de la ley evangelica? Es una boca divinamente docente. Id y predicad á los hombres, dijo

Cristo á los sacerdotes: *Euntes praedicate*. ¿Y qué? Predicad que ha venido á la tierra el reino de los cielos. *Euntes praedicate dicentes: quia appropinquavit regnum coelorum* (1). Esto es el sacerdote. El hombre mandado por Jesucristo, el cual enseña: Haced penitencia, hijos: la redencion está cerca; alzad vuestras frentes, purgaos de los pecados, de las obras vanas é inícuas y saludad la luz de Dios. El sacerdote es el hombre que bautiza, diciendo entre los bautizados: Adorad á la Trinidad augusta compuesta del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que han colocado en vosotros su templo; creed en el Hijo de María; tomad sobre vuestros hombros la cruz, y seguidlo en sus dolores. Quien no toma la cruz, camina en tinieblas. En breves palabras: es el sacerdote un hombre que por su propio instituto envía y hace resonar en el tiempo la voz austera y solemne de la eternidad.

Dejemos á un lado las poéticas fantasías y las suposiciones excelsas ó caprichosas, en las cuales suele ser envuelto el hombre: ¡os parece que un sacerdote, á quien se ha declarado doctor divino, á quien Jesucristo dice terminantemente: *Depositum custodi* (2), halla fácil poder tomar asiento en las escuelas democráticas, dando en ellas lecciones de su doctrina celeste? ¿Dirá él á los democráticos compañeros suyos: Compañeros, este país es un valle de lágrimas, y este mundo un destierro: haced penitencia, golpeaos el pecho y poned la cruz sobre vuestro cuello? ¿Dirá esto y otras cosas? Los democráticos, que no juzgan el mundo un destierro y quieren ser felices, no se resignan con la predicacion del sacerdote: haciendo rechinar sus dientes de indignacion ó con una risotada cubren aquella voz que para ellos huele á sacristía. ¿Os parecen vocablos democráticos Verbo de Dios, cruz, infierno y paraíso? ¿Dónde os hallais, hermanos? ¡Eh! Bajad ya de las nubes, viniendo á oír y á ver.

Hubo un tiempo en que contempló la tierra una democracia cristiana y bendecida por el cielo. Eran siglos fieros en que se venía fácilmente á las manos: sin embargo, á las muchas maldades se oponian bellezas celestiales. Hablo de los siglos de la Edad Media. Entonces los del pueblo, en Italia especialmente, se unían y obraban juntos con los vínculos de la religion: tenian sus cofradías, cada una de las que iba bajo los auspicios de un patrono inmortal ó de un santo: las unas se llamaban de San Juan Bautista, las otras de San Jerónimo, y las otras de San Benito. Los individuos de aquellas asociaciones al mismo tiempo que perfectamente se ocupaban en las artes y en los oficios, frecuentaban

(1) San Mateo, cap. X, v. 7.

(2) San Pablo 1.ª á Timoteo, cap. VI, v. 20.

los sacramentos, pedían á Dios en comun, y contaban con escuelas ó enseñanzas de católicos. Es bello á tal propósito leer á Federico Hurter, que pintó el cuadro como erudito sumo (1). El sacerdote sin duda en aquellos tiempos y entre aquellas familias de obreros, sin jactarse de ser democrático, lo era. Mas aquellos tiempos, señores, y aquellas familias creyentes pasaron.

¿Qué debe por el contrario hallar el sacerdote hoy en las reuniones y en las escuelas democráticas? Ya no mira elevado en el muro el emblema del Santo: lee por el contrario esculpidos en las paredes los nombres de sus protectores nuevos: lee Fourier, Cabet, Ledru Rollin, Luis Blanc, Kossut, Garibaldi, Mazzini. ¿Y en cuanto á las plegarias y á los ritos religiosos? ¡Ah! Basta: el reverso vemos de la medalla. La escuela de la presente democracia es la apoteosis de la tierra y el olvido del cielo. ¿Y hombres de bien quieren mandar á tal escuela al sacerdote católico? ¿Lo trasforman en predicador de la democracia? ¿Quieren que enseñe allí el catecismo de la Iglesia faltando poco para que dé á sus hermanos de tan buena pasta *Ejercicios Espirituales*?

Los propios gobiernos, apremiados por los democráticos, echan la teología de las universidades del Estado: los ejemplos son recientes: ¿descenderá el sacerdote ahora entre los democráticos para volver á explicar allí la teología, y aun para conferir allá de nuevo el grado de doctor? ¿Conseguirá reverencia entretanto al predicar y al amaestrar del modo éste? Si se transforma en democrático con los democráticos pierde la cabeza, deja de ser lo que es, no continúa siendo un preceptor católico; á una con el propio cerebro pierde á su propia madre la Iglesia: ¿cómo abandonándola puede honrar á la Iglesia?

He descubierto sólo un lado del sacerdote docente, que intenta volverse loco en la escuela de la democracia: preciso es, señores, ver el otro lado. Si está constreñido á tragarse, por decirlo así, las supremas verdades del cristianismo, ¿en qué otra doctrina y en qué otra instrucción será llamado á ejercitarse? Es bueno que se sepa y os lo diré.

Cuando la democracia pide con voz fogosa que salga el sacerdote de sus antiguas escuelas se propone pedir á la enseñanza sacerdotal gravísimas cosas. Para ella su enseñanza es demasiado sutil, demasiado recóndita y demasiado enjuta; se mantiene demasiado alta y además habla en latin, que no comprenden los pobres hijos del mundo. Se necesita una enseñanza más suave y más sencilla; más útil á todos y que pueda más fácilmente apreciarse. Preciso es que sea popular el cristianismo así en sus dogmas como en su lenguaje.

(1) Federico Hurter: *Tableau des institutions du Moyen Age.*

Discurrían de tal modo en el siglo pasado los democráticos de la Francia. D'Alembert en la instrucción dada por el clero á la juventud veía un exceso de clásicos estudios gritando: «Ménos latin en los colegios y más geometría (1).» Unos treinta años despues en «Informe ó proyecto de decreto referente á la reorganizacion de la educacion nacional.» un Enrique Bancal llevaba la cosa más adelante: no tolerando más estudios de latin, ni de griego, los convertía en estudios matemáticos é industriales (2). Poco despues vino Talleyrand, que arrojado quería el latin áun de los Seminarios y de los estudios teológicos, añadiendo: «Los alumnos del sacerdocio estudiarán agrimensura, botánica, y algun principio de higiene para el bienestar de sus futuros parroquianos (3).» Esto era finalmente hablar claro, allí donde la reforma de los estudios se refería directamente al clero, debiendo entender los democráticos actuales y los futuros. Entendía tal lenguaje Miguel Lepelletier, haciendo que decretase la Convencion nacional: «Todos deben darse á las artes mecánicas y á la industria,» de manera que no existan más escuelas que las oficinas y las casas de manufacturas (4). Entendía tal lenguaje Robespierre, que ponía en práctica el imperioso programa, diciendo: «Todo el que ha visitado los lugares donde la industria florece, ha de saber que allí se conoce el arte de emplear al hombre, y áun á los niños muy útilmente. Todo está en establecer un órden previsto y montar bien la máquina (5).» La máquina fué bien montada y puesta en ejercicio: los estudios sagrados y los religiosos desaparecieron de la Francia: el clero á una con los seglares fué confinado á las ciencias positivas y á los estudios industriales.

Hé aquí las ciencias suaves y más sencillas; hé aquí los estudios amados y útiles á todos; aquí la pasión y el genio benéfico de la democracia. Ahora bien; el sacerdote, arrastrado á la democracia, debe amar este genio y sentir esta pasión: salir debe de su vieja escuela para entrar en la nueva. Gira en torno su faz, huele y aspira las auras de la enseñanza democrática; percibe un olor á cosas mecánicas verdaderamente maravilloso; comprende que si habla de Dios, de Evangelio y

(1) D'Alembert. *Destruction des Jésuites en France.*

(2) *Rapport et projet de décret sur l'éducation nationale*, París, 1792.

(3) *Rapport sur l'instruction publique*, págs. 38 y 40. *Projet de décret, école de district.* Art. 8, *école de département*, art. 2.

(4) *Plan d'éducation nationale* de Michel Lepelletier, *présenté á la Convention au nom de la Commission d'instruction publique, imprimé par ordre de la Convention nationale*; artículo 10, II.

(5) Véase Arsène Cahour. *Des Études Classiques et des Études Professionnelles.* París, 1852, *prem. part.*

de religion dentro de la escuela cambiada, lo hará sólo en cuanto se lo permitan las ciencias positivas y empíricas ó de otra manera industriosas: comprende que dejando aparte sus tratados de *Creacion*, de *Trinidad*, de *Encarnacion*, de *Gracia*, del *Sumo Pontífice* y otros semejantes, dejando estar igualmente sus muchos *casos de conciencia*, deberá mejor cultivar los estudios caros y útiles á todos, cultivando, por ejemplo, la botánica, la agrimensura, la geología, la agricultura, la estética, la terapéutica, las matemáticas, la astronomía... ¿No dije ya que, al hacerse democráticos, pierden la cabeza los sacerdotes? ¿Qué pensaríais de un juriconsulto, el cual, enviado á tratar la ciencia del foro, se ocupara sólo en la náutica, ó en la física, ó en la medicina, ó en la estética, ó en la geometría, ó en cualquiera otra materia en suma distinta de la que le pertenece? ¿Qué pensaríais de un soldado, el cual, lejos de instruirse mucho en su profesion magnánima, jugase por decirlo así, con versos y poesías entre retóricos, ó bosquejara imágenes con pintores, ó se pusiese á danzar con bailarines? Así gritaríais al juriconsulto: ¿Tratas del modo éste la causa de la justicia en el tribunal? Así gritaríais al soldado. ¿Te dispones del modo éste á las pruebas del campo? ¿Quieres vencer con los ritmos, con los pinceles y con los bailes?

¡Extraviado! dice Dios al sacerdote democrático: Te ungué los lábios, á fin de que custodiaras el depósito de mi doctrina; te mandé yo entre los hombres para que predicaras mi reino, difundieras la luz de la gracia, y estirparas de los corazones la iniquidad. ¿En qué te ocupas tú? ¿Cómo te presentas delante de mí? Te veo agrimensurador, botánico, geómetra, traficante de ciencia é industrioso. ¿Eres acaso de los míos?

Esto exclama Dios en la conciencia del sacerdote, que, desde la escuela de la Iglesia, váse á la de la democracia: fuera de Él, en torno del mundo ancho, ¿qué dicen de tal sacerdote los hombres de ciencia y los literatos? Os remitísteis á los doctos; afirmásteis que, al contemplar el sacerdote democrático con sus estudios floridos y saturados, por decirlo así, de democracia, levantaríanse á obsequiar la ciencia de la Iglesia católica. Ahora bien; ¿qué dicen los tales?

Los doctos rien.

Una vez colocados los piés en falso, es imposible marcar un confin al número y á la gravedad de los errores. Os demuestro que si el sacerdote se dejase alistar entre los democráticos perdería el cerebro: seguramente no hay buen juicio en él ni *sindéresis* olvidando la ciencia divina que debe predicar, cambiándola con la terrena y profana. De ahí se sigue la risa de los inteligentes y el desprecio. Mas esto es

poco, señores: ¡no se trata solamente de un simple cambio de ciencia! El sacerdote democrático tan adelante va que hace pedazos su propio cerebro. Veamos.

La enseñanza que se da en la escuela del sacerdote, donde maestra soberana es la Iglesia, tiene un método suyo particular: es una enseñanza que procede por autoridad: *esto dijo Dios; es un dogma este de Cristo; así lo enseña la revelación divina*; hé aquí el método á que se uniforma la enseñanza del sacerdote católico. Sobre todo está la fé; mas esta fé misma, señores, que no suprime nunca el humano raciocinio, dando más bien lugar magníficamente al discurso intelectual é histórico, produce otro bien inmenso en abundancia: preserva del error á los hombres. En su virtud, la autoridad divina en la enseñanza de la Iglesia es garantida por la verdad.

Camina con opuesto método la escuela democrática: repele la autoridad, sea la que sea, y abandónase á la libertad. Exaltad cuanto queráis el método docente de la libertad democrática; nunca podreis negarme que, no bien se otorga libertad á los maestros, se introducen los más grandes y perniciosos errores, conservando en ellos frecuentemente predominio durante mucho tiempo. Es verdad que bajo tal método no se prohíbe combatir el error donde aparezca; mas no ménos exactísimo es, que los errores, si bien combatidos por unos, tienen derecho á comparecer sostenidos por otros, debiendo siempre seguir armados y litigantes en presencia de la verdad. El hecho es que la escuela democrática resulta una mezcla de tinieblas y esplendores que disputan por decirlo así perpétuamente: ¡feliz la luz cuando aquí no queda eclipsada enteramente por las tinieblas! De veras muere cuando, corrupto el corazón, surgen de lo íntimo del hombre nubes y soplos tan turbios y negros que conducen á merced de sí propia la inteligencia: el horizonte democrático se oscurece así como si fuera de noche, y no se ve alba de renacimiento alguno.

Si miramos las escuelas democráticas de nuestro siglo, tristes cosas nos revelan, y decimos: Considerada como institución, ¿puede alegrarse la democracia de su método de libertad? ¿Puede hacer subir el himno á las estrellas, por la derrota que presume haber dado al método de la religiosa autoridad? Entre las doctrinas que prevalecen en los nuevos democráticos, existen, señores, las siguientes: Dios es una hipótesis, ó peor una fábula; la creación es obra de la naturaleza; la eternidad de la materia es un principio absoluto; el hombre nace del molusco, como este producto es del mineral; el cráneo produce el pensamiento... Cortemos la lista.

A fuerza de promesas, halagos y lisonjas, conseguimos atraer algun

sacerdote á la democracia; decidme: ¿Qué haceis vosotros, infelices, del hermano mio éste? Lo colocais sobre los bancos de vuestra escuela y lo inscribís entre los doctores: ¿qué cosa enseña? ¡Lo veo y lo siento! ¡Paciencia si viera en él al agrimensor, al botánico, al físico, al geómetra y al maestro industrioso! Enseña con las frases democráticas de más artificio. Hablar oigo de Cristo, *una fábula divina*; de la Biblia, *una novela sagrada*; del Papa, *un vampiro*; del hombre, *una locomotora que piensa...* ¡Ay sacerdote! Además, como en el método de la libertad democrática existe una movilidad prepotente y continua, lo siento ir de un sistema á otro, y renegar de una doctrina para tomar otra. ¡Ved, empero, qué desgracia! El nuevo aceptado sistema no es mejor, y la doctrina reciente á la primera sustituida, no es más sóbria, ni más juiciosa que la precedente. A la hora esta dice: *Cristo es un engañador; la Biblia un anacronismo; no existe Dios; dios es el hombre y es la humanidad.* ¡Tal es la jerga novísima de la democracia en Europa. ¡Ay sacerdote!

¿Qué hacen los doctos? Los doctos rien más sabrosamente.

Ausonio Franchi, experto en la presente materia, si muestra un implacable desprecio cuando escribe (y ciertamente desprecia él á cada paso), es para los que siendo sacerdotes, las quieren echar de democráticos, entretanto jactándose de ser sacerdote y clérigo, como si tal cosa. ¡Y qué reunion de gente! En su virtud, Ausonio así grita irritado: «Un sacerdote no puede ser liberal, sino á condicion de ser un mal sacerdote... Un extraño abuso de palabras cometen los patriotas, llamando sacerdotes buenos á los rebeldes á la Iglesia, y sacerdotes malos á los fieles á su profesion. El lenguaje de casi toda la prensa adolece de semejante inmoralidad (1).»

En tal reproche hállase la risa sardónica y el desprecio.

En Francia, donde la democracia se desenvolvió algun tiempo, haciendo adquisiciones de sacerdotes, hay testimonios ilustres de cuanto yo digo.

Felicitas de La Mennais, no bien hubo salido precisamente de la escuela antigua teológica, entró en la democrática en derechura. ¿Qué juicio formaron de su acto los filósofos y los sabios? Entre otros, Victor Considerant así censuró al apóstata: «Sacerdote, que hablais tan alto de vuestro amor á las naciones; que pretendéis venir con una mision de fraternidad, para entré los hombres restablecer el pacto social que les habia dado Dios en el origen de los tiempos: ¿con qué dedo os marcó la frente con la señal de los profetas? ¿Quién sois? Os hemos visto sucesi-

(1) Ausonio Franchi. La religion del siglo XIX.

vamente defensor de la Iglesia romana, y audaz redactor de un periódico censurado por Roma; sacerdote reprochado, pero aún sometido á la autoridad pontificia. Despues habeis echado á la faz del Papa y del Universo católico vuestra soberbia rebeldía, con un libro que agitó á la Europa. Despues, violento revolucionario y atrevido tribuno, hubiérase dicho que á punto estábais de renovar la faz de la tierra. Despues, cuando, tras dias de calma y de silencio, compareis- teis de nuevo en escena con el manifiesto de un periódico que acaso debía cerrar el círculo de vuestras variaciones, y descubrir por fin el enigma de vuestro pensamiento, hemos hallado este pensamiento vágo é incierto, irresoluto y sin direccion; vemos al hombre muy embarazado por sus diversos caracteres de sacerdote, de filósofo, de cristiano, de profeta, de tribuno, de racionalista, de político, de socialista; el hombre sin doctrinas reales, sin convicciones fundamentales, ha caido de grado en grado desde la elevada inteligencia hasta el escollo de las divagaciones republicanas.»

¡Oís, señores, cómo hablan del sacerdote democrático los doctos y los escritores? Rien.

Ateneos aquí á otro sábio, y á otros sacerdotes democráticos, sin excluir á La Mennais.

El sábio es Proudhon, y escribe así con pluma indignada:

«Hé aquí lo que dice el Espíritu de orden, el Génio de alas de fuego, que vela por los destinos de la Francia:

»¡Hijo del hombre!»

Escribe al abate de La Mennais, democrático:

«Conozco tus obras, ángel de contradiccion; leo yo todos tus libros. Durante veinte años, defendiste á Cristo y la Iglesia, pero en otros veinte destruirás tu obra...»

Escribe al abate Constant, comunista:

«¿Quién te ha dado mision para decir mis justicias, así como para profetizar en mi nombre las matanzas y el incendio? ¡Desventurado! Prefieres revelaciones, por no poder sufrir la pena que dá la inteligencia; invocas el martirio, y otro mártir no existe que la paciencia; invocas la paz, la fraternidad, el amor, y tu corazon está lleno de hiel, tus labios de espuma, y de tus manos fluye la sangre; tus cantos de amor son cantos de libertinaje...»

Escribe así al abate Pillot, ateo:

«Soy el príncipe de los génios, que delante se hallan del trono de Dios. Mas tú dices: La idea de Dios produjo la esclavitud; la libertad no conoce al Sér supremo. La vida y la muerte del hombre son como la vida y la muerte del bruto. Yo, yo soy el espíritu de orden y de liber-

dad: te desmiento. A destruir aspiras la religion, y elevaré á mi Dios otros templos: blasfemas, y te respondo que necio eres.»

Escribe al abate Chatel, antipapa:

«Hecho yo héte sacerdote de la canalla, á fin de que sirvas de ejemplo á los ambiciosos y á los charlatanes. Tú has sido el primer burlado, la víctima de tu ignorancia y de tu orgullo. Creías que, en nombre de la libertad, el mundo correría en tropel á tu altar, siendo tú el pontífice de la Francia razonadora. ¡Temerario! Te has engañado: tus mascaradas dan compasion, y tus escándalos excitan el fastidio. Lo sabes, y sin embargo te obstinas; cuanto mayor es la imprudencia tuya, tanto más tu nombre aparece descendido, sintiendo yo más redoblado mi gozo (1).»

¿No escuchais, señores, lo que piensan relativamente al sacerdote democrático, y lo que dicen los sabios? Rien y sueltan la carecajada.

¡Oh! no recurráis á los cebos ni á las invitaciones: dejadnos, amigos gratiosos, ¡dejadnos seguir en paz en nuestros escolásticos cancelles! No lograremos los aplausos de la democracia lenguaraz y loca; no seremos de los vuestros, en los cuales decís anidado el elemento jónen ó niño de la sociedad; mas á lo ménos nos levantaremos respetables en presencia del mundo antiguo. Nuestra ciencia, la teología, es vaporosa y sutil; nos repetís en coro que se instala en altura grande. Sí, es sutil por mirar las ideas del hombre y no la materia; se instala en altura grande y de lo alto procede, porque quiere descender mucho, desde Dios hasta la última profundidad de la humana naturaleza. Dejadnos seguir en nuestros escolásticos cancelles. En ellos, tratando de las doctrinas sagradas, volvemos los ojos al incremento de las profanas: al hablar de Dios, del alma, de la eternidad, nos acordamos de las cosas del tiempo: de vez en cuando en el sacerdote os damos algun portento del docto. Os damos al diácono Flavio Gioia, que halla la brújula para los navegantes; os damos al «archidiácono» Gerberto, que inventa el reloj; os damos al canónigo Copérnico, que para en los cielos el antiguo movimiento del sol; os damos al fraile Bacon, que predice y bosqueja los fenómenos del vapor; os damos al Arzobispo Antimo, que inventa la enseñanza mútua; os damos al abate de L'Epée, que funda la instruccion para los sordomudos; áun hoy, entre muchos otros de forma varia, os damos al Cardenal Mezzofanti, único en la lingüística.

Termine, señores, la presente disputa. Examinado hemos la propuesta, ó más bien ventilado el problema de si para elevar á la Iglesia en la plena veneracion del siglo presente, deba ó no el clero, en cuanto

(1) Prondhon. *De la creation de l'ordre dans l'humanité*; cap. I, *La Religion*.



es cuerpo docente, vestirse y modelarse según la moda democrática; ha venido la conclusión opuesta. El sacerdote, que se aleja de sus institutos escolásticos, entrando en la democracia moderna como alumno ó profesor, pierde la cabeza: no es predicador de doctrina respetado por los doctos, sino escarnecido.

Gozosa y grave, de sonido muy ejemplar, es la palabra de la segunda invitación que se dirige al sacerdocio de la Iglesia. Dicen: Es preciso quitar el intervalo ó el vacío que hay hoy entre los sacerdotes y el pueblo: el pueblo, cuando se habla de los verdaderos ministros de Dios, inútilmente los desea: busca y no halla: están léjos aún. ¡Oh! Abran sus cancelas morales y místicos, á fin de salir; obren la virtud democráticamente; adquirirá la Iglesia lo que le falta en los tiempos presentes, á saber, la benevolencia de las civiles muchedumbres.

Antes, señores, de que salga el sacerdote de sus sitios recónditos morales y místicos para darse á la democracia, notemos qué hace y cómo procede allí dentro.

En los libros santos se manda lo que de modo especial se refiere á los sacerdotes católicos: *Die ac nocte in tabernaculo manebitis observantes custodias Domini*: permaneceréis en el tabernáculo día y noche haciendo la guardia en el servicio del Señor (1). A este precepto corresponden las otras sublimes amonestaciones puestas en boca de los sacerdotes: el Señor es nuestra herencia; somos la sal de la tierra y pescadores de hombres; ejercer nos toca el mandato de Cristo, regenerando el mundo: *Pro Christo legatione fungimur* (2).

Inferid de aquí lo que hacen los verdaderos é inmaculados sacerdotes en sus cancelas morales y místicos, dentro del tabernáculo del Señor: procuran santificarse á sí propios para despues santificar la tierra. Oran, y tienen meditaciones matutinas: van al altar y celebran el sacrificio del Cordero inmaculado: suben al púlpito, anunciando en él las misericordias y las justicias del Eterno: se sientan en el tribunal de la penitencia, recogiendo los frutos que sembraron en el altar y en el púlpito; dejan libres las conciencias encadenadas por los vicios. Tales son sus pruebas y sus fatigas en el tabernáculo de Jesucristo. Si de aquí se alejan un poco, no es para dedicarse á los cuidados del siglo, por estarles prohibido de un modo severo: «Ninguno alistado en la milicia de Dios embarazarse debe con negocios del siglo» (3): se alejan un poco para ir á la cabecera del pobre y cuidar de su alma: se alejan para di-

(1) Levítico, cap. VII, v. 35.

(2) San Pablo, 2.^a á los Corintios, cap. V, v. 20.

(3) San Pablo, 2.^a á Timoteo, cap. II, v. 4.

dirigirse á las cárceles y á los presidios, á fin de calmar el espíritu de los detenidos: se alejan para ir al seno de las familias y hacer que renazca en ellas la concordia; se alejan para dar vueltas por las vías del siglo y socorrer á los errantes, asomarse á los umbrales de la abominación y decir al hermano postrado: «Levántate del delito y ven.» Después de obrar así en nombre de Dios y con la inmensa caridad de la Iglesia, vuelven al tabernáculo: cuando tienen las manos llenas de grano recogido con sudores, las deponen á los piés de la cruz y alaban al cielo; si, por el contrario, no recogen miés alguna; si continúa el pecador obstinado por sus caminos, y el mundo brama por la malicia creciente y por su maldad, los sacerdotes dolidos, compartiendo sus miradas entre los buenos y los malos, entre la Iglesia y el siglo, caen con la boca en el suelo entre el vestíbulo y el altar, lloran y dicen: Perdona, perdona, Señor, á tu pueblo. *Inter vestibulum et altare plorabunt sacerdotes ministri Domini et dicent: Parce, Domini, populo tuo* (1).

Os bosquejé así el retrato del sacerdote que habita en su moral y mística mansión. Ahora, oída vuestra invitación, hagamos que resueltamente se aleje, entregándose á la virtud democrática. ¿Lograría bella ganancia este sacerdote? ¿Le circunda pronto el afecto del pueblo? ¿Consigue ventajas al propio tiempo la Iglesia? Venimos al otro lado del problema, al que respondí negativamente ya: el sacerdote que se trasformó en operario de virtud democrática, mancha su corazón: el pueblo no sigue sus huellas formando una muche lumbre, sino que tuerce, retrocede y huye disgustadísimo.

Miro al sacerdote que sale apresuradamente y cual á hurtadillas de sus cancelos morales. Ha sentido atronadas sus orejas con la inmensa ventaja que obtendrán tanto él como la religion dándose á la democracia, y casi recibe un perfume de democracia de la sociedad presente: su corazón quedó, por decirlo así, embriagado, y dijo: *Seré democrático*. Lo dijo y partió.

Si existe paralelo que se uniforme ménos en el hábito exterior y en la corteza, pero que más se asemeje por lo que hace á los efectos, es el que advertí entre el Satanás del épico inglés y el nuevo sacerdote democrático. Si fuese yo pintor filósofo intentaría un esbozo para el premio de la Academia de Bellas Artes.

El Satanás de Milton, salido de sus mansiones íntimas del abismo, al llegar ante el mundo creado recientemente y virgen, contempla la maravilla de Dios: contempla el sol y las estrellas, como también nuestro suelo, donde ha descendido: ve las regiones orientales fulgentes por sus

(1) Joel, cap. II, v. 17.

zafros; mira el jardín del Eden con sus plantas floridas, con sus aguas cristalinas y con sus pájaros cantores: mira el hombre y la mujer, sobre cuya frente hay un resplandor de luz que parece salida del rayo que le arrojó del cielo: ve, medita, pondera mucho atónito; léjos de gozar y de alegrarse, se oscurecen sus pupilas, frunce su ceño y hace infamia entre la envidia y la desesperacion. Compelido por tal desesperacion y envidia, se pone pronto en acecho contra el hombre y le mata.

El sacerdote que ha dicho: *Seré democrático*, alejándose del altar y del vestíbulo, contempla igualmente una creacion nueva y un mundo joven: contempla el sol y las estrellas en los fervientes géneos de la democracia; ve asimismo el jardín del Eden en las promesas de la república democrática; contempla el árbol de la ciencia y del bien á que podrá el hombre aproximarse; léjos de prohibírselo piensa que, comiendo de aquel fruto, serán felices todos los vivientes; ve, contempla y medita; no se oscurecen sus ojos, ni se arruga su frente, sino que aparece tersa, abre sus labios para la sonrisa, goza y bendice. ¡Cómo al descender á las orillas de su nuevo mundo el sacerdote democrático se serena! Desaparece de su cabeza la corona, como tambien el vestido talar y negro; sus pantalones se alargan; no tiene ya la boca, por decirlo así, ajustada á los salmos de la Iglesia, que ceden su lugar á los himnos fervorosos del siglo; no tiene tampoco el dedo descuidado entre las páginas del breviario, como Manzoni los hacia tener al párroco de Lecco; sus manos se llenan de periódicos y de gacetas; buscaríais en vano su proverbial sombrero de tres puntas y redondo: tiene sobre la cabeza otro de copa que oprime cabellos-rizados y lucientes. Viene á ser muy brillante, listo y ameno el sacerdote de que hablamos. ¿Dónde se halla el sacrificio de la Misa y el confesonario? ¿A qué se reducen sus fatigas del pálpito? Mejor es que al altar no suba; no sube á él, de seguro, sino para darse importancia: por lo que hace al confesonario y al púlpito, ha cambiado de penitentes y de auditorio. Suele tener compañía muy diversa: está en las reuniones de los liberales más ardientes: está donde aduce sus razones en congresos que le placen: está en el paseo público al lado de alguna señora gentil, y en los teatros por la noche; vestido de paisano, por supuesto, toda vez que se trata de un presbítero burgués y de un sacerdote democrático. ¡Qué cúmulo de delicias! ¡Cuáles y cuántas hermosuras en su semblante! Empero ¿qué le ocurre á su alma entretanto y á su corazón? Le pusieron un lazo, y la democracia traidora, dando muerte al alma del sacerdote, asesina la de la humanidad.

¿No es así manifiesto? La tentacion y la victoria de Satanás, ¿no se repiten acaso en el mundo, y no aumentan sus estragos mediante la perversion del sacerdote? Se nos dijo que los sacerdotes, poniendo en prác-

tica democráticamente la virtud, conquistan el pueblo para Jesucristo y la Iglesia. Empero en el sacerdote que os he descrito, ¿dónde hallais la prueba de la virtud? ¿Dónde hallais al pueblo? Este sacerdote se adorna; se hace refulgente; charla; va de círculo en círculo; acostumbra á las representaciones mimicas; es pródigo en inclinaciones de cabeza, ¡y quiera Dios que no sea en besamanos asimismo! gasta el tiempo; disipa el honor y la dignidad personal: ¿es virtud esto, señores míos? A tal presbítero á quien faltan pecadores que convertir, justos que confortar, acércanse los periodistas, los tribunales, locos, de la plebe, los compañeros del juego y de la diversion, no ménos que los discolos de la ciudad: ¿forman estos el pueblo? El pueblo que cree, ama y espera cristianamente, lo señala con el dedo, y forma un amplio desierto sobre sus pasos: ¿dónde por consecuencia, están para el sacerdote democrático las palmas espirituales arrancadas de la mano de la muchedumbre civil? Ha perdido el tabernáculo y ha perdido el pueblo.

Hay una cosa peor que recordar. La democracia que tanto menciona las virtudes sociales, benéficas, y como dice, *humanitarias*, no bien ha solido coger algun sacerdote católico, no le ha dejado preocuparse del celibato.

¡El celibato! ¡Qué palabra he proferido! Mis gozosos amigos, que al sacerdote piensan guiar con honra por la pendiente democrática, me gritan: ¿No es precisamente la ley del celibato eclesiástico la que dentro de los tiempos humanísimos opone al clero una férrea dificultad para que pueda ejercer las virtudes urbanas y sociales? El individuo, la familia y con ellos el pueblo quedan así apartados de los brazos del sacerdocio.

Una de las creaciones más extraordinarias salidas del cerebro de Shakespeare es la de Caliban. Es un ente intermedio entre el gnomo y el salvaje; su naturaleza es mitad espíritu y mitad bruto, dejando descubrir en sus actitudes las señales de su origen propio y de la educación que recibió de Próspero. Este hombre solerte no pudo desarrollar su entendimiento sin contraste con su maldad innata. En su virtud, Caliban es una especie de mona gruesa, que posee un poco de raciocinio y el habla humana: es simulador, adula y se rie del mal ajeno; á veces no se asemeja á los malvados de la hez del pueblo. El monstruo es grosero, mas no vulgar: Caliban, por el contrario, se distingue por una trivial familiaridad.

Dadme vénia, halagüeños amigos; hablo y acopio parangones constreñido por vosotros. En el sacerdote católico á quien dais hervores democráticos, y del cual haceis desaparecer el celibato, existe como una reproducción viva del tipo este de Shakespeare. Parece á Caliban el

sacerdote que toma mujer, siendo un ente intermedio entre los presbíteros y los seglares; digo que una mitad es espíritu porque fué consagrado virgen entre los ungidos de Dios, y que otra mitad es bruto porque pasó á las carnales uniones vedadas en él, é indignas de su sagrado carácter. No le junto con los malvados, ni lo pongo con la hez del pueblo. ¿Qué será? Viene á ser una cosa intermedia entre el gnomo y el salvaje: es un mónstruo trivial. Próspero, su maestro, ó la democracia su maestra, no lo ha podido ennoblecer más. Habiendo dejado de ser célibe, ya casado, el sacerdote católico viene á ser un género neutro: no deberá llamarse sacerdote ni seglar; ángel no será ni demonio, siendo una pura vulgaridad.

Ahora bien, señores míos. ¿Quién hace caso de las vulgaridades? Nadie. Los eminentemente malvados llaman á lo ménos la atención pública, mientras los verdaderamente buenos conmueven y salvan: todos huyen de las cosas vulgares. El pueblo huye del sacerdote degenerado, que renegó de la virginidad con el matrimonio: huye, porque tal presbítero es considerado un andrajo inútil en la casa de Dios, no viéndose de qué manera puede servir al pueblo, al individuo humano y á la familia. El propio Calvino célibe antes, que rompió despues la ley del celibato, pudiendo por consiguiente hablar por experiencia del uno y del otro estado, afirmó: «Hallándose dividido el hombre casado entre Dios y la mujer, no puede llamarse todo de Dios (1). «Realmente los protestantes y aún los católicos demostraron que mucho peor que el simple hombre sin duda es el sacerdote casado, dividido entre Dios y la mujer: así como no se puede decir todo de Dios, tampoco puede llamarse todo de la sociedad civil. ¿Qué le confiarían de la conciencia? ¿Quién metería en su corazón sus propios secretos? La doncella, la madre, el comerciante, si tienen llagas que deba curar el sacerdote, buscan una mano no manchada con aquella pez. Entregadle vuestras limosnas, á fin de que al prójimo socorra: ¿no temereis que fácilmente use de vuestra caridad en beneficio propio, teniendo mujer, hijos y necesidades?

No digais que yo, sacerdote católico y romano envilezco sin razón y por mala voluntad al sacerdote democrático. ¿Qué hago? ¿Hallais por ventura en mí al calumniador? ¡Si sólo repito lo que afirmaron los amigos de los sacerdotes democráticos! Oid á estos amigos singulares y á estos razonadores elocuentes: valen un tesoro sus afirmaciones.

Julio Michelet, en un libro impío, tiene las hermosas palabras que siguen:

(1) Esto afirmó comentando el texto de San Pablo en la 1.^a Epístola á los Corintios, cap. VII, 32, 33.

«Ciertamente no seré yo quien grite contra el matrimonio: áun la vida conyugal posee su santidad. ¿No es con todo perturbado por bodas ménos castas el virginal matrimonio del sacerdote y de la Iglesia? ¿Acordarás del pueblo, que adoptó segun su espíritu, el hombre al cual la naturaleza dará hijos segun la carne? ¿Subsistirá la paternidad mística delante de la otra? ¡El sacerdote sabrá despojarse para dar á los pobres; pero no sabrá despojar á sus hijos!

»Aun cuando resistiese y el sacerdote sancionase al padre; áun cuando realizase todas las obras del sacerdocio, temo que no conservaría su espíritu. No; áun en el matrimonio más santo, en la mujer y en la familia existe algo que rompe el hierro y que dobla el acero. El corazon más firme pierde allí parte de su valor. Era el sacerdote más que hombre; casado, es ménos que un hombre.

»Esta poesía de la soledad, este varonil deleite de la abstinencia, esta plenitud de la caridad y de la vida donde abraza el corazon católico el alma y el mundo, ¿pueden subsistir íntegras en el tálamo conyugal? ¿Qué vienen á ser las meditaciones solitarias, donde se retempla el alma delante del Crucifijo, así como los sueños misteriosos y las sublimes tempestades cuando en nosotros combaten Dios y el hombre?...

»En breves palabras: hé aquí la obra maestra del cristianismo: el individuo y las pequeñas afecciones desaparecen delante de las necesidades espirituales y corporales de todos los hombres. Jesucristo, por decirlo así, abandonó á su madre, á fin de abrazar al género humano; muriendo la entregó á Juan, á fin de pensar sólo en la salud del mundo entero; vivió virgen y murió virgen: esto es la mayor consagracion del celibato de los Sacerdotes.»

Con todo, á pesar de la evidencia de las cosas (1) aseguraron y aseguran todavía. La ley del celibato eclesiástico, atendida finalmente la naturaleza de los tiempos humanísimos como los nuestros, promueve una férrea dificultad al clero para el ejercicio de las virtudes urbanas y sociales. Oí añadir: ¡Bien venida la democracia que rompe los sacros vínculos de los célibes! En adelante se hallará el pueblo bien con los sacerdotes.

Abriros quería los anales de la historia cristiana: mostraros pensaba los Ferrer, los Antonio, los Javier, y mil más del apostolado católico que, siguiendo célibes y santamente vírgenes, atraían innumerables gentes del pueblo: mostraros quería el afecto, la veneracion, la suave union entre los hijos de la plebe y los grandes predicadores de la ley de Dios: quería preguntaros: si los Javier, los Antonio, los Ferrer hu-

(1). S. Michellet. *Du pretre, de la femme et de la famille.*

biesen llevado mujer é hijos, ¿hubiera brillado del mismo modo la chispa del fuego de Dios que ardía en ellos? ¿Hubiera producido iguales portentosas conversiones aquella palabra potente donde hallábase la eternidad y el alma?

Empero yo, amigos, callo; callo, porque hablaría de las edades pasadas, y vosotros apelásteis á los tiempos humanísimos. Pues bien: aún en nuestros días, en este civilizadísimo siglo XIX, la ley del celibato eclesiástico, la instrucción y la educación eclesiástica ¿constituyen un obstáculo al sacerdote para que á sí atraiga las muchedumbres? No siendo democrático, ni queriéndolo ser, ¿gana en asunto de correspondencias, visitas y obsequio popular? ¿Es dejado en el desierto si continúa célibe y virgen?

A mí precisamente, señores, se me presenta una especie de desierto ó de bosque. Es el país poco importante de Ars en Francia. Habiendo formado anteriormente parte del antiguo principado de Donibes, y sentada hoy allí como una pequeña hermana del arrabal de Trevoux, á la vista nada tiene de bella: están sus casuchas diseminadas aquí y allá entre densos árboles frutales, un poco más agrupados en torno de la sombra del campanario, sin elegancia ni simetría: los poyos sobre que descansan, bajitos, melancólicos, gracias al valle llenos de musgo, regados por pobres torrentes que llevan su tributo al Saona, con calles malas, árboles pequeños: el aire húmedo, por cuanto en el centro de la aldea corre el Fonteblin, cuya agua no limpia y casi dormida va muy despacio, como linfa de sangre corrupta en el cuerpo humano, entre dos hileras de alisos recovos y entrelazados sobre su lecho. Aquí sin embargo está el cuadro mejor de aquel país, donde un arroyo con sus orillas separa de la aldea el gótico castillo, el cual aparece allí en medio detrás de una cortina de álamos. No nos desalentemos: En la mísera y no adornada tierra donde habemos entrado, se levanta, según oíste, un campanario, que indica la iglesia de la parroquia, y en tal iglesia está un sacerdote.

¿Nunca oísteis hablar del abate Vianney, el célebre cura de Ars? El, señores, no es un sacerdote democrático, sino eminentemente católico, muy observador del celibato: en él florecen las nativas virtudes de la más alta perfección de Jesucristo. Por él, en el mismo lugar de su morada, está construido el santo tabernáculo de que hablé más arriba: ¡y cómo procura cumplir la ley de Dios en su recinto! Casi no descansa durante la noche; deja muy temprano su incómodo lecho; ora y medita en las horas que preceden al día, llenas para él de pensamientos eternos y de celeste amor; ofrece luego el santo sacrificio; pronuncia el sermón; ocupa el tribunal de la penitencia; lleva todo el día la sobre-

pelliz, porque todo el día está dedicado á religiosos ministerios; recomienda á sus penitentes la frecuente comunión; establece la *Adoración perpétua* y la oración pública de la tarde; funda congregaciones; suprime los bailes campestres y los juegos públicos en los días de fiesta; erige capillas en varios lugares de la parroquia, como mansiones benditas donde se recoge el alma y se vigoriza para su viaje del paraíso.

Cosas asperísimas é ingratas decimos á los hombres que ansían se consagre á la democracia el clero. Hemos llegado á un país no elegante, oscuro y húmedo; hallamos funciones de iglesia y muchas prácticas ascéticas: ¿quién puede continuar en pié? Preciso es retroceder.

¿Se marchan los demócratas? Empero que se fijen al marcharse y miren aún el pequeño país de Ars. Ellos se van, señores, y arriba el pueblo. Nada más solemne hay en la moderna historia religiosa de Francia, que las visitas de los devotos y de los admiradores al abate Vianney; es una peregrinación que dura treinta años, y que reúne una multitud de pueblos cada día mayor. A él acuden innumerables peregrinos de países cercanos ó remotos: acuden de toda su nación; acuden de Bélgica; acuden de Suiza; acuden de la España, y acuden de Inglaterra. Los coches de Ars, de Trevoux y de Lion resultan insuficientes; se toman donde quiera y acuden caravanas enteras, por lo cual escribióse con piadosa hipérbole que, á partir del pesebre de Belen, nunca se vió un milagro parecido.

El nuevo salvador del Belen francés saludado por los magos y por los pastores es el Cura de Ars.

Llega un viejo, se postra en su presencia y dice: «Pronto moriré; muchos pecados he cometido; ayúdame.» Llega una mujer, le presenta su hijo y dice llorando: «¿No vé cómo se muere mi niño? Sálvelo.» Llega una esposa llena de terror y desgredada, exclamando: «Mi esposo me ha despedido: ruegue á fin de que me reciba de nuevo.» Llega un hombre cojo, que adelante va con sus muletas, y dice: «Hace dos años que soy paralítico: ruegue á fin de que mis plantas recobren su vigor. Debo trabajar: soy pobre.» Llega un jóven y dice llorando: «He perdido á mi madre: ore usted por su alma carísima.» Llega otro lleno de ardor, desdeñado y dolido á un tiempo, que dice: «Debo partir para ser soldado: ¿qué será de mi pobre familia?» Además de todos estos, que corresponden á la plebe, manifestándose dolidos y miserables, llegan otros enaltecidos por su claro nombre. Vienen artistas y poetas. Tras los pastores, los magos. El poeta Jasmin, despues de conversar un rato con nuestro Cura, exclama: «Nunca contemplé á Dios tan de cerca.» Vienen ilustres predicadores é ilustres Obispos. Monseñor Dupanloup acude á pedir consejo para el régimen de su diócesis; el

abate Lacordaire á sacar luz para restablecer en Francia los Padres Predicadores.

Es una ola de pueblo que oprime: no puede más el Cura de Ars, y exclama en su interior: «Es preciso que me aleje.»

«¿A qué fin alejarte, oh santo sacerdote? ¿A qué fin huir?»

«Siempre caigo en la multitud y he deseado siempre la soledad. Esto me recuerda que cuando era niño, pobre y pastor de profesion, en mi oscuro y pacífico valle de Chante Merle, conducía mi rebaño á pacer. ¡Cuán feliz era entonces yo que me sentaba sobre la márgen del arroyuelo, alzando los ojos á las alturas y orando á mi Dios con toda comodidad! Nunca oré tan bien: allí saltaba el agua que con su murmullo acompañaba mis notas; allí estaba la tranquila luz del firmamento que á sí las arrebatava; ningun vano rumor del siglo servíame de obstáculo. ¡Oh años de la infancia mia! ¡Años llenos de Dios! Quiero volver á mi Tebaida: quiero tornar á la Trapa.»

El abate Vianney huye y huye ocultamente, protegido por las sombras de la noche. ¡Pero qué? Habiendo llegado á Dardilly, notable comarca de Lion, apenas tienen noticia de su persona, y hallan su nueva morada, la multitud del pueblo, dejando el camino de Ars, se derrama por Dardilly. Un día, dos, tres: las casas y los albergues de Dardilly no bastan á recibir á cuantos acuden. ¿Qué hacer? La Trapa es imposible, y es imposible la Tebaida cuando sigue el mundo al desierto. El abate Vianney vuelve á su curato de Ars, y sus huellas hacen que allí vuelvan los peregrinos.

Hé aquí el verdadero sacerdote católico, el educado en el tabernáculo, el célibe, y el virgen de Jesucristo: ¿el pueblo es por ventura extraño á él? ¿Se alza entre su persona y el pueblo acaso la barrera de la separacion? Es casto de corazón como el Niño de Belen, y á la puerta de su Belen acude la humanidad. ¡Mirad! ¡Oid! Los sacerdotes católicos han evangelizado y santificado el mundo, porque por el mundo fueron escuchados y seguidos.

Si esto es seguro, la razon de los contrapuestos os ilumina en el problema que dilucidamos: os explica el sacerdote católico el sacerdote democrático: el esplendor del sol os hace inferir la densidad de las tinieblas. Vosotros, agradables y gozosos amigos, que meter quereis al sacerdocio en la democracia con el fin de que la Iglesia logre afecto y benevolencia, sólo llegais á un resultado enteramente opuesto á vuestras promesas: os lo declaro en alta voz. Dejándose conducir el sacerdote á la democracia moderna no realza el catolicismo civilmente, sino que lo mancha y aterra. Sale con una mancha en el corazón y los contaminados no restauran verdaderamente nada: ni la Iglesia, ni la hu-

mana sociedad. Es un operador de virtud, no amado por el pueblo, que huye de él por el contrario.

Una tercera invitación, ó mejor otro acento de la invitación misma que oído hemos y enviado á las orejas de los sacerdotes. Los transformadores democráticos del sacerdocio se despepitan verdaderamente para que la Iglesia sea feliz por todos lados y por todos conceptos: quieren que no reste partícula de ella, en discordia con nuestro siglo. Tras habernos dicho que el sacerdote vistiendo de un modo democrático su propia doctrina, será respetado por los doctos; tras habernos dicho y decantado también que, practicando democráticamente la virtud, logrará el amor del pueblo, siguen adelante á fin de predicar, y anunciarnos que el clero por la mágica fuerza de la democracia, llegará semejantemente á ser muy querido y de modo alguno hostilizado por el poder público. En su virtud, es este su apremio último cordialísimo: Salga el sacerdote de sus cancelas políticas: en vez de enseñar la teocracia civil y el absolutismo, siga democráticamente la libertad. Tendrá entonces la protección de los gobiernos.

Es demasiado tarde, señores, para dictar *una nueva carta política* á los clérigos. Casi dos mil años de vida han amaestrado al clero y á la Iglesia; han hecho conocer con la virtud de los hechos que la mejor Carta política de los clérigos es la promulgada en el principio de la era vulgar. Promulgóla Jesucristo: ¿qué obró él ó que hizo?

Elijo un hombre profano, un doctor de París para ponerlo de realce. Droz escribió, y dijo estas palabras sentenciosas exactísimas: «Estudiad el tiempo en que apareció el Mesías en el mundo; ved el sitio designado para obrar sus maravillas, y se os presentarán sólidas enseñanzas. No hizo de sí ostentación en monarquía muy espléndida, ni bajo el régimen de una república austera: nació y creció hijo de un pueblo privado de libertad y duramente dominado por sus conquistadores. Allí publicó solemnemente la moral que conviene al hombre, mostrando que sus discípulos no debían tener en cuenta los ordenamientos civiles, bajo los cuales debían ejercitar el ministerio de la palabra de él recibido (1).»

Ved así promulgada por Cristo la Carta política del sacerdocio: esta Carta se reduce á no profesar ninguna por su propio instituto, debiéndose acomodar entretanto con cuantas tienen vigor en la humanidad. La doctrina de Cristo corresponde á los ejemplos: «Dad al César lo del

(1) Droz. *Pensées sur le Christianisme*.

César y á Dios lo de Dios (1).» Aquí está todo. Ahora bien: la Iglesia, ateniéndose al ordenamiento divino, nunca se ocupó en forzar por su capricho los institutos políticos de los pueblos; no educó al pueblo para que amase una forma de gobierno más que otra: calumniáis si la decís teocrática civilmente, si la llamáis *absolutista* siempre, ó régia, ó defensora del imperio: fué monárquica con los monarcas y republicana con los republicanos. La historia de la Iglesia, señores, es un testimonio y monumento de tal verdad.

¿Por qué quisieran ahora que la Iglesia variase de método y de actitud? ¿Por qué imponer á los sacerdotes la obligación de hacerse democráticos?

Nos lo han declarado en alta voz nuestros graciosos amigos. La democracia tiene hoy una fuerza mágica: fraternizando los sacerdotes con los demócratas, no recibirán más de los gobiernos los feos golpes ni las terribles reprensiones. ¡Libertad! ¡Libertad! Harás del sacerdote tú el más tranquilo y el más benéfico tal vez de los ciudadanos.

Os equivocáis, democráticos: el sacerdote católico, si se declara soldado del ejército de la democracia, enarbolando la bandera de la libertad, se desnaturaliza, maneja furioso las manos y atrae sobre su cabeza, no la tutela del poder público, sino el estallido de la indignación.

Está de mi parte la razon metafísica. Ha dicho Guillermo Leibnitz: «Un europeo corrupto es peor que el salvaje (2).» Quiere decir: quien cae de altura mayor, dá resbalon más profundo. ¿Qué pensaremos del sacerdote católico, el cual, puesto por Dios en la cumbre de la moral perfeccion, se introduce aquí en los ludibrios de la escuela democrática, donde pierde su cerebro, arrojando el celibato entre las disoluciones de la democracia, y manchando su corazón? ¿Qué pensaremos de un hombre tan echado á perder doctrinal y moralmente? ¿Será buen político? ¿Podrá caminar con los políticos más furentes sin que cause horror al mundo y á los gobiernos? «Un europeo corrupto es peor que el salvaje;» el sacerdote, no bien ha perdido su carácter sagrado, es el peor de los ciudadanos: *Corruptio optimi pessima*.

Justifican los acontecimientos lo que digo.

¿No advertís en la Francia, cuando á concluir va el último siglo, la cuestión tétrica é insólita que se agita en el Parlamento nacional? Se trata de juzgar reo de muerte al augusto hijo de San Luis, jefe del Estado. El partido de la condenación prevalece: entre los que arrojaron

(1) San Mateo, cap. XII, v. 21.

(2) G. Leibnitz: «Nuevo examen acerca del humano entendimiento,» lib. 1, cap. 1.º

en la urna el voto negro hay sacerdotes vestidos abiertamente de liberales. ¿No lo dije? El sacerdote democrático agita furioso las manos.

Ahora bien: ¿qué harán los gobiernos?

Los gobiernos, que llevan el manto de religiosa tolerancia, pero que realmente cojean entre la indiferencia religiosa y el ateísmo, no bien descubren algún desgraciado sacerdote, que huye de su Obispo propio y del Papa, lo reciben con los brazos abiertos, y lo condecoran con la señal de la cruz, premiando su apostasía (1). ¡Engañados! El sacerdote que ha huido de la Iglesia escapa igualmente de los gobiernos: ¿qué pasa entonces? Entonces al oír que el deseneñadado levanta el gallo é impele á la rebelion en alta voz, gritan así: ¿Qué víbora nos ha saltado encima tan furiosa? ¡Oh! Ha salido del ovil de la Iglesia. ¡Engañados! ¡Embusteros! Con sus excitaciones á tal apostasía convirtieron la paloma en víbora: sólo el día en que la víbora les echa en rostro su veneno advierten su maldad, y sólo entonces se ponen furiosísimos; á fin de sustraerse á la responsabilidad del cruel delito, echan el reproche sobre la Iglesia de Jesucristo. Sea lo que sea, y predomine esta ó la otra forma de gobierno, una prepotente necesidad se impone: contra el sacerdote democrático el *hierro y el fuego*.

Atengámonos á los clásicos ejemplos de la Francia, que en la democracia siempre puede servir de modelo.

El abate Claudio Fauchet, despues de pasar á las filas de los democráticos, elevado por éstos á Obispo cismático del Calvados, se transforma en ardiente partidario de la revolucion: en 6 abril de 1792, día del Viernes Santo, coloca en el banco de la cámara francesa su sombrero y la cruz del pecho, despues de lo cual entrégase á la democracia sin reparo alguno. Quitado el peso de la cruz, es más libre. ¡Oh! ¿Qué le pasa? Acusado de conspirador entrega vergonzosamente su alma sobre la guillotina en noviembre del 1793.

Dos sacerdotes, Lebon y Duquesnoy, despues de alistarse con los demócratas, hacen fanfarronadas de toda especie: dánse á mujer, á la filosofía, y á la revolucion: ¿de qué modo son recompensados por el poder público dominante? El primero, á la edad de treinta años, sentenciado á perder la cabeza, espira en 5 octubre de 1795; el segundo, llevado á las cárceles, y próximo á la última condenacion, se mata en 16 junio del mismo año 1795.

(1) «Todo sacerdote desertor del campo de Roma, sea proclamado amigo nuestro. Consideremos aliados nuestros á cuantos sacerdotes renieguen de la Roma papal.» José Ricciardi en la Cámara de los diputados del Reino de Italia, 27 junio 1862. (*Actas oficiales de la Cámara*, n.º 685, pág. 2,649.) Con frecuencia ocurre que si los Diputados proponen una cosa los Ministros les satisfacen.

Otro sacerdote, Gouttes, párroco de Argilliers, sigue como esposa suya la democracia: vá como diputado á la constituyente Asamblea, promueve la venta de los bienes del clero, y es enviado Obispo constitucional del Saona y del Loira. ¿Cómo concluye? Por sentencia del tribunal en 26 mayo del 1794.

Schneider, otro sacerdote, fraile franciscano, habiendo estallado la catástrofe francesa, desde Stuttgart dirígese á Strasburgo, se hace francés por su ardiente amor á la libertad, y se trasforma luego en vicario general de Brendel y Obispo constitucional. ¡Cuántos honores y cuántos oficios notables desempeña! Comisario civil del ejército francés, elegido fué luego *maire* de Haguenan; más tarde acusador público en el tribunal criminal del Bajo Rhin; por último, capitán de un grupo de rebeldes recorre la region de Alsacia, seguido por la guillotina: no existe barbárie sucia, oscura y atroz que no cometa. ¿Qué le sucede? El hombre perece por su pecado; y la guillotina, decretada por el gobierno contra él, hace desaparecer del número de los vivos á este sacerdote que degeneró en el día 1.º de abril del 1794.

Mas, ¿quién no recuerda al famoso Gobel? Nombrado Obispo de Lydda *in partibus in fidelium* en 1772 y sufragáneo del Obispo de Basilea en 1789, creado por el clero de Belfort diputado para los Estados Generales, se trasforma en democrático, y jura la Constitución civil, que retracta por la denuncia de un colega suyo. Elevado por eleccion á Obispo de Paris, recibe la institucion canónica en 27 marzo del 1791 de manos del antiguo prelado de Autun, Talleyrand Perigord; mas impelido por los remordimientos, escribe á Pío VI, de quien recibe consejos excelentes, pero en vano. Despues acude al marqués Spinola, embajador de la república de Génova en Francia, prometiéndole retractar su juramento si le consigue del Papa una recompensa en oro. Spinola se niega y Gobel se precipita en los últimos abismos. En 7 noviembre de 1793 se presenta en la barra de la Convencion con trece vicarios suyos y exclama: «Hoy la revolucion corre á grandes pasos hácia un alegre fin: hoy más que nunca no debe haber ningun otro culto público y nacional fuera del de la libertad y de la santa igualdad, porque así el soberano lo quiere; á consecuencia de los principios sentados me someto yo á su voluntad, y vengo á declararos solemnemente que renuncio á todas las funciones del ministro del culto católico. En su virtud, os consignamos todos nuestros títulos.» Pone su cruz y su anillo en el banco del presidente, que se alegra de verle despojado de estas «góticas señales de la supersticion.» Prorumpo la Cámara en un estallido de aplausos, y pone sobre su cabeza el gorro frigio. Egregiamente; mas, tres dias despues, Robespierre, en cambio del gorro fri-

gio, envíale las manillas: en 13 abril de 1794 entrega en el cadalso su alma furente.

Basta, señores. A la verdad, el sacerdote católico, que se aparta de los levitas compañeros suyos, y se une á los soldados de la moderna democracia, vibra furiosamente sus puños. El estandarte de la libertad que alza no cubre con su sombra un tranquilo y benéfico ciudadano; no lo libra de los golpes de la justicia pública, y del poder supremo: se trasforma en el árbol de Judas, donde se ahorca el traidor de Cristo.

Resuelto está el problema.

Nuestros alegres y generosos amigos vienen hoy á declararnos que para que se declare la Iglesia progresiva, para que la corteje y obedezca el siglo actual, empezar debe por hacer ir delante al clero con traje democrático, así no le hará engullir las palabras que pronuncie su boca, como el obsceno Bernabó engullir hacia los pergaminos á los Nuncios apostólicos: así no atada se verá por cadenas de hierro, como aquel rabioso señor de Lamagna, que á los Cardenales ahrojaba: surgirá por el contrario un dulce matrimonio entre el sacerdocio y la sociedad civil.

¿No resultó fallida tal afirmación?

Si el sacerdote sale de sus cancelas escolásticas para que la doctrina florezca de un modo democrático, pierde su cerebro: es un maestro, no respetado por los doctos, sino escarnecido. Si sale de sus cancelas morales y místicos para obrar la virtud de una manera democrática, mancha su corazón: es un moralista, no seguido, sino evitado por el pueblo. Si, por último, sale de sus cancelas políticas para héroe hacerse de la libertad, agita furioso las manos: es un político condenado por los gobiernos, y no protegido por ellos.

Por consecuencia, el sacerdote católico que abandónase á la democracia nueva, cargándose con tanta ignominia, no puede dar realce á la Iglesia.

Esto que os dije yo en espacio breve de tiempo, es para mí fruto de largas y temerosas meditaciones. Envuelto en los turbulentos movimientos de mi edad; vistas las insidias preparadas al catolicismo, oídas las excitaciones dirigidas á no pocos de los nuestros para inducirles á la incredulidad y hacerles loquear con la democracia, hé dicho: Cediendo incautamente, ¿qué ganaría, por último, el sacerdote? ¿Qué provecho reportaría él á la Iglesia? Perderíalo esta, dolida sí, pero no quebrantada ni herida: el sacerdote que se desprende de su madre, una hoja es de otoño que cae: secóse, por orgullo, en el gran tronco católico, y por esto, señores, cae. Mas él, trasferido á otra sociedad,

cubierto con otro traje, conquista un laurel: el laurel del mundo corrompido, que verdea por la mañana y se aja por la tarde, recompensado con el desprecio público. Hoy, por consecuencia, el aplauso; mañana el abandono y el escarnio. Tal es el presbítero entre los abrazos de la democracia. ¡Cuánta gloria verdadera ha perdido! ¡A qué pobreza pública ha llegado! Antes se hallaba en el salón teológico de la Ciudad Santa, siendo profesor de materia divina, consultor de los Obispos en el Congreso de la Inmaculada, famoso en el mundo católico y en el profano: un poco más tarde, dado el salto, y por el desfogue democrático, se reduce á un oscuro profesor de colegio. ¡Ah, Padre Passaglia! Antes pronunciando conferencias sublimes en el templo de Nuestra Señora de París: un poco más tarde, caído en la vorágine de la democracia, vénele cerca del Tiber recitando palinodias pagadas, con billete á la puerta de ingreso en el teatro Argentina; ó en los conventículos de Alemania y de Suiza, rodando entre los piés de los *viejos católicos*. ¡Ay Padre Jacinto! ¡Cómo se oscurece el ángel de luz ó el presbítero en estos degenerados! Pensó realzar la Iglesia; pero amargóla sin elevarla: cae por el contrario él, lleno de vergüenza. *Quomodo cecidisti de coelo, Lucifer.*

Esto medité afanosamente, gritando: «Vigila, Clero de Italia, sin descanso: ahora el demonio del Mediodía que á la raza latina engaña, dá formidables vueltas en torno tuyo, y te dice: «Ven, desciende al pueblo.» Tú respondes: «Hablas hipócritamente. Demoro en el monte santo: estoy hace siglos con el pueblo verdadero, porque con el Papa estoy y con Dios.»

CONFERENCIA IX.

SI LOS CATÓLICOS CON EL LIBERALISMO

PUEDEN SALVAR LA SOCIEDAD.

Tiempo es de que no me reduzca yo á conferenciar sólo con el ateo: problemas religiosos surgen además en alguna manera con los magnánimos y con los creyentes.

Aquí tomo aspecto de reverencia, como reverente se disponia el alemán Winckelmann á contemplar el Apolo de Belvedere: yo me acerco á mirar la cara del liberalismo.

Verdad es que, á diferencia del alemán, en mí la reverencia nace, no del sujeto de la contemplación, que seguramente no es una obra maestra del arte, sino de la compañía honrosa que me sigue.

No lo creía: yo, que no soy profeta, ni tampoco hijo de profeta, no esperaba la vez primera que subí á este púlpito, que mi fé me aconsejaría disputar con algunos de los más queridos y respetables de la familia católica. Entretanto los aludidos van en mi compañía, y llegados allá donde se halla el tema de nuestro estudio presente, me dicen: Hé aquí cuanto nos hemos propuesto. La sociedad civil tiene prepotentes necesidades: ebria de gloria y con los miembros heridos con llagas, gloriosa y enferma, dá señales de correr con movimiento disputado á las estrellas ó á los abismos. Preciso es socorrerla: es necesario colocarla en el buen camino y conseguir su salvacion. Su grande infortunio está en querer ser libre de la ley de Dios y de la Iglesia, urgiendo mucho hacérsela nuevamente admitir. A este propósito es necesario un empeño peculiar y una fuerza dialéctica que ponga en armonía la Iglesia con nuestro siglo, y nosotros elegimos al efecto la libertad. Nuestro propósito es servirnos de las instituciones políticas

y de sus adminículos; servirnos, en suma, de cuanto domina hoy y lleva traje libre; por semejante camino haremos que la Iglesia pase al mundo que la rechaza. Mas haremos que al mundo pase intacta é íntegra; no adulterada, ni manca, porque no somos progresistas del libre pensamiento, ni como los amigos de la conferencia última, que quieren á los sacerdotes democráticos, los cuales por esto harían perecer la religión en la democracia. Somos católicos y liberales al propio tiempo: ¿no dijiste tú mismo que la Iglesia es progresiva? Que progrese por lo tanto y entre en la sociedad civil. El mundo se salvará.

Confieso que oí,* no á dichos graciosos y elegantes amigos, sino á los hermanos reales; su razonamiento brilla en algunas partes con tanta luz, que ha producido en no pocos un verdadero problema: ¿Se puede salvar á la sociedad civil del modo indicado?

Debo contestar y responderé.

El Cardenal Cayetano, una de las mentes más sutiles que ha tenido la metafísica, escribió: «Nuestro intelecto tiene por sí facultad para entender; mas no para entenderse.»

Es cosa enteramente probada: nosotros que, nos extendemos con la inteligencia en tantos órdenes de conocimientos, si replegamos en nosotros mismos la mirada del alma, hallamos oscuridad impenetrable y no nos entendemos. Tal hecho, que mata en su raíz el juicio privado de los protestantes, dá razón á los católicos. Los católicos, ricos en divina tradición, buenos hijos de la autoridad, deben sacar de aquí los principios supremos á fin de iluminar bien su propia razón y conseguir la luz perfecta del conocimiento. Vamos, pues, á los sumos criterios de las cosas, y nos entenderemos cual filósofos ó nos pondremos de acuerdo cual hermanos.

Ahora bien; ¿cuáles son, en nuestro asunto, los criterios sumos de las cosas?

Primeramente digo que los católicos que intentan servirse en la política de todo lo dominante hoy, quieren de veras servirse del liberalismo á fin de que la Iglesia pase al mundo civilizado, salvándole por este medio: yo, empero, que los conduje delante del simulacro del liberalismo, no me aparto, sigo con ellos de pié y digo que su problema, que ha brotado de su razonamiento, se resuelve de modo negativo. ¿Y por qué razón? Señores, por la de los sumos criterios de las cosas.

Para tales hermanos nuestros, el liberalismo, considerado doctrinalmente, es un ídolo que abre puntos de vista espléndidos; considerado históricamente, es una norma, y en sus manos pone preciosas prendas; considerado moralmente, por último, es un medio y un vehículo, que

les infunde dichas esperanzas. Esto ven y piensan. en cuanto son liberales.

Pues bien; en cuanto son católicos, llegan á un término contrario, negándoseles que puedan conseguir de este modo la salvación de la sociedad. Notemos esta repugnancia.

Primeramente ansía la Iglesia la verdad en las teorías para conseguir fruto; y enamóranse mal doctrinalmente aquéllos de su ídolo, por cuanto el concepto del liberalismo es falso.

La Iglesia en segundo lugar, para conseguir fruto, quiere la justicia en los hechos; y siguen mal esta norma históricamente, porque las obras del liberalismo no son honradas.

En tercer lugar la Iglesia, para producir fruto con los medios de que se vale, los quiere adaptados á la redención, y mal esperan moralmente los liberales de su instrumento, siendo el liberalismo incorregible por su naturaleza.

Ciceron ha dicho: «Las reprensiones recíprocas al disputar no son vituperables (1).» Señores: mi presente trabajo es aún más bello; hablo con hermanos que altamente respeto y amo. Ahora bien; entre hermanos católicos amonestarse y reprenderse, no sólo no avergüenza, sino que honra, por ser una obra evangélica.

Traba el catolicismo amistad con todas las grandes doctrinas, con todas las teorías sublimes. Más aún; las engendra con su vigor natural, por ser fuente de luz y «por consiguiente engendrador de la ciencia.» Empero en tal amistad y generacion obsérvase una ley constante y se reanima siempre un espíritu: el de promulgar la verdad. Es la palabra inmortal de Jesucristo, quien, siendo la verdad por sí mismo en cuanto Dios, anunció á los discípulos de la nueva era, ó á los hijos del mundo moderno que la verdad los libraría: *Veritas liberabit vos* (2).

Enviada por Jesucristo al mundo, la Iglesia católica, en lo relativo á la enseñanza, se atiene á tal precepto, que para ella se trasforma en condicion esencial de vida: trata de salvar á los hombres; mas trata de salvarlos ante todo con la difusion de la luz y con el establecimiento de los grandes principios; principia por iluminar para despues inflamar el mundo y santificarlo; mas en cuanto dice y enseña, en cuanto

(1) *Dissentium inter se reprehensiones non sunt vituperantiae.*—Ciceron, *De finibus*, lib. I, n. 8.

(2) San Juan, cap. VIII, v. 32.

admite para enseñarlo, pide que resplandezca la verdad. ¿No tiene razón en ello? ¿No es una preciosa ley que produce su elocuencia y su gloria? ¿Salvar al mundo mediante la libertad! *Veritas liberabit vos*. Es un principio que no pide comentarios; aún los filósofos extraviados, que quieren hacerse maestros del linaje humano, apelan á la verdad, confesando su potencia divina; de aquí el epígrafe puesto por Santiago al frente de sus escrituras: *Vitam im pendere vero*.

Volvamos al liberalismo, y examinemos si, considerado como teoría de gobierno, responde á la verdad y la reproduce ó no en sí misma.

Mas ante todo, ¿qué cosa es el liberalismo? Es preciso conocerlo. Bien escribió un sábio: «La definición es la idea, como la idea es la forma de las cosas. Definir los seres, por tanto, es tomar la idea que los representa, y hacerlos inteligibles (1).» Perfectamente: si está en las definiciones el primer ingreso de la ciencia, nosotros, con definir el liberalismo, podremos ver clara y distintamente en qué consiste y qué cosa es.

El liberalismo, para dar de él inmediatamente una muestra, es la falsificación de la libertad. En algunas edades pasadas habia en Europa libertad bajo sus principales formas y aún bajo la forma política; existió sobre todo desde el siglo XII hasta el XV: entonces, teniendo á la cabeza príncipes liberales ó repúblicas cristianamente democráticas, no se hablaba de liberalismo; no se mencionaba, ó no se sabia nada de él, señores, por existir en el mundo la libertad. Pasado aquel tiempo, que fué sin duda el mejor ó el ménos malo para el cristianismo y para la sociedad, sin bellas franquicias políticas de las naciones, en gracia del protestantismo, que hacia de los reyes otros tantos despotas; habiéndose acercado los días de la catástrofe francesa, se oyó resonar una palabra desconocida: liberalismo. El liberalismo, dándose á destruir aquellos órdenes políticos de reciente fundacion, pero guardándose de admitir otra vez los primeros órdenes antes florecientes, pretendió haber inventado la libertad, se jactó como si se tratara de un descubrimiento y de una creacion suya, lo cual es falso, hasta el punto de llevar en su nombre propio el mentis de sus jactancias. La palabra *liberalismo* expresa una derivacion, y su deliberacion es de la libertad: nació, por tanto, de la libertad, mas nació cual de hijo colérico, que á su madre adúltera hizo violencia. Os concedo que demandaba el mundo la libertad: con todo, en cuanto seguía creyendo en el Evangelio, pedía una libertad juiciosa, encaminada al beneficio del pueblo, no procedente del pueblo como autor de la misma, sino de

(1) Gioberti, *Protologia*, Ensayo II.

Dios, sumo autor y origen del universo: el liberalismo, que no quiso esto, quiso la libertad procedente del hombre solo, ó, segun gritó, de las *masas*. Logró su intento: la sociedad en mucha parte fué regida á su modo, viniendo la falsificacion de la libertad.

¡Qué dolor! Parece una ley fatal que, despues de los ejemplares ilustres, vengan las infelices copias de los monos. En la esculptura, despues de Buonarroti vino Bernini; en la lírica, despues de Petrarca los cantores melosos y los fastidiosísimos fabricantes de sonetos de amor; en la epopeya, despues del Tasso, Morrini. En la política tambien, despues de los grandes modelos vienen las copias adulteradas; despues de la libertad, el liberalismo. Es por consiguiente una mona; seguramente, como el racionalismo es la caricatura de la razon, como el filosofismo es la caricatura de la filosofia, como el pedantismo es la caricatura de la literatura, y como el fanatismo es la caricatura de la religion, el liberalismo es la caricatura, la parodia vulgar y diré la ironía de la libertad.

No penseis que, hablando del liberalismo, hable yo precisamente, señores, de lo que vosotros llamais *constitucionalismo*: son muy diversos y con frecuencia de todo punto contrarios. Oigamos á Federico Julio Stahl. Para él «liberalismo es la teoría jurídico-filosófica del siglo: el «constitucionalismo,» por el contrario, es su teoría política: uno vasto é indefnido: restringido el otro. Si tienen el mismo fundamento, es decir, la libertad y el derecho del hombre, siguen sin embargo una direccion muy diferente. El «constitucionalismo» que tiene por mira el éxito, quiere la division del poder, porque las masas en su autoridad destruyen la propia libertad: el liberalismo, por el contrario, que mira el derecho absoluto é igual del hombre, quiere el dominio no dividido y único de las masas (1);» lo cual es mucho más. Así el liberalismo que fuerza en su sustancia la libertad, la fuerza fácilmente asimismo en su forma; por esto el mismo Stahl, examinando las luchas entre liberalismo y «constitucionalismo.» advirtió sabiamente, por lo que hace á la revolucion francesa: «La violencia y la furia del liberalismo destruyó las máximas de la teoría constitucional: cayeron las dos Cámaras, el veto del monarca, y por último el mismo rey (2).» Hé aquí el liberalismo llevando tan adelante la falsificacion de la libertad, que la misma libertad constitucional no sostiene la embestida y se derumba.

Prosigamos esclareciendo é integrando la presente definicion.

(1) F. G. Stahl, *Storia della filosofia del diritto*; Seccion segunda.

(2) F. G. Stahl, iv.

Desde que salió afuera el liberalismo para cambiar el orden de cosas vigente en política hasta el siglo pasado, y promulgó entretanto un gobierno de su gusto para dirigir á la estirpe humana, se atribuyó la gloria de haber hallado en política el justo medio. Yo, exclama el liberalismo, nací á fin de abatir el despotismo régio, y nací además para impedir el despotismo plebeyo: combato igualmente la tiranía y la licencia. La libertad, pues, ordenada en mis manos, es pura, porque evita los extremos. Tal es mi bandera: no cubre con su sombra ni absolutistas, ni radicales, sino moderados.

La moderacion que menciona el liberalismo, es sólo de palabra y no más. ¿No vemos muy luego con el Estadista cristiano que el liberalismo reconoce y quiere el dominio no compartido y único de la *masa* popular? Vano es por tanto alegar un método que evita los extremos, cuando un extremo, es decir, el pueblo, pide absolutamente ser dueño del campo: si de pié sobre tal extremo colocais un rey, sólo puede ser un muñeco en manos de la plebe. La libertad, como el dominio y el derecho, es relegada en sitio bajo, dominada por los apetitos y por las prepotencias inferiores.

Veis, señores, por lo tanto, lo que debe ser el liberalismo en tal puesto: la mentira de la libertad.

Mas el liberalismo nos habla de moderacion y de justo medio; veamos si científicamente alcanza el sentido de las frases que pronuncia.

La moderacion es bella y laudable en todas partes. En política principalmente es necesaria; mas ¿dónde demora? ¿Cuál es el justo medio en que aparece su virtud? El justo medio es el que se abre entre dos vicios opuestos; entonces es oportuno el conocido aforismo: *Virtus in medio consistit*. Así es virtuoso el que oscilando entre dos vicios que se combaten, sabe salir limpio é inmaculado: es virtuoso, por ejemplo, quien sabe no ser avaro ni pródigo entre la prodigalidad y la avaricia, como tambien el que sabe no ser violento ni afeminado entre la cólera y la debilidad, sino templado y fuerte. ¿Es este el justo medio que place al liberalismo en política? No. Aun cuando se mete en el camino de la moderacion, no camina entre dos vicios opuestos igualmente horribles é igualmente obscenos, como la tiranía real y la licencia popular, sino que camina maniático y altanero entre el orden y el desorden, la virtud y el vicio; camina entre la autoridad de la monarquía cristiana y la violencia de la plaza, entre el príncipe recto y el demagogo insolente; su carrera, pues, no está entre dos vicios, sino entre un vicio y una virtud. Es como el que entre la liberalidad y la sordidez no quiere ser avaro ni liberal; es como el que entre la humildad y la

soberbia, no quiere ser soberbio ni humilde; es como quien entre la religion y la incredulidad no quiere ser incrédulo ni religioso. ¿Qué cosa es? Una mezcla de bien y de mal; tiene, por decirlo así, el alma partida. Tal precisamente resultan en política los moderados del liberalismo. Van oscilando entre los príncipes y los demagogos, el palacio real y la plaza, la autoridad y la licencia: no quieren ser una cosa ni otra, con lo cual se corrompen. Son de raza neutra ó hermafroditas: son bilingües. Tienen, señores, á pedazos el alma.

El insigne Donoso Cortés penetró en las honduras de la escuela liberal; se detuvo á juzgarla en su epíteto de moderada y escribió:

«Impotente para el bien, porque carece de toda afirmacion dogmática, y para el mal porque le causa horror toda negacion intrépida y absoluta, está condenada, sin saberlo, á ir á dar con el bajel que lleva su fortuna al puerto católico ó á los escollos socialistas. Esta escuela no domina sino cuando la sociedad desfallece; el periodo de su dominacion es aquel transitorio y fugitivo, en que el mundo no sabe si irse con Barrabás ó con Jesús, y está en suspenso entre una afirmacion dogmática y una negacion suprema. La sociedad entonces se deja gobernar de buen grado por una escuela que nunca dice *afirmo* ni *niego*, y que á todo dice *distingo*. El supremo interés de esa escuela está en que no llegue el dia de las negaciones radicales ó de las afirmaciones soberanas; y para que no llegue, por medio de la discusion confunde todas las nociones y propaga el excepticismo, sabiendo, como sabe, que un pueblo que oye perpetuamente en boca de sus sofistas el pro y el contra de todo, acaba por no saber á qué atenerse y por preguntarse á sí propio si la verdad y el error, lo injusto y lo justo, lo torpe y lo honesto, son cosas contrarias entre sí, ó son una misma cosa, mirada desde puntos de vista diferentes. Este periodo angustioso, por mucho que dure, es siempre breve: el hombre ha nacido para obrar, y la discusion perpétua contradice á la naturaleza humana, siendo, como es, enemiga de las obras. Apremiados los pueblos por todos sus instintos, llega un dia en que se derramen por las plazas y las calles, pidiendo á Barrabás ó pidiendo á Jesús resueltamente, y volcando en el polvo las cátedras de los sofistas.»

Os lo he definido: es tal el liberalismo. Ahora bien; en la definicion se destaca el concepto de la cosa. Como hemos dicho, la definicion es la idea; el conocimiento que ibamos buscando se ha conseguido. Pues bien; no sirve disimularlo: el liberalismo, considerado doctrinalmente, tiene un concepto falso: porque, mientras exalta la libertad, por una parte la subvierte y adultera, reconociendo que su raiz está en las *masas*; por otra, diciendo que la fija en el justo medio, mas impelién-

dola entretanto á oscilar entre la virtud y el vicio, la desmiente, rene-
gando de ella.

Si es esto; si en la doctrina del liberalismo anida la falsedad, dí-
gase me con franqueza: ¿pueden los católicos servirse del liberalismo,
á fin de hacer que pase por él á la sociedad civil la Iglesia, impidiendo
así su ruina? Despues de todo, parece que no: la Iglesia, para producir
fruto con la enseñanza, quiere principios luminosos de la verdad;
quiere teorías rectas y sanas: si le mostrais una doctrina con la cual
se mezcle el error, la rechaza. ¿Cómo, por tanto, es lícito decir: que-
remos correr al auxilio del mundo, por lo cual, como católicos, apela-
mos al liberalismo? ¿Cómo puede ser lícito hacer esta invitacion
piadosa: ¡Hagámonos liberales y salvaremos á nuestros hermanos! ¡Oh!
Teneis delante un ídolo que os deslumbra: en realidad sois mucho
ménos liberales que yo, que anhele una libertad sincera y generosa;
vosotros, con vuestro vestido de liberales, os resignais á una liber-
tad herida y estropeada, constreñida tambien á defenderse con em-
bustes. El ídolo que se presenta y os atrae, está muy echado á per-
der. Id á vuestro sitio: la Iglesia nunca os sigue, y no salvareis el
mundo.

Me han dado una explicacion: más que disculparse de las presentes
acusaciones, mis hermanos se animan dando razones contra mí. El li-
beralismo, dicen, aunque reo, tiene cosas buenas y honradas en su doc-
trina, mediante las que nos introduce á la libertad. Ahora bien; nos-
otros nos apegamos á estas. En su virtud, queremos con la Iglesia
realzar el mundo, valiéndonos, no del feo liberalismo, sino de la ge-
nerosa libertad.

Mostradme cuáles son las cosas buenas y honestas del liberalismo,
que introducen á la libertad magnánima é ingénuu: puesto que yo pon-
go de realce sus maldades, manifestad vosotros sus hermosuras. Lo
conozco y lo veo: aquello de que se gloria el liberalismo con alguna
realidad, es de haber promovido la teoría de la igualdad: todos, seño-
ers, somos declarados iguales. Empero ¿acaso nos excusa de otros bie-
nes que nos faltan la igualdad querida por el liberalismo? Monseñor
Ketteler, nombre querido por los católicos liberales, y justamente ve-
nerado, escribe á tal propósito: «¿Por qué así alucina el liberalismo?
Por la confusion de los términos de libertad é igualdad. El falso li-
beralismo conoce solo la igualdad que denomina libertad. Es un
engaño insigne. La libertad y la igualdad se diferencian esencial-
mente. Existe una igualdad de siervos, una igualdad de culpables y
una igualdad de individuos puestos fuera de la ley. El pueblo no es
libre cuando todos yácen esclavos. La gran impostura del liberalismo

se hace traicion en este artículo de su símbolo: La libertad es el despotismo de la ley (1).»

Oído esto, salid por consiguiente fuera, y áun vosotros haceos predicadores de la igualdad: ¿por ventura llegareis á poner el mundo nuevamente en el buen sendero, mientras entendeis recuperarlo con la libertad y convertirlo? ¿Es el liberalismo pródigo únicamente de la igualdad, muy distinta de la libertad? Es nobilísima el ánsia vuestra; mas vosotros, hermanos, vais fuera del camino, y no llegais á la consecucion del fin.

Por lo demás, sean cuales sean en la doctrina del liberalismo las cosas buenas y honradas, que por mi parte quiero admitir, échanse á perder y no producen efecto, por extenderse á todo precisamente y por que cae todo en las redes del liberalismo dominante. Comprendámonos bien. El liberalismo es un lente, pero no cristalino, sino empañado con humo; iluminase fuera, no en los rayos de la aurora, sino en los crepúsculos de la tarde, por cuanto no es el padre ni la madre de la libertad, sino prole bastarda. Miran los hombres con tal lente y ven; piensan ver los objetos en su estado natural, y por el contrario, ven los falsificados. El liberalismo es un espíritu; pero espíritu que se levanta de parte enferma y que corrompe los miembros sanos. En los Libros santos se dice que donde sopla el espíritu de Dios allí está la libertad: en los libros humanos y sociales de la ciencia se halla por el contrario que donde sopla el liberalismo, retráse la libertad. El liberalismo, además, colorea las cosas á su modo, y las inspira, formando á su alrededor una atmósfera propia; es la atmósfera que gravita sobre nuestra edad, porque el alma de los contemporáneos envenénase muy fácilmente. Entre tales sombras surcadas por luz no verdadera, entre tales miasmas, entre tales almas envenenadas, teneis asimismo en cuenta las cosas honradas y buenas contenidas en la doctrina del liberalismo: recurrís á estas; os haceis robustos á fin de alzaros á la posesion de la libertad inmaculada y santa, conduciendo desde aquí á puerto la humana generacion abatida. Estais engañados, hermanos: os deslumbra el ídolo.

¡Oh! Las grandes ideas, los grandes puntos de vista de la libertad, que se abren y brotan entre las sombras y á las luces del liberalismo; las pulsaciones del sublime principio que se sienten en el liberalismo de querer y otorgar la libertad en todo y para todos, á excepcion del desórden exterior y del peligro social, ¿no son tales ideas

(1) Guillermo Manuel de Ketteler, Obispo de Maguncia, en su libro *Libertad, autoridad, Iglesia*, cap. XVIII.

y tal principio cosa grande? Será un diamante que brilla entre la hendiduras de un escollo enhiesto; mas el diamante resplandeca. Ahora bien; acompañados por el hilo de este esplendor, llevaremos la Iglesia al mundo, donde desplegará libremente su poder; y ella lo salvará, puesto que el mal debe vencerlo el bien.

Veis el resplandor: ¿no os dije ya que os deslumbra el ídolo? Palabras francas y de buen hermano. El principio que se agita entre las aberraciones del liberalismo y se siente, á saber, el de promulgar, con las pocas reservas hechas, la libertad en todo y para todos, tiene un sonido asombroso; mas vosotros, siguiendo tal principio, no sereis lo que os llamais: no sereis católicos ni liberales.

No sereis liberales en el sentido que pensais. Entendeis ser liberales con el Estatuto, y serviros de cuantas libertades os otorga. Bueno. Mas ni nuestro Estatuto, ni muchos otros de los pueblos civilizados conceden libertad tan amplia como la que anhelaís, haciendo muchas restricciones. ¿Queréis de todas maneras tal libertad? Pedís por lo tanto la reforma del Estatuto. Hé aquí á dónde llegaís; á dónde piensan llegar los más locos, es decir, á la revision de la ley fundamental. Ciertamente vais por camino diverso del que siguen los locos, partiendo de la parte opuesta, lo cual os honra; mas os hallais en medio, es decir, en la Constituyente: ¡tan positivo es que los extremos se tocan! Por consiguiente, no sois liberales segun el vocablo que hace tiempo se usa.

Ni seguís siendo católicos. Discurriendo acerca del liberalismo habeis advertido que sus teoremas y sus doctrinas se oponen á los dogmas y á las doctrinas de la Iglesia. Pues bien; ¿qué ocurriría poniendo por añadidura el principio de la libertad en todo y para todos, á excepcion sólo del caso del desórden exterior y del peligro social? Correríais tan lejos de la Iglesia que no podría encontraros, por mucho que tendiera los brazos á vuestro alrededor. Poned en parangon los principios de vuestra imaginada libertad con los principios recientemente anunciados en la Enciclica y en el *Syllabus* del Santo Padre. Vosotros, por fundamento del nuevo órden de cosas, poneis la doctrina de la separacion entre la Iglesia y el Estado, condenada en la proposicion quincuagésima quinta; poneis el desden, ó más bien la invasion en la enseñanza teológica ó religiosa, la cual se halla condenada desde la proposicion cuarenta y cinco hasta la cuarenta y ocho; poneis en el matrimonio la division entre el sacramento y el contrato, condenada desde la proposicion sesenta y seis hasta la setenta y cuatro; poneis la libertad de cultos, condenada en la proposicion septuagésima séptima; poneis la libertad absoluta de imprenta, conde-

nada en la proposicion setenta y nueve; poneis, en suma, por parte de la Iglesia el reconocimiento del liberalismo y de cuanto llámase hoy el espíritu moderno, lo cual está condenado en la proposicion ochenta. Mas deo aparte esto, hermanos: con vuestra libertad, tan fogosamente amada é inquirida, haceis lo contrario de lo que demandan el Cristianismo y el Evangelio. En nombre de Cristo dice la Iglesia: «Obsequio del entendimiento á la fé, ley moral de la conciencia.» Vosotros decís por el contrario: «Pensamiento libre y conciencia libre.» No forja tal distincion mi cabeza, porque me la disteis vosotros: fuera de que late aquí la denominacion que del liberalismo nos ha dado el célebre Laurent, profesor de la Universidad de Gante, sin haberla nunca rectificado ni combatido ninguna voz de la prensa liberal. «El liberalismo no es nada si no es la libertad del pensamiento.» Ahora bien, la libertad del pensamiento, segun hoy se admite, es sólo la negacion del catolicismo. ¿Sois en esto católicos? No. Lo alcanzo: vosotros os servís de tan desmesurada libertad, no con el fin de aplicárosla á vosotros, que quereis ser creyentes, sino para ganar con ella los entendimientos y los corazones, sometiéndolos ó reconciliándolos con Jesucristo.

Estad atentos, hermanos. El Secretario Florentino enseña que «todos los medios son excelentes con tal que conduzcan al fin.» ¿Os hariais vosotros partidarios de tan abominada escuela? Además, hay otra cosa. Supóngase que por tal medio procurais con heróica perseverancia ganar á Jesucristo los entendimientos y los corazones. ¿Cuántos arrepentidos llegarán á vuestro seno? Embriagados los hombres por la teoría, que aceptais igualmente, de la libertad de pensamiento y de la conciencia libre, no tardarán en responderos. ¡Cómo! ¿Nos invitais á ir á Cristo en nombre de la libertad del pensamiento y en nombre de la libertad de conciencia? ¿Acaso no condena Cristo tal libertad? Nos invitais, pues, á los que somos libres para que seamos esclavos. Os dejarán así plantados, porque á Jesucristo se acercan los hombres con el dogma de la autoridad, y no con el prestigio de una desenfrenada libertad. Por otra parte, los pocos, poquíssimos que podrian rendirse á vuestra invitacion contra vosotros, viniendo á ser cristianos y católicos en virtud de un método no aprobado por la Iglesia, deben dejar con tal acto vuestro mismo método; deben prescindir de la libertad de pensamiento y de la libertad de conciencia. En su virtud, ¿lo notais? á cada paso que deis en el campo de las deseadas conquistas, adelanta la negacion de vuestra doctrina: los conquistados destruyen á los conquistadores, lo cual prueba que así el liberalismo como la libertad desmesurada son tan falsos, que con ellos no se puede seguir. ¿Y lo teneis por idolo? ¿Y fabricais con ellos una teoría?

¡Cuánto más justa, más verídica y más brillante es la Iglesia! Cuando en algún país está oprimida; cuando por las propias angustias y por las no merecidas vergüenzas alza los ojos, viendo á su alrededor á los impíos libres para blasfemar y mover guerra contra cielo y tierra, dice gritando al supremo poder del Estado: «Dame á mí también la libertad. Yo, que di á luz con Cristo la libertad del mundo, no debo ser vil criada de las naciones. Déjame libre.» Esto grita, y demanda intrépidamente la libertad; mas no trasforma en una teoría la libertad ilimitada, ni adula, ni honra al liberalismo: quiere para sí propia la libertad de Dios, á fin de combatir en los ciudadanos la libertad del pecado. Sufre, por tanto, al liberalismo, mas no le ama. ¿No es, por el contrario, para vosotros un ídolo de grandes alcances? ¿No es una sublime teoría vuestra?

Perdonadme, hermanos; la lógica del razonamiento me hace decir, que si bien pensais ser liberales y católicos para salvar con semejante vestido la sociedad civil, no sois nada de esto, ni llegais á ninguna salvación social: en la plena significación de la palabra, ni os encuentro liberales ni católicos.

Lo he demostrado: la Iglesia, para producir fruto, quiere la verdad en las teorías. Ahora bien; doctrinalmente observado, el liberalismo es un ídolo de feos enamoramientos, por ser falso su concepto.

Así como el Catolicismo sigue una ley en el orden de las doctrinas, sigue, señores, una ley en el orden de los hechos: ley correspondiente á la primera, noble y bella, de la cual nunca se aparta, para seguir la cual se sujeta entre los hombres á toda clase de privaciones y angustias, poniendo así de realce su divinidad. ¿Cuál ley es esta? El Catolicismo en las doctrinas sigue la verdad, y en los hechos sigue la justicia. Así fué amaestrado por Jesucristo; en su virtud, despues de compartir á los pueblos la luz de la verdad, les dirige una intimación, llamándoles á las obras: Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia: *Quærite primum regnum Dei et iustitiam eius* (1).

Los profanos, á cuyo frente van los incrédulos, derraman á manos llenas el vituperio sobre los *casuistas* de la Iglesia. Dicen que se pierden en las sutilezas y minuciosidades, así como que se alambican, perdiendo el tiempo y planteando sofismas. Acusad como querais, Empero tales sutilísimos investigadores, dejando aparte los no rectos y los reprobados, tienen de continuo, señores, por fundamento la justicia, y únicamente la justicia: ponen en tortura su cerebro, á fin de llegar á ella, por cuanto en la guía de las humanas acciones, la justicia es la

(1) San Mateo, cap. VI, v. 33.

grande regla de la Iglesia: lo mismo al particular que al hombre público, al individuo como á la sociedad, repite aquellas palabras de Cristo: *Quaerite primum regnum Dei et iustitiam eius*: por reproches que le vengan de los malos, por dolores y persecuciones que recoja, no deja de recomendar la justicia: vé que demora en ella el reino de Jesús, perteneциéndole además el triunfo y la dicha de la humana generacion: *Iustitia elevat gentem*. Por lo tanto, en segundo lugar, la Iglesia, para producir fruto, quiere la justicia en los hechos.

Hemos llegado á un punto donde ya las suposiciones y los argumentos metafísicos no apremian; nos hallamos en los órdenes de lo real, por lo que, con acento más seguro, podemos hacer que proceda el discurso referente al liberalismo. Ahora bien: ¿pueden los católicos servirse del liberalismo para con él salvar á la sociedad civil? Algunos, considerando la historia del mismo, lo juzgan una norma de conducta no despreciable; no le reputan enemigo absoluto, sino casi auxiliar de la religion y promovedor del bien público. Venid vosotros á fallar si tales hermanos juzgan juiciosamente los hechos y los exponen con rectitud: propóngome demostraros que siguen mal históricamente aquella norma, porque las obras del liberalismo son deshonestas.

Examinemos, señores, una doble naturaleza de sucesos: los que se refieren á la Iglesia católica, y los relativos á los pueblos. Ante todo, por lo que hace á los hechos referentes á la propia Iglesia, ¿que nos presenta el liberalismo en sus largos años de vida y de dominio público? Entre los frutos que nos dió, y son numerosísimos. ¿hay una reunion de sazonados y buenos, que pueda llamársele amigo de la justicia, y en su virtud, amigo nuestro? Es necesario tal conocimiento, porque los hermanos liberales, siendo católicos, quieren ante todo que sea declarado no enemigo formal de la Iglesia.

Ahora bien. Mirad la Europa. En los reinos y aún en las repúblicas, donde desplegó más fuerza el liberalismo y tuvo más secuaces, declaróse á la Iglesia católica la guerra: la instruccion fué sierva del poder político, sin exceptuar la de los clérigos en gran parte: las corporaciones fueron anuladas por ley ó dispersas; arrebatados fueron los patrimonios eclesiásticos, y el sacerdote fué reducido al oficial salario del Gobierno, ó debió pedir limosna; el Papa fué tenido por un potentado extranjero; fueron holladas las venerandas tradiciones del cristianismo; el culto sacro ridiculizado fué ó impedido; fueron comprados por el Gobierno (á lo ménos procuró que los compraran) los oradores del Parlamento; vióse á los periodistas siempre por la plaza, siempre atentos á proponer leyes contra el Catolicismo ó á vaciar contra él su saco de desvergonzadas acusaciones é impertinencias. Estos son hechos: ¿se

ve aquí fortalecida y floreciente la justicia? Los que sois católicos, ¿podeis llamar tales hechos no contrarios á la Iglesia?

Cárlos de Montalembert, aunque rendía su alma culto ferviente á la libertad, no vaciló en declarar gráficos tales hechos, ni en anatematizarlos con su elocuencia irresistible. Así escribe: «¿Qué diremos nosotros del liberalismo? ¿Del encaneido y mentiroso liberalismo, que domina hace sesenta años las inteligencias, habiendo con tanta frecuencia invocado, y, por decirlo así, palpado las inclinaciones más nobles y legítimas del corazón humano, sólo para que se declararan en pró de la envidia, de los celos y de la mentira, así como para condenarlas á los errores más humillantes y á las expiaciones más dolorosas? Mantuvo firme la pretension insolente de sustituir al Catolicismo despues de haberlo aterrado (1).» ¡Ah! ¡He oido una confesion franca y clara! Es de un liberal: el liberalismo, señores, se propuso aterrar el Catolicismo. ¿Es justicia esto? ¿Reconoceis vosotros al amigo en este insolente que abatirnos ansía y enterrarnos?

Me contestan: Si; el liberalismo, llevado adelante por políticos locos, movió al Catolicismo la guerra, lo cual debe considerarse deshonesto é injusto. Empero su guerra fué para la libertad. Ahora bien: en tal guerra no faltan bienes señalados á la Iglesia.

Por ejemplo. ¡Cuánto bien ha hecho á la Iglesia la discusion libre! De ahí las apologías más solemnes, que abren camino á las conversiones. Además, en el conflicto y en el padecimiento existió la gran ventaja de la purificacion y de la renovacion.

Hé aquí las preciosas prendas para el bien religioso, que nuestros hermanos sacan del liberalismo. Considerémoslas una por una.

¿Movió guerra para la libertad el liberalismo, declarándose contra la Iglesia? Lo niego: movió guerra para esclavitud. Decidme; ¿qué otra cosa quiso y qué cosa demanda cuando combate á la Iglesia sino subyugarla? Dice: *libertad de asociación*; y disuelve los frailes. Dice: *propiedad inviolable*; y á la Iglesia niega el derecho de poseer. Dice: *Matrimonio civil*; y no reconoce el matrimonio sacramento. Dice: *Libertad de palabra y de imprenta*, sujetando á procedimientos las circulares de los Obispos y las Encíclicas del Pontífice. Dice: *Iglesia libre en el Estado libre*; y resuelve la célebre palabra en el hecho de *Iglesia esclava en el Estado déspota*. ¿Qué guerra tan hermosa movida en pró de la libertad católica! No me liberteis, por merced; dejadme estar. Beso con alegría mis cadenas de cristiano y renuncio á vuestra magnífica libertad.

(1) Cárlos de Montalembert, *Des interets catholiques, au XIX siecle*, cap. III.

La discusion libre sirve á la Iglesia y promueve las apologías espléndidas que dan por resultado las conversiones.

Señores; las sectas de Cerinto y Ebion, que libremente discutian contra la divinidad de Cristo, dieron ocasion á San Juan para escribir el cuarto Evangelio: los paganos del siglo quinto, que libremente discutian contra la preeminencia del Cristianismo, dieron ocasion á San Agustin para escribir su libro admirable de la *Ciudad de Dios*: los partidos políticos del siglo décimo tercero en Italia, que libremente disputaban sobre la patria y el destierro, sobre la monarquía y la libertad, dieron ocasion á Dante para escribir la *Divina Comedia*: ¿reputaremos nosotros dignos de envidia, alegres y provechosos á la religion aquellos hombres y aquellos tiempos precisamente porque surgian tales libres discusiones? A fin de auxiliar á la Iglesia, ¿nos mezclaremos gustosamente con los detractores de Dante? ¿Nos uniremos á los paganos del siglo quinto, á los herejes de Cerinto y Ebion en el comienzo de la era vulgar?

De todas maneras aprovechan las apologías que surgen.

Esto significa que la verdad acometida por el error no queda sin defensa, y que siempre tiene razones que aducir para ser justificada. Es ciertamente más venturosa si la discusion se permite: horrible, por el contrario, y tenebrosos por demás son los dias, cuando los tiranos aplastan y los súbditos callan; cuando el demonio insulta y el ángel del cielo ha desaparecido. Empero si la verdad, hablando, justificase á sí misma, y se demuestra invencible, el error por otra parte, declarado enteramente libre y orgulloso con los auxilios potentes, ¿no hace un estrago espantoso? ¿Que la libre discusion dá lugar á las apologías, las cuales engendran á los convertidos! ¿Se necesita la conversion? Luego decís que hay personas extraviadas y pésimas: ¿de dónde proceden los pésimos, sino de quererlo discutir todo libremente? Quereis enderezar á los cojos y pedís que no se toque á la madre de cuyo vientre han abortado. Los que, como fruto de las apologías os llenan de gozo por los hermanos convertidos, ¿no veis á los pertinaces en el error á los cuales hizo este traicion? ¿No veis á los seducidos por el error puesto en el trono, aplaudido, y apoyado por los ordenamientos sociales corruptos? ¿No veis á estos vendidos, con los cuales bien se acomoda en el mundo el hombre por su naturaleza corrompido? Considerad que aquí, señores, los partidos no son iguales: hablamos nosotros de una verdad inerme y de un error armado. ¿Hasta qué punto por lo tanto debe serle difícil á la verdad conseguir el triunfo aún en medio de la pública discusion!

Es lo importante que penando y padeciendo la Iglesia se purifica y se renueva.

Arrojadla en el fuego para purificarla mejor: quemad sus tiendas, sus coronas, su cátedra y sus leyes. Renacerá el ave fénix de sus cenizas. Segun esto, el óptimo estado de la Iglesia es el de las catacumbas; su purgacion, y su fruto mejor, es el que produce bajo las llamas y la segur de los Césares latinos. ¿Acaso no es verdad que la sangre de los mártires fué semilla de cristianos? Por mucho que se quiera suponer contrario al bien del Catolicismo el estado de la civilizacion presente, no puede jactarse de tener esta la primacia porque aún no ha llegado á la ferocidad y brutalidad de los verdugos de la vieja Roma. ¡Florece la fé nuestra en las angustias y en las matanzas! ¡Sois hombres sérios los que así razonais? ¿Vosotros que al parecer anteponeis la tempestad y el ódio á la paz y al amor? ¿No hablais con ironía? A mí, que mantengo inmútable la realidad de los nombres y de las cosas, se me representa el hecho de distinto modo: vituperar no es bendecir, perseguir no es hacer gracia, y matar no es salvar. Si Dios saca la vida de la muerte, ¿podré inmolar al genio de la muerte y gritar á la Iglesia: *Te doy muerte para que resucites?*

Las obras del liberalismo relativamente á la religion son tales: ponen al enemigo de realce y son injustas: los males que nos aportan no son bastante compensados por el bien. ¿Cómo juzgar las prendas preciosas de una casi confederacion del liberalismo con la Iglesia católica, y decir que con nuestra fé acogida y no insidiada por el liberalismo, remediaremos las grandes desventuras del siglo XIX?

Miremos ahora el liberalismo en los hechos que á los pueblos atañen. No tendría la personal miseria de fingir si los hechos protestaran contra mí; si el liberalismo hiciese felices á los pueblos lo anunciaría yo á son de trompeta. Mas no; el directo enemigo de la Iglesia, viene á ser para ella enemigo tambien porque engaña y azota á los pueblos. Para quien las juzga, no hay rectitud en sus obras, ni justicia social.

Os dije con monseñor Ketteler que confunde la libertad con la igualdad. Es preciso, señores, que me corrija porque viene sustituida con una cosa ménos noble. El liberalismo no concede la libertad tranquila, ordenada, regida por la sana razon y el verdadero derecho, mereciendo en su virtud ella sola ser llamada honesta y beneficosa libertad, sino que dá en el desenvolvimiento de sus tortuosas espirales una libertad forzada, hipócrita, insolente, y por lo tanto, furiosa, que tiende á la licencia, y que compelida es á trocarse en revolucion. Por vía de prueba os doy los dos órganos más grandes de la libertad, ocupados

por el liberalismo y arrastrados donde impera: *el periodismo y la Cámara*.

Los periódicos y los diarios escritos por los liberales tienen esto de propio. Hacen ostentación de doctrina por lo cual se llaman *doctrinarios*. Sin embargo, su doctrina, mientras evitar parece los puntos más grotescos, nos conduce á ellos, porque los liberales no abominan la revolución, sino que por el contrario gritan con jactancia: «Todos somos revolucionarios (1);» sólo que, á la revolución perteneciendo, la quieren dirigir. Empero la ruin, no sufriendo la brida, bufa y brama arrojando de la silla con ímpetu indomable á los ginetes mal sentados. Márcos de Girardin hablaba de los periodistas liberales cuando lanzó esta censura de la prensa: «Dígase lo que se quiera: no creemos que una sociedad tan poco firme como la nuestra, puede sufrir la espantosa Babel de los periódicos, la cual impide que toda idea se afirme y que toda institución dure... Si un particular se pone á la cabeza de cuatro hombres para acometer á la sociedad, es juzgado culpable; si se pone á la cabeza de veinte mil asociados y cien mil lectores, la sociedad nada tiene que decir. ¿Es posible, preguntamos nosotros á los hombres de buena fé, que diez propietarios de periódicos den cada mañana la palabra de orden á cien mil personas entre las más cultas y más activas, como también que las amaestren, las apasionen, las engañen y las dirijan, sin que la nación sea perpétuamente soliviantada y subvertida? No debe por consecuencia producir asombro la inestabilidad del espíritu público en Francia, ni la breve duración de las opiniones en ella. Los periódicos son una inmensa fábrica de doctrinas hechas que los incapaces aceptan y á las que concluyen los capaces por someterse. Mientras la tempestad de las ideas brama en los periódicos, el suelo de la política será trasportado por el torrente de las revoluciones... Siempre habrá en la parte baja una oreja que oiga los sofismas de lo alto, y la misma idea, que pone una pluma en la mano del pensador, pone un fusil en las manos del homicida (2).» Por consecuencia, en los periódicos liberales la libertad se corrompe: mal dominada bajo el envoltorio de la nueva ciencia política y del sofisma, pierde la cabeza y échase á la rebelión.

Entremos en la Cámara legislativa.

Si el liberalismo está en ella y domina (lo cual sucede casi siempre), la libertad se contrista y se tapa los ojos con un velo fúnebre. Los habladores políticos vienen á ser sus azotadores, por cuanto en tales

(1) El diputado M. Minghetti en el Parlamento de Turin, 27 junio de 1837.

(2) Márcos de Girardin en la *Presse* del 1839.

circunstancias la Cámara es un círculo, donde la libertad, enclavada por el liberalismo, tumultuosamente forcejea sin lograr meter con espontáneo movimiento á la luz sus resultados: va de los de la derecha á los de la izquierda, y de los de la izquierda á los de la derecha: va y vuelve de continuo encerrada en las férreas razones de la política, no pudiendo atender bien á la libertad civil y á la estrangulada rabia, y se hace sectario, estallando con frecuencia en tumultos. Quiero creer al cínico Proudhon, el cual así pintó la tribuna francesa: «Desde el 1789 al 1799, desde el 1814 al 1851 la tribuna constituye la gloria del genio francés: su silencio es nuestra vergüenza: es verdad. Mas haciendo traicion á todos los partidos, patrocinando todas las causas, dando el espectáculo de las más vergonzosas palinodias, sirviendo ménos á la verdad que á la intriga, enviando los unos despues de los otros al patíbulo y al destierro la monarquía, la Gironda, los Jacobinos, los «termidorianos,» los *clichyens* y los socialistas, ¿por ventura no se refutó á sí propia? ¿Acaso no hizo decir que la voz de la revolucion era una voz de mentira é iniquidad? *Mentita est iniquitas sibi* (1).»

En esto consisten los bellos regalos que por el periodismo y la Cámara legislativa el liberalismo hace á la libertad de los pueblos.

Dejemos que nuevamente hable Cárlos de Montalembert. Miró él un día el liberalismo, cuando habia recibido un golpe terrible, así escribiendo con ira y con verdad: «El liberalismo ha desconocido siempre é insultado el poder de los nombres; es un nombre que dos veces invocado y consagrado por todo un pueblo, confundió primero y destruyó despues las creaciones de su orgullo: queria que principiara el mundo en 1789; mas, á nombre de las ideas y de los principios del 1789 lo condujo con el látigo; despues de azotarle, surgen escritores formados en su escuela, que insultan su ruina... Estos doctos y estos liberales condujeron tan bien las cosas públicas, que dos veces en medio siglo su sistema produjo el abandono y la supresion posible de todo derecho y de toda libertad: ¿esto entre los aplausos de las honestas personas espantadas! Sí; dos veces durante cincuenta años, los pueblos, desengañados por el exceso del mal y desalentados por el fuerte sacudimiento de la máquina social, echaron la libertad, con las manos atadas, á los piés de un dominador. Tales son las conquistas del 1789: tales los triunfos de lo que se ha osado intitular la razon y la sabiduria moderna (2).»

En este Conde de Montalembert terrible el acento es tan airado, tan

(1) PROUDHON, *De la justice dans la Revolution et dans l'Eglise*.

(2) CÁRLOS DE MONTALEMBERT. *De los intereses católicos*, lugar citado.

lloroso y tan desolado, porque ve salir del liberalismo el mónstruo de la tiranía. Á tiempo habíale avisado un respetable amigo suyo: abría los ojos en parte y se apartaba en parte de los liberales, á fin de no abrazar enteramente en su pecho el mal vástago mientras los sucesos confirmaban poco á poco el aviso. El Padre Lacordaire, jóven, escribía á más jóven Conde de Montalembert para libertarle de los lazos de La Mennais, y hacia estas interrogaciones profundísimas: «¿Sabes tú lo que sucederá mañana? ¿Conoces los destinos de la Europa? ¿Sabes si del liberalismo que tanto place no saldrá la servidumbre más insufrible que nunca pesó sobre la raza humana? ¿Sabes tú si no debe ser restaurada por él la servidumbre antigua, y si tus hijos no gemirán bajo el látigo cruel del victorioso republicano? ¿Y quisieras tú que dejara el Soberano Pontífice su modo de ver sobre los acontecimientos que ha formado hace diez y ocho siglos toda la divinidad política de la Iglesia? ¡Ah! Tú acaso blasfemas de lo que á tus hijos salva del oprobio y de la miseria (1).»

Los hechos del liberalismo, en cuanto se refieren á los pueblos, están descritos por mí: son injustos. La misma libertad que se coloca entre nosotros sobre todo bien queda envilecida y menospreciada: realmente, como un doctor de la Iglesia ha dicho, la libertad es la accion de la justicia (2), no conseguís de ningun modo la libertad, porque no tiene el liberalismo verdadera accion de justicia. Sin la deseada rectitud, sin la amistad y la caridad del pueblo, ¿deberé yo persuadirme de que algunos de nuestros hermanos se pueden servir del liberalismo para curar las heridas de la edad presente?

Aténgome á tal pensamiento: tengo aún en los labios esta opinion y sale á mi encuentro quien altamente me grita. Sois injusto. ¿Por qué al hablar del liberalismo os ceñís á describirnos los males únicamente? ¿Por qué al mismo tiempo no magnificais los bienes en los cuales es fecundo? Hé aquí uno grandísimo, prenda para nosotros de bienes infinitos. El liberalismo sirvió á los pueblos maravillosamente para reavivar y mantener firmísimo el sentimiento de la nacionalidad.

Admitamos como un inmenso bien la nacionalidad; admitámoslo como prenda ú origen de otros muchos bienes; busco y no hallo el sentimiento nacional avivado y mantenido firme por el liberalismo.

No hablamos de Italia, que acaso, señores, llamareis hija del liberalismo. Escribió Juan Jacobo Rosseau: *Necesítase mucha filosofía para conocer las cosas que tenemos muy cerca*. Realmente la Italia está muy

(1) El Padre Lacordaire al Conde Cárlos de Montalembert. París, 2 diciembre 1833.

(2) *Iustitiz actio libertas dicitur*. SAN ANSELMO.

cerca de nosotros: podemos incontinenti besar su semblante, como Bruto con sólo inclinarse daba el famoso beso á la tierra patria. Está, pues, Italia, demasiadamente cerca de nosotros, y no sé si somos insignes filósofos para juzgarla bien. Si pedís que uno de los nuestros hable, os citaré á Máximo de Azeglio, el cual profirió sobre nosotros la expresion memorable: *La Italia se hizo; pero aún se han de hacer los italianos.*

Llevando el discurso á otros pueblos y á otras tierras, ¿con qué pecho y valor me aseguran que el liberalismo avivó y mantuvo firmísimo el sentimiento de la nacionalidad? Lo debilitó, por el contrario, barbarizándole, digámoslo así.

Mirad la Francia. Es el país clásico del liberalismo: lo vió nacer, por cuanto ella misma, en sus concepciones enciclopédicas, y en sus entrañas febriles lo engendró, entronizándole en las asambleas, en las universidades, en las milicias y aún en los tugurios de los pobres: ¿qué recogió? Aquella nacion grande antes de aquel parto, nacion gloriosa y formidable, cayó, levantóse, y vaciló por su culpa con incesantes vicisitudes: corrompióse, se desmenuzó en facciones y llegó á tanta debilidad que no es casi la grande y la temida nacion. La madre del liberalismo allí está con sangrientas heridas en sus miembros, con sus laureles sin hojas y con las banderas rasgadas: el cisma social y la confusion, salidas del cerebro, de la boca y de las manos del liberalismo desarmaron é hicieron que perdiera su poder el cristiano soldado de los siglos. Bismark, refiriéndose á la Francia liberal vencida, dijo en los periódicos alemanes: «La Francia es como una division de cuatro Estados independientes y rivales: la Asamblea, los legitimistas, los bonapartistas y los republicanos rojos (1).» Así es: dividida se halla por cuanto el liberalismo, que es sofístico, desune y descompone: está condenada porque el liberalismo que tiene tendencias ateas, es teoría de condenacion. Se ha tanto embebido en el sentimiento de la nacionalidad, que casi perdió su sentido. ¡Oh humana miseria! Voltaire, el horrible adversario de Cristo, el loco alabador de Federico II, el que celebraba las victorias del rey de Prusia contra la Francia; Voltaire, que salió ya del corazon de los mismos inerédulos, viene á ser el ídolo de los liberales franceses en nuestros días: le decretaron una estatua de bronce sobre una plaza pública de París. ¡Cosa detestable debemos decir! Levantaron el pedestal de aquella estatua y prorumpieron en vivas ruidosos cuando tenian á las puertas los ejércitos del rey Guillermo. Fuera el sonido de la trompeta prusiana: dentro el hosana á

(1) Opinion de Bismark sobre la República, el Imperio y los Borbones, 1872.

Voltaire. Cantaron himnos al gran amigo de los adversarios que llegaban. ¿Es este el sentimiento avivado de la nacionalidad? Es un pueblo estúpido, que no comprende ya la menor cosa. ¡Oh miseria humana!

¿Qué diré de la España? La antigua vencedora de los moros; la primera estirpe de la Europa, igual á la Grecia por el arte, y á la Italia por la epopeya; la conquistadora del Nuevo Mundo; la que castigó á Napoleon I; la que tuvo en sus días más bellos su Lepanto, como los Griegos su Salamina, desmesuradamente más vasta que la Grecia, hasta el punto de que no se oscurecía el sol en sus propios dominios, está postrada. ¿Quién, señores míos, la postró? ¿Quién arrancó de su mano las glorias de sus profetas religiosos, de sus monarcas, de sus capitanes, de sus navegantes, de sus poetas, de sus políticos, y casi pudiera también añadir de sus brigantes? El liberalismo. Escarnecida fué porque llena estuvo de monjas, de frailes y de inquisidores. Con los frailes y las monjas, con los inquisidores no pagados por el Pontífice, sino por el Gobierno, levantábase tan respetada y fuerte, que parecía dictar la ley al mundo. ¿Dónde aquella temida está? ¿Dónde se halla la tierra de Isabel y de Fernando, la patria de Jimenez, de Cervantes y de Calderon? Hace cuarenta años que á su cuello saltó el demonio del liberalismo y atizó la discordia civil, cual lobo que chupa la sangre; apagó las privadas hogueras de los inquisidores para encender las públicas de los liberales: incendió conventos, desgarróse y devoró en el burdel su vigor nacional. La indómita region que inventaba su terrible *Si no, no*, delante del rey, no supo repetir el *no* delante del liberalismo, cayendo. Allí está la España, crucificada por el liberalismo, frenética é impotente, objeto de inmensa tristeza para el historiador que la contempla.

Mas si cayeron España y Francia, surgió la Prusia.

¿Cómo surgió, señores? La Europa lo sabe y lo vé; surgió con lo que llaman *militarismo*: fué una de las pocas naciones modernas, donde la fuerza política y militar no se dejó engullir por la jactancia y la sofistería de los liberales: chocó con ellos, los tuvo contenidos, y fué grande. Mas esté la afortunada en guardia; en la embriaguez de sus laureles no se deje conducir al aura del liberalismo, que respira procedente del Sena, circulando sobre la Sprea. Parece que despues de la victoria tápase los ojos para no ver el ordenamiento presente del Imperio germánico. Guillermo Manuel de Ketteler, invicto Prelado de Maguncia, deponia hace poco su credencial de diputado sobre los escaños de la Asamblea de Berlin, diciendo: «Admití el honroso encargo de representante del pueblo aleman, cuando había esperanza de bien; ahora lo renuncio, porque se admiten los errores del liberalismo, y los vencedores se plegan á los vencidos.»

Probada está mi segunda parte. Examiné los hechos de la historia del liberalismo, pertenecientes los unos á la Iglesia y los otros á los pueblos, no tardando á llegar el cabal conocimiento. En este doble orden de sucesos y de obras, el liberalismo es injusto de la propia manera: no es el amigo de la Iglesia, á la cual mueve persecucion obscena, ni el amigo de los propios pueblos, que subvierte, y á los que hace traicion. Fallan, por consiguiente, las garantías que presumen poder sacar de él, por cuanto en vanísima cháchara ó en mentira se resuelven.

Esto sentado, resulta evidente lo que debo responder á los hermanos nuestros, que piensan poderse servir del liberalismo para salvar la sociedad civil. No: esta no es una tentativa que salga bien, permitids por ello: la Iglesia, para dar fruto, quiere la justicia en los hechos; no siguen los aludidos históricamente aquella norma suya, siendo laa obras del liberalismo deshonestas.

Es notorio el procedimiento del Catolicismo al disponerse á salvar el mundo: promulga la verdad en las doctrinas, y en las obras quiere la justicia.

Si bien esto parece bastar al intento de Dios y de la religion, una cosa sin embargo necesita. Realmente para comunicar la verdad con la enseñanza y conseguir la justicia con los hechos, un medio se necesita: es preciso que por este medio se ponga el Catolicismo á tratar con los hombres. Ahora bien: en mano de Dios y de la religion abundan los medios muchísimo, entrando en ella toda clase de medios espirituales y físicos. Mas siempre requiérese una condicion y es que resulten idóneos á fin de acoger y trasmitir el precio y el valor de la redencion. Por esto Jesucristo, Padre de los redimidos, se coloca entre Dios y los hombres como *sujeto* á un tiempo y *medio* de la redencion universal, siendo la santidad por sí mismo, y el paciente; la Iglesia modelando en Cristo los medios abundantes de que se sirve, los quiere santos con aquella santidad, y perfectos con la misma perfeccion del Hombre-Dios. Así se realiza el sublime y piadoso plan *Instaurare omnia in Christo* (1). En su virtud, dad á la Iglesia un instrumento, un medio que á la redencion de Jesús no se rinda, ni á la santificacion del hombre se preste: lo rechaza. ¿Qué tengo yo que hacer con el pecado? exclama. ¿Qué concordia puede haber entre Cristo y Belial? *Quæ autem conventio Christi ad Belial* (2) Yo, para daros la verdad y haceros gozar de la justi-

(1) San Pablo, á los Efesios, cap. I, v. 10.

(2) San Pablo, 2.ª á los Corintios, cap. VI, v. 15.

cia, quiero todo lo santo y honesto, ó que á la morigeracion se plega.

De tal manera, dicen entre mis hermanos los secuaces del liberalismo, si para salvar el mundo se quiere usar un medio excelente, ó que para el bien resulte adaptado, no nos debamos entregar á la desesperacion. ¿No es tal precisamente nuestro propósito? ¿Por qué tardaste tanto á entendernos? Cuando nos propusimos poner en obra el liberalismo para la salvacion social, estábamos firmemente resueltos á que fuera bueno el propio liberalismo: queremos con medios dulces y agradables convertirlo á nosotros, no mostrándole rostro áspero y duro, para convertir así á la Iglesia la familia humana que yerra.

Entramos en nueva disputa. No se trata ya en esta parte nuestra de si los católicos con el liberalismo, cuyo concepto falso demostramos, haciendo ver además que sus obras son deshonestas, pueden favorecer á la humanidad: se trata, por el contrario, de ver si, auxiliando como liberales á la humanidad, pueden convertir al propio liberalismo. Ciertamente si consiguiieran esto, resultarían victoriosos, despojándole de sus doctrinales falsedades y de sus injusticias prácticas, volverían con traje no visto los amados salvadores de las gentes. Los Apóstoles convirtieron al mundo con el dogma de la autoridad: los católicos liberales convertirán al mundo moderno con el dogma de la libertad.

Mas señores; ¿considerais válido tal anuncio de cosas alegres no esperadas hasta el presente? ¿Teneis confianza en un éxito feliz? ¿Caminarán nuestros liberales por via diferente al término de los Apóstoles? ¡Ah! no: pongan al liberalismo alegre cara, adúlenlo y acarícienlo; no lo aparten con el recuerdo de los tiempos pasados; hagan cuanto quieran á fin de atraérselo: no lo sacarán de su pendiente propia, ni lo llevarán á que reciba la firmeza de los principios sobre la piedra del fundamento católico. ¡Oh Iglesia! ¡Oh Iglesia de Dios! Viste venir á tu seno á los culpables más insignes; mas no verás al extraviado este venir á tus brazos con el arrepentimiento en el alma.

Lavoisier, con la potencia de su genio creador, imaginó una trasposicion ideal y una trasformacion de la tierra: dijo que si esta se hallase de pronto colocada en una región fríasima, el agua que forma nuestros rios y nuestros mares, así como el mayor número de los fluidos que conocemos, se convertirían en montañas y en durísimas rocas primeramente diáfanos, homogéneos y blancos como el cristal de roca, las cuales despues, mezclándose con sustancias de diferente naturaleza, vendrían á ser piedras opacas de diversos colores. En esta suposicion, el aire, ó á lo ménos en gran parte los «aeriformes» que lo componen, perdiendo su estado elástico, volverían á su estado anterior, produciendo así líquidos nuevos no esperados.

La teoría de Lavoisier, á que llegó sólo con la fuerza de su pensamiento, pareció utópica porque le faltaban pruebas peculiares y directas; mas los estudios y las pruebas que despues hicieron sobre lo mismo Faraday y Thilorier, demostraron que era credibilísima.

Imaginé, señores, á mi vez una trasformacion ideal de la sociedad presente: imaginé yo el liberalismo ganado por mis hermanos al catolicismo. Ví sus aguas furiosas y sus líquidos turbulentos detenerse y trasformarse en cuerpos sólidos; ví que se convertían estos en cristales diáfanos y blancos: era el liberalismo que sonreía á las caricias y promesas de los nuestros. Empero poco despues el liberalismo se hacía opaco y brusco, porque no se anunciaban otras promesas: pasado algun otro tiempo, perdía su nueva forma. Despues de las promesas habia descubierto las resistencias. Los líquidos, un momento cristalizados, tornaban á ser líquidos. Aquí está la cosa. Por mucho que se intente sacar al liberalismo del despeñadero, señores, no se logra: por mucho que se intente hacerlo descansar trasformado sobre la piedra del cimiento católico, la empresa no se realiza: el impenitente mal disfrazado de católico, vuelve á sus maldades. ¿Quién más indulgente, amoroso y benéfico que Pio IX? Habia dado á los liberales el beso del perdón, y les habia llamado de retorno á la Ciudad Santa, á fin de que viesen cuán generoso y cuán amigo de los hombres era el catolicismo: ¡quiso que apreciaran cuán pródigo era el Padre de familia y el Vicario de Cristo, así como cuán bueno y elemente Dios! ¿Sí? Las augustas palabras se las llevó el viento: el liberalismo vistióse un instante de creyente, se arrodilló en el umbral de *San Pedro*, dijo aleluya y gritó: *Santo Padre, bendicenos, porque somos tus hijos*. Despues alzáronse y apuntaron el cañon contra la puerta del palacio del Papa. ¿No lo dije? Las formas blancas y cristalinas sólo duran una hora, y los líquidos vuelven á ser líquidos. No hay medio de convertir á un hipócrita.

Os manifesté mi tercera proposicion: la Iglesia, para dar fruto con los medios de que se vale, los pide á propósito para la redencion. Ahora bien; mis hermanos, recurriendo al liberalismo, mal esperan moralmente del instrumento suyo, incorregible por su naturaleza.

He sentado una afirmacion, iluminándola en parte; mas siento que muchos ansiosos me preguntan: ¿por qué mientras se aguarda el arrepentimiento de todos, el liberalismo no se corrige?

¿Por qué? Porque, señores, lo que constituye verdaderamente el liberalismo, es vicio. Observamos que no se cura de Dios; que lo pone á un lado; que prescinde de toda razon de divinos y eternos derechos relativamente al hombre: observamos que coloca la fuente del derecho en la *masa popular*, sacando de lo bajo, únicamente de lo bajo, la le-

gislacion social, haciendo gemir la religion y la misma libertad. Esto, ¿qué os dice? ¿Qué viene á ser el hombre que á Dios destierra, colocando la *masa* en su lugar? Es un soberbio este hombre. El liberalismo es el orgullo encarnado en sus sectarios personalmente: es el orgullo que sube de la hez, invasor, coronándose con la derrota de sus émulos, de sus superiores y de sus adversarios: contrario al liberalismo es cuanto lleva fé divina y siente que la dignidad humana no se puede borrar. Ahora bien: ¿pretenderíais convertir el liberalismo? Es necesario para ello convertir al orgullo mismo. Empero si el orgullo se convierte y cesa, cesa y desaparece además el liberalismo. Por consecuencia, ó no existirá liberalismo en el mundo, si vuestra causa triunfa, y entónces no gritareis: *nos servimos del liberalismo*, ó existiendo, y continuando en el mundo el liberalismo, se sustraerá siempre á vuestros cuidados de conversion. Es incorregible.

Con aire triste y con algun despecho en los lábios, algunos se abandonan á una última queja. Lo vemos ahora nosotros: si no queda esperanza de convertir al liberalismo, y entre tanto domina la sociedad civil, nos vemos condenados á recibir la servidumbre enmedio de nuestra inercia. El liberalismo nos tratará duramente, y nosotros estaremos con las manos en la cintura, siguiendo ignorantes y hechos unos poltrones. ¡Oh hado deplorable! Sin embargo, cual católicos, nos gloriamos de ser militantes.

No soy un aristarco, señores; miradme atentos y exploradme: aquí estoy: no levanto el látigo para herir al que obra, ni alzo el dedo á fin de hacer callar al que habla. Os digo. Observad cuántas son en el reino del liberalismo las cosas en que podeis intervenir como católicos sin que la conciencia se manche, y dedicaos á la apasionada empresa. Haced esto; mas no aguardéis la moral renovacion del mundo; no exalteis, por consiguiente, al liberalismo para el mejor de los ordenamientos sociales; no participeis de su espíritu, ni respireis su aura: ésta es mortal si aquel espíritu que lo agita encuéntrase contaminado. Obrad como quien viaja en país extranjero y enemigo: está bien que arranqueis una flor ó alguna hoja de un arbusto. Mas no recibais las costumbres de aquellos extraños y hagais el código vuestro con aquellas leyes?

¿Os pesa seguir con las manos cruzadas? ¿Quereis obrar? ¿Quereis combatir siendo militantes? Teneis razon: aquí está vuestro campo; aquí está nuestro enemigo comun, el orgullo humano. ¿No pusimos de realce que el liberalismo es el orgullo precisamente? Combatid, pues, hermanos, el orgullo. Decid y publicad que sólo el Señor es grande; que ante Dios es el hombre demesuradamente pequeño: decid, estam-

pad y predicar en el llano y sobre las alturas, que humillado será quien se exalta y sublimado quien se humilla; decid y demostrad con vuestra conducta que la soberbia es de Satanás, para cuyo castigo está el infierno; que la modestia es de Dios, cuya final recompensa es el cielo. ¿Quereis obrar? ¿Quereis combatir? Asaltad al enemigo en su roca fuerte, ó sea el corazon del hombre; asaltadlo con todas las armas que la naturaleza y el cristianismo os han puesto en la mano: con el ingenio, con las obras de la civilizacion, con la fé, con las plegarias, con las instituciones santas y caritativas, con la pureza de las costumbres. ¿Quereis combatir? Estos que yo menciono, y á los cuales os insto, ¿no son los más poderosos y los más ilustres combates? ¿No tenemos por palenque la tierra, por soldado el alma del hombre, por espada la virtud, y por espectadores los hombres y los ángeles? ¡Oh gozo! Los modestos y los humildes de la cruz, los pusilánimes del Calvario, vencieron á los gigantes de Roma y del paganismo; ¿qué no harán los nuevos humildes y los nuevos modestos discipulos de la Iglesia? Lanzado Satanás del corazon del hombre, destruido el imperio del liberalismo, Dios entrará nuevamente con sus derechos y sus leyes en la sociedad civil.

El problema está resuelto.

Fiero motivo de disputa nos han traído en estos dias algunos de nuestros hermanos. Oíles yo exclamar: Queremos obrar el bien de los liberales: queremos que pase con el liberalismo la Iglesia á la humanidad, á fin de salvarla. Ví que en el liberalismo, considerado doctrinalmente, tenian luminosas visiones; que de él, considerado históricamente, sacaban preciosas garantías, y que en él, por último, moralmente considerado, cifraban esperanzas felices.

El razonamiento por mí aducido prueba su engaño. Primeramente la Iglesia, para producir fruto, quiere la verdad en las teorías; sin razon enamóranse doctrinalmente del ídolo, por ser falso el concepto del liberalismo.

La Iglesia, en segundo lugar, para producir fruto, quiere la justicia en los hechos; siguen sin razon históricamente aquella norma, por ser deshonestas las obras del liberalismo.

En tercer lugar, la Iglesia, para producir fruto con los medios de que se vale, quiere que sean dignos de la redencion, y sin motivo esperan en su instrumento, porque por su naturaleza el liberalismo es incorregible.

Ahora, resuelto el problema, definido lo verdadero y lo falso, lo excelente y lo pésimo, ignoro á qué juicio público debe someterse la persona del definidor. Hablo con desconfianza de mí.

¿Qué pensará, señores, el mundo de mí? ¿Juzgará buenas mis razo-

nes, ó gritará: Hoy el sacerdote, al herir al liberalismo, ha voceado imprudentemente, desfogándose contra los órdenes nuevos y las glorias de nuestra civilizacion?

Diga y grite: no me aterra el juicio del mundo profano: mi juez mejor es Dios. Mis hermanos, que habitan en el mundo, y no lo quisieran perverso, me darán de buen grado vènia para que, siendo hermanos, les hable como hermano. La sàbia mujer, madama de Swetchine, oportunamente dijo: «Seamos generosos é indulgentes con nuestros enemigos; mas ser debemos severos con nuestros hermanos, por nosotros enaltecidos y amados tiernamente. ¿Acaso las culpas de los católicos no nos hieren en lo más vivo, que todas las injusticias é iniquidades de sus adversarios (1)?» Por consecuencia, el calor del discurso, en el cual se derrama el corazon, estréchame más y más á mis hermanos; con el mismo calor que sentí yo y con el mismo corazon, os añado ahora: Arrojad el liberalismo, sistema falaz; no os prometais con él la restauracion del mundo; no digan... «Nosotros los liberales salvaremos la sociedad.» Vendrá la restauracion; pero con otro método y de otra parte. ¿Sois en su virtud repelidos por los incrédulos y por los profanos? ¿Sois dejados solos? Paciencia. Mejor es ser rechazados que quedar corrompidos: *Moriamur in simplicitate nostra* (2). Pensad que muriendo así para la turba de los liberales, limpios é integérrimos conservándoos, salvareis—sólo así—los profanos y los incrédulos. Pensad el noble desden que alguna vez caracterizó á los Grandes en las ingratitudes de la patria. Escipion salia de Roma negándole sus huesos; mas aquel ejemplo dado, pesaba en la balanza de la salvacion de Roma. Aristides, condenado y repelido de Atenas, tomaba la vía del destierro: más tarde lo llamaba de nuevo Atenas arrepentida. Sereis vosotros llamados nuevamente; volvereis, hermanos mios, á recibir las caricias y las amabilidades de la patria, á fin de darle la vida.

Está tomado mi partido. No tengo fé yo en el liberalismo; mas sí en la intervencion social de Dios y en las leyes restauradoras de su Iglesia. En estas me fijo y oïro señaladamente á su tenor: áun para mí lucirá el alegre día. Hoy me desprecian; mas llamaránme mañana los gritos de los necesitados: hoy me oprimen y permanezco. Dispóngome á presentar mis razones al que se canse de haber oïdo al mundo: hablaré mañana. No hurgo á la multitud á fin de adelantar: no me quisieran hoy y no me agito. *Nen in commotione Dominis* (3). No me agito,

(1) Madama de Swetchine. Obras t. 2, pág. 227.

(2) 1.º de los Macabeos, cap. II, v. 37.

(3) 3.º de los Reyes, cap. XIX, v. 2.

mas no desespero, ni interrumpo mis obras, por saber que debo insistir mucho tiempo para lograr victoria. No tomo divisas nuevas para que me acepten, ni asumo títulos nuevos á fin de hallar amigos entre los que lo son del siglo: yo, hijo del Eterno Dios, aborrezco estas novedades. Hace mucho que tengo mis títulos, porque me los dió la Iglesia: pensó bien ella en marcarme con su sello, á fin de que no marchara confundido con los errantes. No me llamo, pues, católico liberal. Grito con el antiguo magnánimo Paciano. Tengo un nombre y un apellido: «Mi nombre es el de cristiano, y mi apellido el de católico.»

CONFERENCIA X.

SI LOS SEGLARES DEBEN TOMAR PARTE Ó NO

EN LAS PRESENTES LUCHAS DE LA IGLESIA.

El método de razonar seguido por nosotros, expresado en problemas, y la eleccion además de los temas contrastados que necesitamos debatir, os dicen, señores, que nos hallamos en una terrible situacion: seguimos la polémica, la cual es la guerra.

Es guerra cuando probamos al hombre que no le toca el titulo de creador de Dios; cuando le convencemos de que hay una historia de la divina revelacion diferente de la de la supersticion; cuando lo constreñimos á decir que debe ser uno el sagrado culto, como tambien que solamente á los católicos toca el derecho de predicar el Evangelio. Es guerra cuando, ciñéndonos á la religion católica, probamos que todavía en el mundo es posible; que por la pérdida del dominio temporal de los Papas no debe tomar nueva forma; que por su carácter es progresiva; que mal se realzaría con la democracia del clero, y que mal obraría pretendiendo salvar la sociedad con el liberalismo. Es por consiguiente guerra la nuestra: guerra sostenida á pecho firme contra los errores que rebosan con toda su plenitud dentro del siglo XIX.

Mas esta guerra que nosotros hacemos desde el púlpito católico, que tiene por punto general el enemigo en los acampamentos de la tierra, tiene un término sensible á que mira y al que principalmente, señores, apunta: este término es la Iglesia de Jesucristo.

La Iglesia combate; mas no rompe la guerra: al combatir, para los

golpes, se defiende y no más: quien rompe la guerra es el enemigo, que asáltala.

Asáltala cuando dice: enseñas vanamente la realidad de Dios, que no existe, fuera del creado por el hombre. Asáltala cuando dice: no existe una historia de la divina revelación; el error y la verdad se confunden; no debe haber unidad de creencias, ni sacerdote que anuncie de modo autorizado el Evangelio: estás hundida; la pérdida del dominio temporal de los Papas te aterra. Y cosas semejantes. Por lo tanto, si hay una guerra, como existe cruel é implacable, brota del mundo corrompido y descárgase contra la Iglesia madre de los creyentes.

Ahora, señores, he pensado: la Iglesia es acometida y envuelta en un conflicto: ¿quién combatirá en su favor? Los Papas, los Obispos, los sacerdotes. Ciertamente: atentos están al combate; los ministros de Dios son los primeros enviados por el Nazareno á la lucha del error, enviados á vencer las tentaciones del abismo, del siglo y de la carne. Empero, ¿combatirán ellos solamente? ¿No tendrán los sacerdotes por compañeros á los seglares?

Hago esta pregunta, encontrando incontinenti las repulsas y las fáciles oposiciones: aquí nuevamente la conjuntura amarga de que aún entre los buenos hallo á los que disienten y á los que disputan.

Los hombres perezosos y terceros, que abundan mucho en la plebe cristiana, dicen: ¿Por qué nos dirigen á nosotros esta invitación? Puesto que los golpes van dirigidos á la Iglesia, corresponde á los sacerdotes rebatirlos con las armas santas de la religión y del Evangelio: ¿tenemos acaso la obligación que incumbe á los sacerdotes?

Estos hablan aún, cuando los indiferentes y los ciegos, que no faltan entre los cristianos, encógense de hombros, murmuran y dicen: ¿A nosotros qué nos importa? Relegados como estamos en el círculo profano, nuestro cometido es procurar el bien y la seguridad de la vida social.

Después de los primeros y de los segundos aparecen los desconfiados. Tienen clara la luz del entendimiento, ven la necesidad de sostener al clero, y exclaman con horror: ¡Ay! La batalla es formidable: somos tan pequeños y tan inhábiles; estamos tan desprovistos de medios, que sin duda es una desesperación querernos agregar al sacerdocio en el conflicto. ¿Qué podemos hacer? Orar y gemir.

Así piensan y discurren muchísimos: llamados á combatir en pró de la Religión se apartan y se niegan: en su virtud, dejando á esta parte nuestra palabra de invitación y á la otra su acento excusándose, plantean algunos este problema: ¿Deben intervenir los seglares en las presentes luchas de la Iglesia?

Yo, que oído he las voces de los indicados, habiéndolos convertido en objeto de meditacion á los piés del Crucifijo, delante de las miserias de mi edad, digo: son voces de gentes que yerran, y no hay que hacerles caso. Es preciso mover á los perezosos, iluminar á los ciegos y fortalecer á los medrosos. Digo: sí; los seglares deben tomar parte activa en las modernas luchas de la Iglesia católica.

¿Y por qué?

Porque llámales á ellas la fé, los impele á ellas la causa social, y los habilita el estado de la presente civilizacion.

Salomon reprendió al perezoso y le dijo: «Anda, oh perezoso; vé á la hormiga y considera sus obras: *Considera vias eius*. Mira cómo ingeniosamente trabaja; cómo guerreada por el agua, por el hielo, por los elementos hostiles, procura defenderse contra ellos, fortificándose luego en su celda y lanzando á sus enemigos fuera. Mira, y aprende á ser sábio: *Discite sapientiam* (1).

A nuestros seglares que toman consejo de la pereza, no queriendo tomar parte activa en las luchas de la Iglesia, grito yo con igual tono: Moveos, indolentes: venid á contemplar, no la hormiga indicada por Salomon, sino la Iglesia fundada por Jesucristo. Ved cómo se afana, y trabaja: ved cómo, acometida por el mundo contaminado, que procura destruirla, se defiende, hace que se fortifiquen las filas de sus hijos, opone su escudo, reprende á los que atacan mal, invocando al Dios de los ejércitos á fin de que la socorra con su fuerza y le dé risueña victoria. Venid, meditad, tomad puesto en la milicia donde fuisteis inseritos. Agitaos, oh indolentes, y aprended la verdadera ciencia.

Verdad es que los perezosos seglares no se conmueven por las desventuras y voces doloridas de la Iglesia. ¿Por qué somos invitados á combatir? Los tajos se dan sobre la cabeza y las partes eminentes de la religion. Pues las ofensas son para los sacerdotes, que las rechacen ellos. Ya que no somos sacerdotes, no debemos interrumpir nuestra paz para meternos en guerra.

Un día el pueblo de Roma se dió á fiera rebelion contra el Senado: gritaba, pateaba y movía sus puños cerrados. Hé aquí que por orden del Senado comparece un hombre venerable: Menenio Agripa, vencedor de los Sabinos, quien asciende *al monte sacro*, y exclama entre la muchedumbre agitada: Los miembros del cuerpo humano un día determinaron no más obedecer á la cabeza como antes, sino seguir en paz, sin hacer nada. La cabeza gritaba: *Seguid á mis órdenes*; mas aquéllos respondían:

(1) Proverbios, cap. VI, v. 6.

No; no te conocemos ya por emperador nuestro: ¿á qué fin darnos á la fatiga que nos impones? Duraba la lucha muy acerba: el vientre seguía vacío y aquéllos se sentían en breve morir de hambre:—El apólogo del Cónsul romano fué comprendido y el pueblo se aquietó.

Señores, un apólogo más sublime que el de Agripa, es recitado no sólo al pueblo de Roma sino á todos, encima del monte verdaderamente sacro de la Iglesia y delante del universo. Lo recitó el Apóstol San Pablo: escuchadle: «Tampoco el cuerpo es un miembro únicamente, sino muchos. Si dijera el pié: Pues no soy mano, no soy del cuerpo; ¿dejará por eso de ser del cuerpo? Y si dijere la oreja: Pues no soy ojo, no soy del cuerpo; ¿dejará por eso de ser del cuerpo? Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato? Mas Dios colocó en el cuerpo muchos miembros y los colocó segun le plugo. Que si todos fuesen un sólo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Por eso ahora, si bien los miembros son muchos, el cuerpo es uno. No puede decir el ojo á la mano: No he menester tu ayuda, ni la cabeza á los piés: no me sois necesarios. Antes bien aquellos miembros que parecen los más débiles del cuerpo son los más necesarios.» Así el Apóstol que añade más (1).

Yo, señores, hablando á vosotros los seglares, concederé gustosamente que no sois el ojo, ni la cabeza del cuerpo místico de la Iglesia: mas conocéis este cuerpo y os unís á él de orgánico modo formando parte de sus miembros, lo cual es todo para que debais corresponder con la virtud en la comunión de los santos, resolveros al bien, como criaturas vivas y no corruptas del cristianismo. ¿No descubris que, aún cuando no seais ojo, ni lengua, llegais á ser brazo, ó una de sus manos, miembros reales en suma del cuerpo, y que, no queriendo cooperar echariais el cisma en sus partes complejas, impidiendo fuera la consecucion de la virtud? ¿No descubris que cesando vuestra cooperacion, la lengua, el ojo y la cabeza vendrian, por decirlo así, á ménos en las consecuencias de su actividad propia? ¿A qué se reduce la cabeza, si manda, y el pié no se mueve? ¿A qué se reducen el ojo y la lengua si como ministros de la cabeza le hacen intimaciones y la mano no obra? Una furiosa y mortal prueba sufre la Iglesia de Dios, contra la que se desencadenan todas las potencias del mal, viéndose á combatir forzada; mas, ¿cómo podría pelear y vencer formando un ejército con caudillos y comandantes únicamente? ¿De qué sirven los comandantes sin la tropa? El apólogo de Agripa, entendida su verdadera significación, apaciguó á los rebeldes furiosos: mas el apólogo de San Pablo, doctrina de

(1) San Pablo, 1.^a á los Corintios, cap. XII.

Cristo, comprendiendo también su verdadero alcance, viene á rechazar la santa revolucion de los perezosos: salgan de la ignorancia, escuchen la invitacion de su madre, las armas religiosas empuñen y combatan.

Los seglares no son sacerdotes y no tienen su deber.

Os lo he concedido: no deben mandar en la milicia, dirigir y gobernar. Con todo, en cuanto pertenecen al cristianismo, tienen el deber de los cristianos. ¿Cuál es éste, señores? Yo que me ciño en la primera parte al lenguaje de la fé, os digo: el deber de los fieles está bien manifestado en los libros sagrados; está bien manifestado en el Eclesiástico, donde se dice que Dios á todos mandó amar á su prójimo: *Et mandavit illis unicuique de proximo suo* (1). En su virtud, el mismo San Pablo añade que los dones visibles del Espíritu Santo se dan á cada uno para la utilidad comun: *Unicuique autem datur manifestatio Spiritus ad utilitatem* (2). ¿Habeis oido? No sólo á los sacerdotes, á los Obispos y al Pontífice se otorga la manifestacion del Espíritu Santo en beneficio comun, sino á todos y cada uno de los hermanos: *Unicuique*. Ahora bien: mirad: En las presentes luchas de la Iglesia, donde dogmas y preceptos religiosos son maltratados, existe una matanza moral: juntamente con los dogmas rechazados ó escarnecidos, caen víctimas del error muchas almas de los bautizados: caen jóvenes, caen viejos, caen los amigos y parientes. ¿Dejareis vosotros que mueran las almas? ¿Vosotros? ¿No se os ha dado á vosotros, á fin de salvarlas, la manifestacion del Espíritu Santo? ¿No os ha dado Dios, á vosotros seglares, el cometido de pensar en el prójimo?

Brevemente, señores: la obligacion que los seglares tienen como cristianos es la de la caridad. Ninguno juzga lícito pensar que bástale atender al perfeccionamiento propio: no me cuido del ojo del prójimo, sino de mí. No; no podeis proferir este verbo interior del alma egoísta é indoiente, porque os lo veda el amor. Pasaron, señores, los tiempos en que la tierra se esterilizaba en el seno de una religion sin espíritu y sin vida: á la muerte del paganismo y de la materia deificada ha sucedido el amor de Jesucristo. Ahora la caridad cristiana, quebrantados los muros de separacion, abatidas las barreras del orgullo, destruidos los sitios mundanos del fingimiento y de la molice, hermana corazones, almas, entendimientos, idiomas, estirpes, familias, en un connubio de amantes, creando sobre las ruinas del viejo un joven mundo de resucitados.

Entre aquellos resucitados de Jesucristo y de su Iglesia, negaos (sin

(1) Eclesiástico, cap. XVII, v. 22.

(2) San Pablo á los Corintios, cap. XII, v. 7.

que una ley haya para volver á la muerte) á la empresa del auxilio recíproco y de la caridad. Ciertamente os está prohibido. El Señor no vanamente os comunica el soplo divino de su vida. No os llena Dios de su amor para que lo tengais sellado en el pecho, ó para que desvieis su bien y su exaltacion á vuestro sér privado y nada más. Dios, señores, vino á salvar el individuo: hasta tal punto amaba la hechura esta de sus manos, que hubiera hecho todo lo que hizo, y hubiera por un hombre sólo consumado el gran testamento. Mas Dios, por añadidura, vino á salvar la especie, descendiendo á compenetrar la sociedad con su gracia regeneradora. Cristo debía producir un reino que le había prometido su Padre: abrazar debía en torno del árbol de la Cruz pueblos y naciones. Ahora bien: ¿dónde los pueblos están? ¿Dónde las naciones? Si los seglares que forman el gran número de las gentes, se retiraran de la accion recíproca de consortes de Cristo y hermanos entre sí, las enemistades, los furores, el pecado y la muerte gentilica incontinenti enseñorearíanse de toda la humana congregacion; el amor hallaría rotos los caminos para pasar, así como cortadas las venas sociales para trasmitirse; seria inútil el trabajo sacerdotal; el abundante depósito de las verdades reveladas y religiosas, la cátedra de la enseñanza católica, serian reducidas á la soledad, como una sublime pirámide que surgiera en medio del desierto. ¿Dónde el pueblo y dónde el reino de Jesucristo? Mas la caridad comunicada, participada, difusa: la caridad que circula entre los levitas y los legos; la caridad que se hace toda para todos, que llora con el que llora, que se alegra con el que goza, que provee al que yace, que cubre al desnudo y que reaviva al extinto; la caridad así reina del mundo, forma el milagro del reino de Dios.

Los seglares no son sacerdotes, ni tienen la obligacion de las batallas grandes de los sacerdotes.

Espejaos en la historia de vuestros primitivos padres de la fé; buscad entre ellos á los seglares más eminentes, señores. No atendais á mis palabras si os parecen gravosas y ásperas: rendios á la luz de los buenos ejemplos.

Ermas es un simple seglar y Jeroteo lo propio; entrambos del primer siglo, viven entre aquellas violentas tempestades, que desde el pedestal de Júpiter capitolino soplan contra la naciente cátedra del pescador de Betsaida. ¿Qué hacen? Pelean: uno escribe su libro, el *Pastor*, tan venerado por distintos Santos Padres, que dan muestras de considerarle canónico. Otro enseña y diserta en la escuela: es maestro del ilustre Dionisio el Areopagita. ¿Y vosotros no moveriais un dedo por la Iglesia de Dios?

Un simple lego es Atenágoras, filósofo de Atenas en el segundo siglo: pero fervoroso creyente. ¿Qué hace? Combate; dicta libros de polémica, enviándolos á sus sayones y verdugos, como voz de condenacion: dirige su *Apologia del cristianismo* á los emperadores Marco Aurelio y Cómodo. ¿Y vosotros ni siquiera una frase á un cínico, ni á un folletista impudente?

Un simple lego es Justino, filósofo tambien, que tiene á los ojos la punta del hierro perseguidor. ¿Qué hace? No huye, ni queda taciturno, sino que habla y combate. Redacta una primera *Apologia* de los cristianos, que al emperador Antonino exhibe; una segunda *Apologia*, dedicándola á Marco Aurelio. Combate y triunfa, cayendo mártir. ¿Y vosotros ni siquiera una incomodidad ni un rasguño en la piel sufriríais por Cristo y la Iglesia?

Un simple lego es Clemente de Alejandría, lleno su pecho y su lengua de sabiduría histórica, que se ilumina por el Evangelio. ¿Qué hace? Pelea, siendo dos las armas maravillosas con que lánzase á la arena: *La Exhortacion á los paganos y las Strómatas*. ¿Y no daríais vosotros por Dios un cabello de vuestra cabeza, ni una gota de sudor de vuestra frente?

Arnobio el viejo es un simple seglar, que levántase de las orillas africanas; mas no puede conformarse con tener á la vista el espectáculo de la sangrienta caza latina que dan á los cristianos del tercer siglo. ¿Qué hace? Pelea: su grito de combate significado en doctos volúmenes de católica defensa se difunde por el Africa y por todo el mundo. ¿Y vosotros, señores, permaneceréis mudos?

Lactancio de Marca de Ancona, auditor de Arnobio, es un simple lego. ¿Qué hace? Pelea: su palabra apologética se derrama en tantos rios de elocuencia que logra el título de *Ciceron cristiano*. Sus *Instituciones divinas* desalientan al paganismo. ¿Y vosotros siempre mudos?

Taziano es un simple lego, que pertenece al ovil de Cristo. ¿Qué hace? Pelea. A pesar de los errores en que cae, su discurso titulado *Contra las gentes*, es señal y prueba de voluntad excelente, llevando la confusion al campo enemigo. ¿Y vosotros mudos y descuidados?

Enea de Gaza es un simple seglar. ¿Qué hace? Pelea: cristiano y filósofo del quinto siglo pone su obra al servicio de la Iglesia, escribiendo su tratado de oro, *Teofrasto*, sobre la inmortalidad del alma. ¿Y vosotros?

Un simple seglar es Boezio, llamado el *último grande romano*; pero á la verdad gran creyente. ¿Qué hace? Pelea: desde la cárcel, donde por celos del emperador está encerrado, con las virtudes eminentes y los severos reproches hace temblar á Teodorico: con sus libros *la Trinidad*

y el *Consuelo de la filosofía* desempeña perfectamente su oficio de soldado de la milicia católica. ¿Y vosotros, no con la espada en la mano sino con la cítara? ¿Ni entre los soldados, sino con los comediantes?

No hablemos del Conde de Ilírico, Marcelino, de los dos Procopios, de Agatia, de Casiodoro, de Evagrio, de Aponio, de Eginardo, de Estéban de Colonia, de Psello, de Nitardo, de Svida y de otros innumerables casi, todos simples seglares y todos intrépidos combatientes en nombre de Cristo y de su Iglesia. ¿Cuáles son las enseñanzas que sacáis de tales ejemplos? ¿Qué os dicen tales hechos?

Los seglares no son sacerdotes, ni tienen como éstos la obligación de las grandes batallas.

¡Oh! Teneis la obligación, como el clero la tiene, de salvar el alma peleando. ¿Y no lo teneis todo comun con él, á excepcion de los derechos y de las cargas peculiares del sacerdocio? ¿No teneis comun con nosotros el yugo suave de la ley, el patrimonio de las tradiciones y de las enseñanzas? ¿No teneis comunes acaso el carácter de la fé, el altar, el tabernáculo, el evangelio, la cruz? ¿No nos conduce á todos una cuna? ¿No nos recibe una vida, ó el bautismo? ¿No nos encierra un sepulcro? ¿No sois miembros vivos de la Iglesia que nos adiestra en el sufrimiento y que milita? ¿Mas dónde y cómo combatir, sino con las armas mismas y al lado del sacerdocio?

Mi primera palabra, encaminada á llamar á las obras á los seglares católicos, estriba en esto. Sacude á los creyentes perezosos y tercos; en virtud de las vacilaciones y repulsas de muchos grita en tal forma y repite: ¿Deben los seglares tomar parte activa en las presentes luchas de la Iglesia? Sí; deben tomar parte. A ellas les llama la fé.

¡Bendita sea la ley del Señor! Sólo con que se busque y estudie un poco, nos hace sabios, porque nos entera de nuestros deberes religiosos: lo vimos hasta el presente. Empero la ley de Dios es fértil para nosotros en otros bienes: al paso que nos instruye como creyentes, nos instruye no ménos como ciudadanos. En los libros santos está escrito que Dios nos sale al encuentro elevando el alma y alumbrando los ojos del hombre: *Exaltans animam et illuminans oculos* (1). Quiero decir: en el hombre; cuya alma exáltase, siendo arrebatada al Empíreo, está el adoctrinado hijo de la religion; en el hombre cuyos ojos están iluminados, viendo rectamente las cosas que á su alrededor están, se halla el hijo venturoso de la sociedad civil.

(1) Eclesiástico, cap. XXXIV, v. 2).

Con tales pensamientos ábrome camino para la segunda parte de la conferencia.

Los seculares católicos, á los cuales invitamos á fin de que intervengan en las presentes luchas de la Iglesia, cuentan en sus filas extraños miembros. Además de darnos los perezosos y los obstinados, nos dan la clase aquélla mucho más numerosa de hombres, cuyo discurso es el siguiente: ¡Qué nos importan las luchas católicas! Nosotros estamos metidos en el círculo social: la sociedad no debe intervenir en los litigios del catolicismo y del Papa. En ellos piensen los interesados.

Os hice oír, señores, á los espantados y á los ciegos. Peores que los indolentes, tienen verdadera necesidad de que sus ojos sean iluminados para ver las cosas que ocurren á su alrededor. ¡Que Dios les ilumine! Llámole yo á tomar parte activa en los modernos conflictos de la Iglesia, porque tales conflictos caen sobre los creyentes lo mismo que sobre los ciudadanos: les llame, pues, á la lucha católica en nombre de la causa social.

¡Pobres hermanos míos! Nos negais vuestra cooperacion en los presentes combates, diciendo: Es cuestion de sacerdotes y del Papa; en ellas piensen los interesados: la sociedad no está de ningun modo comprometida; y nosotros, hombres sociales, no nos movemos. Ahora bien: ¿no sois ciegos?

Veámoslo.

Cuantas cosas están en el seno de la creacion se hallan ligadas por un vínculo: si bien las unas parecen repugnar á las otras, estando en guerra ó enemistad, esta enemistad ó guerra es aparente ó parcial, á condicion siempre de que concluya para que brote la armonía y el orden. Empleaba Ciceron su grande ingenio para poner en evidencia el enlace de las ciencias entre sí: ampliar podia la demostracion aquélla y poner de realce aquel nudo precioso por el cual permanecen juntos los cuerpos, los elementos físicos y los primordiales rudimentos de las cosas. El hecho es que la naturaleza y el mundo corren entre muchos contrastes, de un modo pasajero: el contraste es el *medio*, y la union el *fin*, porque las fuerzas repulsivas que producen el contraste, hállanse atemperadas de modo que deben ceder á otras fuerzas prevalecientes: esto sucede cuando la atraccion se desenvuelve con pleno vigor, dominando la repulsion. Así se verifican últimamente los conciertos solemnes: así todo se asemeja ó se corresponde: todo reverbera la luz, la simpatía, y, digámoslo, los afectos de una propia familia, en que se recogen los séres. Si otra cosa no, lo prueban las analogías que se realizan entre los mundos físico y moral, de las que nos dió estupendo

esbozo en sus *Pensamientos religiosos* Bernardino de Saint Pierre: lo prueban las semejanzas y parentescos que se descubren aún en las obras de arte, donde los hombres se ciñen á imitar la naturaleza. En su virtud, la entonacion del que declama ó recita se ha equiparado justamente por algunos á las tintas y sombras de un cuadro: así como las tintas y la sombras hállanse destinadas, por decirlo así, á pintar los ojos, la entonacion hiere y pinta casi al oido. Entre la luz y la música se ha visto suceder lo propio. La luz con la música se relacionan, no tanto por el aire, comun vehículo, como por las mismas gradaciones de los colores y de los sonidos, teniendo aquéllos casi una escala musical, y estos un ascendente iris variado. Fuera de que sacudimientos eléctricos acompañan las armonías, cual los afectuosos concientos infunden torrentes de fuego en las almas: los encantos de ciertas humanas voces pueden equipararse á los beatos sueños que otros sacan del magnetismo. Brevemente: todo está coligado entre sí, tirando todo al conjunto. Vivió un Erofilo, docto médico antiguo, el cual, segun el testimonio de Plinio, llevaba tan adelante la ciencia de tocar el pulso, que para salir bien en esto, suponía necesarios muchos conocimientos: queria que, para conocer el médico el pulso perfectamente, fuera músico y géometra (1). Yo, señores, no voy tan adelante: no pido á los cultores del arte higiénico cononocimientos y experiencias las más vastas: afirmo sin embargo, que la música está en todas las partes de la creacion, porque todo préstase al conciento y resuena: afirmo de la geometría otro tanto, diciendo con Isaac Newton que por el dedo de Dios fué impresa en el alma del hombre.

Segun esto, presupuesta tal union y parentesco entre todos los séres y cosas, os pregunto á vosotros, pobres hermanos míos: ¿Pensaríais vosotros que la causa religiosa puede hallarse ferozmente comprometida como en nuestros días lo está, sin que por tales sacudidas y golpes se resienta la causa social? ¿Pensais que el hombre creyente puede quedar opreso por las desencadenadas furias de los incrédulos y de los escarnecedores sin que deba sufrir nada el ciudadano? La lira de Dios es rota en los dedos de la religion: ¿podrá la lira producir sonidos alegres y armoniosos en las manos convulsas de la sociedad? No, no; las cosas se hallan entre sí relacionadas, y se juntan con abrazo fraternal: insultada y repelida la hermana primogénita, se contristan las menores. Toda la familia está de luto y el llanto es universal. ¿No lo creéis? ¿Imagináis la religion en angustia y la sociedad humana en alegría ó riendo? ¡Engañados!

(1) Plinio, *Historia*, lib. XXIX.

Argumentemos nuevamente.

Como hemos dicho, se corresponden las cosas entre sí mismas, manteniéndose por un vínculo comun: ¿cuál vínculo es éste? Dios. Proudhon hallaba maravillado en el fondo de la política *una cuestión teológica* (1). Es así: la cuestión teológica existe sin cesar en el fondo de la política, porque Dios es más antiguo que los gobiernos de la tierra, y el teólogo precede al político. De igual manera Victor Hugo en aquel discurso sobre la enseñanza pública pronunciado en la nacional Asamblea francesa, exclama en 1850: «Nunca lo olvidemos y enseñémoslo á todos: Dios está en el fin de todas las cosas.» Pudo decir que hallábase al fin, como al principio y en el medio. Estámpase Dios en sus criaturas, y nunca las abandona. Por consiguiente, Dios es el vínculo con el cual todas las cosas permanecen unidas.

Mas señores; á una con Dios, si hablamos de la sociedad humana, en el fondo de todas las cosas hállase la Iglesia. Es el depósito, la colección, el tesoro de los sumos principios, de los dogmas y de los pensamientos divinos: como el sol imprime sus rayos en la tierra, Dios imprime sus designios, sus voluntades eternas y sus amores en la Iglesia católica. Más aún; así como el Verbo, para tomar carne humana, descendió al seno de la Virgencita de Nazaret, para tomar posesion social amorosamente se puso en el seno y entre los brazos de la Iglesia. De aquí aquella grave sentencia del alemán Moehler: «La Iglesia católica es la viva y perenne encarnacion *de Jesucristo*.» Ahora bien; si Dios, enlazando los séres, está en el fondo de todas las cosas; si con Dios está socialmente la Iglesia, ¿no descubris la consecuencia que surge? Tocada con manos duras la Iglesia, tocada es igualmente la sociedad. Decidme que deliro porque sois libres, libérrimos; mas la lógica me defiende contra vosotros, justificando mis palabras. Tocada la Iglesia católica, tocada es igualmente la sociedad humana. ¡Deliro yo! Pues bien; oid á Francisco Guizot: protestante, no por afecto al catolicismo, sino porque rebosaba la verdad, vióse constreñido á esta memorable afirmacion: «Cuando sufre la Iglesia, todo el cristianismo sufre.» ¿Sufré todo el cristianismo? ¿Qué cosa peor quereis? Abraza el cristianismo á la Europa y al mundo civilizado. Por consecuencia probado está nuevamente que cuando es agitada y corre peligro la causa religiosa, queda ofendida y corre riesgo la causa social.

Encarémonos ahora con aquellos seculares que nada esperan de los dolores de la Iglesia, y nada desgarrador ven para la sociedad civil. Están encerrados en el círculo profano, y responden si les hablais de

(1) Proudhon, «Confesiones de un revolucionario.»

las presentes luchas de la Iglesia. Es cuestion de sacerdotes y del Papa. ¿Qué nos importa?

¡Ciegos! ¿Es cuestion de sacerdotes y del Papa? Empero, si cuando sufre la Iglesia, todo el cristianismo sufre, ¿no veis igualmente vuestros dolores y vergüenzas, así como el peligro social? ¿No sentís de rechazo sobre vuestro pecho las heridas que se infieren al Cristo del Señor y á los ungidos de Dios?

Celebrais el Evangelio, considerándolo el código más perfecto de vuestra sociabilidad. Teneis razon; mas ¿qué viene á ser ahora que, con los protestantes y los racionalistas, sustraen el Evangelio á la interpretacion y á la vigilancia de la Iglesia? El escéptico José Ferrarinos lo dice: «El Evangelio sin la Iglesia sería un libro nulo, como el de la Republica de Platon.»

Teneis las instituciones monárquicas y los nobles principados que declarais sostener de la grandeza nacional. Sea; mas, combatida la Iglesia y negada la autoridad del Papa, ¿qué viene á ser vuestro suntuoso sosten? Mazzini lo ha dicho: «Quitado el Pontífice Rey, caen las monarquías privadas de su base.»

Magnificais la libertad, llamándoos redimidos y resucitados por ella de la muerte á la vida. Os admitimos, señores, como resucitados; mas ¿dónde vais al hostilizar á la Iglesia y al expeler lejos de vosotros la benéfica aura religiosa? ¿Ascendeis al cielo, ó retornais por el contrario á vuestra tumba? Tocqueville lo ha dicho: «La libertad, quitada la religion, muere: el despotismo puede vivir sin la fé; mas sin la fé no puede vivir la libertad.»

Es cuestion de sacerdotes y de Papas. ¡Ciegos! Es cuestion de ciudadanos. Roto el freno religioso, anulada la obediencia á la Iglesia, muchos de los creyentes convertidos en apóstatas, el burdel, repelido de la puerta del santuario, toma posesion de vuestra ciudad del mundo. El ateo, que á Dios niega, equivale al demagogo que niega tambien al Gobierno: llega, pues, el ateo á vosotros y os dá el demagogo. El deista, que á Dios admite pero que á la Providencia niega, equivale al progresista loco que admite al rey, negándole de algun modo su derecho de gobernar: llega, pues, á vosotros el deista y os dá el progresista loco. El panteista, que á Dios desmenuza en innúmeras partecillas, equivale al comunista que desmenuza los bienes de la tierra, distribuyéndolos entre los individuos: llega, pues, á vosotros el panteista, dándoos el comunista. El hereje, que rompe el yugo de la autoridad religiosa, prorumpiendo en gritos furiosos contra la Iglesia en el Estado dominante, vale tanto como el perturbador en política que quebranta el yugo de la ley, acometiendo al Poder: llega, pues, á vosotros

el hereje, dándoos al rebelde. Por punto general, el hombre que se hace pecador delante de la Iglesia, es la planta que reune con ligereza un poco de materia criminal y produce ante la nacion el delincuente: llega, pues, á vosotros el pecador de la Iglesia, dándoos el falsario, el adúltero, el ladrón, el suicida, el verdugo. Esta es historia: desmentidme si podeis.

Dijisteis: Es cuestion de Papa y de Iglesia. ¡Ciegos! ¡No lo advertis? Es cuestion de sociedad. La disolucion de las comunidades religiosas lastima el principio de la libertad de asociacion; la absorcion de los bienes eclesiásticos ofende al derecho de propiedad; la abolicion de los estudios teológicos divide la pública enseñanza en una de sus partes más vitales: dejando de hacer que las nupcias se entrelacen delante del altar son repelidas hasta perder la flor de la excelencia moral.

¿Es cuestion de sacerdotes?

Es cuestion de padres, madres, hijos, hermanos y esposas: es cuestion de retroceso social. Hombres de mi edad, literatos, filósofos, políticos, juristas, propietarios y operarios, cual tambien vosotros (empleando el nombre que os impusisteis), industriales, progresistas y socialistas, que componeis el ruido del gran mundo, suspended un poco vuestros trabajos: los trabajos de las ideas, de las ciencias, de las letras, del comercio y del arte, viniendo á contemplar la obra del siglo XIX. Este siglo está ébrio de gloria y de grandeza hasta la manía: esto por una parte. Apremiándole por otra la duda y la incredulidad, acomete á la Iglesia, la hostiliza, la oprime, procura con todo ahinco arrancarla de su corazon, como ya, por obra de muchos, arrancóla del pecho. Pues bien: disputado entre tales dos tendencias, ¿es dichoso y grande? Raíz y cumbre de la grandeza social es la pública moralidad, la buena fé y la virtud: ¿está provisto abundantemente de tales bienes? ¿Lo está cuando angustia obstinadamente á la Iglesia de Jesucristo? Lanzando de sí las trabas ó las *supersticiones católicas*, ¿ha subido al monte de la gloria? Monseñor Dupanloup describió el Papado herido en el corazon por tres águilas: el águila de San Petersburgo, el águila de Alemania y el águila del Sena. Ahora bien: una perdió las plumas y las garras, desvaneciéndose; mas ¡cuántos pajarracos negros de rapina se alzaron para sustituir á la desaparecida! Por consecuencia el Papado es el Prometeo del mundo contemporáneo: con frase más religiosa lo llamaremos el Crucificado del presente Cristianismo. Señores, señores míos, ¿es grande acaso el siglo XIX ahora que el Papado está en cruz? ¿Es feliz?

Recojámosnos en París, y oigamos á un famoso personaje, que bosqueja la edad presente como historiador y filósofo: es Julio Simon. En

una sesion de las *Cinco Academias* pasa en revista nuestras costumbres y hechos sociales, diciendo: «Sustitaido hemos el dinero á la gloria, el juego al trabajo, el escepticismo á la fidelidad y al honor; hemos sustituido intereses privados á luchas de partido y de doctrinas; los clubs á las escuelas, las cancionetas de plaza á Mihul, á Lesuer, y á los grandes poetas; absolver y glorificar las costumbres pésimas, dar á las mujeres perdidas una dignidad régia, apacentar nuestros ojos con su lujo, nuestros oidos con el relato de sus orgías, nuestra mente con sus locuras y nuestros corazones con sus abyectas pasiones: hé aquí todó. Burlarse de la moral, negarla, sólo creer en el éxito, amar el placer únicamente, adorar solo la fuerza, sustituir el trabajo á los estudios sérios y profundos, ignoro qué fecundidad de abortos, que multiplican los escritos y suprimen las obras; hablar antes de haber pensado, anteponer á la gloria el estrépito, calumniar las acciones y las doctrinas para dispensarnos de admirar, obedecer y creer, convertir en sistema la difamacion y la mentira en un instituto: ¿no es tal el espectáculo que se nos presenta? ¿No es acaso esta la sociedad en que nosotros hemos vivido?... Si es así, ¿no debemos confesar, no obstante los héroes y los mártires de la última hora, que nos hallábamos vencidos antes de Sedan?

¡Qué verdaderas y hermosas grandezas del presente siglo, que ofende á todo trance la Iglesia y el Papado! Y muchos de nuestros legos piensan que ahora se trata sólo de una cuestion de sacerdotes. ¡Qué beneficio señalado de la cuestion de los sacerdotes saca entretanto la sociedad! ¡Somos los grandes, los felices y los gloriosos! Tapémonos la frente con las manos.

Desde Francia pasémos á Italia. Aquí la cuestion de los sacerdotes, como se llama, es más viva: aquí está el Calvario del puesto en Cruz. ¿Reporta beneficios la patria mia por esta crucifixion?

Un hombre de los antiguos tiempos fué llamado por un monarca infiel á maldecir un pueblo. En los valles de Moab iba este sobre su burra flaca: tenia los cabellos erizados y arrugada la frente, brillando en sus pupilas la cólera de la imprecacion. Disponíase al anatema; mas poco despues su burra parábase y bufaba, sin querer proseguir adelante: manejaba el látigo, pero inútilmente. Contempló una vision del cielo, oyendo repetidamente que le prohibian el anatema. Sin embargo debia maldecir. Llegado á la vista del pueblo, contra quien hallábase para descargar el grande vituperio, observadas las tiendas de Jacob, forzó la lengua, habló y acentuó fuertemente sus frases. ¿Sí? Lo que salía de sus labios no fué una maldicion contra Israel, sino por el contrario una bendicion.

¡Cosa que maravilla! Otro de nuestra edad, lleno de ingenio, de fuego y de vida, recibe un encargo enteramente distinto del del viejo Balaam, siendo llamado, no á maldecir un pueblo, sino á bendecirle. Es llamado á cantar las glorias de nuestra libertad, las glorias de nuestras ciencias, las glorias de nuestras costumbres, las glorias de nuestro valor: corre subido al carro del progreso, tiene pecho robusto y voz sonora para elevar el canto ó la bendicion hasta las estrellas. ¿Pero qué? El carro sobre que se mueve tropieza: descubre nuestras tiendas y nuestros inclitos ciudadanos, que para él no son los de Jacob ni de Israel y se contrista: esfuerza su propio ingenio y su elocuencia propia, mas no puede cantar.

¿Qué hace por el contrario?

Vé, señores, el siglo que muere. Vé que muere aquí en el pueblo de Italia, que debía bendecir; aquí donde son lanzados los sacerdotes y las monjas; donde está la separacion entre la Iglesia y el Estado; donde destruido es el poder temporal de los Papas, objetos dignísimos y alegrísimos para las musas y la historia. Sin embargo, á pesar del gozo, no puede bendecir: llamado á bendecir, maldice. El siglo muere.

¿Cómo muere y en qué?

Guerrazzy en el programa de su escrito último publicado en los periódicos italianos que se titula precisamente el *Siglo que muere*, contempla en todas partes nuestra muerte social.

Interroguémoslo y responderá.

¿Qué es del orden público? ¿Qué de la seguridad social? Oscila el suelo y se corre al abismo. Escribe: «La señal más notoria de la inminencia de estas revoluciones es el desorden irremediable, creciente, fatal, de cuanto constituye la presente sociedad; no sirven el talento ni la fuerza para reparar, ni sirven los barbaracos: preciso es que caiga. Tal vez, tal vez un dia por la concordia del gobierno con los ciudadanos preclaros por su talento y virtud, en vez de revoluciones afortunadas, llenas de vicisitudes deplorables y de daños, podremos conseguir una transformacion ménos terrible. Ahora no es tiempo; es preciso que la rueda de hierro de Nemesis dando vueltas triture las costillas de la sociedad esta.»

¿Qué es de la sala de las leyes y de los políticos? El hombre que maldice responde: «Parlamentos, mercados dispuestos á traficar, so color de utilidad pública, la propia conciencia para provechos particulares; argolla de los hombres de bien; sitio donde los ingenios preclaros se hacen estúpidos y los espíritus electos se vuelven tísicos. Feliz quien sale de allí Minotauro ó Centauro, es decir, medio hombre y medio bestia...»

¿Qué es de la familia? Responde: «¡Oh Dios! Si dirigimos los ojos á la familia, nos vemos constreñidos á cubrirnos con las manos la faz: las bodas son blanqueo de culpas pasadas, y póliza de seguridad para las infamias futuras.»

¿Qué de los méritos y deméritos? Responde: «Hombres que en el hosque serían considerados brigantes, en la ciudad se hacen caballeros, y en prision alzan el gallo; algunos colocan el biribís sobre las esquinas; estaban con las patentes régias facultados para legalmente aplastar á las familias; también hay los jugadores de sociedades anónimas, en las cuales sacanetes, faraones y otros hombres semejantes son por decirlo así maná de Dios.»

¿Qué de nuestras costumbres? Responde: «La embriaguez de las fortunas rápidas hace que la industria fatigosa quede desierta y el frenesí de las ganancias apaga la virtud; los estudios dan tédio, la rectitud fastidia, el juicio es llamado demencia y la justicia imbecilidad. Respiramos hipocresía en las palabras, en los escritos, en las obras y en todas las cosas grandes ó pequeñas, desde los discursos de las Coronas, desde los programas ministeriales hasta el primer billete de amor; si una mujer dice *amo*, no sabes si se refiere al afecto, ó al garfio...» Basta.

El hombre venido para bendecir ha maldito, señores: descartad lo que gustéis de tales maldiciones: las pocas que subsisten, matan. El siglo XIX, en cuanto es movido por los escépticos, por los materialistas y por los incrédulos, mueve guerra contra la Iglesia de Jesucristo, procurando aplastarla. Pues bien; os lo ha gritado Guerrazzy: este siglo *muere*, considerado aun en Italia. Hace veinte y cinco años que con más encarnizamiento que nunca insultase al clero entre nosotros, se le rechaza y arroja, por lo cual necesariamente se retira: hé aquí los frutos: ¿No es acaso verdad? *Cuando sufre la Iglesia todo el cristianismo sufre.*

¿Dónde ahora estais, pobres hermanos míos? Hablo á los profanos, los individuos seculares católicos, los cuales, invitados á tomar parte activa en las presentes luchas de la religion, moveis la cabeza y decís murmurando entre dientes: ¿Qué nos importa? Con tal que no se toque á la sociedad... Esta es cuestion de los sacerdotes y del Papa. Hombres ciegos: ¡no tocais precisamente con la mano que la causa religiosa implica la causa social, y que la cuestion de los sacerdotes ó del Papa es precisamente la cuestión vuestra de vida ó de muerte?

Despertad, abrid los ojos, sed compañeros de la Iglesia para combatir las grandes batallas de Dios y las grandes batallas de los hombres: el que yace muerto es, ó morirá. En el nombre de la causa social, os llamo.

Bella y consoladora palabra fué dicha por San Pablo. Conocemos por la fé que han sido dispuestos los siglos para corresponder á las voluntades de Dios: *Fide intelligimus aptata esse saecula Verbo Dei*. Lo que afirmaba el Apóstol objeto de fé, vemos, señores, que historia es: verdaderamente los siglos se plegan á los planes y al imperio de Jesucristo. Ante la presentacion de la Iglesia los siglos gentílicos se hacen cristianos, los siglos feroces se hacen mansos; los siglos salvajes se hacen civilizados, y los siglos incrédulos se hacen creyentes. Es verdad: el mundo debe servir á Dios.

Sentado este principio, sobrenatural é histórico á la vez, dirijo mi última invitacion á los hermanos seculares del catolicismo.

No pocos advierten su obligacion de combatir por la Iglesia, siendo evidente para ellos tambien que combatir por la Iglesia vale tanto como combatir en servicio de la causa social. No son, pues, tan indolentes, ni ciegos; mas lo mismo dá. Observando la gravedad del peligro y las enormes necesidades del mundo de hoy caen desalentados, abatidos, y dicen: ¿Qué podemos hacer nosotros, pobrecitos? Nos hallamos tan pequeños, escaseándonos tantísimo los medios para ser aguerridos y combatir que sin duda el mejor trabajo escogido por nosotros es el del retiro, de las lágrimas y de la oracion.

Vigóricense los aludidos y abran su espíritu á esperanzas risueñas. Sumas resultan las necesidades de la edad presente, y supremo es el conflicto á que la Iglesia vése arrastrada. ¿Y qué? ¿Son tan escasos los partidos y tan desesperados los medios, que no se puedan oponer con buen éxito á la fuerza del mal que prevalece? No; mil veces no. El mismo mal en nuestro siglo abre la entrada, proporcionando á los seculares coyuntura para ser aferrado por sus formas externas y destruido. *Intelligimus aptata esse saecula Verbo Dei*.

Inquiramos bien la índole y la pasion del siglo XIX.

Cuando los pueblos son aún idiotas y niños, el sacerdocio lo es todo por sí: concentra todo poder y todas sus dependencias más relevantes en sus manos: el príncipe y el sacerdote quedan enlazados; la casa efíca surge al lado del santuario, protegiéndose con su sombra. Tales son los siglos primitivos.

En la sociedad que adelanta, por el contrario los dos órdenes, sagrado y secular, se dividen con propia personalidad; digo que se distinguen y no que se aparten. Por el contrario, en aquella distincion está la union armónica, influyendo la religion moralmente y dominando sobre los ciudadanos, como éstos á su vez respetan y protegen la religion con insigne ventaja. Tales son las edades medias y los siglos verdaderamente cristianos. Empero todo, aún óptimo, puede ser impelido al ex-



ceso y al vicio: puede ser arrojado en el ímpetu de la carrera; precisamente sus vicios sufre fácilmente la sociedad civil. Cuando la civilización aumenta y el hombre no carece de tantas cosas, exagera su saber y sus grandezas, olvida el cielo y molesta la religión: entonces cuanto sabe á eclesiástico y á sacerdotal es puesto con gusto aparte, dominando todo lo profano y seglar. Tales son los siglos de la orgullosa y ya decadente civilización.

Nosotros, señores, nos hallamos en tal época y vivimos en el tercer momento social; pero mirad en torno. ¿Qué veis? El elemento eclesiástico desaparece, dominando en su lugar el civil y profano. En la época de hoy los poderes, sagrado y civil, se desunen: todo, según dije con frase última, es *secularizado*: *secularizada* la instrucción, la pedagogía, los comicios, la magistratura; separada la espada del báculo, y el orden político del eclesiástico: el sacerdote considerado es un hombre inútil, ó un andrajo de la Edad Media. La edad de la corrupta civilización es la edad de la furiosa *secularización*.

Bien está: ¿el mundo toma carácter profano y quiere ser lego? ¡Oh seglares! ¡Ha sonado vuestra hora! Con los vestidos que hoy agradan y placen, mas rebosando dentro vida religiosa, correspondéis perfectamente á la situación contemporánea; debajo de la corteza seglar, teniendo fé, caridad ó instrucción que gustaríame llamar sacerdotales, comunicáis á los hermanos del mundo la vena feliz; difundís y aviváis el mundo profano que no enfurecido por las apariencias y dejando un momento sus preocupaciones, bebe el divino tuétano que lo recrea. De tal guisa vosotros, sin intentar obras extraordinarias, sólo con ser verdaderamente cristianos, obteneis un fin único, incomparable: vosotros, si me tolerais la frase, venís á ser el mismo sacerdocio de Jesucristo, vestido con el traje del siglo XIX, pero su vencedor y regenerador, por el cual nos prometen ya el siglo vigésimo ménos infortunado.

Beneméritos individuos seglares católicos, que á este sacerdocio social aplicais la mente, dedicándole vuestros días y vuestros cuidados: entrad en las presentes luchas de la Iglesia procurando convertir á los profanos. Sois para el caso instrumentos maravillosos. Mientras el sacerdote, al desaparecer en la sociedad civil, suscita frecuentemente las malas iras, ó es despreciado cual hombre dedicado á ignora qué oficio; mientras la voz que brota de sus lábios es escarnecida ó vituperada, ¡cuán hermosa révelase vuestra obra, que, sin hallarse en muchas tormentas difunde la luz, la paz, la serenidad de Dios y las católicas alegrías en la vida moral de los pueblos! Dios, seglares, os confió una misión preciosa en nuestra edad, la de daros el sello de la credibilidad

pública en una generacion sin fé; la de fortaleceros para conseguir grandes cosas con los únicos medios que poseeis; la de haceros ménos conocidos y descubiertos á los adversarios comunes, más soportables además, en una época de ódios mortales y de combates deplorables.

¿Qué dicen los desconfiados aquí? ¡Aún tienen miedo y añaden: Son demasíadamente escasos nuestros recursos; no tenemos armas en las manos, y nos declaramos inútiles, reduciéndonos por ello al retiro y á las lágrimas? ¡Hombres de poca fé! ¿No advertís que teneis en vosotros mismos las armas para el combate y la victoria?

Procuremos revelar en su plenitud la índole y la pasion del siglo presente.

Hoy, al mismo tiempo que los hombres tienen la manía de secularizarlo todo, otro afán y otro movimiento por compensacion les domina: es el movimiento de unirse los unos y los otros más estrechamente, formando cuerpos morales. El siglo XIX es el siglo de las asociaciones: asociaciones de obreros, asociaciones de artífices, asociaciones de filarmónicos, asociaciones de traficantes, y asociaciones de doctos. ¡Cuántas hay! Vienen á ser numerosas como las arenas del mar y las estrellas del cielo. Ahora bien, ¿por qué no podrán existir las católicas entre las asociaciones innumeradas? Existen, señores, generosas y activas: yo, con el nombre vario que llevan, no tengo tiempo para numerarlas. Diré más bien: ¿Qué utilidad fraterna, qué principio y qué medio de restauracion social no se reúne en estas sociedades? Escribióse justamente que, así como en los dias antiguos de la turbulenta irrupcion de los Musulmanes, la Iglesia salvó la Europa mandando al encuentro de aquellas hordas brutales tantas órdenes de caballeros que llenan su historia, actualmente la Iglesia se levanta salvando á la Europa y al mundo, oponiendo al enemigo comun los nuevos soldados y los nuevos caballeros de las asociaciones católicas. ¿Cuál es nuestro enemigo comun? ¿Cuál es, señores, el moderno musulman? Es la incredulidad y la corrupcion. El general Lamoriciere, desenvainando su espada en servicio de la causa de Dios, lo dijo: *El nuevo enemigo de la Iglesia es el mahometismo renaciente*. ¡Gracias demos á Dios! ¡Por qué no podreis seglares alistaros en estas asociaciones católicas, llamadas á combatir la incredulidad y la corrupcion? Aumentando con la union vuestra fuerza, ¿no podeis dedicaros á iluminar las mentes, á confortar los corazones, á que concluyan en vuestros hermanos les muchísimas desventuras humanas? Prometió Dios que descenderá el espíritu divino allí donde dos ó tres congregados se hallen en su nombre: ¿no creéis que, dándoos á las obras en virtud de la fraternidad católica, realizareis hasta milagros?

Llegaba un viejo al anochecer al vado de un río, debiendo pasar á la otra parte á fin de ir á su casa: la mujer sola y los hijos le aguardaban temerosos de un viaje lleno de fatigas: habia en aquella casa gran miseria, y debia consolarla. Empero el río por la lluvia habia engrosado mucho: la onda corría y bramaba: encontrábase rendido, y no sentía en sus huesos valor bastante para intentar el paso. Se detuvo un poco mirando, y preocupóse más: la onda bramaba y crecía: Sentóse junto al aguayexclamó en su interior: «¡Pobre de mí! ¿Qué haré yo, puesto que crece tanto el río y aproxímase la noche? Mejor es que ore á Dios.» Se levantó y se puso de rodillas sobre una piedra.

En tales pensamientos y en tal oracion del viejo, llegó un jóven.

«¿Qué haceis arrodillado á esta hora, excelente hombre? le preguntó éste.

»¿Qué hago? Oro. Debo pasar: ¿no ves el agua furiosa? No tengo piernas, ni pecho. ¿Podrías acaso tú? Oremos juntos, hijo.»

Oraban los dos: la sombra vespertina, mayor y mezclada con la niebla densa-gris, cala de los árboles pareciendo cubrir el río, siempre estrepitoso y bramando. De repente llega un segundo jóven á prisa, que á descalzarse comienza; mas, tanto por el estruendo del agua como por la vista del grupo de los dos, atónito pregunta: «¿Qué ocurre?» Entónces el hombre, que habia dicho primero «Oremos,» dijo tambien al últimamente llegado: «Tiende tu oído: ¿no escuchas dominando el rumor del agua el tañido de una campana? Invítanos á ensalzar á la Virgen. Reza tambien tú, hijo: arrodíllate.»

Rezaron el «Ave María.»

Después el viejo se alzó y dijo: «¿No somos tres ahora? Démonos la mano: tenemos la bendicion del cielo; probemos en nombre de Dios. Oigo el llanto de mis hijos y de mi mujer que me llaman, siéndome insufrible permanecer. Probemos.»

Los dos jóvenes colocaron al viejo en medio. Cruzaron los tres las manos, descendieron al agua, y pasaron.

Vosotros, excelentes seglares, sois los dos nervudos jóvenes, que toman en medio al anciano en el impetu del río: aquel viejo soy yo. Yo, sacerdote, no soy bastante para pasar solo la terrible inundacion del mundo; mas he orado y os he invitado á vosotros, jóvenes, para que oreis. Os he aconsejado la union, y os he dicho: «Enlacémonos; vamos. Tengo yo muchas miserias que consolar en la casa del siglo: ¿no teneis vosotros tambien padre, madre, consorte, hijos y amigos, á los cuales consolar en nombre de Dios? Vamos, estrechados, juntas las diestras, y formada la asociacion católica, nuestro paso es feliz, siendo vencida por nosotros la tempestad del agua.

Es cuanto necesitaba demostraros en mi tercera parte: los seglares deben tomar parte activa en los modernos conflictos de la Iglesia: Os hace aptos para ellos el estado de la presente civilizacion.

Auguro, señores, que las cosas dichas habrán quitado de vuestra mente y de vuestro corazon toda mala duda. Considerada la guerra que sufre la Iglesia de Jesucristo; hecha la invitacion á mis hermanos seglares para que hagan sus pruebas en la pugna religiosa que se combate entre los hijos de Dios y los hijos de los hombres, oía que muchos se negaban. Los perezosos y los indolentes me decian: «Resistir el asalto es un deber de los sacerdotes: que provean ellos.» Los ciegos gritaban de otra manera: «Es cuestion de los sacerdotes y del Papa: no es cuestion social: ¿qué nos importa?» Por último, los desconfiados se negaban con esta excusa: «Somos demasiado pequeños; nos faltan medios, resignándonos á orar y gemir.»

De tales vacilaciones y negativas, contrapuestas á nuestra invitacion, nacia el siguiente problema: ¿Deben los seglares tomar parte activa en las presentes luchas de la Iglesia?

El problema descansaba en un juicio falaz, y sobre una estimacion no recta de las cosas: la lógica lo disipó. Los perezosos fueron agitados, los ciegos iluminados, y los medrosos fortalecidos; la general conclusion firme fué la siguiente: Sí; deben los seglares tomar parte activa en las presentes luchas de la Iglesia, porque los llama la fé, los constríne la causa social, y los habilita el estado de la presente civilizacion.

¡Oh, amados! Una piadosa palabra se os ha dirigido hoy: recogedla. El mundo marcha unido á la vez y furibundo para herir á la Iglesia, sacrosanta institucion del Nazareno, y la Iglesia, arca de salvacion universal, debe al mundo presentarse como ejército formado en el campo: lo ha dispuesto así Dios. Júntense, pues, vigorosa y tenazmente las compañías de todos sus hijos; corran ordenados bajo la direccion del jefe supremo, el Vicario de Jesucristo. A la Iglesia militante por la verdad no podrá faltarle la corona.

Por el público enlace de sacerdotes y seglares entreveo como renovado el hermoso acuerdo y el resultado de las antiguas tribus de Israel. En aquellas tribus, que fueron trece, una existía, una sola, en la cual estaba vinculado el derecho y el privilegio del sacerdocio: la de Leví. Todas las demás, si bien legas, por así decirlo, y profanas, correspondian y trabajaban de comun acuerdo para la prosperidad y la gloria del arca.

Observadlas en el viaje del desierto, que fué casi su período más luminoso.

Estaba colocada la tribu de Leví en torno del Tabernáculo, y las otras

doce, de tres en tres unidas, acampaban, cada una segun su propio grado. Al Oriente del Tabernáculo colocábanse las tribus de Judá, de Zabulon y de Isacar; á Poniente las tribus de Efraim, de Manasés y de Benjamin; al Mediodía las tribus de Ruben, de Simeon y de Gad; al Septentrion las de Dan, de Aser y de Neftali. De tal division resultaba que las tribus de frente militaban á guisa de vanguardia, sirviendo de refuerzo á las tres segundas subsiguientes; las otras tres tribus detrás, y finalmente, las tres últimas formaban como la retaguardia. ¿Dónde se hallaba la décima tercera sagrada y sacerdotal? Ya lo hemos indicado: estaba en medio. Entre la tribu de frente y la de atrás estaban los levitas y los sacerdotes con el Arca del Señor y todo lo tocante al Tabernáculo, constituyendo el centro de aquel solemne séquito.

Hé aquí todo, señores. Las tribus de los seglares poderosos y conspicuos muévanse á la cabeza, como á la cabeza se movía la tribu de Judá, de que salía la stirpe real; á la cola las muchedumbres; en el centro, en el santuario que irradia, con el depósito de la ley, surja la tribu de Leví, el sacerdocio de Jesucristo. Esto es orden y jerarquía: es ejército armado y firme, que todo lo vence, y al que nada resiste. Así en el desierto del siglo presente, ha de marchar la veneranda milicia católica. Así del desierto pásase á la *Tierra de promision*.

CONFERENCIA XI.

SI HOY ES LA HORA Y LA POTESTAD

DE LAS TINIEBLAS.

No nos negamos á nuevo problema: es del órden religioso, y se refiere de manera especial á los buenos, al paso que se propone la condenacion más ejemplar de los incrédulos y de los prepotentes. Hé aquí el problema: ¿Tienen justa razon los católicos para sostoner que ha venido la hora y la potestad de las tinieblas?

La demanda que nos hacen asume firmemente carácter problemático: si tiene un punto fijo de que parte, ó sea el mal que prevalece contra la Iglesia, duda, y no tiene certidumbre por lo que hace al éxito del mal que se desencadena y se agiganta. Todos los cristianos y los católicos ven el catolicismo en duro trance: no lo ven todos sufrir del mismo modo pérdidas y contristarse. Para los unos la fé nuestra en la batalla del presente siglo hace sus ganancias, y para los otros sucumbe.

Esta disparidad de puntos de vista y esta contraria estimacion de las cosas es manifestada bien por dos hombres insignes: César Balbo y Donoso Cortés.

Balbo, profundo y franco católico, pero al mismo tiempo gran amador de libertad, cuando considera los tiempos presentes, lo cual hace de continuo, pone de realce una dulce sonrisa y una generosa esperan-

za. Advierte las heridas que gangrenan nuestros corazones, las distingue y las deplora: lejos de no descubrir las ingratas luchas contra la religión, las ve, las proscribire y emplea toda su rara sabiduría con el fin de que cesen. El mal moderno, por consiguiente, no se le escapa; pero no imperta. Pues tenemos los pueblos con sus reivindicaciones políticas de las señorías absolutas; pues todos escuchamos el principio de querer imperar en nosotros mismos, es una gloria combatir y un placer nuestra vida comun. El mal será derrotado por el bien, y la Iglesia depóndrá sus enlutadas vestiduras. Todo esto nos dejan pensar sus obras históricas, entre las cuales figura su libro notable *Las Esperanzas de Italia*.

Donoso Cortés por el contrario, tan católico como Balbo, pero más ardiente por su genio y más arrojado, no puede fijarse en nuestra edad, sin que deje de ver las señales del decaimiento y de la muerte. A sus ojos la presente libertad es el mal, el progreso es retroceso, y la lucha exterminio. La Europa es decrepita, y su dolencia es incurable: no queda esperanza y el día de la catástrofe universal está cerca.

Exprésanse así dos hombres egregios: el historiador piemontés y el diplomático de Madrid: el uno es Virgilio, que canta los nuevos magníficos siglos, y Ovidio el otro que recitanos la elegía.

Conformes con Balbo y con Donoso Cortés, hay entre los católicos una doble generación de contempladores.

Hay hermanos nuestros alegres. Si les preguntáis: «¿Qué creéis del cristianismo, de la Iglesia y del Papa?» responden: «¿Qué pensamos? A maravilla bien: el martillo que bate fortifica el hierro: ¿no advertís chispas de nueva vida que se manifiestan y se abren, por decirlo así, camino?» Ven á la verdad el triunfo católico por todas partes: ven las viejas mentiras de Voltaire arruinadas sobre los pasos del tiempo; ven en algunas conversiones de protestantes ingleses el retorno á la Iglesia de Albion orgullosa; en los buques que humean en nuestros puertos, nos muestran á los misioneros consagrados á llevar el Evangelio á todas las playas del mundo: en las ovaciones que hacen al perseguido Pío IX sus hijos en la fé, creen oír el *hosana* del mundo todo á la Roma de San Pedro, diciéndonos: «Inclinémonos y saludemos las victorias de Cristo.»

Mezclados con estos, están nuestros hermanos pensativos y melancólicos. Si les preguntáis: «¿Cómo están el Papa y el Catolicismo? ¿Qué ocurrirá?» se ponen las manos en cruz sobre su pecho y exclaman: «A tristes días hemos llegado: la guerra contra Dios y la Iglesia es tan grande que amenaza el siglo del fin.» Se disponen á estudiar el Apocalipsis, sacan de sus páginas comentarios próximos, y recogen sus últi-

mas consecuencias. «Ahora, propiamente, dicen, hemos llegado: acaso el Anticristo nació ya: los caminos de hierro, los telégrafos eléctricos y otras invenciones semejantes parecen indicadas en los libros santos para dar la velocidad de la mundana posesion al hombre del mal. ¡Desdichados de nosotros! Corramos á los valles y á las montañas. Al cabo de poco tiempo, la tierra vacilará sobre sus quicios: el sol y las estrellas llevarán sangre.»

¿No lo advertís, señores? Por estos hermanos confiados y por estos hermanos abatidos, todos los cuales ven el mal, juzgándolo diversamente, nace un verdadero formidable problema entre nosotros. ¡Es esta presente la hora y la potestad de las tinieblas?

Tengo en la memoria los alegres puntos de vista de los primeros y los pavorosos presagios de los segundos, por cuya contraria opinion el problema se hace doble, disponiéndome á responder familiarmente á los unos y á los otros del modo que sigue:

¿Es la presente la hora y la potestad de las tinieblas?

Sí.

¿Es sin embargo tal la potestad de las tinieblas que debemos desesperarnos?

No.

¡Oh confiados! No me reciteis idilios, ni me arrebateis con sublimes cánticos. En vuestro pecho suscítase la alegría grande al considerar la edad presente; mas esta es la hora y la potestad de las tinieblas.

Para uniforme demostracion, es preciso ante todo definir los vocablos.

La palabra *tinieblas* entre todos los hombres y en cada siglo tiene un sonido áspero é ingrato. En la Teogonía de Esiodo se ven engendradas las Parcas, el destino, la muerte, las desventuras y los delitos; sus padres son la noche y las tinieblas. Los antiguos imaginaban circundado de tinieblas el Tártaro, lugar de suplicios eternos. Los Maniqueos, que admitian un doble principio de las cosas, bueno el uno y malo el otro, colocaban el primero en la region de la luz, y el segundo en la de las tinieblas. Pablo Orosio, queriendo retratar á lo vivo el punto más terrible que llegó para el mundo (la hora de la muerte de Cristo), aduce aquello del poeta: *Impiaque aeternam timuerunt saecula noctem* (1). Nombrar, pues, las tinieblas, vale tanto como nombrar el mal y el dolor.

En la Biblia y en el Evangelio sucede lo mismo: las tinieblas tienen

(1) P. Orosio: Historia, lib. VII, cap. 4.

varias significaciones; pero todas horribles. Ora expresan las adversidades, las aflicciones y el duelo, como resulta en varios pasajes de Ester (1); ora expresan la muerte y el sepulcro, por lo cual exclama David al Señor: «¿Cómo han de ser conocidas en las tinieblas tus maravillas?» (2) Ora denotan la ignorancia, por lo que afirma San Juan: «Los hombres amaron más las tinieblas que la luz (3).» Fuera de que San Pablo llama los pecados obras de las tinieblas, llama obras de las tinieblas el paganismo, diciendo á los primeros convertidos: «En otro tiempo no érais sino tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor (4).» En las tinieblas está la indicacion de la espiritual ceguera, como dijo el Hombre Dios: «Quien no me sigue, camina en las tinieblas (5).» Por efecto inexorable las tinieblas expresan el infierno tambien, y así en el Evangelio es relegada la condenacion á las «tinieblas exteriores» donde reina el llanto, la cólera y el crujir de dientes.

De tales luctuosos sentidos, encerrados en la palabra *tinieblas*, saco por consiguiente mi concepto y digo que contra la Iglesia es verdaderamente la hora y la potestad de las tinieblas, cuando los hombres infucos asáltanla y el mal con ruidoso éxito la oprime. No es un mero principio, sino que aludo, señores, á principios y hechos desventurados: las angustias sociales, las tiranías, las ruines persecuciones, un tal predominio del mundo sobre la religion que forzada se vé á contemplar y á sufrir en sí misma. hé aquí en su daño las tinieblas.

Establecida la teoría, pasemos á su aplicacion.

La Iglesia católica, para emitir juicio sobre los tiempos actuales, ¿puede y debe sostener que ahora, para su tormento, á pesar de ser institucion de Cristo, se ha desencadenado la potestad de las tinieblas? Puede firmemente y debe: otra opinion distinta no corresponde á los acontecimientos. ¿No descubris la angustia y opresion que sufre? Los enemigos de Dios braman: los enemigos de Dios la combaten con actividad afortunada.

La combaten los pensadores con el demonio del racionalismo; la combaten los literatos con el romanticismo incrédulo; la combaten los moralistas con sus fábricas de nueva ética, nunca enseñada; la combaten los geólogos con sus fósiles y con sus esqueletos del hombre prehistórico; la combaten los materialistas con sus cráneos ideales y con

(1) Ester, cap. VIII, v. 16; cap. XI, v. 8.

(2) Salmo LXXXVII, v. 13.

(3) S. Juan, cap. III, v. 19.

(4) S. Pablo á los Efesios, cap. V. v. 8.

(5) S. Juan, cap. VIII, v. 12.

su creta que piensa; la combaten los progresistas con su adelanto continuo é indefinido; la combaten los políticos con sus leyes injustas; la combaten los soldados con sus conquistas. ¡Cuánta guerra! ¡Qué avances de la enemiga hueste en el campo católico! ¡A qué bautizado y á qué creyente romano no le aconsejan que gima? Algunos de los nuestros gozan y alegremente saludan el alba y el mediodía del siglo XIX. ¡Alba tenebrosa! ¡Mediodía seguramente devorador! Esta es la hora y la potestad de las tinieblas.

Napoleon en Santa Elena, donde hacíase hortelano á fin de ocupar el tiempo, mientras cultivaba su jardin, viendo poco á poco morir en la cisterna los peces, así como agostarse las flores de su prado, secarse las hojas y desaparecer los amados pajarillos, decía tristemente: «Todo el que se me aficiona, es desgraciado.»

La Iglesia católica, hermosa hortelana de Dios, puede hoy gritar otro tanto. *Es infeliz todo el que se me aficiona.* Amigas tenía muchas inteligencias que aplaudían, formando su corona; quería en el concurso de la inteligencia humana que cesaran en nuestro siglo los últimos y los pertinaces restos del filosofismo francés: surgió la crítica venenosa de Alemania, y las inteligencias quedaron derrotadas. Contaba con los gobiernos: quería con el apoyo de los gobiernos católicos oponerse por esta parte á la irrupcion abierta de las sucias costumbres; pero no fué posible: no existen ya gobiernos católicos. A lo menos contaba con los Concordatos y la diplomacia, ¡todo inútil! Los Concordatos no fueron mantenidos: aún Austria, que habia venido tarde á estipular un pacto con la Santa Sede, tarda poco á deplorarlo y lo rompe. Contaba la Iglesia con las dinastías, y las dinastías recorren el estadio de la decadencia. Contaba con los pueblos, y los pueblos ansían la democracia. No es bastante: además de los demócratas locos, los pueblos de la Iglesia son derrotados: á su lado tenía las generosas stirpes latinas, y veis ahora el mediodía de la Europa opreso por el septentrion. Aun tenía la pluralidad de los católicos que aprobaban con su voto el dominio temporal de los Papas; sin embargo, los católicos han sido desatendidos, y el dominio temporal ha quedado en tierra. ¡Pobre Iglesia! Puede repetir de veras el lamento de Napoleon: «Es infeliz todo el que se me aficiona.»

¿Argumentais con buen silogismo aquéllos segun los cuales de las angustias y de las persecuciones de nuestros tiempos salen sonrisas, paz y serenidad para la Iglesia católica? ¿Existe paz para nosotros? ¿Sonrisas existen para nosotros? ¿Existe serenidad para la Iglesia? Quien mira lo turbio acierta, y quien llora tiene razon. Esta es la hora y la potestad de las tinieblas.

Para no pocos la pintura que hago de nuestra edad es demasíadamente oscura y sobrecargada. ¿Es posible que la presente deba llamarse la hora y la potestad de las tinieblas? ¿Son por consiguiente tenebrosas todas nuestras ciencias, todas nuestras artes, todos nuestros tráficos? ¿Hállanse conjuradas contra la Iglesia de Dios? ¿Invade por tanto la maldición la tierra? La civilización, el poder, el ingenio, las almas de los coetáneos, aún admitidos nuestros extravíos, ¿no resultan sin embargo tales que se prestan al reino de la verdad maravillosamente? ¡Oh! ¿No veis la luz por encima de las tinieblas?

Lo confieso: veo, señores, cosa muy distinta. Preguntáis: ¿Acaso toda la sociedad es hoy maldita? ¿Ha llegado para la Iglesia la hora y la potestad de las tinieblas? Yo que dije una cosa, pero que no dije la otra, quiero responder, por cuanto lo necesito, invitándoos á una meditación histórica.

Dirijámonos con el pensamiento á Palestina en aquellos días en que allí está Jesucristo y anuncia el Evangelio. Cuando se aproxima el instante de su pasión oprobiosa, y los prefectos del templo con los senadores extienden la mano para encadenarle, dirigiendo él una mirada ardiente deseosa de la justicia de Dios, con fuerza de insuperable acento, exclama: «Esta es la hora vuestra y el poder de las tinieblas.»

Ahora bien; deteneos á ponderar los tiempos en que profiere Jesucristo tales palabras espantables nunca oídas. Aquellos tiempos, considerados externamente, bajo el punto de vista social, aparecen exuberantes, llenos de fama y de gloria. No hablamos de la Palestina, que vé muda la trompeta profética, súa el santuario, y su pueblo humillado y esclavó. En frente de Palestina, en el corazón del occidente, está el aspecto dominante de Roma. Roma tiene la dominación universal; sus brazos omnipotentes se lanzan por Africa, por España, por la Galia y por el Asia; sus naves victoriosas son impelidas hasta las columnas de Hércules; las armas, confederadas en la opulencia, embellecidas por las artes, por las ciencias y por la pompa de los ciudadanos, tienen gran asiento en el Capitolio, por lo cual, el Capitolio mismo, según Cicerón lo llama, *es el concilio público del universo*. Verdad que en sus días felices Roma es dominada por la embriaguez, no creyendo más en Dios: hasta César promueve dudas sobre la existencia de los dioses en pleno Senado; mas ¿qué importa esto? La misma Roma es Dios: *Terrarum dea gentiumque Roma*, nombrarla Marcial (1); diosa, unánimes llamaránla los patricios y la plebe. Roma no cree más en Dios; mas surgen en Roma los divinos emperadores: el divino Augusto, el divino Tiberio y el divi-

(1) Marcial, XII, 8.

no Neron, de modo que no escasean, sino que abundan las divinidades.

Pues bien; trasladémonos á los tiempos de Cristo, que son los grandiosos tiempos de Roma. Me apropio las interrogaciones que antes me hacíais, y digo: ¿Puede llamarse la hora y la edad de Roma la hora y la potestad de las tinieblas? ¿Serán tenebrosas todas aquellas artes, aquellas ciencias, aquel poder y aquella gloria? ¿Envolverá la maldición la tierra, como el fúnebre lienzo el cadáver? Aquellas empresas guerreras, aquellos triunfos de los cónsules y de los emperadores, aquella civilización latina, aquellas increíbles pruebas de ingenio y de fuerza ¿no se prestarán de ningún modo al reino de la verdad? Los Romanos saludan la luz y á la luz cantan: *Lux orbis terrarum*, escribe desde Roma Marco Tulio (1): ¿serán por el contrario tinieblas?

El hombre afirme según ame y desee: el hecho es que Dios juzga de otra manera. Dios en aquellos instantes tan solemnes, tan exuberantes de humana magnificencia, declara y protesta que la hora y la potestad de las tinieblas ha venido al mundo.

Y esto ¿por qué? ¿Por qué, á pesar de la gran fortuna y de las maravillas de la sociedad romana, es la hora del poder de las tinieblas? ¿Preguntáis por qué?

Oídlo: porque se condena en aquella hora en Jerusalem á Jesucristo. Las artes, las letras, las ciencias, la cultura del hombre, delante de Dios, importan poco: los triunfos del hombre y sus dominaciones no suponen mucho para Dios. Por el contrario, no se tienen para nada en cuenta tratándose de constituir el reino divino de la verdad. Condénase á Jesús y es llevado al suplicio; esto lo dice todo, esto vale por todo, á fin de que probado quede lo opuesto; delante del deicidio, las sombras terribles se difunden por la tierra, y el Capitolio se oscurece delante del Calvario. Se ha dado contra Cristo sentencia de muerte, y la hora de las tinieblas llega. *Haec est hora vestra et potestas tenebrarum*.

¡Oh amados míos! ¿No advertís una repetición de aquel hecho informe en vuestra edad?

Admito la cultura moderna, y admito el progreso: no niego tampoco las presentes grandezas del hombre. ¿Qué queréis? Veo más bien en cada una de nuestras metrópolis restaurada la Roma de los antiguos, tan potente y tan soberbia. Una Roma es San Petersburgo: allí se cree poco en Dios; pero allí está el cetro de las gentes slavas, y además acechan el Oriente. Una Roma es Berlín: allí se cree poco en Dios; pero va constituyendo y dominando con la política y el hierro los pueblos alemanes. Una Roma es París: allí se cree poco en Dios; pero París,

(1) Ciceron, Cat. IV, 8.

si bien deprimida, impera con el liberalismo aún en el mundo, así como con el bello espíritu y con la moda. Veo otras Romas en otras metrópolis, y veo la Roma vieja en la Roma flamante. Os complazco, pues, señores: reconozco á mi vez y confieso vuestra civilización, vuestro poder, vuestra gloria, todo lo que llamais la gran luz del siglo XIX. ¿Pero qué, sin embargo? Es la presente la hora y la potencia de las tinieblas.

¿No es evidente de dónde llevo yo á tal conclusión?

Os indiqué la Iglesia católica herida, traspasado su pecho con puntas homicidas, y opresa: era una demostración de tinieblas. Si aún deseais de las consideraciones generales descender á punto singular y terminante de luto para la Iglesia, os diré que la hora de las tinieblas es la presente nuestra, porque hoy condena el orbe al Justo. El Justo, condenado nuevamente y conducido al cadalso, no vive ahora en Jerusalén, sino á orillas del Tiber: no está en el Gólgota, sino en el Vaticano.

He nombrado al Papa. Seamos sinceros: ¿á quién hieren todas las iras y todas las malas acusaciones con que se irritan los hombres poco religiosos y nada cristianos? Al Pontífice siempre, supremo doctor de la Iglesia. El Pontífice arrastrado es á juicio por el mundo contemporáneo: es arrastrado á juicio por los periodistas, que lo cargan de frases indecentes y lo denuncian al pueblo como insultador de las conciencias: es arrastrado á juicio por los profesores, que lo equiparan á Mahoma en sus cátedras, y lo hacen maldecir por sus discípulos: es arrastrado á juicio por los legisladores, que lo rechazan de los Parlamentos: es arrastrado á juicio por los Estadistas, que lo hacen crucificar por los Gobiernos. Así desde abajo como desde arriba se levanta el grito: *Expedit ut unus moriatur homo pro populo* (1). Hace pocos días aún, los políticos prusianos abiertamente declaraban en la *Gaceta del Norte*, que la Italia revolucionaria y la Germania protestante, unidas entre sí, «debían abatir el enemigo común de los dos grandes Estados, á saber, la dominación jerárquica, la cual es un anacronismo en la época presente.» ¿Qué se comprende por dominación jerárquica? En el vértice de la jerarquía religiosa está, señores, el Papa. ¿No lo dije? Es el grito desventurado de Caifás: *Expedit ut unus moriatur homo pro populo*.

¡Infelices! ¡Infelices! Condenais al Justo y quereis que muera el Papado: lo promulgais ante la Europa intrépidamente. Ahora bien: nuestro grito suscita en nosotros este otro grito: *Haec est hora vestra et potestas tenebrarum*.

(1) San Juan, cap. XI, v. 50

No se añade que al querer reprobado al Papa y al derribarle no se atenta ni á su reino, ni á la gloria de Cristo, el cual nunca pensó tener su propia representacion en el Pontificado de Roma.

Para los católicos esto es un embuste y una herejía. Consideramos dogmáticas y demasiado claras al mismo tiempo las frases del Salvador á San Pedro, nuestro primer Papa: *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam* (1). Dirigid á otros aquellas razones vuestras; pero no á nosotros: para nosotros, en el Pontífice está el Vicario de Cristo. ¡Ah! ¡Por qué al paso que se recurre al insulto, se añade la befa! ¿Quereis completamente renovar los días de Cristo atormentado y escarnecido?

Además, vea el mundo y vea el siglo XIX qué caso se hace de Cristo cuando es su Pontífice condenado. Ahora qué oprime al Papa una sentencia última, se levanta con muchos discípulos de Alemania, Strauss, que niega la divinidad de Cristo; levántase con muchos admiradores de Francia Renan, que confirma de nuevo la denegacion, embelleciéndola con sus flores retóricas. Preguntad á los socialistas y á los comunistas, los cuales os contestarán: «Cristo es un excelente hombre, que predicó la comunidad de bienes; un excelente hombre, pero no Dios.»

Decís y escribís: la causa del Pontífice no es la de Cristo.

Mas el lombardo José Ferrari habla de diverso modo. Encuentra un inseparable vínculo entre los personajes; el Emperador, el Papa y Cristo, por lo cual dispersarlos quiere á los tres. Sí; destruir aun á Jesucristo, porque para Ferrari «el principio de nuestra servidumbre es tan antiguo como el Evangelio; principió el día en que Cristo desapareció como Dios (2).»

Os gloriais diciendo: Ahora que se retira el Papado, la gloria de Cristo se difunde más pura y más bella.

Oid voces elocuentes que os desmienten. Exclama Lamartine: «¡Oh Jesucristo! Es por desgracia verdad; tu eclipse es muy tenebroso; la tierra sobre tu astro proyectó su sombra (3).» Alfredo de Musset vierte verdaderas lágrimas de un corazón opreso por el vacío de Dios, y grita: «¡Oh Jesucristo! ¿Cayó en el polvo tu cadáver celeste? Pues bien: sea licito al hijo ménos crédulo del siglo éste sin fé besar el polvo y gemir sobre la tierra fria, que vivía por tu muerte, y que morirá sin tí (4).» No son lamentaciones de sacerdotes, ni de mujeres, sino de poetas y de

(1) San Mateo, cap. XVI, v. 18.

(2) José Ferrari: La «Federacion republicana.»

(3) A. Lamartine. *Harmonias*, II tom. *Hymne au Christ, á Manzoni*.

(4) Alfredo de Musset. *Poesias nuevas*, Rolla.

literatos, los cuales os afirman que en la misma edad en que se retira el Papado, á oscurecerse principia el reino de Jesucristo.

No hay excusa que valga. El Justo es condenado en nuestros dias: es condenado en la persona del Papa, y condenado además en la del Salvador. Ahora bien: el momento de la condenacion del Justo, aun cuando se haga en edad civilizadísima, supone la hora y la potestad de las tinieblas.

Dejemos que gocen los que lo desean mucho, y que canten *hosana* los que no participan de nuestra fé; mas los católicos, no llameis faustísimo por tal concepto al siglo XIX; no motejéis por lo tanto de gemidores y de insaciables á los hermanos vuestros que se visten de luto, profiriendo grandes suspiros y llorando sobre las ruinas del templo. No maldigais á los Jeremías cuando se han roto las cuerdas del arma de la fé. Lei en los cantos de Victor Hugo un trozo que obligóme á tomar nota: el desaliñadísimo Hugo exhaló de su pecho el siguiente gemido: «¿Con qué nombre te llamaré, hora revuelta en que nos hallamos? Las frentes todas están bañadas de sudor lívido: en las alturas de los cielos y en el corazon de los hombres, por todas partes, con la luz se han mezclado las tinieblas (1).» ¿Oís? ¿Veis? Las tinieblas en todas partes.

Mi problema está resuelto: esta es la hora y la potestad de las tinieblas.

Debe mudar de tono mi conferencia. Vengo á vosotros, queridos hermanos tristes: á vosotros, que diversos enteramente de los confiados y alegres en demasía, me mostrais la edad presente y las tribulaciones de la Iglesia, diciéndome con voz flébil: ¿No es acaso verdad que hoy el infierno enfurécese tanto que nos domina?

Os contesto. No. Por mucho que reine actualmente la hora del hombre y la potestad de las tinieblas, no debemos desesperar.

Saco de doble parte la razon de nuestro consuelo: de parte de la Iglesia, contra la cual se apunta la persecucion atroz, y de parte de la sociedad civil, de donde la persecucion emana.

Principiemos por la Iglesia católica. ¿Conoceis vosotros bien, hijos, á vuestra madre? ¿Conoceis su naturaleza y su historia? Si esta luz fuere plena en vosotros, no os daríais tal ligeramente al espanto y al desaliento. ¿Cómo nació la Iglesia? ¿Cómo pasó á los pueblos? Fué asaltada por las tinieblas y se mantuvo firme. En su virtud ya en sus dias reanimaba el Apóstol á los fieles con estas palabras memorables: «Nos ve-

(1) Victor Hugo. *Cantos del crepúsculo*.

mos acosados de toda suerte de tribulaciones; mas no por eso perdemos el ánimo: nos hallamos en grandes apuros; pero no desesperados. Somos perseguidos; mas no abandonados: abatidos; mas no enteramente perdidos (1).» Otro tanto debemos afirmar hoy: somos afligidos y hollados; mas ¡a qué fin fruncir tanto el ceño por el espectáculo de la desventura?

Oigo un fuerte acento de oposicion. Dejemos nuestros dolores: por las simples desventuras de la Iglesia no nos abatimos; mas ahora existe una cosa más grave aún. Lo que fuertemente nos desalienta y abate es ver los designios de la Iglesia católica que se desvanecen; ver sus empresas conducidas de un modo que no es posible ya el éxito. ¿No confesásteis que la Iglesia se proponía extirpar los restos del «volterrianismo,» oponerse con los gobiernos católicos á la influencia de la reforma protestante, hacer cesar las costumbres torpes, ampliar el reino celeste con el noble concurso de las inteligencias humanas, en todo lo que salió mal, siendo desgraciada? Pues bien: esto es más que un simple padecimiento; es como un mentis y una derrota: esto es un profundo misterio que nos espanta y nos aterra.

¿Os espantan los misterios! Señores, ¿por ventura son los únicos los misterios de la Iglesia, que yo sin embargo descubro y admito, considerándolos profundos? La Iglesia es hija de Dios. Ahora bien, Dios en sus procedimientos exteriores con nosotros, ¿no tiene misterios también? ¿No los tiene profundísimos? ¿No nos muestra cosas y hechos que tienen aspecto muy verdadero de mentis y derrotas? ¿Acaso sus empresas no van de un modo que diríais su éxito imposible?

Crea los ángeles, y parece una empresa sin éxito. Una tercera parte caen, y el hostil imperio que fundan contra Dios, hace diariamente nuevas conquistas difundiendo sus ardientes confines. Fabrica el Eden, y parece una empresa sin éxito: concluye con la caída del hombre, á pesar de ser su precepto leve y fácil de cumplir. Funda el orden patriarcal parece otra empresa sin éxito, porque la verdadera tradicion no se guarda fuera de la línea de una sola familia. Promulga la ley: hé aquí el aspecto de otra empresa infeliz, porque, á pesar de la ley, surge la idolatría. Dios en su pueblo amado quiere las cosas de una manera, y el hombre las quiere de otra. Dios quiere que el gobierno de Israel sea teocrático: el pueblo quiere que sea monárquico, y lo consigne. Dios quiere que la indisolubilidad del matrimonio sea sagrada é inviolable: esto desplace al pueblo, y la dureza de los humanos corazones induce á Moisés á establecer el divorcio. En suma; aún con la visible inter-

(1) San Pablo, 2.^a á los Corintios, cap. IV, v. 8 y sig.

vencion de Dios, el mundo físico es una ruina, el mundo moral es un resto de naufragio, y el mundo espiritual es un desengaño. ¿Qué se contiene en todo esto? ¿Un misterio altísimo é inconmensurable? Quien está fuera y juzga con los ojos del hombre, ve que Dios no ha conseguido su intento: vé un mentís y una derrota.

Sin embargo, señores, Dios con los mentís y las derrotas, que son todas aparentes y celebradas sólo por los necios, impera en el universo, conduce Dios, encamina bien á sus fines y á la humildad salva.

Sobre las normas de Dios poneos á considerar la Iglesia, y responde perfectamente. Casi todas sus obras tienen el sello de la derrota. Con San Pedro erige su propia cátedra delante del trono del César, el cual hace morir á San Pedro en el patíbulo. Con el gran Constantino promulga el solemne tratado de la paz; pero el apóstata, sobrino del Emperador, lo rasga y renueva los terrores del paganismo. Con Carlomagno procura llevar al ovil de Cristo las bárbaras estirpes que aún se resisten á la fé; mas el imperio Carlovingio se desmorona y los bárbaros prevalecen. Con las falanges de los Cruzados quiere fundar en Palestina el reino cristiano; mas los Cruzados son heridos por horrendos infortunios, y poquitos sucesores de Godofredo le siguen en el trono. Parecía que la empresa de la liberacion de Tierra Santa se reanudaría bien con Cristóbal Colon, el cual, descubierta la América, y sacado de la misma un inmenso tesoro, debía volar al rescate de los cristianos cerca de aquellos infieles brutales; mas Colon es cargado de cadenas y conducido prisionero á España. Propónese la Iglesia reparar sus pérdidas debidas á la herejía de Lutero: lo consigue con Javier en gran parte; mas no concluye la reintegracion, por cuanto el apóstol de las Indias, cuando á punto se halla de conquistar la China, muere allí en una isleta delante de aquélla que huye de su mano.

No faltan, pues, los descalabros, ni los mentís en la historia de la Iglesia: ¿no lo advertís, sin embargo? Réina la Iglesia en los siglos antiguos, reina en los de la Edad Media, y réina, señores, en los que siguen. El protestante Macaulay, que considera la Iglesia romana despues de las grandes apostasías del siglo XVI y las conquistas hechas por la Reforma, encuentra en los últimos tiempos más numerosos y más florecientes los católicos que antes en la edad de Lutero y Enrique (1). ¡A qué por tanto se reducen las derrotas? ¿A qué los mentís? A cosa de seguro misteriosa, porque Dios nos guía por fé: Con todo, más que reales, son derrotas pasajeras y aparentes.

Esto sentado, ¿por qué no regirnos de la propia manera al juzgar los

(1) T. B. Macaulay. «Los Papas de Roma en el siglo XVI y XVII.»

desastres y las heridas causadas á la Iglesia en la edad presente? Dijisteis que ahora son cosa peor que simples angustias; mas ¿acaso no fueron peor que simples angustias sus luchas pasadas? Ahora empléase un arte nuevo para suplantarnos. Esto replicais, y añadís que se oye un nuevo sonido en el fragor de la batalla. Está bien: el arte es nuevo en su forma; mas en sustancia es el mismo siempre. No lo dudeis: lo conocemos y sabremos desvanecer la conjuración. En los días de Juliano gritaban: «La Iglesia nació ayer y no tiene raíces: derribémosla: es una niña.» Por el contrario, en los días de Voltaire gritaban: «Cargada está de años, y la Iglesia no puede más: derribémosla; es una vieja.» Ni la niña ni la vieja caen, por ser siempre del mismo modo j6ven y gallarda. Añadís: Entre tanto ahora nos crucifican y nos impelen al sepulcro. ¿Nos crucifican? Bien: la cruz se convertirá en el trono de nuestra grandeza. ¿Nos impelen al sepulcro? Bien: no tememos el sepulcro, donde nos educaron con Cristo: á ser vendrá la cuna de nuestra renovación. Advertís: ahora de todas maneras el cielo está cerrado sobre nuestras frentes, hasta el punto de que no nos alumbrá un rayo de luz: nos angustia la noche y no aparece crepúsculo de aurora. Os dije que es la hora y la potestad de las tinieblas. Sólo que, á fin de aseguraros sobre las infalibles victorias de la Iglesia, no debeis mirar el presente: la Iglesia tiene de su parte así el pasado como el porvenir: en ninguna circunstancia jamás el presente, por cuanto el mundo lo desconoce de continuo. La Iglesia es Jesús, que revélase á la Magdalena muy temprano, y por la tarde á los discípulos de Emaus; su gloria es reconocida cuando ha pasado.

Por último: ¿por qué temeis, á pesar de las razones aducidas? ¿Por qué decís y creéis que ha nacido ya entre nosotros el anticristo? De aquel día supremo nadie sabe nada; *De dia illa nemo scit...* Mas sabemos que esta es la hora y la potestad de las tinieblas, y que madura en el árbol del dolor el fruto de nuestra victoria. Me aplaudisteis repitiendo mis palabras, oyéndome afirmar que ahora condena el orbe al Justo. ¡Alabado sea Dios! ¿Cuándo vence la Iglesia, sino en el momento propio en que al suplicio es enviado el Justo? Cristo, pensando en el Calvario y en la Cruz, se dirigió á la muerte, gritándole: ¡Oh muerte, yo seré tu muerte! *Ero mors tua* (1). En las angustias del Justo existe una expiación inmensa, que borra los pecados de la humana familia.

¡Acontecimiento indescribible! La opresión de la tierra concitada existe alrededor del Anciano de la mansión Vaticana. Satanás otra vez se alegra de haber por las manos de los Pilatos y de los Herodes firma-

(1) Oseas, cap. XIII, v. 14.

do el decreto de la muerte de Cristo. Lo concedo; mas los prolongados é increíbles padecimientos de Pío IX, sus lágrimas, sus presentes derrotas y agonías, mezcladas con las lágrimas y los oprobios del Nazareno, salvarán al mundo.

La Mennais, entre sus contemplaciones terríficas, tuvo una que los cabellos eriza del que se fija en ella bien. Al hijo del hombre llama y le pregunta: *¿Qué ves?* El hijo del hombre mira, viendo en el horizonte una nube livida, y en torno una luz sanguínea semejante al reflejo de un incendio. La Mennais pregunta nuevamente: *¿Qué ves?* El hijo del hombre contempla el Océano que levanta sus olas, y las montañas que sacuden sus cimas; ve pueblos en rebelion, tronos y diademas rotas, Otras preguntas siguen y otras respuestas. Con todo, no satisfecho aún, pregunta otra vez La Mennais: «Hijo del hombre, dime: *¿Qué ves?*» Últimamente responde: Veo á Satanás que huye, y á Cristo que, circundado por sus ángeles, descende á reinar (1).

Hé aquí el fin de la gran lucha social; hé aquí sobre todo el fin de toda gran lucha de la Iglesia: huye Satanás y Jesucristo descende. La Mennais nos quiso describir los triunfos de la democracia, y nos describió mejor los triunfos católicos. En el día postrero de la lucha el Pontífice ha vencido.

Dejo, señores, las consideraciones referentes á la Iglesia católica. Esta es la hora y la potestad de las tinieblas; si empero atendemos á la Iglesia, este poder no es tan grande que debamos desesperar.

Examinemos la sociedad civil.

Esto vale tanto como decir que vamos á interpretar nuestros destinos y á separarlos de nuestros vencedores. La sociedad á que me dirijo es el complejo de los hombres que imperan, que se chocan y dirigen á su gusto la política, los ejércitos, las alianzas, las guerras, los comercios, la educacion del pueblo y la civilizacion. ¿Os parecen tan poderosos y tan tenaces que no puedan ser vencidos estos hombres en el tiempo en que dominan? ¿Os parecen invencibles de tal manera que, proponiéndose la destruccion de la Iglesia, deban lograrla? No, no; descansan en el engaño, en la mentira y en la torpeza, no pudiendo por fin prevalecer.

Una comparacion, señores, entre sus afirmaciones y el éxito de las cosas.

Los hombres que son ahora nuestros amos, directores de la sociedad civil, tienen palabras bellísimas en la boca, de manera que, oyéndoles, os sentís embriagados. Mas, cuando observais los hechos, se os escapa el

(1) F. La Mennais. *Palabras de un creyente*, II.

reproche de *hipócritas!* Examinemos algunas de tales alegres contradicciones modernas.

Excelente hombre, estimable sobre todos los demás, es el demócrata. Esto dicen, y quieren persuadir de lo mismo á los mortales. Mas ¿qué cosa es el demócrata? Es el hombre que tiende á ser aristocrático; se ayuda con todos los muelles del pueblo tan elásticos; camina sobre todas las garruchas de la intriga, tan activas, á fin de subir á las alturas. Si existe arte útil en nuestros dias es la democracia: testarudos son y necios los sacerdotes que no lo quieren aprender. Un poco de fuerza en los pulmones para publicar á son de trompeta tu amor á la plebe, y un poco de desvergüenza para proclamarte apóstol de la nacion; con esto eres diputado, ministro y diplomático, metiendo francamente la mano en la cosa pública.

Instruccion. La instruccion es el pan de los del pueblo: ilumina y civiliza; difúndase por todo el país.

Esto, exclaman, es bella y santa cosa realmente; instruir á los ignorantes. Mas la instruccion querida por los aludidos, atendido el modo y el espíritu con que la dan, más que iluminar, llena de tinieblas; más que civilizar, pervierte. Consultad, señores míos, las estadísticas; encontrareis que allí donde abundan los que no saben leer, escasean los delitos; pero que la corrupcion aumenta donde hay más escuelas y más gente instruida.

La era presente es la de la razon; no más supersticiones nécias, ni más ritos y creencias insipientes.

Exclaman esto. ¿No veis á los nuevos paladines de la razon, que mientras se agitan contra el Papa y la Iglesia, mientras se burlan del mismo Evangelio, van los unos á interrogar á los magos y á los prestidigitadores del mesmerismo, los otros sacan de las costillas de la mona el pensamiento humano, como tambien, por consiguiente, los poemas de Homero, de Virgilio y de Osian; admiten aquellos los milagros de la materia y la eternidad de nuestra especie, hasta el punto de que os veis constreñidos á repetir con Pascal: *¡Oh incrédulos, sois los más crédulos!*

Es la era de nuestra paz.

Tal dicen á gritos. En tanto enaltecen la paz, todos los ciudadanos son soldados; enorme selva de bayonetas oscurece la Europa, como si el Asia, el África y la América, con las tribus de la Oceanía, debiesen caer unidas entre sí sobre nuestro continente, á fin de hundirlo.

Nuestra era es la del progreso: nunca se vió tanta civilizacion. El vientre de las mujeres antiguas alumbraba serpientes; hoy toda hembra que se desocupa produce al hijo de la luz.

Tal gritan; pero nosotros, tan cultos y tan progresistas, nos arrodillamos ante el becerro de oro, mientras á nuestras espaldas rompe Moisés indignado las tablas de la ley. Nosotros, muy cultos y muy progresistas, aparecemos tan llenos de flores, tan pintados, tan embellecidos, tan hinchados, tan enjogados, con el sello en la frente de tanta vanidad y con tanto lujo, que la mitad sería bastante á producir los eunucos de Bizancio, y á enterrar las legiones del Lacio.

Los reyes se van. La bandera que flota en el 'aura del siglo XIX, es la siguiente: *Pueblo, y no más reyes.*

Esto gritan otros. Pues bien: los reyes se van; pero los tiranos arriban. Decid si, donde un trono se derrumba ó queda vacío, no se alzan de la hez los déspotas más vulgares, á fin de ocuparlo. Para un Emperador á quien se haya cortado la cabeza, sobre la orilla de América, diez tiranuelos se levantan en su lugar; para otro Emperador que huye del Sena, un conciliábulo de demonios viene á sustituirlo.

No más godos, ni más vándalos, ni más incendios, ni más matanzas. Viva la república una é indivisible.

Esto gritan. Empero detrás de la república surge la «Commune,» que hace de godo y de vándalo, incendiando y asesinando. Mirad los foscos relámpagos que se levantan del Sud de la Europa. Os dicen: *París arde.*

El parangon entre las palabras y el éxito de las cosas nos dá esto de nuestros dominadores: la sociedad civil, de que se burlan como tiranos, descansa en el engaño, siendo informada en la injusticia y en la hipocresía. Ahora bien; combatiendo á la Iglesia, ¿podrá ser invencible hasta el fin? Sólidos fundamentos no tiene: ¿podrá remover, para confusion de Cristo, la piedra de Pedro? No: es el simulacro descrito por el Profeta con la cabeza de oro, y el vientre de bronce; pero los piés hechos con creta, afirmados en el polvo: espera la piedrecita de la montaña que lo hiera y disuelva.

Otra comparacion, señores; una comparacion entre las Potencias, consideradas ante la Iglesia y consideradas ante sí mismas.

Ante la Iglesia, admito que se hallan concordes y unidas actualmente: á costa de pareceros un Tristan que ve lo peor, os concedo que unidas están entre sí, como los dos presidentes furibundos, entre los Judíos, que se ponian de acuerdo á fin de atormentar á Cristo: *Et facti sunt amici... in illa die* (1). A mi las Potencias se me representan tambien eual los dementes Frundsberg y Borbon, que, siendo capitanes del ejército de Carlos V, llevaban una cuerda para estrangular al Papa. ¡In-

(1) San Lucas, cap. XXIII, v. 12.

felices ambos! Frundsberg quedó herido de muerte repentina, y Borbon, despues de asaltar las murallas, caia traspasado: Benvenuto Cellini, el cual decia bravatas desde una especie de barricada, se jactaba de haber dado contra él un golpe de gracia.

Mas esto no es bastante: ¿qué pasa con las Potencias considerándolas ante sí? Las Potencias se alimentan unas y otras de odio reciproco. Un ingenioso escritor francés años pasados decia en uno de sus libros: «¿Invita acaso Alemania á Francia á beber el vino del Rhin? (1).» Ahora bien: podemos decir que la llevó al Rhin para beber sangre. El hecho es que las Potencias se hostilizan mutuamente, porque son rivales. ¿Se aman acaso la Prusia y la Francia despues de las últimas luchas? ¿Ama por ventura la Prusia al Austria y viceversa? ¿Ama el Austria á la jóven Italia? ¿Qué dice la Dinamarca de la generosa Inglaterra y del caballeresco aleman? ¿Qué dice la Rusia de nuestro Occidente? ¿Dónde está en suma en la moderna persecucion de la idea católica, la fraternidad de las naciones? Si entre estas no existe un vínculo fuerte, ¿cómo esperararlo estando todas conjuradas acerbamente contra la Iglesia?

Una última comparacion. Colocaos dentro de las naciones, y poned en parangon su fuerza política con su fuerza moral. Para un Estado el vigor sumo, que promete victoria definitiva, es, señores, la fuerza moral, porque si la fuerza política con sus gendarmes y con sus soldados, es el hombre armado de uñas y de dientes, la fuerza moral con sus virtudes es el hombre dotado de mente y de corazon; el uno se resuelve por decirlo así, en la materia, y el otro en el espíritu. Ahora bien: ¿qué fuerza moral tienen las Potencias? ¿Cuán enfermas, cuán débiles y cuán vacilantes! ¿No repugna con sus máculas la misma Berlin, en la cual se fijan los ojos de los contempladores de los dos mundos? ¿No os causa terror con el escepticismo de las clases altas, con las crecientes orgías de los del pueblo, con sus bufones mezclados con los militares, vestidos algun tiempo con sus uniformes, y con sus treinta mil prostitutas puestas al lado de los pensadores? ¿No os veis constreñidos á temer que la *metrópoli de la inteligencia* se convierta en la *metrópoli del crimen* cuando hallais allí en un año cuarenta mil condenados por los tribunales, y cuando entre tantos delitos, como acaeció en el 1867, hay treinta mil setecientos sesenta y tres con el carácter de infamantes? (2).

(1) Gabriel de Balcastel.

(2) Las cifras criminales de Berlin, donde se reúnen 820.000 habitantes, señalan ordinariamente un condenado sobre 20 ó 21 ciudadanos.

La Europa arrastrada por una secta que no cree en Dios, embriagóse con todas las grandezas de la tierra, olvidando las del cielo; fué una embriaguez de la carne, semejante á la que precedió al diluvio, cuando las mujeres se divertían con los gigantes. ¿A dónde irá la Europa? ¿A estrellarse contra la Iglesia, ó irá más bien á estrellarse contra sí propia?

Un periodista de París de ingenio fecundo y de fé ardiente, pero considerado fanático por los liberales, Luis Veuillot, escribía en 1850 en el prólogo de un libro suyo: «Se dirá que había una sociedad envanecida de su ciencia, de su fuerza, de su riqueza, de sus esplendores, por haber creído que podría pasar sin Dios, y por fin que así sería mucho más grande, más fuerte y más feliz; que realmente esta sociedad lanzó á Dios de sus leyes, de sus costumbres, de sus artes, de sus escuelas y del corazón de los pueblos; que se glorió de poseer códigos ateos, de honrar en todas partes á los doctores de la mentira, y que, sonriendo á cuantos le predicaban desventuras, respondió:—¡Veremos lo que hará este gran Dios!—Se dirá que entonces surgió la noche, estallando los truenos, y que los orgullosos tuvieron miedo, pero quedaron prontamente tranquilos, porque no vieron caer en todas partes el rayo; que volviendo á su audacia creció su ceguedad, habiendo dicho:—Nuestros ejércitos son flees y la renta está próxima á la nivelacion; decididamente no necesitamos de Dios.—Se dirá que los sordos terremotos no los advirtieron, y que, precipitándose en el resto del banquete interrumpido por el huracan, exclamaron:—Si Dios quiere volver en medio de nosotros guardará nuestras riquezas y nuestros placeres; nosotros le cerramos nuestros corazones, pero accedemos á poner sobre los límites de nuestros campos esta sombra aún respetada.—Se dirá que del fango de la capital se levantó por fin un ejército formado con todo lo que daba compasion y todo lo que causaba horror, mandado por hombres que, despues de Dios, se habían escarnecido mayormente; y que la sociedad, caída casi sin combatir, en poder de la multitud abyecta, no vió siquiera la faz, ni conoció los nombres de los innobles vencedores. Vendrán para castigar y para destruir; para ser castigados y destruidos á su vez. Vendrán para enseñarnos dónde caen las sociedades que abandonan el Evangelio, y cuántas son las tinieblas de que la tierra se cubre, cuando los hombres, levantando de nuevo encima del Gólgota el árbol divino arrancado á los altares, crucifican de nuevo en él al único que edifica y salva (1).

Pasaron veinte años desde que Veuillot, periodista católico motejado

(1) Luis Veuillot, «Al día siguiente de la victoria. Vision. Pref. París. 1850.»

de fanático y retrógrado, escribía estas palabras. Veinte años Casandra permanecía burlado en París, como diez años no había sido creída en Troya; mas los anuncios del periodista vinieron á ser para su patria infeliz oráculo y vaticinio.

Si el extravío contemporáneo no se restringe á la Francia únicamente; si todos los pueblos vecinos suyos padecen su enfermedad ideológica y moral, yo, nuevo profeta melancólico, preguntaré: ¿Qué será de nosotros? La Iglesia, reducida á los elementos divinos é históricos que la constituyen, tiene en sí promesas para resistir la tempestad del presente siglo, segun hemos notado; ¿tienen iguales promesas los pueblos y las Potencias de la Europa? Si se habla de terrores y espantos, ¿dónde se hallan los mayores? ¿Se debe temer de la obra de Dios, ó más bien de la del hombre?

En esto se resuelve sin duda el doble problema del presente dia. Supuesto que entre nosotros ha llegado la hora y el poder de las tinieblas, éste sin embargo no es tal que deban los católicos desesperarse.

Propongo una meditacion á los creyentes.

Al presente ha llegado la hora y el poder de las tinieblas. ¿Qué nos corresponde hacer á nosotros, hijos de Cristo y de la Iglesia? Dije á los alegres y á los demasidamente confiados: No juzgueis énteramente bien de nuestros tiempos; no entoneis aún cantos de triunfo por la religion. Dije á los demasiado tímidos y desalentados: No penseis que ahora prevalecerán las puertas del infierno: esperad en la oracion. Está bien. Esto dije á los unos y á los otros, segun me aconsejaba la distinta solucion del problema; mas ahora, resuelto el problema y amaestrados así los unos como los otros, hay que añadir un aviso para que todos queden preseryados.

Señores, ¿sabeis por qué nos encontramos actualmente en la hora y en la potestad de las tinieblas? ¿No es manifesto para vosotros, por qué Dios permite tan libre atrevimiento en los malos, como tambien tanto luto y tanta opresion en su Iglesia?

La hora de las tinieblas es la hora de la gran tentacion contra la fé, y Dios consiente la tentacion para ejercitar en la prueba y purificar la Iglesia; la consiente para ver si en nosotros la creencia es firme; para librarse de los católicos dañados é hipócritas, los cuales en la batalla ceden abandonándole; para recompensar en fin á los electos, los cuales se vigorizan y se subliman en la prueba.

Por consiguiente, si la tentacion es contra la fé, á fin de que se con-

solide en la Iglesia y florezca mejor, impórtanos atender á esto, y reforzar la fé católica en nuestros pechos.

Seamos creyentes, almas mias; creyentes intrépidos y generosos. No nos faltan los argumentos de credibilidad, sino que por el contrario aumentan de dia en dia; siempre que descubrimos la furia del combate multiplicándose, vemos que la Iglesia continúa firme. No nos faltan los consuelos actuales, que se deben otorgar á los que militan. Dios está con nosotros; con nosotros su gracia, la luz y la fuerza. Lo prometió Cristo, indicando al que sigue su cruz: *Con él estoy en la tribulacion* (1). Tenemos por consiguiente para que nos sirva de guia la bandera, donde se hallan escritos nuestros destinos, y el Capitan por el que recibimos las armas y el valor. Empuñemos fuertemente tales armas que son las de la fé; en esto estriba la condicion indispensable del triunfo. ¿No teneis fé? Caerais derrotados en medio del asalto del mundo. ¿Teneis fé? Vosotros vencereis: «Lo que nos hace alcanzar victoria sobre el mundo, es nuestra fé» (2).

Cuando se discurre sobre la tentacion de la fé, se representan á mi mente dos hombres famosos de nuestros tiempos, objeto ambos de admiracion, de amor y de lágrimas para todos los corazones gentiles; me refero á Santiago Leopardi y á Silvio Pellico.

Si hay escritores que puedan ser puestos en parangon por no pocos conceptos, son ellos: indole, tendencia y circunstancias entre sí casi más iguales que parecidas; los dos de complexion débil, afectuosos, meditabundos, de altos espíritus y muy amantes de los estudios; prosistas y poetas naturalísimos, si bien el uno cultivase la forma y la trasfiriase á la venustidad griega, y el otro por el contrario, es decir Pellico, la olvidase: los dos encendidos por pasiones políticas, infelices y tan heridos por enfermedades, que más que en la hermosa luz del sol parecian vivir en la sombra del sepulcro.

Sin embargo, estos dos hombres, estos dos escritores, estos dos amados infelices, se diferencian mucho por otro concepto: el hábito sobrenatural de la fé llovido en ellos desde su mocedad, no fué igual siendo adultos; la hora de la tentacion de la fé batió el alma de Leopardi, el cual cedió, viniendo á ser escéptico; fué á batir al alma de Silvio Pellico, que resistió, permaneciendo creyente. En su virtud se manifestaron efectos opuestos.

Fijaos en el primero. Si Leopardi hubiera debido tomar norma para pensar y creer en la casa paterna, su caso no hubiera sido tan ruinoso,

(1) Salmo XC, v. 15.

(2) Epistola de S. Juan, cap. V. v. 4.

porque la religion de sus padres era espléndida; fuera de que, por lo que hace á la política y á la marcha de los tiempos, la arquitectura del patrio palacio, el Conde Monaldo su padre, que todavía llevaba la cabellera empolvada, la cual le caía sobre los hombros, la Marquesa Antici, su madre, con las amplias cofias de otro tiempo, las armas, los arcos y los muebles, todo á la antigua, hallábanse allí para lanzar el anatema contra el siglo novador. Mas en el viejo palacio entraba tambien el aura de la nueva edad: la revolucion francesa, las proezas de Napoleón, el reino itálico, las grandes mutaciones, los progresos de siglos hechos en pocos años, los cuales disminuian el respeto á la autoridad, y quebrantaron el espíritu casi aun infantil de Santiago; el padre temió, encerrándole; pero el jóvencito abrió el balcon, poniéndose á escuchar y á recoger los crecientes rumores del mundo. En suma, todo fué inútil; habia venido la tentacion; siendo amada y seguida, surgió la caída inexorable.

¡Infeliz Santiago! Vedle fuera de Recanati, en brazos del fraile apóstata llamado Pedro Giordani; seducido por falsos amigos y por falsas doctrinas, no cree ya en la Iglesia ni conoce el gobierno en la providencia del mundo. Mírase á sí mismo, viéndose triste, feo, giboso, anhelando todavía grandes cosas, con ingenio portentoso, alma gigante en un cuerpo deshecho, forzado á concentrar su inteligencia indomable en pensamientos extraños, y á sufrir el fastidio de lo que primeramente quería é invocaba; ¿qué hace? En sus tiernos años, cuando la dulce vena poética lo visitaba, disponíase á cantar himnos cristianos al Redentor, á la Virgen, á los Apóstoles, á los anacoretas, señalando los primeros fragmentos, caidos despues en manos extranjeras. ¡Ojalá hubiese ido adelante! Alejandro Manzoni no estaría solo. Ahora, empero, por las angustias del alma y del cuerpo, no mitigadas de ningun modo, ruge: ahora murmura y blasfema; ahora que no habla de Dios, razona del hado impío; ahora, que no bendice la vida como don celestial, calíficala de miseria inútil; entretanto, para engañarse, lejos de indicar para su consuelo una recompensa eternal, os señala la tumba donde supone que todo se disuelve. ¡Desgraciado! ¡Desgraciado! Ha perdido la fé católica; con la fé ha perdido la victoria del mundo, y ha perdido la felicidad.

Consuélame tú á lo ménos, buen Silvio. ¿No debiste sufrir tambien las seducciones, los engaños, las tramas de la nueva edad y las sacudidas contra la fé? Sin duda: ¿quién puede ignorarlo? ¿No fuiste tambien imperfecto, de cuerpo muy defectuoso, traspasado y vendido? Lo fuiste, ¿quién no lo sabe? Ahora bien; ¿cómo te portaste tú en el dolor? ¿Arrojaste la religion de tus padres? ¿No te dió ella consuelos suavísimos?

El poeta de las almas tiernas y melancólicas demostró desde su infancia qué verdadero es aquel dicho de Sócrates: «La virtud viene sobre la tierra por la desventura acompañada.» Metida el alma de Silvio en un cuerpecillo que apenas nació enfermara, siguiendo adelante de dolencia en dolencia, disputando entre la vida y la muerte, abríase á la luz de Dios y de la verdad, como entre las espinas se abre la flor á las primeras sonrisas del alba. Fué Pellico religiosísimo, aunque jóven muy conturbado: fué siempre religiosísimo, á pesar de ser un hombre muy trabajado y opreso. Bajo el techo paternal de Saluzzo; en Turin, en sus paseos de Italia, cerca de Lion, dijo: «Antes Dios y la fé; despues mi madre,» de la cual, siempre que habla de ella, segun escribe Pedro Maroncelli, «su palabra es un himno de amor.»

Sólo que llega para Silvio el momento de la tentacion grande. Para Santiago Leopardi vino en una ciudad pequenita y oscura; mas para Silvio en una metrópoli. Vedle allí en Milan, donde se ha trasladado su familia. Corren los últimos días de la era «napoleónica.» Milan es como Atenas en Italia. Nombran allí á Silvio profesor de francés, en el «Colegio de los huérfanos militares:» los más grandes ingenios de su edad, Monti, Parini, Fóscolo y Verri dan allá prueba de su poderoso ingenio, viniendo á ser amigos muy ardientes de nuestro amigo. Entretanto Napoleon cae; huido de la isla de Elba, despues de sus cien días, enviado es á la isla oceánica. El antiguo gobierno trasládase á la Lombardia, y Pellico con otros compañeros colabora en el *Conciliador*, periódico de las liberales. En un abrir y cerrar de ojos, habiendo infundido la sospecha de sectario, le cogen los esbirros y lo hacen salir de Milan.

¡Oh Spielberg! Mira venir á tu vez un hombre muy diverso de tus demás encarcelados. Acusado de pertenecer á una secta sin ser sectario; angustiado por ignominioso suplicio, pero no envilecido, cuando á este hombre, allá en la plaza de San Márcos de Venecia leyéronle poco antes la dolorosa sentencia, no maldijo, diciendo: «Que se cumpla la voluntad de Dios.» Este hombre, cuando poco antes la góndola voga por las lagunas, conduciéndolo á Fusina, se ofreció por completo á Jesús, protestando que morir quería sin mancha, como habia vivido. Ahora bien; mírale: viene á tí, su hórrido y segundo presidio, como á cara y muy deleitable mansion de penitencia cristiana. Entra y no murmura de tu aspecto escuálido: tiene los ojos llenos de suavidad y de noble altivez. Es su frente serena, y vaga por sus labios una delicada sonrisa. Es el autor de *Francisca de Rimini* un desventurado hijo de Italia; es más bien un magnánimo y leal creyente. No le oirás blasfemar nunca ni una vez: aunque vestido de presidiario, le verás leer

por el contrario, con reverencia sacerdotal, la Biblia y el Evangelio; verásle orando á Dios por la mañana y por la tarde; corriendo peligro su vida, sobre la yacija del prisionero, verásle con las manos juntas y elevada su faz al paraíso, recibir á Jesús sacramentado; cuando en fin, despues de pasar en tu recinto ocho larguísimos años, saldrá de la cárcel, libre de toda culpa, purificado y bello, en la mente, más aún que en la mano, las páginas que se titulan *Mis prisiones*, le oirás exclamar delante del cielo y de la tierra: «¡Ah! por mis pasadas desventuras y por mi presente alegría, cual por todo el bien y el mal que aún estáme reservado, bendita sea la Providencia.»

Héme, señores, entristecido y consolado: en Leopardi y en Pellico he visto á muchas almas del presente dia, cuando unas pierden la fé de Cristo y se hacen por todos conceptos desdichadísimas, mientras otras la conservan, sirviéndose de ella para salir del piélago tempestuoso á la orilla. La hora de la tentacion enteramente terrible ha venido: estad atentos, católicos. La Iglesia es una secular encina plantada por Dios en este nuestro ignoro si debe llamarse jardín ó desierto del mundo; la tormenta brama, desfogándose contra la encina; mas ella está firme por tener raíces profundísimas. Empero si el tronco de la encina está firme, tiemblan sus ramitas al pasar la tormenta y caen sus hojas. Sois, señores, tales ramitas y tales hojas del gran árbol. Estad atentos, lo repito: las hojas no se desprenden con gusto del árbol, sino que resisten cuando se alimentan con la divina sávia materna de la fé y de la caridad. ¡Ay de mí! Si las almas fortalecidas por la fé y el amor siguen firmes y permanecen, las almas que vagan y dudan, como áridas hojas, quedan desprendidas y se van. Es la historia del cristianismo: empezó en el Calvario, viéndose allí dos ladrones junto á Cristo. Uno se convirtió y salvóse; mas el otro impenitente se perdió: es el terrible anuncio que nos fué dado en el Evangelio; el uno será tomado, y abandonado el otro: *Unus assumetur et alter relinquetur* (1).

¡A qué clase de almas perteneceis vosotros? Esta es la hora y la potestad de las tinieblas: ha venido, por lo tanto, la tentacion grande contra la fé: ¿qué debo prometerme de vuestras acciones? ¿Caereis con los débiles, ó vencereis con los fervientes?

Meditad: bendecid al cielo por el don inestimable de la fé, vosotros que arrodillados estais á los piés del Crucifijo. De vosotros espero alegrías, grandezas y victorias.

Vosotros (si os halláseis aquí) los que salisteis con el espíritu quebrantado por la nueva tentacion; vosotros que, semejantes á los cruci-

(1) San Lucas, cap. XVII, v. 34.

fixores de Jerusalem, los cuales, viendo que se abrian las tumbas y que se oscurecia el sol, descendian de las rocas, hiriendo su pecho y exclamando con lágrimas: «Verdaderamente era Éste el Hijo de Dios, despues de haber contribuido á la Crucifixion del Justo, y de haber observado en la misma hora del suplicio cómo se desmoronan los reinos, se abren las tumbas y pierde la tierra su quietud, golpeaos el pecho á vuestra vez, llorad y decid á voz en grito: «Es verdaderamente el Papa el enviado de Dios.»

CONFERENCIA XII.

SI LA IGLESIA TIENE DERECHO

Á CENSURAR Á LA PRENSA.

La enseñanza divina se opone radicalmente á la del hombre. Consiste la primera en una grande afirmacion y en una negacion grande asimismo: afirmacion del bien y negacion del mal. La segunda, ó la enseñanza del hombre, principia en la negacion, terminando en afirmacion. Empero niega el bien ante todo, afirmando el mal por consecuencia. De aquí la lucha tenaz entre Dios que afirma y el hombre que niega; entre Dios que niega y el hombre que afirma: puesto que sobre la tierra, lugar donde Dios se comunica más largamente con las criaturas racionales, y las criaturas libremente ponen en ejercicio su fuerza, hierve la sociedad humana, resulta que la humana sociedad es, por decirlo así, el campo donde batallan hace siglos las potestades angélicas superiores para el bien, y las potestades terrenas é ínfimas para el mal.

A fortalecer la pugna de la enseñanza en pró de los hijos de Dios, surgió el mismo Señor al tomar carne mortal; pero el hombre, que con tanta dificultad se arrepiente, sacó de aquí mismo pretexto para fortificarse, luchando contra el cielo.

Un día, señores, Jesucristo entró en el templo de Jerusalem, y con más resolucion que de costumbre se puso á predicar contra los Escribas y los príncipes de la plebe, arrojando á los profanadores de la puerta santa, despues amaestrando todos los días en el santuario. Los Escribas, los Fariseos y los Ancianos de la ciudad se indignaron ferozmente: habiendo pensado quitarle del mundo, fueron á Él y así le hablaron: Dinos con qué autoridad haces tú las cosas estas: *Dic nobis, in qua potestate haec facis?* (1). Cuando el Redentor así obraba estaba verdadera-

(1) San Lucas, cap. XX, v. 2.

mente á punto de partir de la tierra presente: prevaleció entonces la lucha por parte de los hombres, que lo crucificaron sobre la cruz; mas prevaleció material y no moralmente, porque Jesucristo con la sangre del Testamento consagró la victoria de sus discípulos, fundando el reino de la nueva familia espiritual. La obra de Dios, pues, señores, está muy lejos de hallarse destruida; el discípulo que recogió el manto del profeta Elías al subir al monte, y la familia admitida á la herencia del Calvario, es la Iglesia católica. Pues bien; la Iglesia católica sigue sin descanso la lucha de los siglos: á las razones del hombre que contra Dios se rebela, opone los mismos derechos de Dios; colocada en medio de los Escritas y de los caudillos del pueblo, los reprende: si es menester arrójalos tambien de su seno, como arrojara Cristo del templo á los profanadores. Los hombres, que no tienen fé ó que tienen fé moribunda, se irritan, y exclaman lanzando su veneno contra ella: ¿Quién eres tú? Dinos con qué autoridad haces las cosas estas: *Dic nobis, in qua potestate haec facis?*

Donde más obstinada se representa la lucha es allí precisamente, señores, donde más vital es: en la pública manifestacion del pensamiento, mediante la palabra pública ó impresa.

La Iglesia, segun los ordenamientos de Aquel que los corazones y las obras escudriña y juzga la palabra, afirma si tal palabra se armoniza con las enseñanzas de Dios, y niega si las contradice. El hombre de nuestro siglo se desespera en su virtud; pues el medio más estupendo hallado por el ingenio creado para divulgar la palabra es la imprenta. pretende que no se circunscriba por accion alguna de juicio sobre la tierra: niega por ello la celeste autoridad de la Iglesia, su propia independencia y soberanía personal afirmando. Exprésase por ello aquí tambien la lucha por parte del hombre, mediante la siguiente airada pregunta, con la cual oprime á la Iglesia católica: Dinos con qué poder ejerces juicio sobre nosotros, y nos haces tú estas cosas: *Dic nobis, in qua potestate haec fecis:* por su parte la Iglesia, no declinando la lucha, ¿qué dice, señores, y qué hace? ¿Tiene derechos que oponer á la negacion del mundo?

Tenemos un grave problema, que plantea la generacion de los presentes disputadores: lo extraño es que los promueven asimismo algunos de los honestos mezclados con los más tenaces, por lo cual podemos hoy decir que todos indagan si la Iglesia tiene ó no derecho de censurar á la prensa. Es preciso pues, ocuparse en esto, á fin de que no quede muy alterado el orden de nuestras cuestiones religiosas.

A la pregunta de sus adversarios no vaciló Cristo en responder, bastándole considerar que era enviado del cielo: *Nōque dico vobis in qua*

polestare haec facio (1). Otro tanto hace la Iglesia católica; si deseais una respuesta que por todas valga, quiere que la reconozcais como institución de Dios. De aquí el derecho de la censura eclesiástica. Realmente nos anuncia el Redentor en San Juan que cuanto hace no lo hace por sí mismo en cuanto hombre, sino constreñido, en prueba del mandato celestial y según la voluntad de su Padre; de manera que juzga según lo que fuéle dicho, siendo su juicio recto por este modo: *Sicut audio, iudico; et indicium meum iustum est* (2).

Igualmente la Iglesia por lo que hace á Cristo, resolviendo así el árduo problema con verdad suma y evidencia.

Hácela Cristo maestra del mundo y su juicio sobre la prensa es de magistral derecho, por lo que no se puede juzgar el hombre ofendido en los derechos de su entendimiento. Hácela Cristo legisladora del mundo, por lo que su juicio sobre la prensa es de derecho legal, no pudiendo juzgarse ofendido el hombre en los derechos de la libertad. Hácela Cristo la civilizadora del mundo y su juicio sobre la prensa es de derecho social; así no puede juzgarse ofendido el hombre tampoco en los derechos del humano progreso: *Sicut audio, iudico; et indicium meum iustum est*.

Señores, el asunto es candente por cuestiones modernas, y sobre todo por verdades católicas. Juan Guttenberg, hallando la imprenta, encontró la rueda terrible, gracias á la que giran los siglos y se cambia todo sobre la faz del mundo, á excepcion empero de la Iglesia de Jesucristo. Sobre el mundo y sus siglos se imprime por el eterno Artífice otra prensa que no se borra: la de la palabra y de los juicios de Dios.

Como Dios es uno y una la verdad, uno y no muchos debe ser el preceptor de los hombres, Cristo: *Magister vester unus est Christus* (3). Empero Cristo, apenas fué anunciada su doctrina, eligió á otros para que la custodiaran y fueran sus dispensadores; puesto que no salía de los confines de su nación y era preciso predicar á todos los hombres la doctrina, convirtió en Apóstoles á los dispensadores, diciéndoles: *Id y enseñad á las gentes*. El magisterio, pues, de la doctrina pertenece á ella y no á otros: sólo por medio de los Apóstoles recibíola de Cristo: los diez y ocho siglos de su vida que pasaron ponen muy de manifiesto que se halla en el mundo para ser su maestra única.

(1) San Lucas, cap. XX, v. 8.

(2) San Juan, cap. V, v. 30.

(3) San Mateo, cap. XXIII, v. 10.

Unica para establecer la fé: cuando fé divina no existia ya sobre la tierra; cuando en la Sinagoga moribunda cesaba del todo, pudo poseerla íntegra firme y radiante con la doble luz de los Testamentos: la ciencia de Dios, la creacion del hombre y su caída, el reino de su redencion, la historia de los justos del mundo, el destino final de las almas humanas: redujo todas estas partes de la enseñanza católica á una armonía perfecta, componiendo la teoría de la revelacion: *Una fides*.

Unica para formar el espíritu de los creyentes. Compeliólos variamente al culto de tantos ídolos, en los cuales hervia el politeísmo, dividianse los hombres de mente y de corazón, habiendo llegado á su colmo la discordia moral. Ahora bien; ella, poniéndose á adorar la cruz, demostró que no debian encenderse los ánimos al sentimiento del orgullo, ni al afecto de la carne y del oro, sino al excelso amor de la justicia, dè la humildad y de la mortificacion, enlazando así la amistad de las inteligencias y la union de los corazones: *Unus spiritus*.

Unica para determinar el centro, en torno del que debía refluir el mundo, del cual partiera la luz y la vida. En su virtud ella levantó el signo de la paternidad universal, diciendo á las naciones que vagaban aún de secta en secta: *Venid; hé aquí mi cátedra y vuestra escuela*. Visto el nuevo Pórtico, y el gimnasio cristiano, las naciones se movieron y marcharon: *Unum ovile*.

Así, mediante la Iglesia, Cristo de los de Palestina pasó á los gentiles, y todos los vivientes se instruyeron en la palabra de su boca, ó más bien la Iglesia, mediante Cristo, penetró en todas partes, siendo la única maestra del mundo: *Docete omnes gentes (1); Praedicate omni creaturae (2)*.

Precediendo la demostracion esta, paso al asunto. Percibís el grito de católicos testarudos y de los incrédulos, que negar quieren á la Iglesia el poder de juzgar sobre la prensa, y proscribirla, si es mala: oís que no concluyen de gritar al Papa y al Episcopado: ¿Con qué autoridad haces tú estas cosas? *Dic nobis, in qua potestate haec facis?* Vedlo, señores, Jesucristo estableció á la Iglesia como la única maestra del mundo, y su juicio referente á la prensa es por derecho magistral: *Sicut audio, iudico; et iudicium meum iustum est*.

Nos atenemos á los conocimientos más elementales de las cosas; hagamos un poco de catecismo á guisa de infantes. Decidme. ¿Cuál es el oficio del maestro y la obligacion del discípulo? El maestro establecer debe los principios, administrar la instruccion y aplicarla: el discípulo

(1) S. Mateo, cap. XXVIII, v. 19.

(2) S. Márcos, cap. XVI, v. 15.

debe prestarse de buena voluntad, atender á la leccion, mostrarse dócil y respetuoso, segun lo que requiere su propio grado. Cambiad este órden; haced que seã el discípulo intolerante ó altanero; que pretenda dejar de oír al maestro, dictar la leccion y meter ruido en la escuela: ¿qué sucederá? Sucederá lo que pasa en la sociedad civil, donde se destruya el principio de autoridad, y donde todos los hombres se midan de igual modo, en un mismo nivel: volverá la confusion de las lenguas de Senaar. Paréceme que desde las academias de Alejandria hasta los conventículos parisienses de los *Enciclopedistas*; desde las lecciones de Sócrates hasta las de Kant y de Schelling, siempre ha sucedido así: enseña el maestro y el discípulo aprende. Finjamos al rey Federico, ó finjamos á Voltaire en medio de aquellas reuniones filosóficas de Berlin y de Ferney: si de cada cabeza de los circunstantes hubiera salido un plan de oposicion estudiado, y un reproche ó una acusacion de cada lengua, ¿hubieran podido nunca disertar con éxito relativamente al nefando culto del ateismo?

Un gran enemigo de la Iglesia católica emitido ha con tal motivo uno de los conceptos solemnes, que la posteridad nunca olvida. Bayle, que todos los dias escribía con el fin de ponerse de acuerdo con el sínodo de Dordrecht. en el artículo Maimbourg dice: «No se puede condenar haber establecido un órden, sin el cual es imposible que ninguna sociedad exista. Preciso es que todas las sociedades morales tengan un tribunal que decida en última apelacion sobre las cuestiones de los particulares, y que pueda con derecho castigar á los que rehusan someterse, porque de lo contrario no habría medio de remediar ningún desórden, y de impedir que las disputas duraran eternamente.» Así él.

Señores, hemos hallado este tribunal que falla en apelacion última, y que pone fin á las disputas de los discípulos soberbios: es la Iglesia de Jesucristo. Por buena ventura es tal tribunal y escuela de tal índole, que con gran ventaja se diferencia de todas las instituciones humanas. Es verdad que como condicion absolutísima de cada escuela se necesita la autoridad del maestro y la sumision del alumno; ocurre, sin embargo, en el mundo que con mucha frecuencia engañase el maestro y enseña mal, así como que lleva el discípulo á la escuela juicio y crítica más justos que los de su doctor. Desórden de tal clase no se halla en la Iglesia católica. No dar en el error es dote que forma su privilegio; aún sus juicios, que no asumen carácter de dogmáticos, tienen tanto peso y certidumbre moral que cualquiera otro magistrado, sin excluir el que deseaba Bayle, queda oscurecido. Viene de Dios y la divinidad la compenetra: se trasfunde y obra, por decirlo así, «orgánicamente»

hasta en la última de sus partes: se instala dentro del espíritu, saliendo por la palabra. Así el maestro que habla por los labios del sacerdote, que se sienta con el fin de amaestrar en el templo renovado de Jerusalén, es Jesucristo y sólo Él, resultando exactísimo en todo tiempo sin excepcion, y de un modo inmutable, que no supera el discípulo al maestro: *Non est discipulus super magistrum*. Tal discípulo será perfecto cuando procure asemejarse al maestro: *Perfectus omnis erit, si sit sicut magister eius* (1). La Iglesia, profesora de los hombres, oye y mira lo que le sugiere el Esposo del Calvario; despues se dirige á la tierra, juzga, y su juicio es justicia. Vosotros, discípulos, que habeis llegado á sus lecciones tan tarde, le preguntais con qué autoridad se rige. Ella forzada vése á responder: el Esposo me dicta y háceme hablar: *Sicut audio, iudico; et iudicium meum iustum est*.

Los que se sirven de la prensa para despachar en público, sin que tengan presente autoridad alguna, lo que de loco, cruel ó deshonesto anida en su alma, ora lo hagan en libros, ora en periódicos, trastornan este orden traído por Dios á la tierra y encerrado en su Iglesia. En cuanto de los mismos depende, se glorían de arrojar las semillas de la anarquía en la religion; si pudieran las echarían hasta en el cielo. No son estos propiamente católicos, sino discípulos fanáticos, testarudos, infames, y que se dan aires de doctores: delante de Cristo cometen la más fea de las rebeliones. ¿Cómo? La Iglesia promulga la verdadera doctrina de Dios, de la gracia, del mérito humano, del tiempo y de la eternidad; pero prescindén de sus declaraciones: discurren de todo á su gusto: engañan y falsifican. Á veces para ellos es demasiado el capítulo de un libro para negar un dogma ó un misterio, bastando un artículo que con la pluma escribese volando. Habrán sudado los Padres de la Iglesia muchos años, trasmitiéndose los unos á los otros el fruto de sus propios estudios, á fin de venir á una afirmacion y decirte: *Esto es verdad*. Ahora bien; ¿qué importa esto? En un hermoso dia en la redacción de un periódico que surge de improviso cualquier muchacho piensa lo contrario, y sale fuera gritando: *No*.

Secuaces del exámen privado, con Pedro Valdo, Lutero y Calvino, dánse á maltratar la Biblia y el Evangelio. Medio protestantes, con Febronio y Scipion Ricci, rompen los vínculos de la disciplina eclesiástica y lo referente al Papa, que corresponde á la misma. Racionalistas con Strauss y Hegel reducen á mito la vida del Hombre Dios. Fatalistas con Tindal y Condorcet injurian la Providencia. Cínicos y sacrílegos con Erasmo y Moliere, ponen las cosas sagradas en caricatura. Ateos

(1) San Lucas, cap. VI, v. 40.

absolutos, con toda la raza de los comunistas franceses y alemanes preguntan: *¿Qué cosa es vuestro Dios?*

Responderemos: *¿Qué sois vosotros? ¿Quién os ha mandado enseñar? Y concluiremos así: Ó sois iguales, por dotes y prerogativas, á la Iglesia. ó no lo sois. Si lo sois, mostradnos el derecho que os rige á vosotros en vuestras obras; derecho claro y notorio, admitido comunmente, como lo es precisamente el que tiene por sí la Iglesia católica. Hacednos ver los diplomas de esto y decid en suma quién os ha nombrado maestros de la humana sociedad. Si no sois iguales á la Iglesia, someteos, infelices, á su juicio, y bajad la frente. La Iglesia juzga, porque le viene del cielo el poder de juzgar. Más aún: esto en su raíz es el propio juicio de Dios, debiéndose aquí afirmar de la Iglesia lo propio que de Jesucristo: *Y le ha dado la potestad de juzgar* (1) *¿Por qué os levantais vosotros á emitir juicios vedados, que caen bajo los juicios del Señor? Con la propia medida con que midiéreis, sereis medidos vosotros* (2).*

¡Ah! mis amados; en el siglo actual abundan los hombres así hechos, que son discípulos trasformados en maestros. Una terrible profecía sonó en los tiempos apostólicos: *Se verán entre vosotros maestros embusteros, que introducirán sectas de perdicion, y renegarán del Señor que los rescató, acarreándose á si mismos una eterna venganza. Muchas gentes los seguirán en sus disoluciones, por cuya causa el camino de la verdad será infamado.* Así habla San Pedro (3): ¿no parece cumplido ya el oráculo al pié de la letra? Dichos maestros se meten aquí ó allá con embustes y hacen oposicion en todas partes: la vía de la verdad es blasfemada. Vosotros seguid en la Iglesia, y, cuando escuchéis que le preguntan con gran estrépito: *In qua potestate haec facis*, responded á los audaces recordándoles lo que no tienen ellos, ó sea ningun derecho para contender con la Iglesia por lo que hace á la doctrina. La Iglesia, establecida única maestra del hombre, juzga segun el juicio de Dios; y su juicio debe ser justo: *Sicut audio, iudico; et iudicium meum iustum est.*

Oigo un lamento. La Iglesia, en virtud de su juicio sobre la palabra y la prensa, ofende la autonomía del humano espíritu y corta las alas del entendimiento.

Mentira. Inclínome con profunda estimacion, y con todas las potencias del alma, señores, á la inteligencia que amo, por ser una reverberacion, ó una sonrisa de la faz del Creador, y porque con ella domino en el universo, sin tener rival; me alzo y emparento con algo que al hom-

(1) S. Juan, cap. V, v. 27.

(2) S. Mateo, cap. VII, v. 2.

(3) S. Pedro, Epistola 2.^a, cap. II, 1 y 2.

bre supera y al mundo. Empero examinado hé bien las vicisitudes de la inteligencia en la escuela católica; he pesado la accion del magisterio eclesiástico sobre ella, y he visto que se han atenuado para mí, no los méritos interiores y psicológicos, sino los peligros de naufragar; que vengo á ser, en fin, más alegre, más grande y ménos pasible en mis vuelos; he visto levantada de nuevo en la Iglesia la escala luminosa de Jacob, que coloca en expedita comunicacion la tierra con el cielo, donde se adquiere la realidad de la inteligencia, su vastedad y su diurnidad en el seno del Padre de las luces, diciendo en su virtud: ¿Quién entre los hombres negaríase á recibir para guia del intelecto á tal maestra?

En la Iglesia la inteligencia adquiere su realidad. Es la inteligencia una facultad relativa, ó un medio. Permitaseme la palabra: es un órgano metafísico, que necesita del objeto propio para obtener su perfeccion. Este objeto es la verdad. Cuando la inteligencia se dirige á lo verdadero, se contenta y se perfecciona, como nuestra vista fisica se alegra, vive y obra encontrándose con la luz. Quitad la luz y la pupila viene á ménos, cesando su accion: suprimid la verdad y el entendimiento enferma ó se apaga por deficiencia. Ahora bien, señores, ¿dónde descubrir la verdad? Ciertamente por los rayos de lo verdadero brilla la faz de la creacion, como si hubiera recibido sus aspersiones: sentimos la verdad que naturalmente visita el alma nuestra; mas nos faltan demasiado nuestras fuerzas, siendo además por nuestra condicion volubles y corruptos en Adán: en su virtud, no aferramos la verdad de lo alto sino despacio y poco á poco, adulterándola en nosotros mismos fácilmente. Ved para prueba la historia antigua y moderna de la filosofía: contiene una mezcla de sombras y de luz, de falso y de verdadero, ó más bien de cosas tan inverosímiles, que aún el propio intelecto se entristece pensándolo. De ahí la sublime melancolia de Sócrates, que se llamaba ignorante, como tambien las lamentaciones de Ciceron y de Séneca, segun las cuales la filosofía es sólo un deseo ardiente y un sueño (1). ¿Quereis con segura norma poseer la verdad? Buscadla en la Iglesia católica, que la recibe de Cristo, como Cristo la recibió del Padre. Escribe San Pablo que la columna es y el firmamento de la verdad. *Ecclesia Dei vivi, columna et firmamentum veritatis*. Esto no sin razon, porque, así como todos los filósofos admiten que Dios es la fuente de todas las verdades, otra verdad deben admitir el filósofo y el historiador: la de que sólo en la Iglesia católica fué con-

(1) *Somnia sunt non docentis, sed optantis. Cic. Ac, quest. l. IV, c. XXXVIII.—Rene gratissimam, promittentium magis quam probantium. Sénec., Epist. 102.*

servada la idea de Dios limpia de errores. En ella la teodicea perfectísima, según fué revelada por Jesucristo: por ella el esplendor de tal teodicea difundida en el cristianismo. En su virtud, si el Evangelio dice: *Deus veritas est*, la razón humana, que la Iglesia estudia, debe añadir: *Ecclesia veritas est*.

En la Iglesia el intelecto adquiere la vastedad. Si la inteligencia para coger lo real necesita el objeto, para poder aumentar y multiplicarse necesita el espacio, por el cual extiéndese. Ahora bien; el espacio, ó, según nos dicen los modernos, *el polo es el horizonte católico*, y el más amplio que se conoce. Vosotros con la sola razón llegáis á la cima del universo: intentais ir más allá; pero os perdeis en lo abstracto y en lo indefinido. En su virtud escala ó vía para vuestra marcha psicológica es solamente la órbita de lo creado. Empero lo creado es una cárcel dispuesta en grande para el alma que se infunde en él, como el cuerpo es una cárcel en pequeño para el alma que cohabita y vive con él. ¿Qué no os dá por el contrario la Iglesia? La «poligonia» del catolicismo, inmensa y desmesurada, no se conoce por otros límites, fuera de los que separan el ente de la nada, y la sustancia de las quimeras. Enlázase por una parte con todas las esferas, tomando color en todas las albas de los mundos y de las creaciones: por otra, procediendo desde el universo, se pone á dar vueltas con la eternidad. Si el humano ingenio mediante la revelación créase imágenes nuevas y hermosas: *Per revelationem novis et puris phantasmatis utitur ratio*, como enseña Santo Tomás: ¿quién puede pensar con qué abundancia de ideas no resulta enriquecida en aquellas regiones insólitas amplísimas? Ciertamente es sobre todo que puede aletear por el cielo sin descubrir obstáculo que lo impida, ó vacío en que se agite; en su virtud viaja muy expeditamente de lo visible á lo invisible, de lo mudable á lo permanente, introducido para ello por la fé que lo sostiene; ó se pierde al fin en Dios, que lo acoge, pareciendo que viene á ser infinito con Dios. ¡Esto es mucho más que las grandiosidades intelectuales de nuestros sabios! Estas, si se comparan con las grandiosidades de la fé, desaparecen como puntos blanquecinos de la vía lactea delante del disco solar. El entendimiento católico sale del poema de Lucrecio y de la cosmogonía de Laplace, del árbol genealógico de las ciencias humanas que D'Alembert y Diderot trazaron con tanta pompa: sale de todo esto para vivir sobre todo en la ciudad del Señor, desde donde asiste á los principios de las cosas y á las conclusiones, á lo temporal y á lo perpétuo, en compañía del Dios del Génesis y del Apocalipsis, del Hombre Dios de Belén y del Tabor.

Adquiere la inteligencia en la Iglesia la diuturnidad. A fin de que se halle en lo real, la inteligencia necesita el objeto, y el espacio á fin de

que se alargue. ¿Qué le daremos á fin de que, á la plenitud de sus fuerzas llegada, se conserve con ellas? Le daremos la estabilidad del apoyo. Empero no pueden los hombres prestar este apoyo. Por más que de la divina revelacion tomen así el objeto como el espacio proveyendo á la mente, imposible cosa es conservarle tantos bienes, porque, sometidos como están á errores aunque no sean voluntarios, puestos sobre la pendiente de las pasiones y de las vicisitudes terrenas, llegan fácilmente al abismo en que se sepultan, donde de trasmigracion en trasmigracion vieron caer á Empedocles, Conviene buscar en esto el apoyo arcano provisto de más profundas raíces que las instituciones materiales y hechas con la mano, sin quedar sometidas á las disoluciones del tiempo. Tal es el catolicismo, que en las promesas de su Fundador y en el sobrenatural elemento de su propia estructura, lleva consigo no ver la declinacion ni el ocaso de su vida con el trascurso de los siglos. El mártir San Cipriano sábiamente asemeja la Iglesia de Dios á una vírgen, que no es posible manchar, porque solamente conoce una casa: la casa de Cristo, de quien esposa es. *Adulterari non potest sponsa Christi; incorrupta est et pudica: unam domum novit* (1). En su virtud escribió San Agustin: La Iglesia puede combatir, mas no puede ser vencida. *Pugnare potest expugnari non potest* (2). El intelecto que á ella se atiene participa de su integridad y firmeza: si caida en la corrupcion es ya esclava, reivindica su libertad y no perece, volando por encima de la dolencia que á la sociedad humana oprime. ¿No veis que donde florece la religion de Jesucristo es seguro el patrimonio de la inteligencia? Poned en parangon, señores, el oriente con el occidente. El occidente cristiano es católico: cuna de las artes, de las ciencias exactas y de las filosofías: el ingenio bate allí sus alas como en su nido, y allí es fecundo con vástagos increíbles, que aumentan para el alimento y la renovacion continua del mundo. ¿Qué ocurre por el contrario en oriente? El catolicismo huyó de allí; á una con el catolicismo, perseguido por la cimitarra sangrienta de Mahoma, huyeron las doctrinas y las inteligencias, sentándose la brutalidad encima del Helesponto. Hé aquí un hecho que, mejor que todas las razones, protesta contra nuestros calumniadores. Bacon decía: *Fides aroma scientiarum*. Ahora bien; la fé, que viene á ser el aroma de la conservacion, tanto metafísica como moral, es de la Iglesia católica. Donde se retira, el sol de la sabiduría se oscurece, reemplazándole las crueles barbáries y las tinieblas seculares.

(1) S. Cipriano, lib. *De Unit. Eccles.* ed. Maur. p. 140.

(2) S. Agustin, *Serm., I. De Symb. ad Gatech.*, cap. VI, n.º 15.

Hablamos ahora á los que llaman á la Iglesia tirana de nuestra mente, por ejercer la inspeccion sobre la palabra pública. Señores míos; si la Iglesia católica os ayuda para conquistar dichas tres dotes nobilísimas de la realidad, de la vastedad y de la diuturnidad de la inteligencia, ¿os parece que vuestras quejas son atendibles?

Mas ella proscribe libros é impresos.

No proscribe libros é impresos si son excelentes ó insignificantes. Qué cosa rechaza y condena? El error y lo que puede inducir á él con facilidad. ¿Y es delito combatir el error de tal modo? ¿No pide la misma verdad que se quite á su contraria del camino? La verdad es intolerante por su naturaleza: querer unir en materia de fé y doctrina la verdad con el error, y aun sólo querer ampliar la entrada demasiado, de manera que la verdad se deba resentir por la ofensa, es hacer traicion á la justicia, y enviar al precipicio la lógica.

¡Oh! La Iglesia proscribe las tentativas del genio humano, y las cosas nuevas, si bien verdaderas, con ellas.

Probad que tales vuelos no son caidas, y que las tentativas no son delirios. Probad que los libros, en los cuales hay una parte de verdad, no resultan peor hechos y con muchos errores. Probad, para decirlo todo, que las cosas novísimas son verdaderas, y que, áun siendo verdaderas, están expuestas á los hombres con tal aspecto, que no se perjudican por falta de pruebas ó por extraña y no justa mezcla de ideas, despues de lo que tendreis un buen motivo para lamentaros.

Citais el hecho de Galileo Galilei.

Señores, si debiera yo mostraros al verdadero Galileo condenado, os lo mostraría condenado por la razon humana y no por la autoridad. No me dirigiria yo á Roma, ni al Santo Oficio, sino que os conduciria pronto á Suecia, dentro de la ciudad de Tubinga: allí está el gran Kepler, descubridor de las leyes del mundo planetario y afirmador del movimiento con que se fatiga la tierra. Allí está, y es condenado por el protestantismo mediante los teólogos de Tubinga; perseguido por el protestantismo gracias á su ciencia, á la misma ciencia, y propiamente gracias al sistema astronómico profesado por él. Este es el real Prometeo atado á la roca. ¿No atendeis á esto nunca? ¿No pensásteis en querellaros contra el protestantismo ni contra la razon humana?

Mas, hablando del sumo Toscano, diré sucinta y francamente cuanto me permita el discurso, que, mostrándonos al Galilei opreso por la Iglesia, se ha hecho una novela mala y no una historia.

Galilei fué tambien condenado, durante su vida, por la razon humana, más repetidamente aún que por la autoridad religiosa. Le condenaron los eruditos más estimables de su tiempo, con una nube de aca-

démicos y literatos, que se bafaban de su persona y de su teoría, siendo tantas las irrisiones y tantas las repulsas que, aún medio siglo despues, el descubrimiento de Galileo era rechazado como absurdo por Tyco-Brahe, primer astrónomo de su edad.

La autoridad eclesiástica, debiendo manifestar su juicio, debía en esto regirse segun el sentir de los doctos. Mas, dejando en principio intacta la cuestion científica, que respetaba, se ocupó en la cuestion religiosa, que querian envolver en aquella, y parece que no les faltaba razon. «La Curia romana, escribe César Balbo, no hizo quizás de la cuestion de ciencia una cuestion de teología. Fué Galileo el primero que la hizo tal, con celo é imprudencia sin duda perdonable; pero perdonable es tambien la imprudencia y el celo de la Curia romana (1).» En su virtud Galileo fué reprobado más como teólogo que como astrónomo, porque por su privado parecer intentaba forzar la Biblia para una explicacion única, es decir, la de su sistema: resulta su condenacion limitada de que, si se le impidió imponerla como tesis, fué muy libre siempre para promulgar como hipótesis su propia teoría. Lo dice así el escrito de la sagrada Consulta que le fué consignado por Belarmino. Además el decreto de Roma dado contra el sistema del movimiento de la tierra, si bien muy molesto para Galilei, fué llamado por él mismo «edicto saludable, y prudentísima determinacion para impedir los escándalos de aquella edad (2). Lejos de ser insultado de ninguna manera, fué admirado en Roma, donde recibió mil honores, donde fué protegido contra las acerbidades de sus émulos, y donde recibía de las manos de Urbano VIII un *Breve* tal que aquel elogio tributado allí al gran Pisano parece casi superar su ingenio, puesto que se le llama el hombre *cuius fama in coelo lucet et terras peragrat!* y hombre muy querido por el Papa: *carus Pontificiae mentis* (3). La última condenacion que al decreto seguia, lejos de mudar la conducta de Roma con Galilei, castigaba el acto de una formal promesa no cumplida, y procuraba impedir cada vez más que se suscitaran cuestiones bíblicas, tan funestas en aquel tiempo. ¡Cosa verdaderamente amarga; pero precisa en quien desempeña el alto régimen de las cosas! La de deber con frecuencia desconfiar ante los solemnes fautores de sistemas, cuando por ellos un nuevo modo de pensar principia contra las ideas y los sentimientos genera-

(1) César Balbo. *Españanzas de Italia*, cap. VII, pág. 12.

(2) Galileo Galilei. *Aviso al discreto lector* que precede á los *Diálogos sobre los sistemas del mundo*.

(3) Breve apostólico del Papa Urbano VIII, con el cual recomienda á Galilei al gran duque Fernando de Toscana. Lo refiere Fabroni. *Cartas inéditas*, tom. I, p. 60. Florencia 1773.

les (1). Sin embargo, forzoso es confesar que aquella condenacion romana, que no fué del Pontifice, sino de un simple tribunal, no dejó de ir acompañada de benevolencia (2). Por lo demás al hablar de este glorioso italiano ya nos encontramos descendidos de alto lugar, puesto que bajado hemos á las verdades físicas. Empero aquí, como en otras partes, la Iglesia no aborrece la ciencia, ni atormenta los genios humanos, siendo por el contrario quien los alimenta, trocando á los pusilánimes y á los párvulos en gigantes. Ciertamente para comprender la profundidad de su tirocinio, no es necesario acudir á ella, señores, con orgullo. Si os presentais como doctores junto á ella, perdereis la inteligencia: *Volentes esse legis doctores, non intelligentes* (3). Seamos humildes; hagámonos modestos niños, que van á su madre, y le dicen: *Enseñanos*. Dios nos colmará de intelecto: *Intellige quae dico: dabit tibi Dominus in omnibus intellectum* (4).

Por esta instruccion de Dios, cónocereis mucho mejor que la Iglesia, única maestra del mundo, juzga de la prensa con derecho magistral, sin que pueda reputarse ofendido el hombre en los derechos de la inteligencia. *Sicut audio, iudico; et iudicium meum iustum est.*

Mas la Iglesia, no sólo es la única maestra, sino tambien la única legisladora del mundo.

El maestro, que le dá la sabiduría, es asimismo un perfecto legislador y un juez, que la ciñe con su fuerza; es Cristo: *Unus est legislator et iudex, qui potest perdere et liberare* (5). Cuanto junta principios el catolicismo sobre la inteligencia, tanto presenta preceptos y observancias por lo que hace á la voluntad. La composicion religiosa es sólo una; pero se manifiesta de dos maneras; así como en el hombre la voluntad y el entendimiento se distinguen, por más que constituyen un alma

(1)

*Res dura, et regni novitas me talia cogunt
Motiri, et late fines custode tueri.—Eneida 1.*

(2) El inmortal Pontifice Su Santidad Pio IX pudo finalmente en 1850 lograr de Francia el *proceso original* de Galilei, que habian robado en Roma en 1797, y que no fué restituído en 1805 por los que habian venido muy diligentes a nuestra casa á traer la libertad, y asegurar el desenvolvimiento de las populares franquicias. Abierto ahora está en la biblioteca del Vaticano para todo el que quiera ver el original proceso del hombre, saludado como mártir por el fanatismo de una filosofía dada siempre á la befa. Léase y júzguese. ¡Ciertamente allí no hay un mártir, porque falta el verdugo!—Nos ocuparemos en el asunto nuevamente, investigando sobre la tortura de Galilei, en la PARTE TERCERA, Conferencia VIII, donde se agitará el problema: *Si ha sido opresión en la Italia católica y papal.*

(3) San Pablo, 1.^a á Timoteo, cap. I, v. 7.

(4) San Pablo, 2.^a á Timoteo, cap. II, v. 7.

(5) Santiago, cap. IV, v. 12.

sola. Empero, mientras se distinguen, se reflejan el uno sobre el otro. Así, mirando los principios, veis que incluyen radicalmente los preceptos, como si observais los preceptos, irradia en los mismos la sabiduría y la verdad de los principios, que de aquéllos obtienen su forma.

Tal descubrimos que es la Iglesia católica: *Habentem formam scientiæ et veritatis in lege* (1). Si Cristo y la Iglesia se hubieran ceñido á manifestar sólo los principios, sin imponer á nadie la obligacion de seguirlos, la conciencia del hombre no se hubiera conturbado apenas; como no quisieron publicar preceptos crudamente imperativos y oscuros, á fin de que no se amedrentase la generacion humana, y sobre todo, porque la ley se debía fundar en el amor. La inteligencia, solicitada por la difusion del Evangelio, dió el propio impulso á la voluntad, que resolvió abrazar la cruz del Gólgota. Así el Redentor vino, no á destruir la ley, sino á cumplirla; la Iglesia, en el acto en que á la tierra ofrecia las enseñanzas de su Maestro, recibía la obediencia de los creyentes, sometidos á los preceptos del único legislador, amenazando con el anatema á los que se negasen (2).

La añadidura de esta parte, por la cual se integra el catolicismo, suministra nueva razon á la Iglesia para la prohibicion de los libros y de las lecturas. Más que una escuela especulativa, ella pone de realce un gobierno bien ordenado y dispuesto entre sí; todo aquél que se resiste á recibir sus decisiones, no sólo es un pésimo alumno que quebranta los principios, sino tambien un pésimo súbdito que quebranta los preceptos. Por consecuencia, en segundo lugar peca el hombre que á la Iglesia niega el poder de juzgar á la prensa, y pregunta como un rebelde: *In qua potestate hæc facis?* Porque, señores, la Iglesia católica, al mundo dada como única legisladora por Jesucristo, aplica á la prensa un juicio que nace del derecho legal: *Sicut audio, iudico; et iudicium meum justum est.*

Antes de aclarar el argumento, he aducido las leyes ordinarias de una escuela: aquí, por el contrario, recurrimos á la idea de un gobierno, viendo la firmeza de las buenas relaciones que deben ser mantenidas entre gobernantes y gobernados.

Es sencillísima esta comparacion. El encargado de las leyes debe vigilar para su desenvolvimiento mejor, y para su aplicacion más exacta; el sometido á la ley, preciso es que obedezca. El respeto á las

(1) San Pablo á los romanos, cap. II, v. 20.

(2) *Si quis dixerit, Christum Iesum a Deo hominibus datum fuisse ut Redemptorem, cui fidant, non etiam ut Legislatorem, cui obediant, anathema sst.* Conc. Trid. *De Iustificatione*, Sesion, VI, cán. 21.

leyes, y el voluntario cumplimiento de las mismas son la prenda más segura de la prosperidad y de la seguridad comun. Suponed que los súbditos desconocen la acción jurídica de los magistrados: la euritmia ó el orden civil se rompe, y en el pueblo se desencadena la rebelion. Igual desorden causa por su parte el católico en la Iglesia cuando desobedece; el desorden entónces viene á ser más ruinoso, por ser más perfecto el régimen eclesiástico. Los gobiernos civiles tienen para su propia reparacion en las manos un expediente terrible: descansan en los cañones y en las bayonetas; el delincuente que se rebela generalmente es cogido y arrojado á las cárceles, volviendo la calma al Estado. La Iglesia no está hecha así, viniendo á ser un tipo ideal y moral por excelencia: su fisiología constitutiva es toda espíritu, y no materia; si los gobiernos terrenos promueven la legislación mediante la fuerza física, ella la promueve por el contrario mediante la espiritual autoridad. Existe gracias á este libre respeto tributado á su autoridad.

Esto abiertamente confiesa el célebre Guizot, y os complacerá oirlo: «El catolicismo es informado por el principio de autoridad; la tiene como principio, estableciéndola con una gran firmeza y con una rara inteligencia de la naturaleza humana; es la más grande y la más santa magistratura de respeto que vió el mundo jamás (1).» Siendo el temple del gobierno católico tan delicado y precioso, toda culpa que se comete contra él es superlativa siempre: todo choque áun mínimo y todo asalto lo desordena. El divino legislador dió á los creyentes una ley, á fin de que no tanto influyera en lo exterior cuanto operara dentro: En su virtud, una palabra y un simple pensamiento es bastante á ofender la ley. «Si juzgas á la ley, ya no eres su observador (2).» ¿Admitiríais, señores, con esto la desobediencia y las rebeliones de los súbditos con este gobierno esencialmente moral? Preguntareis á la Iglesia con qué autoridad se rige; para defenderse, nunca os enseñará la fuerza del hombre, sino la autoridad del código legislativo que le consignara Jesucristo: *Sicut audio iudico; et iudicium meum iustum est.*»

Venimos á un discurso más positivo. Sostengo que, presupuesta la impunidad á los malos escritores, lo que supone una rebelion permanente contra el catolicismo, la ley religiosa cae destruida, porque ¿qué ley es aquella que, mientras impone ó proscribete un artículo, permite al súbdito escribir lo contrario, ó divulgar lo opuesto libremente? Parece

(1) F. Guizot, en los «Fragmentos del Catolicismo, del Protestantismo y de la Filosofía,» insertados en la Revista Francesa.

(2) Santiago, cap. IV, v. 11.

la cosa una befa... La Iglesia tiene sus propios mandamientos, que impone como una obligacion á todos los fieles. Supongamos que sale fuera el escritor y recibe de la Iglesia la facultad de impugnarlos; la de llamar absurdo el precepto de confesarse con el sacerdote dentro del año, y ridículo el ayuno é inconveniente. ¿A dónde á parar va la misma ley eclesiástica delante del insulto público? La Iglesia dá la ley á fin de que se atemperen á ella sus secuaces: ¿podrá ser alguien secuaz suyo y desgarrarla? ¿Podrá excitar á otros hermanos á fin de que la desgarran?

¿Mas qué digo? Dejad que los publicistas hagan de doctores imperiosamente á su capricho; la Iglesia, no sólo deberá ver vilipendiados é infringidos sus propios mandamientos, sino tambien los de la ley de Dios. En esta ley está escrito: *Santificarás el Sábado*, esto es, las fiestas. Y si el escritor grita: *¿Qué fiestas ni qué sábado?* Si dice con mueca de incrédulo: *Todos los dias son iguales; no necesita Dios los obsequios de los hombres*, ¿deberá oirlo y callar la Iglesia, vengadora de la ley? En esta ley se promulga: *No hurtarás*. Si el escritor dice, con la hez de los niveladores políticos: *La propiedad es un robo*, ¿lo consentirá la Iglesia? En esta ley se registra: *No codiciarás la mujer de tu prójimo*. Si el escritor quiere hacer comunismo de todo: comunidad económica, mujeril y social, ¿no enviará la Iglesia un reproche, ni un aviso? Por el silencio suyo y por su indolencia, quedarian destruidos los cimientos de la ley católica.

Dejad pues, que hable la Iglesia y condene, si quereis que ponga en práctica la legislacion de Jesucristo. Todos los Estados del mundo, en virtud de la ley civil, prohíben los libelos de infamia contra el gobierno; ¿por qué no podrá la Iglesia en su favor algo semejante? No hay sabio en la historia, ni pueblo, que no se haya ocupado en los escritos peligrosos con órdenes severas. Platon ha dicho: *No se publica palabra escrita sin saberlo el magistrado*; casi en todas las naciones se halla precisamente un magistrado, juez de todos los escritos. En Atenas el Senado daba decreto de destierro contra Protágoras Adderita, y hacia quemar sus libros (1). Á los Espartanos se les prohibia leer y conservar los libros obscenos de Archiloco (2). En Grecia tambien las llamas consumian los escritos torpes de Epicuro (3). En Siria un edicto de Antioco Epifanes mandó al fuego los libros judáicos (4). Cerca de los Romanos, la mision de juzgar los escritos y de condenarlos era de los

(1) Ciceron, *De Nat. Deor.* Lib. I, cap. XXIII.

(2) Valerio Máximo, lib. VI, párr. 3, *De Severitate*.

(3) Erasmo *in prov. ficuin.*—Raimundo, sobre la autoridad de Cleomedes, lib. II, *Cyclicor. Theor.*

(4) José Ebreo, lib. XII, cap. VI.

Ediles Curules, y principalmente al Pontífice máximo, como atestigua Tito Livio en sus historias (1); además el Senado y los emperadores se ocupaban en la materia, como nos refiere Séneca, Tácito, Suetonio y Nicéforo, por lo cual con frecuencia se veía incendio y batahola de libros, siendo muy conocida la de los tiempos de César Augusto, en que unos dos mil volúmenes ardieron de una sola vez (2).

Como las antiguas procedieron las nuevas generaciones.

Leo realmente cosas notables. Oid. El emperador Constantino mandó incendiar los libros de Arrio, y Teodosio los de Nestorio; Justiniano los de Porfirio; Valentiniano y Marciano los de Eutiques; Honorio los de Pelagio; Carlos V los de los luteranos; Basilio los de Focio; Ludovico el Pío la obra de Claudio y los libros talmúdicos; Ricardo II, rey de Inglaterra, los de Wicleff. ¿Os basta esto? Todavía no. Oid; los herejes, enemigos rabiosos de la Iglesia, por necesidad de gobierno, tuvieron la misma costumbre. El Fraile de Wittemberg publicaba un volumen *ad hoc*, lanzando no sé cuántas centellas, no escasas en él ciertamente, para exterminar de las escuelas los libros de corrupta doctrina (3). Calvino predicaba también contra los escritos malos. Poco era esto para él, y sobre la plaza de Ginebra mandó á la hoguera las páginas de Miguel Servet, y con las páginas al escritor (4). Así en la Dinamarea y en la Suecia maldecía el protestantismo á Juan Fysero, por su libro *De monogamia*; este fué rasgado en su presencia por el verdugo, siendo además desterrado el autor (5). ¿Os basta esto? Todavía no. Oid más. Los filósofos incrédulos, enemigos de la Iglesia y de la humanidad, alzaron á su vez el tribunal de la razón protestante, á fin de condenar á la prensa degenerada. Preludio de esto es el edicto de Juliano, emperador sabio que fulminaba censuras á los satíricos Ipponates y Archiloco, como también á los filósofos Pirrónicos. Pedro Bayle, en su Diccionario, censuró el *Pastor Fido*, declarando intolerables libros de semejante especie (6). Rousseau se condenó á sí mismo exclamando: *No miro ninguno de mis libros sin estremecerme; en vez de amaestrar corrompo; en lugar de alimentar enveneno*. En su *Eloisa* nos repitió: *Cualquiera persona jóven que ose leer una página no más, es una hija perdida* (7). Voltaire es puso un día la mano sobre el pecho, y mur-

(1) T. Livio, lib. I, *Deca* 10.

(2) Suetonio, *in August. y Nicef.*, lib. XIII.

(3) Lutero, Tit. *De Doctis*.

(4) Mosemio, *in hist.* Mig. Servet; y Brasch., *de lib. Eccl.* t. III, cap. 23.

(5) Jugler, *bibl. hist.*

(6) P. Bayle, Diccionario en la palabra *Guarini*.

(7) J. Rousseau, *Oper. post. Heloise*.

muró en un ímpetu de verdad: *He perdido el tiempo de mi vida en componer una retahíla de palabras, la mitad de las cuales no hubiera debido ver la luz* (1).

Señores; cuando todos los hombres, honrados y torpísimos; cuando los gobiernos y todos los pueblos, viejos y jóvenes, infieles, protestantes y católicos, se ponen de acuerdo en este principio de constreñir con ley de censura los libros dañosos, ¿podremos negar otro tanto á la Iglesia? No. Toda sociedad, todo gobierno públicamente reconocido, tiene derecho á su propia conservacion. No se logra la conservacion por ningun Estado, de otra manera que descartando los elementos siniestros y disolventes, entre los cuales los escritos pésimos ocupan un lugar principalísimo. Ahora bien; lo que compete á otros, ¿negaráse á la más suprema de las sociedades? ¿Quién ha condenado que todos de una manera ú otra por necesidad se fortalezcan con un tribunal de censura? A la verdad esto no puede negarse á la Iglesia. Aun cuando en sí no es destructible, siente que debe conservar sus miembros y su reino moral externo. En su virtud posee una legislacion que, por ser más alta y más pura que las terrenas, debe ser la primera en poner un freno si es necesario á la palabra pública y á la prensa. A esto Roma proveyó sábiamente estableciendo una especial congregacion de censores, que vigilen en la materia. Nos referimos al *Indice de las obras prohibidas*.

¿Indice de las obras prohibidas? Al oír esta palabra, los sábios de nuestro siglo se rebelan: afectando un castísimo amor á la religion católica, se han puesto á darnos este aviso: Está bien que los herejes y los paganos ó que los gobiernos seculares molesten á los escritores con la censura; es la intolerancia del hombre. Mas la Iglesia, que se jacta de una constitucion apostólica, de una legislacion de amor, ¿cómo excusarse podrá delante de Cristo por la nueva invencion de su tribunal, que es tambien tan intolerante?

Señores: queda excusada porque su constitucion es apostólica verdaderamente; su legislacion es la del amor de Jesucristo. Muchos se jactan hoy no poco de la ciencia; mas he visto y vislumbro aún, que nuestros críticos no saben ni el pequeño catecismo cristiano, ni recuerdan frecuentemente siquiera el alfabeto cronológico de la historia. Se habla con burla de la *invencion* y del *nuevo descubrimiento* del *Indice romano* de los libros prohibidos, como si los libros en la Iglesia empezaran á ser juzgados en los tiempos de Paulo IV, el primero que organizó esta censura respetabilísima, y como si semejante tribunal se opusiese á los dictámenes del catolicismo. ¿Qué diriais por el contrario

(1) *Apolog. involont.*, Paris 1806. *Annal. cath.*, tom. I. I.

¿si viérais remontarse á Cristo el espíritu y la sustancia del tribunal de censura, siendo promovido por los apóstoles, y continuando sucesivamente por los siglos de la Iglesia? Sin embargo es así.

El divino Nazareno, dando ejemplo á todos, condenaba los falsos doctores de la ley, reconviniéndolos en público. Los penitentes de Efeso llevaban á los piés de Pablo, en monton, los libros malos, quemándolos, y lo presenciaban los ciudadanos, segun dicen los *Hechos de los apóstoles*. Los apóstoles mismos prohibian á los fieles los libros de los gentiles y de los novadores. Un libelo de censura divulgado contra San Cornelio, fué prohibido en Cartago por San Cipriano. En el primer general concilio de Nicea fué condenado Arrio; el concilio general Efesino condenó á Nestorio; el concilio de Calcedonia á Eutiques, y varios otros despues hicieron lo mismo, hasta llegar al Lateranense V, el primero ecuménico despues que se inventó la imprenta, el cual manda que no se publique ningun libro ó escrito sin licencia eclesiástica, correspondiendo al Tridentino, el cual era hasta recientemente el último ecuménico, determinar el Indice de los libros prohibidos: aquel Indice propuesto desde los dias de Gelasio I, como escribe Benedicto XIV.

Aquí está el todo, señores. Se habla relativamente al Indice ¿de un descubrimiento, ó de una fresca y tirana invencion de Roma? El Indice en su esencia es tan fresco y tan tirano como Cristo, San Pablo y los apóstoles; vemos que nació en el principio de la Iglesia; los Papas, los Obispos y los Concilios lo establecieron y confirmaron; despues de Paulo IV, Pio IV, Sixto V y Clemente VIII sólo nos dieron el método y la última perfeccion, existiendo ya el espíritu; aprestaron el cuerpo, y la hechura de la temida Congregacion, segun se halla hoy constituida, salió fuera en el siglo décimo sexto. Si sus adversarios no tienen otras excusas que las indicadas, el simple estudio de la historia demuestra que nunca se hizo caso de ellas; por otra parte, es observacion hecha que no pocos de los grandes pensadores, hasta protestantes, se vieron inducidos precisamente por la ciencia histórica, no á maldecir, sino á enaltecer el tribunal del Indice, como lo prueban los escritos de Leibnitz, de Spittler, de Ranke, de Eichhorn, de Raumer, de Guizot, de Hurter y de Leo.

Concluido esto, preguntad á la Iglesia de qué poder emana la censura de los libros: *¿Dic nobis, in qua potestate haec facis?* Más intrépida que nunca, responderá que le viene del curso de los siglos cristianos y de la tradicion cristiana: que hace lo que los apóstoles hicieron; que manda como Jesús enseñó á mandar; que tal es su gobierno y su constitucion de amor, de manera que constituida única legisladora del mundo, juzga de la prensa con un derecho legal, *Sicut audio, iulico; et iudicium meum iustum est.*

Perdido el pretexto de la religion, los adversarios que tenemos junto á nosotros, se dirigen al hombre, y en su libertad, vinculada por la interdiccion de los libros, hallan contra la Iglesia nueva razon de vituperio. Sin duda, señores, la Iglesia, como legisladora, dictanos una ley, que circunda con el acto imperativo moral; la ley *liga* y no *disuelve*, como indica el sentido de la palabra. Empero, la ley eclesiástica en general, y sobre todo la referente á la prensa, ofende brutalmente el libre albedrío y la libertad? Aquí está la cuestion, y la declaro con firmeza insoluble, si no se resuelve contra los libertinos.

El hombre va en pos de la libertad: el hombre moderno principalmente busca la libertad con manía, y bramando, porque los falsos sabios del mundo le han dicho que, dada la ley, no existe la libertad. Ahora bien; sucede, señores, lo contrario. Estudiada la naturaleza de la libertad, preguntada á los estadistas y á los filósofos más profundos, sin excluir á los que con algun nombre pertenecen á nuestros enemigos: veis que la libertad de hecho sólo existe por la ley. ¿Qué cosa es la libertad sin freno? El poder de obrar impunemente cada uno lo que le place. Por consiguiente tambien impunemente el mal y hasta la iniquidad. La libertad ilimitada es la sociedad bárbara; es aquel estado en el cual el hombre de músculos gallardos prevalece, no teniendo vínculo ni direccion; es la opresion de la libertad. Nada sobre la tierra puede dar muerte á la libertad, á excepcion de una cosa muy terrible. La sevicia y la tiranía de un gobierno detienen la accion externa y el desenvolvimiento de la libertad, pero sin extinguirla: lo que la extingue en su cuna, en su raíz, y en su alma, es la licencia. La libertad muere de veras á sus propias manos, cuando sale fuera del orden y se cambia, frenética, en su contraria; en aquella misma hora en que sus mentidos amadores la quieren poner sobre las nubes y le cantan el himno de la apoteosis, desciende al sepulcro. Es necesaria, pues, una ley para la vida de la libertad. Por esto ha escrito el Baron de Montesquieu: *La libertad es el derecho de obrar todo cuanto permiten las leyes: si un ciudadano pudiese hacer lo por la ley prohibido, dejaría de tener libertad, porque los otros del mismo modo tendrían este poder* (1). Por esto tambien advertid, señores, que en todos sus órdenes la libertad, va siempre no á contrapelo, sino al lado de una ley que la conduce. En el orden moral tiene la marca de la conciencia. En el orden civil el ojo y la escolta de la seguridad comun. En el orden político el modelo de la forma gubernativa. Quitad esta ley trina: ¿qué viene á ser el hombre? Corrupcion insufrible, asquerosa.

(1) Montesquieu, *Espiritu de las leyes*, lib. XI, cap. II.

Llevemos estos principios al asunto religioso católico.

Promulga la Iglesia una ley para juzgar de la prensa: ¿tiraniza por ventura la libertad? No, porque libertad y ley se entienden recíprocamente, caminando de comun acuerdo. A fin de que pudiera decirse que la Iglesia, con su juicio sobre la prensa, tiraniza la libertad, sería preciso probar que no refrena ni dirige, sino que niega la libertad absolutamente. Ahora bien: ¿sabríais darme de esto la demostración? Veo por el contrario que no es así: examino los tres órdenes, moral, civil y político, resultando que la Iglesia no dificulta la expedita marcha de la libertad.

¿Qué os prohíbe la Iglesia católica en el orden moral? *Por lo que hace á Dios, consiste la libertad moral en poder cuanto Él quiere: por lo que hace al hombre, consiste en no querer, sino lo que debe aguardar,* según afirma el Vizconde De Bonald (1). ¿No podeis acaso hacer esto? Cuando escribís y publicais de tal suerte, ¿os ha interpretado mal nunca la Iglesia una sílaba, ni tocado un cabello? ¡Oh, no! ¿Por ventura no inspiró é hizo fecunda el alma vuestra con sus instrucciones? ¿No ayudó gustosamente á fin de que pagarais lo debido al hombre y á Dios?

¿Qué os veda en el orden civil? Esta libertad se reverbera en el derecho de la persona, en el derecho del domicilio, y en el derecho de la propiedad; todo junto se condensa en el gran derecho de la seguridad y de la responsabilidad comun de los ciudadanos. Ahora bien: ¿teneis acaso motivo para incomodaros con la Iglesia? ¿Acaso no concede libertad amplísima para mostrar los peligros, proponer reformas, debatir y gritar con toda la fuerza de vuestros pulmones, y para escribir, con tal que vuestra batahola no produzca daño á los demás? Más aún. Ella misma, ¿qué hace? ¿No tiende por su índole á garantir á los pueblos y á las ciudades los principios que recomienda y los decretos que publica?

¿Qué os prohíbe la Iglesia en el orden político? La Iglesia no se preocupa de las formas políticas, aceptando todos los gobiernos legítimos. Es madre de todos y rival de ninguno: no le hace sombra nada del siglo. En la parte política podeis usar de la prensa según os plazca: hareis bien mirando lo que dicen y piensan los gobiernos; mas la Iglesia no se para en esto. Cuando con vuestra pluma escribís recriminaciones, calificándola de áspera é intolerable, os muestra con el dedo los siglos cristianos y la Europa, lo cual es bastante. Aquel acto suyo vale tanto como contestar: *Leed*. ¿No conoceis realmente la historia de la Europa y de la edad cristiana? La Iglesia es una institucion estupenda, que puede recibir mal de todos y no ser tolerada; mas ella sufre

(1) De Bonald, *Pensées politiques et religieuses*. Génova 1833, pág. 179.

y obra siempre: va con la humanidad. Con sus dogmas, su moral, su jerarquía y sus ritos, pasa bajo los tiranos gentílicos, como bajo los príncipes protectores: enarbolar puede la cruz sobre la mansión de los Césares, como sobre los palacios de las asambleas legislativas y populares: puede ungir un monarca bajo los arcos de las bóvedas de un templo gótico, y bendecir con la misma mano un camino de hierro: puede crear á Richelieu, á Mazarino ó á Ximenez, para regir con la ciencia económica y con la diplomacia pueblos cultísimos; puede, cual Orfeo, civilizar á los salvajes, como en el Paraguay, con el sonido de la lira pulsada por los dedos sacerdotales; puede mostrarse muy heroica bajo la coraza de un Cruzado, como bajo el humilde velo de una hermana de la Caridad. Puede defender en suma un rey contra las legiones de Napoleon I, y la libertad republicana bajo los estandartes del Sonderbund.

Hé aquí, aplicados al órden religioso y al mismo Índice de las obras prohibidas, los atributos de la humana libertad: ¿á qué viene á parar la acusacion de los libertinos? Para mí solo resulta la grande apología del catolicismo. ¡Oh! Han preguntado los libertinos á la Iglesia con qué poder los juzga y los condena: *In qua potestate haec facis?* La Iglesia, única legisladora del mundo, les ha manifestado abiertamente que, inspirada por Jesucristo, pronuncia sobre la prensa un juicio, que es de derecho legal, sin que pueda el hombre juzgar ofendidos los derechos de la libertad: *Sicut audio, iudico; et iudicium meum iustum est.*

Antes de concluir esta parte, permitidme, señores, que haga yo una protesta delante de vosotros.

Los cristianos católicos, en sentir de muchos, están bajo el peso de una vergüenza que han sobre su frente acumulado los hijos de los hombres. Somos considerados nuevos conjuradores contra la libertad. Con la mano sobre la conciencia, en nombre de todos mis hermanos que participan de mi creencia, rechazo en público la calumnia. Tanto nos sentimos devotos y amantes de la libertad, cuanto es la libertad enseñada y querida por la Iglesia católica: ni ménos ni más. Empero existe, señores, una libertad que detestamos, hasta el punto de no tener fuerzas bastantes para maldecirla: es la libertad del pecado. No, no queremos esta libertad. No queremos la libertad de la mentira, de la persecucion de los justos y del ateismo; no queremos la libertad que inmola á la herejía británica á Tomás Moro; que hiere con la cuchilla horrible á Lovoisier; que degüella tambien al duque de Guisa; que á los reyes de San Luis condena; que llama *bendita mano* la del sicario; que mata con puñal á un celeberrimo ministro del Papa: es libertad contaminada por la traicion, agitada por el remordimiento,

manchada de sangre, llena de las imprecaciones de los hombres y gravada con las divinas sentencias. Somos sumamente libres nosotros en la sociedad humana, porque la Iglesia nos dió la libertad: dirigimos, sin oprimirlas, las libertades civiles, políticas, económicas y filosóficas, para poseer la libertad espiritual, madre de todas. Dos testamentos existen que determinan el movimiento de la libertad sobre la tierra: el monte Sina y el monte Calvario: aquél es Agar y este Jesús. No somos hijos de Agar, ó de la esclava, sino de la libre: *Non sumus ancillae filii sed liberae, qua libertate Christus nos liberavit* (1). Elevados en este orden, apreciamos los bienes y las verdaderas glorias del mundo; mas sobre todo el mundo y sus glorias, apreciamos el cielo, apreciamos á Jesucristo y apreciamos la Iglesia católica. De tal manera, señores, nosotros queremos la libertad.

Un último y solemne oficio desempeña temporalmente la Iglesia católica, en que quizá no habeis pensado vosotros: os lo explicaré yo.

La Iglesia es la única escuela grande de verdad, como es el único gran gobierno de santidad: con dos solas lecciones conduce á la perfeccion el intelecto y la voluntad del hombre. Mas no basta esto, señores; es única tambien, porque dá una tercera leccion, que nadie puede dar de aquel modo, viniendo á ser una sociedad civilizadora por excelencia.

Al difundir la doctrina y promover la moral, la Iglesia realiza un apostolado, que directamente la une con el espiritual hombre creyente. Empero, así como su doctrina y su moral no resultan estériles nunca, produciendo fruto, complexivas y sintéticas como son, mediante su desarrollo realiza otro apostolado ménos noble, si quereis, mas hermoso siempre, que la une al hombre del siglo. Hé aquí cómo. Mediante la verdad doctrinal difundida por ella se rehabilita el intelecto, cual mediante el bien moral que promueve se rehabilita la voluntad; voluntad é intelecto juntos ordenados, pasan á los actos externos, depositan en el mundo el bien y la verdad, la virtud y la sabiduría, por lo cual el arte humano se despierta, creándose la civilizacion de la tierra. Obra la Iglesia continuamente ante vuestros ojos este prodigio social, que muchos, sin embargo, dejan de ver; mas ella no lo hace por sí. Quien tanto la realiza es Jesucristo: Cristo, único maestro y único legislador en su Iglesia; Cristo, áun en la Iglesia, único señor del mundo, por el cual todas las cosas fueron hechas, siendo nosotros creyentes y civilizados por él: *Unus Dominus Iesus Christus, per quem omnia, et nos per ipsum* (2).

(1) San Pablo á los Gálatas, cap. IV, v. 31.

(2) San Pablo á los Corintios, cap. VIII, v. 6.

¿No me creéis? ¿No vislumbrais que la Iglesia es la única civilizada del mundo? Señores, os hallais en la plenitud de la edad moderna: á la izquierda y la derecha teneis escuelas de cultura y de civilizaci6n: ¿de qui6n nos vinieron semejantes cosas? Antiguamente no existía esta civilizaci6n: ¿c6mo el hombre presente ha podido hacer lo que no hicieron ni soñaron los viejos? Por otra parte, la civilizaci6n no nace de golpe; ni crece á nuestro alrededor siquiera, sin que alguno la dé á luz. Ahora bien: ¿cuál es su madre? Bien vislumbro en Europa los centros y los focos de la civilizaci6n; mas ¿c6mo se obtuvieron sus derivaciones? ¿D6nde sus orígenes están? Buscad por todas partes: si aparto del pensamiento la idea del catolicismo, no concibo la historia de la civilizaci6n.

La civilizaci6n, en la era presente, no emana de la cuna distante de los videntes de Israel y de los profetas. Jerusalem cesó al ser destruida por Vespasiano, siguiendo sólo familias dispersas y los talmudistas, generaci6n de momias, ridícula en verdad. La civilizaci6n no nos viene de las escuelas filosóficas de la Grecia, que finalmente se despoblaban y enmudecían, como enmudecían los oráculos y los Pitones. La civilizaci6n no nos viene de los Augustos de Roma, simulacros de fuerza mundana, sepultados vivos en la materia, ni del pueblo de Rómulo y de Remo, degenerado hasta ser como mujeres sin fuerza, ó togados patricios lujuriosos. La civilizaci6n no nos viene de quien, hombre aislado y con hijos, se divorciaba del cristianismo, enseñando en nombre propio ó en el de Cristo, aunque se nombrase Simon Mago, Sabelio, Manetes, Pelagio, porque, siendo rama del tronco separada, concluía en la esterilidad, y las gentes, despues de una edad ó dos, arrojábanla al fuego, así desprendiéndose de ella. ¿Qui6n ha creado, pues, la civilizaci6n civil, la civilizaci6n literaria, científica, artística, industriosa, ciudadana, y sobre todo fiel?

La Iglesia cat6lica.

Pregunto á los hombres de hace doce siglos ó quince, diciéndoles: ¿Qui6n os ha civilizado? Los caidos bajo la cuchilla de Decio, de Caracalla y de Juliano, pechos de robustez her6ica, primeros descubridores de la luz y del amor, me responden como mártires, limpiándose la sangre que brota de sus lábios: *La Iglesia*. Los que proceden del Norte y de las campiñas septentrionales para castigar los restos de los tiranos en el Occidente, vivificados asimismo al soplo de las creencias cat6licas, me repiten: *La Iglesia*. Pregunto á los hombres más cercanos á mí: á los guerreros de Tierra Santa, á los viajeros del Océano, á los políticos de nuestros municipios, á los estudiantes de las nuevas universidades italianas, francesas y germánicas, respondiéndome todos á

una: *La Iglesia*. Pregunto á los presentes, diciéndoles: *Hombres del gran siglo, ¿quién os civiliza?* Todos éstos, si no se deleitan con los náufragos historiadores de la incredulidad; si reconocen que los conatos de la filosofía son impotentes, y si no están de acuerdo con el protestantismo, que consuman la degradacion y el cisma, constreñidos se ven á contestar: *La Iglesia católica*.

Está bien, señores; la Iglesia es, por consiguiente, el primitivo y natural foco de la civilizacion; todos los hombres quedaron rehechos por su vida: en su virtud, quien la rechaza es bárbaro ó se barbariza. Así se realiza el ordenamiento de Cristo: es uno El que impera; todo viene de Él y por Él: *Unus Dominus Iesus Christus, per quem omnia, et nos per ipsum*.

Quando mejora tan grandemente la Iglesia á los hombres del siglo, parece imposible un hecho que ocurre frecuentísimo. Nuestro siglo mira de hostil modo á la Iglesia, y de modo duro le pregunta: ¿Por qué poder te ocupas en mi civilizacion? ¿Por qué sometes la prensa á tu tribunal? *Dic nobis in qua potestate haec facis?* Los ciegos no ven, señores míos, que precisamente la Iglesia, porque Cristo hizo la única civilizadora del mundo, emite con respecto á la prensa un juicio que le viene ó nace del derecho social: *Sicut aulio, iudico; et iudicium meum iustum est*.

Podríamos largamente, por prestarse mucho la materia, inferir el derecho social de la Iglesia de su mandato y del constante oficio de civilizar á la sociedad humana; podríamos probar que la civilizacion, producto legítimo de la fé y de la ética católica; que los modernos, su herencia en Dios no ménos que en la historia, le dan la investidura jurídica de vigilar á la misma sociedad moderando su marcha. Sin embargo, ¿de qué serviría el argumento á los ojos de muchos? Muchos hoy nos niegan que la prensa irreligiosa é inmoral, sea cual sea, perjudique de grave modo en los órdenes temporales: admitirán que se opone á la legislacion y á las enseñanzas del Catolicismo; mas de ningun modo á la civilizacion. Ahora bien. ¿De qué serviría defender en la Iglesia, con razones metafísicas, un derecho, que á lo ménos resultaría á sus ojos inoportuno? Mejor es tomar otro camino, dirigiéndonos en un discurso positivo á los indicados. Hombres civilizados de nuestro siglo, ¿creeis juiciosamente que la prensa mala no se opone fieramente á la civilizacion? ¿Creeis que se opone á la Iglesia de Dios y no á la prosperidad de la tierra? ¡Engañados!

Trascurría el año segundo del reino de Darío, hijo de Histaspes, y una gran voz profética se oyó en Jerusalem. Vuelto Zacarías de la cautividad babilónica por el edicto de Ciro, conturbado por el aspecto de la santa ciudad contaminada, arrebatado por el espíritu de Dios, cuando

ya todas las lenguas de los vates callaban, observó cosas terribles, y cosas terribles recitó también. *Levántate y mira*; gritó el Señor. *Yo me volví y alcé los ojos*, afirma el Profeta, *y vi un volúmen que volaba*. Aquél dijo: *¿Qué ves?* El anciano respondió: *Veo un volúmen que vuela de veinte codos de largo y diez de ancho*. A lo que repuso él: *Esta es la maldición que se derrama sobre toda la superficie de la tierra: Haec est maledictio, quae egreditur super faciem omnis terrae* (1). Civilizados de nuestro siglo, que no teméis los daños de la prensa corrupta, sabed que se difunde sobre la faz del mundo la maldición de la civilización. La historia no miente, y nos muestra la civilización contrahecha, ensangrentada, crucificada y sepultada por los escritores.

Dos ejemplos elocuentísimos de esto: el siglo XVI, época de la herejía, y el siglo XVIII, época de la filosofía.

Lutero fué un alma apasionada y vehemente, que se quiso levantar mucho, é invertir el curso del cristianismo. Quiso lo propio Juan Calvino, y lo intentaron. Les salió bien la obra en parte, ¿y por qué medio principalmente? Por la palabra pública y la escritura. Los doctores del protestantismo escriben furiosamente: divulgan cartas, libelos, hojas volantes, epigramas, cuestiones de teología, biblias truncadas ó entendidas al revés, polémicas desvergonzadas, insultos á Roma é infamias contra el Papa: un «pandemonium» propio de renegados. A los jefes se unen pronto afanosamente los sectarios de la herejía. Las *Cartas* de Ulrico de Hutten, las respuestas de Francisco de Sickingen, los escritos de Olavo y de Lorenzo Paterson, los *lugares teológicos* de Melancton, las anotaciones al *Comentario* de Zuínglio, los artículos de Bucero siguen sin descanso; no sólo es una furia sino un diluvio de libros, los cuales entran en los palacios y en los conventos, llenan las universidades, penetran en las Córtes, y se citan en las Dietas, conmoviendo el suelo de la Europa. Es la prensa colocada al servicio de la reforma protestante, la cual se apoya en ella. Ahora bien, ¿qué ocurre á la civilización? La civilización queda maltratada. Donde la inicua estampa se difunde, huye ó queda encadenada, profiriendo los gemidos de su agonía. Hé aquí el saqueo y las matanzas de los rebeldes, la guerra de los paisanos de Alemania, los Anabaptistas que derriban los monasterios y las iglesias, las proscripciones suizas, las hogueras de Ginebra, las horcas de Berna, la guerra de los Treinta años, donde dinastías y naciones se mandan un último desafío. Todo es fuego y matanzas: la sangre brota hasta de las piedras. ¡Ah! Es la maldición de la civilización. *Haec est maledictio, quae egreditur super faciem omnis terrae*.

(1) Zacarías, cap. V, 1 y siguientes.

Salid, señores, de la Helvecia y de Alemania, atravesando dos siglos; venid conmigo, y visitad la Francia, donde están los filósofos, los géneos de la prensa y de la ciencia, que el hombre sin fé religiosa ha podido llamar los últimos descubridores de la civilizacion. ¿Veis aquella nube de entregas, que dan vuelta por las oficinas y por las casas! Son las páginas de la Enciclopedia, donde como en una quinta esencia se recogen todos los conocimientos posibles é imposibles: Voltaire, D'Alembert y Diderot envían á la imprenta tomos y más tomos. ¿Veis aquel hervidero de lectores, en París, fuera y en todas partes? Leen el *Contrato social* de Juan Jacobo, el *Espíritu* de Helvecio, el *Cristianismo sin misterios* de Tolland, las *Tésis* del abate De Prade, el *Mendigo* de Gay, la *Libertad de pensar* de Collins, las *Novelas* de Prevot y de la Graffigny, el *Orígen de los humanos conocimientos* de Condillae, las *Ruinas* de Volney... Vamos nuevamente ¿qué ocurre á la civilizacion? La civilizacion retrocede desapareciendo; espira la civilizacion otra vez, y no resucitará ni al tercer dia de ser enterrada. Los escritores infandos llaman á los actores de plaza: á los filósofos suceden los verdugos: ¿haber podía paz y prosperidad en aquel país donde la prensa niega á Dios, y á Jesúsristo llama infame? ¡Maldiccion á la tierra! *Haec est maledictio, quae egreditur super faciem omnis terrae.* Hé aquí el formidable ochenta y nueve; hé aquí la Asamblea nacional, la Constitucion del noventa y uno, la Asamblea legislativa, la Convencion, el Terror, la Vandee, el Directorio. ¡Dolores y más dolores! Desmoulins, con el espíritu de Voltaire; dicta los *discursos de la linterna* á los de París, y cuando la guillotina cruje, hace una mueca de gusto. El borracho Marat eleva la estatua de la prostituta. El cañon de Robespierre barre á millares los cuerpos de los ciudadanos de las calles y de las plazas; por el gran rio del Sena corre sangre y podredumbre. Danton exclama: *Estoy harto de hombres.* ¡Dios inmortal! ¿Quién podría contar los horrores de aquellas jornadas de bronce y de fuego? No yo, áun cuando tuviera cien bocas, cien lenguas y cien voces acostumbradas, todas de hierro. La maldiccion envuelve á la nacion de los filósofos y de los escritores, difundíendose por todo país extranjero: la tierra en tumulto impreca, porque se siente morir: *Haec est maledictio, quae egreditur super faciem omnis terrae.*

Paz, paz á la tierra. La Iglesia católica, que, más que los civiles reformadores y que los sabios ama á los hombres, no puede ménos de acudir para colocar una cubierta y un sello conveniente á la boca del volcan que los devasta. No puede sufrir que la humana generacion convierta en un burdel los dones más hermosos del arte, hasta el punto de pervertirse y enfermar: no tolera que se corrompa la civilizacion,

fruto de ella, ni que se corrompa entre los modernos, parto de su inteligencia y de su ley. Por esto reprime la prensa. Los malignos le podrán preguntar en torno: *In qua potestate haec facis?* Ella hará una señal á Europa, apelando á la inmensa civilizaci6n, suya en su 6rigen, y dirá: *Así me dicta mi Señor Jesús*, porque, constituida por Jesús única innovadora del mundo, ejerce sobre la prensa un juicio que es de derecho social: *Sicut audio, iudico; et iudicium meum iustum est.*

Las cosas discurridas me libran de un razonamiento más largo. Si la Iglesia, madre de la civilizaci6n, vela por añaadidura para que se conserve mejor, corrigiendo los abusos sumamente fáciles de la prensa, ¿quién deducirá, señores, por ello que viene á ser enemiga de los progresos del siglo? Desafío yo á todos los hombres amigos del progreso á que opongan cosa de valor á este propósito. Vean que la refutaci6n de sus acusaciones está en las premisas y en las consecuencias, que hace y aplica históricamente la Iglesia cat6lica, siéndome lícito asegurar que mientras juzga de la prensa por un derecho social, el hombre no puede juzgarse ofendido en los derechos del humano progreso.

No pocos, señores, entusiastas del progreso, temen al catolicismo, y quisieran enviarlo á los confines, temiendo que dañe su influencia ó perjudique mucho el ansia de la cosa pública rejuvenecida. Otro temor tengo yo por el contrario: temo que por la maldad humana la acci6n cat6lica se limite de tal manera que no pueda ya dominar el progreso ni la civilizaci6n. El que sólo conoce á la Iglesia por las recriminaciones de sus enemigos, puede temer; mas quien la conoce y aprecia en sí; quien ha descubierto con los más grandes genios de los siglos cristianos sus grandezas, sus virtudes, sus glorias, sus padecimientos, sus iluminaciones, su caridad y su fé, temerá por el mundo si queda sin ella. Por lo que hace á la prensa, diré que la prensa, esencialísimo muelle de la cultura moderna, procederá floreciente, útil y santa si respeta la direcci6n que recibe de la Roma cat6lica y de la Iglesia. Si se opone á tal direcci6n, degenerará. Roma oportunamente se levantó á fin de darle norma y alimento; Roma que de ninguna manera es enemiga de la prensa, sino que por el contrario es su más generosa y solicita protectora. La Ciudad Santa fué la primera que acogió la nueva invenci6n de Alemania. En 1466 dos alemanes que conocían el secreto de Guttemberg, Conrado Sweinhein y Arnolde Pannartz, trasportaron á Roma su imprenta de Subiaco, donde habian llegado y donde habian apenas impreso una edici6n de Lactancio. Reinaba Paulo II, y Juan Andrés de Bussi, Obispo de Aleria, se hizo su Mecenas. Hizo aún más: prontas las máquinas, faltando un hábil corrector, se deliberó en la oficina para este oficio. Con protectores tales, los segundos y los terceros llegaron,

pudiendo vivir espléndidamente. Los Papas, precisamente en la época de la imprenta, hicieron reverdecer la edad de oro para las ciencias en Europa, siendo célebres como el mundo sabe, Nicolás V y Leon X. Roma fué casi un emporio de artes y estudios, en un ateneo cristiano convertida. Los manuscritos más raros y estimables se compraban por órden pontificia en todas las partes del mundo y á todos precios, con el fin de adornar sus bibliotecas. Todos los doctos concurrían. Los Papas dieron hasta Bulas en favor de la prensa. Sixto IV confirió á Jenson el título de Conde Palatino. Leon X enriqueció con altos privilegios á Be-roaldo y Aldo Manuzio. El mismo Leon dictaba para los anales de Tá-cito tales palabras, que Erasmo de Rotterdam no las podia leer sin llorar: áun en el Decreto *Inter sollicitudines* llamaba á la imprenta un descubrimiento divino: *Divino favente numine inventa*. No conozco yo entre las desmesuradas alabanzas de los presentes un elogio comparable con el pontificio. Los padres del Concilio lateranense, que en sus actas insertaban el mismo decreto del 4 de mayo 1515, saludaron la prensa como promotora de la religion, de las ciencias, de las bellas artes y del bien social. Pio IV fundó *ad hoc* una tipografía para los libros escritos en lengua oriental, invitando á Pablo Manuzio, el célebre hijo de Aldo, á fin de que la rigiese. Así el tercer Manuzio, llamado el *Jóven*, recibió de Clemente VIII autorizacion para dirigir la imprenta vaticana. No hablemos de Juan Bautista Bodoni, el más ilustre de los tipógrafos italianos, el cual fué discípulo de los frailes y de los sacerdotes, así como un solemne y digno favorito de los Papas. La Iglesia, en suma, en cuanto dependió de ella, hizo cuanto pudo para santificar y promover el descubrimiento de Guttemberg y de Faust; para no apartarnos de los primeros tiempos de la imprenta, cuando, poco despues, venían los protestantes á revelar al mundo que los Papas, más que de la luz, *eran amantes de las tinieblas*, resultará siempre maravilloso que en aquellos mismos tiempos, es decir, por los alrededores del 1500, se hubieran hecho en Roma 925 ediciones diversas de autores más que las que contaban entonces París, Londres, Colonia, Norimberga, Leipzig, Basilea, Lovaina, Augusta y ninguna otra ciudad de Alemania, donde nació la imprenta.

¡Despues de pruebas de tal índole, surja en buen hora el problema de si sobre la prensa tiene la Iglesia derecho de censura! El discurso de la lógica divina y humana lo deshace, demostrando que por magistral derecho, por derecho legal, y áun por un derecho eminentemente social, le corresponde tan alta inspección. Reduciéndose á lo que es simple progreso civil, continúen los reproches y las vociferaciones contra Roma, ¡como adversaria que hostiliza las plumas y los escritores! Uu tes-

timonio contrario de cuatro siglos dá un mentis á la mala voz ¡Roma enemiga de la civilizaci6n!

Mas hay plumas vendidas, de secta y de incredulidad, que lo afirman; porque hacer quieren andar la prensa emancipada de Roma, lo afirman francamente, con ribalderfa. ¡Ay en tal caso de la imprenta! ¡Ay de nosotros y de nuestros nietos! La prensa, mantenida en el ambiente juridico religioso, nos responde de todo adelanto moderno y futuro. Completamente desenfrenada y dueña absoluta del campo, sin que la religion la toque, nos conduce á un retroceso de bárbaros y de brutales. ¿Quereis este retroceso? ¿Quereis esta civilizaci6n bastarda? Tendreis entonces la prensa enemiga jurada de la Iglesia. En su virtud, por tales páginas ruines, por tales volúmenes de infamia, por tales papeles de gacetilleros, folletistas, escritoreillos, novelistas, libelistas fastidiosos, será cada dia más escarnecido el clero y el Pontífice, así como violada en sus preceptos y en sus dogmas la religion, y la pública moral infamada. Se corromperán los hijos. Serán confundidas las lenguas y vendrá el cisma social. Los hermanos se volverán contra los hermanos. Surgirá un gran estruendo de armas y grandes ruidos de pretendientes. Se derramará la sangre, yendo las gotas á los montes y al mar. De las selvas lejanas vendrán las fieras; las habremos llamado y vendrán á devorarnos. Las verá toda la Europa. Se contristarà el hermoso cielo de la Italia: el jardín de Italia se trocará en desierto... ¡Dios haga inútil la horrenda palabra!

CONFERENCIA XIII.

SI PIO IX RESPONDIÓ COMO VALIENTE PONTÍFICE

Á LAS PREGUNTAS DE NUESTRO SIGLO.

Tengo una deuda pendiente con vosotros. Teniendo en cuenta el mal genio moderno, empeñado en descartar la fé divina y en promover dudas sobre todas las cosas, recurrí al argumento gravísimo de los problemas religiosos y católicos. Los problemas surgieron en abundancia; Dios, la revelacion, la Iglesia, la sociedad civil, los gobiernos, los progresistas, los seglares, los sacerdotes, los publicistas y los impresores comparecieron delante de nosotros, prestándose á soluciones maravillosas. Una pugna violenta surgió en el órden de la polémica cristiana y filosófica, que, semejante á la primera suscitada en el cielo entre los espíritus fieles y los rebeldes, produjo la victoria de Dios.

Entre los ventilados problemas y entre los personajes que se pusieron á nuestra vista, ¿no juzgais conveniente admitir otro problema y otro personaje vivo y soberano, en el cual descansan por muchos lados los debates anteriores?

Parecióme á mí conveniente: ví que consistía en esto con grande alegría de los óptimos, y para reprobacion de los malos, la final corona de la presente lucha, por lo cual, dirigiéndome al ansiado personaje, lo llamé á mí.

Dividamos francamente ahora las filas; hagamos que se reúnan en una parte Jesucristo, el Evangelio, la Iglesia, los sacerdotes y los creyentes; en la otra gobiernos, políticos, progresistas é incrédulos. Él viene; pasa entre los unos y los otros, á todos conociéndolos perfectamente: lleva consigo el nuevo problema, y preséntase con él.

¿No lo traslucís?

El augusto personaje que llega es Pío IX: y el nuevo problema que ofrece á nuestra argumentacion, es: ¿Respondió Pío IX como valiente Pontífice á las demandas de la edad presente?

Tal es el problema; pero ¿entre quiénes deberá ser resuelto? Si entre la parte amiga del Papa, y en medio de los católicos únicamente, áun suponiendo que la justicia se mantenga, demasiado manifiesto es cuál resolucion se adoptará. El mundo dirá: ¡Alabanzas y aprobaciones compradas! Son los panegíricos del Senado romano al Emperador. Cámbiese por lo tanto el juez en la gran causa. Pongo yo á Pío IX delante de los profanos; propóngole cual tema de disputa y exámen á los gobiernos, á los legisladores, á los progresistas, á los incrédulos, interrogándoles así: ¿Qué me decís? ¿Es Pío IX Pontífice valiente?

Aristóteles, describiendo la virtud heróica en los libros *de los Morales*, enseña que *son héroes por su naturaleza aquéllos, entre los cuales y los á ellos sometidos, no existe proporcion alguna de virtud; de ahí, á su juicio, un no se qué grande y como un exceso de la virtud misma, es la virtud heróica.*

Dejadme hablar claro en cuanto á la estimacion de los hechos, como francamente hablaba en teoría el Estajirita. Señores; donde Pío IX es puesto en parangon con los hombres que le quieren mal, destácase con excelencia tanta, que su virtud nos parece superlativa ó heróica: entre aquel Pontífice y los contrarios del Pontífice la virtud no tiene proporcion.

Observemos lo que se pretendía del Papa, y observemos por el contrario cómo se regía el Pontífice.

Nuestro siglo, representado por los enemigos de la Santa Sede, pidió algunas cosas con semblante de amigo á Pío IX; otras le demandó con cara de abierto enemigo.

Con cara de amigo pidió la reforma del Papado político mediante la libertad, y la sublimacion del Papado espiritual mediante la santidad. Con semblante de abierto enemigo demandó la inmolation del Papado temporal al principio de la nacionalidad, y la subordinacion del Papado divino al principio de la incredulidad.

Ahora bien; ¿cómo respondió Pío IX á tales peticiones, veladas unas de respeto y furentes las otras? ¿Respondió como Pontífice valiente? Sí: confió la solucion del problema al propio exámen de los que nos acriminan.

Á quien le pidió la reforma del Papado político mediante la libertad, Pío IX respondió como generoso padre.

Á quien le pidió la sublimacion del Papado espiritual mediante la

santidad, Pío IX respondió como apóstol y como doctor iluminado.

A quien le pidió la inmolacion del Papado temporal al principio de la nacionalidad, Pío IX respondió como señalado mártir.

A quien le pidió la subordinacion del Papado divino al principio de la incredulidad, Pío IX respondió y responde como incesante triunfador. Esto establecido, la virtud entre el uno y los otros no guarda proporcion: el gran Pío es Pontífice héroe.

Es el 1846; la silla pontifical por la muerte de Gregorio XVI queda vacía: el cónclave se reúne, realiza precipitadamente sus actos, y sale de allí de admirable modo, cuando no lo esperaban, el Cardenal Ferretti Mastai para supremo Jerarca. Hé aquí á Pío IX.

Cuando el hombre sube á conspicua dignidad, juzga oportuno tender á su alrededor la mirada á fin de apreciar el puesto flamante que tiene: como quien sube á cúpula ó torre, pasea en derredor las pupilas, contemplando y midiendo su nueva elevacion. Pío IX, pues, elevado á la Cátedra de San Pedro, contempla el mundo, aplica solícitamente sus oídos y escucha. Del siglo XIX, que ya está casi en medio de su carrera, oye cómo se alza dirigiéndose hácia Roma un grito descompuesto y creciente: el grito de los que braman y pronuncian la palabra *libertad*.

No era el grito aquel verdaderamente nuevo: el mismo Cardenal Mastai lo debió haber otras veces oído; pero desde abajo. Era, por lo demás, el grito que todos los liberales *de la víspera y del día siguiente*, como les denominan, levantaban en Europa, en España, en Austria y más en Francia; hacíanlo llegar á la Santa Sede por medios autorizados, con la voz de los diplomáticos, con las instancias de los embajadores, y sobre todo con el célebre *Memorandum* dado al gobierno romano por las Potencias en mayo de 1831. Capellari, Papa pensativo, que resistía incontrastable los golpes del mundo, y ya entrado en años, no creía deber secundar el grito aquél, pensando que, recibiendo Roma la chispa aquélla, difundiríase para quemar la civil sociedad. Mas el jóven Pedro, que cual el provento Capellari vé desde lugar excelso, tiene movimientos del espíritu más arrojados, y más fácilmente que otros se compadece y llora; fijase mucho en aquel grito, lo escucha cuando prorumpe dirigiéndose al Vaticano, y conmueve las últimas fibras de su corazón, lo cual es lo mismo que secundarlo. ¿Qué pedis? Libertad. ¿Qué puede daros en materia de libertad el Vicario de Cristo? La reforma del Papado político en pró de la misma libertad. Pues bien; así se haga.

Los actos primeros del reinado de Pío IX se distinguen por esto precisamente: por la libertad y las reformas políticas. Abre la puerta de la cárcel á todos los delincuentes de Estado, si demoran en su pueblo, y abre la puerta de la Ciudad Santa, si habitan en el extranjero; concede aquella maravillosa amnistia, en virtud de la cual sólo quedan obligados al propio soberano, por su palabra de honor relativamente al deber de la fidelidad. Es el principio, y va Pío IX más lejos: dá una ley ménos restrictiva sobre la imprenta, permite la Guardia Cívica, instituye la Consulta de Estado y promulga luego la Constitución. ¿Fué solicitada la libertad política? Vedla.

Hé aquí el lugar, señores, donde Pío IX demuestra su virtud, porque á la primera peticion que le hace nuestro siglo, responde cual generoso padre.

Realmente, ¿de qué almas sale aquella peticion, aquel grito, aquel frenético suspiro de libertad? Dejemos aparte los hombres de vergüenza y los honrados. Fuera de que los hombres de vergüenza y los honrados no se ponen á vocear, en la inmensa turba de aquellos gritadores se agita el mundo, el viejo adversario de la Santa Sede, con traje ahora de amigo. Montanelli escribe de Gioberti que *peregrino aventurero de la libertad, se puso en camino para plantar la bandera tricolor sobre la basilica de San Pedro* (1), lo cual es algo más que apetecer la simple reforma del Papado político. Mas esto es poco. Cuando pienso yo en los vociferadores de libertad en torno del Papa, vienen á mi memoria los *cristianillos ungidos de nuevo, refritos de ateo*, como los bosquejó perfectamente José Giusti en sus ditirambos. Veo á los jefes de sectas, á los fabricantes de conjuraciones, á los carbonarios, á los hijos de la *Jóven Italia* y á los Francmasones, los cuales á los piés del Pontífice se abrazan, se consumen de ternura, invocan la libertad y aplauden la que les han concedido; apártanse de los piés del Papa y escriben en el *Monitor* el *Novum Pascha*; van á la Iglesia y reciben el gran Sacramento de amor. Son los *cristianillos ungidos de nuevo, refritos de ateo*.

Otros hombres diversos simuladores veo; hombres sin carrera y de mala vida, que introducen artes ruines, para los cuales la patria es un uombre y no un afecto; la libertad un interés y no una gloria, ni un bien moral; los veo cada vez volverse más roncós entonando las cantinelas de la libertad, y besar al Papa la túnica, cual á su gracioso libertador. Son los *cristianillos ungidos nuevamente, refritos de ateo*. Pues bien, señores; ¿qué hace Pío IX? Dá libertad abundante; dá libertad abundante á muchísimos que las echan de amantes apasionados, al mismo tiempo

(1) G. Montanelli. *El partido nacional italiano, sus vicisitudes y sus esperanzas*.

que detestan el Papado: dá libertad abundante á todos los que abusan de la libertad y se cubren con ella para empresas ruines: lo sabe, lo descubre y sin embargo no se detiene. ¿Acaso los beneficios no ganan los corazones más protervos? Piensa esto y ser quiere liberal.

Escandalizanse por otra parte los católicos pusilánimes, diciendo: *El Papa es de los liberales, y está con los progresistas; sejuirá la ruina de la Iglesia.* Sufre Pío IX las quejas de los amigos verdaderos á fin de conducir á término la obra de la paterna invitacion á los falsos amigos. Hágase cuanto sea compatible con el ministerio sacerdotal augusto. ¿Será menospreciada la libertad? ¡Paciencia! Verá el mundo entretanto que el Papado, que llaman contradictor de las naturales tendencias de los pueblos, no es su enemigo, sino quien las socorre piadosamente. Vosotros, liberales, no podreis afirmar en adelante que *la Iglesia hostiliza las reformas y las benéficas instituciones de las gentes.* El arma que apuntásteis para herir nuestro corazon, será hecha pedazos: dará la tierra razon á la verdad. La verdad se abre realmente paso contra los engaños y las ingraticudes de los falsos amigos. Pío IX que infunde un aura de vida sobre tales hombres sin fé, sobre tales agitados cadáveres, los constriñe á manifestar el espíritu del renacimiento religioso, arrancando de su boca aplausos, aunque mentidos é hipócritas. Es un «hosana» universal: ¡Viva Pío IX! Entonces aquel Pontificado que se decía muerto, aquella Iglesia que llamaban impotente, y aquel catolicismo escarnecido como pasado de moda, tornan á comparecer más que nunca poderosos y vivos. Entonces los buenos y los malos son amonestados por la visible intervencion de la Providencia é instruidos igualmente. Exclaman los buenos: ¡Ah! *Lo vemos. Es el Pontífice mandado por Dios y acomodado á la razon de los tiempos nuevos.* Los malos confiesan entre sí: *Nos ha desmentido.* Quien ilumina las mentes, quien desmiente é impera en todos es el Hombre, á quien dió el Señor la amplitud de su corazon.

Tenia tales pensamientos el jóven é ilustre filósofo italiano de nuestra edad, Nicolás Taccone Gallucci, y escribía: «Aparecido ha Pío IX cuando ya fermentaban las ideas utópicas; porque en el fondo de tales ideas ha vislumbrado algun rayo fugitivo de luz, ha procurado concentrar este rayo sobre el fúlgido espejo de las verdades católicas, á fin de por tal reverberacion se hiciese más puro y reluciente. Tal es sin duda la razon principal de sus grandes ideas de reforma. Ingeniábase por llamar á los pueblos de su siglo, sedientos de verdad, al templo del Verdadero; los pueblos que anhelaban las auras de la libertad, al templo de toda santa y justa libertad; los pueblos ansiosos de mejora y de progreso al templo de toda posible mejora. Así como el cris-

»tianismo se dirigió á los Hebreos y á los Gentiles para convertirlos,
 »Pío IX se dirigió á los católicos y á los liberales para una mision de
 »libertad; mas los liberales crucificaron á Pío IX, cual los Hebreos á
 »Jesucristo. La tentativa de Pío IX quedó frustrada; mas no por esto
 »perdió algo de su grandeza. Ha sabido la Providencia servirse para el
 »bien de la sociedad aun de tal tentativa frustrada, y el Siervo de los
 »Siervos de Dios se ha hecho gigante en las manos de Aquél que tiene
 »al universo en el puño (1).»

Es un razonamiento deducido de los hechos históricos, y los hechos os prueban con qué virtud el Pontífice se reviste. A la peticion fogosa que se le dirigió para que realizase la reforma del Papado político mediante la libertad, responde con tan magnánimo corazon, que mayor no puede ser en un padre con sus hijos.

Los decantados amigos de la Silla apostólica se contristan de todas maneras, y no se juzgan satisfechos. Tienen un reproche que hacer y es el siguiente: Si fué concedida la libertad tambien fué quitada.

¿Fué quitada? Es verdad; pero ¿por culpa de quién?

Quería mostraros un puñal rojo por la sangre sobre la puerta de una Asamblea; aquel puñal degolló al primer Ministro del Príncipe. Quería mostraros el cañon plantado á la puerta de otro palacio; mostraros la bala del fusil que salta en un balcon de aquel palacio, y, herido en la frente por el golpe aquél, mostraros quería el cadáver de un confidente del Príncipe; del Príncipe, ó sea del Papa, generoso dador de libertad al pueblo. Quería mostraros á Roma, no llena de guirnaldas de flores, ni con las banderas ondeantes de los Apóstoles, ni con sus arcos de triunfo al novísimo Electo, sino llena de vergüenza, envuelta en el desórden y en el aliento, llena de animales bramadores. Empero, apartemos el discurso del espectáculo de la sangre y de las furias humanas. Hagamos que trascurren algunos meses y subamos en Roma misma la escalera del Parlamento. La Constituyente asamblea, en 9 febrero de 1849, á la primera hora de la mañana, declara: *El Papado es privado de hecho y de derecho del gobierno temporal del Estado Romano.* ¿Veis? Quien quita irremisiblemente la Constitucion del Papa y su libertad política, es la República.

Es verdad: la libertad fué dada y despues se quitó. Vuelto Pío IX á la posesion de sus dominios, no restableció los pristinos órdenes de la libertad.

Señores, fijaos en las creaciones de Dios. Adan, nuestro padre comun, está en un principio en el Eden, lugar florido y lleno de toda deli-

(1) N. T. Gallucci. *La Cuestion social y el Pontificado de Pío IX.*

cia; un poco más tarde Adán es sacado de aquel jardín, no disfrutando más de aquellas flores, de aquellas auras y de aquellas armonías. ¿Cómo así? La razón del cambio es clara. Permanece Adán en el Edén mientras es inocente; queda privado y á más severa ley reducido por haberse hecho pecador. Obra Dios así: con todo, en el Edén y fuera del Edén es de continuo el amoroso padre de los hombres.

He contestado y concluyo.

Nuestro siglo, en cuanto es representado por muchos extraviados y por los incrédulos, hizo á Pío IX una primera demanda con semblante de amigo. Dijo: Dame la reforma del Papado político mediante la libertad; Pío IX la concedió. Poniendo ahora en parangón al Papa con los falsos amigos de la Santa Sede, ¿qué se sigue? Esto: que al siglo XIX respondió como valiente Pontífice, porque respondió con la generosidad del Padre.

No bien el Cardenal Mastai, tomado de improviso el nombre de Pío IX, dióse á meditar sobre el mundo contemporáneo, como también á recoger sus voces diversas y formidables, entre estas no solamente oyó el sonido y la voz furente de la libertad, sino también otro acento muy grave, que era sagrado. Este acento pedía: Sublimación del Papado espiritual mediante la santidad. ¿Qué hombres hablaban con tal acento?

Sin duda las almas pías y religiosas, al ser ensalzado cada nuevo Pontífice, aguardan alegrías y suertes felices para el cristianismo y la Iglesia; ansían, pues, ellas también, é invocan de los benignos cielos la sublimación del Papado espiritual. Empero, dirigiéndose al Elegido, no la piden de ningún modo con aquel clamor insensato, que dice así en sustancia: «Está en el fango la cátedra del Pontífice; tú, nuevo Pontífice, levántala.»

Ahora bien; en tal sentido la pedían muchos, á los cuales escuchaba Pío IX: la solicitaban aquellos mismos que tenían en la boca el rugido de la libertad. Hacíanlo también los liberales más atrevidos y altaneros, que decían: «No se preocupe Vuestra Santidad de los derechos temporales; procure que la Iglesia no se pierda por las necesidades del mundo. Ensálcese á la idea, ó al culto de Dios puro y santo: mande por fin el espíritu, obedeciendo la materia. A la cabeza de los indicados, José Mazzini escribía desde Londres á Pío IX en 8 setiembre de 1847: «Beatísimo Padre; la Europa se halla en una crisis tremenda de dudas y deseos. El intelecto camina en el vacío. Los malos adoran el cálculo y los bienes materiales; los buenos invocan y esperan: nadie cree. No tenemos ya cielo, y por consiguiente tampoco sociedad. Podeis guiar el mundo á la conquista y á la práctica de la verdad religiosa, extin-

»guiendo el odioso materialismo y la estéril negacion. Os llamo á ello
 »en nombre del poder que os ha concedido el Señor. Beatísimo Padre,
 »sed creyente (1).»

Los hombres de la sociedad profana y corrupta hablaron: el Pontífice los escuchó. A la segunda peticion del mundo, que le dirige con semblante de amigo, responde como apóstol é iluminado doctor.

La sublimacion de la Cátedra de Pedro resulta evidente por el predominio que logra en ella el reino de Cristo sobre el reino del hombre. Ahora bien; los reinos del hombre contrario al Evangelio, á los cuales obligacion es oponerse, son dos: el reino material de los sentidos, y el reino metafísico del error. Como centro de los dos reinos éstos, sublimando la propia Cátedra, se coloca el nuevo Pontífice Máximo.

Se coloca contra el reino de los sentidos. Si hay algo alegre y delicioso visto exteriormente; pero áspero, luctuoso y nefando en sus efectos, es el reino de los sentidos precisamente. El reino de los sentidos es el hombre que somete su espíritu á la carne; que no tiene ideas, ni pensamientos, ni afectos, sino para subyugarlos al ciego impulso de su cuerpo y al apetito devorador; es el hombre que deja de ver á Dios, porque la sombra de la carne se lo encubre, viendo la tierra y sus pompas, sus alegrías y sus torpezas, en las cuales se encenaga. El reino de los sentidos es, por consiguiente, aquel jóven que danza, toca y canta; que corre tras de las malas hembras, oprime ardientes caballos, maneja el sable y nunca reprime las pasiones torpes, ni ejercítase tampoco en la palestra laboriosa de la virtud; es la mujer que se adorna, se perfuma y se enjoya; que va perdida en busca de alegrías locas, y nunca en busca del honor suyo, ni de su propia dignidad; es el ciudadano que, como la plebe antigua de Roma, pide *pan y espectáculos*, y que, olvidando sus deberes, no se cuida de ser hijo, hermano, esposo y padre decente, digno de respeto.

¡Pobre sociedad humana! Al llegar al siglo XIX, coronada por eminentemente cultura, progreso y libertad, indicó que tocar quería las estrellas; pero en realidad continuó con las manos embadurnadas en el fango: alzó el dedo para indicar su gloria, y empañó la pureza de los cielos.

Lo vió Pío IX, quedando su corazon conmovido, y diciendo: Domina la carne del pecado; opongámonos con las maravillas de Dios á las enfermedades y á las bajezas del mundo.

En el mar Tirreno se abre un golfo, al cual los brazos extensos sirven de firme defensa contra las olas; en su cumbre tiene una roca for-

(1) José Mazzini, *Á Pío IX, Pontífice Máximo.*

tificada. Empero, como el sitio es pequeño, naves grandes y de guerra no se paran en aquellas aguas, sino barcas y esquifes de pescadores ocupados en echar las redes, siendo un alegre y tranquilo espectáculo para la vista. Es Gaeta. ¡Afortunada! Por un momento viene á ser grande é inmensa; recibe una roca espiritual, que ninguna fuerza humana expugna, la cual extender puede brazos que lleguen hasta las últimas orillas de la tierra. Pío IX, proscrito de Roma, teniendo á su alrededor las furentes conmociones de los pueblos, no bien ha establecido allí su mansion, dirige su mente á María. ¿Acaso Dios no nos ha hecho entender en la Sagradas Escrituras, y no afirma la tradicion cristiana, que María quedó exenta de la culpa de Adán en su propia concepcion? Promúlguese, pues, el dogma de la Inmaculada. Escribe cartas al Episcopado: más tarde, habiendo ido á Roma de nuevo, llamados los Obispos, declara en 8 diciembre de 1854 dogma de fé católica el de la Inmaculada.

Los incrédulos han reido mucho sobre la *Purísima* y la *Santísima*: los más templados calificáronla de *utopia*. No hablamos de los cínicos y de los feroces: la que otros quisieron llamar *utopia* y es una suprema divina verdad, fué sin duda el mentís más oportuno, el ataque más saludable y más gallardo que se ha podido lanzar contra el reino de los sentidos. ¿Qué dice á quien lo entiende ó alcanza el dogma de la Inmaculada? Dice: Hombres que constreñís el espíritu á que sea siervo de la carne, y que teneis á ésta sin represion ó sùcia, mirad cómo florece, haciéndose lúcida y bella, lo cual se consigue huyendo del pecado. Dice: Hombres que huís de Dios para disfrutar los bajos deleites del mundo, el cual os pesa encima como la losa de un sepulcro, mirad cómo de la tumba se resucita, cómo el mundo se domina, y cómo las alturas del cielo se reconquistán; esto se consigue secundando la gracia del Señor. En su virtud, dice á la mujer la Inmaculada: Mujer, adórnate ante todo, embéllécete y corónate con los lirios y las diademas de mí amado Jesucristo. Dice al jóven: Jóven, exáltate ante todo, siendo soldado del divinal Nazareno: en el curso de los siglos soy por Él torre de fortaleza. Dice al artista: Inspírate ante todo en la belleza espiritual: contempla en mí el espejo encendido por la faz de Dios. Dice al obrero: Ante todo, trabaja por el alma; ¿no quieres ser heredero de la patria sempiterna? Sígneme: Yo te serviré de escala y guía.

En la palabra de la Inmaculada que á los modernos amonesta está la palabra del Papa. ¡Trátase de una *utopia*? ¡Qué amada y magnífica *utopia*, señores míos! Pío IX creó, pues, una *utopia* tal que las más celebradas desaparecen comparadas con ella. Subió más que las *Pirámides* de Parménides, más que la *República* de Platon, más que la *Ciudad*

del Sol de Campanella, más que el *Optimo régimen del Estado* de Amadeo Fichte: con una sola palabra, con un solo dogma gritó al reino de los sentidos que rebosaba, como Dios gritó á la ola del mar: *Párate*, llamando, á fin de que penetrara en la escuela de la pureza, á nuestra contaminada generacion. Parménides, Platon, Campanella y Fichte con sus utopías, expresadas hasta en tomos muy trabajados, sólo consiguieron hacer novelas imposibles ó estériles; empero Pío IX, con una sola palabra, y con un solo dogma, produjo un acontecimiento que resonó en todo el cristianismo. Ahora bien; si oponerse al reino de los sentidos equivale á facilitar el curso del reino de Jesucristo, ¿quién no vé por parte de Pío IX en tal acto la sublimacion del Papado espiritual?

Hay otra cosa que recordar. Algunos piensan esto: supongamos que con el dogma de la Inmaculada Concepción haya llamado el Pontífice á los presentes á sacudir lejos de sí el yugo de los sentidos; aquella invitacion, sin embargo, y aquel llamamiento eran demasiado superlativos, espantando casi, porque los que reputan incólume á la Virgen en su concepcion, forzoso es que admitan en ella una exencion milagrosa, un privilegio divino al que no puede aspirar ninguno de los hombres. Por consiguiente, á pesar del tipo, no se podia esperar el éxito.

¿Quién os lo ha dicho? Los sabios del mundo siempre convinieron en la siguiente sentencia: *Presentad nobles ejemplos á los hombres: no llegarán los hombres á tal excelencia; pero en ella espejándose, y esforzándose por alcanzarla, subirán á grado excelso de virtud.* Esto poco más ó menos enseñó el mismo Tomás Campanella en el proemio de su *Ciudad*, haciéndose con esto una espuela para dictar cosas eminentes. Fuera de que, señores, ¿quién podría igualar en la perfeccion á Dios? Sin embargo Dios se nos ha propuesto como modelo: *Estote imitatores Dei* (1).

Sólo que, ¿quereis ser compelidos con ejemplos imitables á romper los lazos de los sentidos, parallegar á ser probos y preclaros? ¿Pedís estos al Papa, á fin de que sublime su Cátedra con las humanas virtudes?

Estais satisfechos. Pío IX, despues de haber manifestado el modelo de la Virgen sin manilla, os pone delante, para tema de estudio, criaturas que aparecen estupendas realmente, sin que se sustraigan por esto á la imitacion práctica. No hay en la historia de la Iglesia pontificado alguno que como el de Pío IX no haya enriquecido con héroes evangélicos á nuestros altares. ¡Cuántas beatificaciones de Siervos de Dios! ¡Cuántas canonizaciones de Santos! Doscientos diez y nueve Beatos y cincuenta y dos Santos, divididos en esta forma: doscientos

(1) San Pablo á los Efesios, cap. V, v. 1.

cincuenta y cinco mártires y diez y seis confesores. Desde la edad presente, Pío IX se dirigió á las anteriores: miró á todos los reinos y á todas las naciones; miró á la España, á la Alemania, á la Bélgica, á la Francia, á la Italia y hasta el distante Japon; de aquella contemplacion volvió provisto de bellos y preciosos Santos, diciendo arrodillándose delante de Cristo: Toma; hé aquí algunos de los más señalados frutos de tu sangre. No bien se alzó de aquella oracion y de aquella oferta que hizo delante del mundo, al mundo presentó los nuevos ejemplares que debia seguir. Hijos míos, ved aquí los generosos campeones de Jesucristo; inspiraos en sus virtudes y procurad florecer nuevamente con su perfeccion. Imitadles. Hablaba el Pontífice así. ¿Quiénes eran, señores míos, y son estos generosos campeones de Cristo? ¿Acaso hay en cada uno el portentoso de la Virgen sin mancilla, y la augusta Señora del privilegio? En los Beatos y en los Santos á nosotros propuestos por el pródigo Pío IX están nuestros hermanos y nuestras hermanas: son las almas gloriosas de los pobrecitos que, cual nosotros actualmente, se agitaban en sus dias en las peleas del siglo y del abismo.

¡Los Beatos y los Santos propuestos á nosotros por Pío IX como modelo! oigo gritar. Los Beatos y los Santos que Pío IX colocó sobre los altares no son más que monjas y frailes.

No todos. Empero aunque lo fuesen; ¿acaso en los frailes y en las monjas no pueden albergarse con ventaja comun nuestros hermanos y nuestras hermanas? ¿Por ventura debajo del velo ó de la tosca lana de los cenobitas no hay escondidas almas electas, corazones magnánimos y vidas preciosas? ¿Acaso todo lo que huele á fraile ó á monja deberá ser barrido de la tierra?

Telémaco, que se arroja en el circo romano y que con el precio de su sangre detiene para siempre las matanzas de los gladiadores, es un fraile. Rosvita, que dicta poemas admirables en medio de la más densa barbarie, enseñando á leer á los hombres del siglo X, es una monja. Bacon, que nos dá los primeros experimentos, previniendo los caminos de hierro y los vapores, es un fraile. Catalina de Siena, una de las más grandiosas figuras que campeon en el cuadro de la historia italiana del siglo XIV, mediadora entre Roma y Venecia, que llamó además los Papas á Roma desde su domicilio de Avignon, y literata cultísima, es una monja. Pedro Nolasco, que viaja por la Berbería, donde trasporta la *Orden de la Merced* para la liberacion de los esclavos, y cuyos beneficios experimentó en gran parte aún el famoso Cervantes, es un fraile. Teresa de Jesús, en cuya gran alma se junta el entusiasmo, el fuego y la moral amplitud de la raza española (todo esto santificado por Cristo), es una monja. Ahora bien; ¿deben ser barridas de la tierra estas mon-

jas y estos frailes? ¡No sentimos, por el contrario, un noble orgullo de poderlos llamar hermanos nuestros y hermanas nuestras? Por añadidura, en la familia de las monjas y en la familia de los frailes, tomado, como lo ha hecho Pío IX, cuanto existe más exquisito y apreciable por la virtud; tomad los hombres que profesaron en grado heroico la fé, la esperanza y el amor de Cristo; descubrid á estos como lo ha hecho Pío IX en el altar católico; ¿no tiene acaso el mundo motivo para admirar é imitar de una manera provechosa?

Me habeis interrumpido y es preciso que prosiga.

Pío IX, á fin de librar á los modernos de la tiranía de los sentidos, y colocarlos en el reino de Jesús salvador, pasó á un acto nuevo: anunciado habia el dogma de la Inmaculada, como tambien alegrado á la Iglesia mediante las bellas declaraciones de los Beatos y de los Santos; mas su espíritu no descansaba. ¿Qué queria, pues? La presente edad es la de las *reuniones universales*. Se emprenden con gran ruido, celebrándose con frecuencia en París, en Lóndres, ó en Viena. Celébranse bajo un palacio de cristal, siendo el objeto supremo que deben tratar el arte y la industria; en su virtud se habla mucho en ellas, se discute y se comercia, siendo el oro el alma de la reunion. Ahora bien; Pío IX pensó en su interior: ¿por qué no podré yo en esta edad de las reuniones universales celebrar tambien una reunion universal?

Era el 1867, y llegaba el centenario del Príncipe de los Apóstoles. ¡Oh campana de San Pedro! Tocaste bien desde la torre del Vaticano, y los pueblos te oyeron: Te oí yo desde mi Génova, y no falté: Te oyeron desde las islas más lejanas y acudieron tambien. Fué verdaderamente una reunion universal: los nuevos llegados no se reunieron en un palacio de cristal, sino bajo las bóvedas de la Basílica del Pescador; no entraron en ella á tratar de industria ni de arte; no fué alma de aquella reunion el oro, sino que se reunieron para orar juntos, en las ansias del cielo enardecerse, los hijos abrazados con su Padre, y juntos llorar de amor sobre las venerandas cenizas del Apóstol.

¡La reunion de los fieles, la plegaria en comun y la basílica de San Pedro! Cosas estas que el mundo no apetece ni ama. El mundo para vivir necesita del arte y de la industria.

Lo sé: sin las artes y las industrias, las plegarias por sí solas no nos darian el pan que debemos comer en la jornada terrena. Mas sé tambien que con el sólo pan material no vive nunca el hombre, ni la humana generacion; otro pan buscan nuestras almas, que logran del piadoso Dios. Sé además que las industrias y las artes abandonadas á sí mismas, sin el auxilio de la Religion, nos pesan encima con todo el peso de la materia, y nos ahogan.

Señores: precisamente para que la materia no nos ahogue ni nos entierre, Pío IX recurrió á los argumentos religiosos; es cuanto me correspondía demostraros. Fué mucho tiempo un apóstol de temple robusto: vió el siglo XIX envuelto en el reino de los sentidos, contemplándolo por esto extinguido y corrupto: como Jesucristo en la tumba de Lázaro, le gritó: *Levántate, sal fuera y anda*. Está bien; ¿qué cosa es hacer esto, y oponerse así valientemente al reino de los sentidos? Es dar la exaltacion indispensable al reino de Jesucristo. Vosotros pues que con semblante de amigos pedisteis la sublimacion del Papado espiritual mediante la santidad, dad gracias á Pío IX de todo corazón. No bien nos oyó se dispuso á tal sublimacion.

Mas el hombre que se aparta del cielo y corre sin freno alguno, no se reduce todo al reino de la materia: son dos distintos los reinos, como dijimos; el reino material de los sentidos y el reino metafísico del error. Egregio panegirico recitamos del Papa, al hablar de la derrota que procuró al hombre carnal de nuestros días; interroguemos ahora los restantes actos de su Pontificado para conocer si, á fin de herir el reino metafísico del error, extendió tambien la mano potentemente. La extendió, señores: contra el reino de la carne Pío IX es un Apóstol: contra el reino de la mentira es un doctor iluminado.

No quiero, ni puede alargarme; niégome por tanto á los discursos demasiado minuciosos; no haré como Stellini, que distribuye la filosofía moral en muchas y sutiles partes; ni como Alibert, que distingue los instintos en numerosas clases; ni como Zantedeschi, que en numerosas clases distingue los afectos; ni como Degerando, que pone un ejército de apetitos en el hombre; ni siquiera sigo á Puccinotti, que dá pruebas de un hermoso ingenio al distinguir unas dolencias mentales de otras: mi cometido, hablando precisamente de los errores mentales, es fácil y breve. Digo: el error, que tiene de continuo un fondo teológico, despunta primero como herejía entre los modernos; aumenta por el panteísmo, hermanando y negando los principios así teológicos como filosóficos; termina en el escepticismo, donde nadan y se agitan en verdadero naufragio todos los dogmas y todos los preceptos. Quien conozca la presente situacion de los intelectos en Europa, verá si tengo yo razon.

Ahora bien, señores míos; si Pío IX es doctor iluminado, ¿de qué manera obra contra estos tres lados que nos presenta el reino del error?

Por lo que hace á la herejía, observad cuán aguerrido es desde su Cátedra, y con qué firmeza se le opone. Conserva floreciente y con nuevos actos confirma de nuevo toda la série de las enseñanzas cristia-

nas; no contento con impugnar la herejía en nuestra casa, donde intenta levantar la frente, acométela en sus principales rocas, sometiéndola á dolorosísimas derrotas. No tolera el orden jerárquico la herejía, por ser unión y autoridad, al paso que la herejía obra por personal arbitrariedad y division continua, siendo peste suprema del mundo. Pues bien; Pío IX, moralmente penetrando en los países protestantes donde tiene secuaces, exclama: *Existe la union y la divina autoridad*. É instituye la jerarquía sagrada en el reino de Inglaterra, y en Holanda igualmente.

En cuanto al otro aspecto del error, el cual, desenvolviéndose y difundiendo el brazo de la herejía, confunde y niega los principios teológicos y racionales, Pío IX procura con ahinco netamente aferrarlo y cortarlo, recurriendo al corte de la espada. Hace diez años (1) que publicó la Bula de la Inmaculada: en tal trascurso de tiempo pudo asegurarse de que los errores, levantándose cada vez más de la corrupta raíz de Adán, habian totalmente invadido el campo de la verdad, donde se quisieran los principios puestos en haz y anulados; de santa indignacion llenóse su grande alma, y en 8 diciembre de 1854 dió el *Syllabus* y la *Encíclica*, que abiertamente reprueban los errores contemporáneos: el *panteísmo*, el *naturalismo*, el *racionalismo*, y hasta el *indiferentismo* y el *liberalismo*. Los impíos y gran parte de los seducidos pusieron á vociferar contra el Papa condenador, y vociferan aún; mas no advierten los engañados que la verdad sólo disfruta fresca y libre vida por la condenacion de su contraria; no advierten que los más conspícuos filósofos en tanto á la humanidad sirvieron en cuanto traspasaron al error con formales condenaciones. Los Pitagóricos tenian una especie de excomunion: distinguían la *interpretacion ortodoxa* de su sabiduría numeral de las *glosas heterodoxas* que hacian de la misma (2). Además, ¡cuántas reprobaciones y cuántas repulsas en los *Diálogos* de Sócrates! ¡Cuántas censuras y anatemas en Marco Tulio, que fué sin duda el primer filósofo de los Romanos! Sólo en las *Tusculanas* condenó á los Cirenaicos, á los Académicos religiosos, á los Epicúreos, á los «Dogmatistas,» á los Peripatéticos y á otros con ellos. ¿No debía ó no podía condenar el Pontífice Máximo? Además, ¡qué son los errores proscritos por él? Tales errores son á la vez condenaciones, furentes condenaciones lanzadas contra la verdad divina, natural y social. El mundo incrédulo condena: condena, señores, á Dios y á su Iglesia. José Ricciardi, hablando en nombre de toda la plebe incrédula y atea, decia en 27 junio de 1862 en el Parlamento del Reino de Italia: «Empleamos» contra la Roma papal todos los medios que se hallan en nuestro po-

(1) Hace tiempo que fueron pronunciadas estas Conferencias.

(2) Véase Ritter. Op. t. I, p. 311.

»der... Yo quisiera ser más joven y más vigoroso; ¿sabeis por qué? Á »fin de hacerme un heresiarca. Yo me haria casi antipapa con el fin de »proporcionarme el placer de excomulgar á Pío IX (1).» Así el mundo incrédulo, delante de Pío IX condenador, tiene mucho más que otros la manía de condenar. Á maravilla; la condenacion, pues, se encuentra con la condenacion: si es lícito al mundo condenar, ¿se negará esto al Pontífice?

Por último, ya que las condenaciones del mundo son errores fierísimos, los cuales echan por tierra, y hacen morir toda clase de dogmas ó preceptos, ¿qué piensa el Vicario de Jesucristo y qué resuelve? Los principios nos faltan; la boca del filósofo no tiene ya un verbo afirmativo, circundado de valor apodíctico: tiene la duda. ¿A qué se reduce hoy la ciencia? A buscar; mas busca y no halla: nos faltan los principios desde que por sistema reniega de los mismos el hombre. ¿Cómo hallarles, pues, si son repudiados? Ha venido á ser la ciencia esceptica, y el escepticismo no tiene principios. Con fundamento Jorge Hegel calificó de oportunos los tiempos presentes para divulgar la teoría del *ente nada*.

¡Bendito Dios! añadió Pío, poniendo los ojos en tal ruina. Habeis destruido, y donde quiera que arriban los golpes de la gran ruina, tengo precision de construir. Así diciendo, reúne el concilio ecuménico del Vaticano.

Los que llamarán antiguo el tiempo nuestro, juzgarán si pudo acometer el Pontífice obra de mayor importancia. Contra el mundo que va errante en el vacío idealmente, funda el nuevo Concilio las afirmaciones absolutas: la realidad y la naturaleza de Dios, la creacion de la nada por la mano de Dios, la Divina Providencia, la necesidad y la historia de la revelacion, la necesidad de la fé, el orden doble de la fé y de la razón: declara la infalibilidad de la Iglesia é infalible al Papa, como jefe de la Iglesia católica. El Concilio fué, digámoslo así, cortado por en medio; mas las anunciadas afirmaciones subsisten con la inmovilidad del dogma para combatir el socialismo invasor y llamar á los hombres del naufragio de la ciencia á la orilla de las eternas verdades: cuando el Concilio siga, llegando á su término, se verá el fin de las afirmaciones católicas ya coronadas con hermosos éxitos conseguidos en el campo de la experiencia. Entónces las inteligencias, que recobrarán la salud, dirán en el mundo Pío IX es el iluminado doctor del cristianismo.

He desempeñado mi oficio. Una segunda peticion dirigió el mundo

(1) Actos oficiales de la Cámara, n. 685, pág. 2,649.

con semblante de amigo al Pontífice, recomendando la sublimación del Papado espiritual mediante la santidad. Alego nuevamente, señores, las palabras de Mazzini: *Extinguid, Padre Santo, el odioso materialismo y la estéril negación*. Ahora bien; ¿no lo veis? Haciéndose Pío IX intérprete de nuestras necesidades modernas, se opone al reino material de los sentidos y al metafísico del error: Apóstol, dá una sacudida fuerte al reino de la carne con sus exaltaciones de la bendita Virgen, y de los Santos. Doctor, dá otro empuje al reino de la mentira con sus condenas y dogmáticas afirmaciones. Hé aquí el *odioso materialismo* y la *estéril negación extinguidos* en cuanto depende del Papa. Supongamos que los quisiera el mundo extinguidos de otra manera. Dirigiéndose con otro método, siguiendo el ímpetu de su propia degeneración, vería aumentado el mal, y de modo alguno disminuido ni renegado: á un abismo vería acumulado otro abismo, y cambiado unas negaciones por otras. Únicamente verdadero y el sólo posible fué sin duda el combate de Pío IX: oponer á la carne el espíritu, y á la negación el dogma: sólo aquí estaba la fuerza para dar un mentís y conseguir la curación del enfermo del siglo XIX. Esto sentado, cuanta es la derrota hecha sufrir al reino del hombre, tanta es la preeminencia que ha conseguido el reino de Jesús: ¡Oh maravilla! *Santo Padre*, gritó Mazzini, *no tenemos ya cielo; podeis guiar el mundo á la conquista y á la práctica de la verdad religiosa*. Pues bien. ¿No teneis ya cielo? Tenedlo aquí en la Virgen Inmaculada y en los Santos, que desde los sitios del catolicismo os alzan al del paraíso. ¿Quereis la conquista y la práctica de la verdad religiosa? Tenedla; os abro yo el camino: creed en la doctrina cristiana y católica. Así habló el mundo, y así contestó Pío IX, siendo sus respuestas propias de un valiente Pontífice. A la demanda que le hicieron de sublimar el Papado espiritual mediante la santidad, respondió como apóstol é iluminado doctor.

He llegado á la mitad de mi camino.

He contemplado á Pío IX que, desde la Cátedra de San Pedro, se pone á mirar el mundo; he oído al mundo, con traje de amigo, y actitud de un enamorado, dirigir sus votos fervientes al Papa. Fué un espectáculo que, á juzgar por las hermosas apariencias, provocaba la musa de los católicos y de los civilizados á una epopeya. ¡Mas qué ocurrió, señores, qué ocurrió! Debo cambiar de estilo y de acento; el espectáculo que tengo delante se transforma. El mundo, después de hacer al Papa sus peticiones, y de recibir del Papa las solemnes respuestas, se sintió confuso, no pudo más, arrojó la careta, y habló de una manera franca terminante.

¿Y qué preguntó entonces?

Dejando aparte las dos primeras peticiones que habia hecho como hipócrita, otras dos dirigió como resuelto enemigo. Pidió: Inmolacion del Papado temporal al principio de la nacionalidad: subordinacion del Papado divino al principio de la incredulidad.

Así concluyó la epopeya, principiando la tragedia.

¿Faltó en la tragedia Pío IX á su deber? ¿No respondió acaso más á las nuevas peticiones como valiente Pontífice? Coloquémonos á la sombra de la cátedra del Apóstol y observemos. Allí está Pío IX recogido en sí, abandonado á la Providencia: el mundo á su alrededor se desencadena contra él. ¡Oh Cristo del Señor! Tú resultas siempre grande: así en la cima del Tabor como en la cumbre del Gólgota.

A la primera peticion que nuestro siglo le dirige como enemigo: inmolacion del Papado temporal, al principio de la nacionalidad, responde Pío IX como glorioso mártir.

Los hombres profanos é incrédulos se niegan siempre á entrar en la filosofia del fin y á ver claramente por qué razon el Pontífice reina temporalmente. No es rey como lo suelen ser los demás reyes; no reina por ambicion dinástica, por cuanto el Papa no tiene dinastía; no reina por la grandeza de la guerra, por cuanto es un rey pacífico; no reina con objeto puramente civil y mundano, porque muy otros y más nobles intereses debe tutelar. ¿Por qué pues fué llamado á reinar? Para valerse del dominio temporal en provecho de la religion: por esto, señores, y no por otro motivo. Ahora bien: imaginad á Pío IX tan amante de la religion, el cuál enternécese tanto al mirar las almas que adelantan en el amor de Aquél que obtuvo á las gentes como su herencia propia; imaginadle compelido por las violencias del mundo á presenciar cómo se interrumpe su propio principado civil; ¿no debe causar esto angustia desgarradora? Cuando el 1848, en el ruido de acontecimientos insólitos, entre los cuales la Francia, despues de arrojar al de Orleans, ondeaba entre la revolucion y la dictadura, oyéndose á lo lejos la voz del Emperador de las Rusias que á sus cosacos decía: *Montemos á caballo*, teniendo delante de los italianos á Cárlos Alberto que desenvainaba su acero por la Lombardía, como tambien á Daniel Manin que al Austria quitaba Venecia; cuando, digo, muchos y potentes liberales, imaginando el nacimiento de una sociedad nueva, se presentaban á Pío IX ofreciéndole un reino más vasto, desdeñaba la oferta, rechazándola, porque no toma el Papa lo que á otros corresponde, ni reina por la conquista (1). Está bien; no quiero ser más grande de lo que soy; no nue-

(1) Véase el clarísimo Teólogo Santiago Margottí, en su libro. *Las victorias de la Iglesia en el primer descenso o del pontificado de Pío IX*, primer período.

vos reinos, ni nuevas coronas; mas ¿por qué ahora, interesándome la libertad de las almas creyentes en mí, Vicario de Cristo, debo dejar el cetro político de la Santa Sede? ¿Qué ofertas las de los liberales!

¿Por qué? ¿Por qué no debe seguir el Papa en adelante siendo rey? Por el dominante principio de la nacionalidad. Es un sacrificio demasiado noble y bello, no necesitándose ser mártir á fin de hacerle.

Verdaderamente Pío IX entendía el principio de la nacionalidad italiana de otra manera que los políticos de la unidad lo entienden; trató de unir nuevamente nuestra gran pátria por la federacion, siendo de los príncipes el primero que la propuso, teniendo consigo á los más conspicuos escritores de la Italia: Vicente Gioberti, César Balbo, Máximo de Azeglio, Antonio Rosmini, Gino Capponi, Cárlos Troya y otros de tal importancia, no pareciendo que pudiese nadie condenarlo por tener un espíritu poco patrio, ¿No se quiso este modo de atemperar las cosas del mundo con las de Dios? ¿Fué despojado el Pontífice? Dejad á lo ménos que tomé actitud de mártir, contristándose; sus gemidos son los del hombre generoso, que lamenta en la pérdida de los bienes civiles lo que sufrirán los morales.

Es un oscuro día de setiembre: metido el Papa en el Vaticano, está en profunda meditacion á los pies del Crucifijo. Retumba el cañon á las puertas de Roma. Piensa: La obra más que diez veces secular, sosten y adorno de la Sede Santa, es acometida por consiguiente con el ímpetu del que ansía destruir. ¿Es forzoso que se interrumpa cuanto hicieron los príncipes cristianos, Constantino, Carlomagno y Matilde; cuanto nuestros grandes predecesores sostuvieron en nombre de Dios? ¿Y qué será del Vicario de Cristo? ¿Volverá Pedro á la prision de Jerusalem? El estampido del cañon se hace mucho mayor, y á todo el Vaticano atruena: entonces se levanta Pío IX, se coloca en medio de los diplomáticos reunidos que lo esperan, protesta por la violencia y dice: *Tiempo es de que esta ingrata música calle*. Su corazón no puede sufrir que se vierta sangre; le horroriza que muéran hombres por él, y ordena que por parte de sus soldados cese la resistencia. ¿No os parece que ser, digámoslo así, devorado por tales pensamientos, y asistir á escenas tan desoladoras, es un verdadero martirio para el alma del Santo Padre, que lleva encima todo el peso de la religion?

Pío IX es sumamente sensible, con fibras tan delicadas que no las podría tener mejores una madre: al aspecto de un pobre, á la contemplacion de una ruina, y á un anuncio fúnebre vibran impetuosísimas. ¡Ay! ¡Cuánto debieron vibrar en la nueva vicisitud que voy á referir!

Despues de penetrar las armas de la invasion en Roma, los soldados del Papá se van reuniendo todos en la gran plaza de San Pedro: tienen

pocos instantes para salir de la metrópoli; mas antes de irse quieren saludar á su amante Padre y á su Soberano. ¡Cuán conmovidos están los corazones! ¡Qué lágrimas y cuántas se derraman en aquel inmenso infortunio! Italianos, alemanes, suizos, belgas, franceses é ingleses emiten este voto y dejan escapar este suspiro: Queremos ver á Pío IX: queremos decirle que nos marchamos; pero que nos lo llevamos con nosotros, por nuestro incontrastable afecto, en nuestras desventuras y en nuestras glorias.

En el fondo de la plaza de San Pedro, entre la confusion enorme, se vé una mujer entrada en años, que toma el brazo de un jóven militar é intenta llevárselo consigo. Es una madre, y aquel zuavo es un romano. La madre grita: *Ven*, y el romano, sustrayéndose á los brazos maternales, contesta: *No puedo*. Vuelve la madre al asalto y grita: *¿No ves tu gran peligro? Todo ha concluido. Ven*. El romano: *No puedo, ni quiero: está mi deber por medio y el honor de las armas. Además con este traje que me puse por San Pedro, quiero ver una vez más á Pío IX*.

«¡Queremos ver á Pío IX! Que nos acompañe el Santo Padre con la bendicion de Dios!» Proclaman las bocas de aquellos jóvenes ardientes y llenos de angustia. «¡Queremos ver á Pío IX! ¡La bendicion apostólica!»

Los camareros del Papa cuando resuenan estas voces, cuyo eco penetra en todo el palacio, temiendo tal vez que Pío IX se rinda, recibiendo un golpe mortal por exceso de ternura, entran con afan en su cámara. Pío IX no está en ella: lo buscan en vano.

Volvamos á la plaza de san Pedro. Los ojos, los corazones y los gritos de los jóvenes soldados se dirigen todos á las habitaciones del Papa: hé aquí que un balcon del Vaticano, que mejor dá sobre la plaza inmensa, se abre de improviso, y en el balcon comparece la blanca figura del Anciano. Al verle tiran todos los sombreros al aire: Los vivas, los sollozos y las súplicas se levantan con el rumor de la tempestad; tempestad de dolor y de afecto cristiano, que á una señal del Señor sea quieta. Resueltamente Pío IX llora, cayendo sus lágrimas sobre su blanca sotana; perlas que corren sucediéndose unas á otras, y que al brillar forman un acerbo contraste con aquel tristisimo sol de setiembre. Hace una señal con la mano, habla, y callando todos, se oye su grande voz sonora, que bendice á los Cruzados de san Pedro.

Señores, ¿no es cosa de mártir señalado ahondar en tales emociones del corazon, beber hasta las heces el cáliz de la pasion, y hacerlo todo en el nombre de Dios, con mente serena, sin dejar que se abata el ánimo? ¡Ya lo vemos! dicen los enemigos del Papa. Es un mártir, el cual odia nuestra patria, porque le ha quitado la corona: La bendicion del Papa se dirige á los zuavos.

No odia, señores, Pío IX á la Italia, sino todo lo contrario. Advertís que la Italia quitó la corona al Papa; advierto yo que Pío IX, aunque destronado, profesa siempre á la Italia amor cordialísimo. Ciertamente no puede ni debe bendecir al que obra contra la Santa Sede; pero no está en algunos hombres toda la Italia, la cual es recordada siempre, y como en un principio, bendecida por el Papa. Hace algunos días, es decir, en 21 de junio del actual, aniversario de la coronacion de nuestro Santo Padre, los representantes de doscientas diócesis italianas le ofrecian los homenajes de todos los buenos católicos de Italia. Pío IX, levantándose de su augusto sòlio, respondia lo siguiente á la diputacion selecta: «Vosotros con vuestra conducta dais un mentís á los destructores de la Santa Sede, segun los cuales ha olvidado el Pontífice á la Italia, y ha convertido en desprecio la bendicion que le diera durante veinticuatro años. El Papa es el mismo siempre. He bendecido á la Italia y la bendigo aún hoy. No bendigo á los profesores y maestros de iniquidad, que intentan corromper la mente y el corazon de la incauta juventud. No; no pueden ser estos el fin de mi bendicion. Queremos que la juventud no pierda la religion, por lo cual digo á los aludidos señores. Dadnos la libertad de la enseñanza; queremos educar á nuestros hijos en la santidad de la religion; queremos decirles que hay un Dios, cuya existencia se descubre en todas las cosas. Hallamos la existencia de Dios en la magnificencia de los cielos; en la fecundidad de la tierra; en nosotros mismos. Queremos decir que no sólo existe Dios como creador, sino tambien como redentor. El gran error de hoy es el de aquéllos que pretenden renovar el mundo, ó desconocer que se cometió el pecado original, echando á perder la naturaleza humana, y obligando á Dios á crear un órden nuevo de providencia. Si bien creen constituir la sociedad, son revolucionarios aún en esto, porque niegan el principio de autoridad, sin el que no hay órden ni justicia sobre la tierra. ¡Oh! sí: bendigo á la Italia; pero no á quien la oprime y escandaliza; bendigo la tierra privilegiada que ha producido tantos hombres insignes, tantas almas santas, tantos maestros de piedad; que sea esta bendicion lavadura que quite los males librándonos de las calamidades presentes y de las opresiones. ¡Oh Dios mio! Os recomiendo á la Italia, suelo bendito por vos, y por vos tan favorecido. Aquí plantásteis las insignias del catolicismo y la Sede de Vuestro Vicario. ¡Ah mi amado Jesús! ¡Que esta Italia sea purificada una vez de tantos males, volviendo á poder practicar aquella religion, que grabada está en el alma de sus pueblos!»

Á la primera pregunta que como enemigo abierto el mundo dirigió al Pontífice, respondió, señores, siendo la respuesta propia de un Papa

valiente. Lo advertisteis como yo: á la demanda de inmolation del Papado temporal al principio de la nacionalidad, Pío IX, con sus padecimientos, con su amor inextinguible, con todos sus afanes en Dios, con su dignidad y con su intrepidez, responde como mártir señalado.

Oigamos otra peticion.

Nuestro siglo, si se considera confinado en el pensamiento de los impíos ó de los extraviados, tiene terribles razones para perorar contra la Santa Sede. No busca, ni pide sólo gritando que anulado sea el dominio temporal de los Papas: detrás de aquel grito primero estallar hace un segundo, y quiere que se anule todo en los Pontífices. Así la última peticion que lanza como enemigo al Vicario de Jesucristo es la siguiente: Subordinacion del Papado divino al principio de la incredulidad.

Nadie piense que yo invento á mi gusto. Cuantos en Francia, en Alemania, en Inglaterra y en España se llaman hoy libres pensadores, escriben precisamente que la incredulidad es cosa santa; cuando en sus torcidas deliberaciones se dirigen al Papado, decretan por esto su fin. Entre nosotros los italianos, donde los libres pensadores son desgraciadamente muchísimos, no faltan tales gritadores. Quieren poner la incredulidad en el trono, invocando á fin de conseguirlo la extincion del Papado espiritual y divino. Os recordaré á este propósito nada más á dos escritores vivos. José Ferrari, para quien es *santa* la incredulidad, declara: «La Italia no será libre sino el dia en el cual el que se llama Pontífice romano podrá ser juzgado por los tribunales. condenado á la multa, á la prision... como el último de los ciudadanos. Esto se logrará con un programa de educacion que al sacerdote excluya de la enseñanza, que suprima en las esenelas la lectura de la Biblia, de todas las fábulas inmorales de Jehová, de Dios, de Abraham, de Lot, de Moisés y de Cristo (1).» Aquel compadre dignísimo de Ferrari, ardiente apoloquista de Júdas, ó sea Petruccelli de la Gattina, dice y es cosa de los presentes dias: «Buscar una conciliacion, más aún, trabajar bajo mano para una preponderancia católica, es una empresa demasiado mala. La Iglesia católica está demasiado mal, y no puede seguir así; así no continuará si el partido liberal cumple su deber en la prensa, en el Parlamento y en las elecciones. Con el poder temporal sólo se perdía una ciudad; por el espiritual se pierde la nacion (2).» Por consiguiente abajo el Papado espiritual y divino.

(1) J. Ferrari, *La federacion republicana*.

(2) Petruccelli de la Gattina al *Pungolo de Nápoles*, sobre las *Corporaciones religiosas*, junio 1872.



Así, pues, ha hecho el mundo enemigo la segunda petición que viene á ser como el sello de todas. Ahora bien; ¿qué responde Pío IX? Responde como incesante triunfador.

Es evidente la razón que aduzco para probarlo. Los hombres que no sufren el Papado divino se juntan en la conclusión de que desaparezca del mundo. Sólo habrán vencido el día en que no se verá la faz del Pontífice: preciso es que muera el Pontificado de Roma. Ahora bien; ¿llegaron á conseguirlo hasta hoy? ¿Ha huido de la presencia de la sociedad civil? Sí vive aún é impera en el orden moral con el dogma de la autoridad religiosa; sí, ¡cosa insólita del todo! sigue habitando en su ciudad conquistada, á fin de que más de cerca lo contemplen sus enemigos; si Dios mismo conserva con un milagro la longevidad, haciendo que sobre la cátedra romana pase de los años de Pedro, ¡habrá muerto el Pontífice? ¿Dónde aquí está la derrota del Papado divino? ¡Incrédulos! Con tal que viva el Papa y aparezca, triunfa contra vosotros; según veis, vive, compareciendo en el Vaticano de una manera sorprendente.

Vive sí el Papado, con sus armas espirituales rotas, y sin los súbditos suyos; pero reducido á la soledad, siendo esta la señal precursora infalible de su próxima muerte: así hablan. La incredulidad debe libremente alzar la frente contra la pontificia superstición.

* ¡El Papado reducido á la soledad! ¡Pero en qué parte del mundo vivís, incrédulos? ¿Cómo no veis lo que pasa en la vida? Pío IX lo es todo ménos un hombre abandonado ó extinguido. Sus armas espirituales, que decís sin punta, hieren como las de Dios, á larguísima distancia y á su tiempo: no tiene ya los súbditos de su dominio civil; mas tiene sus amigos desparramados por el mundo. Enseña, y sus enseñanzas dan la vuelta por toda la Cristiandad; sufre, y los corazones de los generosos se plegan á él, viniendo en su auxilio prontamente con el óbolo de San Pedro: habla con su propio ejemplo, consolando á los miseros y atribulados; en torno del Vaticano, áun despues de quitarle su cetro temporal, no existe la soledad, sino que se agolpa la creyente generacion. Nunca se vió alrededor de la silla del Pescador tanto entusiasmo, tanto sacrificio moral, tanta piedad de los Obispos y de los fieles. ¿Estamos en el desierto? ¿Estamos en el silencio y en el olvido?

Mas bien; hé aquí una coyuntura única que al Papa favorece.

En los días en que nos toca vivir, presenciarnos el hecho de que hombres extraordinarios y verdaderamente grandes no vienen hace muchos lustros al mundo. Parece que la sociedad civil está cansada de producir aquellos varoniles temples humanos que señalan una era; un gallardo personaje pesaría hoy tanto que desgarraría las entrañas

de aquélla. Si Juan Bautista Vico viviese aún, é intentase bosquejar los presentes tiempos, ajustándolos á los tres órdenes *de los dioses, de los héroes y de los gigantes* que colocó en las viejas edades, contraponerles debería los tres nuevos órdenes *de los nulos, de los medianos y de los enanos*. Por consecuencia, en medio de nuestras plebes, nos faltan individuos sumos, y fuerza es que falte además lo que al hombre grande acompaña naturalmente. Es una estrella éste, y así como, segun advertía monseñor Juan Della Casa, todas las pupilas se dirigen donde brilla una luz maravillosa (1), donde quiera y siempre que aparezca el eximio personaje, los mortales tienden á él, arrancando para sí el tributo de la admiracion pública. Vasco de Gama, Colon, Vespucci, Márcos Polo realizan apartadísimos de nosotros sus descubrimientos y se ilustran en la extension de los mares; mas á tal extension de los mares corre la inteligencia, el corazon y el saludo de todos sus coetáneos. Carlomagno, Cárlos V, Luis XIV, Napoleon, agitan los montes, los valles, las llanuras y las orillas al paso de sus falanges; pero más conmovidas están aún las almas de los mortales, que á ellos se arrodillan como siervos, ó se alzan para embellecer su cabeza con el verde laurel. Aun los genios de la literatura y de la ciencia, como Alighieri, Petrarca, Copérnico, Galilei, Newton, que parecen criaturas extrañas y solitarias, arrebatan el corazon de las muchedumbres civilizadas y llenan con su nombre la tierra. Aquella mujer campesina de Florencia, viendo pasar á Dante, daba con motivo en el codo de su compañera, diciéndole: «¿Ves aquél, de color moreno con los pelos encrespados, que vá y viene á su gusto, arriba y abajo por el infierno?»

Es hora de hacer esta pregunta. ¿Por qué razon al declinar el siglo XIX no existen ya hombres enteramente grandes? La Providencia, que siempre nos los regaló en abundancia, y que hoy parece haber roto el molde para fabricarlos, ¿no tendrá en esto algun profundo designio?

Hizo Dios, señores, que todos los individuos sumos se apartasen, para que á la vista del mundo permaneciese un solo personaje: Pío IX. No hay héroes en el siglo, ni descubridores de tierras ó mares: el laurel verdea en las campiñas libremente, porque no es preciso coronar frente alguna de solemne vate. La atencion pública no está distraida entre los profanos individuos prepotentes: en su virtud, se dirige donde *una luz maravillosa brilla* en el Vaticano; allí continúa un individuo extraordinario; es más que terreno aquel individuo, siendo sagrado por su instituto y visiblemente sublimado por la fuerza ce-

(1) Monseñor Juan de la Casa: *Oracion á Cárlos V, emperador, escrita.*

lestial. Es el Cristo del Señor. El hombre lo vé, se inclina y adora. ¿Está, pues, desierto el Papado?

Á cosa extraña ó única, corresponde otra cosa extraña ó única.

Puesto que hoy los grandes personajes desaparecen, el mundo necesariamente camina en pós de la democracia: en él, mientras todas las altezas sociales se achican, los mismos príncipes sólo se conservan en pié sometiéndose á lo bajo, porque, colmándose los valles, se ha hecho un inmenso llano, donde corre como un emperador el pueblo. Cuando el pueblo es emperador, y cuando la ley lo declara soberano, á los poderosos solamente les queda disponer su bagaje y echar á correr. Los bajos, señores, se tragan á los altos.

No así en la religion católica. Ha dicho Pío IX en una de sus grandes inspiraciones del alma: «No me queda sino Dios y el pueblo cristiano.» Es verdad: Dios más vivamente acudió á sostener su Pontífice y le dió el pueblo cristiano en herencia más visible. Tal es la nueva democracia, por la que hoy florece la Iglesia. Cayeron las protecciones de los reyes; cesaron los Concordatos con los gobiernos y las artes de los diplomáticos; en lugar de tales apoyos surgieron los pueblos católicos para ponerse al lado del Papa. Se alegran muchos porque los protocolos son desgarrados; los pueblos resueltamente los excusan encaminándose libre y férvidamente hácia la silla de Pedro. Es una demostracion que alegremente se contrapone á la democracia de nuestro siglo. Aquélla corta la cabeza de los poderosos, y ésta inclínase al supremo Jerarca. Aquélla no ha sido bautizada, siendo invasora y ruinosas; ésta es hija de Dios, juiciosa y reparadora de grandes ruinas. ¡Oh espectáculo digno de los hombres y de los ángeles! El mundo corrompido brama, ataca las seculares instituciones, rompe, no vé y no sabe dónde va. Cuando imagina haber reducido á la soledad al Sumo Pontífice, vése constreñido á descubrir que lo ha hecho entrar en el corazon de las muchedumbres discretas y creyentes. En la revolucion cae y en las llamas: el Papado es Moisés, que con tropas amigas pasa el mar Rojo, cantando á Dios en la orilla opuesta el himno de la liberacion.

¿Cierran los ojos los incrédulos para no ver la trasformacion ésta del mundo, tan pródiga para los buenos y fatal para los malos? ¿Aseguran que el Papado queda, por decirlo así, desierto? ¿Quieren á todo trance que muera?

Si así fuese; si la cátedra del Bienaventurado Pedro debiera crujir aunque fuera un instante no más, su caída conduciría sólo al suplicio de la misma sociedad civil. No se téndría ya de un modo verdaderamente deslindado el contrapeso entre el bien y el mal, ni tampoco

fundadamente la esperanza de la curacion y del rescate. ¿Qué hariais entonces, incrédulos, con vuestra *santa incredulidad*? Bajo las ruinas de la religion quedaría roto vuestro trono.

Un elocuente escritor francés se presentó á Pío IX un dia, logrando una audiencia tierna é íntima. Las palabras entre aquel hombre y el Pontífice fueron rápidas y animadas: hablaron de la degeneracion de los humanos espíritus, y de los riesgos de la Santa Sede. Dijo Pío IX que veía en el mundo mucha oscuridad, y el francés habló tambien de aquella oscuridad, confirmandola nuevamente con argumentos y lágrimas. Despues de besar el pié al Papa, levantándose de allí el francés, volvió á su pequeño cuarto de Roma, donde dictó una página que se creería sacada del Apocalipsis. Es la siguiente:

«Del umbral del Vaticano fué arrancado Pío VI, y no volvió; mas Pío VII volvió tres veces en brazos de la fuerza incrédula. Vió aplicada por Dios la ley del Talion: los cinco años de Santa Elena por los cinco años de Fontainebleau. Ahora bien; Fontainebleau era sólo una prision, al paso que Santa Elena fué sepulcro.

»Al Vaticano volvió Pío IX igualmente. ¿Qué conspiraciones no se urden á nuestros ojos todavía, unidas al esfuerzo para nuevamente arrancárnoslo? Sin embargo, Pío IX permanecerá, ó volverá, ó caerá el Vaticano, cubriendo sus ruinas el mundo. Las piedras del Vaticano que se haya derruido, rodarán por toda la tierra, derribando los tronos, las casas y las tumbas. Con sus ruinas, apedreará Dios el género humano.

»Cuando haya caido la mansion del Vicario de Cristo, no quedará sobre la tierra en salvo sitio alguno habitable. Por algun tiempo aún subsistirán aquí ó allá cuarteles, prisiones y algunos chiribitiles pomposos; pero no ya hogares, ni sitios donde posea un hombre, un honrado asilo, ó un techo debajo del que pueda refugiarse; muy pronto los súcios lugares, en los que se habrá refugiado la humanidad envilecida, se derrumbarán sobre ella (1).»

Así el publicista francés, Luis Veuillot; sus palabras, que tienen de oráculo para los rectos apreciadores de las cosas, si llegara el mal dia para la Roma católica, y el Papa momentáneamente desapareciera, tendrían cumplimiento: ruinas sobre ruinas y muertos sobre muertos. Una inmensa desventura para nuestra condenada especie.

Monumento solidísimo que á tal inmensa desventura se opone, impidiéndola es el Papado. Yo, de pié sobre la piedra angular esta de la Iglesia, exclamo ante las tormentas y las tempestades. Ved la respues-

(1) L. Veuillot, *Parfums de Roma*.

ta que dá Pío IX á la última peticion del mundo enemigo: es propia de un valiente Pontífice. Al grito insano y feroz para lograr la subordinacion del Papado divino al principio de la incredulidad, responde imposible y sin temor, como responden los triunfadores.

En medio del llanto y aún en medio del triunfo cierro la parte primera, enteramente religiosa, sobre los problemas del siglo XIX.

Era imposible olvidar la lite fatigosa en que nos metimos. Se podía dejar gritar á los que no ven influir poderosamente al Papa en ninguna de las cuestiones sociales: á los que reputan la Santa Sede una institucion inútil, separada de nuestra civilizacion; una especie de *Atlántida* propuesta por Platon; una *Isla muy alegre* fantaseada por Harrington: siendo los tales dignos de risa y de compasion, era lícito no responder. Empero, ¿cómo callar con los furibundos, que ven al Papado influyendo mucho en la sociedad civil; pero que consideran tal influencia enemiga del progreso y renegadora de las edades modernas? Era necesario combatir el malvado grito, y quitar el escándalo de los imprudentes. En su virtud, nosotros, como sello de las pasadas conferencias, preguntamos: ¿Ha respondido Pío IX, que hace muchos años ocupa la Silla de Pedro, como valiente Pontífice á las peticiones de nuestro siglo?

El problema se ha resuelto para gloria del Papa.

El mundo, que amistad simulaba, pidió primero estas dos cosas: la reforma política mediante la libertad, y la espiritual sublimacion del Pontificado mediante la santidad; Pío IX contestó á la una peticion como generoso padre, y á la otra como apóstol é iluminado doctor.

El mundo, en segundo lugar, manifestándose adversario, pidió estas dos cosas al Papa: la inmolacion del temporal dominio al principio de la nacionalidad, y la subordinacion del Pontificado divino al principio de la incredulidad. En su virtud, Pío IX respondió á una peticion como señalado mártir, así como respondió y responde aún á la otra como incesante triunfador.

El valor, ó la virtud heroica excede las comunes dotes del hombre. Es por naturaleza héroe aquél en el cual no existe proporcion en la virtud, que propia es de los demás vivientes.

¡Ah! Si se compara con sus contradictores al inmortal Pío IX, ¿dónde hallais vosotros la proporcion? Mas ¿por qué se habla de virtud en ellos? Los unos fingen y añaden: el otro es paloma que revela el candor del alma y la hermosura de la inocencia. Los unos aplastan y devoran; el otro es águila que vuela sobre las ruinas de la tierra y elévase á las serenas alturas del cielo.

Nació en la familia católica el pensamiento de adjudicar á Pío IX el sobrenombre de Grande: pareció que así como el siglo VIII se titula

de Leon el *Magno*, el siglo XIII de Hildebrando y así sucesivamente, el siglo actual se debía llamar de Pío IX. Pío IX se opuso á sus hijos amadisimos de la Fé y no aceptó, complaciéndole más llamarse el *Siervo de los siervos de Dios*. Pues bien; si no deben ser atendidos los católicos en esto, inquiramos en otra parte las apelaciones magnificas; dirijámonos á nuestros enemigos, que hostilizan la religion, ante los que yo he puesto la figura augusta del Papa: consulten los acontecimientos, observen el poder del alma, y el heroismo moral, diciéndome con qué título debe distinguirse á Pío IX!

Pío IX es un heróico Pontífice.

¡Oh Papa! En tí se concentra mi mente con intuicion profundísima. Mas, concentrada en tí, abrazo toda la viviente humanidad en mis dias, y presento tambien la que se levantará pasando sobre mis cenizas. ¡Una vida que vale por una generacion entera! ¡Un personaje que vale un mundo!

¡Oh Papa! Evidentemente nos fuiste dado por Dios. Los buenos aprecian tu ministerio, dándote las gracias: lo advierten por su parte los malos, é insultan y temen. Para la ruina y para la resurreccion de muchos has sido puesto en estos últimos tiempos, como el Redentor lo fuera en medio de los siglos. Cubres con tu gran manto papal sepulcros y cunas. Quien te desprecia, muere: quien te reconoce y exalta, vive.

¡Oh Papa! Si el mundo por lo tanto se dirige á mí, pobre sacerdote de Cristo, preguntándome lo que piensa y lo que hace este sacerdote, ¿acaso no me has sugerido la valiente respuesta?

¡Qué pienso y qué hago? Soy el hijo de Pío IX; soy el admirador ardentísimo de sus virtudes. Pienso que sufrir con el Papa es consuelo y grandeza; pienso que caminar con el Papa es caminar con Jesucristo; pienso que la deshonesta ira que contra el Papa se desahoga, en su raiz proviene del enemigo del hombre, hallándose destinada por ello á volver al abismo asaeteada por los golpes del cielo. Amo, pues, el polvo del Papa, oh mundanos, más que las huellas luminosas de vuestra gloria: más temo, poderosos, hallar la indignacion del enfermo y viejo débil éste, que hallarme bajo los proyectiles de vuestros cañones. ¿Qué podríais hacer vosotros contra mi alma? Yo, débil con el Papa, soy fortísimo contra vosotros. Cuando me decís gritando: *Tu reino, sacerdote, ha concluido; el Pontífice se vá*, os contesto: *Yo, cristiano, con el Papa muero hasta la consumacion de los siglos.*

INDICE.

	Páginas.
CARTA DEL SANTO PADRE AL AUTOR.	5
AL CLERO DE ITALIA.	6

INTRODUCCION.

CONFERENCIA ÚNICA.

Determinacion del asunto.

Asunto: Cuáles son.—De dónde proceden.—Cómo se resuelven los problemas del siglo XIX.

Cuáles son.—Problemas especulativos y problemas prácticos.—Estos más relevantes.—Los problemas prácticos del siglo XIX.—Sus consecuencias.—El físico Lecoq.—Ministerio del Autor.

De dónde proceden.—El siglo que duda.—De la duda el problema.—La duda de la incredulidad.—Teodoro Jouffroy.—Dos daños.—La duda es la muerte de la ciencia.—La incredulidad es la muerte de la virtud.—Abe-lardo.—Escepticismo de los racionalistas.—La filosofía vituperada.—Otro tanto de la ciencia moderna.—Ética, psicología, «protología» casi desconocidas.—Una culpa de los presentes.—Fisonomía de la virtud.—Satanás y la duda metódica.—Revolucion moral.—Extinguese la virtud en el trono, en el pueblo, en la industria, en el matrimonio.—Las esperanzas del predicador.—Consalvo.

Cómo se resuelven.—El pasado escuela del presente.—El paganismo y la Iglesia.—La esclavitud y la Iglesia.—La monarquía y la Iglesia.—La herejía y la Iglesia.—Los bárbaros y la Iglesia.—El Cesarismo y la Iglesia.—La mejor de las escuelas para resolver el problema.—Una opinion de Malebranche y de De Maistre.—Infalibilidad.—Pureza.—Owerbech, la oveja y el Salvador.—José la Farina.—Las tinieblas de la noche y las cenizas de los sepulcros.

(Desde la página 19 hasta la 45).

PARTE PRIMERA.

PROBLEMAS RELIGIOSOS.

CONFERENCIA PRIMERA.

Si el hombre puede crear á Dios.

Asunto: El hombre no puede crear á Dios, porque su mente no es bastante para formar su concepto.—Su brazo no es bastante para imitar su reino.—Su corazon no es bastante para suplir su inmenso amor.

La mente del hombre no es bastante para formar el concepto de Dios.—¿Qué es Dios?—El infinito y el indefinido.—El infinito no es poseído por el hombre.—Francisco Guizot; las nieblas del Norte y el sol del Mediodía.—Las matemáticas y el infinito.—El número y la línea.—Jorge Hegel y el hombre colectivo.—Locuras doctrinales y cosas extravagantes.—El dios de Fichte.—El dios de Schelling.—El dios de Daub.—El dios de Schleiermacher.—El dios del Drobisch.—El dios del Bouterweck.

El brazo del hombre no es bastante para imitar el reino de Dios.—Creacion y regeneracion.—La nada.—Bacon de Verulamio, Buffon y Lamarck.—El hombre y su impotencia creadora.—De la nada, la creacion, la regeneracion de la enfermedad.—La muerte que dá la vida.—El hombre y el estrépito de sus regeneraciones.

El corazon del hombre no es bastante para suplir su inmenso amor.—Dios es la beatificacion del corazon humano.—La pobreza, la soledad, el vituperio del siglo.—El hombre y la ignominia del amor.—El jóven galante y la esposa extraviada.—Una objeccion.—La ciudad de Aubenas, el viejo Anselmo, Celestina y el geólogo de Paris.—Una admonicion.—Las glorias de la barbárie.—Retorno al paganismo.

(Desde la página 49 hasta la 81).

CONFERENCIA SEGUNDA.

Si hay una historia de la revelacion distinta de la historia de la supersticion.

Asunto: La revelacion tiene una historia distinta de la historia de la supersticion humana, porque en los tiempos antiguos la revelacion se mantiene separada de la caprichosa supersticion de Oriente: su gran señal de separacion es el dogma de la unidad de Dios.—En la Edad Media se mantiene separada de la potente supersticion de Grecia y de Roma: su gran señal de separacion en el dogma de la divinidad de Cristo.—En los tiempos presentes se mantiene separada de la filosófica supersticion de Europa: su gran señal de separacion es el dogma de la infalibilidad del Papa.

En los tiempos antiguos la revelacion se mantiene separada de la caprichosa supersticion de Oriente por el dogma de la unidad de Dios.—Un poco de investigacion histórica.—La supersticion y la multiplicidad de los dioses.—La revelacion y la unidad de Dios.—El pueblo Hebreo.—Los profetas y los filósofos paganos.—Dos amores.—Los angeles, la serpiente de bronce, el Cordero y el arca de Israel.—Una opinion del profesor Ewald.

En la Edad Media se mantiene separada de la supersticion de Grecia y de Roma por el dogma de la divinidad de Cristo.—Jesucristo y Júpiter.—El verdugo y la víctima.—El culto de los Santos.—El Panteon de Paris.—San Pablo de Lóndres.—Nuestro comercio con el cielo.—Santa Cecilia y la oracion del jóven.—Santa Mónica y la oracion de la viuda.—San Gualberto y la oracion del vengativo.—María, los recuerdos de la infancia y los votos del Orador.—Las magas y los gitanos.—El marqués de Brünn y Yolanda de Croninga.

En los tiempos presentes se mantiene la revelacion separada de la filosófica supersticion de Europa por el dogma de la infalibilidad del Papa.—Supersticion y civilizacion moderna.—Intervencion de Dios.—Los secuaces del Papa infalible y los secuaces de la especie humana inerrable.—Dónde está la repugnancia.—Un sepulcro y la resurreccion.

(Desde la página 82 hasta la 109).

CONFERENCIA TERCERA.

Si el culto religioso debe ser uno.

Asunto: El culto religioso debe ser uno por ley divina.—Por ley filosófica.—Por ley social.

El culto religioso debe ser uno por ley divina.—La doctrina del mono-teísmo.—Ordenamientos de la Biblia y leyes del Evangelio.—Dios custodio y vengador de la unidad del culto.—La voz de los Apóstoles y el silencio de los oráculos.—Oposicion y auxilio.—Palabras á los contemporáneos.

El culto religioso debe ser uno por ley filosófica.—Dios sumo sér, suma verdad, sumo bien.—El vínculo de la sumision queda roto sin la unidad del culto.—No altereis la lógica.—La verdad y la unidad.—La ciencia y lo uno.—La teología.—El suspiro del amor.—Platon y los tres divinos fureros de la caridad.

El culto religioso debe ser uno por ley social.—Descripcion de la sociedad humana.—Tres concordias.—La pluralidad de los cultos es el choque del príncipe con los súbditos, de los ciudadanos con los ciudadanos, y de la autoridad política con los ciudadanos contra el enemigo exterior.—Una doctrina del Bajo Imperio.—San Pedro en Joppe.—El peor de los enemigos de la sociedad.—Carlos Dupuis y su utopia.—Un viajero inglés.—La verdadera Iglesia.—Un noble juramento.

(Desde la página 110 hasta la 150).

CONFERENCIA CUARTA.

Si la predicacion evangélica corresponde solamente á los sacerdotes católicos.

Asunto: La predicacion evangélica no corresponde al ministro protestante.—No corresponde al filósofo racionalista.—Solamente al sacerdote católico.

La predicacion evangélica no corresponde al ministro protestante.—Sin mision no hay apostolado.—El protestante no la tiene.—La Iglesia y las sectas.—Un aviso de Bacon de Verulamio.—Los milagros siguen á la predicacion.—Los demonios y el protestante; las serpientes y el protestante; los enfermos y el protestante.

La predicacion evangélica no corresponde al filósofo racionalista.—Toda doctrina tiene necesidad de un método.—Del método para anunciar el Evangelio.—El racionalista y la exclusion de la fé.—Con el método va el elogio del autor de la obra.—El racionalista y la persona de Jesucristo.—Con el método, y con el elogio del autor de la obra, la universalidad.—El racionalista, el aislamiento y la oscuridad.—Roland y su *Cristianismo sin misterio*.—Dupuis y el *Origen de todos los cultos*.—Strauss y el desenvolvimiento de la teoria panteista de Jorge Hegel.

La predicacion evangélica corresponde solamente al sacerdote católico.—El sacerdote y el mandato divino.—El sacerdote, y el hombre de los prodigios.—Los primeros apóstoles.—Las catacumbas.—La conversion de las estirpes.—Continúan los milagros.—El sacerdote y la armonía de la fé con la razon.—Autoridad y no violencia.—Jesucristo defendido.—Las muchedumbres en la escuela católica.—Dos conclusiones.—Una oracion.

(Desde la página 151 hasta la 180).

CONFERENCIA QUINTA.

Si la Iglesia católica es hoy posible.

Asunto: Es hoy posible la Iglesia católica, porque el principio de que los espíritus deben vivir independientemente de todos es tan falso y vano, que no se podrá convertir en un hecho absoluto; porque el principio de que los pueblos deben seguir la ilimitada libertad de conciencia, es tan versátil y ruinoso, que transformarse no podrá en un hecho universal; porque el principio de que los gobiernos se deben ceñir á la rígida separación de los dos poderes, es tan cruel para ellos y amenazador, que no se podrá convertir en un hecho durable.

El principio de que los espíritus deben vivir independientemente de todos, es tan falso y vano que no se podrá convertir en un hecho absoluto.—Un conflicto intelectual.—Dependencia del hombre.—El campesino, el obrero y el traficante se rien de las decantadas independencias, que no son una realidad.—Lo mismo el literato y el docto.—Domingo Cassini, Juan Bautista Vico, Juan Jorge Trissino, Márcos Polo, Cristóbal Colon, Américo Vespucci; la ley impuesta al piloto, al poeta, al filósofo, al jurista y al astrónomo.—Importancia de la Iglesia.—Una predicción.

El principio de que los pueblos deben seguir la ilimitada libertad de conciencia, es tan versátil y ruinoso, que transformarse no podrá en un hecho universal.—Una nueva lucha: la Iglesia y la conciencia creyente; el siglo y la conciencia libre.—¿Quién vencerá?—El Danubio y la libertad de conciencia.—El filósofo Taine, un mecanismo y un muelle.—Ruinas sociales.—Una escena de sangre.—Un consuelo.

El principio de que los Gobiernos se deben ceñir á la rígida separación de los dos poderes, es tan cruel para ellos y amenazador, que no se podrá convertir en un hecho durable.—Una sacudida última: la separación total entre el Estado y la Iglesia.—El pesebre y la estrella.—Los gobiernos.—Los gobiernos separadores.—El Vizconde de Chateaubriand, ó una conjetura elocuente.—La atmósfera y la Iglesia.—Destrucción social, ó Iglesia católica.—Después del llanto la sonrisa.

(Desde la página 181 hasta la 206).

CONFERENCIA SEXTA.

Si la Iglesia, siguiendo sin el dominio civil de los Papas, tomará nueva forma.

Asunto: La Iglesia, mientras subsista despojada del dominio civil de los Papas, no tomará forma diferente. Yerran ante todo los puritanos, que ponen alas á la Iglesia para conducirla fuera del siglo: sus vuelos metafísicos son un sueño.—Yerran los conciliadores, que presentan á la Iglesia deshaciéndose ahora en dulzuras terrenas: sus caras uniones y los esperados connubios son un engaño.—Yerran en fin los rabiosos, que ven á la Iglesia enfurecer el pecho y soplar el fuego contra los que la persiguen: el afán de la temida insidia es una calumnia.

Yerran los puritanos que ponen alas á la Iglesia para conducirla fuera del siglo: sus vuelos metafísicos son un sueño.—Naturaleza íntima de la Iglesia.—Una chanza.—Antístenes y los jirones.—Diógenes y el tonel.—Montano y las carnes.—Pedro Valdo y el ayuno.—Contradicciones alegres.

—Los hombres sumos y la Iglesia con el dominio temporal.—Mainfredo y Guillermina.—Las ternuras del Papa-Rey.—Fin y medio.—Los bárbaros.—Las artes y las útiles disciplinas.—Los misioneros entre los infieles.—Un acerbo enemigo del Papa.—Una pequeña mancha y un inmenso sol.—Los verdaderos bienhechores de los pueblos.

Y erran los conciliadores, que presentan á la Iglesia deshaciéndose ahora en dulzuras terrenas: sus caras uniones y los esperados connubios son un engaño.—Intenciones pías.—Un capricho de los conciliadores.—¿Es nuevo el *non possumus* del Papa? ¿Cesaría, si acabara el poder temporal?—San Pedro, Claudio y Neron.—San Lino y Vespasiano.—San Cleto y Domiciano.—San Clemente y Trajano.—Un hecho notado por Melchor Gioia.—Los principios del Ochenta y nueve y la Iglesia.—La libertad absoluta de investigación y la Iglesia.—La autoridad del juicio privado y la Iglesia.—La soberanía del pueblo y la Iglesia.—Luis Farini y los Papas.—Pío IX, la Encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus*.—Tenerani y su retrato del Papa.—El diputado Montlosier y la Asamblea Constituyente de París.

Y erran los rabiosos, que ven á la Iglesia en surecer el pecho y soplar el fuego contra los que la persiguen: el afán de la temida insidia es una calumnia.—Gritos y atroces propósitos.—Papas y no tiranos.—No guerras insidiosas ni rebeliones.—*Aguardamos los acontecimientos.*—Una mirada retrospectiva.—Un dilema.—La noche estrellada y las lecciones de la sabiduría divina.

(Desde la página 207 hasta la 232).

CONFERENCIA SÉPTIMA.

Si la Iglesia es progresiva.

Asunto: La Iglesia es progresiva en la parte dogmática, sin que la intervencion de lo nuevo dañe á la verdad;—es progresiva en la parte litúrgica, sin que los avances de lo bello dañen su santidad;—es progresiva en la parte personal ó de las costumbres, sin que la tendencia perenne á lo mejor dañen su soberanía universal.

La Iglesia es progresiva en la parte dogmática, sin que la intervencion de lo nuevo dañe á la verdad.—Qué es dogma.—San Vicente de Lerin y el progreso dogmático.—Un litigio con los progresistas.—La astronomía y el dogma cristiano.—La Iglesia se mueve.—Insipidez de una oposicion.—Promulgar no es crear.—Dos Ordenes de dogmas notados por Melchor Cano.—Las ruinas del siglo XIX y las maravillas del progreso católico.

La Iglesia es progresiva en la parte litúrgica, sin que los avances de lo bello dañen su santidad.—Sustancia y dilatacion de la liturgia.—En los tiempos apostólicos, en la persecucion armada, en las trasmigraciones de los bárbaros, en la época de la resurreccion la liturgia es siempre progresiva y sublime.—La poesía, la elocuencia, la música, la arquitectura, las artes del dibujo puestas al servicio del culto divino y ennoblecidas por él.—Un asalto de los enemigos.—Lo bello es la faz externa de lo verdadero.—Schiller; su *Wallenstein* y su *Maria Stuarda*.—Chateaubriand y sus *Mártires*.—Lamartine y su *Graziela*.—Tomás Grossi y su *Hildegunda*.—*Márcos Visconti*, *Ulrico* y *Lida*.—Máximo d'Azeglio, el *Hector Fieramosca* y el *Nicolás de Lapi*.—César Cantú y *Margarita Pusterla*.—Alejandro Manzoni y los *Prometidos Esposos*.—Pellico y sus *Prisiones*.—Mamiani y sus *Himnos sacros*.—El 1867, ó el centenario del Apóstol San Pedro en Roma, y la familia de la capital de la Suecia.

La Iglesia es progresiva en la parte personal ó de las costumbres, sin que la tendencia perenne á lo mejor dañen su soberanía universal.—La Iglesia en los primeros siglos de la era vulgar.—El economista Dupont White y una nueva monarquía creada por la Iglesia.—Las pausas y los intervalos del progreso moral.—La obra de los monjes.—La obra de los jubileos.—Repe- ler á los degenerados y multiplicar el vigor de la cosa pública.—El aven- tador del siglo XIX.—Un saludo y un voto.

(Desde la página 233 hasta la 264).

CONFERENCIA OCTAVA.

Si los sacerdotes democráticos pueden realzar á la Iglesia.

Asunto: Los sacerdotes democráticos no pueden realzar á la Iglesia, por- que el sacerdote, dándose á la democracia, pierde su cerebro: es un predica- dor de doctrina no respetado por los doctos, sino envilecido:—Mancha su co- razon: es un obrador de virtud no amado por el pueblo, que lo evita;—Ma- neja furiosamente las manos: es un héroe de libertad no protegido por los gobiernos, sino anatematizado.

El sacerdote, dándose á la democracia moderna, pierde su cerebro: es un predicador de doctrina no respetado por los doctos, sino envilecido.—Una invitacion graciosa.—La boca que de modo divino enseña.—Caprichosas falsificaciones.—El sacerdote que sale de la vieja escuela entrando en la nueva.—D'Alembert, el latin y la geometría en los colegios.—Talleyrand y la agrimensura, la botánica, la higiene en los alumnos del sacerdocio.— El razon se desvanece y rien los doctos.—Nuevas falsificaciones.—El sacer- dote en los bancos de la escuela democrática.—Felicitas La Mennais, el abate Constant, el abate Pilot y el abate Chatel ridiculizados por Prou- dhon.—Dejadnos en nuestros antiguos cancelos.—En sus sacerdotes dá la Iglesia grandes hombres al mundo.

El sacerdote, dándose á la democracia moderna, mancha su corazon: es un obrador de virtud no amado por el pueblo, que lo evita.—El sacerdote en la casa de Dios.—Un bosquejo de pintura que merecería el premio de la aca- demia de bellas artes.—El Satanás de Milton y el sacerdote democrático.—El Caliban de Shakespeare, y el sacerdote democrático convertido en género neutro.—El celibato.—El Cura de Ars.—Pueblo y soledad.

El sacerdote, dándose á la democracia moderna, maneja furiosamente las manos: es un héroe de libertad no protegido por los gobiernos, sino anatema- tizado.—Nuevas ansias y nuevos deseos.—Es demasiado tarde para dictar una nueva Carta política, á los clérigos.—El doctor Droz.—Hierro y fuego que dirigen los gobiernos contra el sacerdote democrático.—El abate Clau- dio Fauchet.—Los dos sacerdotes Lebon y Duquesnoy.—El párroco de Ar- gilliers, Gouttes.—El fraile Franciscano Shneiden.—El Obispo de Lydda, Gobel.—Mi meditacion.—Passaglia.—Jacinto.

(Desde la página 265 hasta la 290).

CONFERENCIA NOVENA.

Si los católicos con el liberalismo pueden salvar la Sociedad.

Asunto: Los católicos con el liberalismo no pueden salvar la Sociedad, por- que la Iglesia para conseguir fruto quiere la verdad en las teorías, y ena-

móranse mal doctrinalmente de su idolo, por cuanto el concepto del liberalismo es falso:—quiere la justicia en los hechos y siguen mal esta norma históricamente, porque las obras del liberalismo no son honradas:—quiere los medios de que se vale, adaptados á la redención, y mal esperan moralmente los liberales de su instrumento, siendo el liberalismo incorregible por su naturaleza.

Los católicos con el liberalismo no pueden salvar la Sociedad, porque la Iglesia, para conseguir fruto, quiere la verdad en las teorías, y enamóranse mal doctrinalmente de su idolo, por cuanto el concepto del liberalismo es falso.—La ley del catolicismo.—Una falsificación de la libertad.—Después de los ejemplares ilustres, las copias infelices de los monos.—Una página de Donoso Cortés.—Falsedad y liberalismo.—No salvan las intenciones.—Oposiciones crudas é inmortales.—La Iglesia y la libertad.

La Iglesia quiere la justicia en los hechos, y ellos (los católicos con el liberalismo) siguen mal esta norma históricamente, porque las obras del liberalismo no son honradas.—Los incrédulos y los casuistas.—Una doble naturaleza de hechos.—El liberalismo y los hechos relativos á la Iglesia.—Franqueza del Conde de Montalembert.—Esclavitud y no libertad. ¿Acaso matar es prosperar la libertad?—El liberalismo y los hechos que se refieren á los pueblos.—El periodismo y la Cámara.—El sentimiento de la nacionalidad.—La Francia.—La España.—Cómo surgió la Prusia.—Guillermo Manuel de Ketteler en la Asamblea de Berlin.

La Iglesia quiere los medios de que se vale, adaptados á la redención, y ellos (los católicos con el liberalismo) mal esperan moralmente de su instrumento, siendo el liberalismo incorregible por su naturaleza.—Cuanto hay en la Iglesia tiende á regenerar.—Un extraviado que nunca se arrepiente.—La trasposición ideal y la trasformacion de la tierra imaginada por La-voisier.—Mi utopia sobre la trasformacion ideal de la sociedad moderna.—Pío IX.—El liberalismo es el orgullo.—Mi partido.—Mi nombre y mi apellido.

(Desde la página 291 hasta la 318).

CONFERENCIA DÉCIMA.

Si los seculares deben tomar parte ó no en las presentes luchas de la Iglesia.

Asunto: Si; los seculares deben tomar parte en las modernas luchas de la Iglesia, porque llámales á ellas la fé—los impele á ellas la causa social,—los habilita el estado de la presente civilización.

Los seculares deben tomar parte en las modernas luchas de la Iglesia; llámales á ellas la fé.—Salomón y la hormiga.—La rebelion del pueblo de Roma contra el Senado y Menenio Agripa.—Doctrina de San Pablo sobre la Iglesia.—Todos solidarios.—Las obligaciones de la caridad.—Nobles memorias.—Atenágoras.—Justino.—Clemente de Alejandría.—Arnobio.—Lactancio de Fermo.—Taziano Eneas de Gaza.—Boezio.—Derechos y deberes comunes.

Los seculares deben tomar parte en las modernas luchas de la Iglesia: los impele á ellas la causa social.—Sabiduría de la ley de Dios.—Union y parentesco entre los seres y las cosas.—El Evangelio sin la Iglesia.—Las instituciones monárquicas sin la Iglesia.—La libertad sin la Iglesia.—¿Es cuestion de sacerdotes?—El Crucificado del siglo XIX.—Julio Simon y la sociedad moderna.—Guerrazzi y el siglo que muere.

Los seculares deben tomar parte en las modernas luchas de la Iglesia, por-

que los habilita el estado de la presente civilizacion.—El mundo debe servir á Dios.—Los siglos primitivos.—La Edad Media.—Los siglos de la orgullosa ya decadente civilizacion.—Ha sonado la hora de los seglares.—El vado del río y mi vejez.—Asociacion.—El desierto y la *Tierra prometida*.

(De la página 319 hasta la 340).

CONFERENCIA UNDÉCIMA.

Si hoy es la hora y la potestad de las tinieblas.

Asunto: *¿Es la presente la hora y la potestad de las tinieblas? Sí.—Es, sin embargo, tal la potestad de las tinieblas que debemos desesperarnos? No.*

¿Es la presente la hora y la potestad de las tinieblas? Si.—Una alba tenebrosa.—La crítica de Alemania, los gobiernos, los Concordatos, la diplomacia contra la Iglesia.—¿Por qué fueron tinieblas los esplendores del romano imperio?—¿Por qué tinieblas es ahora nuestra suntuosa civilizacion?—El Tiber y Jerusalen.—El Vaticano y el Gólgota.—Una causa comun.—El gemido de Víctor Hugo.

¿Es tal la potestad de las tinieblas que debemos desesperarnos? No.—La razon de nuestro consuelo.—Designios que fracasaron.—Dios y sus derrotas.—La Iglesia y sus derrotas.—De la pérdida, la ganancia.—Una contemplacion de La Mennais y los triunfos de Jesucristo.—Una nueva argumentacion.—Hipocresías de los democráticos.—Instruccion y corrupcion.—Razon y credulidad.—Paz y guerra.—Los reyes que se van y los tiranos que llegan.—Las Potencias delante de la Iglesia y delante de sí mismas.—Un poco de estadística moral de Berlin.—Un periodista profeta.—Santiago Leopardi y Silvio Pellico.

(Desde la página 341 hasta la 364).

CONFERENCIA DUODÉCIMA.

Si la Iglesia tiene derecho á censurar á la prensa.

Asunto: *La Iglesia tiene derecho á juzgar á la prensa, porque hácela Cristo maestra del mundo, y su juicio sobre la prensa es de derecho magistral, por lo que no se puede juzgar el hombre ofendido en los derechos de su entendimiento.—Hácela Cristo legisladora del mundo, por lo que su juicio sobre la prensa es de derecho legal, no pudiendo juzgarse ofendido el hombre en los derechos de la libertad.—Hácela Cristo la civilizadora del mundo, y su juicio sobre la prensa es de derecho social, por lo que no puede juzgarse el hombre ofendido tampoco en los derechos del humano progreso.*

La Iglesia tiene derecho á juzgar la prensa, porque hácela Cristo maestra del mundo, y su juicio sobre la prensa es de derecho magistral, por lo que no se puede juzgar ofendido el hombre en los derechos de su entendimiento.—La única maestra del mundo.—Los oficios del maestro y del discípulo.—La más fea de las rebeliones.—Una lamentacion y una mentira.—La inteligencia y su realidad.—La inteligencia y su vastedad.—La inteligencia y su diuturnidad.—¿Puede quejarse de la Iglesia Galileo Galilei?

La Iglesia tiene derecho de juzgar á la prensa, porque hácela Cristo maestra del mundo, y su juicio sobre la prensa es de derecho legal, no pudiendo juzgarse ofendido el hombre en los derechos de la libertad.—Autoridad le-

gislativa que está en la Iglesia.—Relaciones entre los gobernantes y los gobernados.—Cesa la ley religiosa con la impunidad de los malos escritos.—El Decálogo destruido.—Un llamamiento al buen sentido.—Los libros de Protágoras, de Archiloco y Epicuro entregados á las llamas.—Los emperadores Constantino, Teodosio, Justiniano, Valentiniano, Marciano, Honorio, Carlos V, Basilio, Ladovico el Pío y Ricardo II, rey de Inglaterra; los libros de Arrio, de Nestorio, de Porfirio, de Eutiques, de Pelagio, de los Luteranos, de Focio, de Claudio y de Wiclef.—Aún los herejes y los enemigos rabiosos de la Iglesia deponen en su favor.—Lutero, Calvino, Pedro Bayle, Rousseau, Voltaire.—*El Índice de los libros prohibidos*.—Juicios no sospechosos.—Libertad y ley.—Qué prohíbe la Iglesia en el orden moral, civil y político.—Una protesta.

La Iglesia tiene derecho á juzgar la prensa, porque hácela Cristo la civilizadora del mundo, y su juicio sobre la prensa es de derecho social, por lo que no puede juzgarse ofendiéndolo el hombre tampoco en los derechos del humano progreso.—El foco primitivo y natural de la civilización.—Rasgos históricos.—Una acusación y una respuesta.—La prensa corrupta es la maldición de la civilización.—El siglo XVI y el siglo XVII.—Cuál enemigo debe temer el progreso.—Los Papas y la prensa.—Los bárbaros en Italia.

(Desde la página 365 hasta la 394).

CONFERENCIA DÉCIMATERCERA.

Si Pio IX respondió como valiente Pontífice á las demandas de nuestro siglo.

Asunto: Pio IX respondió como valiente Pontífice á las peticiones de nuestro siglo: á quien con semblante de amigo le pidió la reforma del Papado político mediante la libertad, respondió como generoso Padre.—A quien siempre amigo le pidió la sublimación del Papado espiritual mediante la santidad, respondió como apóstol y como doctor iluminado.—A quien como abierto enemigo le pidió la inmolación del Papado temporal al principio de la nacionalidad, respondió como señalado maestro.—A quien aún como enemigo le pidió la subordinación del Papado divino al principio de la incredulidad, Pio IX respondió y responde como incesante triunfador.

A quien le pidió como amigo la reforma del Papado político mediante la libertad, Pio IX respondió como generoso Padre.—El 1846 y el grito de libertad.—La amnistía, la ley sobre la prensa, la Guardia Cívica, la Consulta de Estado, la Constitución.—Montanelli.—José Giusti.—Los cristianillos, refritos te ateo.—El escándalo de los pusilánimes.—Una espléndida manifestación.—Nicolás Taccone Gallucci.—Se quitó la libertad: ¿de quién la culpa?

*Pio IX, á quien con aspecto de amigo le pidió la sublimación del Papado espiritual mediante la santidad, respondió como apóstol é iluminado doctor.—Las voces del mundo recogidas por Pio IX.—Una carta de José Mazzini al Papa.—Los dos reinos del hombre contrario al Evangelio, y cómo se opone á ellos el Pontífice.—El golfo de Gaeta.—Las letras apostólicas y la definición de la Inmaculada.—¿Es una utopía?—Efectos saludables.—Las recientes canonizaciones de Santos.—Los frailes y las monjas no se deben barrer del mundo.—Telemaco, Rosvita, Bacon, Catalina de Siena, Pedro Nolasco, Teresa de Jesús.—La reunión universal de Pio IX.—El proceso del error.—Pio IX y las enseñanzas cristianas.—Pio IX, el *Syllabus* y la Encíclica del 1864.—Pio IX y el Concilio Vaticano.*

A quien por otra parte, como enemigo abierto le pidió la inmolation del Papado temporal al principio de la nacionalidad, Pío IX respondió como señalado mártir.—Concluye la epopeya y principia la tragedia.—Motivo del reino temporal de los Papas.—Una negativa generosa.—La federacion y el principio de la nacionalidad.—El 20 de setiembre, el Papa en el balcon del Vaticano y los Cruzados de S. Pedro.—Ama Pío IX á la Italia.

A quien siempre como furioso enemigo le pidió la subordinacion del Papado divino al principio de la incredulidad, Pío IX respondió como siempre, como incesante triunfador.—La soledad.—Si se halla en torno de la Sede apostólica.—Victorias del Papa.—Los protocolos nuevos.—La bella democracia de la Iglesia.—Todas las personas eminentes desaparecen: solamente Pío IX queda en pié.—El publicista Veuillot y las ruinas del Vaticano.—El mundo apedreado.—De la manera con que Pío IX responde á las cuatro demandas del siglo nuestro, se prueba que es heróico Pontífice.—Llanto y sonrisa.—Amor y fidelidad al Papa.

(Desde la página 395 hasta la 431).

ALGUNAS ERRATAS.

Al fin de la página 158 se lee *signacolorum* y se debe leer *signaculorum*.

En la página 197, despues de la palabra *muelle*, falta lo siguiente: «La respuesta es del filósofo Taine, acompañado por otros filósofos modernos.»

En la página 237, donde dice *De Gaspares*, léase *De Gasparis*.

En la página 248, donde dice *Bourdalone*, léase *Bourdaloue*.

En la página 254, donde dice *Zigzar*, léase *Zigzac*.

En la página 276, donde dice *Levitico, cap. VII*, léase *Levitico, cap. VIII*.

En la página 294, donde dice *Giobert*, léase *Gioberti*.

En la página 295, donde dice *Morrini*, léase *Morini*.

En la página 343, donde dice *uniforme*, léase *una firme*.



AR DE JAI

140 3D

PROF. SEMAS

DEL V. R. D. N. X.

TOMO I

MADRID

387

D-1
2259